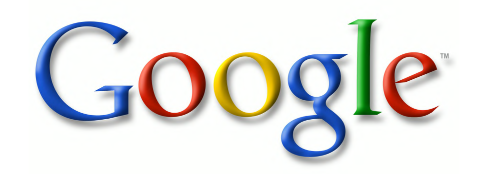
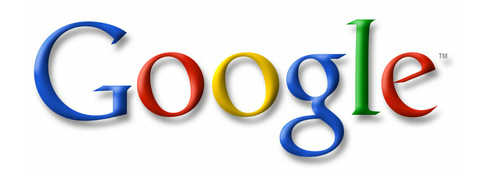
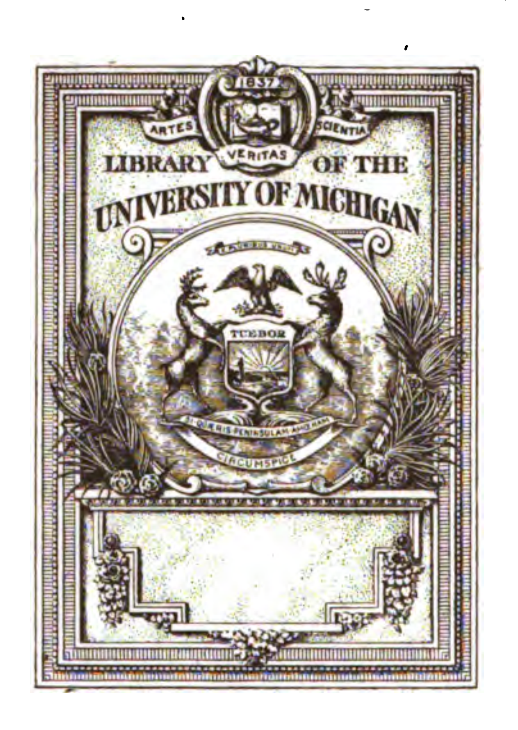



Google




1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



ARMADA ESPAÑOLA

ARMADA ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO IV

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1898

ARMADA ESPAÑOLA

DESDE LA UNIÓN DE LOS

REINOS DE CASTILLA Y DE ARAGÓN

POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

TOMO IV

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1898

I.

ADVENIMIENTO DE FELIPE IV.

1621-1625.

Elige por valido al Conde de Olivares.—Preside éste la Junta de Armadas.—Disposiciones.—Ordenanza de corso.—Asientos.—Institución de Almirantazgo.—Estímulo á la construcción.—Reforma de las escuadras de galeras.—Rompimiento de guerra con Holanda.—Combate en el estrecho de Gibraltar.—Celébrase la victoria.—Crucero en el canal de la Mancha.—Segundo combate en el Estrecho.—Muere el Vicealmirante holandés.—Escuadra de Dunquerque.—Resiste bizarramente á la enemiga, superior.

EL día en que falleció el rey Felipe III (31 de Marzo de 1621) contaba el Príncipe sucesor, del mismo nombre, diez y seis años, empleados en oir explicar las materias piadosas y literarias que constituían el fondo de su educación. No había llegado el tiempo natural de extenderla á las nociones de gobierno, fuera de aquel principio, que debió de entrarle por los ojos, de bastar *un valido*, un ministro universal, hombre de confianza, depositario de la del Monarca, para compartir el peso de los negocios de Estado y descargarse de lo que tuvieran de enojoso.

Tal principio adoptó Felipe IV siguiendo el ejemplo de su padre, sin que le pareciera dificultosa la elección de persona por serle predilecta, entre los servidores de su casa de Príncipe, la del gentilhombre D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares. Dióle, pues, desde luego los poderes más am-

plios para el ejercicio de la autoridad suprema; y habiéndole elevado á la grandeza de España con nuevo título de Duque de Sanlúcar, empezó á nombrársele con la designación abreviada de *Conde-Duque*, que las historias conservan al relatar la efímera popularidad de que gozó en un principio á favor de providencias encaminadas nada menos que á la reformación de las costumbres y al fomento de la riqueza pública, así como el desprecio y la saña que sustituyeron á la impresión grata cuando el público se cercioró de que, entre el cúmulo de distinciones, honras y prerrogativas con que fué investido, no disponía de la varita mágica de virtudes, instrumento en los cuentos de hadas con que se transforman los guijarros en diamantes y las desventuras en bienandanzas.

Don Gaspar de Guzmán, en robustecer su prestigio fué hábil, eliminando ó destruyendo cuanto pudiera hacerle sombra, lo mismo que todo aquello óbice á ser su voz y consejo, únicos que llegaran á oídos del Rey. Persiguió y anuló, por tanto, sistemáticamente, á los ministros del reinado anterior, haciendo blanco preferente del empeño de segregación airada á D. Pedro Girón, al gran Duque de Osuna, precisamente por andar en lenguas juzgado como uno de los hombres eminentes de su siglo y de los políticos certeros que nunca tuviera la Corona de España [1].

En la apreciación general es vario el concepto con que los pensadores modernos han examinado la que se formó en el siglo XVII, adversa al valido por haber lisonjeado á D. Felipe con la idea de hacerle el más poderoso monarca del mundo por fuerza de armas, y por el empeño en adjudicarle el dictado de *Grande* antes de hacer nada que lo justificara. Uno de los escritores del tiempo, poco amigo del Conde-Duque por serlo mucho del de Lerma, afirmó ser tan ajeno á la idea del valor de la marina, que se había permitido decir en público «tenía por superflua á la armada del Estrecho, pues que no servía sino para llamar á los enemigos y consumir mi-

[1] Quevedo, *Grandes anales de quince días.*

llones» [1]; especie inadmisible en hombre de Estado, y que es de las necesitadas de refutación, por más que parezca confirmarla en cierto modo la frase de otro historiador coetáneo, condescendiente y adulador [2], expresando consideraba el Ministro á los holandeses, por su origen de nación y «*ejercicio ordinario despreciable*, abortos viles de la mar».

Si el caudal de sus conocimientos no se extendía al pormenor de los que interesan á la marina, consta, y no podrá negarse, que procuró tener al lado personas capaces de indicárselos, manteniendo en las oficinas á D. Martín de Aróstegui, Secretario del despacho que había sido en el reinado anterior; á D. Diego Brochero, alma de las reformas iniciadas en la armada, á los Consejeros peritos, aceptando las propuestas que le hicieron de disposiciones, entre las que no pocas merecen aplauso.

Relativamente á la guerra siguió el Conde de Olivares una tendencia marcadamente popular, á que difícilmente hubiera podido sustraerse; pues si bien las cuestiones de la Valtelina se arreglaron, orillándolas el tratado de Madrid de 25 de Abril de 1621, las de Alemania, donde continuaba la lucha entre el Catolicismo y la Reforma, teniendo en combustión á húngaros, bohemios, suecos, polacos y moscovitas, estaban en pie, requiriendo el incesante envío de soldados y dinero que de antes venía haciéndose en favor del emperador Fernando, sostén por aquellas partes de la Casa de Austria, y aun sin esto mal pudiera mantenerse la paz, conocido y significado el propósito de otras naciones de turbarla, singularmente por parte del Duque de Richelieu, ministro del rey Luis XIII de Francia.

Quizá se hubiera podido aplazar en Holanda contemporizando al finalizar la tregua existente, con la mira de aprovechar el respiro haciendo prevenciones y de dar en tanto ocupación á las fuerzas organizadas contra la piratería de los

[1] Matías de Novoa, *Historia de Felipe IV. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXIX, pág. 168.

[2] Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Historia de D. Felipe IV, rey de las Españas.* Barcelona, 1634.



berberiscos, mas también en esto conformaba con la impaciencia del privado la opinión pública, influída por las ocurrencias en Indias, al extremo de juzgar preferible la hostilidad abierta á un estado de relaciones insostenible en verdad, pero de difícil remedio, comparados los elementos navales que en Holanda se habían desarrollado por gestión de las grandes compañías, en razón inversa de la disminución en España.

Casi agotado acá el recurso de embargo con que anteriormente se habían formado las armadas, por desengaño y ruina de los constructores, era lo más difícil sustituirlo, y para ello, rompiendo con las tradiciones, contra los principios que sentó el rey D. Fernando *el Católico* y había sostenido constantemente el Consejo de Estado en sus consultas, se empezó publicando Ordenanzas reales por las que se autorizaba á cualquier vasallo para armar navíos de alto bordo y emplearlos en corso contra los enemigos, con tal que fueran menores de 300 toneladas y dieran los propietarios fianzas abonadas de no hacer daño á los de naciones amigas y confederadas de España [1].

Las presas que hicieran, así de mercaderías como de esclavos y efectos, se repartirían íntegras conforme al *tercio vizcaíno;* es decir, observando las reglas consuetudinarias de la antigua marina cantábrica, ó sea haciendo tres partes iguales: una aplicada á la panática y municiones; otra al navío y artillería; la tercera al armador y gente, pues el Rey hacía merced del quinto que correspondía á la Corona, así como del vaso, artillería y municiones, que antes se adjudicaban á la Real hacienda. Lo mismo sé hacía con las represas, habiendo estado más de veinticuatro horas en poder de enemigos, encomendando el reparto á los veedores y contadores reales para la debida equidad. Quedaba exenta del derecho de alcabala la venta de las presas y todos sus efectos. A fin

[1] *Ordenanza de S. M. para navegar en corso, así contra turcos, moros y moriscos, como contra los rebeldes de las islas de Holanda y Zelanda.* Dada en el Pardo á 24 de Diciembre de 1621; refrendada por Martín de Aróstegui; inserta en la *Colección de Tratados* de Abreu y Bertodano.



de desterrar procedimientos condenados por la humanidad se ordenaba la entrega á las justicias de los puertos de los prisioneros que se hicieran á los holandeses, estableciendo estas diferencias: los que se rindieran á buena guerra después de haber peleado, obtendrían pasaje franco para sus tierras; los que sin pelear se rindiesen, llevarían consigo las mochilas; los que por no rendirse incendiaran y robaran el navío, dado que se aprendieran, serían ahorcados.

Pareciendo poco, se añadieron después á las Ordenanzas algunos capítulos facultando á los armadores para llevar y vender las presas donde más les conviniera [1], y concediendo á los tripulantes el goce de exenciones y libertades en trajes y armas tal como las disfrutaban los alistados en las milicias de estos reinos [2].

Sorprende que las Ordenanzas se dictaran simultáneamente con las órdenes de prisión y procesamiento del Duque de Osuna, poniendo entre los cargos el de haber ejercitado el corso con procedimientos que continuaban practicando las escuadras de galeras de Nápoles y de Sicilia, según reciente ejemplo de las que gobernaba D. Pedro Cisneros al apresar en el canal de Constantinopla dos galeras, un navío y cinco caramuzales de turcos [3], y con mayores proporciones el de las de D. Pedro de Leyva al sorprender y capturar á la caravana de Alejandría [4]. Misterios de gabinete [5].

[1] Real cédula dada en Madrid á 27 de Agosto de 1623.

[2] Idem id., en Madrid á 12 de Septiembre de 1624. Ambas en la *Colección* de Abreu y Bertodano.

[3] Relación impresa en Sevilla. Menciónase entre las del Apéndice general.

[4] Don Pedro de Leyva, segundogénito de D. Sancho, el de los Gelves, casó con la señora de Arteaga, y desde entonces antepuso el apellido de la mujer al del padre, firmando D. Pedro de Gamboa y de Leyva. Mandó las escuadras de galeras de Sicilia y de Nápoles con poca satisfacción del Virrey duque de Osuna. Cuando éste había dejado el cargo emprendió la jornada de Levante, llevando en su compañía á D. Diego Pimentel, general de las galeras de Sicilia; al Marqués de Asiri, de las de Florencia, y algunas más de las escuadras de España y Génova, y se apoderó del convoy á vista de 22 galeras turcas que lo escoltaban. Hay relación del suceso impresa en Lisboa en 1622, á más de la que él envió de otra expedición, inserta en mi libro *El Gran Duque de Osuna*, página 208. Esta fué la última; al año de haber sido nombrado Capitán general de las galeras de España falleció el 10 de Julio de 1622.

[5] La contradicción explica Amador de los Ríos en el *Discurso en la recepción de*



En estudio de otras medidas reunió el privado y sumiller de corps en su casa y bajo su presidencia una junta, en que entraban D. Diego Brochero y D. Fernando Girón, del Consejo de Guerra; D. Juan de Pedroso y Miguel de Spinarreta, del de Hacienda, y como secretario Martín de Aróstegui, con facultad de traducir desde luego en decretos ó en reales cédulas las decisiones, presentándolas á la firma de S. M. sin más trámite ni consulta, «tratándose de las cosas de la mar y refuerzo de la armada del Océano y escuadras de ella y de lo demás tocante á la materia» [1].

De este modo quedó acordada en principio la formación de armada de 46 naves por cuenta de la Corona de Castilla, de 10 por la de Portugal y de 20 por los Estados de Flandes; en todo 76, de las que 18, con dos pataches, tendrían destino fijo en el estrecho de Gibraltar [2], y á fin de conseguir los vasos se adoptó el sistema de asientos, al modo de los hechos con Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas para las respectivas escuadras regionales, formalizando algunos más con particulares, uno de ellos con Nicolás Judici *(Giudici)*, caballero genovés, para fabricar y armar ocho naos y un patache en Cataluña, poniendo á su disposición las Atarazanas de Barcelona [3]; otro con Nicolás de Masibradi, genovés igualmente, para construir en Ragusa ú otros astilleros de Levante 10 galeones y dos pataches [4].

Se determinó posteriormente que al hacer contratos nue-

D. Aureliano Fernández-Guerra en la Academia de la Historia, Madrid. 1858, diciendo que «con escándalo de toda España y vilipendio de la nobleza de Nápoles, fué el Embajador de Venecia en Madrid el que formuló el capítulo de culpas del Duque de Osuna».

[1] Real cédula dada en El Pardo á 26 de Enero de 1622. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 826.

[2] La misma *Colección*, art. 3.°, núm. 825.

[3] Ídem, art. 5.°, núm. 67.

[4] Ídem, art. 3.° En la *Colección Vargas Ponce*, legajo III, hay noticias de otros asientos hechos en los años de 1625 á 1634, á saber: con Matías de Arana, para fábrica de seis naos; con D. Juan Pardo Osorio, para servir con otras seis, fabricadas en Galicia; con D. Martín Carlos de Mencos, para ocho; con el dicho Matías de Arana, para otras tantas; con D. Juan Bravo de Hoyos, para seis, y con D. Francisco de Quincoces, para 13 en tres años.



vos de introducción de esclavos negros en las Indias se incluyera entre las condiciones la de fabricar en astilleros de España cierto número de galeones de porte y artillería fija [1]; y predominando la idea, con mucho de la que sirvió al ensayo de Almirantazgo de Felipe III en 1606, algo de ciertos proyectos insinuados en Flandes [2] y muy poco del modo de ser de las grandes compañías de Holanda, imitadas en Inglaterra, se vino á instituir cuerpo con título de «Almirantazgo de los comercios de los países obedientes de Flandes y provincias septentrionales, con la provincia de Andalucía y reino de Granada, y particularmente de los congregados en la hermandad y capilla de San Andrés de la ciudad de Sevilla, con nombre de la nación flamenca y alemana».

Lo esencial se transparentaba en la condición impuesta á la Compañía de mantener de ordinario 24 navíos armados en guerra, á cambio de lo cual se la facultaba para gobernarse por un Consejo de siete personas de su elección, siempre que estuvieran arraigadas en España, y para redactar los estatutos, sometiéndolos á la aprobación de la Corona. Se le concedía jurisdicción civil y criminal, con tribunal en la corte que entendiera en absoluto y privativamente en las materias tocantes á su incumbencia, con muchos privilegios y exenciones. Relativamente á la escuadra, había de hacer propuesta en terna para que recayera nombramiento real del Almirante y Vicealmirante, pudiendo en lo demás elegir el perso-

[1] El primer asiento para la provisión é introducción de esclavos negros en las Indias se hizo en el reinado de Felipe II, año 1595, con Pedro Gómez Reinel, por término de ocho. El segundo, con Juan Rodríguez Coutiño, se ultimó en 1601, debiendo llevar 4.250 individuos anualmente. El tercero suscribió en 1605 Gonzalo Valos Coutiño. El cuarto, Antonio Fernández Delbas, rebajados á 3.600 los negros. El quinto, que es el de que ahora se trata, Manuel Rodríguez Lamego, en 12 de Agosto de 1623, obligándose á conducir desde Sevilla, Cádiz ó Lisboa, con registro para Veracruz ó Cartagena de Indias exclusivamente, 3.500 esclavos al año. Las condiciones constan en la *Colección de Tratados* de Abreu y Bertodano, y la noticia de los cuatro asientos anteriores en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XCII, fol. 22 vto.

[2] *Diálogo sobre el comercio de estos reinos de Castilla*, por Alberto Struzzi, gentilhombre de la serenísima infanta D.ª Isabel. Manuscrito. *Colección Navarrete*, tomo XII.



nal y reclutar marinos de cualquier nación, aun de las rebeldes, siendo católicos [1].

Tratóse independientemente de estimular la construcción de naves por los particulares, confirmando la exención de alcabalas para las mayores de 200 toneladas que se lanzaran al agua en Cantabria [2], sin olvido de las dificultades con que de tiempo atrás se luchaba para adquirir ciertos pertrechos, mucho mayores en cuanto á leva de marineros, que iban en progresiva disminución [3]. En este sentido se circularon muchas disposiciones recomendando el buen trato y alivio de los hombres que vinieran al servicio, la instalación de hospitales [4], la convocatoria en las costas de Mediodía [5], la institución de juntas de comercio en los puertos [6], hasta volver á la matrícula de mar ensayada en 1607 y ahora establecida con carácter general permanente en todas las costas, á pesar de la resistencia y entorpecimientos que suelen oponerse á las novedades [7].

En el servicio de galeras se hicieron asimismo modificaciones, procurando conseguirlo con menor costo y mayor efecto disminuyendo los vasos y creciendo la dotación de gente en cada uno. Habían de llevar las capitanas 375 hombres de remo y 213 de cabo, y las ordinarias 260 de los primeros y 128 de mar y guerra; mantenerse constantemente prestas para dar la vela y en disposición de pelear, contando con consignación fija de gastos por sueldos, raciones y vestidos [8]. Se redujo á dos la escuadra de Portugal, con residen-

[1] Ordenanza real de 4 de Octubre de 1624, inserta en la *Colección de Tratados* de Abreu y Bertodano, con cédulas de ampliación.

[2] Real cédula de 28 de Junio de 1623. *Colección Vargas Ponce*, leg. IV, núm. 109.

[3] La misma *Colección*, leg. IV, núm. 96.

[4] Ídem, leg. XX.

[5] Año 1621. Carta del Rey al Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, tomo XXXII.

[6] *Colección Navarrete*, t. VIII, núm. 46.

[7] Real cédula dada en Madrid á último de Octubre de 1625, publicada con las siguientes por D. Javier de Salas en la *Marina española. Discurso histórico. Colección Vargas Ponce*, legajos IV, XXII y XXIII.

[8] *Nueva reformación de la gente que habrá de haber en las galeras de España*. Madrid, 1.° de Junio de 1621. Dirección de Hidrografía, *Colección Zalvide*, art. 5.°, número 7.



cia en Lisboa, y á 12 las de España, habiendo de suplir á la de Cataluña, desarmada por los diputados del Principado después del desastre en que los moros rindieron y cautivaron á la capitana y patrona sobre la costa de Francia [1], y con motivo de la reforma se debatió la cuestión de conveniencia de restablecer ó no los cuatralbos, sosteniendo el pro desde Nápoles el virrey Conde de Lemos [2], abogando en contra con gran conocimiento del asunto persona cuyo nombre no consta [3].

Cuando concluyó la tregua con Holanda, decidido como estaba el rompimiento de hostilidades, se discurrió empezarlas con un golpe de efecto interceptando las naves de comercio que tuvieran en el Mediterráneo, para lo cual habían de juntarse en el Estrecho la escuadra del mismo, mandada por D. Juan Fajardo; la de Portugal, á cargo del almirante don Martín de Vallecilla, y la de Cuatro Villas, que regía don Francisco Acevedo; pero aunque las órdenes se comunicaron con anticipación suficiente, no entró en el cálculo la demora que por falta ó escasez de lo más necesario solía desconcertar los presupuestos mejores, y así aconteció ahora, sabiendo con exactitud el número de navíos de las Provincias Unidas que estaban en Oriente, su fuerza y la fecha probable en que habían de desembocar [4]; porque, no existiendo en Santander elementos suficientes, tuvo que salir Acevedo con las nueve naos de su escuadra para Lisboa á buscarlos, llevando tan sólo 10 piezas de artillería la capitana, seis la almiranta y cuatro cada una de las otras. Vallecilla no pudo unirse á la armada del Océano que sacó de Cádiz D. Fadrique de Toledo el 6 de Agosto de 1621, y habiendo aparecido el enemigo cuatro días después, se vió con solas nueve naos frente á más de 50, las 20 de ellas bien armadas, el resto de carga. Éstas se quedaron atrás, mientras las de guerra,

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 819.

[2] *Representación que hizo á Su Majestad el Conde de Lemus sobre la necesidad de cuatralbos para las galeras.* Copia sin fecha. *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 108.

[3] Discurso anónimo muy interesante, en la misma *Colección*, t. XII, núm. 109.

[4] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 820.

formando media luna abierta, trataban de abrirlas camino.

Empezada la función tuvo cada nave española que combatir con dos ó tres contrarias, desventajosamente, porque no todas eran de la fuerza de la capitana, galeón sin par entre los de los holandeses, y así destrozó y echó á fondo los dos mejores á cuyos costados se opuso; y les causara más daño á no haberle partido los árboles, dejándole sin movimiento. Los otros dos galeones sumergieron dos holandeses más, incendiaron uno y rindieron dos, con lo que se acabó la batalla. Los nuestros entraron en Cádiz el día siguiente conduciendo las dos presas y haciendo la cuenta de muertos y heridos, que no fué escasa. Los enemigos pasaron el Estrecho disminuídos en siete de las mejores naves, pero salvando el convoy que se pensó capturar por entero.

En la corte se dió, sin embargo, importancia al suceso, publicándolo por victoria, y el Rey hizo mercedes como se acostumbra cuando los triunfos satisfacen, siendo natural celebrar éste por principio de campaña [1].

Los avisos de Flandes indicaban que para ella hacían en Holanda los preparativos con flema, sin que hubiera de entenderse que los descuidaban. Se habían confederado con el rey de Dinamarca; componíanse para obtener auxilios de Francia y de Inglaterra, y en buena inteligencia con Marruecos y con Argel intentaban adquirir puerto en el Océano hacia Mogador, por trato con Cidan, y desde aquella base, contando con los moriscos, tomar por fuerza de armas otro cualquiera en la extremidad de nuestra Península [2], trabajos á que respondían los ataques de los moros á las plazas de la Mamora, Larache, Mazagán [3], con objeto de distraer fuerzas al venir la escuadra.

[1] Real cédula expedida el 24 de Agosto dando gracias á D. Fadrique de Toledo y autorizándole para recompensar con pensiones á los que más se hubieran distinguido en el combate. Relaciones de éste hay juntamente en la correspondencia de D. Fadrique, *Colección Navarrete*, t. XXXVIII. Al público se dieron otras impresas que no difieren en lo esencial. Se mencionan en el Apéndice.

[2] Cartas del Rey. Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[3] Relaciones impresas.

Determinó el Gobierno despachar á su encuentro en el canal de la Mancha á la armada del Océano, incorporadas las escuadras de Guipúzcoa, Vizcaya y Cuatro Villas, dando priesa á D. Fadrique de Toledo para salir de Lisboa á primeros de Septiembre (1622) y batir al enemigo, que encontraría probablemente entre Dunquerque y Ostende. De no estar allí podía fondear donde le fuera más cómodo y esperar avisos de Flandes, á cuyas autoridades se encargaba la provisión de víveres, advirtiendo que de no haberlos «se pusiera á la gente á media ración, ofreciendo satisfacerla á la vuelta». De todos modos no había de detenerse en aquellas aguas más que hasta á fines de Septiembre, fecha en que necesariamente debía cruzar sobre el cabo de San Vicente, con objeto de proteger la recalada de las flotas de Indias [1].

Don Fadrique cumplió exactamente las órdenes en cuanto de él dependía, dando la vela juntamente con las escuadras de Oquendo, Vallecilla y Acevedo, que componían suma de 23 galeones muy buenos, y voltejeando por el Canal con tiempos contrarios hasta el 4 de Octubre. Los holandeses se estuvieron todo este espacio en sus puertos, fortificando aquéllos que juzgaron expuestos al ataque; gasto y detención á que se siguió la llegada en salvamento de las flotas esperadas, si bien lo hizo asimismo la del enemigo, por insuficiencia de la escuadra del Estrecho.

A la ordinaria de D. Juan Fajardo se había agregado la de Nápoles que fué del Duque de Osuna, gobernándola todavía su antiguo general, D. Francisco de Ribera; reunían 20 naves, cuatro de ellas pataches, y así no dejó de impresionarles la vista de más de 80 velas que contaron el 6 de Octubre avanzando con Levante flojo. No se suponía que fueran tantas, ni de momento se podían distinguir las de combate. Al llegar sobre la Fuengirola, cerca de Málaga, formaban cuatro grupos bastante separados unos de otros, porque, habiendo calmado el viento, los arrastraba la corriente contraria. Fajardo

1 Instrucciones á D. Fadrique de Toledo. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, números 835 y 836.



utilizó un momento de brisa variable del Oeste para ponerse á tiro de cañón de la escolta, mandada, según después se supo, por el almirante Swartenhont y el vicealmirante Almeras. Comenzó el combate, más bien escaramuza, después de las cuatro de la tarde, moviéndose difícilmente los navíos, y sin que todos consiguieran arrimarse. Tres pudieron aferrar con otros tantos enemigos; los demás se cañonearon á más ó menos distancia encalmados cosa de una hora, mientras llegó la noche; y como antes de amanecer volviera á entablarse el Levante fresco, desembocaron los holandeses sin podérselo impedir.

Hubo de nuestra parte 14 muertos y 35 heridos; la capitana de Ribera recibió varios balazos á flor de agua; el galeón *San Juan Bautista* salió peor librado, y casi todos sufrieron en la arboladura, principalmente el nombrado *Nuestra Señora del Rosario*, que por esta causa se rezagó, cayendo días después entre once navíos argelinos, y aunque hizo bizarra defensa, muerto el capitán [1] y los más de los oficiales tuvo que rendirse.

En la escuadra holandesa murió el vicealmirante Almeras con 28 oficiales y marineros, por lo que dijo uno de sus historiadores [2].

Se maduró con buen cálculo, entre los planes de hostilidad sucesiva, el despacho de una escuadrilla de cuatro galeones y otras tantas naves ligeras á destruir las pesquerías holandesas en las costas de Escocia y bancos del Norte, como recurso de subsistencia que eran de los rebeldes. Designado al efecto fué el general D. Francisco de Ribera, hombre muy á propósito para el caso si le dieran los elementos necesarios: recibió tan sólo instrucciones; á lo demás se opuso el mal crónico de la Hacienda y la perentoriedad de atenciones preferentes [3], como eran la de socorrer á los presidios de Africa, atacados simultáneamente por los moros, y la de con-

[1] Era irlandés, designado por D. Cornelio.

[2] Le Clerc, *Histoire des Provinces-Unies*.

[3] Las Reales cédulas é instrucciones indicadas están incluídas en la *Colección Navarrete*, correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, t. XXXII.



centrar navíos en las Terceras y cabo de Finisterre en espera y protección de los galeones de la plata de Indias.

Sostenía en el Norte el peso de la guerra la escuadra de Dunquerque, secundada por los bravos corsarios que quitaban el sueño á los gerentes de las Compañías holandesas, y refriega notable con ellos ocurrió el 15 de Junio de 1524, al salir seis naves que venían á San Sebastián á unirse con las de Guipúzcoa, trayendo al maestre de campo D. Diego Luis de Oliveira. Intentando hacerse á la mar de noche para burlar la vigilancia de los enemigos que constantemente bloqueaban el puerto, como encallara uno de los seis, por auxiliarle los compañeros se entretuvieron y fueron descubiertos. Al ruido de los cañonazos acudieron hasta 17 holandeses, que acorralaron á los cinco españoles, haciéndoles tarja de sus disparos todo el día. A uno afondaron, perdiendo dos de los suyos por el fuego vivísimo y certero con que respondieron al ataque, mientras no alcanzaron refugio en el puerto inglés de las Dunas, ya que no tranquilidad por la actitud de dudoso asilo con que fueron recibidos; pues si bien impidieron los britanos que dentro de sus aguas continuara la agresión de los holandeses, mientras les consentían situarse en la boca cerrando el puerto, á ellos negaban la adquisición de víveres necesarios por su dinero, y en tal situación grave hubieron de esperar á que reinara tiempo tormentoso con que dar la vela á todo trance. Aun así los acometieron los enemigos; tal gana les tenían, aferrando á la almiranta, que se voló juntamente con la contraria. Las tres restantes llegaron en salvo al puerto de Mardick, y fué una acción celebrada por insigne [1].

[1] Relaciones impresas. Céspedes (*Historia de D. Felipe IV*, folios 180 y 186 vto.) consigna que los navíos holandeses dispararon 4.000 cañonazos y perdieron 3.000 hombres, entre ellos el almirante Lambert.

II.

TURCOS, MOROS Y MORISCOS.

1621-1625.

Encuentros frecuentes con los bajeles piratas.—Escuadra inglesa en Argel.—Acciones de las galeras de Sicilia, Nápoles y Malta.—Triunfos del Marqués de Santa Cruz.—D. Diego Pimentel muere en combate.—Tumultos en Barcelona.—Los monjes de Bayona de Galicia.—Embarca el príncipe de Gales en Santander.—Viaje del Rey á Andalucía.—Fallecimiento del príncipe Filiberto.—Conducción del cadáver á España.

ELEVADA la atención del Gobierno hacia el Norte desde el principio de la nueva guerra con las provincias unidas de Holanda y Zelanda, se hizo menos caso de los corsarios y piratas berberiscos, considerando sus fechorías efectos del mal crónico heredado, que se podía conllevar. Cada día se publicaban *Relaciones*, hojas sueltas precursoras de las gacetas periódicas, dando cuenta de algún encuentro si daba por resultado victoria, aprehensión ó muerte de cualquiera de los espumadores turcos ó argelinos, cuya represión corría por cuenta de las escuadras de galeras, y en este concepto se comentaron los castigos á una expedición otomana que hizo desembarco en Sicilia, cerca de cabo Passaro, y á la caravana de Alejandría, de nuevo capturada por D. Luis de Cárdenas; pero no se noticiaban al público con la misma puntualidad los frecuentes asaltos en que conseguían su objeto los corsarios, como sucedió sobre la costa de Portugal, atacando 17 navíos

á la nao de la India, que incendiaron no pudiendo rendirla, y sobre Sanlúcar, donde llegaron á reunirse 40 atraídos por el cebo de la plata [1].

El apresamiento del galeón *Nuestra Señora del Rosario* casi á la vista de la escuadra de Fajardo indica cuán en poco tenían los piratas á los encargados de perseguirlos, y eso que cooperaba todavía la escuadra inglesa, que por el convenio del reinado anterior solía estar en Cádiz. Tres días después del encuentro de D. Fadrique de Toledo en el Estrecho con los holandeses (1621), lo tuvo esta escuadra en las inmediaciones de Tarifa con 17 naves de turcos y berberiscos, disponiendo de 10 por su parte, pero muy superiores en fuerza y organización. Como resultado rindieron los ingleses á la capitana con cuatro vasos más, y echaron á fondo otros dos, comienzo sólo de su jornada, pues entrando las presas en Gibraltar y disponiendo algunas como bajeles incendiarios, llegáronse con ellos á la rada de Argel, destruyeron siete galeones grandes y seis pataches, cañonearon á la ciudad, desembarcaron en las inmediaciones á talar las huertas, dándoles lección de no ser su abrigo inaccesible [2].

En el fondo del Mediterráneo entendió el príncipe Filiberto, capitán general de la mar y virrey de Sicilia, movilizando las escuadras de esta isla, de Nápoles, Malta, y ocasionalmente de Génova y Florencia en frecuentes cruceros y expediciones, ya á las guaridas vecinas de Túnez, ya á las islas griegas. El año 1624 se significó fecundo en jornadas merecedoras de especial mención.

Estando cinco galeras de los caballeros de San Juan á la mira de La Goleta sufrieron fortuna violentísima, que obligó á correr á palo seco á dos, arrojando á la mar la artillería. Una aportó á Palermo, destrozada; otra pudo refugiarse en Nápoles; la capitana, con las dos restantes, se hizo pedazos en los escollos de la isla de Zímbalo, frente á La Goleta

[1] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 837. De otros incidentes hay noticias en la *Colección Vargas Ponce*, leg. XIX, y en la de *Navarrete*, t. XXXVIII.

[2] Se publicó relación en Sevilla, y hay otros datos en la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXII.



misma, disminuyendo su desgracia el desembarco de la gente con armas y alguna provisión. Avisados los moros del suceso, acudieron con embarcaciones, pensando cautivar al general y caballeros náufragos; mas como éstos habían tenido tiempo para atrincherarse, rechazaron el ataque repetido de los berberiscos, haciéndoles sangre. Durante la pelea llegó una nao de Sicilia despachada por el Virrey tan luego supo la ocurrencia por la galera desgaritada, y batiendo por fuera al enemigo, le desalojó, recogiendo á bordo al general de Malta, con su estandarte y gente. El Duque de Alba, virrey de Nápoles, había dispuesto por su parte la salida de cuatro galeras bien armadas á cargo del capitán Salmerón, cuando llegó la otra desmantelada, y las cinco se presentaron á la vista de la isla de Zímbalo muy poco después que la nao de Sicilia, contribuyendo á la derrota de los enemigos, que perdieron varias galeotas abrasadas ó á fondo, con muerte de bastantes turcos y prisión de un ciento, no siendo más los tomados por no perseguirlos en la isla, donde embarrancaron los bajeles. A la vuelta toparon las galeras con tres galeotas de moriscos españoles, que pelearon bien, como quien sabe no tener más alternativa que la horca ó el escape. Las tres cayeron, librándose 60 cautivos cristianos [1].

Afortunado asimismo el capitán D. Felipe de Eril entró por sorpresa con las galeras de Sicilia en Biserta, puerto restaurado, arsenal, gran foco de la piratería, y yendo preparado, incendió cuatro bajeles grandes y apresó cinco, que condujo á Mesina [2].

Varias otras capturas se hicieron por las referidas escuadras ó por las naves de vela armadas por particulares en Nápoles, Sicilia y Malta, á beneficio de las Ordenanzas de corso [3], siendo de más importancia las conseguidas por el Marqués de Santa Cruz, digno sucesor del título y del apellido [4]. Este año mismo salió de Palermo con 14 galeras, cua-

[1] Relación impresa, reproducida en *El Gran Duque de Osuna y su marina*, pág. 411.
[2] Relación impresa.
[3] Relaciones impresas mencionadas en el Apéndice.
[4] Don Álvaro de Bazán, segundo Marqués de Santa Cruz, nacido en Nápoles

tro de España, cuatro de Sicilia y seis de Malta, camino de Túnez. Cerca de la isla Faviñana rindió á un navío holandés de 20 cañones, muerto su capitán. Poco después avistó tres galeones grandes de Alí-Arráez-Rabazín, renegado de Ferrara, gran corsario que había sido esclavo del mismo Marqués de Santa Cruz y navegado por las costas de España, haciéndose muy práctico. Confiado en el porte y artillería de sus navíos, poniendo pavesadas rojas y banderas de combate, se llegó hacia las galeras, seguro de castigarlas si le abordaban; mas no era tan ligero el Marqués que lo intentara antes de tiempo. Lo que hizo fué ganar el barlovento, y teniendo en crujía cañones de más calibre y alcance que los del corsario, combatió á distancia, destrozándole cascos y aparejos. Ya tarde se puso Rabazín en huída hacia la costa, que estaba próxima, y embarrancando, empezaron los moros á escapar por la playa. Abordaron entonces las galeras por las popas, apresando á los tres bajeles y á Alí-Rabazín, herido, con gran botín de los robos que habían hecho. Los galeones pusieron los vencedores á flote y llevaron á Palermo, haciendo entrada pomposa con la gala de las pavesadas, banderas y flámulas mahometanas arrastrando por el agua [1].

En otra jornada derrotó el Marqués á las galeras de Biserta en porfiado combate, afondando siete y apresando seis, y todavía en la siguiente persiguió á los corsarios hasta el Adriático y costa de Dalmacia. Estando juntas seis galeras de Biserta, cinco de Argel y dos de Rodas, dió con ellas en una

en 1571, capitán general de las galeras de Portugal, de Sicilia, de Nápoles; teniente general de la mar y consejero del príncipe Filiberto, por título expedido en 6 de Junio de 1621. De sus servicios en el reinado de Felipe III trata el tomo anterior á éste, y hay relación especial en la *Colección Salazar*, E. 24, folio 58.

[1] Don Diego Duque de Estrada describió prolijamente el combate y triunfo en los *Comentarios del desengañado* (*Memorial histórico-español*, t. XII), como actor que fué en ellos, y repitió la narración en un poema que se imprimió en Mesina el mismo año, con título de *Octavas rimas á la insigne victoria que la Serma. Alteza del príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el excelentísimo señor Marqués de Santa Cruz, su Lugarteniente y Capitán general de las galeras de Sicilia, con tres galeones del famoso corsario Alí-Arráez-Rabazín, compuesta por Diego Duque de Estrada. Dirigida á Su Alteza mismo.*



cala y las abordó al ancla después de cañonearlas, acabando por tomar siete é incendiar otras tres [1].

Porque son varios los trances de la guerra costó caro á don Diego Pimentel triunfar de ciertas naves que andaban saqueando en las islas de Córcega y Cerdeña. Él contaba con ocho galeras de su escuadra [2] y tres del Papa, y se le unieron en la isla de Elba cuatro de Florencia, con las que anduvo cruzando durante el verano sin ver una vela enemiga. Al fin tuvo aviso de haber aparecido sobre las islas de San Pedro una escuadrilla de tres navíos y tres pataches, y saliendo de noche, los descubrió al amanecer el 3 de Octubre. Rompióse el fuego por ambas partes, con la fortuna en la de las galeras de desarbolar uno de los navíos grandes y partirle el timón, por lo que lo abandonó su gente, pasando á la capitana; el otro fué abordado y rendido, y la misma suerte tuvieron los tres pataches; solamente la capitana, bajel de 36 cañones, resistía, causando notable daño á las galeras que se le aproximaban. Quiso D. Diego Pimentel dar ejemplo iniciando el asalto, y al arrimarse recibió en el pecho una bala de mosquete; bastó, no obstante, su mandato para que las demás galeras se arrojaran á la presa, en cuyo momento el corsario, que tan bizarramente había resistido, puso fuego á la pólvora y se voló con los defensores. Las galeras condujeron las cinco naves capturadas al puerto de Caller, en Cerdeña, sin las demostraciones acostumbradas en las victorias; el general Pimentel falleció á las treinta horas de recibir la herida, el 4 de Octubre [3].

Por hechos semejantes no disminuían los grupos de piratas

[1] Relaciones impresas. Dos he reproducido en el citado libro *El Gran Duque de Osuna*.

[2] Don Diego Pimentel, hijo del Conde de Benavente, virrey que fué de Nápoles, sirvió con tres hermanos en las galeras del Reino, llegando á obtener título de Teniente general de la escuadra. Asistió á las jornadas de Longo y Durazo, los Querquenes y Navarino, en la que, con dos galeras, tomó á los turcos otras dos á vista de su armada, acción heroica. Hallóse también en las funciones del virreinado del Duque de Osuna, y cuando éste cesó en 1621, fué á la Goleta mandando seis galeras, é incendió varios navíos en el puerto, sufriendo los disparos de los castillos.

[3] Relaciones impresas.



en las costas de Italia ni en las de España. Precisamente en estas fechas había fondeado en Santa Pola una escuadra de once navíos que puso en alarma á las poblaciones, siendo concausa de ocurrencia que es bueno referir, por ser de las que sirven á la apreciación de las costumbres y modo de ser la sociedad española en aquel tiempo.

Hallábase en Barcelona la escuadra de galeras de Carlos Doria con cinco galeones de los que por asiento construía y armaba en el puerto el caballero Judici. Para tripularlos había llegado una partida de marineros mallorquines que andaban desmandados, y por cuestión con los genoveses, habiendo sonado un tiro y corrido la voz de estar muerto el veguer, que ponía paz, tomaron las armas los ciudadanos; desembarcaron con ellas los de las galeras, y produjose tumulto en que nadie se daba cuenta del lugar donde tenía la cabeza. Los que de río revuelto sacan ganancia acudieron á robar las casas de mercaderes genoveses, principalmente las de los Judicis, que vaciaron, poniendo después en ellas fuego que ocultara la malicia. Los bullangueros de afición asestaron la artillería de las murallas contra las galeras, cañoneándolas cual si fueran de moros. Con la noche creció el barullo de tiros y carreras, propagándose el incendio de las casas de manera alarmante, y Dios sabe adónde hubiera llegado el desorden á no conseguir las autoridades que todos los genoveses embarcaran y salieran las galeras del puerto por de pronto [1].

[1] Ocurrió el conflicto el 10 de Abril de 1624, tercer día de Pascua del Espíritu Santo, según apunte de la Crónica de Parets (*Memorial histórico-español*, t. xx). Empezó oyéndose voces de *viva la tierra* y *muera Génova*, y el origen parece fué disgusto de mujeres á quienes el contratista Judici había despedido de la costura del velamen. D. Gonzalo de Céspedes (*Historia de D. Felipe IV*, fol. 190 vto.) señala como cabeza de motín á una pescadera, y así tuvieron que sentir D.ª María Fiesco y D.ª María Espínola, en la familia de los Giudici. Robáronles cuanto había en las casas, destrozaron lo que no podían llevar, mataron los caballos y arrimaron las teas incendiarias. En Barcelona se repitieron tumultos semejantes por antipatías entre gente de mar y tierra; y más grave que el anotado fué el ocurrido á mediodía del 20 de Octubre de 1629, por palabras entre soldados de las galeras de España y gente de la playa. Como los primeros pusieran mano á las espadas, tocaron á rebato la campana de Santa María de la Mar, acudiendo multitud armada: los soldados reforzaron la suya desembarcando unos 50 con mosquetes, que dieron carga á la puerta, matando á un marinero, y desde aquel momento toda la ciudad

Los argelinos extendian el campo de acción por fuera del estrecho de Gibraltar á la costa de Portugal, donde apresaron un galerón fuerte guipuzcoano después de dos días de combate [1], atreviéndose á entrar en el puerto de Bayona de Galicia tras de los mercantes, aunque no impunes por la circunstancia de tener los monjes de Santa María de Oya amurallado y artillado su convento, en situación dominante, y acertar con una bala á los fondos de la capitana, con lo que los demás navíos de la escuadrilla se atemorizaron, alejándose [2].

Al Duque de Fernandina tocó aplicar corrección á la osadía de otros corsarios que se presentaron á vista de Cádiz, saliendo de madrugada con 10 galeras. Ellos tenían cuatro navíos de vela de alto bordo, más una presa marinada, y antes que entrara la virazón, de que se hubieran valido, los tiroteó de largo, asaltándolos á su tiempo por las popas, apoderándose de todos [3]. En esto consiste el arte de la guerra: en conocer las ventajas y desventajas de cada elemento y saber utilizarlas.

Ocurrieron en los primeros años de reinar Felipe IV al-

tomó parte en el conflicto, cubriendo las murallas. Obligaron las compañías de los gremios á los conselleres á ordenar que la artillería cañonease á las galeras, y eligieron tiradores de escopeta que desde sitio conveniente las dominasen. Porque algunos de los ediles recomendaban secretamente á los artilleros que dispararan al aire, fueron maltratados; y como el Gobernador quisiera hacerse obedecer con la espada, se vió acometido y hubo de retirarse. Las galeras tuvieron que largar las amarras y salir del puerto, sin que por ello dejaran de disparar desde la muralla, aunque no les respondían con los cañones. Toda la noche duró el tumulto. Al siguiente día, el Gobernador, junto con algunos caballeros, lo calmaron; volvieron las galeras al muelle, poniendo en la puerta del mar una compañía de guardia para que nadie desembarcase. Sacáronse de ellas 14 muertos y muchos heridos; hízose proceso, y los más culpables de los ciudadanos fueron sentenciados al remo en las mismas galeras.

Aun ocurrieron otras refriegas estando en el puerto escuadras, sobre todo siendo genovesas las galeras. Cervantes describió en la novela *Las dos doncellas* uno de tantos alborotos, diciendo que era infinita la gente de la ciudad que acudía á la playa, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, acuchillándose sin piedad y sin que aprovecharan las voces y amenazas del General más que la intervención de los caballeros catalanes. Del particular he tratado en los *Viajes regios*, pág. 250.

[1] Carta de Domingo de Arrona, dando cuenta del suceso desde Argel. *Colección Vargas Ponce*, leg. 1.

[2] Relaciones impresas.

[3] Relaciones impresas. Tenía la capitana argelina 22 piezas; la almiranta 20, y la otra 16.



gunos sucesos navales, ajenos á la guerra, que no deben pasar inadvertidos. Dos escuadras extranjeras visitaron los puertos en són de paz, corriendo el de 1623; francesa la una, mandada por el Duque de Guisa, que iba desde Marsella á combatir á los hugonotes alzados en la Rochela [1]; inglesa la segunda, destinada al embarque en Santander del príncipe de Gales, terminada la visita y fiestas con que se obsequió en la corte su pretensión á la mano de la infanta D.ª María.

Cuéntase que por corresponder á los agasajos recibidos dispuso convenientemente su armada compuesta de 14 naves, la que menos de 60 cañones, esmerándose en la Real, buque magnífico que parecía un castillo. El 24 de Septiembre dió un banquete á los que desde Madrid le habían acompañado, disponiendo la mesa en popa, de modo que ocupaba la plaza de armas.

«Sirviéronse 1.600 platos, los 400 de dulce, cubriéndose el servicio seis veces, y á los brindis, que fueron muchos, á la salud de los reyes de España y de Inglaterra, del príncipe, infantes y la señora infanta María, se disparaba toda la artillería de la armada, y algunas veces, con el estruendo, se descomponían los aparadores, que estaban con la ostentación que se deja inferir [2].»

El rey D. Felipe hizo á su vez excursión á Andalucía al año siguiente (1624), atento al nublado que iba condensando la política europea.

En Sanlúcar revistó á la escuadra de galeras de España, y con más detención en la bahía de Cádiz, donde esperaban también esta honra la de galeones del mar Océano y la de Nápoles. Al efecto se construyó en el puerto de Santa María un puente ó muelle real de madera muy adornado, y entrando á bordo de la capitana Su Majestad, se verificó un simulacro

[1] Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[2] Relación impresa. El Príncipe se despidió del séquito acabado el festín, y al día siguiente, de orden de S. M., se le ofrecieron para el viaje 2.000 gallinas, 2.000 pollos, 2.000 pichones, 500 capones, 100 carneros, 200 cabritos, 12 vacas, 50 terneras, 50 perniles, 50 barriles de aceitunas, 50 pipotes de conserva, 100 pellejos de vino, 12 de aceite, ocho de vinagre, salsería, potajería, frutería, gran suma de plata labrada y una fuente que lo pudiera ser del Prado de Madrid.

de combate, procurando hacer patente la disciplina y práctica de los soldados, mantenidas por los nietos del famoso D. García de Toledo [1].

En contraste de las fiestas reales se señaló el mismo año el fallecimiento del príncipe Filiberto, ocurrencia importante, no tanto por su valor personal y alta dignidad de Capitán general de la mar, como por constituir el lazo y retenida de los procedimientos de su padre, el Gran Duque de Saboya, dado que algo alcanzara á refrenar las grandes aspiraciones de este potentado. Murió de pestilencia en Palermo el 3 de Agosto; hiciéronsele en Madrid solemnes honras con grandeza, y ordenada por el Rey la traslación del cadáver embalsamado al panteón de Infantes de El Escorial, habiéndoselas hecho también en la catedral de Palermo [2], hubo de demorarse el cumplimiento del mandato por dificultades sucesivas, acabada la de incomunicación sanitaria de la isla, con la que no se dieron por satisfechos en los puertos del tránsito, desplegando el lujo de medidas arbitrarias y precauciones ilusorias que con nombres de observación ó cuarentena constituyen en estos casos de epidemia de bien atrás, como se ve, las trabas y molestias de la navegación, que de poco sirven y menos preservan, en opinión de hombres de ciencia, por más que otra cosa digan los que pretenden curar con ellas la preocupación y miedo irracional de las masas [3].

[1] Regía la escuadra de galeras de España el del mismo nombre, D. García de Toledo, sexto Marqués de Villafranca, Duque de Fernandina. Había hecho algunas presas de piratas y atendido á la plaza de la Mamora. La escuadra del mar Océano mandaba su hermano menor, D. Fadrique de Toledo, desde el reinado anterior y muerte de D. Luis Fajardo, gozando de buen concepto, sobre todo después del combate del estrecho de Gibraltar, encomiado en las *Relaciones* sueltas del tiempo y en la *Laurentina. Poema heroico de la victoria que tuvo contra los holandeses D. Fadrique de Toledo Osorio, marquès de Villanueva de Balducsa, Capitán general de la armada real del mar Océano y gente de guerra del reino de Portugal en el año* 1621, *dia del inclito mártir San Lorenzo*, por el Dr. Gabriel de Ayrolo Calar. Cádiz, s. a.

[2] *Exequias del serenisimo principe Emanuel Filiberto*, por el maestro Francisco Roales, del gremio de la Universidad de Salamanca, Capellán de Su Alteza. Madrid, por Juan González, año 1626, en 4.°, con láminas grabadas en Palermo, por Francisco Guzmán, representando el retrato del Príncipe, perspectiva de la iglesia y representación del túmulo con copia de inscripciones.

[3] Aténgome á los argumentos desarrollados por D. Manuel Fernández de Castro,

Por estos embarazos tuvieron que hacer las galeras travesía molestísima de sesenta y un días, en todas partes detenidas ó rechazadas, transcurriendo año y medio antes que el cuerpo muerto que conducían llegara á su destino y reposara.

Se dispuso al efecto la Real, bellísimo bajel, pieza, más que para exequias, para triunfos, según escribió un testigo de vista [1], «encubertada desde el timón á la proa, desde los filaretes al garcés, de paños de dolor; la palamenta negra, los faroles, los estandartes enlutados, el cuerpo de su generalísimo, representando con toda propiedad la galera en su majestuoso aparato funeral un ataúd».

Comenzado el viaje el 3 de Septiembre de 1625, con estruendo de la artillería de la escuadra y castillos, la escoltaron las galeras de Sicilia y de Malta, honrándola al paso las de Nápoles y Génova. Tuviéronla aislada en el puerto de Cartagena las autoridades de la localidad, no obstante las órdenes de la Corte, que al fin cumplieron á medias, consintiendo el desembarco del féretro con tal que se depositara en el convento de San Diego, extramuros, y que los acompañantes y pasajeros de las galeras se acomodaran en chozas ó barracas alrededor, sin comunicación con la ciudad. La escuadra fué despedida, por de contado, tan luego como por vez última hizo el acatamiento y saludo al Capitán general difunto, excepción hecha de la Real, que, por no ser intención del Rey proveer el cargo entonces, se desarmó, quedando también muerta, al parecer, sin estandarte, sin fanales, sin árboles ni remos.

En encomio del Príncipe escribió Bartolomé Leonardo de Argensola un soneto que empieza [2]:

inspector general del Cuerpo de Ingenieros de Minas, consejero de Instrucción pública, individuo de número de la Real Academia de Ciencias, en el opúsculo titulado *Las cuarentenas: posibilidad de suprimir las de observación sin daño de la salubridad pública y con ventaja de la navegación y del comercio.* Madrid, 1879.

[1] Jornada de conducción del cuerpo del príncipe Filiberto desde Sicilia á El Escorial. Relación inserta en mis *Disquisiciones náuticas,* t. III, pág. 367, conforme con el libro de Roales.

[2] También se imprimió por entonces (s. a. n. l.) *Historia admirable del príncipe Filiberto de España.*

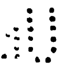
No turba nuestro llanto la alabanza
Que hoy suena, joven real, con la victoria,
Que de la vida ó muerte transitoria
En mejor vida tu virtud alcanza.

Pérdida no menos de sentir en la marina, pérdida grande, ocurrió por este tiempo, el 30 de Julio de 1625, pasando también á mejor vida el Superintendente de armadas, el infatigable trabajador D. Diego Brochero de Paz y Anaya, ornamento de la milicia naval, hombre de corazón y de cabeza de aquellos pocos á quienes son aplicables las bellas frases del Dante:

Fece col senno assai e con la spada.



El príncipe Filiberto de Saboya.



III.

LAS FLOTAS.

1622-1624.

Diligencia de los holandeses en amparar las suyas.—La enviada á las salinas de Araya sufre serios contratiempos.—Procuran apoderarse de la nuestra en el mar del Sur.—Expedición del almirante L'Hermite.—Muere éste ante el Callao sin conseguir el objeto.—Disposiciones defensivas en el Perú.—Antillas.—Huracanes.—Naufragios.—Fortuna de Tomás de Larraspuru.

Una vez rotas de nuevo las hostilidades con España, lo primero á que atendieron los holandeses fué á la protección de su comercio, expuesto en el paso necesario de las naves por las costas de la Península, ya se dirigieran á Levante, ya á las Indias, donde tanto lo habían desarrollado. Formaron para el Mediterráneo grandes convoyes defendidos, como antes se ha contado, al paso del estrecho de Gibraltar por escuadras de escolta, sin lo cual hubieran sido interceptados por las de D. Fadrique de Toledo y D. Juan Fajardo, y otro tanto tuvieron que hacer en el Océano, y aun en el mar del Norte después que se dictó la Ordenanza de corso, distrayendo muchos navíos de guerra en servicio de tamaño interés, como nosotros los distraíamos en el de guardar las flotas de la plata.

En 1622 organizaron uno de ellos con destino á la costa de Cumaná, en las Indias Occidentales, donde pensaban pro-

veerse de la sal indispensable á sus pesquerías, agregándose los navíos armados de contrabandistas y corsarios que solían hacer negocio en las Antillas, y recaló sobre Araya el 25 de Noviembre, encontrando novedad desagradable. El gobernador de la provincia, D. Diego de Arroyo y Daza, avisado oportunamente, había hecho sobre el cerro de Damiel un fortín de cestones con artillería gruesa, que dominaba el fondeadero. Reconocido, cañonearon á la vela la altura con poco efecto, por lo que se determinaron á hacerlo á menor distancia, fondeando los 40 navíos de que disponían. Tampoco así hicieron mella las balas en los reparos de tierra; y como les fuera preciso quitar el estorbo, desembarcaron 600 hombres con petos, picas y arcabuces, emprendiendo la subida del cerro por varios lados, confiados en señorearlo, porque los defensores eran pocos; mas no hay soldado bisoño que no sepa apreciar la diferencia que va entre ascender por una ladera á pecho descubierto ó esperar arriba detrás de parapeto apuntando de mampuesto. Los pocos defensores hacían tanto daño con la mosquetería, que los holandeses les volvieron la espalda dejando tendidos en la ladera bastantes de la compañía, y se reembarcaron desordenadamente, muerto el jefe.

Cambiado el fondeadero fuera del alcance de la artillería, que les había causado desperfectos, esperaron la llegada de 16 naos más, y enviaron parlamento ofreciendo buen partido á los del fuerte si lo rendían antes de empezar otro ataque con la fuerza aumentada. Pero como también ellos habían sido reforzados con algunos españoles y 200 indios flecheros, rechazaron la intimación, dispuestos á recibir el asalto.

No lo amagaron siquiera los enemigos: arrimaron otra vez al fuerte, el 13 de Enero de 1623, hasta 41 naos de las mayores, rompiendo el fuego como distracción, á tiempo que desembarcaban dos cuerpos: de 400 arcabuceros el uno; de trabajadores con útiles el otro, queriendo cargar las lanchas de sal bajo la protección de los soldados; empresa difícil que el fuerte y los tiradores emboscados impidieron, haciéndoles embarcar precipitadamente, como la vez primera, con abandono de material y herramienta, pérdida de tres naves afon-

dadas por la artillería del fuerte y de no pocos hombres [1].

Así que la nueva llegó á Madrid, presumiendo que el enemigo insistiera en procurarse la sal, se despacharon con urgencia dos navíos con socorro de 300 soldados, 20 piezas de artillería, municiones y útiles de toda especie para sustentar la posición de Araya, erigiendo fortaleza permanente mientras iba á las Antillas armada gruesa [2]; disposición razonable conocida la tendencia de las compañías de Amsterdam á beneficiarse con perjuicio de nuestras colonias.

Sin tardar mucho, se vió que echaban á la mar una suya de suficiente fuerza para cualquier intento, pues que se componía de 11 naves, siete de ellas expresamente construídas para la campaña, fuertes, rasas, sin castillos; de 600 toneladas la capitana y almiranta, con 40 cañones en dos cubiertas, de los calibres de 48, 24 y 12 libras; de 500 y 400 toneladas, cinco, con artillería de á 24, 18 y 8 libras; las cuatro restantes de 200, 100 y menos toneladas, no eran nuevas ni tenían tan fuerte armamento. Entre todas sumaban 294 piezas y algo más de 1.600 hombres.

Á ser ciertos los avisos de confidentes, Jaques L'Hermite, almirante que la gobernaba, era hombre de mucha suficiencia, que había residido en Madrid siete años y hablaba correctamente el castellano: la empresa no había podido olfatearse, teniendò que acomodar la presunción al hecho de tener embarcadas muchas provisiones; lanchas y galeotas en piezas, artillería de campaña, útiles de zapador y sillas de caballos [3]. El tiempo se encargó de descubrir el secreto.

La escuadra de L'Hermite salió del puerto de Texel á 29 de Abril de 1623, con idea de entrar en el Pacífico, atacar á la flota conductora de la plata desde el Callao á Panamá y poner pie en algún puerto del Perú, contando con atraerse á

[1] Cartas del Gobernador de Cumaná. *Colección Navarrete.* Hay relación impresa en que se especifica haber presentado los holandeses en Araya 104 navíos entre escuadra y convoy.

[2] La misma *Colección.* Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, t. XXXII.

[3] Carta del Gobernador de Cartagena al Rey. *Colección Navarrete*, t. XXV, número 79.

los negros esclavos ofreciéndoles libertad; por ello, en vez de las mercancías de cambio que en otras expediciones habían llevado, iban ahora en abundancia armas y monturas. Al pasar la costa de Portugal, apresó cuatro carabelas que venían del Brasil con carga de azúcar; una agregó el Almirante á las suyas en reemplazo del patache que era pesado de vela, y regresó á Holanda con las tres restantes. Sobre el litoral de Berbería tomó otra nao flamenca, de cuya tripulación mandó ahorcar á cuatro hombres por ser de los fieles al rey de España.

Sin tocar en las Canarias siguió á las islas de Cabo Verde, donde se detuvo un mes haciendo cecina de carne de cabras, poniendo en bodega la artillería gruesa y preparando los aparejos para la travesía del Atlántico. Dejó en tierra un centenar de prisioneros portugueses y castellanos de las dichas naves, conservando dos ó tres que le sirvieran de prácticos, resultando ser uno de ellos piloto que había hecho el viaje al Magallanes con los hermanos Nodal. Continuó hacia el Sur por la costa de Guinea, y como enfermara mucha gente entró en el puerto de Farallones, donde había factoría portuguesa, alarmado por los efectos de la dolencia que nombraban *de Loanda*. El físico primero de la escuadra, acusado de haber muerto con su medicación cerca de 200 hombres y sometido á cuestión de tormento, acabó por afirmar cuanto quisieron los jueces, que le sentenciaron á morir, entendiendo, sin duda, velar por la salud de todos.

Más al Sur, desde el cabo Lope González, atravesaron el Océano en once días, surgiendo en la isla Novoa, donde se procuraron refrescos. De allí navegaron en demanda del estrecho de Mayre, no sin malos tiempos, bajo los que zozobró la carabela portuguesa y uno de los pataches, ahogándose 20 hombres, á cuya pérdida hubo de añadirse la de 19 muertos por los salvajes al cortar leña.

Tardaron tres meses en desembocar, montando el cabo de Hornos el 2 de Febrero de 1624; fuéronse derechos á la isla de Juan Fernández para reponer la aguada, reparar averías del aparejo y montar los cañones en sus portas. Aleccio-

ñado L'Hermite con los viajes de sus predecesores, no quería remontar por la costa de Chile, desde cuyos primeros puestos hubieran corrido aviso poniendo en alarma á todas las gentes, sino tomar el largo y recalar sobre el Callao sorprendiéndolo.

Cerca del puerto apresó una embarcación en que iba el capitán Martín de Larrea con remeros negros, é interrogados separadamente por el procedimiento empleado con el físico, dijo el primero que la flota de la plata había marchado del Callao *trece* días atrás, al paso que los negros sostenían ser *tres* los días transcurridos desde la salida; y como en el careo manifestara con firmeza el capitán que todos decían una misma cosa, obscureciéndola la mala pronunciación de los negros bozales, en la duda no adoptaron el medio que acaso les proporcionara todavía la presa forzando de vela con rumbo á Panamá, y no dejó de influir uno de aquellos negros que por hacerse agradable les dijo que había quedado en el puerto la mitad del tesoro para segunda remesa, siendo cosa sencilla tomarlo, porque ni en el Callao ni en la ciudad de Lima había bajeles de guerra, cañones, soldados ni prevención ninguna; con seguridad, por otra parte, de que al primer llamamiento apellidando libertad acudirían los negros esclavos del campo, siempre que el ataque se hiciera con prontitud, sin dar tiempo á la reunión de los españoles.

Lo que halaga al deseo, fácilmente se admite: los holandeses creyeron al pie de la letra la relación del negro, conforme con las noticias recogidas antes de emprender el viaje, y en verdad, aunque no poco exageraba el confidente, en el fondo no los engañaba.

Había partido del Callao la flota el 3 de Mayo, conduciendo en remesa extraordinaria la plata de dos años, con escolta de los galeones *Santiago*, *San José* y *San Felipe;* en el surgidero había quedado el que tenía por nombre *Nuestra Señora de Loreto*, capitana desarmada, y el patache *San Bartolomé*. Muy satisfecho de la expedición y despacho el virrey D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, se regocijaba en el puerto con fiesta de toros, el 7,

cuando le llegó nueva de estar sobre Mala, once leguas á barlovento, la armada holandesa preparando lanchas para desembarco. Corrió al punto la noticia, originando indecible confusión, y más trabajo costó al Virrey detener á la gente en Lima, que prepararse para hacer frente al enemigo. Cada cual trataba de poner en cobro su hacienda y escapar al interior con ella.

Aunque no se hallaba la capital del Perú en el completo estado indefenso que tenía al presentarse los primeros corsarios, tan desprevenida le tomó la llegada repentina de L'Hermite, que no había un mazo de cuerda con que disparar los arcabuces [1]. Por primera providencia, acudió la caballería á detener la gente y á celar disimuladamente las haciendas cercanas, dejando que la resaca, por sí, molestara el acceso de las embarcaciones holandesas por el punto en que intentaban desembarcar.

El día siguiente se aproximaron las naves á la bahía con estruendo de los cañones, fondeando desde la isla á la boca del río: traían las lanchas en el agua, y al largar las anclas metieron 600 hombres en aquéllas, llegando cerca de la noche á saltar en tierra por Chuquitanta, á dos leguas de la ciudad. Dirigió la operación el Almirante, y ordenó los escuadrones mientras en segundo viaje desembarcaban otros tantos soldados. Aquella noche la pasaron con las armas en la mano, haciendo tan sólo diligencia en tomar lengua, porque, no habiendo hallado resistencia, temían alguna celada. Al mismo tiempo dábales recelo el gran número de caballerías que vieron correr desde las naves, no consintiéndoles la distancia distinguir que las más eran mulas con hombres desarmados. No dieron tampoco con ningún camino por donde avanzar, y antes de amanecer se reembarcaron, estimando prudente la retirada.

Vino muy bien al Virrey esta indecisión y pausa para hacer trincheras en los puntos más accesibles y formar compañías

[1] *Noticias generales del estado que han tenido las armas de la ciudad de Lima, presidio del Callao y real armada del Sur desde el año de* 1615. Ms. *Colección Navarrete*, tomo XXV, núm. 79, y t. XXVI, varios.

á pie y á caballo, asegurando la defensa por la parte de tierra; de la mar quedó señor el enemigo, sobre todo desde que armó en la isla de San Lorenzo las galeotas que traía á bordo, con las que se apoderaba de cuantos navíos venían al puerto.

En la noche del 11 intentó, con las lanchas, incendiar las que había dentro, trabando escaramuza, en que fué rechazado con alguna baja y prisión del condestable, y por las declaraciones suyas, confrontadas con las de algunos desertores, se obtuvieron noticias de interés [1], principalmente acerca del propósito de destruir el galeón *Loreto*.

La junta de guerra, reunida por el Virrey, estuvo de acuerdo en que, no contando con elementos para armar naves, se debía estar á la defensiva como hasta entonces, con satisfacción de que nada de importancia hubiera conseguido el enemigo teniendo tanta fuerza [2], y así lo hizo, desplegando actividad é ingenio que traen á la memoria los recursos empleados en Manila en las ocasiones semejantes de bloqueo puesto por van Noort y por Wittert en 1602 y 1610.

Ahora, sobre el Callao murió L'Hermite el 2 de Junio, agravando el despecho la enfermedad adquirida en el viaje, y le sucedió en el mando general el vicealmirante Hugues Schapenham [3], prolongando casi cinco meses la empresa, en que tanto es de admirar su constancia, como lo que hicieron los peruanos para quebrantarla, empezando por rodear al galeón con cadena flotante de perchas, por construir una chata ó batería en que montaron cinco culebrinas, procediendo después á poner en astillero las quillas de doce lanchas cañoneras y fabricarlas por completo con todos los pertrechos necesarios [4], al mismo tiempo que se procuraban pólvora y

[1] *Declaraciones que dieron en Lima los días 12 y 21 de Mayo los artilleros de la escuadra de Jaques Tremit.* Ms. *Colección Navarrete*, t. XXVI, núm. 49. Dijo el Condestable que entre los artificios «traían unas bolas como granadas de hierro que, dándoles fuego, se abren y disparan como dardos y balas de mosquete».

[2] *Acuerdos de la junta de guerra en el puerto del Callao á 12 de Junio de 1624.* Ms. en la misma colección y tomo, núm. 50.

[3] Con este nombre le designa la *Histoire des Navigations*. En nuestras relaciones del tiempo se ve escrito Jan Hug, Juan Ux, Ghen Huigen, Huguen, Huguei, etc.

[4] Se hicieron en veinte días tres de á 3 cañones, *Magdalena*, *Santiago* y *San Cristóbal;* siete de á 2, *San Juan*, *Santa Juana*, *Santiago el Mayor*, *Trinidad*, *Rosa-*

armas portátiles. «Todo se hizo con el enemigo á la vista, dice una de las relaciones citadas. En el apuro se fabricaron lanchas y galeras, que fueron las que hicieron recatar al enemigo, que andaba tan insolente con las suyas, que no se le escapaba embarcación; también bocas de fuego, arcabuces y mosquetes; ocho se daban cada día acabados, con sus frascos, que fueron con la prisa muy poco pulidos; torcióse cuerda, que por falta de cáñamo se hizo de algodón y cabuya; se hicieron reductos y plataformas......»

Una noche lanzaron los holandeses nave de las apresadas, dispuesta por el estilo de la que inventó en el sitio de Amberes el ingeniero italiano Jambelo. Los disparos de los defensores derribaron al timonel, que llevaba la lancha por la popa para separarse en momento oportuno, y quedando el vaso sin gobierno fué llevado por el viento á la playa de Bocanegra, donde se inflamó, proporcionando á la ciudad el espectáculo de una estrepitosa iluminación. Con todo, en otros intentos quemaron los enemigos hasta 17 navíos del comercio, y á ello se redujo lo que lograron en el Callao.

En Guayaquil tuvieron mejor suerte; saquearon el pueblo y destruyeron un galeón de 500 toneladas en astillero, no sin costarles la pérdida de dos lanchas y de 60 hombres, que vengaron ahorcando en la isla de Puna al doctrinero de los indios, Fr. Alonso de Encinas, y al maestre y marineros de un barco de cabotaje. En Pisco fueron rechazados; estaba la tierra prevenida, y con esto levantó el Almirante el bloqueo del Callao, ahorcando por despedida doce ó trece prisioneros hechos en los barcos de cabotaje, por haberse negado el Virrey á la entrega de desertores que reclamó con parlamento.

Schapenham, primero de los que entraron en el mar del Sur de mano armada, repasó el cabo de Hornos corriendo la costa del Brasil; y conociendo la mala impresión que habían de hacer en Holanda, principalmente entre los accionistas de la Compañía, las noticias exactas de lo ocurrido, com-

rio, Loreto y *San Ignacio;* tres de á 1, *Jesús María, San Pedro* y *Buen Viaje*. La batería flotante se llamó *San Isidro*.

puso otras más aceptables, inventando un combate naval con victoria decisiva que lisonjeara los espíritus á cambio de ganancia con que llenar las bolsas.

Contaba una de las relaciones, publicada en París [1], que cerca de Lima salió al encuentro de la escuadra holandesa, compuesta de doce naves, otra española de treinta. Al avistarla hicieron oración los invasores, y estando á barlovento, atacaron decididos. El almirante L' Hermite, con su navío y el nombrado *Unité de Encuise*, abordaron á la capitana española; el Vicealmirante y otra nave lo hicieron á la almiranta, mientras las ocho restantes hacían frente á toda la escuadra. A la media hora se iba á fondo la primera y ardía la almiranta; dos horas después desaparecían entre las ondas ó las llamas otras diez, sin que el resto quisieran rendirse, antes peleaban con más valor que acierto, porque sus balas pasaban altas, mientras no dejaba de dar en el blanco ninguna de las holandesas, atestiguándolo la sangre vertida por los imbornales. Finalmente, cesó el combate, destruídos veintidós navíos, sin que ellos perdieran más que dos, salvándose la gente. Si en aquel momento, sigue refiriendo la fantástica relación, hubieran atacado á la ciudad, se hubiera tomado seguramente; pero los navíos necesitaban inmediata reparación, y al día siguiente ya era tarde por la mucha gente que acudió de los campos.

«Lo que en estas relaciones hay de verdad es que es mentira, respondía uno de nuestros historiadores [2].» Algo había, no obstante, de cierto relativamente al peligro en que estuvo Lima la noche del desembarco en Chuquitanta, expresándolo un testigo de vista con estas palabras:

«Con haber tantas haciendas casi á la lengua del agua en aquel paraje, no cogieron persona ninguna; ningún negro se les fué, que fué la mayor maravilla, porque sin duda, si lo

[1] *Recit veritable du grand combat arrivè sur mer aux Indes Occidentales entre la flotte espagnole et les navires hollandois conduits par l'Almiral Lermite devant la ville de Lyma en l'annè six cents vint-quatre.* A Paris, MDCXXIV. Pour la Vesve Abraham Sangrain, 8 hojas 8.º menor.

[2] Céspedes, *Historia de Felipe IV*, fol. 204.

aciertan á coger, en menos de tres horas hubieran entrado en la ciudad sin hallar resistencia, porque en aquella ocasión estaba tan desprevenida que no tenía armas ni municiones [1].»

Otra hoja impresa posteriormente en Amberes no llevó tan á lo heroico las noticias [2], confesando que supo L'Hermite por un prisionero la marcha anterior de la flota de la plata que buscaba; quedando en el Callao un galeón rezagado con dos millones, lanzó al asalto catorce chalupas, entrando de noche con ellas en la rada, sin temor al fuego de *ciento treinta cañones* que la defendían; quemó diez y nueve carracas, infinidad de fragatas, y el galeón por último, no pudiendo apresarlo. En la acción no perdió más que un artillero preso por los españoles.

De algún consuelo serían los disimulos entre los interesados cuando aun en España extraviaron á la opinión [3], por más que se conocieran las órdenes del Gobierno mandando suspender la marcha al mar del Sur de la escuadra de diez galeones y tres pataches que urgentemente se estaba preparando á cargo del general D. Juan de Andrade Colmenero y almirante Gaspar de Vargas [4].

En el Atlántico tuvieron que resistir las flotas de la plata, por estos años, á enemigos más temibles que los hombres. La de 1622 perdió en la barra de Sanlúcar á la capitana con otro de los mayores galeones, al salir; llegó á Veracruz á tiempo en que los bandos traían revuelto al virreinato, lo cual

[1] *Noticias generales.....*, antes citadas.

[2] *La furieuse defaite des espagnols et la sanglante bataille donnée au Perou, tant par mer que par terre entre les dits espagnols et les hollandois, conduits par leur admiral Iaques l'Hermite.* A Paris. Chez Iean Martin, Iouxte la copie Flamande imprimée à Anvers. MDCXXIV; 8 hojas en 8.º menor.

[3] En Madrid y en Sevilla se publicaron, á principios del año 1625, relaciones sueltas con noticia de lo ocurrido en el mar del Sur. No obstante, D. Víctor Gebhardt, viendo quizás las extrañas al escribir su *Historia general de España y de sus Indias*, lo concretó con la frase: «Una flota holandesa se echó sobre Lima y la dejó asolada» (t. v, pág. 437; Madrid, 1864), agregando otra inexactitud copiada de la *Historia general* de Lafuente, á saber: «que D. Fadrique de Toledo arrojó á los enemigos de Guayaquil».

[4] Academia de la Historia. León Pinelo, Registro del Consejo de Indias, fol. 21 vuelto.



dificultó el despacho, no librándose el general D. Francisco de Sosa y el almirante D. Antonio Liri, de cuestiones desagradables con los gobernadores de la plaza y del castillo de San Juan de Ulúa. Vueltos á la mar el 7 de Junio, tardaron cuarenta días en llegar á la Habana con malos tiempos, preludio de los que habían de experimentar después de francos del canal de Bahama. Dispersáronse las naos con ellos; algunas se abrieron, desarbolaron otras, y una zozobró, pereciendo 90 personas. Pudiera decirse que tuvieron cuatro meses de tormenta al concluir uno de los viajes más trabajosos que recordaran los marineros [1], y eso que no fué alcanzada la flota más que de un ramalazo del huracán que azotó de lleno á las sucesivas.

Detrás, el 4 de Septiembre, salieron del mismo puerto de la Habana la flota de Tierra Firme, general D. Juan de Lara y almirante D. Pedro Pasquier, compuesta de 17 naos, escoltándola la escuadra de ocho galeones y tres pataches que gobernaba D. Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereyta, llevando por almirante á Tomás de Larraspuru. Poco después de levar se desató el ciclón con furia extraordinaria; derribó en la ciudad muchas casas, arrancó los árboles, deshizo las plantaciones, y á las naves alcanzó en la parte más peligrosa del canal de Bahama, sin espacio para maniobrar. El galeón *Santa Margarita* varó en los cayos de los Mártires y se hizo pedazos instantáneamente; el nombrado *Nuestra Señora de Atocha*, almiranta de la flota, zozobró; el *Rosario* dió en la isla Tortuga y un patache en los arrecifes: éstos de guerra; de los mercantes se perdieron cuatro, sufriendo todos los demás, de suerte que sólo cuatro quedaron con árboles.

Siendo rapidísima la marcha del fenómeno atmosférico, tomó por otro lado á la escuadrilla de guarda de las Antillas,

[1] Tiene su narración especial. *Tratado verdadero del viaje y navegación deste año de 622, que hizo la flota de Nueva España y Honduras, general della Fernando de Sosa, caballero del hábito de Santiago, y almirante D. Antonio de Liri. Dedicado á Nuestra Señora del Carmen.* Autor Fr. Antonio Vázquez de Espinosa, su indigno religioso. Año 1623. Con licencia en Málaga, en la imprenta de Juan René. 80 fojas 8.°

de la que naufragó la capitana con dos naos más. Se ahogaron más de 1.000 personas, contados el almirante Pasquier y 15 religiosos, estimándose en más de cuatro millones la pérdida de plata y mercancías [1].

Las naves que se mantuvieron á flote fueron arribando como pudieron á la Habana y allí invernaron, no existiendo pertrechos con que atender al reparo de tantas; contrariedad grande para el Tesoro de la nación, que, por lo general, tenía descontadas anticipadamente las remesas de las Indias.

Así que llegaron á la Corte las noticias, procediendo con actividad desusada, se destacaron á la isla de la Madera tres galeones de los de D. Juan Fajardo para amparar á la almiranta de Nueva España que llegaba destrozada [2]; dióse orden de marcha á D. Antonio Oquendo, llevando en su escuadra perchas y jarcias con que aderezar la flota maltratada [3], y á D. Francisco de Rivera para cruzar sobre el cabo de San Vicente, junto con las escuadras de D. Fadrique de Toledo y D. Juan Fajardo, con aviso de estarse alistando una en los Países Bajos, á la que se agregarían la de argelinos y moriscos [4].

No hay que decir con qué inquietud se esperaban nuevas, ni cómo cambiaron las impresiones viendo llegar á Cádiz á Larraspuru con su almiranta y un galeón de los más interesados [5], y pocos días después á la flota que traía completa el

[1] Relación manuscrita. *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 27. Otra se imprimió en España.

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 837.

[3] Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[4] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, núm. 843.

[5] Tomás de Larraspuru, natural de Azcoitia, empezó á servir con plaza de soldado. Navegando en el navío *Delfín*, de la armada de D. Luis de Silva, en ocasión de pelear con seis navíos ingleses y holandeses el 6 de Mayo de 1603, abordó el suyo y rindió á la capitana, recibiendo en la función un balazo que le pasó la pierna derecha. Mandando después el patache *Esperanza* desempeñó muchas comisiones, ya de aviso, ya de reconocimiento de enemigos, siendo notado el atrevimiento al atacar á una urca holandesa de gran porte, que le desarboló. Á los veinticinco años de edad tuvo nombramiento de capitán y mandó galeones de la carrera de Indias, con crédito que le valió el ascenso á almirante de la escuadra del Marqués de Cadereyta. La llegada á Cádiz en circunstancias por las que se temía la pérdida de la flota agregó, al concepto de valeroso y diestro que tenía ganado, el de hombre de buena estrella, que le fué encumbrando.

Marqués de Cadereyta en conserva de la escuadra de Rivera.

La vida va corriendo en alternativa de sucesos prósperos y adversos; al paso que Larraspuru, objeto del favor público, con mando en jefe de 14 naos y dos pataches, volvía á marchar á las Antillas en prevención de nuevo ataque de los holandeses al fuerte de Araya; mientras Rivera y D. Francisco de Acevedo les tomaban algunos navíos en los respectivos cruceros, tuvo que arribar dos veces á la Habana D. Antonio de Oquendo con la flota del año 1623; y habiendo desembocado el 26 de Abril una borrasca poco menos intensa que la del otoño precedente, diseminó á las 28 naos de conserva, y aunque navegaba con los trinquetes tan sólo, calados los masteleros, se llevó el viento las velas, atormentando á los vasos la mar con golpes que no todos pudieron aguantar. El galeón *Espíritu Santo* se abrió, hundiéndose con 250 hombres de los 300 que conducía, y con el tesoro, por supuesto; la almiranta desapareció, aunque no con tanta rapidez, pues dió tiempo á que los pataches sacaran á la gente y á un millón de los valores [1], salvamento que costó al general los enojos de un proceso administrativo en que se depuraba el más ó el menos.

Larraspuru hizo rápido viaje, llegando á la isla Margarita sin que de los enemigos anunciados se hubieran visto por Araya más que seis naos exploradoras, á las que se hicieron algunos prisioneros. Nuestra armada proveyó á la fortaleza recorriendo á seguida el mar Caribe, con el contratiempo de perder á la almiranta de Vizcaya en la entrada de Puerto Rico; estuvo en Cartagena y Puertobelo; destacó á Jamaica cuatro galeones, sabedor de que por allí se habían visto velas sospechosas, y dióles caza D. Bernardino de Lugo sin alcance, si bien por huir soltaron un bajel que habían apresado. No eran más de tres naves ligeras y un patache, enviadas de Holanda á reconocer la situación de las flotas, que desembocaron ligeras viéndose perseguidas, sin haber hecho otra cosa que el desembarco en Sisal de 200 hombres, quemando los bohíos.

[1] Academia de la Historia. León Pinelo. Registro del Consejo de Indias, fol. 19.

Buen servicio fué el de la escuadra limpiando también de contrabandistas á las islas, pero aun lo hizo mayor Larraspuru juntando las flotas en que enviaban los vecinos de Nueva España y del Perú un donativo extraordinario al Rey, franqueando con ellas el Canal á mediados de Agosto de 1624 y entrando en Cádiz, sin que le esperaran, con 32 velas y muy cerca de 13 millones [1].

[1] Cartas de Larraspuru y de Lugo al Rey. *Colección Navarrete*, t. XXIV, números 28 y 29.

IV.

JORNADA DEL BRASIL.

1624-1625.

Fórmase en Holanda la Compañía de las Indias Occidentales.—Sus propósitos.—Armamentos.—Se apoderan de la ciudad de San Salvador en el Brasil.—Van sus naves á la costa de África y á las Antillas.—Fundan colonia al Norte de Virginia.—Sale de España armada al mando de D. Fadrique de Toledo.—Sitia y recupera la plaza de San Salvador.—Escaramuza con otra escuadra holandesa.—Divídese ésta.—Ataca una parte al castillo de la Mina en Guinea y sufre derrota.—Otra parte entra en Puerto Rico, y es también derrotada.—Viaje de regreso de D. Fadrique.

La prosperidad de la Compañía oriental de la India había estimulado á muchos de los mercaderes de las provincias unidas de los Países Bajos á procurarse parecidos beneficios instituyendo otra nueva que, favorecida y auxiliada al igual por el Gobierno, pusiera las miras en el opuesto hemisferio. Discurrían que, por grandes que fueran los recursos de la nación española, siendo grande no menos la extensión de su dominio, no podría cubrir las partes vulnerables, muchas en las colonias lejanas de América, sin consolidación todavía, poco pobladas, mal defendidas, sin ligazón entre sí, conteniendo elementos contrarios á la dominación, desde el momento en que, acabadas las treguas, un ataque simultáneo bien dirigido hiciera necesaria la diseminación de las fuerzas navales con que contaba.

El ataque á las mencionadas colonias con la mira de ir ce-

gando las fuentes de donde sacaba el Rey católico el caudal de su hacienda, presentaba la doble ventaja de ocupar su atención alejándola de las riberas de Holanda y Zelanda, que se verían libres del temor de la ruina y en disposición de poner en la mar toda su gente activa empleada en rigurosa ofensiva.

Presumían estos calculadores que el régimen especial con que se gobernaban las posesiones, de antiguo pertenecientes á la corona de Portugal, favorecería al plan de irse instalando en ellas y sustituyendo poco á poco á los conquistadores, como se hacía en Oriente, empezando por el Brasil, territorio inmenso, donde no tenían los colonos más de dos plazas mal abastecidas, como si para guardarlas bastara la quieta vecindad de las indiadas. En el interregno de la tregua, muchas naves holandesas habían visitado los puertos, carenado en ellos, examinado sus condiciones y advertido que en el seno de la población portuguesa se abrigaba un número crecido de cristianos nuevos, ó sea judíos con disfraz, tan relacionados en Amsterdam como en Lisboa; quizá por interés con lazos más estrechos en la primera de estas capitales, y por ende elemento de fácil atracción, que había proporcionado ya algo de lo más importante en la guerra, informaciones, estadística, itinerarios, á reserva de dar pilotos y adalides.

Ocupado que fuera alguno de los puertos del Brasil, embarazado por allá el rey de España, divertido por el mar del Sur, hostigándole en el de las Antillas sin dejar de perturbarle en Filipinas, creían que no tardaría en verse al cabo imposibilitada para tanto la monarquía católica, y afirmándolo, inclinaron al conde Mauricio á instituir, como deseaban, la Compañía de las Indias Occidentales.

Comienzo de su existencia fué la expedición del mar Pacífico confiada al almirante L'Hermite; en pos marchó la de importancia: una de 35 naves que regía Jacobo Willekens, llevando por vicealmirante á Pedro Heyn, y por general del cuerpo de infantería de 3.000 hombres á Juan van Dort, soldado veterano de las guerras de Flandes. Hiciéronse á la mar

al empezar el año 1624, con pliegos de instrucciones que no debían abrir hasta hallarse en fondeadero de las islas de Cabo Verde, donde se reunieron, habiendo corrido temporal que los dispersó desde el canal, y volvieron á separarse luego involuntariamente, pero sabiendo ya ser su destino la Bahía de Todos los Santos y ciudad de San Salvador, capital del Brasil, ciudad de bastante vecindario, residencia del Gobierno general, Audiencia, Obispo y comerciantes con la metrópoli.

Dos fuertes nombrados San Antonio y San Felipe la defendían por la mar á Levante y Poniente; y recibiendo el gobernador Diego de Mendoza Hurtado aviso cierto de lo que amagaba, empezó la construcción de una tercera fortaleza con seis piezas en sitio conveniente de la playa, al tiempo mismo que cerraba las bocacalles con barricadas, y por la parte de tierra establecía reparos. De los ingenios y estancias recogió la gente; unos 3.000 hombres entre campesinos y negros que de muy mala gana tomaron las armas, dando á conocer su descontento desde el primer día.

Pocos pasaron antes de ver entrar por la bahía empavesadas las naves enemigas, formando dos escuadras; una que directamente fué á la playa de San Antonio, á distancia del fuerte; la segunda que fondeó frente á la ciudad, abriendo el fuego desde luego contra los castillos y los buques mercantes.

Era el 8 de Mayo [1]. El mismo día con su noche se apoderó Heyn del fuerte nuevo y navíos del puerto, mientras, desembarcando por San Antonio 1.000 hombres con dos piezas de campaña, caminaban á espaldas de la ciudad, y no fué necesario más para que, huyendo atropelladamente, se salieran al campo los que la guarnecían, abandonando vergonzosamente al Gobernador, que con unos 60 hizo frente por honra de las armas, quedando prisionero.

Los holandeses saquearon las casas y los templos; cargaron el botín en cuatro naos, abarrotándolas con los géneros

[1] Término medio de tres relaciones que señalan los días 7, 8 y 9.



almacenados, azúcar, tabaco, cueros y palo brasil, y las despacharon en seguida para su país, adelantando en navío ligero la nueva de la conquista y petición urgente de refuerzos con que asegurarla [1].

Sin perder tiempo procedieron á mejorar la fortificación, principalmente por la parte de tierra, trazando el recinto, abriendo foso y erigiendo baluartes con brazos de negros que acudieron al llamamiento, pregonado bando en que se ofrecía, á cuantos quisieran avecindarse, hacienda, casa y libertad de religión. Acudieron también en masa los hebreos, confirmando la sospecha de su infidelidad; mas con este aumento á los 2.500 hombres de guarnición, con que se instaló el general van Dort, hubo de verse en estado de sitio dentro del recinto que estableció, porque los del campo, organizados por el obispo D. Marcos Texeira, en tanto llegó otro capitán, molestaron en guerrillas y emboscadas á cuantos salían de la cerca á procurarse ganado ó frutas de la tierra, teniendo á la plaza en incesante alarma. El propio Dort fué muerto en una de las salidas con que intentó alejar á los bloqueadores.

La mar les proporcionaba recursos mientras no se extendió la noticia de la ocupación, por entrar en la bahía naves de Portugal portadoras de mantenimientos, ó del río de la Plata en la ordinaria comunicación. En una de éstas aprendieron á D. Francisco Sarmiento de Sotomayor en viaje á España con su casa y hacienda, habiendo cesado en el gobierno del Potosí.

No estuvieron ociosas al ancla las de la escuadra de Willekens, reforzadas con las de Shapenham al volver del Pacífico: una parte destacó con Peter Heyn á las Antillas á hacer el daño posible y cargar sal. De vuelta á Holanda dejó fundado al Norte de Virginia la primera colonia americana, con nombre de Nuevo Amsterdam [2].

Otra división despachó á la costa de Africa pensando en la necesidad que de trabajadores negros tendrían al extenderse

[1] Le Clerc, *Histoire des Provinces-Unies*, expresa que tomaron prodigiosa cantidad de oro.

[2] Le Clerc.



por el Brasil, y ésta se llegó á Loanda en ocasión de estar desguarnecida la ciudad; apresó cinco naos en el puerto y escaramuzó sin más efecto, por reconocer en Angola buscando lugar á propósito para un fuerte. El tercer grupo tentó los puertos portugueses del Brasil, Pernambuco, Río Janeiro, Marañón, empleando casi un año en reconocimientos, desembarcos y avances al interior antes de regresar á su país.

En España se supo la ocurrencia de San Salvador por el mes de Julio, llegando á poco avisos del alborozo con que se celebraba en los Países Bajos y del efecto producido en el resto de Europa hostil á nuestra preponderancia, por el que se decidió acudir á un remedio pronto, dejando de mano los proyectos de otras operaciones. Mandóse apresto rápido de armadas en Cádiz y en Lisboa, no siendo menester que á esta capital afectada de la novedad se hiciera instancia. Nobles, prelados, hidalgos, mercaderes, cuantos algo tenían, acudieron espontáneamente con ofrecimiento de caudal ó servicios para la necesidad, facilitando mucho la acción de las autoridades. Primeramente se alistaron por separado con armas, municiones y alguna gente, que más que otra cosa llevaran fuerza moral, dos navíos á Pernambuco, tres á Bahía, uno á Río Janeiro y otro á Angola, en tanto que avanzaba el armamento de fuerte y lucida escuadra, compuesta de 22 naves con 4.000 hombres de mar y guerra, siendo su general don Manuel de Meneses [1].

En Cádiz se unieron la escuadra del mar Océano; la del Estrecho, del mando de D. Juan Fajardo; la de Vizcaya, de Martín de Vallecilla; la de Cuatro Villas, de Francisco de Acevedo, y la que formó el Duque de Osuna, que seguía llamándose de Nápoles, con su antiguo general Francisco de Ribera. Con la de Portugal componían un total de 52 navíos con 1.185 piezas de artillería y 12.566 hombres. Tres de las capitanas eran de á 60 cañones; una de 55; dos de 40; las de-

[1] *Relación de los navios, gente de mar y guerra, provisión de mantenimientos y provisiones con que fué proveida la armada que se aprestó para restauración de la Baya, de que es capitán general D. Manuel de Meneses, que partió en 22 de Noviembre de* 1624. Ms. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, B. 4, fol. 239.

más naves de 12 á 30. Era capitán general de mar y tierra D. Fadrique de Toledo, y maestre de campo general D. Pedro Rodríguez de Santisteban, marqués de Cropani [1].

Estuvo la de Lisboa en disposición de dar la vela, como lo hizo, el 1.º de Diciembre, y el 5 levó la de Cádiz, acreditando actividad poco usual en las expediciones de nuestros puertos; pero al salir se declaró temporal adverso que hubiera causado averías, por lo que volvieron á amarrarse los navíos, esperando pacientemente cuarenta días el cambio, los mismos en que estuvo detenida la escuadra de Portugal en las islas de Cabo Verde.

Juntas allí el 4 de Febrero de 1625, á excepción de la nao portuguesa *Concepción*, perdida en los bajos de la isla de Mayo, ahogándose 140 hombres, celebró D. Fadrique de Toledo consejo de guerra y dió instrucciones generales para navegación y combate [2], emprendiendo aquélla con alegría y buen ánimo, reinantes durante el viaje, á pesar de ponerlos á prueba las calmas y turbonadas naturales en las inmediaciones de la línea equinoccial y las enfermedades consi-

[1] Detalle de los navíos con sus nombres, artillería, tripulación, capitanes, compañías embarcadas, aventureros, maestres de campo, tercios de portugueses, españoles é italianos, se halla en el *Compendio historial de la jornada del Brasil y sucesos della, donde se da cuenta de cómo ganó el rebelde holandès la ciudad del Salvador y Bahia de Todos Santos, y de su restauración por las armas de España, cuyo general fuè D. Fadrique de Toledo Osorio, Marquès de Villanueva de Valdueza, capitán general de la Real armada de el mar Ocèano y de la gente de guerra de el reino de Portugal en el año de 1625, por D. Juan de Valencia y Guzmán, natural de Salamanca, que fuè sirviendo á S. M. en ella de soldado particular, y se halló en todo lo que pasó.* Publicado por primera vez en 1870 en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LV. Don Gonzalo de Céspedes y Meneses trató con bastante extensión de estos sucesos en su historia citada de Felipe IV; particularmente están referidos en el libro que dió á la estampa en Madrid, año 1628, en 4.º, D. Tomás Tamayo de Vargas, con título de *Restauración de la ciudad del Salvador y Bahia de Todos Santos*, escrita de orden del Rey, y en el *Escrito histórico de la insigne y baliente iornada del Brasil que se hizo en España el año de* 1625, *por don Iacinto de Aguilar y Prado.* Relaciones sueltas impresas he visto diez, cuyos títulos pongo en el apéndice, y algunas más manuscritas que probablemente conoció D. Antonio Correa, autor de la comedia titulada *Pèrdida y recuperación de la Bahia de Todos Santos.* En Portugal redactó Brito Freire *Compendio histórico de la jornada del Brasil*, conforme en lo esencial con los dichos, como lo es la *Histoire du Brèsil*, por Beauchamp. París, 1815.

[2] Insertas en el libro de Valencia, pág. 125.

guientes, que produjeron no pocas bajas [1]. Mas siendo máxima cierta la de no haber mal que dure cien años, el 29 de Marzo, víspera de la Pascua de Resurrección, á los setenta y cuatro días de travesía, surgió la armada entera en la boca de Bahía, adonde una carabela portuguesa se llegó desde el interior, proporcionando á D. Fadrique noticias de la posición y fuerza del enemigo.

Por la tarde embocaron los navíos, formando media luna, con extensión bastante para no consentir escape á cualquiera de los que había dentro, si lo intentaran, que no fué así por creer los holandeses, hasta el momento en que de cerca distinguieron las banderas y flámulas, que eran aquellas velas las que por momentos esperaban con refuerzo de su país.

Sirva una vez más su desengaño de probanza en los innumerables accidentes á que la guerra está sujeta, de lo que la prontitud los influye. Habían, efectivamente, dispuesto en Holanda naves y soldados con su actividad acostumbrada, echándolos á la mar sin consideración al temporal que en la estrechura de la Mancha los maltrató, desaparejando á los más. Arribaron unos á los puertos de Inglaterra y otros á los suyos, tardando un mes en reparar las averías. Puestos de nuevo á la vela, sufrieron la borrasca del Sudoeste, que había detenido en Cádiz á D. Fadrique, con nuevos descalabros, dispersión completa y arribada segunda donde pudo cada cual. Quince de estos navíos habían llegado á abrigarse en Cabo Gher, costa de Berbería, donde por su desgracia los avistó el general Marqués de Villarreal, duque de Camiñas, gobernador general de Ceuta, que con escuadra superior andaba reforzando los presidios, y atacándolos de improviso al

[1] Juzgo de interés las reflexiones del soldado escritor en tales momentos. «Considere el advertido lector, dice, haciendo un cuerpo quién hace estos viajes y para estos trabajos, los sobresaltos, aflicciones y desdichas que pasará, pues aun los que tienen algunas comodidades padecen con intención, de donde me desengaño que los soldados de las armadas del Rey nuestro señor es acertado tengan remuneración de sus servicios en ellas, en consideración de lo referido y de otras infinitas cosas, porque la piscina y habitación de las embarcaciones, trato é incomodidad, y persecuciones de tan diversos animales y sabandijas, es cosa asquerosa é insufrible, y esto siendo imposible remediarlo, y pobre del que coge debajo de escotilla.» Página 142.



ancla, rindió dos, poniendo en huída á los demás. Los alcanzó luego, cañoneándolos en la mar y apresando otros dos, con cuya merma marcharon hacia el Sur dispersos [1].

Debido á estas varias circunstancias tomó la delantera D. Fadrique y dió á la campaña sesgo distinto del que tuviera llegando detrás, pues ello fué que, fondeando su armada en la disposición dicha, no pudieron salir las 18 naves conservadas en amparo de la ciudad de San Salvador; antes se vieron obligadas á arrimarse á tierra, buscando el abrigo de los cañones de los fuertes.

Al amanecer el domingo de Pascua saltaron en tierra 4.000 infantes, llevando cuatro días de ración en los sacos, y tomaron posición en las alturas dominantes; reconocieron el campo, agruparon las guerrillas de los naturales portugueses, que por gastadores fueron llevando indios y negros, haciendo falta todo, con sitio en regla para expugnar la plaza, muy otra de la que ellos entraron sin resistencia. Hubo què abrir trincheras, establecer baterías de artillería gruesa é irlas mejorando con las peripecias de los cercos, contando las salidas de la guarnición, en una de las cuales, bien reñida, nos causaron sensible pérdida del maestre de campo D. Pedro Osorio, seis capitanes y 65 soldados muertos; otros nueve capitanes, con 55 soldados heridos. A ser menor la oposición hubiera sido más el daño.

También ensayaron el recurso de navíos de fuego, tan en boga por entonces. Una noche obscura, á favor de viento y marea, lanzaron dos á toda vela, suponiendo que los bloqueadores creerían que iban á escapar y los abordarían, dado que ellos no se enredaran con las capitanas de Portugal y del Estrecho, á las que iban encaminados. Un tiro de fortuna, disparado en la nao de Roque Centeno, hizo estallar la máquina del delantero antes de tiempo, visto lo cual acudieron las lanchas cañoneras á desatracarlos con diligencia y oportunidad, pasando el uno tan próximo á la almiranta del Estrecho, que algunos de sus marineros salieron chamuscados, único daño que causaron.

[1] Relación impresa.—*Colección Navarrete*, t. XII, núm. 34.



Adelantadas las trincheras hasta el foso, temieron los sitiados las consecuencias del asalto y parlamentaron pidiendo suspensión de armas con rehenes, á fin de proponer la rendición condicional. Trataban de ganar tiempo ó ventajas, viniendo en conclusión á conformarse con entregar la ciudad, artillería y otras armas, municiones, bastimentos, navíos, caudales, esclavos negros. El jefe, capitanes y oficiales saldrían con sus cajas de ropa y espadas; los soldados con mochilas; recibirían pasaporte, embarcaciones y raciones, dando palabra de no tomar armas ni cometer hostilidad hasta llegar á su país; se les entregarían además los prisioneros hechos. Bajo esta capitulación, firmada el 30 de Abril, abrieron las puertas, justamente á los treinta días de sitio, saliendo de la plaza 1.912 hombres holandeses, ingleses, alemanes y algún francés; buena gente de guerra. Entregaron 18 banderas, 260 piezas de artillería, 500 quitales de pólvora, 600 negros esclavos, 7.200 marcos de plata, y mercancías varias por valor de 300.000 ducados, aunque se dijera que ascendían á mucho más. De las naos no se cobraron más que seis, contada la capitana; el resto había sido echado á fondo por la artillería de las nuestras.

Don Fadrique se captó la voluntad de los prisioneros por la cortesía y buen tratamiento que les hizo: todos lo elogiaban, singularizándose uno de los pastores calvinistas nombrado Henoc Estartenius en la relación de los sucesos escrita en latín [1], y razón tenían, pues ordenó al Auditor

[1] Inserta en el libro de Juan de Valencia, pág. 171. «Bien nos sucedió, decía, que caímos en las manos del excelentísimo príncipe D. Fadrique de Toledo, á quien verdaderamente se debe mucho loor por muchas virtudes que en él hay, y principalmente por la singular en aquella edad, prudencia y clemencia hasta con el enemigo vencido, en la cual se aventaja á todos los pasados; porque él ha sido el primero de su familia que durante nuestras guerras fué benemérito de los holandeses. Si algún día tengo tiempo de tejer esta tela urdida, no carecerá este ilustre capitán de su elogio, aunque sea digno de Homero que celebre sus loores, y desde ahora tengo por ruego y oración que le alargue Dios deseada vida.»—Céspedes consigna (fol. 242 vto.) haber sido tan de notar la gran moderación usada en la victoria, que no tan sólo allí sujetos, mas cuando libres en Holanda, encarecieron su alabanza, de manera que los ministros les impusieron silencio, á fin de mantener en la credulidad del pueblo la idea de las imaginadas atrocidades de los españoles con que se sustentaba su aversión. Oficialmente consta que tres capitanes holandeses entra-



sobreseimiento de todas las causas, sin exceptuar más que las de los hebreos convencidos del delito de lesa patria.

Se ocupó nuestra gente á la vez en el reparo de las fortificaciones y carena de las naos, transcurriendo pocos días después de la rendición de la plaza en el ejercicio. Por dos conductos llegaron al General noticias de aproximarse la armada holandesa; trájolas una carabela de las islas Canarias, desde las que se vieron pasar á distancia muchas velas, confirmándolas un patache destacado por el enemigo, en la creencia de que la ciudad mantuviera su bandera; patache que los españoles apresaron. De los prisioneros obtuvo don Fadrique información de naves, gente y días de viaje, pudiendo calcular aproximadamente los que le quedaban antes de que recalara la armada á Bahía.

El Consejo, que al instante reunió, sometió á su deliberación dos puntos: salir á la mar al encuentro del adversario, ó esperar su llegada, para pelear y seguirle; optó por el segundo, en razón á que los navíos no habían concluído la carena; pero teniendo en cuenta el embarazo y cuidado de tantos prisioneros y el bastimento con que habían de hacer el viaje de regreso á España, opinaban los más aceptar el combate dentro de la bahía, sin perseguir después á los que huyeran, porque en el caso de hacerlo á sotavento, habiendo de remontar al fin, era presumible que llegaran á faltar los víveres.

Como preparación se embarcaron los referidos prisioneros en cinco urcas alemanas, fondeándolas bajo la artillería de los castillos, y se aceleró la recorrida de los navíos prorrogando las obras de importancia en buena hora, que el 22 de Mayo asomaron á la boca de la bahía 34 velas gruesas en dos columnas, acercándose en disposición que daba á entender su idea de hacerlo en puerto propio.

Mandó D. Fadrique salir á seis de las naves para ponerse á

ron entonces á servir en la Armada, conservándose asimismo la cédula en que el Rey dió gracias al general por el tratamiento de los rendidos, manifestándole haber producido excelente efecto en Holanda. *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.—Correspondencia de D. Fadrique de Toledo.



barlovento y retroceder oportunamente, tomando al enemigo entre dos fuegos; mas éste conoció por el movimiento que llegaba tarde y tomó la vuelta de la mar, abandonando las lanchas que traía á remolque. Toda nuestra armada dió velas entonces, bordeando dentro de la bahía en peligro manifiesto con la varada del galeón *Santa Teresa*, uno de los mayores: algunos de vanguardia llegaron á ponerse á tiro y á escaramuzar, mientras los holandeses no transpusieron el morro de San Pablo, haciendo evidente, con volver al fondeadero, que, no queriendo aquéllos combatir, complacían su propio deseo.

Las razones aducidas en el Consejo de generales para no seguir á una escuadra trabajada en tormentoso y largo viaje, que debía tener y tenía realmente muchos enfermos; que rehuía batalla sin puerto ni reparo próximo; la limitación ó escasez de raciones *y de agua*, alegada en las relaciones, no convencen. Tienen muchos puntos de semejanza con los que expusieron los jefes de la jornada de Túnez ante el Emperador para no acosar á Barbarroja después de la victoria, ni continuarla aprovechando el inmenso armamento de que disponían y el favor de las circunstancias, acometiendo de seguida á Argel. Acusan con la repetición, defecto militar necesitado de corrigenda, ya proceda de condiciones en el carácter nacional, que se satisface con lo más ó con lo de momento, ya de falta de perseverancia, sin la que no se aplican los costosos elementos de las armadas á lo que pueden dar de sí, ni se consiguen nunca triunfos definitivos. Algo de esto debió notarse en la corte, pues que hubo oficiosos defensores del proceder de D. Fadrique, muy elogiado, muy encarecido en general [1], aun después que pudo compararse con la iniciativa, el tesón, la conciencia del valer de las na-

[1] «Aunque no fuera tan grande el detrimento en que quedaran imperfectas todas las cosas del Brasil con enemigo tan entero, era imposible el ir á él (según se hallaba nuestra armada falta del agua y bastimentos), menos que en riesgo de perderse. Pues no tan sólo en alargándose, los mismos vientos generales se le opondrían á la vuelta, mas la forzarau á correr para las Indias de Castilla y á morir de hambre en su jornada. Y esta fué hoy la causa urgente del no seguirle, y no la que la liviandad de algunas plumas filosofaron en sus casas.» Céspedes, fol. 243 vto.



ves, que demostraron los almirantes holandeses, luchando con la mala fortuna en esta campaña [1].

Desde Bahía se encaminaron á Pernambuco; necesitaban urgentemente refrescos con que acudir á los estragos del escorbuto en las tripulaciones. Encontrando el puerto defendido, siguieron á la bahía nombrada de la Traición, donde hicieron desembarco y procuraron atrincherarse por el tiempo preciso para tomar ganado y vegetales. Acudieron muy pronto destacamentos de Pernambuco y Parayva á inquietarlos con emboscadas y rebatos, causándoles bastantes bajas, y como á poco se avistaran naves de la escuadra de Vallecilla, enviadas por D. Fadrique, se hicieron á la mar para volver á su país, según los nuestros entendieron, con pérdida de cuatro buques y muchos muertos de la enfermedad.

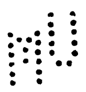
Uno de aquéllos, la urca *Puerto Cristiano*, costó á la escuadra española el reconocimiento de Pernambuco, si bien se salvó, á más de la gente, la artillería y pertrechos. Esta urca y otras tres llegaban de España con vitualla y habilitación de lo más necesario á la armada, que fué preparándose para la navegación de regreso, concluída la fortificación de San Salvador y organizada su guarnición con compañías de soldados portugueses. Dos naves quedaron en el puerto con orden de encaminarse á la isla de Santa Elena, donde una de la India oriental había naufragado, saliendo ó tierra la tripulación con parte de la carga de especiería; las otras emprendieron el viaje, teniendo instrucción de no acercarse á las islas Terceras, donde fuerza superior enemiga rondaba, ni recalar al cabo de San Vicente; y á pocos días de camino, mediado el mes de Agosto, se dividieron, experimentando tiempos borrascosos. Don Fadrique con el grueso, llevando de conserva las urcas en que iban los ho-

[1] Al verificarse la almoneda de efectos del Duque de Osuna en Madrid, en Abril de 1896, apareció entre los cuadros de venta uno pintado en lienzo, de 0,67 metros por 1,55, sin firma, con esta inscripción: «Sitio y empresa de la ciudad del Salvador en la Bahía de Todos Santos, por D. Fadrique de Toledo Osorio, Capitán general de la Armada real y ejército del mar Océano y reino de Portugal, á XXX de Abril. Año 1625, reinando D. Phelippe IIII.»





D. Fadrique de Toledo en la jornada del Brasil.
Cuadro de Félix Castelló en el Museo nacional.



landeses rendidos, no tuvo más accidente que el de abrirse las costuras del galeón *San Nicolás*, haciendo agua en cantidad que obligó á sacarle la gente y abandonarlo en la inmediación del Ecuador, poniéndole fuego. Hizo la recalada en Berbería con tiempo duro que le constriñó á embocar el estrecho de Gibraltar y entrarse en Málaga el 24 de Octubre, á los ochenta días de mar.

De los navíos separados, la capitana de Portugal y almiranta de Cuatro Villas, toparon sobre las islas de Cuervo y Flores con otros tres que en un principio supusieron de la compañía, resultando ser holandeses procedentes de Guinea con botín agenciado. La almiranta abordó á una de ellas mientras la capitana de Portugal daba caza á las otras dos, ganando bizarramente la plaza de armas; visto lo cual, emplearon los vencidos un recurso que muchas veces les dió buen resultado; recurso que se trató de desterrar con la severidad de las penas puestas en la Ordenanza de corso de 1621; prendieron fuego bajo cubierta esperando que el temor del incendio hiciera desalojar á los asaltantes, y lo hicieron todos juntos por haber prendido las llamas en la pólvora, volando las dos naves. La capitana, que acudió al lugar del siniestro abandonando la persecución, pudo aún sacar de las olas á 90 hombres de los nuestros, pero con los más perecieron el maestre de campo D. Juan de Orellana, el capitán D. Antonio Lemos y casi todos los oficiales.

La almiranta de Portugal, del número de las dispersas, se estrelló en la isla de Fayal sin sacrificio de vidas; no así el patache *San Jorge*, zozobrado en el golfo, á vista de un acompañante, sin que fuera dable el auxilio. La capitana y almiranta de Nápoles, la capitana holandesa apresada y el galeón *San Juan*, formando grupo, llegaron á Cádiz felizmente, no quedando que dar cuenta más que de los dos, *Atalaya* y *San Miguel*, que fueron á Santa Elena y cumplieron la comisión de su destino.

Á la vuelta avistaron un barco enorme enemigo, de no menos de 1.300 toneladas y 60 cañones, muy superior á la fuerza de ambos, que sumaba 40 piezas, y á la altura de los

costados: no obstante, lo aferraron por ambas bandas, haciéndose dueños de la cubierta hasta que el aparato acostumbrado de defensa, el humo denso que empezó á salir por las escotillas intimidó á los soldados españoles, haciéndoles saltar á sus navíos, con lo cual se les fué la rica presa, lo mismo que ocurrió en el combate de Van Noort, en la bahía de Manila, años atrás. En la refriega murió el capitán Juan Martínez de Arteaga con cuatro marineros, quedando bastantes heridos, no obstante lo que, llegados á Lisboa, fueron sometidos al Consejo de guerra.

Sigamos ahora la marcha de los navíos holandeses desde la bahía de la Traición, en el Brasil. Allá se dividieron en tres grupos; el primero despachado á Holanda con los pertrechos, municiones, efectos de toda especie destinados á la plaza de San Salvador, teniéndola por suya, los hombres dolientes y los que sobraban á las tripulaciones. Este grupo engañó á D. Fadrique en la estimación de la retirada general.

El segundo hizo rumbo al Continente africano, y en 25 de Octubre, un día después de la entrada de nuestro caudillo en Málaga, se presentaban ante el castillo de la Mina 19 velas, batiéndolo por todos lados, en preparación del desembarco que hicieron con un cuerpo de 2.000 infantes.

Don Fernando de Sotomayor, que gobernaba la plaza, contaba con 57 soldados de guarnición, pero tenía cosa que supliera á mayor número, á saber: una buena cantidad de oro en polvo almacenada para embarque, con la que hizo milagros, distribuída entre los reyezuelos y caciques negros de los alrededores con habilidad y desprendimiento. Tuvo en seguida á su disposición unos 900 mozos de empuje, que armó y puso á las órdenes de cabos europeos en lugares elegidos con tan buen tino, que cayendo en celada los invasores, quedaron totalmente desbaratados; muerto el general y los capitanes todos, sin que escaparan del degüello más de 45 soldados. Tomáronse 15 banderas, 15 tambores, más de 1.000 mosquetes, picas, pistolas, mochilas, vestidos, sin sufrir la guarnición europea mayor pérdida de 13 muertos y otros 14

que de los heridos fallecieron posteriormente. Las naves dispararon contra el castillo más de 2.000 balas; pasaron á Angra, y de allí se volvieron á Flandes, teniendo que contar tristezas [1].

Llegado el tercer grupo al mar de las Antillas, pareció el 25 de Septiembre sobre Puerto Rico con 17 velas gruesas, haciendo ademán de entrar en la capital como por su casa, por más que no fuera misterio que, después de la invasión inglesa dirigida por el Conde de Cumberland, habían sido atendidas las peticiones de los vecinos, fabricado el castillo del Morro, dotándolo de soldados y artillería, y el fuerte, ó más bien torre del Cañuelo, á la boca del río.

Al punto que se descubrieron las naves sospechosas, don Juan de Haro, gobernador de reciente nombramiento, convocó á la gente de la ciudad y campo, distribuyendo armas y municiones; metió en el castillo las provisiones que se hallaron á mano, bien pocas por cierto; puso en lista á 330 hombres, y descontando ancianos, enfermos y muchachos, aunque todos ayudaron, separó 200 aptos para el servicio militar, enviando una parte de los otros á poner en cobro hacia el interior á las mujeres y niños con lo que pudieran llevar de hacienda. En el Morro se montaron rápidamente seis piezas de calibre de á 12 libras, procedentes del galeón de Larraspuru, que se perdió en la boca del puerto el año 1623: gran auxilio en esta ocasión por haberse advertido que las cureñas del castillo estaban podridas y se deshacían al primer disparo.

Por ello entró la escuadra sin oposición, se apoderó de la torre del Cañuelo, y verificó el desembarco de su gente, plantando al tercer día una batería de seis piezas en la altura del Calvario, buena posición para batir al Morro. Acabadas sus trincheras, no sin pérdida de alguna gente, envió al Gobernador intimación amenazante, y rompió el fuego recibida la respuesta [2].

[1] *Carta de D. Fernando de Sotomayor, gobernador y castellano del castillo de la Mina de Oro en Guinea, en la qual da quenta á Su Majestad de la victoria habida contra los olandeses*, Ms. Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. CXLVI, núm. 48.

[2] Las cartas eran del tenor siguiente:

«Sr. Gobernador don Joan Fare.—Bien puede ver v. md. la razon porque le so-



El 4 de Octubre hicieron salida del castillo 80 hombres en dos pelotones y mataron algunos enemigos, desbaratando sus obras; las avanzaron, sin embargo, de modo que el domingo 5 ponían una pieza en el foso; pero saliendo de nuevo el capitán Juan de Amezqueta con 50 hombres, la desmontó, poniendo fuera de combate mayor número, y recogió muchas armas sin perder un soldado.

Aquella misma noche, la gente del campo, con un cayuco, que es tronco de árbol ahuecado, sorprendió á una lancha cañonera, matando á 25 holandeses que la esquifaban, y con ella rindió otra, retirándose río arriba muy satisfecha de contar con dos embarcaciones propias para operaciones sucesivas. El enemigo envió siete lanchas á rescatar á las primeras con desdichada suerte; desde las orillas, emboscados, les hicieron fuego, obligándoles á retirarse con pérdida considerable.

Sirvieron las apresadas al ataque del fuerte del Cañuelo, reconquistado el 15 de Octubre, con otras dos lanchas que trataron de auxiliarlo, al paso que seguía el fuego de la batería del Calvario, ayudada de la escuadra que se había aproximado al Morro, si bien por poco tiempo, experimentado el efecto de la artillería baja, singularmente en una de las naos, obligada á varar en la playa interior y alijar los efectos, con el fin de reparar los fondos perforados.

mos tan acercados y considerar nuestra intencion, así queremos, yo Boudoyno Henrico, general de esta Armada, en el nombre de los Señorios los Estados Generales y del Ilustrísimo Señor Príncipe de Orange, que v. md. sin hacer alguna escepcion, nos entreguen el Castillo con sus personas en nuestras manos, lo cual haciendo, no dejaremos de venir á buen apuntamiento, y al contrario, no queriendo, sois avisado que de aquí adelante nos hemos resolto de escusar persona, viejo ni mozo, mujer ni niños, y sobre esto aguardamos su respuesta, y esto en pocas palabras. Estando en la ciudad de Puerto Rico, año 1625.—Boudoyno Henrico.»

Respuesta:

«Visto el papel que v. md. me ha escrito, me espanto que sabiendo que estoy yo aquí, y con trece años de Flandes, donde he visto las bravatas de aquella tierra, y saber lo que son sitios, se me pidan semejantes partidos. Si v. md. quisiere ó pretendiere alguno, ha de ser entregándome los bajeles que están surtos en este puerto, que yo les daré uno, ó los que hubiesen menester para que se retiren, que esta es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra. Conque he respondido á su papel. En este Castillo de San Phelipe del Morro á 30 de Setiembre de 1625.—Don Juan de Haro.»

El 21 de Octubre envió el General holandés segundo parlamento, airado con la resistencia tenaz que se le hacía; y, como no surtiera efecto [1], puso fuego á las casas de la ciudad, ardiendo con ellas la indignación de los propietarios, y el Gobernador sacó provecho, ordenándoles atacaran por el puente simultáneamente con el capitán Amezqueta desde el castillo, haciéndolo por ambos lados con bríos, que no resistieron los enemigos, corriendo atropellados á las embarcaciones.

Fué la retirada á las diez de la mañana del 22, hostigándola los vencedores con tres piezas sacadas del castillo, cuyos disparos destrozaron la popa de la capitana y causaron daño en otras naos inmediatas, aunque no dejaban todas de responder mientras no dieron las velas. Una de las mayores varó á la salida, prolongándose con este motivo la función, por los esfuerzos que hicieron para sacarla y el afán de los de la plaza en ganar aquel trofeo.

Activando el fuego el Gobernador en persona, se incendió el cartucho de un cañón antes de tiempo, haciendo pedazos al artillero, y de las astillas recibió D. Juan de Haro 24 heridas; sin embargo, siguió dirigiendo las operaciones con la satisfacción de apresar la nave, que al fin abandonaron los holandeses, dejando mecha en la pólvora. Los nuestros la

1 He aquí las cartas:

«Señor Gobernador.—Ya sabe el poder que tenemos sobre esta ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resoiltos quemar, pero tambien todo lo que está á el entorno de ella, lo que os queremos avisar, si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño, se queria acomodar con nosotros; si es así, mandanos luego con quien habemos de tratar; otramente no dejaremos luego de poner á ejecucion nuestro intento. A 21 de Octubre en Puerto Rico.—Boudoyno Henrico.»

Contestación:

«He visto el papel que se me ha escrito, y si todo el poder que queda en Holanda estuviese hoy en Puerto Rico, lo estimaria en mucho, porque vieran el valor de los españoles. Si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte y los materiales en la tierra. Hoy estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar á toda la suya, y no se me escriban semejantes papeles, porque no responderé á ellos. Esta es la respuesta que doy, y en lo demás hagan lo que les pareciere. Deste Castillo de San Phelipe del Morro, 21 de Octubre de 1625.—Don Juan de Haro.»



cortaron oportunamente, muy contentos de verse dueños de bajel nuevo de 500 toneladas, con tres cubiertas, 30 piezas de artillería, las 24 de hierro y 6 de bronce.

Duró el sitio veintiocho días, en los que el enemigo disparó sobre 4.000 proyectiles, teniendo al final la batería en el foso del castillo, derribada la puerta principal y puente. Murieron de nuestra parte el sargento mayor García de Torres, cuatro artilleros y diez soldados, no siendo muchos tampoco los heridos por la prevención de tenerlos á cubierto. Las bajas del enemigo se calcularon en 400, y en 2.500 los infantes que desembarcaron, aunque, al decir de los prisioneros, no excedían de 1.000.

Saliendo la escuadra maltratada, se corrió al puerto de San Francisco, treinta leguas á sotavento de San Juan, y allí se detuvo algunos, trabajando carpinteros y calafates en aderezarla. El Almirante procuró provisiones, ofreciendo pagarlas en carta dirigida al cabildo de la villa de San Germán. No se las dieron, y [1] sin ellas se largó.

[1] Se refieren con latitud las operaciones del sitio en diario de testigo de vista de que hay copias manuscritas en la *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 3, y en la Academia de la Historia con título de *Relacion de la entrada y cerco del enemigo Boudoyno Henrico, general de la Armada del Principe de Orange en la ciudad de Puerto Rico de las Indias, por el Licenciado Diego de Larrasa, Teniente auditor general que fué de ella;* la insertó D. José Julián de Acosta en sus adiciones á la *Historia de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico por Fr. Íñigo Abbad y Lasierra. Nueva edicion:* Puerto Rico, 1866, en folio. Noticia con este motivo que un modesto monumento erigido en el Campo del Morro recuerda á esta generación la gloriosa defensa de la plaza. Pueden utilizarse datos personales contenidos en la *Relacion de servicios del Capitan D. Antonio Joseph de Paredes*. Impresa; Academia de la Historia, *Colección Salazar,* leg. 27, núm. 38.

V.

CÁDIZ.

1625.

Confederación contra España.—Consultas del Gobierno.—Opiniones favorables á la guerra ofensiva por mar.—Armamentos.—Embargos.—Francia y Saboya invaden el Genovesado.—Salva á la capital el Marqués de Santa Cruz con las galeras.—Reconquista las plazas del litoral.—Rompe el inglés las hostilidades.—Es rechazado en Cádiz.—Cruza inútilmente en acecho de las flotas de Indias.—Llegan éstas sin accidente.—Fiesta instituída en acción de gracias.—Retíranse los ingleses con gran pérdida.—Nuestras naves en Flandes.

HABÍASE ido encapotando el horizonte político de Europa, haciendo presentir próxima tempestad á los menos observadores. Francia, descontenta del sesgo de los negocios de la Valtelina, los revolvía amparando á los calvinistas en los cantones al mismo tiempo que oprimía á los de su casa.

En Inglaterra germinaba el disgusto, mortificado el amor propio del Rey, más aun el del Príncipe, y sobre ambos el del Duque de Buckingham, en cuyas manos habían de estar pronto los destinos de las islas Británicas, por el mal sesgo de las negociaciones de matrimonio del segundo con la infanta D.ª María, y dos ambiciosos de mucha cabeza, el Conde del Palatinado (en alemán *Pfalz*) y el Duque de Saboya, atizaban el fuego de las pasiones, prometiéndose aprovecharlo.

La inteligencia entre Francia, Saboya, Venecia y Suiza se hacía palpable en las miras de deshacer el mapa de Italia arre-

glándolo á su gusto, trasluciéndose los trabajos con que cada una de las entidades de la Liga procuraba atraer á ella, con Holanda é Inglaterra, á los protestantes de Alemania, y con el Papa á los potentados de la península repartible. Tratábase de una amalgama general en Europa, Asia y Africa que destruyera, que anonadara á la nación católica, á reserva de solventar después las diferencias entre partes.

Preludio de la borrasca fué la acometida súbita y ocupación por los franceses de las plazas puestas en depósito del Pontífice, acción seguida por la corte de Madrid con prevenciones que aseguraran á Milán y á Génova, inmediatamente amenazadas, y en lo que daba más lugar alejara el riesgo de lo de casa.

Debió de pedir entonces el Gobierno pareceres á las personas significadas, independientemente de las que componían los Consejos de la Corona, pues son varios los que en los archivos se encuentran, examinando, cual si respondieran á un cuestionario, la situación y recursos de la nación y los medios de combatir á sus enemigos, opinando los más, con rara coincidencia, que la guerra fuera ofensiva por mar, defensiva por tierra, aseguradas con buena fortificación las plazas de Cádiz, Gibraltar y Cartagena.

No es extraño que fuera ésta la opinión del coronel Semple; al sentar que los males de España procedían de haber descuidado la mar y el comercio, y que no se repararían sin arreglar la Hacienda, acudir al remedio del corso en Flandes, hostigar á los holandeses en las flotas y en las pesquerías, distraer sus fuerzas á fin de que no las enviaran á las Indias y mantener respetable escuadra permanente en el Océano, no hacía más que repetir lo expuesto con insistencia desde el reinado de Felipe *el Prudente* [1].

[1] Sir William, ó Guillermo Semple, coronel al servicio de España, buen soldado y hábil político, vino el año 1573 con otros compañeros de la primera nobleza de Escocia, por orden de la reina María Stuart, de quien fué criado muy afecto. Tiene artículo biográfico en la *Biblioteca Marítima* de Navarrete, t. I, pág. 606, y en la *Colección de documentos inéditos*, del mismo autor, existente en la Dirección de Hidrografía, t. IX, números 1 y 2, se hallan manuscritas dos disertaciones sobre el particular de que aquí se trata, con título común de *Discurso general sobre el reme-*

Tampoco es sorprendente que participara de las mismas ideas D. Luis Garabito de Aguilar habiendo servido en paz y en guerra en las Indias y tenido mucho que entender con holandeses [1]; mas no parece tan natural la generalidad del pensamiento de dominar la mar en personas ajenas á su vida [2].

Lo difícil en la grave complicación de los negocios no era discurrir, sino ejecutar, apartadas del centro de acción como estaban casi todas las fuerzas navales por la jornada del Brasil y por el peligro de las flotas de Indias, que motivaron la expedición á Ultramar de las escuadras del Océano, Estrecho, Nápoles, Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas. Al aprieto en que los marroquíes tenían á las plazas de la Mámora y Larache atendieron las naves del Almirantazgo, empezando á prestar excelente servicio, enaltecido en combates con las

dio de los males que padecía la monarquía española, por medio de una guerra ofensiva por mar y defensiva por tierra. Fecho á 10 de Febrero de 1625. Presumo sea también suya la *Memoria sobre las causas de la decadencia de España desde Carlos V hasta 1629 y los medios que debieran emplearse para volverle su antiguo poder y grandeza*, escrita por encargo del Conde-Duque, teniendo el autor ochenta y seis años, según dice en el principio. Está publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. IV, pág. 5. Dediqué noticia al coronel Semple en mi obra *La Armada invencible*, t. I, pág. 158.

[1] En la misma *Colección* y tomo de Navarrete están manuscritos sus *Discursos de Estado y Guerra para coadyuvar la causa de Dios que defiende el católico y potentísimo Don Felipe IV.....*, obra extensa del mismo año 1625, dedicada al Rey, dividida en dos partes, y cada parte en dos discursos. Uno versa *Sobre los medios de mantener escuadras y construir bajeles en las Indias Occidentales para conservación y mantenimiento de aquellos dominios*, tratando la materia con mucha competéncia. Señala como de primordial importancia el orden en la administración; recomienda la instalación de arsenal con almacenes y depósitos, porque «sería para el servicio como la provisión de una estampa, que con las mismas letras hace muchos libros diferentes»; que los navíos se hagan fuertes y veleros; se elijan sus capitanes y marineros mandando estimar y favorecer á és os y á los pilotos, «pues son muy mal tratados y se van antes á Berbería que al servicio». Una vez construído el material, formar escuadra de 30 galeones y tenerla constante desde Dunquerque al Este, en Flandes, molestando á los holandeses sin dejarles holgar.

[2] Hasta el núm. 9 del referido tomo llegan las Memorias semejantes, siendo de citar el *Discurso del conde D. Antonio Xelcy sobre la Liga que hicieron todos los reyes y potentados de la Europa, Asia y África, á solicitud del Rey de Francia, contra la monarquía de España, y en particular de las prevenciones de armadas para su conservación y fomento del comercio.* Firmado en Granada á 25 de Marzo de 1625. Hállase entre estos papeles la consulta que se hizo al Consejo de Estado.

escuadrillas de piratas de Salé y de Argel, que produjeron la captura ó destrucción de bajeles. A la diversión en Flandes y Canal de la Mancha seguían dedicados los corsarios de Dunquerque con actividad y arrojo nunca bastante elogiados. Dos veces entraron en los bancos, causando enorme destrozo en las pesquerías, y sin cesar mermaban los convoyes mercantiles. En protección de los nuestros se habilitó en Pasajes división á las órdenes de D. Antonio de Isasti, que bastante tuvo que hacer con turcos y moriscos [1]; mas todo ello era bien poco; se ordenó la organización de armada con que suplir la falta de la del Océano, encomendando á Larraspuru juntara en Lisboa (21 de Marzo) seis galeones del Duque de Maqueda, cinco de Judici, cinco de la escuadra de Guipúzcoa, uno de D. Alonso de Idiáquez, seis de Martolosi, doce del Almirantazgo, elevando la cifra á 61 con la agregación de 16 extranjeros fletados en aquel puerto y en el de Cádiz.

A la vez se despacharon diversas providencias, entre las que, si algunas concurrían al fin perseguido, en su mayor número el de estimular el corso de particulares en España y Flandes, resultaron otras contraproducentes, como fueron las de embargo general de los bienes de súbditos franceses, á que respondió con declaraciones semejantes el rey Luis XIII; las de restricción de comercio y las de definición de contrabando, acompañadas de tantas precauciones, requisitos y trámites que acabaron por anular la contratación marítima [2], al paso que con otras no mejor meditadas se hería mortalmente á las industrias. Este año 1625 se aprestaban en San Sebastián para la pesca en Terranova 41 navíos, con 295 chalupas y 1.475 hombres, y sin reparo alguno se detuvieron marineros y embarcaciones, aplicándolos á la armada Real [3].

El armamento de Lisboa dió inmediato resultado, saliendo el general Larraspuru al encuentro y custodia de las flotas, por tanto número de navíos holandeses, turcos y argelinos acechadas, que llegó á dudarse acabaran su camino, aunque

[1] *Colección Vargas Ponce*, legajos v y xxiii.
[2] Abreu, *Colección de Tratados*.
[3] *Colección Vargas Ponce*, leg. v.

se habían despachado avisos al Marqués de Cadereyta y autorización para prescindir de la recalada en Cádiz, pudiendo hacerla en cualquier puerto de Galicia. Así causó alegría y demostración desusada la aparición de galeones y naos en salvamento, sin desvío de la ruta [1].

A todo esto se fué desenvolviendo la tela de Italia, poniendo á descubierto que se buscaba el primer hilo en el Genovesado, la entrada simultánea de los ejércitos de Francia y de Saboya, rápidos en la ocupación de las principales plazas y en el avance hacia la capital, que, sola con Saona, sirvió de refugio á los aterrorizados gobernantes de la República, y acabaran quizá brevemente su ministerio á no acudirles el Duque de Feria con socorro de tropas de Milán y el Marqués de Santa Cruz, que desde Mesina á Nápoles y de Nápoles á Génova, reuniendo 23 galeras y á su bordo los tercios de españoles, entró en el puerto, alborozando á los decaídos espíritus de los ciudadanos [2].

Poco tardó en cambiar la escena: unidas á la escuadra las galeras del Duque de Tursi y tres más que condujeron 600 hombres de Palermo, tomó el Marqués de Santa Cruz la ofensiva señoreando el mar; destruyó en las islas Hières tres naves francesas; sitió y rindió sucesivamente las plazas de Alvenga, Puerto Mauricio, Veintimiglia, Lovan, Gandore, Casanova, Oneglia, Triola, Castelfranco, Bigran, San Remo, Campo Roso, con lo que no quedó en el litoral almena por los franceses, y avanzando por el interior el de Feria, pronto se volvieron á su país, y á Turín el Duque de Saboya mohino, habiéndose cumplido vaticinio suyo. Dijo al empezar

[1] Á 7 de Febrero anotó León Pinelo en el Registro del Consejo de Indias, folio 12: «Por la llegada de la flota y galeones mandó su Mag. se dijesen 110.000 misas y se libraron 208.000 reales.» Academia de la Historia.

[2] «Estaba horrible, retratando una Nínive amenazada, abiertas siempre sus iglesias, vacías sus tiendas y cerradas las numerosas oficinas; los religiosos ocupados en procesiones, las mujeres en lastimosas rogativas, los caballeros en discursos, y el pueblo loco en amenazas; mas todo al punto mudó forma con nuestra vista y se llenó de parabienes de alegría.» Céspedes, fol. 223.—Una relación impresa en aquella ocasión de conformidad, queriendo dar idea de la impresión causada en Génova por la llegada de nuestros soldados, consigna que una dama se dejó decir había muchos días que deseaba oir en las calles un *¡voto á Cristo!*

la campaña que había de entrar en Génova su estandarte: entró arrastrando, por haberse apresado la galera capitana en que lo tenía arbolado. Cuenta con la presunción.

Cambio de importancia produjo, por otra parte, el fallecimiento del rey de Inglaterra, si molesto con España, no decidido mientras vivió á escuchar las instancias de rompimiento que le hacían su hijo Carlos y su yerno el conde Palatino, instigados por los de la Liga de Francia. El sucesor no dió momento de reposo á la impaciencia: mediado el año 1625 comunicó secretamente las órdenes (*warrants*) de leva general de marineros y apresto de 100 naves de más ó menos porte; llevó de Holanda 2.000 hombres de tropas veteranas; organizó nuevos regimientos hasta el completo de 10.000 hombres, pensando enviar toda esta fuerza al encuentro de los galeones de España que debían llegar de las Indias por el mes de Noviembre y batir algún puerto de la Península.

Nuestros historiadores se han extendido poco en la narración de la empresa, y no más lo han hecho los de Inglaterra, habiendo de registrar sucesos mortificantes al amor nacional [1]; pero habiéndose formado lo que hoy llamaríamos investigación parlamentaria, salieron á luz datos útiles á la Historia [2], habiendo de aplicarla á la enseñanza, y así como en este concepto, en los estudios de la ARMADA ESPAÑOLA voy señalando sin disimulo ni atenuación cuanto me parece sujeto á la severidad de la crítica, así juzgo equitativo el aprovechamiento de ejemplares por donde se noten los vicios de generalidad en cada época, como en el presente aparecen los de la marina británica.

Creyóse en un principio que mandaría la expedición el Duque de Buckhingam, viéndole en los puertos activando el armamento. No era así: la dirección general se confirió á Eduardo Cecil, hijo del ministro de la reina Isabel, que había guerreado en Holanda, creándole al propio tiempo Par

[1] Rushwort, Howell, *Britania triumphant*, Monson, Lediard.

[2] Lord Landslown publicó diario que contiene los cargos hechos por el Conde de Essex y otros nueve jefes al Vizconde Wimbledon, general de la escuadra, la defensa de éste, y relación de los acaecimientos de la jornada.



del reino, con los títulos de lord Cecil y vizconde Wimbledon. A sus órdenes iban el Conde de Essex, hijo del que saqueó á Cádiz en 1596, vicealmirante; el Conde de Denbigh, contraalmirante, y los generales del ejército lord Delaware y lord Cromwell.

Del 3 al 8 de Octubre fueron dando vela los navíos preparados en Falmouth, Plymouth y puertos contiguos hasta reunirse á vista del último nombrado 96. El viento, favorable á la navegación que habían de hacer en aquellos días, cambió el 12 en temporal furioso que dispersó la armada, causó averías á muchos de los buques, y algunos destruyó por completo.

El día 20, montado el cabo de San Vicente, convocó el Almirante á Consejo para determinar el plan de campaña, no estudiado ni decidido de antemano, como fuera natural. Wimbledon declaró su intención de hacer desembarco en Sanlúcar, y se le advirtió ser la rada peligrosa é inaccesible á las naves mayores: otro de los generales propuso tomar á Gibraltar como base de operaciones; la mayoría, tras larga discusión, decidió la entrada en la bahía de Cádiz y el desembarco en el Puerto de Santa María.

No estaba la plaza en el abandono en que la hallaron al verificar la anterior invasión los britanos: tenía fortificación y presidio permanente, al que se fueron añadiendo compañías de milicias de las ciudades andaluzas así que hubo rumor de guerra. Sobre aviso vivía el Duque de Medina-Sidonia, y por petición propia, agradecida del Rey, desempeñaba el gobierno D. Fernando Girón, de los Consejos de Estado y Guerra y Junta de Armadas [1]. En bahía estaban siete galeras de la escuadra de España, con su capitán general, el Duque de Fernandina, y 14 galeones y naos llegados en aquellos días del Brasil bajo la insignia del Marqués de Cropani [2], por ausencia en Málaga de D. Fadrique de Toledo,, con mayor número de bajeles.

[1] Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXII.
[2] Ó Coprani, en variante de relaciones.

Era el 1.º de Noviembre cuando descubrieron los vigías, y contando fueron los bajeles enemigos con banderas inglesas y del Palatinado [1]. El número pareció á los cabos de nuestros galeones harto desproporcionado para esperar, fondeados cual estaban, y fuéronse entrando por el caño de la Carraca, quedando á retaguardia las galeras, que cañonearon á las entrantes hasta tenerlas encima. Aquella noche envió el Duque de Fernandina por tierra 4.000 hombres de la armada á Cádiz; salió por el canal de Santi Petri á la mar, y dando la vuelta, puso en la plaza otros 300 soldados y cantidad de provisiones tomadas en el Puerto de Santa María. De las poblaciones del interior llegaron más refuerzos.

Indecisos los ingleses, emplearon el día siguiente en deliberaciones de los jefes, sin otra determinación que arrimar 25 naos de las más gruesas al fuerte del Puntal, armado con ocho piezas de artillería y guarnecido de unos 100 hombres á cargo del capitán Francisco Bustamante. Lo batieron todo el día tercero, apagando sus fuegos antes de verificar el desembarco del ejército, y acordaron al capitán Bustamente honrosa capitulación, consintiéndole salir y retirar con armas y bandera á los 30 hombres sanos que quedaron [2].

Ocupado el fuerte y establecida una batería de campaña sobre el camino de Cádiz, avanzó hacia el puente de Suazo un cuerpo de 1.500 infantes, extendiéndose el resto de mar á mar por la almadraba de Hércules. Lord Wimbledon se alojó

[1] Ponen los documentos ingleses la entrada en 21 de Octubre, teniendo la cuenta del tiempo atrasada por no haber adoptado aún la corrección gregoriana.

[2] Narra poéticamente los hechos culminantes la comedia de D. Rodrigo de Herrera *La fe no ha menester armas, y venida de los ingleses á Cádiz*, y de este particular dice:

«Escuadras de á diez y doce
de suerte al Puntal apuran,
que apenas de sus cimientos
quedó entera piedra alguna.
Don Francisco Bustamante,
viendo ya sus fuerzas nulas
y las piezas apeadas
y que su gente le culpa,
por ser la más miliciana,
de que así su muerte anuncia,
rindióse á partido honroso,
sacando las armas suyas.»

en una casa de campo, propiedad de D. Luis de Soto; en las inmediatas se acomodaron oficiales y soldados procurándose provisiones, y en tanta abundancia encontraron la de vino, que al anochecer andaba la tropa alegre. Un pelotón de ella forzó la guardia é invadió la morada de su General, injuriándole.

«El tumulto fué tal (dice la relación inglesa), que parecían los soldados bestias feroces, siendo necesario oirlos con paciencia y separarlos de la casa como se podía; el Estado mayor pasó la noche en tal faena, sin reposar un instante.»

Dió motivo esta demostración de indisciplina para que el día 4 volviera á reunirse el Consejo, poniendo á discusión si convendría formalizar el sitio ó adoptar distinta determinación, ofreciendo inconvenientes á cuantas se insinuaron el ánimo de los jefes, poco menos desordenado que en los regimientos. Al sitio se opuso la mayoría, alegando la falta de tren de batir, la fuerte disposición de la plaza, el servicio que la prestaban las galeras, pasando sin que los navíos pudieran impedírselo, la inexperiencia de los soldados suyos; pretextos con que cohonestar el deseo de no seguir la empresa al fin decisivo.

Empezaron el reembarco la mañana del 5, habiendo talado las viñas de la isla y puesto fuego á la almadraba y á las casas de campo. Cubrió la retaguardia el Conde de Essex con un cuerpo de mosqueteros y dos piezas de campaña, teniendo bastante que hacer, pues notado el movimiento, haciéndose conducir en silla de manos D. Fernando Girón, por no consentirle la gota movimiento de los miembros, hizo enérgica salida hacia la playa, marchando á vanguardia 500 hombres de las galeras y galeones, que cargaron poniendo en confusión á los britanos, de forma que disparaban las armas sin hacer distinción de amigos ó enemigos y volaron sus propios repuestos de municiones. Con el pánico abandonaron bagajes y víveres, ahogándose algunos de los que se echaban á nado, y quedando unos 60 dispersos.

El día 6, reinstalados en sus navíos, trataron de apoderarse de los que se habían refugiado en el caño de Puerto Real,

atacándolos con las embarcaciones menores sin mayor efecto; había cerrado el canal, sumergiendo cascos viejos, el almirante Roque Centeno, y tras ellos hacían las galeras defensa determinada. Otra acometida por el Puerto de Santa María encontró semejante resistencia, y fué la última; hizo el Almirante señal de dar la vela, decidido por el Consejo un crucero al Oeste del cabo de San Vicente, en espera de las flotas de Indias, y el día 7, sin reparo en el vendaval reinante con chubascos y aguacero, salieron de la bahía, incendiando por despedida dos naos suyas, en que habían depositado los cadáveres recogidos.

Una parte de la flota codiciada pasó á la vista de la inglesa sin molestia [1]. Continuaba la discordia de los generales paralizando su acción. A los diez y siete días de aguardo en el Cabo, las quejas y recriminaciones, exacerbadas con la escasez de agua y desarrollo de mortífera epidemia, constriñeron al Almirante á ordenar la retirada, en lucha con la mala fortuna. Los temporales y vientos contrarios se mostraron tenaces; creció la mortalidad en los enfermos; dos navíos, el *Robert Ipswich* y el *Constance*, zozobraron, pereciendo cuatro compañías; otros que quisieron proveerse de agua enviando las lanchas á las rías de la Coruña, tuvieron descalabro con pérdida de gente.

Tal es, en resumen, el resultado de la famosa expedición dispuesta por Carlos I, por testimonio nada sospechoso de documentos ingleses comparados con los nuestros [2].

Pensando Rushword que la nación no podía considerar sin desagrado que escuadra tan fuerte volviera destrozada, escribía: «¿A quién ha de culparse? No se sabe todavía más sino que á nadie se ha exigido responsabilidad. El Almirante vivió algún tiempo alejado de la corte, pendiente de la acusa-

[1] *The plate-fleet*, Campbell, *Lives of the British Admirals.*

[2] La mayor parte de los críticos ingleses, especialmente el secretario Burchett, negaron á lord Wimbledon las dotes de mando y de capacidad requeridas por la empresa, opinando que á su elección debía atribuirse el mal suceso. Firmaron el pliego de cargos contra él Robert Essex, Charles Rich, Edward Raswood, Henri Valentia, Edward Conway, John Burgh, Thomas Cromwell, Michael Geere, John Watts y John Chudleigh, generales y jefes de mar y tierra.

ción de los jefes subordinados, y hubo de defenderse ante el Consejo de guerra; pero acusó á su vez á los otros de desobediencia á sus órdenes. Las inculpaciones recíprocas, la dilación de las actuaciones sirvieron para garantir á delincuentes, no para lavar á la nación de la deshonra.»

Con no menos energía se significó el historiador marino W. Monson: «La pasión, la rivalidad, la insuficiencia, son siempre causantes de fracasos en mar como en tierra. Ningún ejemplo mejor que el de la malhadada expedición de Cádiz, porque quizá no volverá á presentarse ocasión mejor de dañar á España. Si la empresa se hubiera confiado exclusivamente á la marina, no se ofrecieran tantas dificultades, sabido como es por experiencia que la dualidad conduce á la anulación y ruina de los dos elementos. Cuando se meditó la jornada no era misterio que la armada española había tomado á los holandeses la ciudad de Bahía en el Brasil, y que había de regresar cargando más de un millón de libras en oro, plata y mercancías. Pudiéramos haber hecho esta presa facilísimamente, no estando prevenido el enemigo por ningún acto anterior de hostilidad que le hiciera tener á nuestras naves por sospechosas (!). ¿Qué otra cosa había que hacer sino rumbo directo á las Azores, por donde las españolas tenían que pasar, y por donde, en efecto, pasaron separadas y desapercibidas? Allí las hubiéramos sorprendido y tomáramos más plata de la necesaria para vengar á S. M. de las injurias recibidas. Disminuyéramos á la vez las fuerzas contrarias en 50 ó 60 de los mejores galeones, pérdida que pusiera á la nación en estado de no emprender nada serio; pérdida de que no se repusiera tal vez en el transcurso de un siglo. Nada de esto ignoraban los jefes de la escuadra; instruídos iban, ¿por qué no lo realizaron?»

Véanse todavía dos cartas publicadas en Londres mucho después [1], empezando por la de Sir Thomas Love, capitán de bandera del Almirante:

«Al muy honorable mi Lord Conway, secretario de la

[1] Colburn's, *United service magazine*, Septiembre 1867.

muy excelente Majestad del Rey.—Muy honorable señor: Sírvase su honor admitir la breve relación de ocurrencias de nuestra ruda campaña de invierno. Catorce días después de la marcha de Plymouth llegamos á la bahía de Cádiz, donde se hallaban 12 ó 13 navíos de guerra de Nápoles y el Brasil, cinco ó seis mercantes y 15 galeras. A nuestra aproximación dispararon todos la artillería, picaron los cables y se entraron en Puerto Real con 10 galeras, cerrando la entrada del caño con barcos á pique, en forma que no pudimos intentar nada contra ellos. A la mañana siguiente, domingo, ascendieron nuestros bajeles, atacaron al fuerte, desembarcaron la tropa y se tomó con unos 200 hombres de guarnición y ocho cañones de bronce. Allí estuvimos seis ó siete días sin cesar de llover y sin nada con que poner á cubierto á la tropa. Hallamos á la plaza tan fortificada que no era posible expugnarla sin sitio formal, para el que no íbamos preparados; por tanto, determinamos volver al cabo de San Vicente en busca de la flota de Indias, según manifesté á su Honor extensamente en carta anterior á ésta. Cruzamos unos veinte días, en cuyo tiempo hubo muchos enfermos; los víveres resultaron malos, escaseó el agua, y los navíos, especialmente los del Rey, se hallaban en tal mal estado que fué preciso echar á fondo uno de los queches, pasando los soldados á otros. En atención á estas circunstancias pareció la mejor resolución volver á Inglaterra, como se hizo, con vientos contrarios y temporales. Nuestro navío partió la verga de trinquete por cuatro partes, el palo en dos; rifó casi todas las velas, siendo las jarcias malísimas. A vista de Scillaj era el viento de tal violencia que no podíamos aguantar, faltos de brazos por los muchos muertos y enfermos. Vímonos obligados á arribar en demanda de puerto á Irlanda, y al llegar había cinco pies de agua en la bodega. Aquí hemos desembarcado á los dolientes; mi Señor presidente de Munster ha procedido noblemente ofreciéndonos refuerzo de gente, sin el que no podría salir el bajel á la mar. Unos 20 más de la escuadra han sido arrojados por el temporal al Oeste de esta isla..... Thos. Love. Kinsale, 11 de Diciembre de 1625.»

La segunda carta, dirigida por el comandante del navío *Saint George* á su familia, es más franca:

«Ventry, 11 de Diciembre.—Querido hijo: Esta tiene por objeto informarte de las ocurrencias del viaje. El 8 de Octubre salimos de Falmouth en compañía de 30 navíos, con hermoso tiempo, y el siguiente día nos unimos á los de Plymouth, componiendo un total de 96. El 12, temporal duro, que nos dispersó con pérdida de algunos, hundidos con toda su gente. Yo quedé en conserva de otros cuatro, y el 17 avisté al cabo de San Vicente, punto de reunión, donde plugo á Dios enviarnos las mejores noticias para el resultado de la empresa, por haber caído en nuestras manos una embarcación española conductora de pasajeros, que nos informó de la salida de Canarias de cuatro carracas en dirección de Lisboa, donde se hallaban de 30 á 40 navíos de guerra del rey de España en espera de la flota de Indias para escoltarla, lo que no hubiera impedido que la aprehendiéramos á no ser por culpa de algunos, que espero tendrán que responder de sus actos. El 19 se juntó toda la escuadra á vista del Cabo. El 20 acordó el Consejo de guerra ir á la bahía de Cádiz; entramos el 22 en ella sin ser esperados: antes bien creyeron los españoles que llegaban las naos de Indias hasta que, muy cerca, nos conocieron por las banderas. Dirigía la vanguardia el Conde de Essex, y llegando á la altura del Puerto de Santa María salieron á su encuentro nueve galeras; seis de ellas escaparon hacia Puerto Real; tres se volvieron á Cádiz, donde había 18 ó 20 bajeles de guerra, que dieron la vela, y como las galeras se fueron adentro sin que orden se nos diera de perseguirlas, toda la escuadra ancló. El Almirante reunió el Consejo á fin de determinar, y únicamente dispuso que ciertos navíos batieran por la noche el fuerte del Puntal con artillería gruesa. A la mañana siguiente hizo lo mismo la mayor parte de la escuadra, gastando sobre 2.000 balas, y hacia las cuatro de la tarde se dió orden de desembarcar y acometer. Saltamos á tierra con pérdida de gente, mas no se dió el asalto; formaron los soldados en el camino de Cádiz; los españoles del fuerte pidieron capitula-

ción ; muchos se tiraron por la muralla, y se permitió al resto retirarse con armas y banderas.

»Tras varios días consumidos sin provecho, la brillante tropa que alegraba la vista con tan buenos jefes y oficiales, sin tener oposición, pues apenas se vió un ciento de españoles disparando á larga distancia, estaba reembarcada sin ningún intento.

»Dimos la vela. El 31, á distancia del puerto avistamos cuatro naos de la flota de Indias que pasaban pacíficamente ante nuestra escuadra y se fueron con toda tranquilidad á Cádiz ó Sanlúcar.

»El 4 de Noviembre estábamos de nuevo sobre el cabo de San Vicente, donde volvió á reunirse el Consejo, expresando el Almirante su deseo de cruzar por los 36 á 37° de latitud en aguardo de aquellos que estaban ya cómodamente en su puerto, y pasando el tiempo, que fueron sus propias palabras: las observaciones de los capitanes representando la escasez de bastimentos y la enfermedad de las tripulaciones, no le convencieron ; había de gastarse el tiempo, y tan mal se gastó, que no es otra la causa de morir muchos hombres, y témome que no pocos navíos, pudiendo estar todos en Inglaterra.

»Dios ha permitido que con todo eso, y á pesar de los temporales, hayamos tomado en Irlanda este puerto, bastante seguro, que se llama Ventry. El 8 del corriente me encontraba, con otras seis naves, á unas ocho leguas de la costa nuestra; pero tales vientos soplaron del Este que fuimos arrollados con las velas hechas trizas, destrozada la maniobra, sin luces, con poca agua, y ésta hedionda, 50 muertos, 100 enfermos y no más de 10 en aptitud de servicio. A no alcanzar este surgidero pereciéramos en la mar, lo que temo haya ocurrido á otros de la escuadra. ¿Qué será de nosotros? Dios lo sabe, no habiendo en esta tierra recursos con que proveernos de marineros.

»Me consuelo con mandar navío tan bueno como pueda haber en toda la cristiandad. No lo tiene mejor S. M., aunque el aparejo, cabullería y toda especie de pertrechos está

en malísimo estado, siendo de advertir que un juego de velas perteneció al antiguo *Triumph* el año 1588, y el otro, que tenemos por mejor, fué excluído en el *Anne Royal:* la obencadura de proa había servido mucho tiempo al *Garland.* No es sorprendente que velas y cabos estén hechos pedazos; lo que lo parece es que al sacar la jarcia de respeto y abrir las piezas perfectamente alquitranadas, como si fueran nuevas, aparecieran llenas de costuras. Este buque no ha tenido todavía un juego de velas cortado para él: dejo á la consideración de los hombres honrados juzgar si se abusa en el servicio de S. M.

»Quédanme que denunciar muchos otros, particularmente en los víveres. La carne no ha alcanzado á suministrar más de media ración, y estaba tan hedionda que presumo haya sido la causa de las enfermedades y muertes: ningún perro del Jardín de Plantas de París la hubiera comido. Al llegar aquí nos quedaban 64 velas de sebo con que alumbrar la nave, y ha sido falta tan sensible como la que más.»

Céspedes asentó la creencia de haber costado la campaña del año á los ingleses 20.000 hombres y gruesas sumas de dinero [1], si bien no la refiere solamente á la jornada de Cádiz; engloba todas las operaciones, incluyendo la del bloqueo de Dunquerque, y en esta sola, durante el temporal del mes de Octubre, que dispersó á la escuadra grande, naufragaron en la costa cinco naves, juntamente con siete holandesas, viéndose las playas sembradas de despojos; como que de 42 bajeles bloqueadores no quedaron más de ocho enteros, corriendo unos á Inglaterra, otros á Holanda desaparejados. Entonces fué cuando, saliendo los nuestros de Mardick, quemaron 54 embarcaciones de las pesquerías de arenque é hicieron considerable número de presas [2].

[1] Folio 248.

[2] Entre las relaciones impresas que narraron el ataque de Cádiz, mencionadas en el Apéndice general, algunas refirieron la campaña de la escuadra de Flandes. Quedan además otras Memorias manuscritas: en la Biblioteca Nacional, *Relación de los sucesos de Cádiz, descripción de la ciudad y prevenciones de guerra que hizo el Duque de Medina-Sidonia;* en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas,*

Al final de la jornada hubo episodio interesante de especie secreta. Salieron correos de la corte reventando caballos con cédulas dictadas, por temor de que las flotas sirvieran de trofeo al enemigo derrotado; mandábase salir de Lisboa á Larraspuru con las naves que hubiera en el puerto; á Cropani y Ribera con las de Cádiz; á D. Fadrique de Toledo con todas, agregando por embargo cuantas sirvieran para hacer bulto; prescribía el mandato suplir la falta de marineros con los prisioneros holandeses de San Salvador, porque pagándolos bien, y teniendo cuidado con la pólvora y el timón, no serían de inconveniente, y habríalo muy grande en minorar la escuadra, siquiera una parte de ésta fuera de apa-

tomo XCIV, núm. 30, *Relación de lo sucedido con la armada enemiga en la bahía de Cádiz desde 1.° de Noviembre hasta 5 del mismo, y lo que el Duque de Medina-Sidonia dispuso para la defensa de la ciudad, año* 1625. En el recuerdo se inspiraron, como dicho queda, D. Rodrigo de Herrera, para componer la comedia titulada: *La fe no ha menester armas, y venida del inglés á Cádiz;* el Dr. Gabriel de Ayrolo Calar, *Epítome de la entrada que hizo la armada de Inglaterra en la bahía de Cádiz y sitio que le puso en el año* 1625. *El felice suceso que tuvo contra ella. Canto en tres voces.* Impreso en Cádiz en 8.°; y el pintor Eugenio Caxés, para el cuadro histórico que figura en el Museo Nacional. Nos conserva éste el retrato de D. Fernando Girón sentado en el sillón portátil, al pie de los muros de Cádiz, dictando órdenes que ejecuta la tropa marchando ordenadamente. Varios personajes con bandas y bastones de mando general, están á su frente; D. Diego Ruiz, D. Luis Portocarrero, el duque de Cropani, D. Roque Centeno; D. García de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, próximo á la galera capitana, con estandarte real y flámulas, como esperando su embarque, mientras las otras, más distantes, hacen fuego al enemigo. En el fondo se representa la escuadra inglesa, próxima al castillo del Puntal, por donde se reembarcan precipitadamente los invasores perseguidos, nadando algunos. En Inglaterra y Francia debieron darse á luz también varias relaciones con que satisfacer la curiosidad; tres con narraciones novelescas he tenido á mano, á saber:

Le svcces de la nouuelle entreprise de la grande flotte des Anglois contra les Espagnols, auec le recit de ce qui c'est passé de part et d'autre a la prise de l'Isle de Gady. A Paris, por Isaac Mesnier, 1625. Auec permission, 8.°

La fvrievse charge et sanglante defaicte, donné par les Anglois et Holandois sur l'armée naualle des Espagnols, ensamble la prèse de sept Gallions chargez de bleds et autres munitions, auec le nombre de morts et blessez. Translaté d'Anglois en François. Iouxte la coppie imprimmé à Londres, par Clement Cheuallier, 1625.

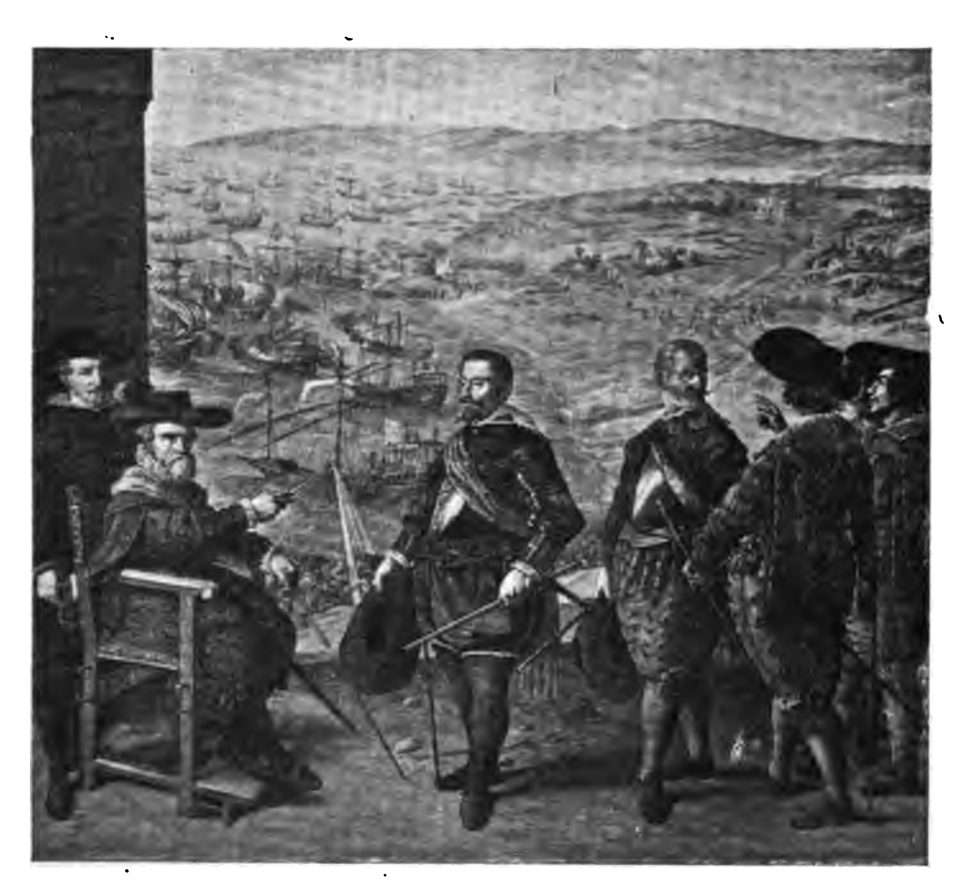
Le fvrieux combat nowellement donné entre la grande Flotte des Anglois et l'Armée Espagnole, auec tout ce que s'est veritablement passé de part et d'autre. A Paris, chez Piérre Ramier, 1625. Auec permission.

Don Enrique Serrano Fatigati escribió noticia del pintor Caxés y de su cuadro en la *Ilustración Española y Americana* de 22 de Agosto de 1896.

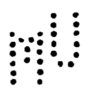
riencia, pues no se había de poner el General en ocasión de pelear, antes procuraría evitarlo [1].

Afortunadamente para D. Fadrique (y para todos) no llegó á salir á la mar con los navíos de comedia que le armaban desde Madrid, porque las flotas entraron en Cádiz el 29 de Noviembre, trayéndolas el Marqués de Cadereyta por rumbos que no cortaron los enemigos ni tampoco más de 40 barcos ligeros que se habían despachado llevándole avisos del peligro; suceso que estimó S. M. providencial, y por él decretó que en todo el reino se celebrara fiesta anual el 29 de Noviembre en hacimiento de gracias [2].

[1] Correspondencia de D. Fadrique de Toledo; *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.—Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia; ídem, t. XXXII.
[2] Disposición impresa.



Defensa de Cádiz por D. Fernando Girón.
Cuadro de Eugenio Caxés, en el Museo nacional.



VI.

OCURRENCIAS VARIAS.

1626-1633.

Jornada del Rey á Valencia y Cataluña.—Acciones con ingleses y berberiscos.—Presas de las galeras.—Naufragios en la costa de Francia.—Alianza con esta nación.—Viaje de la armada á Bretaña.—Instrucciones notables de D. Fadrique de Toledo.—Contingencias.—Socorro á la Mámora.—Navegación de la Reina de Hungría.—Complicaciones que origina.—Triunfo diplomático de Venecia.—La Corte en Barcelona.—Mal estado de las galeras.—El infante D. Carlos nombrado Príncipe de la mar.—Ceremonias.—Fallecimiento inesperado.—Disposiciones encaminadas al fomento de la marina.—Opiniones acerca de la redención de cautivos.—Marcha del Infante Cardenal.—Rectificación de una noticia grave.

Sonreía la fortuna á las armas de España en estos primeros años del reinado de Felipe IV, por lo visto. En el Perú, Brasil, Puerto Rico, La Mina, habían sufrido descalabros los holandeses; en todos nuestros presidios de África, los marroquíes; en la mar, turcos y argelinos; en Cádiz, vergonzosa rota los ingleses. Próspera también la campaña de Italia, la corte de París, iniciadora de la Liga, hizo proposiciones de paz á espaldas de sus aliados de Saboya y Venecia, concluyendo en Madrid tratado precursor de rompimiento por su parte con Inglaterra [1].

En esta ocasión determinó el Rey hacer jornada á Valen-

[1] En Enero de 1626.—*Colección de Abreu y Bertodano.*

cia, Aragón y Cataluña con objeto de celebrar Cortes en cada uno de los reinos y demandar recursos. La guerra es sumidero de hombres y caudales, adonde iban á parar los de España, dejándola despoblada y exhausta, sin contar las calamidades que vinieron detrás: terremotos, inundaciones, incendios espantosos.

En segundo intento de Inglaterra contra los tesoros de Indias (1626), no fué más feliz que en el anterior: la armada de Lisboa, á cargo de D. Luis de Almeida, rindió, en dos encuentros sobre la costa, cuatro de sus naves, subió persiguiendo á las otras hasta el Canal de la Mancha, y no se volvió sin hacer considerable destrozo en las pesquerías [1].

Alguno causaron los navíos del Almirantazgo mirando por el interés de la Compañía.

En Abril (1626) salieron de Sanlúcar tres naos gruesas y un patache, gobernadas por Antonio Corlex, en demanda de otras tantas con que el corsario holandés, nombrado Campana, había hecho presa en el Mediterráneo, por lo que era de suponer tendría acopiado botín de valor. Encontrándolas de retirada á la boca del Estrecho, rehusaron el combate guareciéndose bajo los fuertes de Salé, en Berbería. Los nuestros, habiéndolos cañoneado, fuéronse á cruzar sobre las Terceras, y de allí á la costa de Galicia, donde tomaron un navío inglés, que condujeron á la Coruña. Divididos al salir de aquel puerto, el capitán Brancart con su galeón *San Nicolás* topó con cinco piratas; peleó con ellos; rindió á tres, el uno de 38 piezas, otro de 32, el tercero menor, y recuperó uno que ellos habían capturado. Corlex se batió también con cinco mercantes armados de Holanda, llevando á San Sebastián dos de 300 y 200 toneladas que quedaron en su poder [2].

Ocupaban los berberiscos á las galeras cuando no tenían

[1] *Relación de la vitoria que la Armada de su Mag. de la escuadra de Portugal ha alcanzado de una escuadra de galeones ingleses que andaban por aquella costa, y del incomparable daño que los nuestros han hecho en la pesqueria este año de* 1626.—Academia de la Historia: *Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 8.

[2] Relación impresa.



atenciones preferentes que cubrir, y como tantos corsarios ponían en la mar, se lograron este año presas aplaudidas [1], porque con la superioridad militar de los bajeles redondos, mayor cada día, con la progresión de los cañones en los costados y su calibre, iba siendo temerario atacarlos con las embarcaciones de remo.

Bien sabido lo tenían los argelinos, que las entretenían con cualquier cebo echadizo ó con ataques á los presidios cuando se proponían algún golpe de mano. En 1627 tuvo que acudir la escuadra de D. Antonio de Oquendo al socorro de la Mámora, hallándose en aprieto por falta de víveres [2], y en su ausencia entraron en la bahía de Cádiz ocho navíos corsarios, que se llevaron dos barcos luengos [3].

Hacia estos días tocó á la armada real sufrir desastres de los que más se sienten por menos presumidos. Habían llegado á la Coruña dos naos ricas de la India Oriental burlando á los enemigos, que las esperaban entre los cabos de la Roca y San Vicente: orden se dió para escoltarlas á la escuadra de Portugal, mandada todavía por D. Manuel de Meneses, que llegó sin accidente á Ferrol con seis galeones [4]. Bien amarrados en el puerto, influyendo la impaciencia de los indianos por ver sus casas y la desavenencia entre Meneses y su almirante Antonio Muñiz, se decidió la salida á la mar con tiempo incierto, sospechoso á juicio de los pilotos prácticos. El 25 de Diciembre dieron velas; arrepintiéronse tan luego

[1] Ídem varias que se mencionan en el Apéndice general. Aparte de éstas, en la *Colección Vargas Ponce*, leg. IX, núm. 28, se contiene *Relación de las presas que las galeras de la escuadra de España han hecho desde el año* 1621, *que se hizo la última reformación, hasta* 1627, especificando las circunstancias, valor y distribución de lo que importaron 16 navíos tomados, ocho argelinos, siete holandeses y uno inglés, con 102 piezas de artillería gruesa y 24 pedreros. Otros documentos de la *Colección Navarrete*, t. II, núm. 13, oportunos al juicio de estas escuadras, narran el viaje hecho en 1626 por el Marqués de Távara desde Barcelona hasta las Bocas de Bonifacio, con siete galeras de Sicilia y Génova, en circunstancias que las obligaron á arrojar al agua artillería, fogones y esquifes, forzadas por el temporal.

[2] Cédula honorífica dándole las gracias por el servicio contiene la *Colección Vargas Ponce*, legajo de almirantes.

[3] El 29 de Mayo, *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 871.

[4] *Capitana*, *Almiranta*, *San Cristóbal*, *San José*, *San Felipe*, *Santiago*. Las dos naos de la India se nombraban *Santa Elena* y *San Bartolomé*.



como se desatracaron de la costa, mas no era ya posible arribar, como quisieron; vínose encima la tormenta, arrojándolos al golfo de Cantabria, donde forcejearon en dispersión, sin verse unos á otros ni á la tierra, cubierta con el celaje chubascoso. Las corrientes y el ventarrón los fueron aconchando sobre los bancos peligrosos de Francia. El 9 de Enero (1627) embarrancó primero el galeón *San Cristóbal*, cubriéndolo las olas sin que se salvaran más que tres hombres de la tripulación; á poco encalló el *San Juan*, almirante, pereciendo entre la resaca Muñiz, un hijo suyo y casi todos los acompañantes; el *San José*, con las dos naos de la India, siguieron, resistiendo todavía la capitana, que, no sabiendo donde estaba, navegó por las aguas de una embarcación creyéndola costera, y dió con la quilla en Socoa. Picó en el acto los mástiles; derribó la obra muerta; desembarcó alguna gente en bateles del país, pero aun se ahogaron cerca de 300 personas, hecho pedazos el casco por el oleaje. Únicamente el *Santiago*, por resto de aquella escuadra, consiguió entrar salvo en Guetaria; los otros siete se perdieron totalmente, pasando de 2.000 la cifra de los muertos [1].

No fué desgracia sola. Habían partido de Pasajes el 24 de Noviembre de 1626, 36 zabras ó pataches de á 60 toneladas, armados por D. Alonso de Idiáquez, con orden de pasar en

[1] Céspedes y Meneses, *Historia de Felipe IV.*—Ignacio da Costa Quintella, *Annaes da marinha portugueza.* Lisboa, 1839-1840. La impresión producida en Francia por el naufragio se dibuja en las relaciones populares:

Recit veritable de la tempeste extrange arrivé sur la costa de Bayonne, ou toute la flotte Espagnole a eté entierement perdue. A. Paris, chez Ioseph Guerreau, 1627, 8.°

Veritable relation de l'horrible naufrage de la flotte Espagnole pres Saint Iean de Lux et autres lieux, ou se void la quantité des marchandises rares et exquises, le nombre de Seigneurs et Gentils-hommes qui y commandoient comme anssi la perte des marchands et soldats qui y ont esté perdus. Le tout exactement recueilly des memoires de M. C. Pilotte d'un des vaisseaux, lequel a esté sauvé par industrie d'un sien esclave. A. Paris, chez Iean Martin, 1627, folio.

Veritable relation de l'horrible navfrage de la flotte Espagnole pres Sainct Jean de Lux et autres lieux. París, chez Jean Martin, 1627, 8.°

Al mismo suceso corresponde la siguiente, aunque no lo dé á entender el título extraño:

La desfaitte de l'armée naval du Roy d'Espagne par le Roy de Dannemarc. Par le rapport de Messieurs de la Table de Marbre du Palais de Bordeaux. A. Paris, chez Iean Gvillemot, imprimeur, 1627, 8.°

ellos 14 compañías de infantería á Flandes [1]. En cuatro días llegaron al Canal de Inglaterra, donde el temporal, superior á su resistencia, las impelió hacia las costas de España. Según podían, fueron arribando á puertos de Galicia y Asturias, desaparejadas las más, reuniéndose en el de la Coruña, sin que faltaran más de cuatro, que naufragaron en Cariño y Rivadeo. Volvieron á salir en 11 de Enero (1627), reinando la tormenta que había causado el destrozo de la escuadra de Portugal, y lo mismo hizo con ellas; cuatro desaparecieron; dos se estrellaron en Arcachón, una en Motrico, dos en Guetaria, una en San Sebastián, siendo catorce, por tanto, las que se perdieron, con más de 500 vidas [2].

La duplicada desdicha no estorbó que por halago á Francia, desatendiendo asunto de tamaño interés como era el de la guarda de las flotas de Indias (harto hubo que lamentarlo), se mandara á D. Fadrique de Toledo marchar con la escuadra del Océano y las de Oquendo y Acevedo, en junto 50 galeones, á sostener contra los ingleses al Duque de Guisa en la isla de Re, reforzando las naves que iban á estrechar el cerco de la Rochela. Como quiera que Oquendo consumió cincuenta y siete días sin poder montar el cabo Finisterre por la constancia de los vientos del Norte, y la comisión urgía, se ordenó la salida de D. Fadrique sin esperarle, con las naves de su escuadra y las de Cantabria, que gobernaban Francisco de Acevedo, Martín y Francisco de Vallecilla, más las zabras de Idiáquez que, al abrigo de los galeones, habían de insistir en la travesía á Flandes. De todos modos, la fuerza no llegaba á la mitad de la que en un principio se deter-

[1] Don Alonso de Idiáquez, maestre de campo, caballero de Santiago, había nacido en Amberes por los años de 1594 á 1596, siendo su padre teniente de la fortaleza; sirvió en la guerra de Flandes alcanzando empleo de capitán y viniendo á la casa de sus padres en Azcoitia, obtuvo nombramiento de superintendente de fábrica de naos en 1626, encargándosele la organización de la escuadrilla de zabras guipuzcoanas.

[2] Don Jacinto de Aguilar y Prado, *Compendio histórico*, Pamplona, 1629. *Escrito histórico de la armada que salió del puerto del Pasaje para los Estados de Flandes por mandado de su Mag. á orden de D. Alonso de Idiáquez.* Fué testigo de vista. Le Clerc, en su historia de Holanda, presume eran 42 las zabras, y que les cerró el paso la escuadra inglesa, echando á fondo cinco.



minó enviar, y era presumible que los ingleses procuraran con empeño evitar la unión con la armada francesa, presentando batalla á la nuestra en su camino. Creyéndolo así, dictó D. Fadrique instrucciones que importa conocer. Decía la cuarta:

«Han de tener cuidado particularísimo con seguir la bandera real de día, y de noche el fanal, advirtiendo que al que se derrotare no se le ha de admitir excusa, y desde luego le condeno en privación de oficio, al capitán de mar y piloto; y para que haya más cuidado, condeno en la misma pena al capitán de infantería que fuere gobernando la del dicho navío.

»Sexta. Si se ofreciere ocasión forzosa é inevitable de pelear, y la real y las demás se pusiesen á hacerlo, ya que los navíos son pocos, es necesario que el esfuerzo y valor lo supla, haciendo todos demostración de sus obligaciones, procurando aventajarse cada uno de por sí; pues el camino derecho es el asegurarse en su mismo esfuerzo. Y el hacerse lugar las armas y ejércitos no consiste en el número, sino en el valor. Esto y mucho más se confía de tan honrados capitanes y soldados. Y en caso (lo que Dios no quiera), que se descuidase alguno, faltando á hacer su deber, aunque se libre de las manos de los enemigos no se librará de la mía, y desde luego lo condeno en pena de la vida.»

Menester no fué poner á prueba el cumplimiento; los ingleses habían desalojado la costa, con lo que llegaron al puerto de Morbihan 34 galeones y 16 zabras, para cambiar saludos y cortesías con las naves francesas. A esto, á un paseo militar á la Rochela, se redujo la jornada, estéril en punto al mantenimiento de las relaciones; trabajosa por el frío que sufrió la gente, y costosa por accidentes que ocasionaron la pérdida del galeón *Santiago* y de un patache dentro del puerto de Morbihan y la varada y desarbolo de la capitana de Cuatro Villas, en la isla de Diu. El 5 de Febrero (1628) estaba la escuadra de vuelta en Santander [1].

[1] Don Jacinto de Aguilar y Prado, *Compendio histórico* citado. *Escrito histórico*

Estéril dije, bajo cierto punto, porque no transcurrió largo espacio sin que, por cuestión del ducado de Mantua, se cambiara en enemistad la alianza, y por obra diestra del cardenal Richelieu siguieran complicaciones, alternativas de guerra y paz, vicisitudes por las que llegaron á tomar siniestro aspecto los negocios de Alemania, y que por cambio condujeron á los españoles casi á las puertas de París. Murió el intranquilo Duque de Saboya; pasó también de esta vida la infanta Isabel Clara, soberana de los Países Bajos, volviéndolos á la Corona de España; se acabó la hostilidad de Inglaterra; fué arreciando el choque de las armas en guerra esencialmente continental, sin dejar de ofrecer accidentes de los que cumplen á nuestra tarea [1].

En el orden natural cronológico corresponde otra vez mención de los africanos, habiendo apretado el sitio de la Mámora, por lo que la inmediación de la plaza estorbaba á su puerto de Salé, uno de los más frecuentados por los corsarios del Océano. Avanzadas las trincheras bajo la dirección de ingenieros ingleses, cortada el agua, la batían con 22 piezas gruesas, teniéndola en apuro. Acudió el general Tomás de Larraspuru, saliendo de Cádiz el 8 de Mayo (1628) con 35 naves; reconoció las posiciones, fondeando en la costa á mar abierto por estar la boca dominada; ordenó el desembarco, acometiendo inmediatamente por tierra y agua, y se hizo dueño del campo y del puerto, tomando ocho cañones, 300 quintales de pólvora y un barco longo, con todo lo que abandonaron en la huída. En los días siguientes cañoneó á Salé, costándole poca sangre el restablecimiento de la nor-

de la armada que salió del puerto de la Coruña para la jornada de Francia á orden de D. Fadrique de Toledo, etc. Año de 1627.—Instrucciones á D. Fadrique de Toledo, firmadas á 24 de Agosto de 1627. *Colección Navarrete,* t. XXXVIII. En Francia se publicó relación titulada:

La descente de la flotte d'Espagne ioincte à l'armée nauallе du Roy, commandée par monsieur le Duc de Guise. A Paris, chez Iean Barbote, en l'isle du Palais, 1627. Avec permission, 8.°

[1] La escuadra del Marqués de Villafranca apresó tres naves holandesas que cargaban sal en Ibiza con beneplácito de los isleños. *Boletín de la Sociedad Arqueológica Juliana,* Palma, Julio de 1892.



malidad en los presidios [1], desviados los navíos en correrías más lejanas [2].

Ocurrencia de género distinto, pacífica y regocijada, se originó con petición de la infanta D.ª María para el rey de Hungría, hijo del Emperador. Un literato contemporáneo dijo que las bodas (1629) convirtieron á Madrid en otra India; tal era el lujo de los trajes, tal la gallardía de los trenes, tal, en fin, el boato que ostentó la grandeza y la Corte. Una India, cuenta otro, que parecía Barcelona, por la riqueza con que la ciudad recibió á la Reina desposada, y no habiéndose quedado atrás Zaragoza, donde el Rey se despidió de su hermana, juzgárase que las Indias se habían trasladado á este otro lado del Atlántico, trayéndonos sus veneros.

No hay que decir cómo la galera real se dispuso en la forma acostumbrada en semejantes ocasiones [3]. Doña María la encontró muy de su gusto, habiendo dado un paseo con las damas y gentiles hombres para saber cómo la probaría la mar. La partida definitiva de Barcelona se verificó el 12 de Junio (1630), habiéndose construído escala y puente de madera de 560 varas de largo, que desde palacio conducía á la misma galera. Seguíanla 23, contadas las de España, Florencia y Malta, que juntas hicieron cómoda travesía á Génova. Las contrariedades se encontraron donde menos se hubiera pensado, en el puerto, al saber que en todo el estado de Milán había peste, de que la gente huía, abandonando las ciudades [4]. Determinóse que la escuadra continuara el viaje á Ná-

[1] Relación enviada por el maestre de campo Francisco de Murga. *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 42. Otra manuscrita en la *Colección de Jesuitas*, t. CXLVI, número 60. La impresa, que no difiere en lo esencial, eleva á 2.500 los moros muertos.

[2] Cita la *Biblioteca marítima* de Navarrete, t. III, pág. 99, *Relación de los sucesos que tuvo en la isla de la Madera y sus mares el gobernador obispo de Funchal, D. Gerónimo Fernando, con los piratas, año* 1631. Otra se imprimió refiriendo el ataque de 10 navíos á la isla del Cuervo el año 1632, en el que sólo en Argel se armaron 100.

[3] *Disquisiciones náuticas*, t. I, pág. 208. *Viajes regios*, pág 237.

[4] Grande fué el terror, pintado magistralmente en la novela clásica de Manzoni *I promessi sposi*. El Consejo de Castilla dió á 5 de Diciembre una pragmática que

poles, donde la Reina esperaría al verano siguiente, á fin de costear á Calabria, entrar en el Adriático y poner pie en tierra de Trieste.

Hecha notificación á la Señoría de Venecia, ofreció ésta á la Corte de España su armada para el transporte de la egregia viajera, por tener decidido que ninguna otra de guerra entrara en sus aguas. «Túvose por atrevida é insolente esta respuesta [1]», cambiando notas con mención de las capitulaciones hechas en tiempo del emperador Carlos V, por las que desistió la República de la pretensión al dominio del mar, lo que no negaron los senadores, contentándose con afirmar que eran aquellos otros tiempos diferentes de los que corrían; y como tampoco esto pudiera desmentir nuestro Gobierno sin revolver más el estado de Europa, disponiendo gruesa armada en el Mediterráneo cuando tanto le hacía falta en otros lados, y aun más gente y dinero, «calló la injuria veneciana y admitió la oferta» [2].

Otros tiempos eran diferentes de los del virreinato del Duque de Osuna en Nápoles; no dejaron de decirlo en la corte los enemigos y aun los amigos del de Olivares, que harta mortificación sufría, haciéndose el sordo, ocupado en pormenores del itinerario y entrega de la señora, después de atravesar la Romanía y la mar á Trieste, tardando más de un año en llegar desde Madrid al lado de su esposo.

La República solemnizó su triunfo diplomático poniendo á disposición de la Reina de Hungría armada de 40 galeras,

empezaba diciendo: «Sepades que se nos ha dado noticia por personas celosas del servicio de Dios y nuestro, que algunos enemigos del género humano tratan de sembrar los polvos que con tan gran rigor han causado la peste en el estado de Milán.....»Del particular he tratado en las *Memorias históricas de la ciudad de Zamora*, t. III. pág. 588.

[1] Novoa, obra citada, pág. 100.

[2] Idem, íd. Asunto fué el de la actitud de Venecia que dió en qué entender al Consejo de Estado mucho tiempo, hasta que por indicación suya se convocó junta especial que lo estudiara. Emitió informe uno de los ministros (cuyo nombre no consta) historiando las pretensiones de esta especie en todos tiempos, y resumiendo las opiniones de autores de libros que sentaban principios de derecho. En su opinión, no había que esperar nada de semejantes publicaciones, pareciéndole más práctico atender á la defensa que á la réplica.—*Colección Zalvide*, art. 6.°, núm. 7.



tres galeazas, 12 galeones, 10.000 hombres de mar y guerra al mando del general Antonio Pisani. Era la real magnífica, sus marineros vestidos de terciopelo carmesí bordado de oro [1].

Otro viaje de la Corte de España se dispuso para el litoral mediterráneo (1632); sólo que por contraste, malparadas las naves y galeras de gente y arreos, pocas de las segundas fueron al puerto de Barcelona para tributar honores al soberano, excusando la presencia el Duque de Fernandina, su capitán general, porque, habiendo acudido en persona á pedir de viva voz lo más necesario, fué desatendido, y causábale rubor que en el acto más solemne de publicidad se conociera la miseria oculta.

Que no era misterio para los corsarios, se colige por el hecho de haber dado caza á una embarcación hasta la boca del puerto, infiriendo á la Majestad ofensa semejante á la que recibió el emperador Carlos V en aquel mismo puerto; ofensa que, bien considerada, debía de aminorar mucho la satisfacción de los triunfos, sobre todo en los de pretensión de dominio del mar.

«Yo lo vi, escribía el ayuda de cámara [2], que subían por el Oriente 12 bajeles gruesos; afrontáronse con Barcelona, y llevando las proas hacia Levante las volvieron hacia Poniente, y allí esperó la capitana á las demás, y volviéronse por donde habían venido. Un barcón grande que llegó, dijo que eran 18 y que todo el día le habían dado caza; presumióse era armada de Argel ó de la Goleta. Si el cabo fuera bizarro y no hiciera más que arrimarse y disponer su artillería, habría logrado famosa ocasión que diera bien que hablar al mundo. ¡Quiera Dios que sean corsarios encaminados solamente al robo y á pescar algún navío de mercaderes que les pueda ser de alivio ó ganancia, antes que otra empresa de reputación ni de nombre! Viéronlos los de las galeras y

[1] Relaciones impresas. Se verificó el embarco en Ancona el 26 de Enero de 1631.

[2] Matías de Novoa, *Historia de Felipe IV.—Documentos inéditos para la historia de España*, t. LXIX, pág. 171.

hablóse de salir á buscarlos. Desatino, á mi ver. Diez y ocho navíos corsarios que por lo menos traerían 600 piezas de artillería, 1.000 hombres y muy buena mosquetería, ¿era buen consejo que salieran ocho galeras á vasos grandes y altos, sin municiones, sin caudillos de consideración, apenas con 500 infantes y 40 piezas? Arriesgado habrían el lance: ó llevárselas ó echárselas á pique..... Los naturales de la tierra afirman que sin freno y sin vergüenza llegan allí alarbes y turcos y les llevan á los pescadores las mujeres y niños y las haciendas, sin poderlo remediar y sin haber un leño que los defienda.»

Sin duda que el Rey y el Conde-Duque oirían su críticas ó las de sus diputados; mas el segundo, al decir del historiador citado, poco afecto suyo, no era amigo de galeras; «nunca entró en ellas, porque le hace mal á la cabeza» [1], aunque el Rey las visitó dos veces durante la jornada.

En una hizo ceremonia, para la cual bien hubiera sido de desear fuerza más lucida: tomó de manos del Duque de Tursi el bastón y lo entregó á su hermano el infante D. Carlos, poniéndole en posesión del empleo de *Príncipe dc la mar*, con título nuevo que un año antes le había conferido en sustitución del cargo que sirvió el príncipe Filiberto.

«Quitóse la capa, tomóle y besó la mano al Rey, y todos hicieron lo mismo, y dieron algunos bordos por la mar. Besaron la mano al Infante otro día los capitanes, y mandó darles cadenas de oro.»

Poco tiempo le tuvo la armada en cabeza; falleció el 30 de Julio de 1632, antes de cumplir los veinticinco años de edad, siendo general el sentimiento de su pérdida [2]. Pero no ade-

[1] «De que podemos dar copia (añade), que jamás acometeremos ardua ni gloriosa empresa, si es tan delicado el rector de la monarquía.»

[2] Novoa elogió las grandes prendas y virtudes mostradas, extendiéndose en el epítome de su corta vida. Repite, y es de interés á la indumentaria, que para recibir el bastón de mando se quitó el ferreruelo y quedó en cuerpo, entrando en ia galera patrona con los arreos y preseas de soldado; cabos de plata en el vestido, plumas blancas y banda roja. Don Gabriel Bocangel, bibliotecario del Cardenal infante, escribió *Retrato panegirico del serenisimo señor Carlos de Austria*, *infante de España, principe de la Mar*. Madrid, imprenta del Reino. Año MDCXXXIII, 8.°, 55 folios en octavas reales.



lantemos en ocurrencias; justo es consignar, en correctivo á la malevolencia de Novoa, que algún caso se hacía de la marina, aplicando al sostenimiento una parte del subsidio que las Cortes votaron y procurando medios de acrecentarla sin gravamen en su número; el proyecto de formar en Lisboa una Compañía semejante á las de Holanda que tuviera á cargo el comercio de la India Oriental y Guinea, para lo que convocó el Rey en Monzón á los principales señores portugueses [1]; el asiento tomado con el Conde de Leste para explotar las pesquerías de la costa occidental de Marruecos á condición de mantener 50 naves de guerra y de mercante [2]; el de Martín de Arana, para construir en Bilbao seis galeones [3]; la ampliación de los anteriores con Judici y Martolosi para otros en Cantabria [4]; los nuevos para extraer del fondo del mar artillería y caudales de los buques perdidos [5]; las ordenanzas de consulado en Nueva España, Perú, Chile, Brasil y Tierra Firme. Aun de la persecución de los corsarios berberiscos se trató con más calor que resultado, por haber escrito el capitán Guillermo Garret Memoria que hizo ruido, tratando de probar que la redención de cautivos hecha á metálico por las Órdenes religiosas de la Trinidad y de la Merced constituía un aliciente para la piratería y cautiverio. Calculando en cien mil ducados la suma que anualmente se empleaba en sacar de las mazmorras de Argel unos cuantos viejos ó impedidos, que eran los que los moros entregaban, proponía el empleo de la suma en la creación de una escuadra especial guarda-costas que sirviera de escuela de pilotaje y marinería, y haciendo presa en barcos y pueblos de moros, proporcionara número con que canjear á los cristianos sin el desprestigio que resultaba de pagarles contribución.

Respondió á la propuesta el Padre general de la Orden

[1] Céspedes y Meneses, fol. 261 vto.
[2] Año 1627. Academia de la Historia, est. 16, gr. 5, núm. 112.
[3] *Colección Vargas Ponce*, leg. XXVI.
[4] *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.
[5] Idem, t. IX, núm. 13.

Fr. Gabriel de la Ascensión, exponiendo con textos sagrados que la redención de cautivos era cosa antigua, usada y loada por la Iglesia, y debía continuar cual se hacía, porque las obras pías destinadas al objeto no podían tener otra aplicación, careciendo el Rey, y aun el Papa, de potestad ordinaria para conmutarlas, y mucho más para crear escuadras con su importe, no siendo exacto, por otra parte, que en la redención sola se empleara la cantidad dicha de ducados, pues que estaba comprendido en ella el sostenimiento de los religiosos y de sus conventos [1].

Las razones tocaron á los escrúpulos de D. Felipe, por los que prevaleció la opinión de ser *detestables* las ideas del capitán; mas si el asunto se hubiera discutido no dejara de alegarse que la redención alimentaba un comercio, de que no sólo se aprovechaban los mahometanos. Tomáronse *in fraganti* navíos franceses ocupados en cautivar sobre la costa de Almería y Málaga pescadores que vendían en Argel con arreglo á convenio ajustado de antemano [2].

Para acabar con los viajes, precisa hacer indicación del de el infante cardenal D. Fernando, nombrado virrey de Cataluña en la jornada de la Corte, y sucesivamente gobernador de Milán. Partió de Barcelona el 18 de Abril de 1633 con 18 galeras de las escuadras de España, Sicilia y Génova, llevando consigo 4.000 infantes napolitanos y algunos jinetes, embarcando de tarde en el muelle sin salva ni otros honores por el luto de su hermano D. Carlos, el Príncipe de la mar, y por el sentimiento con que se alejaba de España. En Villafranca de Niza conferenció con Vitorio, duque de Saboya, cumpliendo instrucciones reservadas del Rey para pre-

[1] *Memorial del General de la orden de Descalzos de la Santísima Trinidad, Redención de cautivos, contra el arbitrio dado por el capitán Guillermo Garret sobre la creación de una escuadra de seis naves que guarden las costas que miran á Berbería y preserven estos reinos y sus habitantes del cautiverio de los moros, convirtiendo en el apresto y sustento desta escuadra lo que se gasta en redención de cautivos por medio de las órdenes de la Trinidad y Merced y diversas dotaciones. Pruébase con razones sacadas de divinas y humanas letras y sentencias de santos y otros autores graves, que el dicho arbitrio no sólo no es admisible, mas antes muy detestable.* Impreso s. a. n. l. en 17 fojas folio. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CVI, núm. 22.

[2] *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 120.

servarlo de los halagos de Francia; desembarcó en Génova despidiéndose del general de la escuadra, Duque de Fernandina [1].

Muchas relaciones de episodios de aquellos tiempos se conservan; en ninguna he visto, y creo por lo mismo conveniente que se note la falta de fundamento de la especie grave sentada por D. Modesto de Lafuente en su *Historia general de España* [2], repetida, como de costumbre, en la de D. Víctor Gebhardt [3], de que «una escuadra de 90 velas que, á costa de sacrificios, se armó y envió entre Holanda y Zelanda (1632), fué enteramente destrozada por los holandeses con toda la gente que iba en la tripulación; apresadas las más de las naos y el resto de ellas á pique». Precisamente en el año que se cita destruyeron los bajeles de Dunquerque las pesquerías holandesas é hicieron presas de consideración [4], y las escuadras reales, que no tuvieron destino en los mares del Norte, alcanzaron triunfos señalados, de que tratará el capítulo inmediato á éste.

[1] Miguel Parets, *De los muchos sucesos dignos de memoria ocurridos en Barcelona. Memorial Histórico Español*, t. xx, pág. 94, anotó la fecha con los pormenores del embarco. Novoa, después de exponer que el Infante fué separado de la corte porque estorbaba al Conde-Duque, celoso de cualquiera influencia, trató de la misión diplomática servida en este viaje, en que llevaba D. Fernando 27 galeras. En Amberes, año 1635, se publicó un libro, escrito por D. Diego de Aedo y Gallart, con título de *Viaje del infante cardenal D. Fernando de Austria desde* 1632 *á* 1634. Otra edición apareció en Madrid en 1637: *Viajes, sucesos y guerras del infante cardenal D. Fernando de Austria desde* 12 *de Abril de* 1632, *que salió de Madrid con S. M. don Felipe IV, su hermano, para la ciudad de Barcelona, hasta* 21 *de Septiembre de* 1636. Don Martín Fernández de Navarrete incluyó todavía en su *Colección de documentos*, t. II, núm. 16, una *Relación del viaje que hizo en los Estados de Flandes el Infante Cardenal*, con advertencia de haberla extractado de otra que vió inédita, relación que me indujo en error al redactar los *Viajes regios*, aplicando á D. Fernando asunto á que fué ajeno.

[2] Tomo XVI, pág. 100.

[3] Tomo V, pág. 442.

[4] Relaciones impresas.

VII.

MANCHA LAVADA.

1626-1634.

Perseverancia.—Crucero infructuoso de los holandeses.—Muerte de su Almirante.—Viaje borrascoso de las flotas.—Dispersión, naufragios, salvamento.—Otra campaña.—Descuido castigado.—Ríndense vergonzosamente los galeones de Nueva España.—Contraste notable con la defensa de las naos de Honduras.—Proceso.—Cargos y defensas.—Vindicta pública.—Muere en el patíbulo el General desgraciado.—Destierro del Almirante.—Apotegma severo.

GRAN virtud es la perseverancia, como en los individuos, en las naciones. Por enemiga no hemos de dejar sin loa la de Holanda, fiel á su programa de ofender á España en las colonias, á pesar del fracaso de las expediciones que envió al Brasil, al Perú, á las Antillas, á Guinea, y del destrozo que una y otra vez hicieron los temporales en sus escuadras antes que franquearan el Canal de la Mancha. Mediado el año 1626, navegaba otra vez por las Antillas Boduyn Henrique, el almirante rechazado en Puerto Rico, tratando de hallar compensación en las flotas, sueño plateado de todos los corsarios. Una embarcación cabotera de Cuba lo vió primeramente con 15 naves sobre el cabo de San Antonio. Pocos días después hubo aviso de su entrada en el puerto de Cabañas, contándole, á más de 15 naos gruesas, ocho menores. Allí tomó reses del campo, incendió un navío en construcción, y el 19 de Junio se puso á cruzar á corta distancia del puerto de la Habana.

Desde éste despachó el gobernador avisos á Veracruz, Cartagena y Puertobelo para que las flotas no salieran, y aró, por consiguiente, la mar, consumiendo los víveres sin provecho. Si se acercaba al Morro, le hacía desviar la artillería de largo alcance; si pretendía refrescos de la tierra, la caballería le obligaba á desistir, causándole bajas de prisioneros. Por éstos llegó á saberse que, muerto de enfermedad Boduyn, en desavenencia sus subalternos, se volvían á Holanda cual fueron [1].

Otras dos escuadras situadas en el Seno Mejicano y costa de la Florida con el mismo objeto no obtuvieron mejor resultado, porque, juntas las flotas en la Habana, emprendieron viaje el 15 de Agosto, con escolta de 13 galeones de la armada de Larraspuru; y aunque á poco dió con ellas la que regía Piet Heyn, compuesta de otras 13, entre ellas ocho de las mayores y más fuertes que por entonces flotaran en la mar [2], no se atrevió á cortar el camino al convoy conductor del tesoro.

Furioso temporal las combatió luego sobre las Bermudas, causando averías y desgracias en las naves, que corrieron en dispersión. En la capitana de Larraspuru partió el mástil un rayo, dando muerte á cuatro hombres; varios galeones quedaron desarbolados por completo; la almiranta de Nueva España y un patache se abrieron, yéndose á fondo, sin tiempo para sacarles más que 300 hombres; se ahogaron algunos, contando á los capitanes Baltasar de Torres y Andrés de Espino; falleció de fatiga Bernardino de Lugo, respetado tantas veces por las balas, y mil otras peripecias pasaron antes de volverse á reunir y contar, echando de menos á la almiranta de Honduras y un patache mercante, que, rezagados, cayeron en poder del enemigo.

Pasadas las Terceras se descubrieron en el horizonte velas sospechosas de que no acabaría el viaje sin batalla: eran las de la armada de D. Fadrique de Toledo, aguardando á las

[1] *Relación de cómo el olandès llegó á la-Abana, año* 1626.—Ms., Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. CIX, núm. 425.
[2] Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies.*



indianas, que dispararon saludándole. Juntas, en número de 90 naves, surgieron en Cádiz el 18 de Noviembre [1].

En lo sucesivo era preciso que las flotas tuvieran en poco los accidentes ordinarios [2] y navegaran en constante alarma si escolta respetable no tenían, como ocurrió el año 1628, en que los galeones se destinaron á dar auxilio al rey de Francia. Harto hubo que lamentarlo.

Salía del puerto de la Veracruz el general D. Juan de Benavides y Bazán, á 21 de Julio, guiando con cinco galeones de guerra á las 30 naves componentes de la flota de Nueva España [3]. Habiendo calmado el viento en el canal de San Juan de Ulúa, tuvieron que dar fondo y permanecer así toda la noche, durante la cual sobrevino un norte recio que obligó á la almiranta y otros buques á volver al puerto. Quedando sola la capitana, quiso hacer lo propio, y por descuido del timonel se separó del canal y varó, quedando imposibilitada para continuar el viaje. Se hizo preciso cortar los árboles y transbordar la plata, faena en que se perdió una fragata particular, nombrada *Larga*, y se emplearon diez y ocho días.

[1] Cuéntanse los accidentes de la azarosa navegación en romance impreso en Sevilla, con título de *Discurso de lo sucedido en este año 1626 en galeones y flota de Nueva España*, reproducido en mis *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 201. León Pinelo, en el *Registro del Consejo de Indias*, consignó fechas y nombres que sirven de comprobación: era general de la flota de Nueva España D. Lope de Hoces, y almirante D. Juan de Leoz; general de la flota de Tierra Firme D. Juan de la Cueva, y almirante Lorenzo de Zuazola; cabo de las naos de Honduras el capitán Lucas de Rojas. Refiere asimismo el viaje Céspedes y Meneses, agregando á las noticias anteriores la de que D. Fadrique salió á esperar las flotas con 34 galeones, cuatro pataches y 9.000 hombres de mar y guerra. El citado historiador holandés, Le Clerc, escribe que la almiranta de Honduras se rindió tras un combate de dos horas con cinco enemigos: su carga consistía en cochinilla y otros artículos valuados en un millón de francos: la del patache en 4.500 ducados.

El Rey envió á D. Fadrique de Toledo cédula muy expresiva de gracias con fecha 29 de Noviembre. *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.

[2] De éstos se encuentra curiosa noticia en las cartas de los religiosos pasajeros: son de nombrar la *Relación del viaje del hermano Cartagena á las Indias*. Ms., *Colección de Jesuitas*, t. LXXXV, núm. 54, y *Relación del viaje del P. Hernando de Padilla y sus compañeros desde Sevilla á Lima*. Ms., la misma *Colección*, t. CXXIX, núm. 77.

[3] Don Juan de Benavides, caballero de la orden de Santiago, natural de Úbeda, empezó á servir en galeones, y era entretenido en 1610; consiguió empleo de almirante de flota en 1615; de general en 1620, é hizo con fortuna varios viajes de ida y vuelta á Indias.

Volvió á dar vela la flota el 8 de Agosto, reducida á cuatro galeones y 11 naos mercantes, que montaban en total 175 cañones de bronce y 48 de hierro. El General no comunicó instrucciones particulares, ni celó gran cosa el orden y servicio militar: sobre ello se le hicieron cargos á su tiempo por acreditar falta de vigilancia el hecho de haberse mezclado con el convoy una urca holandesa, que navegó y se separó al día siguiente sin ser molestada, diciendo Benavides en descargo que hubiera sido inútil la persecución, y que además era axiomático «que los galeones de S. M. sólo son para transportar la plata, y aunque encuentren navío de enemigos han de seguir viaje y no hacer caso de ellos como no los quieran acometer».

Entre las escuadras salidas de Holanda cruzaban por el mar de las Antillas dos principales: la de Pedro Adrianse Ita, compuesta de seis naves grandes y tres pataches, y la de Piet Heyn, que ascendía á 29 galeones [1] armados con 623 piezas de artillería. Heyn dividió la suya en dos, confiando al vicealmirante Henry Lonk el cuidado de vigilar, como las otras, los caminos usuales de las flotas.

Antiguo corsario, vencido y prisionero en una de las correrías, fué sentenciado á galeras, sirviendo cuatro años al remo en las de España, tiempo que aprovechó en completar el conocimiento de nuestra lengua y costumbres. En cuanto se vió libre volvió á la carrera, y tanto se distinguió por la audacia y la fortuna, que la Compañía de las Indias lo ascendió al grado de almirante con mando de escuadra. No se atrevió, como dicho queda, á intentar acción contra las de Larraspuru y Hoces, que encontró dos veces en la campaña de 1626; se reconoció inferior en fuerza: ahora esperaba mejor suerte, porque más naves regía y por saber que las de armadas españolas no le habían de estorbar. Los corsarios sueltos, los contrabandistas y los salineros, que solían pasar de una centena, le servían con avisos de ocurrencias en la ex-

[1] Comparadas las relaciones españolas y las de los Paises Bajos, hay diferencias de 32 á 24.



tensa zona de operaciones. Los barcos de cabotaje capturados le hacían entender que había corrido la voz de su presencia y las flotas quedaban detenidas en espera de nuevo aviso, noticia que parecía confirmar la tardanza, casi encima el mes de Septiembre. No desistió, sin embargo, de su plan; lo que hizo fué separarse de las costas de Cuba, á distancia que no dominaran los vigías, y avanzar los pataches, uno el que se introdujo entre las naves de D. Juan de Benavides y le proporcionó seguridad de la aproximación.

Engañadas por los avisos de la maniobra, se dirigieron primeramente á la Habana las dos naos de Honduras, que mandaba D. Alvaro de la Cerda, navegando hasta verse cortadas y envueltas sobre el Mariel. No por ello dejaron de hacer lo que contra fuerza tan desproporcionada podían: prolongar la caza, forzar de vela, contando con que llegara la noche ó con atravesar la línea, alcanzando la protección de las baterías del Morro, y como fallaran todos los recursos, la nao de don Alvaro, desarbolada, muerta ó herida casi toda la gente por haber sufrido el fuego de nueve navíos enemigos, hubo de rendirse; la otra embarrancó cerca del castillo de la Punta, en la boca del puerto de la Habana [1].

Situados de nuevo los holandeses en su crucero, avanzó la flota de D. Juan de Benavides sin verlos hasta el 8 de Sep-

[1] Así lo refiere D. Jacobo de la Pezuela en su *Historia de la isla de Cuba*, t. II, página 45. Un papel coetáneo, Ms. de la *Colección de Jesuitas* en la Academia de la Historia, t. LXXV, núm. 50, titulado: *Relación de todo lo que nos sucedió desde que salimos de la Veracruz hasta llegar á la Habana con la flota de Nueva España, año* 1628, cuenta el suceso de modo distinto, expresando que ambas naos embarrancaron en la costa, á tres millas del puerto, después de combatir desde las siete de la mañana hasta el anochecer, el 1.° de Agosto. Pusieron fuego á la almiranta sus mismos tripulantes, y se propagó con tanta rapidez que algunos de ellos perecieron. También incendiaron á la capitana, pero en ella no murió tanta gente. Según Le Clerc, la escuadra de Adrianse Ita rindió á las dos naos y las apresó. Se grabó en Holanda, conmemorando el suceso, una medalla, que tenía en el anverso á las escuadras enemigas, con la leyenda: «*Filia Babil. Quasi Area Calcabitur Ab Aquilone Tempore Messis Ejus.—Ierem.* 55. *v.* 33 *et* 48.—*VI. Id. Sept. CIↃIↃCXXVIII.—Ausp. Foed. Regim. Belg. Societ. Ind. Occid. Ductu. P. P. Heyni Potita. Est. In. Et. Sub. Matanza, Sinn. Cuba. Ins. Regia. Classe. Argentea. Regni Novae. Hisp.*» En el reverso, el continente americano y la inscripción: «*Gentes Servient Ei Donec Veniat Tempus Quo Eadem Ab Ipso Servitutem Exigent. Ierem.* 27. *v.* 7.»



tiembre, día en que recaló sobre Matanzas. Allí, en dos escuadras, á toda vela llegaron los enemigos, poniéndose la una á barlovento, cerrando la otra el paso al puerto. El General dió cuenta de lo que entonces ordenó y se hizo [1], explanando más tarde, de conformidad, lo que importaba saber, de este modo:

«Había causado en la flota la proximidad de tantas naves enemigas natural inquietud y desasosiego, creciendo durante la caza. Don Juan reunió en la cámara á los oficiales en consejo, asistiendo dos oidores de la Audiencia de Méjico, que iban de pasaje, y oyó los pareceres, divididos en dos propuestas principales: pelear procurando la entrada en la Habana; llegar á la tierra más cercana y hacer desembarco de la plata. A éste se adhirió el General, porque la gente manifestaba á voces que era desesperada la resolución de combatir, y porque al mismo tiempo pensaba que entrando en el puerto de Matanzas oportunamente, como al anochecer cesa la virazón y reina el terral, no podría seguirle la escuadra holandesa y se enmararía hasta el día siguiente, disponiendo en la flota de toda la noche para arbitrar el medio de poner en salvo el tesoro. Los pilotos aseguraban ser fácil desembarcar la plata é internarla en el monte, dado el conocimiento práctico que tenían de la localidad, en aquel tiempo inhabitada y solitaria.

Esto decidido, hizo rumbo á Matanzas la capitana seguida de los demás navíos; embocó la bahía con el crepúsculo de la tarde, y á poco varó en un bajo ignorado; la almiranta que iba en pos quiso separarse ya tarde; varó á corta distancia por el costado, sucediendo lo mismo á los otros dos galeones, que quedaron abarloados en grupo, embarazándose la defensa, sin poder hacer fuego más que por las portas de popa ó de guarda timones, por donde efectivamente se disparó á los enemigos.

Aumentando con el accidente la confusión y desorden, so-

[1] Cartas de D. Juan de Benavides al Rey y á D.ª María de Benavides, su hermana, de la Habana á 7 de Octubre de 1628, Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XCII, fol. 63.



bre todo entre los pasajeros, publicó el General bando á són de caja poniendo pena de la vida al que tratara de salir de abordo; mas viendo que los navíos holandeses entraban y disponían las lanchas para el abordaje mudó de consejo, y ordenó echar la gente en tierra é incendiar los bajeles, como último recurso que pudiera salvar la plata. Él en persona comenzó la ejecución, poniendo en las chalupas 25 mosqueteros con sus oficiales, pólvora, pertrechos para construir y fortificar una barraca; pero la gente empezó á tirarse al agua, y al tercer viaje se negaron los marineros de las lanchas á volver abordo. Llamaban los oficiales al General, esperando que su autoridad restableciera la disciplina, y con tal propósito desembarcó, espada en mano, dejando preparada en la cámara de popa una mina y regada de pólvora la cubierta. Llegado á la playa, desoyeron su voz y mandato los hombres desmoralizados por el terror; y como abrigaba la convicción de que al entrar los asaltantes en la capitana se abrasarían, se fué con la chalupa río arriba con deseo de encontrar algún estanciero que corriera aviso al gobernador de la Habana.»

No es, como se ve, la relación suficiente para formar juicio de la escena de Matanzas, ni sería exacto el que se acomodara á las que en Holanda inspiró Piet Heyn exagerando la valía de la presa y la dificultad de conseguirla. Por una y otra parte se desfiguró la verdad; se publicaron datos inexactos de las naves, de la artillería, de la tripulación con que contaban las escuadras, y se procuró esencialmente obscurecer lo ocurrido en la noche del 8 de Septiembre. Los historiadores de Holanda y biógrafos del Almirante [1] han descrito un porfiado combate entre 24 naves que llevaba Heyn y 20 de Benavides. Hubo testigos españoles que, impresionados por

[1] Le Clerc consigna que Heyn atacó á las de Benavides en Matanzas y halló corta resistencia; tomó cuatro galeones nuevos y una nao; incendió los demás, sin perder en el combate y navegación más de 150 hombres. La presa se estimó en más de 11 millones de florines. Mr. Alfred de Lacaze (*Nouvelle Biographie générale.* Didot, París, 1861, t. XXIV, pág. 623) supone batalla entre 24 navíos holandeses y 20 españoles, acabando por la rendición y presa de 10 galeones en el acto y de ocho al día siguiente, ascendiendo el valor á 16 millones, sin decir de qué moneda.

el desastre, cargaron de sombras el cuadro, abultando la inercia, abandono é ineptitud de los jefes [1], y recientemente uno de nuestros historiadores [2] ha bosquejado pintura honorífica en que tres de los galeones trabaron desigual pelea con todos los holandeses, no por disputar un triunfo imposible, sino con objeto de asegurar los tesoros de la flota ganando tiempo para desembarcarlos, y después de recio lidiar y de repetidos abordajes se incendió la almiranta española y fueron apresados por Heyn dos. Benavides, con el tesoro y algunas naos que apenas habían tomado parte en el combate, logró entrar en Matanzas, aunque no librar á los buques ni á la plata, por haberle seguido de cerca el enemigo. En el combate murieron 300 hombres de los nuestros, contándose doble número de heridos, y de toda la flota no escaparon más de tres navíos que,.con el terral, cubiertos por las sombras de la noche, pudieron virar y refugiarse en el puerto de la Habana.

Por desgracia, la narración, escrita con puntillo nacional, se aparta mucho de la exactitud, que es la condición primera de la Historia. ¿A qué fin disimular un suceso triste habiendo para el que quiera conocerlos datos aclaratorios?

A la hora en que llegó la nueva á Madrid por conducto de los Países Bajos, «atormentó al reino, hizo temblar á los hombres de negocios y confundió el caudal de todos, poniendo en suma congoja á los más, no tanto por la falta que al Tesoro hiciera, como por la afrenta con que se engrosaban los enemigos para acabarnos de destruir» [3]. Por vez primera desde que las Indias se descubrieron y poblaron se perdía una flota, habiendo estado perpetuamente acechadas y perseguidas por todo el poder de Inglaterra y de Francia.

[1] Relación antes citada en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, tomo LXXV, núm. 50; otra de Alonso José Maldonado, *Colección Muñoz*, t. XCII, folio 63; una tercera anónima, *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 43; una cuarta titulada *Relación de la infame pérdida de la flota del año* 1628, *la cual dió en manos de los holandeses. Escribela un capitán de una de las naos perdidas, llamado Hernando Guerra á Esteban Blanqueto, en Sevilla.* Academia de la Historia, *Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 9.

[2] Don Jacobo de la Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*, t. II, pág. 46.

[3] Matías de Novoa.



Ordenada al punto información de las causas, se previno al Duque de Medina-Sidonia que en el momento de llegar á España el General y el Almirante derrotados, les hiciera prender y llevar sin comunicación á un castillo [1]. Vinieron con la flota de Tierra Firme, mejor gobernada por D. Tomás de Larraspuru, y detenida en Cartagena hasta tener certeza de hallarse el mar libre [2].

Se eligió por fiscal de la causa al Dr. D. Juan de Solorzano Pereira, del Consejo de S. M. en el Real de las Indias, Oidor que había sido en Lima, y, como tal, comisionado en la defensa de la costa contra la invasión del almirante L'Hermite. Pasaba por lumbrera del foro, y respondió á la expectación pública con escritos y conclusiones acomodadas al gusto literario en lo tocante á la copia de citas, más propias en parte al lucimiento de la erudición que al esclarecimiento de la materia; notables, sin embargo, y de enseñanza.

Ante todo averiguó que el almirante Heyn estuvo muchos días en Matanzas acomodando el botín; puso á flote los galeones; en ellos y otras cuatro naos de las mejores acumuló la carga de valor; inutilizó otras siete; salió con todas por el canal de Bahama, dando vuelta á su país en Noviembre. Recibido con el aplauso que es de suponer, obtuvo en galardón título de teniente almirante de Holanda. El valor de la plata y mercancías fué estimado en autos en 11.499.176 reales, y uniendo el de los 15 bajeles con artillería, se elevó la cifra á 4 millones de ducados de á 12 reales. Empezaron á seguida las deposiciones de testigos, cargos y defensas, apareciendo que el General no había observado las instrucciones ni las ordenanzas generales, pues que iban galeones y naos sobrecargados, con perjuicio del empleo de la artillería; que cubrían plazas de soldados familiares suyos y pasajeros; que no se pasó muestra ó revista en que hubiera aparecido el abuso; que no reunió el consejo de jefes para deliberar en el peligro; que ni antes ni después de entrar en Matanzas se

[1] Cédula dada á 27 de Marzo de 1629, *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[2] *Relación de los galeones del Perú, Aviendo tomado al enemigo la flota de Nueva España*, Ms. *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 44.



puso en defensa ni hizo resistencia alguna: antes ordenó que no se pelease, sino que saltara la gente en tierra y se quemaran los buques, con lo cual los que por sí habían tomado las armas las arrojaron; que la gente holandesa era de tan poco ánimo que, con estar la capitana abandonada, no se atrevía á entrarla, teniendo su Almirante que hacerla violencia.

Respecto al Almirante de la flota, D. Juan de Leoz [1], pareció que antes de entrar en Matanzas había preparado la nave para combate, arengando á los soldados y ofreciendo premios de su bolsillo á los más animosos, con lo cual se mostraron dispuestos á la pelea, conservando sus puestos después de la varada y disparando las piezas de los guarda-timones, por no ser posible otra cosa, hasta que, oyendo la orden de saltar á tierra y poner fuego á la nave, muchos se arrojaron al agua, otros tomaron las embarcaciones, y marchando en ellas, no quisieron volver ni á cuchilladas. Él no se fué por no tener dónde; no puso fuego al buque porque hubiera comprometido la vida de los que quedaban á bordo sin medios de desembarcar. Cuando abordó el enemigo, se hallaba en cubierta con la espada en la mano; como la resistencia con los elementos que tenía no hubiera conducido á otro resultado que á exasperar á los vencedores, se dió por rendido, y quitándose el hábito de Santiago para que no le distinguieran, se marchó con los marineros, y con ellos le pusieron en la playa.

Benavides no supo cómo responder á los cargos más graves, que eran los de no excusarle la fuerza mayor del enemigo, porque no debió salir de puerto sin tener la suficiente para resistirle y sin procurarse avisos de su situación, así como el haber abandonado la flota sin defenderla ni procurar el salvamento de una parte con sacrificio de otra.

Largas fueron las defensas, rebuscados los argumentos que llegaran al ánimo de los jueces [2]; no consiguieron, con todo,

[1] Don Juan de Leoz, caballero de Santiago, navarro, se condujo con valor y serenidad en el naufragio de su almiranta en el golfo, el año 1626, salvando casi toda la gente.

[2] *Resumen del memorial principal que se ha dado á los señores de la Junta que conocen del pleito que por el señor Fiscal del Real Consejo de las Indias se ha movido contra el general D. Juan de Benavides Bazán y D. Juan de Leoz, Almirante de la flota de*

contrarrestar al severo alegato del fiscal [1] con que la opinión pública simpatizaba. Dividido en capítulos, desarrollaba en los dos úl.imos estas tremendas tesis:

«Que aunque totalmente se hallaran sin culpa (los acusados), pudieran ser castigados por el ejemplo y como expiación de tan gran desventura.

»Que semejantes delitos no admiten misericordia y se han de castigar duramente.»

Concluía pidiendo á los jueces que decidieran con gran ánimo, y volviendo por la reputación de la Monarquía, dieran satisfacción á cuantos esperaban su sentencia.

Como se les pedía, juzgaron: D. Juan de Benavides, preso cinco años en el castillo de Carmona, desde que arribó á Sanlúcar, fué sentenciado á muerte, trasladándole sigilosamente á Sevilla á fin de que la recibiera á vista de los mareantes, que oyeron el pregón del verdugo, diciendo: *Esta es la justicia que el Rey nuestro señor y sus Reales Consejos mandan hacer á este hombre por el descuido que tuvo en la pérdida de la flota de Nueva España, que tomó el enemigo el año pasado de* 1628. *¡Quien tal hizo, que tal pague* [2]*!*

Nueva España, que se perdió en el puerto de Matanzas.—Impreso en 20 hojas, folio s. a. n. l., Biblioteca Nacional, H. 62, folio 294.

Por D. Juan de Leoz, Caballero de la Orden de Santiago, Almirante, que fué, de la flota de Nueva España, el año pasado de 1628, *con el Sr. Fiscal D. Juan de Solórzano Pereira, del Consejo Real de las Indias, que por mandado de S. M. lo es en este pleito, sobre los cargos que al dicho Almirante se le hacen, en razón de la pérdida de la dicha flota.*—Impreso en 20 hojas folio, s. a. n. l., Biblioteca Nacional, H. 62, folio 314 Firma, El Marqués de Cisneros.

1 *Discurso y alegación en derecho sobre la culpa que resulta contra el general D. Juan de Benavides Bazán, el almirante D. Juan de Leoz, ambos Caballeros de la Orden de Santiago, y otros consortes, en razón de haber desamparado la flota de su cargo, que venia, el año* 1628, *á estos reinos, de la provincia de Nueva España, dejándola sin hacer defensa ni resistencia alguna, en manos del cossario holandès en el puerto y bahia de Matanzas, donde se apoderó de ella y su tesoro. Por el Dr. D. Juan de Solórzano Pereira, del Consejo de S. M. en el Real de las Indias, que por su mandado hace oficio de fiscal en él.* Año MDCXXXI. Inserta en la colección de *Obras varias póstumas* del mismo autor, publicadas en Zaragoza por los herederos de Dormer, año 1676.

2 *Relación del suceso de D. Juan de Benavides, General de la flota de Nueva España, de que se apoderaron los Olandeses en el puerto de Matanzas el dia* 8 *de Septiembre de* 1628, *y de su prisión y muerte en Sevilla, que se executó Jueves* 18 *de Mayo de* 1634. *Colección Navarrete,* t. XXIV, núm. 24. He narrado el suplicio en las *Disquisiciones náuticas,* t. II, pág. 285.



El almirante Leoz, que mandando en jefe quizá procediera como hacían esperar sus antecedentes, cargó con parte de las culpas ajenas. Sufrió el mismo tiempo de prisión, «tan apretada y estrecha, sin comunicación de persona; con tan extrema necesidad, que no tenía más remedio que el de la limosna que le daban, corta y miserable», y acabado el proceso, mandáronle al Peñón de Africa, donde finó sin lugar de rehabilitarse.

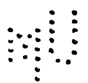
¡Ay de los vencidos!, se ha dicho siempre. La opinión no se satisface sin vindicta; pero si, impresionable y atropellada muchas veces desconoce á la justicia, por rareza deja de distinguir entre el vencimiento fatal que la agobia y el vencimiento vergonzoso que la mancha. Esta vez, conforme en todo con el apotegma de Solórzano Pereira, llorando á vista del anciano ajusticiado, proclamaba ser ejemplo para aquellos que pudiendo sacrificar la vida al valor y al aliento de soldado, no la rindan á la vileza y descrédito de la cobardía y prefieran morir al estrago honroso del plomo y de la pólvora antes que abatirse á la villanía del cadalso y del cuchillo [1].

Que tales ejecuciones sean necesarias, no diré yo; que en todos tiempos y naciones se han considerado de provecho al pundonor militar, sí. Van de Sande, historiador holandés, cuenta, entre los sucesos de la época (1627), la decapitación del capitán Bagwyn, en Roterdam, por haber abandonado sin resistencia á los españoles su navío, que era uno de los más fuertes del país.

[1] Matías de Novoa.



Medalla acuñada en Holanda en memoria de la captura de la flota española en Matanzas.



VIII.

ANTILLAS.

1629-1634.

Ocupan los holandeses las islas pequeñas deshabitadas.— Hacen otro tanto ingleses y franceses.—Piratean.—Don Fadrique de Toledo los destruye en las islas de Nieves y San Cristóbal.—Benito Arias Montano en la Tortuga.—El Marqués de Cadereyta en la de San Martín.—Ellos saquean á Campeche y ocupan otras islas.—En la de Santa Cruz los castiga el gobernador de Puerto Rico.

Sólo faltaba al Holandés la dicha de hacer presa en lo que tanto, por tanto tiempo, con tanto desvelo persiguió, para exaltar el orgullo con que combatía á su antiguo amo y señor, habiéndole desalojado paso á paso de las marismas septentrionales, insultándole en la propia casa y ofendídole en los confines más largos de los dominios castellanos. Decir el júbilo con que vió desembarcar las barras y lingotes de las minas mejicanas; bosquejar la impresión con que los accionistas de la Compañía de las Indias recibieron dividendo impensado, no ocurrió á Teniers, Proteo de la pintura de género, quizá porque en realidad la tradujo el desenvolvimiento de la vida asombrosa del pueblo. Cumplíase uno de los fundamentos de su cálculo político: hostilizar al monarca de España, sostener la guerra contra el campeón del catolicismo, valiéndose de los recursos que constituían el nervio de la Monarquía.

Pronto tuvo la savia adquirida empleo en reforzar las na-

ves destinadas en las Antillas á dañar el comercio español unas; á hacerlo de contrabando otras, cambiando piezas de tejido de hilo por cueros y tabaco; á buscar donde lo hubiera el artículo indispensable á las conservas de las pesquerías, la sal, que en Araya no podían cargar; á establecer en las islas pequeñas deshabitadas careneros, depósitos, estaciones, ladroneras que para todo lo demás servían.

Sucesivamente ocuparon á la de Fonseca, que está en el paralelo de la Dominica; á la de Tabago, cercana de Trinidad; á la de Curasao, de más importancia, dándose la mano con ingleses, que para el ataque del enemigo común siempre estaban dispuestos. Éstos no se descuidaban en lo que les podía importar: tenían ocupada la de Barbada con 1.700 hombres, que regía el Conde Carlí, escocés, con título de gobernador por el Rey de Inglaterra; la de San Andrés, en el meridiano de Portobelo, y algunas más, pasando de 80 las naves que mantenían á la vela; y habiendo abandonado el incierto crucero de las Terceras, visto el éxito de Piet Heyn al establecerlo en las inmediaciones del punto de partida definitiva de las flotas cargadas, esto es, el puerto de la Habana, proyectaban ataque simultáneo á las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, contando con establecerse sólidamente en la de Jamaica, en la creencia de que no había de resistirles [1].

Menos aprovechados los franceses que los de las otras naciones, empezaban, sin embargo, á imitarlos, siendo la iniciativa de un Mr. d'Enambuc, corsario, que, maltratado por los cruceros españoles, se refugió en la isla de San Cristóbal, donde otro inglés, el capitán Waernard, se vió en el mismo caso. Uno y otro informaron á los respectivos Gobiernos de la utilidad que podría reportar, situada como estaba en la cadena de las pequeñas Antillas, próxima á Puerto Rico, y ambos consiguieron la formación de Compañías explotadoras, la francesa, autorizada por el ministro Richelieu en 31 de

[1] Academia de la Historia, León Pinelo, *Registro del Consejo de Indias*, folios 19 vuelto y 220 vto.



Octubre de 1616 para fundar colonias en el lugar que mejor la pareciera, desde 11 á 18 grados de latitud Norte, y singularmente en las islas de San Cristóbal y la Barbada, *que se hallan á la entrada del Perú* [1].

En virtud de carta patente salió del Havre el mencionado d'Enambuc con tres naves y 500 hombres en 1627, casi al mismo tiempo que lo hacía de Inglaterra Waernard con otra tanta gente. Al ocupar el terreno hicieron deslinde de las dos colonias en escritura ó tratado formal; mas habiendo pasado trabajos y miserias que consumieron á los más de los pobladores, llegó á los franceses un importante refuerzo, con el que se impusieron á sus vecinos por las armas, y así como éstos habían ocupado la islilla de Nieves, al Sur, hiciéronlo ellos de la de San Eustaquio, al Norte, fortificándose.

Con estos antecedentes, haciendo bueno el proverbio conocido de que nace el aviso del escarmiento, salieron de Sanlúcar las flotas del año 1629 guardadas por D. Fadrique de Toledo con 17 galeones fuertes, yendo á sus órdenes por almirante real D. Antonio de Oquendo, y general de la flota D. Martín de Vallecilla. Abiertos en la mar los pliegos de instrucciones, se halló mandato de desalojar á los enemigos apoderados de las Antillas menores, para lo que comenzaron á aprestarse, estudiando las escasas noticias hidrográficas que de las islas se tenían.

Entre las Canarias se avistaron ocho velas sospechosas, á las que dió caza uno de los galeones de la vanguardia, metiéndose entre ellas y recibiendo mucho daño por no poderle socorrer las otras. Las enemigas desaparecieron por barlovento, y súpose, andando el tiempo, que habían capturado un navío pequeño de la flota.

Recaló la armada de improviso sobre la isla de Nieves el 17 de Septiembre, yendo á vanguardia D. Martín de Vallecilla con cuatro galeones, y sorprendió en el puerto á 10 navíos de corsarios que intentaron huir, si bien sólo dos lo

[1] *Histoire générale des Antilles habitées par les françois*, par le R. P. du Tertre. Paris, 1667.

consiguieron, metiéndose entre los bajos; á los otros dió caza la armada hasta tomarlos á fuerza de armas.

De los destacados á reconocer, el galeón *Jesús María*, que mandaba el capitán Tiburcio Redín, varó á tiro de arcabuz de un fuertecillo con dos piezas, que aprovechaba todos sus disparos, y mal lo pasara el bajel á no acudir Oquendo, tendiendo un ancla por la popa primero, y saltando en tierra después con su gente, á la que los del fuerte no esperaron: con pérdida de 22 hombres huyeron al bosque, dejándoselo.

El día siguiente, 18, parlamentaron los ocupantes de la isla, que eran ingleses, é hicieron entrega de cuanto tenían. El fuerte se desmanteló; se incendiaron los almacenes de tabaco; se puso á flote el galeón, acordando los generales en Consejo continuar la jornada á la isla próxima de San Cristóbal, donde, según las noticias adquiridas, vivían, como dicho está, ingleses y franceses, teniendo los primeros en la parte del Sur un fuerte bien situado, de nombre *Charles*, dominando el fondeadero con 22 piezas de hierro y 9 pedreros; la guarnición de 1.600 hombres. Otros dos fuertes poseían los franceses: el uno á 9 millas del de *Charles*, que llamaban *Basse terre*, con 11 piezas; el segundo á la otra banda del Norte, en sitio inaccesible á las naves grandes. Tocaron la dificultad de la empresa sobre costa brava, sin conocimiento de los fondos, al descargar una turbonada, bajo la que garraron y se vieron en mucho peligro los galeones.

Habiendo reconocido los parajes en que se pudiera desembarcar, aunque estaban defendidos con trinchera, acometieron las compañías, trabando escaramuza, en que murió el gobernador del fuerte, causando la pérdida desmoralización en los defensores, que huyeron al bosque, abandonándolo. Una parte de nuestra gente siguió el alcance, ocupándose la mayor en destruir las fortificaciones, y en el tiempo en que trabajaba solicitaron capitulación los ingleses, aceptando las condiciones duras que les concedía D. Fadrique. De resultas se inventariaron 129 cañones, 42 pedreros, 1.350 armas de fuego portátiles, con abundancia de municiones. Para con-

cluir, el tercer fuerte de los franceses, llamado de *Richelieu*, se entregó del mismo modo, aumentando con 14 piezas la artillería ganada en tierra y mar. A los 2.300 prisioneros de las dos islas se facilitaron seis navíos y las raciones proporcionadas para el viaje á Inglaterra y Francia, á condición de abonar el valor, asegurado con rehenes.

Todo esto se hizo en diez y siete días. El 4 de Octubre continuaron armada y flotas el viaje á Portobelo y la Habana á recoger el tesoro, con el cual volvieron felizmente á Sanlúcar y Cádiz en 1.º de Agosto de 1630, faltando trece días para cumplir el año desde su salida.

Venía D. Fadrique satisfecho de su jornada, y no era para menos, deshechos, en su creencia, dos nidos de piratas y trayendo, á más de los caudales, una compensación en las vicisitudes de la guerra, alcanzada en corto espacio, con pérdida que no llegó á 100 hombres [1], y buen correctivo á la impresión que produjera la última agresión holandesa de Santa Marta.

Veinte de sus navíos habían entrado en el puerto el 16 de Febrero; batieron el fuerte descabalgando las cuatro piezas de su defensa; echaron en tierra cosa de 1.000 hombres; se apoderaron de la ciudad sin resistencia; la saquearon y destruyeron, marchando á los ocho días con el botín [2].

[1] Conforma la relación con la esencia de las cartas oficiales de D. Fadrique de Toledo y D. Antonio de Oquendo, copiadas en la *Colección Navarrete*, t. XXXVIII: en Sevilla, Barcelona y Valladolid se imprimieron, con licencia de la autoridad, relaciones, cuyos títulos constan en el Apéndice, y difieren mucho. Una nombra á la isla San Lorenzo y otra San Cristóbal: en la primera se afirma que había guarnición de holandeses y que resistieron hasta ser tomado el fuerte por asalto, en cuyo momento se voló el gobernador sobre un barril de pólvora. Consignan las cifras fantásticas de 7.000 muertos enemigos y 1.000 de nuestra parte, sin contar los heridos, entre los cuales ponen á D. Fadrique, alcanzado en un brazo por bala de arcabuz. Del viaje de vuelta hay relación complementaria, de escaso interés, en *Carta del P. Diego de Molina dando cuenta de la venida de la armada de D. Fadrique de Toledo y Flota de Nueva España, y lo ocurrido en el viaje. Colección de Jesuitas*, tomo CLXIX, núm. 6. Otra, disparatada, tiene por título *Relación de los progresos que hizo el Sr. D. Fadrique de Toledo, general de la armada del mar Océano, año* 1629. Academia de la Historia, *Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 10.

[2] *Cartas del Gobernador de Santa Marta, D. Jerónimo de Quero. Colección Navarrete*, t. XXXVIII.

El resultado de la expedición de D. Fadrique no alcanzó, sin embargo, la importancia que se le atribuía en España, porque ingleses y franceses, burlándose de las capitulaciones firmadas, se volvieron á las viviendas de San Cristóbal tan pronto como la armada se desvió de allí, habiéndose esparcido además los segundos por las islas inmediatas de la Antigua, Anguila, San Bartolomé y Monserrate [1].

Dos viajes de ida y vuelta hizo posteriormente el afortunado general Larraspuru (1629-1630, 1631-1632), burlando á los enemigos con derrotas desusadas por entre Caicos y Mayaguana, mientras ellos surcaban la mar esperándole sobre el cabo de San Antonio [2], teniendo igual estrella Oquendo [3].

En el intermedio acometió acción arrojada el capitán Benito Arias Montano, teniendo hecho reconocimiento de la isla Tortuga, al Este de la Guaira, una de las que servían á los holandeses para proveerse de sal, á cuyo fin habían construído muelles y artefactos. A 10 de Julio de 1631 se llegó á la playa con seis piraguas en que había esquifado á 40 españoles y 117 indios; estuvo oculto durante el día preparando el ataque por sorpresa á dos naos allí surtas. La mayor, que era de 600 toneladas, armada con 20 cañones, viéndose en apuro picó los cables y dió la vela, sin valerle el recurso; abordáronla veloces las piraguas rindiéndola, muerto el capitán, el piloto y el condestable. La otra nao, de 300 toneladas y seis piezas, sucumbió después. Con ambas regresó á la Guaira Arias Montano el 16 de Julio [4].

No salieron flotas de España el año 1632: el Consejo de Indias tenía decidido que la armada de galeones no se limitara á escoltarlas, sino que, aprovechando el viaje, deshiciera alguna de las guaridas de corsarios, la de la isla de San Martín por principio, experimentado el mal que desde ella causaban; y al efecto se hizo mayor apresto del ordinario en Cádiz, juntando las escuadras de D. Lope de Hoces y don

[1] Du Tertre.
[2] León Pinelo, registro citado, fol. 19 vto.
[3] Carta de D. Antonio de Oquendo, 1632. *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 37.
[4] Relación impresa.

Nicolás de Masibradi á la de D. Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cadereyta, general en jefe, y reforzándolas con cuatro urcas suecas que se embargaron en Sanlúcar y otra en Sevilla. Pusiéronse á la vela el 12 de Mayo de 1633, componiendo suma de 55 navíos, los 24 de guerra, y con el Estado Mayor de las flotas de Nueva España, Tierra Firme y Honduras, agregado de generales y almirantes de D. Carlos Ibarra, D. Miguel Redín, D. Francisco Díaz Pimienta, D. Juan de Vega Bazán, D. Luis Fernández de Córdoba y D. Luis de Aguilar y Manuel. Como novedad acompañaban á la escuadra cinco *barcos luengos falcados*, especie de reciente invención, que se gobernaba á remo y vela.

Recalando sin notable ocurrencia sobre la isla de San Bartolomé el 22 de Junio, viéronse en el surgidero seis navíos desaparejados, de los cuales cinco echaron arriba los masteleros, envergaron y se largaron á la mar, hecho que no acredita de vigilancia ni de diligencia á los nuestros, escudados con la alegación de no tener prácticos. Una urca pequeña sin gente ocuparon por haberla dejado abandonada los corsarios. Debieron éstos de llevar noticia de la aparición, pues el 24 de Junio, día en que llegó la armada á San Martín, estaban allí apercibidos.

Verificado reconocimiento se vió una buena fortaleza con 22 piezas dominando el fondeadero y en disposición de difícil ataque; el consejo de generales acordó, no obstante, emprender la expugnación sin retardo, intimando previamente la rendición y entrega del fuerte con parlamento, de que fué encargado D. Benito Arias Montano, nombrado Gobernador de Araya, y el ayudante Candelas, conocedor de la lengua flamenca.

Recibió el gobernador del fuerte á la embajada con suma cortesía, obsequiando á los que la componían y proponiéndoles brindis por la salud del Rey de España, tras el cual manifestó resolución de cumplir los deberes militares, defendiéndose hasta el último trance [1].

[1] Las cartas cambiadas eran de esta guisa:

Por lo que pudieron observar los parlamentarios y les comunicó un conocido que hallaron en el fuerte, constaba su guarnición de 150 soldados europeos y 40 negros.

Regresando á bordo con la respuesta, ordenó el General que las naos de las flotas se desviaran fuera de tiro de cañón, y con los galeones se fué derecho al ataque, rompiendo fuego vivo, que fué contestado desde el castillo, causándonos siete bajas. En tanto reconocían las lanchas el sitio mejor para desembarcar, y lo hicieron 1.300 hombres con dos piezas de campaña al mando de D. Lope de Hoces [1], que llevaba por maese de campo á D. Luis de Rojas.

Caminó esta gente á buscar la espalda de la fortificación, abriéndose paso, por selva impenetrable, con grandísimo trabajo, calor y sed, de que murieron 16 hombres. Hallaron además que impedían el acceso por aquella parte terrenos pantanosos en que se hundían los soldados, teniendo que rodear mucho para sentar el pie. Sufrieron después fuego de artillería y mosquetes, resultando herido de la primera don Lope en un brazo, de que quedó manco. No obstante, siguió el ataque, emplazadas las dos piezas de campaña.

«El Marqués de Cadereyta, del Consejo de Su Magestad, su mayordomo, y Capitán general desta su armada y ejército.

»El Rey nuestro señor, Felipe Cuarto de las Españas, que Dios guarde, me envía con esta armada para desalojar la gente que está en su isla y puerto de San Martín. De parte suya y de la mía digo, que Vuesas mercedes vean lo que les conviene hacer, antes que eche gente en tierra y me obliguen á disparar un arcabuz, pues en tal caso usaré del rigor que se debe usar con los que pierden el respeto á las armas y estandarte de Su Magestad. Dios guarde á Vuesas mercedes. Desta Capitana real á 24 de Junio de 1633 años, día de Señor San Juan.—El Marqués de Cadereyta.»

«Reverendissime Domine Governator.

»Senatus Insulæ Sancti Martini, literas accipere, earumque argumentum intelligere, quad atinet conditiones Guvernator noster neque Senatus eas accipere potuere. Sed ad, extremum usque in finem Domino dominatoris ordinibus Principis auctoritate et dominis nostris plurimum collendis fidelissimi erimus nihil ominus tamem Reverendissimo Guvernatori summas agimus gratias quod placuerit nobis ofere conditiones illas raptim. In Insula Sancti Martini xxiiij Iunij. Anno 1633.—Lambert Franchrisperi.»

[1] Don Lope de Hoces y Córdoba, de quien se ha hecho mérito en el capítulo precedente, era noble caballero de la ciudad de su segundo apellido, hombre de mar, de tesón y de experiencia. Mandó flotas de Indias con cargo de general desde 1619, é hizo varios viajes de ida y vuelta con felicidad, siendo muy loado por el de 1626, tormentoso y con la escuadra de Heyn á la vista.



Durante la noche apresaron los bateles de la escuadra uno con 10 holandeses que intentaban entrar en el fuerte, viniendo de otra isla próxima á estimular la defensa. De los prisioneros se obtuvieron noticias importantes; había en San Cristóbal 400 ingleses y franceses amparados con tres fuertes, y tenían en el puerto seis navíos cargados de sal y de tabaco en disposición de dar la vela; ofrecían socorrer á los de San Martín y correr aviso á los cruceros, de los que pronto acudirían algunos, pues que había en el mar de las Antillas sobre 100 navíos, 30 ó 40 de ellos de gran fuerza.

Otro día se desembarcaron cuatro piezas gruesas de batir, emplazándolas y adelantando las trincheras con gran serenidad de los soldados, aunque con la merma natural, siendo muy sensible la pérdida de un sobrino del Marqués de Santa Cruz, llamado Espinosa, que á cuerpo descubierto fué á reconocer lugar para el asalto.

Todo preparado, á los ocho días, esto es, el 1.º de Julio, arboló bandera blanca el fuerte, enviando tambor con proposición de entrega bajo las condiciones más ventajosas de la guerra; el Marqués no acordó más que la de salir libres con la ropa puesta, conservando la espada el Gobernador.

Quedaban vivos 62 holandeses y 15 negros; el jefe, mal herido, cumplió la palabra de resistir cuanto pudiera.

Celebróse consejo para decidir si convendría destruir la fortaleza ó conservarla, y habiendo reconocido cuidadosamente las condiciones de la posición, excelente abrigo de corsarios, se determinó lo último, cortando el terreno y abriendo canal de comunicación entre los dos puertos que tiene la isla á uno y otro lado; mejorando la defensa y artillándola con cuatro piezas de á 24 libras de bala, cuatro medias culebrinas de á 18 y cinco cañones de 12 y 10 sobre los que tenían los vencidos. De guarnición se pusieron 250 soldados á las órdenes del capitán D. Cebrián de Lizarazu, caballero de Santiago, con lo cual continuó armada y flota su viaje á Nueva España [1].

[1] A más de las noticias impresas que se mencionan en el Apéndice, existen:



Por conceptos ajenos á la guerra dejó que sentir la expedición de Cadereyta, habiendo empezado con naufragio de 11 naos de la flota en la bahía de Cádiz, antes de salir, ocasionados por tormenta [1], y naufragando antes de volver la almiranta con dos naos más en los bajos de Matacumbe [2]; tributo al Océano de que á cada paso había que dar cuenta. Aun estaba fresca en la memoria la impresión dolorosa del bajel en que iba á posesionarse del gobierno de Santiago de Cuba el almirante Juan de Acevedo, hundido en el agua después de bizarro combate con el enemigo [3]. Aun no se había olvidado el triste sino del general Miguel de Chazarreta y sus acompañantes [4].

Volviendo al anterior terreno, vengaron los bátavos el escozor sentido con lo de San Martín, saqueando á Campeche con ayuda de ingleses y franceses, corsarios. Reunieron tres naos grandes con siete menores y desembarcaron 500 hombres [5]. A seguida, cebados como estaban en la piratería, fueron estableciéndose, á la vez que en la isla de Curasao, en las

Relación de lo sucedido desde 12 de Marzo que los galeones, flotas y armadas de refuerzo salieron de la bahía de Cádiz en seguimiento de la isla de San Martín. Ms. en 6 hojas, *Academia de la Historia, Colección de Jesuitas*, t. CXXXII, núm. 46.

Relación del viaje que hace esta armada real de la guarda de la carrera de las Indias con ambas flotas y once bajeles de refuerzo á cargo de D. Lope de Hoces, todo al del Marqués de Cadereyta. Ms. *Dirección de Hidrografía, Colección Navarrete*, t. II, número 15.

Descripción del puerto y salina de la isla de San Martín de que estaba apoderado el inglés, hecha por los pilotos Alonso García Carmeno y Antonio Alvarez Curado. Ms. *Colección Navarrete*, t. XXIX, núm. 8.

Era D. Lope Díaz de Armendáriz uno de los más antiguos generales de flotas, mandándolas con acierto desde 1606. Le concedió título de Marqués de Cadereyta el rey Felipe III.

[1] Matías de Novoa.

[2] Céspedes y Meneses.

[3] Año 1631. Don Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico de la isla de Cuba*, tomo I, pág. 2.

[4] *Relación verdadera de lo que subcedió en la capitana del general Miguel de Chazarreta, hecha por un religioso de la Orden de San Juan de Dios.* Ms. *Colección de Jesuitas*, t. CXIV, fol. 646.

[5] Fray Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*. Le Clerc atribuye el hecho al almirante Janssen de Hoorn, que había ido á Indias con cuatro naves y algunos pataches, consignando que la plaza saqueada fué la de Trujillo, tras la cual pasó á la de Campeche, pero en ésta fué rechazado. Ambos autores convienen en el año, 1633.

de Aruba y Bonaire, sobre la costa de Venezuela, en la Antigua, Saba, Santa Cruz y otra de las Caribes, causando tales daños con su vecindad á las de Santo Domingo y Puerto Rico, que por remedio y defensa organizó el gobernador de ésta una expedición dirigida á la de Santa Cruz, de donde arrojó á los ocupantes ingleses, pasando muchos á cuchillo [1].

[1] Fray Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia de Puerto Rico,* cap. XVIII. Matías de Novoa anota que en esta expedición tomó el gobernador de Puerto Rico, Brochero, 13 urcas holandesas de á 500 toneladas cada una. Libro II, pág. 369. Paréceme dato exagerado.

IX.

BRASIL.

1627-1640.

Exploraciones de los holandeses.—Se apoderan de Pernambuco.—Avanzan por la costa.—Oquendo derrota su escuadra.—Socorre á las plazas.—Lleva otro auxilio D. Lope de Hoces.—Combates indecisos.—El conde Mauricio de Nassau derrotado en el sitio de San Salvador.—Pérdidas enormes que tienen en la guerra. —Adelantan, sin embargo, en la ocupación del país.—Expedición de D. Fernando Mascarenhas.—Cuatro días de batalla.—Táctica holandesa.—Ceden los españoles.

Piet Hein, captivante en Matanzas de la flota de D. Juan de Benavides, tenía cumplidos anteriores servicios que le hicieron merecer el título de teniente de almirante general de Holanda, otorgado por la gratitud nacional. En 1627 había apresado en la bahía de Todos Santos otra flota portuguesa cargada de azúcar y tabaco, con pérdida de dos de sus navíos, á tiempo que reconocía la costa del Brasil, objeto de atención solícita de la Compañía de las Indias. Quizá hubiera sido allá destinado de nuevo á no morir en el Canal de la Mancha (1629) combatiendo con nuestra escuadra de Dunquerque [1], porque, sin que muchos días transcurrieran, el que había sido su vicealmirante, Henri Lonk, recibió poderes é instrucciones para hacer jornada.

[1] Le Clerc.

Precedióle Dirk Symons, con navíos ligeros, á reconocer los puertos, y segunda escuadra fué á las islas de Cabo Verde, se apoderó de la villa de Praya y comenzó á fortificarla como escala muy apropiada á las futuras correrías, que lo fuera sin la llegada oportuna de carabelas portuguesas reforzadas que dieron cuenta de los invasores, tomándoles los navíos, artillería y pertrechos y destruyendo lo que tenían fabricado [1]. Satisfacción efímera de los isleños; muy luego (12 de Enero de 1630) ancló en Santiago una nave con bandera francesa, y otras y otras fueron llegando á la deshilada hasta reunirse 64, componentes de la armada de Lonk, que llevaba 8.000 hombres de mar y guerra [2].

Parte de esta armada fué la que alcanzó sobre Canarias don Fadrique de Toledo al dirigirse á las Antillas, y á la que dió caza el almirante D. Francisco de Vallecilla. Iba propalando intenciones de acometer á Cartagena de Indias, mas en Madrid no se ignoraba su destino, y con tiempo se despachó al Brasil, con título de gobernador general, á D. Matías de Alburquerque, que pudo llegar á Pernambuco cuarenta días antes, no pocos si cumpliera la instrucción de fortificar con urgencia el puerto.

Acaso un enemigo personal ó subordinado descontento escribió relación, contando gastó el tiempo en fiestas y bravatas, y aturdido, si no acobardado, se salió de la ciudad dejándosela sin oposición á los holandeses [3]; hay diario de operaciones muy circunstanciado que, por lo contrario, elogia altamente el comportamiento del Gobernador.

Cierto que lo escribía un hermano suyo, y que, habiendo llegado al Brasil más de un año después de las primeras ocurrencias, no hace fe el testimonio; mas como quiera que se

[1] Relación impresa. Año 1629.

[2] *Relación de la armada de Olanda que embió á Su Magestad el gobernador de las islas de Cabo Verde, Juan Pereira Corte Real.* Ms. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas,* t. XXVIII, núm. 5. Observó que la capitana de Lonk tenía 58 cañones, y que llevaba á bordo varios judíos del Brasil, confidentes. Le Clerc expresa que iba por vicealmirante Ita y por contraalmirante van Trappe.

[3] Documentos manuscritos en la *Colección Navarrete,* t. VI, núm. 46.



dió el Rey por bien servido y premió á su lugarteniente [1], razones tendría. Del diario son, pues, los datos aprovechados en lo que á nuestro asunto afecta [2].

El 14 de Febrero de 1630 se presentaron á vista de Pernambuco 67 naves grandes, que atacaron desde luego á las baterías del puerto y echaron en tierra 4.000 infantes por un lado, 2.000 por otro, avanzando hacia la villa, en que entraron, recibiéndoles unas 20 personas que dentro quedaban. En el acto mandó incendiar el gobernador Alburquerque la otra villa inmediata de Arrecife y las naos surtas en el puerto, con lo que privó al enemigo de un botín que subiera á cuatro millones, y organizó el bloqueo por el interior.

Once días después llegaron otras ocho naos holandesas con provisiones y material. Dedicáronse á poner la plaza en estado de defensa y á procurarse recursos del país, sin lograr lo último por las emboscadas que por todos lados había. Las naves, como dueñas del mar, corrieron la costa, procurando apresar ó destruir las del país, al paso que sondaban y reconocían los puertos y canales. Con esta previa operación emprendieron la conquista de la isla Itamaracá, sacando de Arrecife ú Olinda 20 naves, 20 lanchones y 2.000 infantes. Conseguida, no sin dificultad, en Mayo de 1631, el almirante Lonk preparó su regreso á Holanda con la armada, haciendo el viaje por las Antillas con objeto de cargar sal. Vino á relevarle Pater, almirante veterano de la India Oriental [3], el que saqueó á Santa Marta, con 20 naves y 3.500 soldados de refuerzo.

A todo esto se habían hecho aprestos en Lisboa á fin de organizar armada reuniendo lo que hubiera en los puertos: galeones, naos, galeoncetes, urcas, pataches, carabelas, que

[1] Real cédula dada á 26 de Enero de 1631, nombrando á D. Matías de Alburquerque del Consejo de Guerra por sus buenos servicios en la defensa del Brasil.

[2] *Memorias diarias de la gverra del Brasil por discvrso de nveve años, empezando desde el de MDCXXX. Escritas por Dvarte de Albvrqverqve Coello, Marqués de Basto, Conde y Señor de Pernambuco, etc.* En Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Año 1654. En 4.° Empiezan sentando que llevó Lonk 70 navíos y 13.000 hombres.

[3] El Diario le nombra *Juan Adrián Patre;* otras relaciones españolas *Adrián Hanspater.*

en todo fueron 16 ó 20; cinco del reino de Portugal, que no llegaban á 300 toneladas; otras cinco pequeñas de Castilla, una urca flamenca, siendo seis de Cantabria, las mejores, y no tan escasas de gente como las otras. La escuadra constituída con ellas había de escoltar á la flota mercante y á 12 carabelas en que se embarcaron 3.000 soldados de socorro al mando del Conde de Bayolo. De la armada lo tenía D. Antonio de Oquendo, llevando por almirante á D. Francisco de Vallecilla [1].

[1] Alburquerque no anotó el pormenor de la armada; consta en otros escritos especialmente en la *Relación de la jornada que la armada de su Magestad, cuyo Capitan general es D. Antonio de Oquendo, hizo al Brasil para socorrer las plazas de aquella provincia y batalla que entre ella y los de los estados de Olanda se dieron en* 12 *de Setiembre de este año de* 1631. Ms. Biblioteca Nacional, J. 140, folio 501; y es el siguiente:

COMPOSICIÓN DE LA ARMADA CON QUE SALIÓ DE LISBOA PARA EL BRASIL EL GENERAL D. ANTONIO DE OQUENDO, EL AÑO 1631, LLEVANDO POR ALMIRANTE Á DON FRANCISCO DE VALLECILLA.

NAVÍOS.	Toneladas.	Cañones.	Hombres.
Santiago, capitana	900	44	460
San Antonio, almiranta	700	28	344
Capitana de Cuatro Villas	700	28	329
San Buenaventura	500	22	243
San Martín, de Guipúzcoa	450	18	241
San Pedro	450	20	244
San Bartolomé	444	18	280
Capitana de Masibradi	601	30	290
Almiranta de ídem	622	26	284
San Carlos	550	24	260
San Blas	440	20	217
San Francisco	400	20	220
Angel Gabriel	428	20	220
Patache *León dorado*	184	10	76
Idem *San Pedro*	134	8	67
Idem *Santa Ana*	134	8	31
Escuadra portuguesa.			
San Jorge	433	28	224
San Juan Bautista	440	19	216
Santiago	450	20	207
Nuestra Señora dos Praceres, mayor	381	18	177
Nuestra Señora dos Praceres, menor	305	18	158
Carabela *Nuestra Señora da Guia*	150	»	58
Idem *Rosario*	120	»	50
Idem *Santa Cruz*	120	»	35
Idem *Nuestra Señora da Ayuda*	100	»	34
Idem *San Jerónimo*	80	»	31

(Costa Quintella, *Annaes da marinha portugueza.*)

Partieron de Lisboa el 5 de Mayo, y sin notable ocurrencia hicieron el viaje hasta Bahía de Todos Santos en sesenta y ocho días. Desembarcó la tropa y efectos destinados á la plaza, se distribuyó en las carabelas la de otras, á saber: en diez la que había de socorrer á Pernambuco; en dos la de Parayva; se apresuró el despacho de la flota de azúcar, y el 3 de Septiembre volvió á la mar Oquendo con los 20 navíos de guerra y 36 de impedimenta.

Informados los holandeses por sus cruceros y confidentes de no haber entre el bulto más que ocho naves de combate, eligió el almirante Pater 16 de las mejores suyas, que reforzó con 1.500 soldados de infantería; parapetó las gavias á prueba de mosquete; dió instrucción para atacar dos á dos á los galeones españoles, y salió de Arrecife á su encuentro el 18 de Agosto con presunción de hacerse dueño de todos, no infundada, pues sus bajeles excedían de 800 toneladas, la almiranta y capitana de 900 y 1.000, con 50 cañones de calibre de 48 á 12, mientras ninguno de los de Oquendo pasaba de 700 toneladas, salvo la capitana, con artillería de 24 á 8.

Los españoles descubrieron á la armada enemiga á barlovento el 12 de Septiembre, y habiéndola reconocido, se aproximó el Conde de Bayolo con su carabela á la capitana y propuso á Oquendo sacase gente de la infantería para reforzar las tripulaciones; mas el general, que era amigo de zumba, respondió «*que los diez y seis navíos enemigos que veía eran poca ropa*, y que siendo lo esencial á que venía socorrer á Pernambuco, no quería tocar á los soldados, por si ocurría cualquier accidente que impidiera volverlos á las carabelas» [1]. Quedaron, por tanto, las cosas como estaban, sin más alteración que ponerse á sotavento, apartadas de la armada las naves que no eran de combate.

Formada la línea de batalla por los españoles en lugar situado en sus diarios en 18° latitud Sur, 240 millas al Este de los Abrojos, llegaron los enemigos navegando en popa. La capitana holandesa se dirigió á la de Oquendo, metiéndole

[1] Duarte de Alburquerque.

el bauprés por la popa, en cuyo momento mandó nuestro General cerrar el timón á la banda, y maniobrando habilísimamente, tomó el aparejo por delante y quedó ceñido el bajel al contrario por barlovento, enviándole el humo de los cañones y mosquetes. Al momento saltó á su bordo el capitán Juan Costillo, con orden de asegurar al palo mesana un calabrote, lo que él hizo, costándole la vida, herido de arcabuz y de arma blanca. Vino en esto otra nave holandesa al bordo de nuestra capitana por el lado opuesto; y como ambas la dominaban desde los castillos, causaron muchas bajas con la mosquetería; mas también acudieron á su general, primero una portuguesa, si pequeña, de grande aliento en el capitán y gente para atravesarse por la proa del grupo aferrado, por lo cual, cabeceando sobre ella, la echaron á fondo; pero antes había aprovechado su batería de enfilada, haciendo estrago en el enemigo, y embarcó la mayor parte de la tripulación. Por la popa hizo lo mismo otra nave de la escuadra de Martolosi, con lo cual, no estando nada bien Oquendo, sin velas, sin jarcias, sin gente, peor se encontraba Pater, juzgando por los esfuerzos que hacía para desasirse.

El taco inflamado de una de nuestras piezas de proa inició combustión, que ellos procuraban apagar, y que Oquendo les estorbaba dirigiendo al lugar toda la arcabucería: así tomó cuerpo y fué invadiendo el buque. Invadiera también al nuestro, no obstante su situación á barlovento, sin el arrojo y destreza con que se arrimó el capitán Juan de Prado y le dió remolque de popa, poniéndolo á distancia en que pudo ver consumir y volar á la enemiga sin riesgo propio, habiendo durado la pelea desde las nueve de la mañana á las cuatro de la tarde.

La almiranta holandesa, con otra nave, abordaron con parecida resolución á la de D. Francisco Vallecilla, auxiliada del galeoncete *San Buenaventura*, y pelearon por igual espacio en grupo, aunque con diferente conclusión: Vallecilla recibió dos mosquetazos antes de hundirse en las olas. Habiéndose incendiado una de las enemigas, la primera que le abordó volaron juntas, dejando malparada á la almiranta de

Thys. Ésta, sin embargo, con otra de auxilio, rindió al galeoncete *San Buenaventura.*

Ni las demás naves holandesas abordaron, ni las españolas hicieron fuerza de vela con tal propósito: se cañonearon á distancia, dejando á los jefes decidir la contienda, no siendo por ello tan sangrienta, bien que no poco lo fuera. Murieron en la capitana 250 hombres, entre ellos los capitanes Costillo, Rodrigo Portocarrero, Andrés de Herrera, Pedro Ucerenat y más oficiales, siendo tantos los heridos que no quedó gente con que restaurar el aparejo destrozado y agotar con las bombas el agua que entraba por los agujeros de los balazos. En ambas cosas se emplearon tres días después del combate, sirviendo de mucha ayuda los marineros holandeses, reconocidos á la generosa acción de haberlos sacado del agua.

En la almiranta, dicho se está, perecieron casi todos. En el galeón rendido murió su capitán, D. Alonso de Alarcón y Molina, y con él D. Juan Ortega de Ulloa. La baja total, distintamente apreciada en las relaciones, se estimó en 585 muertos y 200 heridos cuando menos; en 1.500 de unos y otros á lo más; la del material, en dos galeones á fondo y uno preso; pero el portugués, que se nombraba *Nuestra Señora de los Placeres*, salió tan lastimado que fué preciso enviarlo á Bahía. Mayor pérdida se calculó á los holandeses con la de la capitana y dos grandes naves, tan reforzadas como iban.

Separadas las escuadras después de la batalla, continuó la española su rumbo á Pernambuco hasta el día 17, en cuya tarde se volvieron á ver las velas de la contraria á la puesta del sol. Túvose por seguro segundo encuentro al día siguiente, preparándose en consecuencia las naves, y llamando á consejo Oquendo durante la noche, determinó que las doce carabelas del socorro se apartaran, llevándolo á tierra, en tanto que él guardaba la mar, operación que se hizo con felicidad y sin las consecuencias calculadas. Cuando amaneció no parecía en el horizonte la armada enemiga, prueba de no juzgarse el almirante Thys con fuerza para arriesgar otra re-

friega. Únicamente la capitana de la escuadra de Cuatro Villas, en que iba Lázaro de Iguiguren haciendo oficio de almirante por la muerte de Vallecilla, combatió con dos enemigas á la altura de la Parayva, cuando ya la armada iba haciendo el viaje de vuelta, cumplida su misión, que fué el desembarco de las tropas de refuerzo.

Durante la travesía del golfo zozobraron el galeón de Iguiguren y otro portugués que mandaba Duarte Deza, más que por los tiempos duros sufridos, por el mal estado en que los cascos quedaron de resultas del combate. El resto de la armada llegó á Lisboa el 21 de Noviembre, divulgándose entonces las ocurrencias de la jornada [1].

Generalmente se aplaudió el comportamiento del Almirante de España, simpático á la opinión por la sencillez con que dió cuenta de quedar cumplidas las instrucciones que recibió,

1 Se publicaron relaciones impresas con resumen de la carta oficial de Oquendo: su hijo D. Miguel las amplió en el libro titulado *El héroe cántabro*, teniendo también á la vista sin duda lo escrito por Duarte de Alburquerque, y de todo ello hice aprecio en la biografía publicada en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* para 1881, así como de lo consignado por los escritores holandeses Laet y Le Clerc, y por el francés Mr. Beauchamp, *Histoire du Brésil*, París, 1815, tomo II. Asistió en la armada de D. Antonio de Oquendo, al combate y victoria, D. Juan Santos de Zavaleta, y escribió poema ensalzando el suceso. Dedicó el manuscrito á la Diputación de Guipúzcoa, remitiéndolo desde Sevilla en 20 de Septiembre de 1633, y aquélla admitió la fineza y le dió gracias en 20 de Octubre del mes siguiente.

En la almoneda de efectos del Duque de Osuna, de que anteriormente se ha hecho mérito (Abril de 1896), figuraron dos lienzos, pintados en la época por artista anónimo, de 1,62 metros de altura por 2,44 de largo, con estas inscripciones:

1.° «Presenta D. Antonio la batalla, y en señal della dispara una pieza con bala. Responde el enemigo con otra, y llega á abordalle su capitana, acompañada de otro galeón, y su almiranta y otro navío aferran con la almiranta de España.

2. »Don Antonio de Oquendo, abordado entre la capitana y otro galeón, el mayor del enemigo. Va á socorrerle el navío *Placeres*, menor, y échale luego á pique el enemigo. Socórrele la capitana de la escuadra de Masibradi. Abordan la almiranta y otro galeón con la nuestra. Socórrela el galeón *San Buenaventura*. Vase á pique nuestra almiranta y queda *San Buenaventura* entre los enemigos y el galeón que acompañó la almiranta del enemigo.»

Todas las naves nuestras muestran en la pintura empavesadas rojas y banderas blancas, con escudo de armas y efigies de santos; la capitana de Oquendo la tiene igual á popa y en el palo mayor, y á estribor, en el alcázar, el estandarte real, rojo, con escudo y efigies; en el trinquete gran flámula. En la popa, exteriormente, pintada la imagen de Santiago á caballo.



el elogio que hizo de sus capitanes, y la justicia al valor y condiciones de los enemigos, sin exageraciones ni arrogancias. Hiciéronse, en cambio, lenguas de lo que no expresaba los subalternos, encareciendo la serenidad, la maestría en la maniobra y la bizarría en la pelea, para la que no quiso vestir arnés, como era costumbre y todos los capitanes hacían, expuesto al fuego en el lugar más visible de la popa.

Bien considerada, ésta del Brasil no fué batalla naval distinta en los procedimientos rutinarios; nada se vió en ella que indicara en los comandantes cálculo preconcebido. El holandés procuró inutilizar al contrario valiéndose de la fuerza superior con que contaba; el español estuvo á la defensiva, luciendo uno y otro el esfuerzo personal, sin sacar partido de las unidades, que apenas tomaron parte en el combate. Dos, sin embargo, se hicieron dignas del mayor elogio: la nao portuguesa, que, atravesada por la proa de las capitanas, batió con su artillería la cubierta de la de Pater, y el galeón que, arrimándose por la popa á la de Oquendo, la sacó á remolque de la conflagración. Los capitanes Cosme de Couto Barbosa y Juan de Prado conocían sus deberes y su oficio: justamente los recompensó el Rey. No cabe apreciar igualmente á los que, por no recibir mandato especial, se mantuvieron á distancia, satisfaciéndose con disparar su artillería, esperándolo. En toda acción se sobreentiende el de combatir con supremo esfuerzo.

Oquendo venció, sin embargo; primero, porque, á pesar del enemigo, cumplió el objeto que se proponía, que era el desembarco de tropas en Bahía, Pernambuco y Parayva; segundo, por quedar dueño del mar de batalla, muerto el general contrario, destruído su bajel, tomado el estandarte [1]; tercero, porque provocó á segundo combate, que no fué aceptado, y todavía la única compensación del adversario, la captura del galeón *San Buenaventura*, resultó anulada porque el casco tuvieron que quemar, reconociéndole inservible,

[1] Como trofeo glorioso lo vinculó por testamento, juntamente con una bala de 52 libras que penetró en su nave y daba testimonio de la superioridad de artillería de la de Pater.

y los prisioneros (196 hombres), embarcados en una carabela, hurtaron el rumbo de noche á la escolta y fueron á unirse con el campo español [1].

Mas la batalla ganada, ¿de qué provecho iba á ser viniéndose á Europa las naves españolas y dejando á las enemigas el dominio del mar? Al pronto detuvo el progreso de los holandeses en la colonia; con el refuerzo de soldados se vieron obligados á levantar el sitio puesto á Parayva con 3.000 hombres; sufrieron derrota en Río Grande, y en el avance al interior encontraron mayor resistencia; á la larga, como recibían constante incremento de su país, y de Portugal por rareza se despachaba alguna que otra carabela suelta, se fueron extendiendo, ocuparon los puertos, destruyeron el comercio y echaron los fundamentos de apostadero y estación naval que pudiera servirles de base ó punto de partida en sucesivas empresas de Ultramar.

Seguía siempre pensándose en la corte de España en desalojarlos cuando tantas atenciones de momento consintieran una buena proporción, y estimóse oportuna con la junta de galeones, conseguida en 1634. Don Fadrique de Toledo rehusó conducirla, pareciéndole harto pequeña para el fin pretendido; opinión razonable que produjo disgusto y tuvo consecuencias para su persona. Pensando entonces en la del Marqués de Velada para la capitanía general de tierra y mar, en la inteligencia de llevar á Oquendo por jefe de la escuadra, fracasó la combinación, como también la de que fuera á la jornada el Marqués de Cadereyta antes de hacerse cargo del virreinato de Méjico, que le había sido conferido; todos los designados demostraban la inutilidad é inconveniencia de intentos que pudieran conducir á mayor pérdida en la reputación y en la hacienda sin probabilidad de ganancia en la honra ó en el territorio, con lo cual lo modificado por el Gobierno fué tan sólo lo que á la cabeza tocaba, poniendo dos separadas en mar y tierra, ya que la principal misión se desvanecía tal cual

[1] Duarte de Alburquerque. Hizo cabeza en el escape el sargento Atilano González de Orejón.



se ideó en los cálculos; nombrando á D. Luis de Rojas general que sustituyera á Alburquerque en la guerra campal, y á D. Lope de Hoces conductor del refuerzo de 4.000 hombres acordado al ejército.

La armada se compuso con dos escuadras: la de Castilla, de seis galeones y un patache, primeramente destinada á desalojar á los holandeses de Curasao, que desempeñaría este servicio ahora, acabado que fuera el del Brasil, teniendo D. Lope por segundo ó almirante á D. José de Meneses; y la de Portugal, mandada por D. Rodrigo Lobo, con Juan de Sequeira almirante. Entre ambas y el convoy de transportes sumaban 30 velas.

De Lisboa salieron el 7 de Septiembre de 1635, habiendo transcurrido un año desde que se comenzó la preparación; hicieron escala de quince días en las islas de Cabo Verde con perjuicio de la salud de las tripulaciones, y en Consejo de jefes acordaron recalar sobre Arrecife, en 8° de latitud Sur, á 24 millas del cabo de San Agustín. Lo verificaron sin accidente el 26 de Noviembre, á tiempo de hallarse en el puerto de Arrecife nueve naos holandesas. En Consejo se acordó también atacarlas, para lo que se reconoció y sondeó el canal de entrada, hallando no haber agua suficiente para los galeones grandes de combate. Desistiendo, por tanto, de la acometida, navegó la armada hacia el Sur en demanda de lugar á propósito para desembarcar la tropa; y aunque una escuadra enemiga de once bajeles se aproximó con intenciones de impedirlo, el desembarco tuvo efecto en las Lagunas á su vista, y armada y convoy continuaron el viaje á Bahía de Todos Santos, donde dejaron el resto.

En estas operaciones, con las de alistar la flota de azúcar, se acabó el año, corriendo el de 1636 cuando volvió á salir D. Lope de Hoces con solas capitana, almiranta y un patache á vanguardia de las otras naos. Ocho de Holanda acudieron al encuentro, creyendo sacar partido de la superioridad, y en los días 19 y 20 de Febrero cañonearon de sol á sol á las españolas, sin aproximarse. D. Lope se vió embarazado con el patache, que no quería abandonar, consistiendo

en su defensa y ataque el objetivo de la función, y terminó retirándose los holandeses con daño visible en la arboladura.

Tal es, en resumen, lo que oficialmente participó el General, considerando cumplida la misión que se le había confiado, pues que puso en tierra los socorros, amparó la venida de la flota y anuló los propósitos del enemigo [1]. En la corte se tuvo por venturosa la jornada en razón al cuidado que daba la guerra del Brasil, y aun se juzgó digna de conmemoración, tomándola por asunto para el decorado del palacio del Retiro. Juan de la Corte, discípulo de Velázquez, pintó seis lienzos grandes, representando los principales episodios explicados al pie con inscripciones [2].

[1] Carta de D. Lope de Hoces, Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, tomo CLXII, núm. 36.—*Colección Navarrete*, t. XII.

[2] Hoy se hallan los cuadros en la galería del Ministerio de Ultramar. Á uno de ellos se cortó la leyenda para colocarlo sobre puerta, sin duda; las de los otros rezan: Número 683.—«Reinando en España el Rey nuestro señor Don Felipe Cuarto, el Grande, Don Lope de Hoces y Córdoba, de su Consejo de Guerra y Junta de Indias, y Capitán general de la armada de las dos coronas de Castilla y Portugal, salió de Lisboa á 7 de Septiembre del año 1635 con el socorro que llevó al Brasil, y á 26 de Noviembre llegó sobre Pernambuco con intento de quemar la armada del enemigo, que tenía surta en la playa. Retirósele arriando los cables y metiéndose debajo de sus fortificaciones, y Don Lope fué sobre él hasta que le faltó el fondo, por necesitar mucha agua las dos capitanas de España y Portugal y los cuatro galeones de armada que llevaba.»

Número 2.566.—«Pasa Don Lope la punta del Jaraguay en aquella costa, donde surgió á los 26 del dicho mes, á echar el socorro adonde estaba Matías de Alburquerque, que gobernaba las armas en ella, y á vista del enemigo, que se hallaba con su caballería é infantería en la Paripuera, donde estaba fortificado, le echó el socorro. Viéndolo, viene su armada á estorbarlo, de once urcas gruesas y dos lanchas, y estuvo en este intento hasta 5 de Diciembre, y no pudiendo estorbar que se desembarcase, se retiró este día y se fué, y Don Lope partió de allí á 7 del dicho para la Bahía de Todos los Santos, dejando desembarcado todo el socorro y Don Luis de Roxas fortificado.»

Número 684.—«Arriba el enemigo á pelear y empiézase la batalla: peleóse este día desde que salió el sol hasta que se puso: desvióse el enemigo: quedó nuestra almiranta sin mastelero mayor y desaparejada como la capitana, y la armada del enemigo de la misma forma.»

Número 685.—«Vuelve Don Lope á pelear el día siguiente, á 20, desde antes que saliese el sol, y habiéndose aparejado aquella noche lo mejor que pudo. La almiranta y capitana pelean hasta medio día en la forma que parece.»

Número 687.—«El dicho día 20, á las doce, estando peleando como se demuestra en el cuadro antecedente, aprieta el enemigo á nuestra almiranta, y Don Lope

Con lo esencial del relato no se manifestó conforme don Duarte de Aburquerque en las *Memorias* citadas. Habiéndolas dado á la estampa muerto D. Lope, la seguridad de no poder ser desmentidas, con las razones de naturaleza y parentesco con el General relevado, informan en contra del juicio de imparcialidad; conviene, no obstante, tener en cuenta las declaraciones con esta reserva.

Acusa el Marqués de Basto á D. Lope de negligencia en procurar comunicación con la costa y noticias de lo que ocurría cuando recaló, afirmando que, de haberlas obtenido y aprovechado con resolución, reconquistara á Pernambuco, cuyo Gobernador se creyó perdido al ver la armada española, por no tener á la sazón en la plaza más de 200 hombres de guarnición y ser las nueve naos, surtas en el puerto, mercantes cargadas de azúcar y tabaco [1]. Censura el desembarco en las Lagunas, sin negar que lo hiciera á vista de la escuadra enemiga, por ser sitio deshabitado desde el que la tropa tenía que hacer marcha arrastrando los pertrechos. Refiere haber hecho la salida de Bahía con solas capitana, almiranta y patache para ir á la isla de Curasao, según le estaba ordenado; peleó dos días con las ocho naves enemigas; arribó á repararse, y desistiendo de la navegación á las Antillas se vino á Europa con la flota.

Quedaron, pues, los holandeses sin molestia en la isla vecina de Venezuela, donde hasta hoy continúan fabricando el afamado licor de naranja; mas, si no tanto como se pudiera

ordenó que le dejasen que pasase adelante de la capitana y el patache con ella. En pasando queda Don Lope con su capitana en medio de la armada del enemigo, y pelea con ella hasta cerca de ponerse el sol, que se retiró el enemigo.»

Son los cuadros de mucho interés para conocimiento de los bajeles, sus banderas, fanales, pavesadas, etc. Todos los galeones llevan bandera blanca, con diferencia de tener unas las armas reales de España, otras las de Portugal, y algunas sencillamente la cruz roja de Borgoña, ó sea aspa de San Andrés. La capitana ostenta en el tope estandarte blanco con fleco rojo, escudo de armas reales en el centro, y en línea inferior dos escudos menores, cuyos blasones (acaso los del General) no se distinguen. En el sitio de preferencia, sobre la borda, á estribor, se ve el estandarte real rojo con un crucifijo en el centro, las imágenes de la Virgen María y de Santiago á caballo, á los lados, y bajo éstas, dos escudos de armas reales. Se representa este estandarte perforado por dos balas de cañón.

[1] Trasladó esta noticia Costa Quintella, *Annaes da marinha portugueza*.

esperar, no dejó de hacerles daño la expedición llevada por D. Lope, con la que creció la cifra de 16.000 hombres que llevaban consumidos en aquella guerra, sin contar los de una escuadra de 18 naves, perdida en horroroso naufragio. Las tropas de refresco contribuyeron al fracaso del conde Mauricio de Nassau al ir sobre Bahía con 45 velas y 6.000 infantes en Marzo de 1638, teniendo que levantar el sitio al cabo de cuarenta días de trinchera abierta, con abandono de artillería, víveres y pertrechos [1].

Todavía, con supremo esfuerzo, se preparó otra expedición, hallándose necesitadas de navíos las operaciones de guerra en Francia y Holanda, en el supuesto de llevarla á cargo el Conde de Linares, ilustre señor portugués, para lo que se le dió nombramiento de capitán general del mar Océano [2]. Hubo con este motivo demoras, hasta que decididamente se negó el magnate á dirigir la empresa, en cuyo éxito nadie confiaba [3]. El Marqués de Villafranca, instado á realizarla, halló legítima excusa en el puesto que tenía frente al enemigo; no así D. Fernando Mascarenhas, conde de la Torre, gobernador que había sido de Tánger. Estuvo detenido en Lisboa á la espera de sucesos de la invasión francesa por Fuenterrabía, y el mismo día de la victoria recibió el mandato de salida, llevando 41 velas á que ascendían las escuadras de Portugal y de Castilla: 23 de la primera, mandada por don Francisco Melo de Castro, y D. Cosme de Couto Barbosa, almirante; 18 de la de Castilla, por D. Juan de Vega Bazán [4],

[1] Relación impresa.—Item, *Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 14.

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 2.º, números 122 y 123.

[3] «Tres ó cuatro días há llegó de Portugal el Conde de Linares por la posta, y en llegando le prendieron y le llevaron al castillo de la Alameda. La causa no se sabe de cierto; lo que se dice es que, habiéndole ordenado la señora Infanta no sé qué cosas en razón á su partida á Pernambuco, respondió más licenciosamente de lo que debiera, y que pidió licencia para venir á la corte; que la Infanta se la negó, y luego él sin ella se vino.» *Memorial histórico*, t. XIV, pág. 380. La *Biblioteca marítima de Navarrete*, t. I, pág. 307. Contiene mención de los *Cargos que hizo D. Cristóbal Moscoso, Fiscal del Consejo de Indias, al Conde de Linares sobre la jornada del Brasil.* Impreso en folio.

[4] Don Juan de Vega Bazán, natural de Valladolid, General de flotas de Indias de 1636 á 1639.



almirante D. Francisco Díaz Pimienta, con 5.000 hombres de infantería, comprendida la mitad del tercio famoso de anfibios, organizado por D. Lope de Figueroa en el reinado de Felipe II.

Hizo esta armada escala en las islas de Cabo Verde, fatal á las tripulaciones y soldados, desarrollándose epidemia de que murieron más de 3.000, quedando muchos del resto dolientes ó impedidos al llegar á Bahía de Todos Santos. El Conde de la Torre estuvo casi un año antes de salir otra vez á la mar, á principios de Enero de 1640, en dirección á Arrecife, plaza que por tierra sitiaban los portugueses; el enemigo trató de evitar la jornada saliendo al encuentro con 36 navíos, gobernados por el almirante Loos, y el día 12 de Enero, entre Tamaracá y Goiana, rompieron batalla desordenada, cuyo resultado no les fué favorable; murió su jefe y perdieron, con la capitana á fondo, otros cinco navíos [1].

Se renovó la acción el día siguiente; frente á Parayva hubo otra el 14, y cuarta y última, á la altura de Río Grande, el 17, desde la salida á la puesta del sol, separándose entonces. Lo mismo en estas funciones que en las anteriores con D. Lope

[1] Gran confusión hay en el suceso: el almirante muerto, según Le Clerc, fué Loos, nombrado por otros escritores Loof, mientras que los hay con indicación de haber sido Wilnem Cornelis, vicealmirante zelandés, el muerto. El primer historiador nombrado pone por sucesor en el mando á Pierre le Grand; D. Modesto Lafuente á Jacobo Huighens. No hay tampoco conformidad en el número de los navíos que combatieron ni en el de los anegados, considerándose de una y otra parte vencedores, como acreditan estas relaciones:

La victoire naval obtenue par les Holandois contre les Espagnols. Sur l'imprimé à Paris, en l'Isle du Palais, avec permission. 1640, 4 hojas en 8.°

Relación muy verdadera de los felices sucesos que ha tenido el señor don Fernando Mascareñas, General de la armada de Portugal. Dase cuenta de la batalla que tuvieron contra treynta y seis navios de Olanda, que ivan á socorrer la plaza de Pernambuco, adonde murió en ella el General de Olanda. Barcelona, por Sebastian y Iayme Matevad, 1640, 2 hojas en 4.°

Traslado de una carta enviada del Brasil, dando cuenta de las grandes victorias que han tenido las armas de su Majestad, gobernadas por D. Jorge Mascareñas, en que se da cuenta de los fuertes que los nuestros tomaron y los navios que les quemaron. En Madrid, por Catalina de Barrio y Angulo. Año 1640, 2 hojas en folio.

Otra carta relativa solamente á la batalla marítima en el *Memorial Histórico Español*, t. xv, pág. 429.

Le Clerc, *Histoire des Provinces Unies.*—Costa Quintella, *Annaes da marinha portugueza.*—Beauchamp, *Histoire du Brésil.* Paris, 1815.

de Hoces se mantuvieron los holandeses á distancia, aleccionados, sin duda, con lo que les ocurrió en la batalla con Oquendo. Pelearon con la artillería, en cuyo manejo tenían superioridad conocida, y no fué, por tanto, de consideración la pérdida de hombres en uno y otro lado. Un navío portugués, mandado por Antonio de Acuña Andrade, fué el único que rindieron los enemigos; otro de Castilla embarrancó en la costa, juntamente con el holandés opuesto, quedando prisionera la tripulación con el coronel napolitano Héctor della Calce. De los adversarios se fué á pique la nao *Sol*, ahogándose la gente, y embarrancó la nombrada *Cisne*.

No hubo, pues, razón para que se juzgaran vencedores los unos ni los otros; pero, en resultado, lo fueron los holandeses, pues consiguieron el alejamiento de nuestra escuadra de Arrecife, y fué preciso con él levantar el cerco de la plaza [1]. Por ello celebró con fiesta el conde de Nassau la vuelta de los suyos, castigando de paso á varios de los capitanes acusados de no haber cumplido los deberes militares al frente de los galeones de España [2], y no más satisfechos en el otro lado, vino destituído y preso Mascareñas, andando su fama malparada en lenguas [3].

[1] Censura agriamente la campaña dirigida por Mascareñas, conde de la Torre, un Ms. de la Biblioteca Nacional. H. 71, fol. 5, copiado en la *Colección Navarrete*, tomo VII, núm. 9.

[2] Le Clerc. Según Costa Quintella, sufrieron pena de la vida.

[3] Fray Antonio Seyner escribió: «En los vasos de pelea dijeron había el Conde de la Torre cargado azúcar, con lo cual no había podido pelear como tenía obligación. Á este cargo (que si es verdadero es de tanto crimen) se llegaban otros, cuya relación es inútil para el propósito. Que el Conde cargase de azúcar los vasos de pelea, sólo se puede inferir (supuesto que no llegó á comprobación) de lo público y asentado que de la materia se hablaba en Lisboa. Y con todo, la carga es tan dulce que se hace fácil de creer la podría llevar. Y no obstante, no afirmo más de lo que oí. Pudo él tener dos fines (cuando cargó de azúcar), decir (si llevara la victoria) la había alcanzado con mucha dulzura, ó si se le ocurriese la peor fortuna, endulzar todo lo que pudiese el amagor de aquella desgracia.»

X.

CAMBIOS DE TIEMPOS.

1632-1635.

Malestar.—Pesimismo.—Negociaciones en Holanda.—Resultado.—Comentarios. —Prisión y muerte de D. Fadrique de Toledo.—Van desapareciendo generales de mar.

Bien dijeron los venecianos, que tiempos corrían para España distintos de los del Emperador. Sin llevar tan lejos la comparación ó la memoria, notábase considerable diferencia entre los que presidieron á las campañas victoriosas del año 1625 y los que en las revistas de la milicia de mar y tierra se iban suprimiendo como si no pasaran. El cambio se advertía desde luego en la opinión, trabajada por las corrientes del malestar y del disgusto general, acentuado, amenazador más que en otras regiones, en las de Vizcaya, Portugal, Cataluña y Nápoles. No era ya Madrid la «ilustre corte del mayor monarca», en que arbitristas y soldados comentaban arrogantes las excelencias del carácter nacional [1]; habíase perdido el alto concepto de la autoridad soberana, el prestigio de su gobierno, el respeto á las decisiones de los Consejos y hasta la conciencia del propio valer. El pesimismo se insinuaba con la crítica acerba, los escritos anónimos, la sátira, el pasquín,

[1] Don Jacinto de Aguilar y Prado, obra citada.

la murmuración en las conversaciones, de que se hacían eco los avisos, las relaciones avanzadas de la prensa periódica, las cartas de la corte, que de mano en mano circulaban sin la licencia necesaria á los impresos. Hay por aquí, decían, muchas consultas, poco dinero y menos resolución; hay en España presidios sin soldados, soldados sin pagas, navíos sin pagas ni raciones [1].

Si era la síntesis interna exagerada ó no, se ha de apreciar por la que del poder de la nación iban haciendo fuera, comenzando por los flamencos alzados contra la soberanía de Felipe II, por las provincias unidas de los Países Bajos, nación independiente no ya sólo reconocida, á la que por mediación del rey de Inglaterra se proponía tratado de paz ó tregua dilatada con ventaja mutua. Seguidas negociaciones desde 1630 contestó negativamente al cabo de tres años [2], con fundamentos transmitidos por el historiador Matías de Novoa, en términos de suma claridad.

Son, dice, de uno de los concurrentes á la asamblea que dictó la respuesta [3]:

«Nuestras armadas sojuzgan todo el mar Océano, y en su rumbo sólo son temidos nuestros bajeles; surcamos toda la Habana y costa de Tierra Firme; tomamos las flotas españolas, y la plata que desembarca en Sevilla es nuestra, porque pasa á nuestras provincias, con que la guerra se ha hecho, más aina trato y conveniencia que odio ni venganza, ó ya sea rebeldía, y sus fatigas, tráfagos y riquezas son nuestras, y no lográndolas ellos, las gozamos nosotros y nuestros vecinos.

»En el remate de Cuba y la Española hacia el Mediodía nos temen; les asaltamos sus pueblos y fortalezas y las fundamos en las islas menores, que sirven de miedo y de coyundas, y les sacamos de las manos las naos de Honduras; sojuzgamos el Brasil y sus drogas, el trato y los azúcares, y con tener ya afirmado el pie en Pernambuco, y al trance otra vez

[1] *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de* 1634 *y* 1648. *Memorial Histórico Español*, Madrid, 1861 y sucesivos.
[2] Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*
[3] *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LXIX, pág. 249.



la Bahía de Todos Santos, y á pique de ocuparla, como en los años pasados hicimos de la ciudad del Salvador.

»En las Indias nos temen, y pasamos el estrecho de Magallanes; tenemos tierras y puertos en Chile y nos admiten al trato y á la amistad los chilenos y otras gentes belicosas de aquel Estrecho; ponemos en terror toda la mar del Sur, y nos huyen sus bajeles. Y si toda la plata, oro y mercaderías las pasamos á nuestros puertos, ¿quién dice que no es nuestra la América, ahorrándonos el sueldo y provisiones de virreyes y gobernadores, y la fatiga de elegirlos y consultarlos?

»Robámosles las flotas que van á Filipinas, y pasamos á aquellas islas, mal seguras de nuestra artillería y soldados; entramos en la India; los del Japón nos admiten á contratar con ellos, y los chinos no nos desprecian; en las Malucas cargamos del clavo y la pimienta; corremos con libertad las dos Javas; ríndenos las delicias de la naturaleza Sumatra y Trapobana y todas aquellas islas; sus príncipes, vasallos y sus jefes se unen con nosotros contra los portugueses que dominan aquellas remotas partes, aprenden la milicia y la artillería de nuestra escuela, y los hemos hecho guerreadores y soldados; quieren nuestra amistad y la desean, con que casi hemos fundado tantas fortalezas y factorías como ellos en todo aquel Oriente; acometemos sus plazas y se las asaltamos, y los echamos de ellas, y los mismos príncipes vienen en nuestra ayuda con multitud, aunque bárbara, de gentes armadas de canoas y caracoas, á hallarse con nosotros en las batallas y á decir sus dependencias unos con otros.

»En todo el orbe hay quien codicie nuestra amistad; allí tenemos compañías y hombres de negocios en que interesan los Estados grandes y gruesas sumas de dinero; es nuestra su especería, oro, sedas, diamantes, ámbar y porcelanas; pasamos al reino de Siam y de Pegú, y, corriendo el golfo, damos vista á Bengala y Aljanfes, cargamos el marfil y trabamos la Africa en sus más ricos pueblos; de allí pasamos á Ceilán, quitamos la canela á los portugueses, y doblando el cabo de Comorin, nos temen Malaca y Goa, corte en aquel

Oriente de esta nación; pasamos el Decan y la Camboya, el Indo, puesto á la boca del seno pérsico, y en su confin y remate, si le queremos navegar, el Ufrates; la isla de Ormuz, que ingleses y nosotros restituímos al persa, sacándola del señorío portugués; de estas remotísimas partes navegamos al río de Aden, fundado en la entrada del seno arábigo.

»Dejando la Asia y el mar de la India, no tenemos pequeña parte de bienes adquiridos y conquistados en la Africa y en las provincias de Melinde, Mombaca, Quiloa, Mozambique y Zofala, entre las cuales está la riquísima Mina de oro, de que no nos toca pequeña parte, y doblando el cabo de Buena Esperanza, y pasando muchas veces la Equinoccial, corremos sin dificultad las tierras de los negros, tocamos las Canarias, damos vista á España, y por el canal de Inglaterra entran nuestras flotas y armadas, con todas las riquezas y delicias de ambas indias, en Amsterdam.

»Lo que fué antes asombro y admiraron todas las gentes, haber la nao *Vitória*, por el vizcaíno Sebastián de Elcano, después de la muerte de Magallanes, dado una vuelta al mundo, es ya uso muy ordinario y común en nuestros pilotos y marineros.

»¿Quién intentó, calando el Conte y el mar Báltico, la navegación de la Nueva Zembla en nuestro polo, y que consiguiera, á no haberlo impedido el hielo impenetrable de aquellos climas, para bajar con más brevedad y con menos contrastes y dificultades á la India? ¿Quién dió en tablas y planisferios demarcando á los políticos, geógrafos y marciales, el nuevo estrecho de Maire, más abajo del que descubrió Magallanes, más extendido y más navegable, sino nuestra nación, nuestras artes y estudios, y las clases donde por hombres doctos se leen con las militares de tierra y fortificación?

»En todo el Levante hay príncipes que nos aman, ayudan nuestras materias y pretextos y fomentan nuestras armas; en Italia hay algunos, y en Alemania parte de ellos, y en el Setentrión todos.

»Pues si todo el mundo está de nuestra parte y nuestros enemigos van tan de caída, ¿para cuándo dejamos la conclu-

sión de nuestro pensamiento? Las costas de España no tienen un navío, ni las surca una galera; sus fuertes, puertos y plazas están sin presidios; sus capitanes de mayor reputación y los que nos tuvieron á raya murieron; los que hoy tienen son pocos, y ésos, arrinconados con el desdén y falta de premio, murieron á manos del agravio y la iniquidad; sin honra la guerra, despreciada la milicia, malas pagas, y esas cercenadas, y el nombre español entregado y confundido.

»Cuando les fuimos inferiores nos propusieron la tregua, y no la admitimos sino por una vez sola, y ésta por tiempo limitado; hoy que les somos superiores, más ayudados, más socorridos, más diestros y diligentes en el guerrear, mayores en fortuna y en fama, ¿por qué abandonamos la ocasión, y para cuándo dejamos de concluir un negocio tan premeditado y de sumo deseo de nuestras provincias y compatriotas? Si los podemos vencer, sujetar y echar de nosotros, prosigamos la guerra y despídase el tratar de concordia.....

»Obremos con nuestras gentes, y consiga la patria su deseo y la suprema potestad, y acabe de enseñorearlo todo, y extendamos los pensamientos y la esperanza con mayores cosas, como lo hicieron otras repúblicas que de menores principios pasaron á grandes monarquías. Bastante enemigo tienen dentro, alimentado y favorecido de tantos, con que se presume que tarde ó nunca saldrán de otra guerra más nueva, civil y sediciosa, que se funda en el imperio que la irá asolando, le sacará de la casa de Austria por la confederación establecida de sus príncipes y coligados, de aquí la introducirán en Italia, como lo esperan, para alentar á los españoles, y aun España no estará segura de este riesgo, ni ambos orbes y todo el Oriente.

»Si tan circundados están de enemigos, de armas y de ejércitos, y con pérdidas gravísimas de reputación y de tierras, ¿por qué no nos valdremos de esta fortuna y de estos astros que nos influyen con felicidad de la oportunidad de los sucesos, y cuando los veamos que no pueden acudir á tanto, que están metidos en ahogo y desolación, unidos en necesidad y vituperio, no los acabamos de deshacer y de sa-

tisfacernos de sus ofensas recibidas por tanto número de años?»

Lenguaje altivo de un pueblo satisfecho; de un pueblo mareante que, en efecto, como Tiro y Sidón se explayó. El de Francia, no por indirecto dejó de ser preciso; declaraba el Rey cristianísimo, á fin de evitar que con acción violenta llegara á turbarse la buena correspondencia que deseaba mantener, quedaba prohibido á sus súbditos acometer y perseguir á los navíos españoles y portugueses que encontraran más acá del primer meridiano (es decir, del de la isla de Hierro), queriendo que dentro de dicha línea *dejen y consientan á los dichos españoles y portugueses ir, tratar y navegar libremente, aunque vayan á las Indias y tierras de la América, ó vuelvan de ellas, sin causarles ni ponerles inquietud ni impedimento alguno en su navegación*, quedándoles la facultad de ofender, como por lo pasado, á los dichos, más allá de los referidos límites, según lo tuvieran por conveniente [1].

En la referencia á lo pasado; en el hecho de perpetuar la hostilidad en determinados lugares, no obstante los tratados de paz y amistad entre ambas naciones, seguía Francia en cierto modo los principios que Holanda sentó durante las treguas, sosteniendo lo que ésta llamaba libertad de comercio; y en cierto modo digo, porque, trayendo el límite de los mares índicos hasta el meridiano de las islas Canarias, quedaba fuera el de las Terceras, y sancionado el ataque á los galeones y flotas de la plata, metal cuyo aprovechamiento no parecía justo que disfrutaran los que se tomaban el trabajo de explotarlo, y menos el rey de España; mas como quiera que la razón de la fuerza no haya nunca necesitado de explicaciones, ni las dió el de Francia al autorizar la compañía formada con objeto de colonizar en la isla de San Cristóbal [2], aquella en que los españoles tomaron y deshicieron el fuerte llamado de Richelieu, parece que la declaración he-

[1] Año 1634. El documento íntegro, en el Apéndice de este capítulo.
[2] Autorizó la constitución de la Compañía en 1627, según Mr. Eugène Sue.

cha en documento público, otro objeto tenía que mantener la buena correspondencia observando fielmente lo pactado.

Baste por ahora la indicación; pronto ha de verse hasta dónde llegaba el deseo del Rey cristianísimo de evitar conflictos al vecino de los Pirineos, considerada que sea la exposición precedente del comisario holandés al mencionar entre las causas de decadencia y próxima ruina de España el desdén y falta de premio de los capitanes de reputación, de los que tuvieron á raya á los Países Bajos, «muertos á manos del agravio y la iniquidad». Es alusión transparente.

Al volver de las Indias D. Fadrique de Toledo con gran tesoro, después de arrojar de las islas de Nieves y San Cristóbal á los intrusos, pidió licencia para venir á la corte, alegando la necesidad de ordenar sus asuntos particulares, abandonados, y esto por haber recibido orden de marchar inmediatamente á la costa de Portugal, de que era capitán general. Hacía presente no haber disfrutado en su larga carrera más licencia que dos meses; que con el título de Marqués de Villanueva de Valdueza que le concedió el Rey anterior había fundado á su favor D. Pedro de Toledo, su padre, vínculo y mayorazgo, agregando los señoríos de las villas de Congosto, Pieros, San Juan de Mata, tierra del Bierzo y alcabalas de varios pueblos; pero no habiendo estado á la vista de los requisitos de fundación no se llenaron todos, originándose, por consecuencia, pleitos enredados que le habían privado de las rentas y obligado á desembolsos considerables, aparte de los que requería el decoro de su casa y el de su propia persona en la Armada. Con su peculio había tenido también que atender al socorro de sueldos y raciones en las naves de la misma, que había de reclamar á la Hacienda, y para todo ello suplicaba se le consintiera residir en su casa como era justo. Preguntado qué plazo necesitaría, respondió que en mucho dependía del favor que prestara S. M. al despacho de los asuntos, y no podía él fijarlo. Se le señaló entonces un mes; cumplido éste, prórroga de quince días para marchar sin réplica ni excusa; después, término de veinticuatro horas; y como tras las intimaciones des-

usadas elevara sendos memoriales con los justificados motivos de impedimento, fué preso en su casa y enviado á la fortaleza de Santa Olalla á principios de Septiembre de 1634.

La incomodidad del alojamiento, sobre el disgusto de la vejación, desarrolló en él enfermedad grave, certificada la cual se le consintió traslado á Madrid siempre que no fuera á su casa. El Consejo expidió orden prohibiendo admisión en las de los parientes, por lo que hubo de instalarse en la de su secretario de la armada. En tanto continuaba el proceso que se le seguía por desobediencia á las órdenes de S. M., habiendo entre los autos copias de títulos, despachos, certificaciones de ascensos, recompensas, sueldos disfrutados, documentos expresivos de que por la jornada del Brasil y recuperación de la plaza de San Salvador se le concedió la encomienda de Valdericote, en la Orden de Santiago, y por la de las Antillas la encomienda mayor de Castilla en la misma [1].

Dábanse al público por motivos de tanta severidad el ejemplo de la disciplina y la fealdad de negarse á función de guerra en el Brasil un general en quien se confiaba para desalojar de allí segunda vez á los holandeses, cuando pública era la negativa de los elementos que para la jornada pidió. Una vez movida la opinión, difícilmente se consigue desviarla del camino cortándolo con obstáculos resistentes. El lujo de arbitrariedades que se vió aplicado á los Duques de Lerma y de Osuna; la institución del tribunal que con nombre de «Junta de obediencia» entendió en la causa de D. Fadrique; los requerimientos y amonestaciones al fiscal á fin de que acelerara las diligencias como se quería; la sentencia dictada al fin contra el capitán venturoso, de nombre conocido en todo el orbe, contra el caudillo amado de los suyos y respetado de los adversarios por la nobleza de su condición; la pena sancionada de destierro, privación de las mercedes recibidas, inhabilitación de oficios, pago de costas y de 10.000 ducados

[1] *Papeles correspondientes á la causa que siguió el fiscal del Consejo contra D. Fadrique de Toledo, Marqués de Villanueva de Balduesa, y su prisión en la villa de Santa Olalla.* Año 1634. *Colección Navarrete,* t. XXXVIII.



para la Cámara; reclamación del quinto de las presas hechas á los enemigos y adjudicadas en virtud de cédula Real, fortaleció la convicción de responder la causa únicamente á las distinciones hechas por el Rey al que enaltecía las armas españolas y al recelo del aura popular que le encumbraba.

Por menor mal no llegó el interesado á saber que estaba incurso en las penas indicadas: agravándose la enfermedad, murió con general sentimiento el 10 de Diciembre, cumplidos los cincuenta años de su edad; pero sobrevivió la saña del Ministro: negó por ende la guardia solicitada por la familia para el cadáver; mandó que de sus manos se quitara el bastón de general que tan honrosamente usó en vida; que se deshiciera el túmulo preparado para los funerales en la iglesia del Colegio imperial de la Compañía de Jesús, promoviendo en opósito la manifestación del pueblo, agolpado en las inmediaciones de la casa y de la iglesia con objeto de concordar el epitafio «murió de la envidia de un valido». El Rey lo hizo bueno andando el tiempo al rehabilitar la memoria del marino insigne cuando apartó de su lado al Conde-Duque, devolviendo á la familia los honores alcanzados por aquél con desinterés y constante servicio [1].

Mas no llegó la reparación sin que antes salieran desterrados de la corte con el Duque de Alba los que llevaban el apellido de Toledo, y sin que fueran á la cárce llos que, sueltos de lengua, daban expansión al sentimiento [2].

El Marqués de Cadereyta, Ibarra, Oquendo [3], el Marqués

[1] *Prisión, muerte y entierro de D. Fadrique de Toledo*, etc., *año de* 1634. *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.—*Memorial Histórico*, t. XIII.—Matías de Novoa.—Relaciones impresas.

[2] *Memorial Histórico*, t. XIII, pág. 116. El decreto que salió para el destierro de Duque de Alba, decía: «por aconsejar á un vasallo contra el servicio del rey.» Idem, pág. 110.

[3] Al Marqués de Cadereyta condenaron en 30.000 ducados. Idem, pág. 89. Moderáronle luego la sentencia á 1.500 ducados, y á D. Carlos Ibarra á 3.000. Idem, pág. 146. La *Biblioteca marítima* de Navarrete, t. I, pág. 307, cita *Alegación contra el Marqués de Cadereyta, general de la armada de galeones y flota de Tierra Firme, que hizo D. Cristóbal Moscoso, fiscal del Consejo de Indias*. De Oquendo he visto: *Cargos que se hacen á D. Antonio de Oquendo, general de la armada y galeones de las Indias, que vinieron este año de* 1624, *por el Sr. D. Fernando Remírez Fariña, del Consejo*



de Villafranca (también Toledo), padecieron persecución de la justicia, pasaron por los enojos de procesamiento y sentencias pecuniarias ó por los de reprimendas, al decir del maligno vulgo, merecidas por honrar la milicia de mar. Otros generales finaron sin fijar la atención: no eran cortesanos. Cristóbal de Bartolosi murió en 1628 de la peste desarrollada en la escuadra al volver de la jornada de Francia al puerto de Santander. Le siguió D. Bernardino Delgadillo Avellaneda, respetable señor, recuerdo vivo de las incursiones del Draque, con cuyos navíos combatió después de asistir á las principales empresas navales del reinado de Felipe II. Había sido agraciado con título de Conde de Castrillo; fué presidente de la Casa de la Contratación de Sevilla, asistente de la ciudad, consejero de Guerra, mayordomo mayor de la Reina, virrey de Navarra; contaba noventa y tres años de existencia (1629) [1].

Don Francisco de Acevedo y Bracamonte, armador, capitán de galeones propios, general de la escuadra de Cuatro Villas, acompañante de D. Fadrique de Toledo en las acciones importantes del reinado, entró en Santander con su escuadra á tiempo que otra epidemia azotaba á la población. Enviaron á su gente á una ermita extramuros, donde por toda comodidad había en el suelo paja enmohecida, y entre más de 600 que murieron se contó al General (1630), pérdida sensible «por ser gran soldado y marinero, mozo, y de los de más opinión y esperanzas que entonces servían á Su Majestad» [2]. Era caballero de Alcántara, y «en él armas y letras igualmente lucían, que era mucho científico en éstas y exerto y valiente en aquéllas» [3].

de S. M., etc., juez por particular comisión para proceder contra el dicho D. Antonio de Oquendo..... Impreso en cuatro hojas folio: *Sentencia dada por los señores de la Junta de Guerra de Indias al general D. Antonio de Oquendo, en grado de apelación de la que le dió el licenciado D. Fernando Remirez Fariña.* Impresa en una hoja folio.

[1] León Pinelo, *Velos antiguos y modernos*, *Discurso genealógico*, Madrid, 1641.—Herrera, *Historia general*, segunda parte, lib. VI, cap. IV, y lib. XII, cap. II.

[2] *Disquisiciones náuticas*, t. VI, pág. 215.

[3] Aguilar y Prado, *Compendio histórico*.

Don Francisco de Vallecilla acabó gloriosamente al volar su nave en el combate del Brasil (1631). Almirante de las escuadras de Nápoles, de Vizcaya, de Indias, no fué su vida cómoda; daba lustre á la venera de Santiago y á la villa de Portugalete, su patria, como se lo prestó D. Martín de Vallecilla, hermano, de la Junta de Armadas, capitán general de la escuadra de Vizcaya y de las de Indias desde 1616 á 1635, que en viaje último á Veracruz pasó de este mundo.

Acaba esta tanda con D. Tomás de Larraspuru, favorito de la fortuna, marinero, constructor, piloto, ascendido por mérito excelente desde soldado á capitán general de la armada del mar Océano, primera de España, portadora del estandarte real, á cuya vista todos los otros se abatían. Señaló la insignia de Calatrava en su pecho el aplauso de las derrotas con que una y otra vez condujo á España caudales del Perú, pasando con pocas naves entre 80 que en ocasiones le buscaban. Antes de cumplir cincuenta años falleció en Azcoitia (1632), lugar de su nacimiento [1].

APÉNDICE AL CAPÍTULO X.

Declaración del Rey Cristianísimo Luis XIII, mandando á sus vasallos que no cometieran hostilidad contra navíos españoles y portugueses de la parte de acá del primer meridiano.

Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra; á todos los que las presentes letras vieren, salud. Los principales mercaderes de nuestro Estado y otros vasallos nuestros que se aplican á la navegación, nos han representado cómo en las costas y puertos de España, de algunos años á esta parte, los españoles y portugueses han intentado acometer sus navíos que van á las Indias y á la América ó vuelven de ellas, sin considerar que los actos de hostilidad no les son lícitos á unos ni á otros, sino

[1] Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. XCV, núm. 34.

más allá del primer meridiano, por lo que mira al Occidente, y del Trópico de Cáncer, por lo que toca al Mediodía; y no pudiéndose prohibir á nuestros vasallos la legítima defensa, y siéndoles lícito, conforme á nuestras Ordenanzas, armar contra los que les impiden la libertad del comercio y de la navegación, nos han suplicado les demos permiso para apresar en el mar á los dichos españoles y portugueses que van á las dichas Indias y tierras de la América ó vuelvan de ellas, donde quiera que los encuentren. Por lo cual, deseando explicarles nuestra voluntad, para que no lleguen á turbar contra nuestra intervención, con alguna acción violenta, la buena correspondencia que deseamos mantener, é incurrir por ello en nuestra indignación, hacemos notorio que, con parecer de nuestro caro y amado primo el cardenal Duque de Richelieu, Par, Gran Maestre, Jefe y Superintendente general de la navegación y comercio de Francia, hemos inhibido y prohibido, é inhibimos y prohibimos expresamente por las presentes nuestras Letras de Declaración, firmadas de nuestra mano, á nuestros vasallos, de cualquier calidad y condición que sean, que hacen viajes por mar, que acometan y persigan los navíos españoles y portugueses que encontraren más acá del primer meridiano, por lo que mira al Occidente, y del Trópico de Cáncer, por lo tocante al Mediodía; queriendo que dentro de los espacios de las dichas líneas nuestros vasallos dejen y consientan á los dichos españoles y portugueses ir, tratar y navegar libremente, aunque vayan á las Indias y tierras de América, ó vuelvan de ellas, sin causarles ni ponerles inquietud ni impedimento alguno en su navegación ni en otra cualquier cosa, con tal que nuestros vasallos reciban de ellos igual tratamiento en adelante, y que los dichos españoles y portugueses no intenten nada contra ellos de la parte de acá de las dichas líneas; quedando, no obstante, á nuestros vasallos la facultad de ofender, como por lo pasado, á los dichos españoles y portugueses más allá de los dichos límites, según lo tuvieran por conveniente, hasta que los dichos españoles y portugueses consientan á los dichos nuestros vasallos el libre comercio en todas las dichas tierras y mares de las Indias y de la América, y les den libre entrada y acceso para este efecto en todas las dichas tierras y en los puertos y abras de ellas, para que traten y comercien allí en la misma forma que de la parte de acá de las dichas líneas. Asimismo queremos que los capitanes de navíos que volvieren de sus viajes, pagando los derechos que deben por esto, y haciendo constar que los navíos que han acometido han sido apresados más allá del primer meridiano, por lo que mira al Occidente, y del Trópico de Cáncer, por lo tocante al Mediodía, estén y queden en pacífica posesión de las presas que así hubieren hecho á los dichos españoles y portugueses, sin que sobre esto pueda hacerse pesquisa contra los marineros,

armadores, proveedores y dueños de los navíos, por cualquier causa ó motivo que sea. Y á fin que se pueda más fácilmente juzgar si las presas han sido bien ó mal hechas, y que el primer meridiano que se ha puesto por límite de las amistades y alianzas esté más conocido de lo que ha estado de algún tiempo á esta parte; habiéndose el dicho nuestro primo hecho informar de ello por personas inteligentes y experimentadas en punto de navegación, inhibimos y mandamos á cualesquiera pilotos, hidrógrafos, compositores y abridores de mapas ó globos geográficcs, que no innoven ni muden el antiguo asiento de los meridianos, ni pongan el primero de ellos en otro lugar, sino en la parte más occidental de las islas de Canaria, conforme á lo que los más antiguos y famosos geógrafos han determinado sobre esto; y, por tanto, queremos que de aquí adelante, hayan de reconocer y colocar en los dichos sus globos y mapas, el dicho primer meridiano en la isla de Hierro, como la más occidental de dichas islas, y desde allí contar el primer grado de las longitudes hacia el Oriente, sin hacer caso de las nuevas invenciones de los que por ignorancia y sin fundamento le han colocado en las islas de los Azores, con motivo de haber referido algunos viajeros que la aguja de marear no padecía en aquellas islas variación alguna, siendo cierto que tampoco la padece en otras partes que jamás se han tenido por primer meridiano. Por lo cual mandamos á nuestros amados y fieles consejeros y personas que componen nuestros tribunales de parlamento, que hagan leer, publicar y registrar, cada uno por lo que á sí toca, las presentes nuestras Letras, y guardar y observar exactamente lo contenido en ellas, según su forma y tenor, que así es nuestra voluntad. En testimonio de lo cual hemos hecho poner nuestro sello en las dichas presentes. Dado en San Germán de Laye á 1.º de Julio del año de gracia de 1634, y de nuestro reinado el 25.—Firmado, Luis.—Por el Rey, Buthillier.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

XI.

EN EL MEDITERRÁNEO.

1635-1638.

Armamentos marítimos de Francia.—Otros en España.—Jornada del Marqués de Santa Cruz á Provenza.—Naufragio.—Toma de las islas de Lerín.—Entra en acción la armada francesa.—Trae navíos de fuego de nuevo invento.—Cómo eran.—Escaramuzas en que sobresale el Marqués de Villafranca.—El Arzobispo de Burdeos, jefe de escuadra.—Agresiones á los de España.—Notable representación de Oquendo.—Desembarcan en Cerdeña los franceses.—Atacan á las islas de Lerín.—Las reconquistan al segundo embate.—Grave declaración del Arzobispo.—Se discute.—Don Melchor de Borja rinde á diez navíos holandeses.—Piratas berberiscos.—Los destruye armada veneciana.—Complicación que originan.—Sangrienta batalla de galeras francesas y españolas á vista de Génova.—El príncipe de Médicis capitán general de la mar.

El director de la política de Francia, cardenal Duque de Richelieu, poco satisfecho con el resultado de las campañas terrestres en Italia, Alemania y Flandes, y no más de las negociaciones con que había procurado arrastrar á la guerra general contra España al inglés y al turco, halló (él mismo lo dijo en sus Memorias) medio para minar el edificio de la Monarquía católica en los aforismos del español Antonio Pérez. Ya que los aliados tradicionales no le suministraban fuerza naval, se propuso crearla propia dotando á su país de un elemento indispensable á la grandeza que para él ambicionaba.

Empezó desbaratando los planes de acomodo trazados por los agentes de D. Felipe IV en los Países Bajos á favor de un tratado de liga ofensiva y defensiva con Holanda [1], si gra-

[1] En 1635. Inserto en la *Colección de Abreu y Bertodano.*

voso, no poco, que mantenía de su parte las escuadras de las Provincias Unidas, poderosas bastante para infestar los mares de las Indias y distraer á las de la armada española. Ordenó seguidamente no saliera de puertos de Francia nave alguna sin armamento de guerra suficiente para defenderse; decretó el embargo de bienes de súbditos españoles y, desembozadamente, pasó de la hostilidad á la guerra [1].

En Marsella inició la construcción de galeras; en Suecia y Holanda adquirió bajeles y artillería con que acrecer los enramados en los astilleros de Bretaña; dióle esta costa y la de Normandía marineros, pilotos y capitanes formados en el corso ó el contrabando; jefes le proporcionó la Lengua de Francia en la Orden de San Juan de Malta; mas, con todo esto, hubo de luchar con gravísimas dificultades, porque nunca ha sido fácil improvisar armadas, y menos organizarlas.

Con los anuncios del armamento, abultados como de ordinario sucede, se activaron los de los puertos de España con exigencias del Ministerio, tanto mayores cuanto más iban escaseando los elementos. Se habían despachado para el Brasil y las Antillas 43 galeones; se pretendía juntar de nuevo los suficientes á la formación de fuertes escuadras en Cádiz, Lisboa, Barcelona y Nápoles; habilitar las ordinarias de galeras; poner las plazas marítimas en estado de defensa, acudiendo al embargo y detención de las naves del comercio, nacionales ó extranjeras, si voluntariamente, y á cualquier precio, no se obtenían. Por primera vez se ordenó la compra de bajeles de guerra en el Norte, sin perjuicio de estimular la construcción en Cantabria y Galicia, y de iniciarla en Gibraltar. Hacíanse ofrecimientos de puntualidad en la paga á los asentistas, con la mejor intención de cumplirlos, sin duda, y sin idea de que en la realidad llegaran á pagar con la vida ó la reputación los comandantes de bajeles enviados á la mar faltos de todo, con gente tomada á la fuerza de las ciudades ó de los campos, á fin de hacer bulto, que era lo que en las esferas gubernamentales tenía importancia [2].

1 Documentos de la misma *Colección*.

2 Deducciones sacadas de las órdenes de armamento y representaciones de los

Por adelantado salió de Nápoles á 10 de Mayo de 1635 el Marqués de Santa Cruz, con armada compuesta de 35 galeras y de 10 naos que gobernaba el almirante Francisco Imperial, conduciendo 7.500 infantes españoles é italianos. Al público se comunicó que iban á castigar desmanes de los berberiscos, estando destinados á sostener la rebelión de la Provenza, á que no era ajeno el Duque de Orleáns, hermano del rey Luis XIII, tomando por el servicio las islas Hyères ó cualquier plaza de la costa que sirviera de desembarcadero. El plan falló por flaquear la base en el país y por sufrir la escuadra temporal en que naufragaron nueve galeras y dos de las naos, con sensible pérdida de vidas (21 de Mayo) [1].

Sin embargo, repuestas las averías en el puerto de Génova, como llevara á él el Marqués de Villafranca las galeras de España y un contingente de 3.000 soldados mallorquines, acordaron ambos Generales apoderarse de las islas francesas de Lerín, si pequeñas é improductivas, de más fácil defensa que las Hyères y buenas al objeto que fijó la atención en ellas; porque si bien requeriría su mantenimiento el servicio de las galeras para atender á la provisión y apoyo de los ocupantes, habían de servir, en cambio, de tránsito y escala á las galeras mismas en los continuos viajes á Italia, eslabonando en la costa lo que la hostilidad de Francia podía interrumpir sin más que poner en aquel paraje su escuadra.

La empresa se acometió saliendo de Génova el 12 de Septiembre sin que nadie penetrase el secreto, y llegaron, por tanto, las galeras al canal que separa á las islas del Continente

generales, de que hay buen número en las *Colecciones de la Dirección de Hidrografía*, singularmente en la de *Sans de Barutell*, art. 3.°, y en la Correspondencia del nuevo Duque de Medina-Sidonia, muerto su padre D. Manuel Alonso de Guzmán, al que sucedió en el cargo de Capitán general del mar Océano y costas de Andalucía en 1636. *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[1] Trata de la expedición, como organizada por el virrey D. Manuel de Fonseca y Zúñiga, conde de Monterrey, Domenico A. Parrino, *Teatro eroico e politico de goberni de Vicere*, Napoli, 1692. Matías de Novoa declara su objeto, lib. III, pág. 80, é indica haberse traslucido en parte una relación publicada en París con título de *La dissipation de la flotte Espagnole commandè par le Marquis de Sainte-Croix*. A Paris. Au Bureau d'Adresse. 6 fojas en 8.° Supónense en ella las fuerzas de 58 galeras, 3 galeazas, 29 galeones, 36 naves y 20.000 hombres de desembarco.



de improviso. Diez quedaron en una de las bocas; cinco en la opuesta, suficientes para impedir el socorro intentado desde tierra con embarcaciones menores. Hecho esto, se verificó el desembarco de tropa en la isla de Santa Margarita, dominante de la otra; y como el fuerte no tenía foso, al disponer el asalto con escalas capituló la guarnición, concedidas las condiciones de que saliera con armas y ropas y se le dieran embarcaciones para la costa enfrente. En la isla contigua de San Honorato esperaron los defensores á que se abriera trinchera y emplazara artillería antes de rendirse, por lo cual no se extendió la condescendencia á más de dejar las espadas á los oficiales [1].

Quedaron gobernando las dos islas los maestres de campo D. Miguel Pérez de Egea y D. Juan de Garay, encargados de ensanchar las fortificaciones, lo cual hicieron en demasía, abriendo foso en peña viva, en la primera, levantando baluartes que abarcaban plaza de armas para 4.000 hombres. En San Honorato se aprovechó el fuerte antiguo cerrándolo con cortinas de fagina y tierra. El cuidado de la mar se encomendó al Duque de Tursi con 16 galeras y 14 naves de la escuadra de Nápoles, y con esto se retiraron las de los Marqueses de Santa Cruz y Villafranca, llevándose aprehendidos 16 navichuelos mercantes [2].

¿Qué aliciente mejor para el estreno de la armada francesa? Dió, como era de esperar, la vela en Belle-Isle, con ruido en Europa de altas intenciones, pareciendo al cardenal Richelieu poca cosa echar á los españoles de Lerín, hacerles pagar con intereses la ofensa y resarcirse del gasto material interceptando las flotas de Indias, emulando en ello los intentos de toda nación que hubiera guerreado por mar con España.

Dicho sea en puridad, razón había para esperar que los

[1] *Relación de la toma de las dos islas de Santa Margarita y San Honorato por los Marqueses de Santa Cruz y Villafranca, enviada por la Duquesa de Fernandina al Padre Pedro Gonzàlez de Mendoza, Visitador de esta provincia.* Año 1635. *Memorial Histórico Español,* t. XIII, pág. 279. Matías de Novoa, lib. III, pág. 83.

[2] *Memorial* dicho, t. XIII, pág. 352.



desvelos que representaba el armamento tuvieran compensación con su servicio. Constaba esta escuadra, llamada de Poniente, á fin de distinguirla de la de Marsella, ó de Levante, de 39 navíos de guerra y 12 transportes; la capitana de 1.000 toneladas y 52 cañones; los demás de 600 á 200 toneladas. Habíansela agregado seis navíos de fuego, invención nueva que designaron con nombre de *brûlots*, y que había de producir mudanzas en la manera de combatir.

Navíos de fuego se usaron desde remota antigüedad, empleándolos contra bajeles ó escuadras al ancla. Sabido es el efecto que causaron en la batalla de la Rochela, empleados contra los ingleses por el almirante castellano Bocanegra (1372); el terror que infundieron entre la armada del Duque de Medina-Sidonia cuando los ingleses se los echaron en Calés (1588), y los artificios diversos con que iban preñados los que, desde Amberes cercada, fueron á chocar con el puente de Alejandro Farnesio; mas en estos casos y en muchos otros iban á incendiar ó destruir objetos fijos; la idea de aplicarlos á los movibles no había ocurrido hasta entonces; por ello la considero invención nueva.

Exteriormente, no se distinguían estos navíos de fuego de otros cualesquiera de guerra más que en los arpeos ó garfios de hierro que llevaban en los penoles de las vergas con objeto de enredarse en la jarcia de los contrarios: tenían el mismo aparejo y velamen; eran de mediano porte, si bien los hubo de 200 y 300 toneladas; llevaban poca tripulación y navegaban al abrigo de otros navíos y con la lancha en el agua, para que los hombres pudieran retirarse en el momento oportuno. En el interior iban llenos de materiales combustibles que, para serlo más, se impregnaban en alquitrán y trementina; en la cubierta se instalaban artificios nombrados camisas de fuego, por encerrar bajo capa de lona embreada una composición de azufre y polvorina, algo parecida al antiguo fuego griego. De la misma materia corrían por los palos ciertos cilindros ó salchichones que comunicaban entre sí y con las camisas por medio de mechas de cohete. Una vez puesto el navío en la proximidad del que trataba de abrasar se encen-

día la mecha al embarcar los marineros, y en pocos momentos se convertía en hoguera inextinguible [1].

Apareciendo como jefe superior de la armada Mr. Henri de Lorreine, conde de Harcourt, general de mar y tierra, era director efectivo el arzobispo de Burdeos, Henri d'Escobleau de Sourdis, personaje inquieto, irritable, activo, de aptitud más guerrera que eclesiástica, amigo y confidente de Richelieu. Recibió en un principio título de Consejero en la escuadra, á reserva de sobreponerle á los aconsejados oportunamente [2].

Emprendieron la navegación el 9 de Junio de 1636, costeando nuestra península, en el Océano y Mediterráneo, sin oposición ni accidente: las primeras banderas españolas vieron sobre Villafranca, por estar el Marqués de este título, Duque de Fernandina, á la mira de la fortaleza de Mónaco, guarnecida por nuestros soldados, con 44 galeras, juntas las escuadras de España, Nápoles, Sicilia, Génova y Toscana.

Si se diera crédito á los despachos del Arzobispo, que no pecaba de modesto, estas galeras hicieron triste campaña, huyendo de puerto en puerto al aproximarse los navíos franceses, que las castigaron con frecuencia. Si se atiende á los del Marqués [3], no le parecía que la armada enemiga, habiéndose agregado la escuadra de Levante, y componiendo conjunto de 80 navíos y 16 galeras, hiciera cosa sonada en aquel

[1] Tratando de los navíos D. Josef de Pellicer y Tovar en sus *Avisos históricos que comprehenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra monarquía desde el año de* 1639, dice: «Han dado en esta invención de fuegos facilísima de reparar. Son unos vasos que traen sólo tres hombres dentro, que gobiernan los cabos. La hechura es á modo de saetías pequeñas; traen una lancha por su barlovento pegada al timón, que gobiernan con una como horquilla que encaja en él, y en habiendo abordado con los navíos contrarios, danle fuego. Echan algunos arpeos que vienen pendientes de las vergas; bájanse á la lancha los hombres y á toda priesa se retiran, y así hacen el daño.» *Semanario Erudito* de Valladares, t. XXXI, pág. 198.

[2] Tengo á la vista la *Correspondance de Henrry d'Escoubleau de Sourdis, archevêque de Bordeaux, augmenté des ordres, instructions et lettres de Louis XIII et du Cardinal de Richelieu à Mr. de Sourdis concernant les opérations des flotes françaises de* 1636 *a* 1642, *et accompagnée d'un texte historique, de notes et d'une introduction par M. Eugène Sue*. Paris, 1839.

[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 11.—Relaciones impresas. Matías de Novoa, *Memorial Histórico*.



año, por la rivalidad de los jefes y por la inexperiencia que en sus maniobras se advertía. Con las fuerzas de su mando, tan inferiores y disímbolas, no procuró realmente reñir batalla, mas no dejó tampoco de mantenerse á la vista de la adversaria, molestándola y contrariando sus propósitos.

Trataron los franceses de desembarcar en Mónaco, y estando al ancla los hostigó de forma que hubieron de ponerse á la vela. El mismo resultado consiguió en Menton y en San Remo. Si fondeaban, se aproximaba á tiro de sus grandes cañones de crujía; si le seguían, colocábase con los remos á barlovento. Huía ciertamente de las ocasiones en que pudieran batirle con ventaja; huía como se dice que huyen los fantasmas tratando de asirlos, y huyendo así se realizó su vaticinio; ni en las islas de Lerín, ni en Mónaco, Saona, Génova y Liorna, donde por armas ó astucias ponían el deseo, hicieron nada de provecho, decidiendo al fin irse á invernar en Tolón y Marsella.

Probó el Marqués de Villafranca ser hábil general, conocedor del partido que cabía sacar de las fuerzas con que contaba; y fué de tal importancia, que, viéndose el Duque de Parma defraudado en las ofertas hechas por Francia al presentarse su potente armada, se acomodó con España, produciendo las escaramuzas de las galeras el tratado de paz. Un enemigo menos no despreciable, si no tanto de temer como el que se presentaba inexorable: la penuria.

Los armamentos continuaban con la lentitud tradicional, sin que en todo el año se pusiera en ser más escuadra que la de Nápoles, de 30 naves y algunas tartanas, por entender en ellas los asentistas Masibradi, Martolosi é Gentile. Llevaron al ejército de Milán 10.000 infantes y 300 caballos; buen servicio. La de Cádiz distaba mucho de estar á punto. Nombrado para regirla el Duque de Maqueda [1], con el título y puesto que tuvo D. Fadrique de Toledo, se había suplido su inexperiencia en materias náuticas colocando á su lado á

[1] Don Jorge de Cárdenas y Manrique de Lara, duque de Maqueda y de Nájera, conde de Treviño y de Valencia, marqués de Elche, caballero de Santiago. Había gobernado á Orán.



D. Antonio de Oquendo, con cargo de almirante general de España. Lo que no tan sencillamente podía subsanarse era la falta de marineros y de materiales, por más que con inmejorable voluntad se atendiera á las órdenes y apremios repetidos de la Corte. El último, enviado en el mes de Agosto, instaba al Duque á salir á la mar y atacar al enemigo, en la inteligencia de tener ya listos 36 galeones. Como no era así, sin dejar de apremiar la partida, ni atender tampoco á las representaciones de excusa, se previno saliera inmediatamente Oquendo, con los navíos disponibles, á invernar en el puerto de Mahón, confiriéndole el gobierno de la isla de Menorca, á fin de que, con el lleno de la autoridad en mar y tierra, la pusiera á cubierto de los franceses [1].

[1] La contestación del Almirante debe conocerse, porque sirve de clave á los sucesos posterio es. Decía:

«Señor: Á la carta de V. M. que por copia me remite con correo en diligencia el secretario Pedro Coloma, con otra suya de 21, respondo aquí deseando mucho acertar á satisfacer á V. M. en ésta, como también en su ejecución. Veo que V. M. se ha servido resolver que salga con este trozo de armada y vaya la vuelta de Levante á juntarme con la de Nápoles, y aunque sea con menos infantería que la que requiere su dotación, y menos pólvora, lo procure cuanto antes, en fe de que de la gente me proveerán en las costas de Valencia y Cataluña, y de la pólvora y municiones en Málaga y Cartagena; y que, en habiéndome juntado con la dicha armada, solicite atajar los designios de la enemiga, llevando conmigo las urcas que pudiere de los puertos. Y aunque mi obediencia será en esta ocasión la misma que en todas las demás en que V. M. ha querido emplearme, por lo que debo á su real servicio y deseo los aciertos de él, me ha parecido representar á V. M. lo que me ocurre en la materia.

»Buscar las ocasiones, señor, con desigualdad conocida, promete malos sucesos. Noticias tenemos de que la armada de los enemigos es de 70 naos; las 40 gruesas, y algunas de tan excesivo porte que pasan de 2.000 toneladas, cosa jamás vista en el mar, con tanto número de artillería y gente que, cuando sea mucho menos de lo que se dice, quedará muy superior en todo; y de las naos que yo tengo aquí, sólo las dos que vinieron de Vizcaya llegan á 700 toneladas; la capitana de Masebradi á 600; *San Carlos*, de su escuadra, y la *Vegoña*, á 500. Ninguna de las demás pasa de 400, y algunas son de 300, porte que los pataches del enemigo le tendrán. De cuál son las de Nápoles, no lo sé, ni su número; pero sí que, conforme á razón, es dificultosísimo de creer que éstas se junten con aquéllas sin que el enemigo lo impida, supuesto que es un palmo de mar el de Levante, y que tiene puertos é islas donde poder asistir. Que á mí no se me señala dónde he de hallar á las de Nápoles, y aunque lo lograra, también se ofrecerán los mismos inconvenientes. Demás de que, no porque el enemigo haya embocado el Estrecho se imposibilita de encontrarlo yo, aunque lo procure estorbar, porque es fuerza que me falten noticias suyas, pues en las costas y puertos donde pueda tomarlas serán muy

Llegó con estas dificultades el año 1637, sin haber encontrado medios para proveer de pagas y raciones á las galeras del Marqués de Villafranca ni á la guarnición de las islas de Lerín, siendo consecuencia la merma de la gente en unas y otras por enfermedades y deserción. Los franceses, bien in-

casuales y escasas, y este modo de seguir á una armada sólo es para galeras, que pueden recogerse cuando la ocasión lo pida; porque aunque el enemigo haya embocado, tan generales son los levantes con que puede venir á buscarme á la parte donde yo asistiré, como los ponientes con que entro. El ir de modo que consista sólo el perderse las armas de V. M., ó el salvarse en llegar á encontrarse las armadas, por la desigualdad y la cortedad de aquel mar, no es poner en duda el efecto, sino que desde luego puede darse por concedido; y aunque pudiera valerme de ejemplares y reparos que grandes capitanes han hecho en tales ocasiones para abstenerse de ser generales, y servir con una pica por no aventurar la reputación ganada, por no verla tan apretada lo excuso, aunque con harto olvido de poder vencer estos imposibles y conseguir el buen suceso y lucimiento de las armas que V. M. desea. Si todavía con lo que represento á V. M. fuere su real voluntad que se ejecute esta orden, sírvase V. M. enviarme muy por menor las que debo observar en el viaje, porque de los buenos sucesos que hubiere no he de alegar méritos, supuesto que el mayor premio será para mí acertar á servir á V. M., y porque tampoco debe permitir V. M. que de los no tales me hagan cargos ni resulten visitas como las que hoy todavía me hallo embarazado, cuando es tan notorio mi celo en el servicio de V. M. á sus mayores aciertos.

»Juzgar yo, señor, que si no hubiera graves inconvenientes; que no sé cuáles puedan pesar tanto como los referidos, se acertaría en mandar venir las naos que están en la Coruña, y las de Lisboa, á esta bahía, ya lo hubiera hecho y mandado para que con todas se hiciese el viaje, con que se aseguraba más la ejecución de las órdenes de V. M.

»De Málaga se sabe que vienen por tierra 200 quintales de pólvora; y pues parece que esta playa está menos aventurada, hallándose el enemigo en Levante, se podrán sacar de ella otros 300 quintales, y todavía será necesario echar gente en las partes donde V. M. manda.

»La infantería de la armada que está en el presidio, y la que se halla en las naos, es tan poca como á V. M. le consta por las relaciones que le he enviado. La propia del presidio parece preciso que V. M. la mande embarcar, y también la parte gruesa, reduciéndolas á dos compañías; porque ir las naos desarmadas hasta la parte donde hubiere de recibir alguna es caso en que debe de repararse mucho, porque con el tránsito puede ofrecerse ocasión, y aquélla será bisoña y de ningún provecho para la presente, si ya no fuese la que milita en las dichas costas. Ya he dado cuenta á V. M. de que en esta bahía no hay urca ninguna que poder embargar para el efecto que V. M. manda, y el Duque de Medina habrá escrito á V. M. lo que hay en aquel puerto.

»En materia de bastimentos podré decir á V. M. lo que en la pasada, y que hasta hoy no he encontrado en las naos un quintal de bizcocho. Al fator solicito todos los días; ahora me asegura que con mucha brevedad irá remitiéndole de las partes donde se labra, y de lo que fuere haciendo daré cuenta á V. M.

»Todas las órdenes de V. M. que hubieren de remitírseme para la entrega de la

formados por sus agentes en Génova [1], salieron de Tolón con designio de dar golpe de efecto donde menos se pensara, y á 22 de Febrero se presentaron ante Oristán, en la isla de Cerdeña, batiendo á una torre con cuatro piezas que defendía el fondeadero, tras lo cual desembarcaron 5.000 hombres, que sin obstáculo entraron en la vecina ciudad, abandonada por los vecinos. Fué saqueada, sin embargo, saliendo compañías á verificarlo en las casas de campo en los primeros momentos, porque, no tardando en reunirse algunos caballos, contuvieron las salidas y aun pusieron en cuidado á los invasores, imitando á los comparsas de teatro que pasan y repasan entre bastidores, componiendo con 80 jinetes un regimiento. Á ellos se fueron llegando estudiantes, clérigos y frailes, gente de sotana, teniendo por cabo el famoso aventurero de otros tiempos, Duque de Estrada, ahora arrepentido fraile hospitalario, que por accidente de fundación se encontraba en Caller, y revivió momentáneamente á las armas en honra del Arzobispo marítimo de Francia.

Bastaron estos pocos, adelantándose á la noticia del somatén general en la isla, para que los enemigos reembarcasen, no sin tener que pelear á retaguardia con pérdida que nuestras relaciones fijan en 700 muertos, 36 prisioneros, parte del botín, dos piezas de campaña, 700 mosquetes, 11 lanchas, cuatro pedreros de bronce y uno de hierro [2].

gente deste presidio y de los lugares de la costa, y de la pólvora, mande V. M. que se me envíen con tiempo, porque hasta ahora no ha venido ninguno. Nuestro Señor guarde la preciosa vida de V. M. por tantos años como yo deseo. Cádiz, 26 de Julio de 1636.» *Memorial Histórico Español*, t. XIII, pág. 467.

[1] *Correspondance de Sourdis*, citada.

[2] De la invasión, contada por Novoa y por los autores de las cartas insertas en el *Memorial Histórico*, se imprimieron relaciones sueltas. Duque de Estrada las refirió en sus Memorias, ó sean *Comentarios del desengañado* (*Memorial Histórico*, tomo XII), explicando por qué raras coincidencias se encontró nombrado *lugarteniente capitán general del estado eclesiástico;* pero con más extensión se narra lo ocurrido en opúsculo especial, titulado: *Invasion de la armada francesa del Arzobispo de Bordeus, y monsieur Enrique de Lorena, conde de Harchout, hecha sobre la ciudad de Oristan del reino del Cerdeña en 27 de Hebrero deste año 1637, y los successos que tubo en ella, con las órdenes y prevenciones que para su defensa mandó hacer el Excellentiss. Señor Marquès de Almonacir, Conde de Pauias, su Virrey y Capitan general. Dedu-*



Desde Cerdeña se encaminó la escuadra á las islas de Lerín con mal signo; formalizado el ataque en la de Santa Catalina fué rechazada con baja considerable en la gente, averías en las naves é incendio de dos chatas en que llevaban material de sitio, ocurriéndoles otro tanto en Villafranca, donde procuraban resarcirse. Hubieron, pues, de retirarse á los puertos, preparando segunda acometida.

Diéronla el 18 de Marzo, dividiendo la fuerza en dos escuadras que, á tiro de mosquete, dispararon unas 2.000 balas sobre el fuerte, desmontando sus cañones y arruinando un muro. Desembarcaron entonces hasta 8.000 hombres para abrir trinchera, estableciendo sitio en regla, que duró hasta el 6 de Mayo. En esta fecha no era ya posible continuar la defensa, abierta brecha de 35 toesas, desmontados los cañones y cortada el agua, capitulando por ello la entrega de la plaza con las condiciones más honrosas, á saber: salida de la guarnición con armas y bagajes, banderas desplegadas, bala en boca, cuerdas encendidas, tambor batiente, llevándose las armas de los muertos y heridos, dos piezas de artillería con el material correspondiente, los heridos, enfermos, muebles, carros, caballos, y todo lo de pertenencia particular, en embarcaciones facilitadas por los sitiadores [1]. Las ocuparon 600 infantes, 210 heridos, 50 capitanes y oficiales, marchando al puerto de Final, y dejaron en el fuerte 18 piezas de artillería y 32 barriles de pólvora.

Todo el tiempo que duró el sitio anduvo por las inmediaciones de las islas D. Melchor de Borja con 18 galeras, sin hallar ocasión de auxiliar á los sitiados, y menos pudieron hacerlo algunos navíos de vela de la escuadra de Nápoles. En uno de éstos, de Gentile, que penetró en el canal de las

cida de los papeles originales, y *Relacion remitida á la Magestad Catholica de Don Phelippe IV el Grande Rey de las Españas N. S. En Caller, en la Emprenta del Doctor Antonio Galcerin*, por Bartolomé Gobetti, MDCXXXVII. *Con licencia de los superiores*. En 4.°, 96 páginas. El Arzobispo censuró las decisiones del Conde d'Harcourt, haciéndole responsable de los desórdenes del saqueo y reembarco. De las pérdidas sufridas no dice palabra, no siendo amigo de consignar estos datos en su correspondencia, á que me refiero.

[1] Insértase el texto íntegro en la *Correspondance de Sourdis*.



islas, hicieron los bloqueadores el primer ensayo afortunado de los navíos de fuego, abrasándolo.

Acabada la conquista acometieron á la isla de San Honorato, de menos importancia, y que resistió menos, aunque lo hizo honrosamente. En la capitulación no se acordaron á los defensores tantas ventajas como á los otros; salieron con armas y bagajes, pero sin municiones ni banderas, queriendo los vencedores conservarlas por trofeo [1].

Un punto en las comunicaciones del Arzobispo requiere consideración, pareciendo raro que, á tiempo en que de tal manera se celebraba en París el triunfo, tratara de deslustrarlo. Al Rey escribió que las galeras del Marqués de Villafranca estaban en estado miserable, sin remeros y aun sin vestidos, y que habían transcurrido dos años sin que los soldados de guarnición de las islas recibieran una paga, todo lo cual parece exacto; pero agregaba, sirviéndose del antecedente, haber tratado en secreto con los gobernadores *Miguel Peyres* y *Crespe de Gayette*, á fin de que no se opusieran al desembarco de las tropas francesas mediante cantidad convenida.

Dicho esto en carta reservada, sin temor de que ante el Rey lo contradijeran los aludidos, es cosa llana; más contradicción hay en la defensa llevada al extremo, que

[1] Publicáronse en París cartas reales noticiando la determinación de ponerlas en la iglesia de Notre-Dame, con asistencia de la Corte, y se verificó la ceremonia el 8 de Junio, conduciéndolas cien suizos del Rey con trompetas y atambores, recibiéndolas el Arzobispo con el Capítulo á la entrada del coro, tras lo cual respondió á la arenga del Maestro real de ceremonias y cantó *Tedéum*. Todo se refiere en los siguientes impresos:

Lettre du Roy envoyée a Monseig. l'Archévesque de Paris sur la victoire obtenue par Sa Majesté contre les Espagnols es Isles Saincte Margueritte et Sainct Honoré de Lerins. A Paris, chez Pierre Targa, MDCXXXVII, 3 hojas en 8.°

Lettre du Roy envoyée a MM. les Prevost des marchands et echevins de sa bonne Ville de Paris. Sur les drapeaux gaignez es Isles Sainte Margueritte et Saint Honoré. Envoyer pour mettre en l'Eglisse Nostre Dame, et commandement de se treuver en Corps pour assister au Te Deum. A Paris, chez Pierre Rocolet, MDCXXXVII, 4 hojas en 8.°

Les ceremonies du Te Deum chanté a Nostre Dame et des drapeaux qui y ont esté portez en suite de la reprise des Isles sur les Espagnols. Du Bureau d'Adresse. A Paris, MDCXXXVII, 7 hojas en 8.°



el mismo acusador realza, expresando no tener al rendirse reparo, ni víveres, ni agua, atenidos á la filtración salobre de una roca. Negación hay también en las condiciones de la entrega, por rareza sentadas en los fastos militares. El maestre de campo D. Miguel Pérez de Egea, tachado de venal, y el Arzobispo de Burdeos, volvieron á encontrarse frente á frente, andando el tiempo, en Fuenterrabía, y no fué el primero el que hizo peor papel; de modo que algo oculto ó misterioso movía la pluma ofensiva, y no es mucho suponer lo hiciera el antagonismo y la malevolencia del escritor hacia sus colegas los Generales de tierra y mar, teniendo en cuenta que uno de ellos, con mano sacrílega, había dejado caer el bastón sobre las espaldas de Su Reverencia.

El fundamento de la aserción debió de consistir en la infidelidad de un clérigo sardo, confesor de Egea, que no sólo vendió en aquella ocasión servicios á los franceses, sino que siguió á sueldo suyo, desempeñando el repugnante papel de espía, y les informó de los planes contra Tolón y Saint-Tropez, sucesivamente deshechos con su intervención.

Pérez de Egea recibió plácemes y mercedes por la defensa hábil y bizarra del puesto que tenía á cargo, bien ajeno de que en los archivos de Francia quedara tiznada su memoria [1].

Ducho en el soborno era el señor Arzobispo; pruebas se descubrieron en Cerdeña, Génova, el Final y Nápoles, y con tales armas entretuvo el resto de la campaña, sin otra acción de guerra que el auxilio con lanchas, por la laguna, á la plaza de Leucate, frontera de Francia, y ello con mucha precaución y respeto á D. Antonio de Oquendo, estacionado en Rosas con 19 galeones.

Éste y D. Melchor de Borja condujeron tropas desde Nápoles al Final y á Liorna, amagados, y el Marqués de Villafranca, premiado con el título merecido de Teniente gene-

[1] Á una voz se elogió en España el comportamiento del Gobernador de las islas. En el *Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 131, se dice: «Ha enviado S. M. decreto mandando que á D. Miguel Pérez de Egea, que es natural de Cerdeña (nació en Caller en 1597), se le haga merced de título de Vizconde y de una encomienda de Montesa de 2.000 ducados de renta, y del castillo de Perpiñán.»

ral de la mar, deshizo las maquinaciones encaminadas á separar de España á la Señoría de Génova, utilizando suceso fortuito.

Era el caso fundado en el encuentro que el referido don Melchor de Borja tuvo en el canal de Córcega, llevando nueve galeras de su escuadra de Nápoles, seis de Sicilia gobernadas por el Marqués del Viso, y 6 de Génova á cargo de Joanetín Doria, hijo del Duque de Tursi, con 10 naves holandesas, que contestaron arrogantes á la intimación de reconocimiento. Duró dos días el combate, favoreciendo á las galeras la calma de la mar; de modo que apresaron nueve de las naos, incendiando á la décima, no sin costa de 100 muertos y heridos. Llevaban entre todas 150 cañones y carga de trigo, propiedad de cargadores genoveses, que la reclamaron con protestas [1]. De aquí el conflicto en que los franceses tomaron parte atizando á los descontentos y ofreciendo el concurso de su armada.

Otra complicación cuando, pasada la escuadra francesa al Océano, menos se esperaría, causaron los berberiscos, de los que tiempo há nada se ha dicho.

Cuadrábales muy bien la discordia entre los cristianos, pues que, á más de tener entretenidos á los bajeles en destruirse, proporcionaba halago á los suyos. Díjose que, al tiempo en que se preparaba la armada francesa, llamó «el cristianísimo cardenal Ochalí [2]» á 25 de sus navíos para que le guardaran el Canal de la Mancha, con cuyo motivo se vieron por allá la vez primera. Sin esto, hallándose á sus anchas, se habían multiplicado de forma que informaba el Duque de Medina-Sidonia al Rey no bastarían 40 naves si se tratara de deshacerlos. [3]

Habíanse arriesgado á interceptar el convoy de víveres despachado para la Mámora [4]; navegaban en escuadras de 15 y 20 vasos, teniendo en perpetuo rebato á las costas de

[1] Relaciones impresas.— *Correspondance de M. de Sourdis.*
[2] Por Uluch-Alí. *Memorial Histórico,* t. XIII, pág. 304.
[3] *Colección Navarrete. Correspondencia,* t. XXXII.
[4] *Colección Sans de Barutell,* art. 3.°, núm. 920.

España [1]; en la de Valencia, de una vez cautivaron á 500 personas [2]; y tan sin recelo cruzaban las aguas, que al venir la escuadra francesa desde Belle-Isle al Mediterráneo, avistó sobre Cabo Espartel 20 naves de Salé; dentro del Estrecho cinco navíos y dos galeras argelinas, y dos de éstas á la entrada de Ibiza [3].

Alguna que otra presa les hicieron las galeras en encuentros de azar, sin compensación de las que ellas conseguían cada día de barcas de pesca ó comercio, y aun á los de guerra se atrevían topándolos aislados, como sucedió al galeón del capitán D. Luis del Campo, nombrado *Sansón*, yendo desde Cádiz á Levante. Catorce argelinos le atacaron á vista de Tarifa, aferrándole por todos lados con empuje, que mucho le dió que hacer, no obstante la superioridad de la artillería. Al fin pudo zafarse con trabajo, habiendo destrozado á la almiranta enemiga, que se fué á pique [4].

Adquirida por ellos la certeza de no tener que guardarse más que de las galeras de Malta y de San Esteban, que cumpliendo su instituto continuaban buscándolas [5], juntaron las disponibles de Argel, Biserta y Túnez, imaginando correrías que hicieron en la costa de Sicilia, frontera de África, y seguidamente en la de Calabria.

Tentaron á Cotrón, y aunque de allí fueron rechazados, siguieron al Adriático con intento de saquear la casa santa de Loreto y hacer con las joyas y dinero el complemento de la carga de cautivos. Tuvieron los venecianos aviso de la proximidad, y despacharon al punto escuadra superior, que los sorprendió empachados y batió completamente, sumergiéndoles algunas galeras y rindiendo 16, que era el resto, con todo lo hurtado. No menos de 3.000 cristianos se dice que tenían prisioneros y se vieron libres, y en libertad dejaron los vencedores á los que resultaron turcos, respetando el

[1] *Colección Navarrete*, t. XXXII.
[2] *Memorial Histórico*, t. XIV.
[3] *Correspondance de M. de Sourdis.*
[4] Relación impresa.
[5] Pueden verse citadas en el Apéndice las relaciones de combates y victorias.

estado de paz en que estaban con el Gran Señor [1]; mas éste se dió por agraviado atendiendo á la reclamación de los beys, y la hizo suya con amenazas harto expresivas.

La Señoría acudió al Rey de España con embajada, haciendo valer como servicio generoso verificado en defensa de las provincias de Nápoles y Sicilia el que no reconocía más causa que la propia conveniencia; no obstante, los negociadores hábiles consiguieron que mediara el Rey en el asunto y ofreciera, para el caso de necesidad, una escuadra. Se esforzaron entonces los apremios de armamento con rigor, llevado desde el verano anterior, al punto de significar al Duque de Maqueda optara entre la destitución de su cargo ó la salida á la mar con los navíos tal como se encontraran, y así se tuvieron [2].

Asimismo se mantenían en la mar las galeras á disgusto de los Generales, obligados á llegarse personalmente á la corte y declarar de palabra lo que por escrito no se entendía ó atendía, y ocurrió que en ausencia de los Marqueses de Villafranca y del Viso, al llevar tropas al puerto de Final, tro-

[1] *Relación verdadera de la presa que las galeras de Venecia alcanzaron de las de Túnez y Argel, año* 1638.—Ms. Academia de la Historia.—*Colección de Jesuítas*, tomo CXIX, núm. 199.

[2] Así también eran ellos. Debe tenerse presente la circunstancia al juzgar ocurrencias sucesivas, fijando la atención en los apuntes contemporáneos que confirman las representaciones de Oquendo. Matías de Novoa (lib. V, pág. 325) escribió: «Estaba el Duque en Cádiz remiso y sin disponerse á salir; decía no tenía lo necesario; los bajeles desaparejados, abiertos, sin gente, sin municiones, sin matalotaje, y, sin embargo, se le apretaba que saliese. De estos navíos nos dijeron después que en varios puertos de España y en los de Italia surgieron á repararse y recibir socorro, porque los más de ellos estaban inútiles y no podían navegar por hacer agua. Sufrió el Duque de Maqueda este siniestro con toda la templanza que pudo.....» En otro pasaje repite (lib. VI, pág. 381): «El Duque de Maqueda se vió á pique de fracasar porque no salía con la Armada real para Italia, diciendo le diesen lo que había menester para la expedición, porque los bajeles estaban desaparejados y sin dar carena, y fué así, que después pararon en diferentes puertos, porque los más hacían agua. Querella es ésta común entre soldados y capitanes, así de mar como de tierra.....» De la intimación hecha al Duque verbalmente por el Asistente de Sevilla de orden de S. M., se habla también en las cartas del *Memorial Histórico*, tomo XIV, pág. 193, y otras transcribe D. Antonio Rodríguez Villa en su obra *La Corte y la Monarquía de España en* 1636 y 1637 (Madrid, 1886, pág. 222), como ésta: «Á D. Lope de Hoces han enviado más de diez correos, uno sobre otro, para que salga de la Coruña.»



pezaron con la escuadra de las de Francia, á la vista de la ribera de Génova, el 1.º de Septiembre de 1638.

Iban nueve de la escuadra de España, gobernadas por don Juan de Orellana, capitán de la capitana [1], y seis de Sicilia, que conducía D. Francisco Gutiérrez de Velasco [2], y al avistar á las enemigas, en igual número de 15, conferenciaron los jefes discutiendo lo que les convendría hacer, sabiendo ser nuevas las galeras francesas, estar perfectamente equipadas, y deseoso su general, Marqués du Pont-de-Courlay, de ocasión de lucimiento, mientras que las suyas, sin remeros suficientes y en mal estado los vasos, más que en disposición de pelea estaban en la de evitarla no siendo atacados. En aquel momento, sin contar la influencia que ejercía en las tripulaciones, y aun más en los capitanes y oficiales, la falta de la cabeza del General, traían las contrarias la ventaja del viento y del sol, al que ellos tendrían que, dar cara, recibiendo el humo. Una sola circunstancia tenían en pro: los soldados que llevaban de transporte, que, si bien nuevos, habrían de darles superioridad en el fuego de mosquetería.

Á juicio de Velasco, no era suficiente esto para contrarrestar las otras deficiencias y comprometer el lance; en la opinión de Orellana, que por desgracia se impuso, bastaba y sobraba para vencer y distinguirse con la acción que la suerte les deparaba como caudillos accidentales. Volvieron, pues, las proas hacia el enemigo, hallándose tan cerca de la costa que iban á proporcionar espectáculo á mucha gente.

[1] Nombrado D. Juan y D. Pedro de Orellana, con variedad, en las relaciones. Empezó á servir desde 1626 con plaza de soldado aventajado, haciendo campañas en las escuadras de galeras y en la de galeones de Oquendo. Se distinguió, siendo alférez en 1631, en combatir con navío de argelinos, que se apresó. Fué al Brasil con una carabela; regresó herido en las dos piernas de bala de mosquete; obtuvo patente de capitán de la galera capitana de España en 9 de Agosto de 1635, y le distinguió el Marqués de Villafranca nombrándole su lugarteniente en ausencias.

[2] Don Francisco de Velasco, Gutiérrez de Velasco, Rodríguez de Velasco y Rodrigo Hugo de Velasco, se ve escrito en diversos papeles. Era capitán diestro y afortunado, que consiguió de 1623 á 1637 18 presas de navíos berberiscos, ingleses y holandeses; capitán de la galera capitana de la escuadra de Sicilia, lugarteniente del Marqués del Viso.

Era mediodía: las galeras formaron en ala, colocadas en el centro la patrona de España y la capitana de Sicilia, en que se hallaban Orellana y Velasco. La misma disposición adoptaron las francesas, advirtiendo al acercarse que habían parapetado las proas con calabrotes. Ni unas ni otras dispararon la artillería hasta llegar á tiro de pistola, siendo por ello terrible el daño que se hicieron. La capitana francesa abordó á la de Sicilia; las demás, una á una lo hicieron, durando una hora lo más fuerte de la pelea.

La que vencía primero se llegaba á la inmediata, y así las hubo en una y otra banda, que se batieron desigualmente contra dos y tres, con igual bravura, con tesón que daba apariencia de fieras más que de hombres á los combatientes.

Una hora más pasada, empezó á desvanecerse la nube del humo de la pólvora, descubriendo la escena; los españoles bogaban hacia el puerto de Génova, llevándose tres galeras enemigas á remolque; los franceses quedaban en el lugar de la batalla con seis presas, en el número la patrona de España y capitana de Sicilia, las de los dos jefes, con cerca de 800 prisioneros.

Llegada la noche se alzaron los forzados españoles de la patrona y la recobraron, yendo á Génova á reunirse con la escuadra. Otro tanto hicieron los de la galera *Santa María;* mas siendo en mayoría berberiscos, ganaron la costa de África. La capitana de Sicilia varó en la playa, con lo que conservaron los franceses tantos vasos capturados como los españoles; pero éstos perdieron cinco, y á todas luces perdieron la batalla, aunque tratara de pintarse indecisa en las relaciones del tiempo.

La mortandad fué enorme, llegando la cifra á 2.000, y pasando de 4.000 la de los heridos de ambas partes, siendo difícil deslindar las de cada una vista la diversidad de las noticias. En la nuestra feneció Velasco con otros capitanes; Orellana resultó gravemente herido, y hubo galera en que pasaron de 200 los puestos fuera de combate. Se dijo haber sido sin comparación mayor la baja de los franceses, sobre

todo en personas de cuenta, reconociendo en el hecho más desorden que hazaña [1].

Pocos días después de la batalla se presentó ante el puerto de Génova la escuadra francesa de Levante, compuesta de 20 bajeles, de los que siete entraron, apoyando reclamación del Embajador para la entrega de la patrona de España, como presa legítima suya, sublevada y acogida en punto donde no debía de tener asilo. La gestión cubría el intento de mover los ánimos y de insistir en la separación de la República del protectorado de España, no teniendo mejor resultado por la actitud que tomó la nobleza en su contra [2]. Volviéronse las naves, dejando por entonces en calma al Mediterráneo.

De dos ocurrencias se debe hacer mención antes que el capítulo acabe: una, la creación de escuadra de seis galeras en Cerdeña, dándola por asiento al Duque de Tursi con el virreinato de la isla, que era tanto como hacerle señor de ella, premiando buenos servicios y precaviendo la repetición de sucesos como el de Oristán; otra, la investidura del cargo

[1] Se publicaron varias relaciones, circulando manuscritas otras que se conservan en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 5, (Biblioteca Nacional, H, 71,) y Academia de la Historia (*Colección de Jesuitas*, t. CXIX, núm. 258). Es notable la carta que, como testigo de vista, escribió Juan Judici Fiesco desde Génova á 6 de Septiembre, dirigida á su hermano Nicolás, que se hallaba en Fuenterrabía (*Colección Sans de Barutell*, art. 21, núm. 15), y que se condensa en esta frase: «Si Espagna piange, Francia non ride.» Novoa consigna (lib. VI, pág. 604): «Murieron 4.500 franceses soldados, y entre ellos número excesivo de monsieures y personas de calidad de la Provenza; de los nuestros faltaron 1.400 entre soldados y esclavos; salieron heridos el cabo D. Juan de Orellana y D. Alonso Pérez de los Ríos; mataron dos capitanes de galeras de España; cautivaron á Miguel del Barrio, capitán de la *Santa María;* murió D. Rodrigo de Velasco, cabo de las de Sicilia; D. Cristóbal de Heredia y un maestre de campo; quedando 450 españoles y franceses heridos, que reconocieron curándose en Génova, habiendo llevado allá por prisioneros estos últimos. Suplióse los que nos tomaron con los que les ganamos; pero el destrozo de la gente fué notable, y parece que no se juntaron allí sino á deshacerse, instigados del odio y la emulación envejecida de ambas naciones. Sin embargo, fué mayor la pérdida de su gente, y con particularidad en personas nobles, que es mucho de ponderar, porque hubo galera de las suyas que no pudo (¿quedó?) con 12 hombres.» Versión francesa hay en la *Correspondance de M. de Sourdis.*

[2] *Memorial Histórico*, t. XV, págs. 89 á 93.



de Capitán general de la mar, vacante desde el fallecimiento del infante D. Carlos, dada al príncipe Juan Carlos de Médicis, hermano del Gran Duque de Toscana, en prenda de amistad y alianza. Á tomarle pleito homenaje fué á Florencia el Duque de Tursi con acompañamiento de aparato.

XII.

GUETARIA Y FUENTERRABÍA.

1636-1638.

Invasión de Francia.—Toma de San Juan de Luz y Socoa.—Retirada.—Ataques por la costa.—Expedición á Flandes.—Presas.—Invaden á su vez los franceses.—Se apoderan de Irún, Rentería y Pasajes.—Sitian á Fuenterrabía.—La bloquean por mar.—Acude D. Lope de Hoces con la escuadra de Galicia.—Entra en Guetaria.—La destruyen los franceses con navíos de fuego.—Horrorosa escena.—Inculpaciones al General.—Su descargo.—Victorias del ejército.—Huyen los franceses.—El Arzobispo de Burdeos.

En el tiempo de los sucesos referidos, corriendo el mes de Octubre de 1636, pasaron nuestras gentes la frontera de Francia por Guipúzcoa y Navarra, invadiendo la tierra de Labort, y en pocos días se apoderaron de San Juan de Luz, Ciburu y caseríos intermedios con Behovia. La principal defensa estaba en Socoa, donde tenían los franceses fortaleza con 26 piezas y presidio de tropas regulares: batiéndola por mar D. Alonso de Idiáquez con 20 zabras, simultáneamente con el ejército del Marqués de Valparaíso [1] por tierra, entregáronse á partido [2], y aquí empezaron las dificultades serias, llegada la época de aguas y fríos, desbandada la gente que, teniendo cerca la vivienda, se volvía á España de propia autoridad. Para avanzar expugnando á Bayona era me-

[1] Don Francisco de Irazábal, virrey de Navarra.
[2] Hay varias relaciones impresas.

nester mayor contingente, y se fué enviando desde el interior, sin proveerlo de abrigos ni de mantenimientos, lo que equivalía á echar agua en cesto. La deserción y las enfermedades consumieron brevemente á los soldados, sufriendo la reputación de los capitanes, constreñidos á la retirada sin traerse siquiera los cañones de Socoa.

Algo hizo por la mar Idiáquez bloqueando á Bayona, corriendo la costa hasta Bretaña con rebatos y alarmas [1], persiguiendo á las pinazas que se acercaron á Castrourdiales y Guetaria en són de desembarco, apresando ocho navíos de Terranova cargados de bacalao y doble número conductores de provisiones [2].

Don Lope de Hoces realizó servicio no menos útil, partiendo de la Coruña, en Septiembre de 1637, con bajeles en que iba tropa y dinero para Flandes [3]: era ésta la comisión á que se le apremiaba por las faltas que en la guerra se iban sintiendo de un año atrás; y como el viento duro del Sur con que hizo el viaje desalojara á la escuadra holandesa del canal, entró felizmente en Dunquerque.

Trajo á la vuelta 500 infantes valones sin tenerlos ociosos, pues al paso por la costa de Francia tropezó con convoy de holandeses, del que tomó seis navíos y destruyó nueve; alcanzó después, en el golfo de Gascuña, otra flota francesa en que hizo igual riza, y entró en la Coruña con 12 presas, habiendo incendiado otras tantas.

En segundo viaje, emprendido el mes de Diciembre con más infantería, le siguió la fortuna, poniendo en sus manos nueve navíos mercantes holandeses, 24 más, habiéndose unido en el canal de la Mancha con la escuadra de Dunquer-

[1] *Mémoires du Maréchal de Bassompierre.* Paris, 1873.

[2] *Colección Vargas Ponce*, leg. 1, números 95 á 102.—*Colección de Jesuítas*, t. CXIII, número 219.—M. le Dr. E. T. Hamy, en el estudio titulado *Les Français au Spitzberg au XVIIe siècle* (París, 1895), dice: «En 1636, Saint-Jean-de-Luz, Cibourre et Socoa étaient pris et saccagés par les Espagnols, qui s'emparèrent de quatorze grands navires chargés de fanons et de lard récemment arrivés du Nord. Ce fut un véritable désastre, la pêche des Basques fut anéantie.»

[3] Al decir de Novoa, condujo en 20 galeones 7.000 infantes españoles y un millón en pasta de plata: las relaciones sueltas disminuyen las cifras.



que, estacionada en su espera; y si en el regreso le molestó la constancia de los vientos sures, teniendo que gastar cincuenta días y arribar tres veces á puertos de Inglaterra, no perdió el tiempo.

La salida hizo de Mardique, á 7 de Marzo de 1638, con 16 bajeles de su escuadra, 12 de la de Dunquerque y tres de particulares corsarios; el siguiente día dieron con la flota de 30 velas, de las que cobraron 15; el día 25 con otra mayor escoltada. Hubo que pelear, consiguiendo rendición de dos naves de guerra y 10 mercantes; el 7 de Abril rindieron las banderas otras tres holandesas sin resistencia. Este día se apartaron las escuadras, llevándose la de Dunquerque las presas, continuando la de D. Lope hacia España; mas todavía halló en el camino un convoy de franceses destinado al Canadá, y de sus 15 navíos pudo tomar siete y entrarlos en la Coruña [1].

Contando entre los sucesos venturosos del año la llegada á Cádiz de las flotas de Indias [2], con las expediciones de don Lope acabaron, entrando el astro de la marina española en el eclipse predicho anticipadamente por los observadores inteligentes, á tiempo en que la densidad de los nubarrones políticos auguraba conmociones en Portugal, en Nápoles y en Cataluña.

El 1.° de Julio, en correspondencia inesperada á la visita hecha por nuestros soldados á San Juan de Luz, esguazaban el Bidasoa más de 20.000 franceses, trayendo por cabeza al príncipe de Condé. Todo lo que al pronto reunió D. Diego de Isasi, coronel de la provincia de Guipúzcoa, para hacerles frente, fué cosa de 2.000 hombres, mal proveídos, que harto hicieron escaramuzando desde los lugares estratégicos, y así, avanzando los invasores, llegaron en tres días á vista de San Sebastián, donde les pareció haber resistencia, satisfaciéndose, por tanto, con ocupar á los lugares abiertos, Irún, Oyarzun, Lezo, Rentería y Pasajes. En los tres últimos estaban

[1] *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 8.
[2] Carta del general D. Carlos Ibarra. *Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 244.

en actividad los astilleros, construyendo 12 galeones para la armada real: cuatro se hallaban todavía sobre las gradas; cuatro, concluídos, pudieron sacarse [1]; los otros cuatro quedaron en poder del enemigo, así como también 60 cañones de bronce colocados en el muelle para el armamento, que precipitadamente se clavaron. Tomaron igualmente el castillo de Híguer, situado sobre el cabo de este nombre, dominando la boca del Bidasoa, que tenía 10 soldados de guarnición, y abrieron trincheras ante Fuenterrabía por no dejar plaza fuerte á su espalda.

Dentro de ésta había, entre presidio y vecinos, 700 hombres hábiles; estaba arruinado el muro que mira al mar, mas no faltaban municiones. En los primeros días introdujo don Alonso Idiáquez refuerzo de alguna gente; entró por gobernador el maestre de campo D. Miguel Pérez de Egea, el defensor de la isla de Santa Margarita; trabajaron las mujeres como auxiliares, se hincó estacada en sustitución de la muralla derruída y se aparejaron todos á sufrir las molestias de un sitio en que «por otra invención diabólica», al decir de las relaciones, sintieron el efecto de las bombas de fuego disparadas con dos trabucos.

Así que la noticia llegó á la corte, tomando de improviso á los ministros, corrieron órdenes encaminadas á la formación en Navarra y Guipúzcoa de ejércitos dirigidos por el almirante de Castilla D. Juan Alonso Enríquez. Por mar se dieron, suspendiendo la marcha de las escuadras que estaban en Lisboa á punto de salir para el Brasil, encargando á don Antonio de Oquendo que, con dejar en las Baleares á los navíos de Nápoles, pasara con diligencia los suyos al Norte, y urgiendo á D. Lope de Hoces, como más inmediato, la partida de la Coruña con el tercio de irlandeses que había traído de Flandes, para meterlo en Fuenterrabía.

[1] Consta en la relación de servicios del almirante Asensio de Arriola, natural de Deva, que al tomar los franceses á Pasajes sacó los navíos que allí se habilitaban «sin estar aparejados ni tener bastimentos, ni municiones, ni gente bastante para defenderse y navegar, y los llevó á Santoña». *Colección Vargas Ponce*, legajo de almirantes y leg. núm. 438.



Por mucho que los correos corrieran, se habían anticipado navíos de Francia, situándose en la concha del Bidasoa, bajo el castillo de Higuer, y cerrando la boca del río con línea de lanchas encadenadas que completaron la circunvalación. Don Alonso Idiáquez procuró inútilmente forzarla con sus zabras y pinazas para aumentar el socorro de la plaza; las fuerzas superiores del bloqueo le rechazaron con pérdida: y por darles más consistencia, vinieron una y otra armada de los enemigos con imponente refuerzo.

Trájolas el Arzobispo de Burdeos, que, habiendo pasado desde el Mediterráneo, como anteriormente se ha dicho, pertrechó los navíos en la Rochela, unió los que recientemente se habían adquirido en Holanda y los que mandó construir el Cardenal, componiendo armada de 64 velas, de ellas 44 gruesas de guerra, dos pataches, cuatro urcas, 12 transportes con municiones de boca y guerra, y 12 navíos de fuego (*brûlots*) [1].

Pasándose sin las dispensas solicitadas del Papa por el rey Luis XIII, y no acordadas por no creer Su Santidad que armonizara la prelacía con el humo de la pólvora mejor que con el del incienso, venía como general de mar en jefe con título de Teniente general, y fué su primera disposición hacer alarde de fuerza ante la plaza sitiada disponiendo en parada las naves, entre las que descollaban *La Couronne*, de 2.000 toneladas, y *Le Vaisseau du Roy*, de 1.000; bajeles de una especie que, según escribió D. Antonio de Oquendo, nunca se habían visto en la mar, y que á los espectadores parecieron moles enormes, monstruosas, por lo que los castillos, los costados y la arboladura sobresalía entre las naves ordinarias.

No obstante la presencia, procuró todavía D. Alonso Idiáquez, en circunstancias de marea y viento, forzar el bloqueo, romper la cadena de lanchas é introducir víveres y municiones en Fuenterrabía con 60 pinazas, resolución atrevida merecedora del éxito que no tuvo. Siendo cañoneadas por la

[1] Mr. Jal, en su obra *Abraham Du Quesne* (París, 1873, t. 1, pág. 87), con más precisión que los documentos de la *Correspondance de M. de Sourdis*, incluye estado de composición de la armada, con nombres, capacidad y fuerza de los navíos.



escuadra, dos de las pinazas se sumergieron, y las demás hubieron de volver forzosamente á San Sebastián, quedando la plaza limitada á los recursos de su recinto.

No me toca referir el caso famoso con que la ciudad ganó palma inmortal en sesenta y nueve días de trinchera abierta, cayendo sobre ella lluvia de hierro y plomo, desmoronadas las casas por las bombas, desmenuzados los muros por las minas, quemados los reparos, y repelidos, sin embargo, los que en ocho asaltos quisieron penetrar por las brechas [1]; me he de atener á ocurrencias exteriores en el agua.

Continuando los apremios á D. Lope de Hoces para que saliera de Coruña, envió á la corte relación del reconocimiento hecho á la armada y estado de fuerza de los 12 navíos de su mando, faltos de gente y pólvora por haber suministrado de una y otra á D. Francisco Mejía, á fin de habilitar en San Sebastián los cuatro galeones sacados de Pasajes y cuatro navíos menores del puerto. Haciendo comparación demostrativa de la enorme diferencia de sus bajeles con los del enemigo, por no ir á sabiendas á una derrota que menoscabara la reputación de las armas, pidió se le juntasen las escuadras estacionadas en Lisboa ó se le consintiese esperar á la de Oquendo, afirmando que con una ú otra determinación se tendrían probabilidades de buen suceso. Todo se le negó, razonando no poderse tocar á la armada del Brasil; ser problemático y lejano el arribo de la del Mediterráneo y no consentir espera el socorro de la plaza oprimida. Decíasele, por otro lado, que no era seguramente la escuadra francesa tanto como se ponderaba, ni estaría situada de manera que no pudiese con sus naves forzar el bloqueo ó fondear en un puerto

[1] En prosa y verso ha sido loado, y en todas las historias encarecido; relaciones sueltas, impresas y manuscritas hay muchas, y entre las historias particulares dos más apreciadas que escribieron el P. José Moret, *De obsidione Fontarrabiæ*, y el venerable P. Juan de Palafox, sin nombre de autor ésta. (*Sitio y socorro de Fuenterrabia y sucesos del año de* 1638, *escritos de orden de S. M.* Madrid, imprenta de Catalina del Barrio, 1639, 4.°) Consérvase manuscrito el diario del sitio en la casa municipal, y con su vista condensó los sucesos D. Antonio Bernal de O'Reilly en su libro de título *Bizarría guipuzcoana y sitio de Fuenterrabia. Apuntaciones históricas.* San Sebastián, 1872, 8.°



inmediato para enviar socorro con las embarcaciones menores con gente que le falicitaría el capitán general del ejército. En último caso, no siendo factible nada de esto, reforzaría él al ejército con su infantería. Las amenazas insinuadas en el despacho no dejaron á D. Lope duda de estar su ruina decretada; salió, con todo, acompañándole al sacrificio voluntariamente, como simples capitanes de navío, varios que habían servido cargos de generales y de almirantes: Juan Pardo, Antonio Gentil, Nicolás Judici, Alonso de Mesa, Luis de Aguilar.

Mientras barajaba la costa con objeto de recoger en Santoña lo que hubiera, se habían replegado los franceses sobre Fuenterrabía, abandonando á Oyarzun, Lezo, Rentería y Pasajes. De este puerto sacaron los cuatro galeones nuevos, incendiaron, con los cuatro en construcción, tres de presas holandesas inútiles, los astilleros, las casas; allí no dejaron más que un montón de cenizas; pero el abandono no llegó oportunamente á noticia de D. Lope. Navegando convocó á junta de jefes, ante la que fueron leídas las instrucciones reales, y notáronse pareceres diversos, como suele suceder en los casos dificultosos.

Dijeron algunos que en las órdenes superiores no se debe dar á la letra mayor atención que al espíritu que las dicta, porque, de lo contrario, las más de las empresas se malograrían.

Dijeron otros que se cumplieran las órdenes del Rey entrando en Guetaria, «porque los soberanos más quieren que se obedezca que no que se interprete, y la obediencia tiene en su mano la disculpa de lo que da buen resultado, en tanto que á quien interpreta sólo se le aprueba lo que sale bien».

Hoces se conformó con esta opinión recta, dirigiendo su rumbo al puerto entre la escuadra francesa que bloqueaba á San Sebastián y la que guardaba la concha de Híguer. Cuando supo que Pasajes estaba libre de franceses, trató de ponerse de nuevo á la vela y cambiar de fondeadero, mas el viento no lo consintió. Inmediatamente acoderó los bajeles, dejando los más fuertes en primera línea, cerrando la boca;

desembarcó cañones gruesos, con los que se establecieron rápidamente en tierra baterías rasantes y dominantes, tratando al paso de ponerse en comunicación con el capitán general del ejército [1].

Iban á cumplirse cincuenta días desde el principio del sitio; había muerto heroicamente Egea; seguía la plaza resistiendo. El Arzobispo de Burdeos puso á la vela toda su armada, que-

[1] Acta:

«En la capitana surta en la concha de Guetaria, á 19 de Agosto de 1638, el señor D. Lope de Hoces y Córdoba, de los Consejos de Guerra y Indias de S. M. y su Capitán general de la Armada, con ocasión de estar á la boca del puerto 33 velas del enemigo y ser el viento calma, dijo que ha enviado á llamar á esta capitana á todas las personas particulares de puesto que han venido y estaban acá, para que, según el caso presente, se trate y confiera lo que se ha de hacer más conveniente al servicio de S. M. y mejor disposición. Y estando todos juntos, que son los siguientes: el general D. Francisco Mesía, el general D. Antonio de Isasi, el general don Luis de Aguilar, el general D. Luis de Córdoba, el general D. Nicolás Judici Fiesco, el maestre de campo D. Alonso de Idiáquez, el maestre de campo D. Baltasar de Guzmán, D. Íñigo Pacheco de Mendoza, el teniente de maestre de campo general D. Luis de Guzmán, el almirante D. Juan Pardo Osorio, D. Juan Bravo de Hoyos, el almirante D. Alonso de Mesa, el almirante Asensio de Arriola, el almirante Pedro de Marquintana, D. Gabriel de Espínola y Santiago, el capitán D. Pedro de Porras y Toledo, el capitán D. Fernando de Castilla, el capitán Baltasar de Torres, el capitán D. Diego de Narváez, el capitán D. Daniel Oriscol, Antonio de Raigada, capitán de mar y guerra de la capitana, el piloto mayor Jaques, y todos juntos fueron de parecer que considerando que el viento es calma y que el enemigo está á la boca del puerto con sus 33 bajeles, de los portes y grandezas y artillería que se ha reconocido, que estos 12 bajeles se retiren á tierra lo más que se pueda, y que se pongan en toda la defensa posible, y que se saquen dellos seis ú ocho piezas de artillería y se planten en la eminencia del monte dos ú cuatro, y estotras en la plataforma del muelle, porque con la dicha artillería y la de los bajeles se defiendan del acometimiento que quisiere hacer el enemigo, y que todo se hiciese con toda brevedad, porque el enemigo había surgido é se iba espiando con espías para entrarse más en el puerto. Oído lo dicho por el Sr. D. Lope, se conformó, y ordenó que se pusiese en ejecución, y todas las personas de las referidas que tienen bajeles á su cargo lo fueron á poner en ejecución.—Siguen las firmas.

»Andrés Martínez de Lausa Garreta, criado de S. M., que hizo los oficios de veedor y contador de la Armada del cargo del Sr. D. Lope de Hoces y Córdoba, Capitán general della, certifico que el almirante D. Juan Pardo Osorio, D. Juan Bravo de Hoyos, almirante D. Alonso de Mesa, almirante Pedro de Marquintana, el capitán Antonio de Larraigada, el capitán Baltasar de Torres, piloto mayor Jaques, se hallaron en esta junta y fueron del mismo parecer, y todos los demás de quien está firmada, y por haber muerto en la ocasión y reencuentro no la pudieron firmar, y yo me hallé presente en la dicha junta y todo lo referido por orden del dicho señor D. Lope, y porque de todo conste, firmé esta declaración en Guetaria á 30 de Agosto de 1638. Andrés Martínez de Lausa Garreta.»—Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. CXIX, núm. 201.

riendo impedir que se juntaran con los bajeles de Hoces los que estaban en San Sebastián, y habiendo calmado el viento anduvo dos días en peligro de caer sobre los bancos de Arcachón, arrastrados los navíos por la corriente; salió de cuidados al entablarse virazón, con ayuda de la cual fué desfilando ante Guetaria con disparo de andanadas. Sirvióse de tal viento del ENE., favorable para fondear en primera línea, á un cable de distancia del puerto, 13 navíos de los mayores que sobre la masa apiñada de los galeones no desperdiciaban tiro, aunque los de las baterías del monte les molestaban bastante. Encendido el cañoneo, en medio de la nube de humo que llevaba la brisa hacia adentro, enviaron los franceses cinco navíos de fuego, que, aferrados á los españoles de la línea exterior, lo comunicaron, ardiendo todos. En los demás hubo espantosa confusión, no encontrando medios de evitar el contacto de las llamas, aumentándola otros navíos de fuego enderezados á la capitana, varada en las rocas por rotura de las amarras. Ayudó el pánico á la obra destructora, pues el general D. Lope, viendo cómo su gente se arrojaba al agua desoyendo el mandato y dándolo todo por perdido, mandó poner fuego á su capitana y á los navíos que se mantenían intactos, y sólo uno, desobedeciendo, dió velas, saliendo á la mar por en medio de los enemigos. La horrorosa escena de aquel volcán en medio del agua partía el alma; los cañones, cargados, disparaban por sí solos sobre el pueblo, siendo lo de menos, que al volar los depósitos de pólvora cayeron con él árboles, pertrechos, fragmentos de toda especie, horrorizando los de los cuerpos muertos.

Día de luto fué, y es de triste recuerdo, el 22 de Agosto de 1638. «La tremenda desgracia se presentó aún más horrible en el momento en que, reemplazando al ruido el silencio, sólo se oía el melancólico golpe de las olas al tenderse en la playa, y con la fuerte resaca volver rodando á la mar en sentido inverso las aguas. En todas direcciones se veían discurrir macilentos, heridos en varias partes de su cuerpo, que ya manchaba la sangre, desgarrada la única prenda del traje que conservaron algunos, y completamente desnudos los más, como

unos 1.000 hombres, que lograron salvarse de la muerte para recorrer las calles solitarias de un pueblo medio arruinado, y de caserío en caserío pidiendo una limosna por caridad; quién unos viejos gregüescos para cubrirse las carnes, ó un jubón usado, y todos un pedazo de pan. Aquellos hombres robustos, galanos en sus arreos, y esforzados horas antes, no eran más que inútiles despojos que abandona el fuego, y las heces que dejan las olas en la costa después de la borrasca cuando se calma la mar [1].»

Lo ocurrido dentro del puerto en los momentos del desorden no se conoce bien: cada uno vería lo inmediato sin abarcar el conjunto, y así varían y se contradicen las relaciones: la que escribió el general D. Lope de Hoces, primera que debe tenerse á la vista para juzgarle, precisa, concluyente en cuanto al descargo de la mayor responsabilidad, no satisfizo, llegando al pormenor de ocurrencias. Decía:

«Señor: En cartas de 23, 25, 28 del pasado y 2 del presente, di cuenta á V. M. de la pérdida de los bajeles de mi cargo, y en otra de 4 de éste escribí al secretario Pedro Coloma en la misma sustancia, que es decir, que V. M. gobierna su real monarquía por relaciones de los ministros de fuera, que éstos no dijeron lo cierto y deshicieron la fuerza grande y número de bajeles que la armada del enemigo trae, con que se dieron las órdenes sin la detención necesaria que habrían menester los pocos bajeles y fuerza que V. M. tenía en la mar á mi cargo, y debajo de este mismo presupuesto hablaré siempre.

»En carta de 2 del presente me avisa el secretario Pedro Coloma que se habían recibido las mías de 23, 25, 28, y que se me enviaban los despachos que vinieron con ésta en el ínterin que venía respuesta de las mías. No ha venido, conque considero que no se deben de haber visto; y como quiera que con la vista se trae á la memoria de V. M. y á los ministros las órdenes que se me dieron y circunstancias que hubo en el caso, y se dilata el que lo entiendan, en el pueblo hablan lo que no saben; y como yo no he de decir que mi salida y lo demás que dispuse fué con las órdenes, discurre cada uno como le obliga su humor, parte que nadie ha sido poderosa á excusarse de esta censura, y por lo dicho me es forzoso volver á representar lo siguiente.

[1] Bernal de O'Reilly.

»Bien sabe V. M. las muchas órdenes que tuve para salir de Santoña; y como si yo tuviese culpa en la detención, y no estuviese haciendo en el apresto de los bajeles más de lo posible, se me decían escoseces y apuntaban amenazas, que muchas veces me puse á considerar que me estaba mejor perderme saliendo, que salvarme quedando; y asimismo sabe V. M. que en alguna de las órdenes se me mandaba que con uno ó con dos, ó menos ó más bajeles, saliese luego. Á que respondí, representando, que si saliese como estaba, aunque fuese con las órdenes que tenía, con justísima causa me podía mandar V. M. cortar la cabeza; y en otra ocasión dije, que saliendo mal iría á dar victoria al enemigo; y, últimamente, con correo que despaché en 7 del pasado, escribí á V. M. representando que la armada del enemigo tenía 52 velas, y envié carta del Almirante que me escribió en esta conformidad; y asimismo la declaración que hizo el capitán Francisco de Escorza, que por su orden y de los demás ministros de justicia poco há la reconoció, con lo demás que dice la declaración.

»Con estas mismas envié carta de D. Juan Chacón, en que decía que los ocho bajeles que estaban en San Sebastián no los podían tripular de marineros porque no los había, é hice relación á V. M. de la forma en que estaban los doce que tenía en Santoña, como todo más largo consta en las dichas cartas y papeles á que me remito; y con la moderación á que me obligaba el venir yo á la jornada, supliqué á V. M. mandase ver si era posible entrar por la mar con estas fuerzas al socorro de Fuenterrabía, teniendo el enemigo la que tenía, y las prevenciones que consta de la declaración de dicho Capitán; y habiéndose visto estas cartas, en respuesta de este correo me mandó V. M. saliera al puerto de Guetaria, que es el que V. M. señala en uno de sus despachos, adonde ya había avisado al Almirante que vendría, y que me tuviese allí las personas particulares y gente vieja que me había de dar en conformidad de las órdenes de V. M. Llegué á él por la mañana el día que entré, habiendo tenido tres leguas antes un aviso del Almirante, con el capitán Sebastián de Echavarría, en que me avisó y envió relación de 58 velas que se habían visto, y yo las estaba mirando, y la relación original que el Almirante me escribió de lo dicho remito á V. M., y esa noche no supe que el enemigo había dejado el Pasaje, que me lo avisó D. Juan Chacón á tiempo que la mar era calma y que el enemigo estaba ya con su armada sobre mí.

»En las costas de Guipúzcoa no hay más puerto bueno y seguro que el de Pasajes, y á falta de él, menos malo es Guetaria, porque San Sebastián no tiene fondo dentro para los navíos que yo llevaba, y era forzoso surgir fuera ó en puerto desconocido, expuesto al mayor riesgo de la mar y del enemigo. Escogióse lo menos dañoso, y en donde había esperanzas de



salvación, en conformidad de la orden, y asimismo sabe V. M., porque lo he avisado, que el enemigo me sitió luego, surgiendo con 33 bajeles en la barra de la Concha, con los demás de su armada á la vista, y que yo retiré los de mi cargo y los metí en tierra lo que se pudo, presidiendo primero junta cuerda con todos los generales y almirantes y personas particulares que se hallaban allí, que todos votaron la retirada en la forma dicha, y firmaron el acuerdo, y si alguno no lo firmó votó lo mismo, y con la vista del suceso dijo después contra lo que votó en la junta á vista de todos los que se hallaban en ella, queriendo por camino nunca visto ni oído curarse de otros descalabros suyos, siendo así que no había otro camino mejor que el que se tomó; y si muchas veces sucediera el caso, habiendo visto el suceso, era forzoso seguir el mismo, porque si se tomaba otra resolución se perdieran los bajeles con nota de descrédito de las armas de V. M. y de la nación. Apoyada la fuerza de la mar con la de tierra, y con la disposición que se dió, se pudo defender de armada tan poderosa, y de otra manera no.

»Á V. M. di cuenta en carta del 20 de la disposición dicha y sitio que el enemigo me tenía puesto, y V. M. se sirvió responderme en nota del 24, hablando en lo dicho, lo que sigue:

«Ha parecido bien la prevención de poner los bajeles más fuertes á la »entrada del puerto y la artillería en tierra para en caso que el enemigo »quiera intentar sobre vos alguna facción.»

»Según lo referido, y es lo que ha pasado, he obrado en todo con órdenes y aprobación de V. M. Los sucesos nadie los puede asegurar, mayormente cuando las fuerzas son tan desiguales. ¿Qué entendimiento humano pudo esperarlos buenos saliendo á la mar 12 bajeles, que eran los que yo tenía, y de la calidad que se sabe, mal prevenidos por la desprevención y poco tiempo, y peor tripulados, con bisoños la mayor parte de los marineros y el todo de la infantería, gente miserable y presos en Galicia por los obispos y frailes, pastores que guardaban ganado transformados de golpe en soldados y enviarlos á pelear, y que aun de esta gente faltaban más de 550 plazas para la tripulación que les tocaba, como consta de la certificación que he remitido á V. M. de los que vienen sirviendo los oficios, y que los bajeles referidos fuesen á buscar costa en donde estaban 70, con tan poca distancia como la que hay desde el cabo de Híguer á Guetaria, mirándose los unos á los otros tan prevenidos, armados y reforzados como se ha visto? ¿Quién, estando bien informado, podía esperar diferente suceso? La armada del enemigo consta de mayor fuerza que Francia ha puesto en la mar desde que la gobiernan sus reyes. Así lo dicen los capitanes prisioneros que hoy están en Fuenterrabía, con tantas circunstan-

cias de sus prevenciones, cuanto será bien saberlas para lo adelante; y porque los que viven en el mundo tienen tan diferentes condiciones, me obliga á traer á la memoria lo que tanto se sabe. ¿Qué general de todos cuantos V. M. tiene de bajeles redondos ha peleado tantas veces como yo, ni con mejores sucesos ni tan importantes? El año de 25 me mandó V. M. que llevase la segunda flota, que llevé, á Nueva España, y á la vuelta me vino Balduino Anrico, que, no habiendo podido socorrer á Bahía cuando la restauró D. Fadrique de Toledo, vino á buscar la flota, y sobre la boca del canal de Bahama, el general Petri Petro (*sic*), con 14 bajeles, arribó sobre la armada de la guardia, viniendo yo con ella, y sólo con mi capitana le esperé y me atravesé, y él, viendo que me atravesaba con aquella resolución, se pasó una legua de donde estaba, sin querer arribar más á pelear, y dijo que no podía ser otra sino la capitana de D. Fadrique la que le esperaba en aquella forma; con que se fué y no buscó más los navíos de la flota, donde hubiera causado el daño que otras veces han hecho otras armadas de menos fuerza y número.

»Al principio del año 31 me mandó V. M. que fuese á gobernar la armada del mar Océano, en donde trabajé lo que es notorio, disponiendo todo lo que V. M. me mandó.

»En el de 33 me encargó V. M. la restauracion del fuerte que el holandés tenía en la isla de San Martín, que se restauró en efecto, y salí del sitio con dos heridas tan graves como se sabe, que de la una de ellas he quedado manco de un brazo. Y en llegando de vuelta de esta jornada, sin dejarme pasar ocho días en Madrid, me mandó V. M. ir á socorrer el Brasil con solos seis navíos de armada, y con ellos convoyé el socorro y fuí á buscar al enemigo en su misma casa, en Fernambuco, con intención de quemarle los navíos que estaban en la plaza, y arribé sobre ellos hasta que me faltó el fondo; y habiendo largado los cables por la mano, se metieron debajo de sus fortificaciones. Y visto que por lo dicho no podía conseguir lo que intenté, pasé á echar el socorro, y á vista de la armada del enemigo, de once bajeles con que salió tras mí, y de la gente que tenía en tierra, y de su general y el de la mar, y el de caballería, y un coronel, le eché el socorro en diez días muy despacio, con solos cinco bajeles, porque el uno de los seis se me había desgaritado, no atreviéndose el enemigo á embestirme, considerando que debía de traer más fuerzas, pues le fuí á buscar á su casa. Y esto fué á los últimos del mes de Noviembre del año de 35, habiendo asentado Matías de Alburquerque con su gente que, si en todo aquel mes no venía el socorro de España, se fuesen á sus casas y desamparasen el campo; de forma que con cuatro días de diferencia del uno al otro, llegué y socorrí aquel Estado tan importante por sí y por la ve-

cindad de las Indias, que con aquel socorro se conserva y dura en la obediencia de V. M., porque no ha ido otro considerable.

»De vuelta de esta jornada, peleé con solos dos bajeles y un patache, que me estorbaba, con ocho urcas muy grandes y reforzadas, del enemigo, combatiendo dos días enteros de sol á sol, y se retiró tan maltratada que le obligó á volverse á su puerto, con que pasó la flota del azúcar á Portugal sin ningún riesgo.

»A poco de haber venido de esta jornada, me mandó V. M. que fuera con 11 bajeles, de la flaqueza y poca fuerza que es notorio, á las costas de Francia, y entré en la isla de San Martín de Rey (Saint-Martin de Rhé), y en su puerto, y debajo de las murallas, ocupé al enemigo 24 bajeles, que quemé y eché á pique, y truje y se le embarrancaron los demás; y esto, como he dicho, se hizo á balazos, sin ardides ni instrumentos de fuego, á mano, pues con pajuelas se les quemaron los nueve de ellos, y en trece días volví á la Coruña con los 12 que truje, de donde resultó algún consuelo y desquite de lo que se perdió en la Leucata.

»Luego, sin descansar, me mandó V. M., en lo más riguroso del invierno, fuese á socorrer los Estados de Flandes, que estaban en el aprieto y cuidado que V. M. sabe por los sucesos del año pasado de 31, que son notorios; con la gente y dinero que llevé resucitaron, y se han tenido en éste las buenas fortunas que se sabe.

»De vuelta de esta jornada se tomaron al enemigo 32 presas, y entre ellas las tres de Levante, tan ricas, que han resucitado á la armada de aquellos Estados, y héchola crecer tanto como se avisa. Volví á la Coruña con estos buenos sucesos, sin haber perdido nada, como en las pasadas, y trayendo siete naves de franceses. También truje los dos tercios de irlandeses con que, á los ocho días de haber entrado el enemigo en esta provincia de Guipúzcoa, la socorrí, y llegó este socorro á tiempo que estaba su gente tan atemorizada como es notorio y esperando todos su pérdida. Con la venida de aquella gente se alentaron, y con la que metieron de ella en Fuenterrabía se ha conservado la plaza y defendido hasta que, juntando V. M. mayor fuerza, la pudo socorrer. ¿Cuál jornada de las que dejo referidas, teniendo las dificultades que son notorias, he rehusado? Siendo así que el Conde-Duque, deseando mucho socorrer á Flandes, como todo lo demás de la monarquía de V. M., no me dijo directamente lo de aquella jornada, habiéndole yo ofrecido que no iría en ella si embarazaba en aceptar, y sabiendo que estaban espiando el socorro 39 bajeles gruesos del enemigo en la Canal de la Mancha, vine á esta parte con 12 solos de la calidad dicha á buscar esta costa, donde el enemigo tenía 60, como se ha visto; sabiendo yo de cierto que me venía á perder, y no siendo dificultoso

de entender que el ministro de V. M. más celoso, el más vigilante en su mayor servicio, no puede escaparse de malos sucesos, á no tener el poder de Dios para asegurarlos, y que cuando son buenos el vulgo procura con su intento disminuirlos y torcer la gloria de Dios con los sentidos que les da. Pues si esto se hace con el que han menester todos, ¿qué mucho que algunos del mundo, con sus intenciones, digan del que no han menester en nada; que siempre en esta materia se alargan al que duerme en su cama y come en su mesa, como se ha visto en otros sucesos buenos y malos? Yo me perdí con las circunstancias que he dicho. Pudiérase preguntar al que lo censurare cuando no me he perdido, ¿si soy el primer general á quien ha sucedido? ¿Cuántos emperadores y reyes y príncipes se han perdido? Fué mi perdición peleando desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Acabáronse de quemar los bajeles, sin que quedase por hacer nada, previniéndose lo que se pudo para excusar la quema, y sucediendo ésta con tanto daño del enemigo, que dejó 10 de sus capitanes prisioneros, de los que en aquella ocasión se hallaron con los 33 bajeles con que vino el Arzobispo de Burdeos. Dicen éstos que se les mató é hirió mucha cantidad de gente, y que sólo á un bajel de los que se arrimaron se le metieron tantas balas, que no digo el número por ser yo el general cuyos bajeles las disparaban; que de los unos á los otros andaban tan espesas como si fueran de mosquetería. Avisando yo á mi capitana que abordara, porque le habían cortado las amarras á balazos y venía ya perdida sobre las peñas, y viendo que también lo estaba otro bajel, barrancados ambos con el murallón de la plataforma del muelle, que servía de puente para pasar á ella, y advirtiendo que el enemigo venía cargando con sus bajeles de fuego y lanchas, y todos los demás disparando, y que toda la gente se había ido y se me iba sin podella tener á cuchilladas y estocadas; que de las cuatro piezas de la plataforma baja, en la retirada una, disparándola, se cayó al mar, y la otra se desencabalgó, y que á las dos que quedaban les faltó pólvora; que el enemigo, entrando en la capitana, había de sacar de ella lo que pudiese, y ver desde allí la huída que llevaban los de la tierra; que los más habían sacado ya su ropa, y que los escapados de la armada iban con la misma fuga, sin que los particulares que estaban en tierra los pudiesen detener; considerando, digo, lo dicho, y el descrédito que había de causar si sacasen una filástica de la capitana, que estaba allí perdida, y por ella saltasen á tierra, la mandé pegar fuego. En esto perdí más de 9.500 ducados, que para mi caudal no es poco, y salí en camisa, medio ahogado, y lo uno y lo otro lo hice por excusar la pérdida de mayor reputación si el estandarte y las armas hubieran caído en poder del enemigo. La obligación que los generales tienen viéndose perdidos, es quitar al enemigo



todo lo que pudieren de la gloria del vencimiento. Ejemplos recientes nos lo dicen: si el desdichado de D. Juan de Benavides hubiese quemado sus bajeles, ya se ve cuánto menos fuera su desdicha: no le faltó valor, ni se perdió por falta de su sangre; pero ¿á qué acudir á ejemplos lejanos? ¿Cómo se ha perdido el príncipe de Condé, no dejando nada por perder? Perdió las banderas, perdió la artillería sin clavalla, perdió los bajeles de bastimentos sin quemallos, perdió los baúles y caja de oro y plata de su Rey, con que había de dar las pagas á su gente, sin mandar que los hicieran pedazos y dallos acaso á ellos mismos para que se lo llevaran, huyendo como iban; perdió su recámara y plata, con que andaban tan adornados con todas sus alhajas, comiendo en ellas los soldados de V. M., con los espadines de sus armas y su nombre y con sus insignias que traen los de la sangre de Francia; perdió los caballos de sus personas sin desjarretarlos, y se escapó á uña de caballo, pidiendo sólo á su gente que hiciesen frente mientras él se embarcaba y se iba. ¡Desdicha grande para su Rey y reinos y nación! Mejor es, señor, que yo haya quemado mi plata y vestidos, que no que coman franceses en ella y traigan aquellos que son españoles y sus vasallos de V. M. y su capitán general. Concluyo con mi particular. Al emperador Carlos V, nuestro señor, luz de monarcas y sol de soldados valientes, cuando se perdió en la jornada de Argel, le dijo aquel gran cortesano y entendido cabo, D. Juan Manuel: «Señor, los que no se exponen á »nada, no les sucede nada.» A mí me encargó V. M. las jornadas tan seguidas la una á la otra, que no ha habido descanso ni tiempo de poner aquí las que sean, dando de ellas la buena cuenta que sea menester. Mas Dios hizo aquello y permitió eso otro, que es el dueño de todo. Su divina Majestad guarde la Católica y Real persona de V. M., como pide la cristiandad toda. De Tolosa á 14 de Setiembre de 1638» [1].

La victoria de ordinario justifica en las guerras el proceder del capitán afortunado: poco importan las condiciones de su persona, los medios de que se vale, el gasto de sangre y de oro, si el éxito corona el fin de la campaña. Como del lauro participa la nación cuya bandera queda enhiesta, aun aquellos que no ven volver entre la tropa alegre á sus allegados, hallan en la gloria de la patria lenitivo á la aflicción particu-

[1] Ológrafa en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXXXII, núm. 36. Por copia de la misma colección se ha publicado con algunos errores en el *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 41.



lar por lo que le han sacrificado, y no es oportunidad la del júbilo de los más para pedir cuentas al que lo produce.

Con el vencimiento se despiertan, por lo contrario, las pasiones intolerantes, escudriñando el discurso bajo su inspiración, las acciones del caudillo, al que principalmente se culpa en los sucesos adversos; por lo mismo que se le adjudica la corona en los prósperos, se examinan las acciones y las palabras; por rareza se toman en cuenta las circunstancias.

Excitada la opinión con el peso de la catástrofe, hizo comentarios poco favorables á la honra del desdichado General; se pusieron en duda su capacidad y su valor, tantas veces antes acreditados, y hasta llegó á negarse el acuerdo de la junta de jefes en las relaciones del suceso que se escribieron. Poníase, por ejemplo, en su contra, el galeón *Santiago*, que por la singular energía del capitán le salvó del fuego y de los enemigos, pasando entre ellos, sufriendo los disparos de la escuadra, quedando desarbolado, deshecho el casco á balazos, pero izada la bandera que entró en el puerto de Pasajes. Si había de perderse la escuadra, decían, fuera mejor salir á la mar y morir con honra, que no arrinconados, pues si recibían daño, también lo hicieran.

Aun el mérito del referido galeón *Santiago* dió pasto á la conversación, atribuyéndolo unos á Nicolás Judici y Francisco Espínola, frente á los que lo adjudicaban al capitán propietario Pedro Montanio, pues aunque los otros tuvieran graduación superior iban en la nave de prestado.

El P. Moret trató con demasiada severidad á D. Lope de Hoces, y no es menor la del Sr. Bernal de O'Reilly, influído por lo que leyó. Bien pudo suceder que perdiera el General la serenidad del ánimo en los momentos supremos, mas la escuadra perdida estaba desde el momento en que salió de la Coruña desoyéndose las razonables representaciones que hizo, y de la pérdida no es justo culparle por los juicios de momento con que, según dijo el P. Palafox, se afeó á los vivos y á los muertos.

El cómputo de éstos, lo mismo que el de las pérdidas materiales, quedó asimismo envuelto en la obscuridad: si se



diera crédito á los despachos del Arzobispo almirante y á las relaciones publicadas por su texto [1], se quemaron de 25 á 30 navíos que había en el puerto y muchas pinazas, siendo dos de aquéllos de 1.700 toneladas con 700 y 500 hombres cada uno. Perecieron de 5 á 8.000 marineros y soldados, con insignificante baja suya, y de ésta se llevó la estadística por alguno de los informantes con escrupulosidad exquisita, que le consintió fijar los muertos en 25 hombres, *una gallina y un pichón* [2]. Con estos datos se procuró el Prelado náutico la satisfacción de expresar que había sido el incendio de Guetaria desquite *(revanche)* de la batalla de las Azores y vencimiento del mariscal Strozzi, «de que tanto se glorifican los españoles».

Los escritos de nuestra parte no concuerdan tampoco en las cifras; las más altas son de 11 galeones, cinco urcas y una fragata; de aquéllos, la capitana y almiranta de 800 toneladas; las demás de 600 abajo: los muertos de 1.500 á 4.000, entre ellos bastantes personas de cuenta, que bien merecen el recuerdo: D. Luis de Aguilar, general que había sido de flota; D. Juan Bravo de Hoyos, que lo era de Cuatro Villas; D. Juan Pardo Osorio, D. Alonso de Mesa, D. Asensio de Arriola, D. Pedro de Marquintana, almirantes; los capitanes de galeones D. Antonio de Raygada, Baltasar de Torres, Cristóbal de Garnica, Gonzalo Novalín, Pedro Fernández Coria; los capitanes de infantería Diego y Rodrigo Rubín de Celis, Diego de Cárdenas, Alonso Fernández Rebellón; los alféreces Arias Pardo y Esteban de Zamora, el piloto mayor Domingo Encinal [3].

No obstante las disculpas de D. Lope de Hoces se le iba á formar proceso [4], y quizá no saliera bien parado si la increí-

[1] En Burdeos, por Pierres de la Court, 1638, 8.° *Correspondance de M. de Sourdis.*

[2] Relación escrita por el P. Fournier é inserta en la *Correspondance* citada.

[3] Como excepción de las relaciones populares son de citar manuscritos. *Carta de D. Baltasar de Guzmán, de Guetaria á 26 de Agosto de* 1638 (*Colección de Jesuitas*, tomo LXXXIV, núm. 38), y *Discurso sobre la pérdida del armada de D. Lope de Hoces en el puerto de Guetaria.* (*Colección Navarrete*, t. VII, núm. 11).

[4] Novoa, uno de los pocos que le defendían, escribió: «Vino D. Lope de Hoces; paró en un lugar antes de entrar en la corte, afligido y desconsolado, como se deja



ble victoria conseguida por el Almirante de Castilla, la huída de los franceses abandonando el sitio de Fuenterrabía y cuanto tenían en el campo, no cambiara el curso de las impresiones, como uno de los romances escritos entonces significa:

«El de Condé se retira,
los nuestros siguen sus armas:
unos cantan, otros lloran,
¡qué contrariedad tan varia!»

Listo anduvo en marchar también de las aguas de Híguer el Arzobispo, dejándose en ellas los transportes de provisiones, aunque nadie le picaba la retaguardia como á los regimientos que tuvieron que repasar, deshechos, el Bidasoa. Lo que no dejó por allí fué buena fama de guerrero; pues un tanto desvanecido con el efecto de los navíos de fuego, criticó la parsimonia de la infantería en los asaltos de Fuenterrabía, asegurando que con sus marinos era capaz de entrar; y autorizándole el príncipe de Condé para hacer buena la palabra, sufrió correctivo poco honroso.

Altamente censurable es la ligereza de expresión en jefes militares; debió reflexionarlo al escuchar la salva con que en la plaza cercada se solemnizaba el entierro de su valeroso gobernador D. Miguel Pérez de Egea, á quien él había calumniado [1], aunque en el confesonario tuviera aprendido

entender, que no es desdicha errar, sino que paguemos los yerros que nos hacen hacer.....; insinuaba un ministro de papeles, muy favorecido en esta era, grande censurador de acciones ajenas y poco recatado y reconocedor de las propias....., insinuaba en el cuarto del Rey que había causas para visitar á D. Lope, sin tener conmiseración de un caballero afligido que hizo lo que le mandaron, habiendo antes resistido y dado causas de no convenir salir de la Coruña por la demasiada ventaja de la armada enemiga, que esto bastaba para descargo á la mayor calumnia.....» Libro VI, pág. 635.

[1] Trascribo en desagravio el elogio que mereció al marqués Virgilio Malvezzi en el *Libro de Grivillo Vezzalmi*, citado en nota del *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 66. «En Fuenterrabía murió de un mosquetazo D. Miguel Pérez de Gea (*sic*), gran soldado y muy honrado caballero. Enseñó con la pluma las experiencias de su espada. Fué el primero en obedecer, aun cuando era el primero en mandar. En el entendimiento grande, grande en el ánimo. Debía desearse menos valeroso por serlo más tiempo, que terminó en cortos años su vida por demasiadamente atre-



que mejor se ponen diques á la mar que freno á la maledicencia.

vido y poco dichoso. Defendió á Santa Margarita cuanto pudo, y á Fuenterrabía más que pudo, defendiendo la una vivo, y la otra aun después de muerto.»

Había escrito é impreso, siendo Comisario general de Artillería (á ella se alude), una obra titulada *Preceptos militares, orden y formación de escuadrones*. Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1632, 4.°, con láminas abiertas en cobre por el mismo Egea, y retrato del autor grabado por Juan de Noort.

XIII.

COMBATES DE CABAÑAS.

1638-1639.

Retraso en la llegada á España de las flotas. — Inquietud por su suerte. — Va la armada á esperarlas en las Terceras. — No parecen. — Noticia de lo ocurrido. — Sale del Brasil el almirante holandés Corneille Joll en su busca. — La flota de Nueva España se detiene en Veracruz. — La de Tierra Firme encuentra al enemigo sobre Cabañas. — Combate. — Lo rechaza. — Segunda acción empeñada. — Vuelven á retirarse los holandeses. — Arriban los españoles á Veracruz. — Vienen á Cádiz con felicidad. — Operaciones de guerra en el Mediterráneo. — Pérdida y recuperación de Salces. — En el Océano. — Bloquea el Arzobispo de Burdeos á la Coruña. — Ataca y saquea á Laredo y Santoña.

AUNQUE la satisfacción por la victoria de Fuenterrabía era general en España, celebrándola en Madrid con fiestas extraordinarias, ni las distracciones públicas, ni los comentarios á las mercedes ó recompensas otorgadas con tan plausible motivo, ni las murmuraciones de los descontentos [1], velaban la inquietud producida por la tardanza de las flotas de Indias. Había pasado el año 1638; corría el siguiente sin parecer los galeones ni saberse el motivo que pudiera detenerlos en circunstancias en que tanta falta hacía su carga. ¿Habrían caído

1 Entre la correspondencia del P. Pereyra, una carta enumera las mercedes hechas al Conde-Duque, añadiendo: «Parece esto á lo que pasa en cierta parte de las Indias, que cuando la mujer pare se acuesta el marido y le dan torrijas, y la mujer se va á trabajar al campo: el Almirante lo trabajó, y á otro dan el premio de su trabajo.» *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 183.

en manos enemigas? Corrían voces del arribo á Cádiz de una nave que vió sobre las Azores á la escuadra francesa; mas entre los pesimistas, que en la corte abundaban, no se llegaba á darla por perdida, careciendo de nuevas que proporcionaran el menor indicio, lo cual ya es algo, sabido que las adversas vuelan y se propagan como enseñó Virgilio: *Fama malum quo non aliud velocius ullum.*

De los franceses no había que temer por el momento; antes bien, temerosos ellos, no considerándose seguros en Bayona, se maravillaban de no sentir en las espaldas las puntas de las picas cuando la rota los puso en huída desordenada, y se ocupaban en reorganizar sus fuerzas. Sin embargo, ya que no hacían falta en el golfo de Gascuña las de mar que allá tenían orden de conducir el Duque de Maqueda y D. Antonio de Oquendo, mandáronse á las islas Terceras, desprendiéndose de ellas, así como de la armada de Lisboa, que partió á la voz de D. Fernando Mascarenhas, conde de la Torre, camino del Brasil.

El crucero de las Azores resultó infructuoso, aparte el encuentro de algún ladronzuelo argelino que no tuvo por qué alegrarse con la aparición de los galeones; ni amigos ni enemigos, ni noticias de las flotas había en el Archipiélago, volviendo las escuadras sin ninguna. Pocos días pasados, llegó un navío inglés con nuevas de haber encontrado en la mar otro de Holanda derrotado por resultas de un combate, del que daba pormenores increíbles. Lo ocurrido se supo al cabo por despachos del Marqués de Cadereyta, virrey de Nueva España.

Utilizándose los holandeses de las ventajas conseguidas en el Brasil, establecieron en Pernambuco estación naval como punto de partida de expediciones á las Indias, que no les ofrecía los inconvenientes del despacho directo desde sus puertos al Norte de Europa, los dispendios, las enfermedades, las demoras en travesías tan largas. Enviados gente y pertrechos en bajeles sueltos con más rapidez y con menos riesgo de los naufragios que antes experimentaron, organizaban allá las escuadras, reparaban sus desperfectos, mante-

niendo constante servicio de avisos y comunicaciones [1]. Así dispusieron la jornada en que el almirante Juan Coín se apoderó del fuerte de San Jorge de la Mina, en Guinea (1637); así combinaron el plan de interceptar las flotas, eligiendo para realizarlo á Corneille Joll, uno de los más hábiles y osados marineros que tenían, sin que le empeciera la falta de una pierna, por la que en su país le llamaban vulgarmente *Houtbeen* y traducía nuestra gente la expresión en *Pie de Palo.*

Joll preparó en el Brasil una escuadra fuerte de 24 naves bien proveídas, é hizo rumbo á las Antillas en el tiempo oportuno en que las flotas solían llegar á juntarse en la Habana. En el viaje no fué del todo afortunado; sufrió un huracán, con el que dieron al través en Cuba algunos de los bajeles [2], y cruzó muchos días sin descubrir en el horizonte ninguna de las velas que buscaba, contingencia natural no habiendo salido del puerto de Veracruz.

La detención parecía en cierto modo providencial, siendo debida á la constancia rara por veintinueve días seguidos, desde fines de Junio, de vientos atemporalados del Norte, cuando la flota estaba á punto de partir, conduciendo sobre la carga anual 1.800.000 pesos en plata. Estaban aparejadas capitana, almiranta y cuatro naos de escolta, considerada suficiente contra los corsarios, entre los que daba bastante que hablar, por atrocidades, un mulato de la Habana que firmaba Diego de los Reyes *Lucifer*, y tenía dos navíos en la mar. Hasta otros 14, con banderas naranjadas, azules y blancas, esto es, holandesas, se habían contado, mas no daban cuidado andando sueltos, y hubiera salido la flota á no llegar avisos del gobernador de la Habana de haberse avistado la escuadra de *Pie de Palo*, por medio de la cual pasó el pataje contando los bajeles y cerciorándose de su

[1] Uno de estos navíos estuvo en la Gran Canaria, con bandera inglesa, á proveerse de refrescos, y representó el papel engañoso de neutral con tanta naturalidad que el gobernador, D. Luis de Córdoba, fué á bordo á pagar la visita del comandante, y éste se lo llevó á Holanda con el séquito, que fué buena burla. *Memorial Histórico*, t. xv, pág. 262.

[2] Le Clerc.



fuerza. El capitán cumplió perfectamente el cometido, fiando en la ligereza de su buque, con la que burló á cinco cazadores.

Á Puertobelo y á Cartagena no llegaron en tiempo avisos igualmente enviados, por lo que, ateniéndose á los anteriores, de seguridad relativa en la mar, salió del último de los puertos citados el general D. Carlos Ibarra escoltando á la flota de Tierra Firme con siete galeones, algo faltos de gente y no muy pertrechados, achaque de todos los de España en aquellos días [1]. Sobre Cabo Corrientes, de la isla de Cuba, recibió cartas atrasadas del gobernador con seguridades de no haberse avistado por entonces más de siete ú ocho corsarios, cuando, en realidad, *Pie de Palo* tenía cinco navíos sobre Matanzas, seis en cabo Apalache de la Florida, otros seis escalonados con orden de informarle de ocurrencia, y el resto junto á sus órdenes. Siguió, pues, Ibarra su navegación hasta 30 de Agosto, y bordeando á la altura del Pan de Cabañas, se apareció por barlovento la armada enemiga, compuesta de 17 bajeles de fuerza. En el momento ordenó la suya en línea, ciñendo el viento con trinquete, gavia y cebadera [2]. La capitana holandesa, de 54 cañones, con otras tres naves de las mayores, que mostraban igualmente tres andanas de artillería, arribaron sobre la de Ibarra; tres lo hicieron sobre la almiranta, yendo las demás, á dos y á tres, en

[1] Don Carlos de Ibarra, natural de Eibar, había servido á las órdenes de don Fadrique de Toledo y del Marqués de Cadereyta; mandaba flotas desde 1616, habiendo hecho importantes conducciones; obtuvo hábito en la Orden de Alcántara, y se premiaron sus servicios en 1637, confiriéndole título de Vizconde de Centenera, y en 1639 el de Marqués de Taracena.

[2] Varias relaciones del combate salieron á luz, calcadas sobre la que el virrey de Nueva España, marqués de Cadereyta, mandó escribir al licenciado D. Fernando de Cepeda, impresa con privilegio en Méjico. De ella se sirvieron los historiadores de la época como de procedencia oficial; pero hay otra más amplia en ciertos pormenores, más movida, más interesante, escrita por el P. Fr. Juan de Láinez, que, como pasajero, iba en la almiranta. La inserté íntegra en las *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 223. Apareció una narración en octavas reales, citada por el P. Láinez, que no he logrado ver. Manuscritas, son de citar: *Carta del P. Estacio Ronquillo* (*Colección de Jesuitas*, t. CXIX, núm. 256); *Relación de las batallas que tuvo la real armada del cargo de D. Carlos Ibarra en el Pan de Cabañas en* 31 *de Agosto y* 3 *de Septiembre de* 1638, *con listas de muertos y heridos.* La misma colección y tomo, núm. 268.



demanda de cada galeón, prefiriendo al nombrado *Carmen* porque su capitán, Sancho de Urdanivia, largó dos gallardetes en los palos, pareciéndole bien, y los enemigos creyeron insignia de jefe la gala.

Contra la costumbre holandesa, menospreciada sin duda en razón á la enorme superioridad de navíos, llegaron decididos al abordaje, y la capitana de Joll metió el bauprés por la jarcia de trinquete de la contraria, teniendo el palo y la borda coronada de gente que saltara al punto. Por la popa y la cuadra se arrimaron otras dos, rompiendo el fuego de cañón y de mosquete; mas tan nutrida y á tiempo fué la respuesta, habiendo ordenado D. Carlos se esperara su voz, que recibió mucho daño la gente puesta al descubierto, y muy á priesa, cortando cabos y aparejos, se apartaron.

Lo propio ejecutó la almiranta, siguiéndoles todos los bajeles, poco duchos ó felices en este género de combates, dejando al descanso de la noche el reparo de los daños y la cuenta de su importancia. Quedó la capitana española muy averiada, con excesivo número de balazos encima y debajo de la línea de flotación. Cinco veces se prendió fuego de las alcancías y artificios que cayeron en la cubierta: murieron 23 personas y quedaron 50 heridos, graves los más, entre ellos D. Carlos Ibarra, que al tomar una bomba ó granada caída á sus pies para arrojarla al agua, le reventó en las manos, hiriéndole los cascos en el brazo, cara y muslo, sin que por ello dejara el puesto, antes continuó dando órdenes como si tal cosa.

La almiranta salió desarbolada de la cebadera y del trinquete, con fuego en el casco, que costó mucho trabajo dominar; murió el capitán Bartolomé de Riva, D. Nicolás de Larraspuru, con 16 más, ascendiendo á 40 los heridos, incluso el Almirante en un brazo. Hubo en los demás galeones proporcionadas bajas, habiendo cumplido todos muy bien durante las ocho horas que duró la pelea, principalmente el de Urdanivia, que, según es dicho, sirvió de blanco á número superior, perdiendo el bauprés y bastante gente. Se presumió que el enemigo no había sufrido menos, pues desviado cosa

de tres millas, arrió el estandarte y disparó pieza llamando á consejo.

Justa era la suposición: sábese que murieron en el ataque el vicealmirante Abraham Rosendal, el contralmirante Juan Mast, el auditor Antonio Muys con 50 marineros ó soldados, pasando de 150 los heridos [1]. Joll no estaba nada satisfecho de sus capitanes, y les afeó que tres á uno no dieran mejor cuenta de la acción, instándoles, en nombre de la patria, á conducirse de otro modo el día siguiente.

Esperó, no obstante, hasta el 3 de Septiembre para el segundo ataque, dando tiempo á que las averías estuvieran reparadas, y al amanecer volvió á arribar sobre los españoles; sólo que esta vez, en que no le seguían más que 13 bajeles, se guardó de aferrar, cañoneando á distancia de tiro de mosquete. El galeón *Carmen*, retrasado por el deterioro del aparejo, sufrió más que ninguno, como blanco de todos los contrarios, pensando lo cortarían, que no fué así, por arribar el General á socorrerle. De todos modos, al acabar la función, retirándose los holandeses al anochecer, estaba completamente desaparejado, partidos los árboles, haciendo agua de consideración, disminuída la gente.

Murieron este día 50 hombres, ascendiendo los heridos á 150, y en mayor proporción de marineros, capitanes y oficiales. Todos los carpinteros y calafates de la flota pasaron al galeón maltratado, sin que sus diligencias alcanzaran á disponerlo á nueva pelea, ni aun á navegar; tal estaba.

No fueron menores las bajas entre los contrarios, habiéndose disminuído su plana mayor con el capitán Juan Verdist, muerto. Los supervivientes se negaban al tercer ensayo, con gran mortificación de *Pie de Palo*, que no consiguió convencerlos con reprimendas ni amenazas [2]. ¡Supiéranlo los de enfrente!

Como á la vez celebran consejo, determinaron, ante todo, sacar la plata embarcada en el *Carmen* y cubrirlo de forma

[1] Le Clerc.
[2] Idem.

que pudiera entrar en Bahía Honda, donde se salvarían los fardos de añil y los cañones. Conseguido el propósito, se disminuía la escuadra en una unidad; quedaba con pocas municiones, sin probabilidad de contender tercera vez contra el enemigo. ¿Qué se decidía? Los pareceres andaban divididos: unos proponían continuar barloventeando hasta tomar puerto en la Habana á todo riesgo, teniendo en cuenta la falta que los caudales hacían en España, y que, de no llevarlos, blasonarían los contrarios de la detención como triunfo. Otros, los más, opinaban ser preferible la detención del tesoro al peligro de perderlo, dijeran lo que quisieran los enemigos, cuyo propósito de capturarlo se había frustrado. El general Ibarra estaba con los primeros, persistiendo hasta la tarde del 5, en que se vieron llegar y unirse á la escuadra holandesa urcas grandes, acrecentando el número á 24. Conviniendo entonces en que fuera temerario hacer frente á fuerza cuatro veces mayor, ordenó hacer rumbo á Veracruz para juntarse con la flota de Nueva España é invernar, reponiéndose, y al amanecer el día 6 no se vieron ya las velas de Holanda, constantes en el crucero que mantenían. Una fragata mercante con el situado de Araya, que, temerosa, se apartó de la conserva de la flota el primer día de combate, tomaron; exigua presa para compensar la pérdida de 24 naves que entre naufragios y balas les costó la jornada, si hemos de creer á los noticieros. Lo que no admite observación es que produjo en Holanda mucho disgusto, por considerar segura la posesión de la plata [1], agravándolo el ataque de la armada á Sisal, donde quemó algunas casas pajizas, sin determinarse á entrar en la población [2].

Don Carlos de Ibarra surgió en Veracruz el 24 de Septiembre, sin más ocurrencia que el encuentro de corsarios sueltos, que huyeron á su vista [3].

1 Le Clerc.

2 López Cogolludo, *Historia de Yucatán*.

3 Publicada que fué la relación oficial del Marqués de Cadereyta, escribió al Rey el capitán D. Sancho de Urdanivia en queja del poco aprecio hecho de su galeón *Carmen*, habiéndose batido solo con 12 holandeses. La carta ológrafa se conserva en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 1.°, núm. 107.

Avisos despachados en seguida, uno tras otro, por diversos rumbos, restituyeron al Gobierno la tranquilidad, aunque el disgusto de pasar un año más sirviéndose del crédito con subido interés subsistiera. Mandáronse armar con la mayor urgencia ocho galeones que fueran á reforzar á los de Ibarra, y que á su tiempo se situara en las Terceras la armada del Océano [1], sospechando se anticipara la de Francia [2]; precauciones innecesarias aunque prudentes, porque las flotas unidas vinieron en estación y derrota desusadas y entraron en Cádiz el 15 de Julio de 1639, habiendo hecho la navegación dichosamente desde Veracruz sin tocar en la Habana ni reconocer las Terceras [3]; bizarría á que se dió proporciones de acontecimiento haciendo salva la armada real en Cádiz y en Madrid, yendo SS. MM., con aparato de Corte, al santuario de Atocha en acción de gracias, con indecible alegría del pueblo [4].

Que de ella participara el causante, el general Ibarra, difícilmente se concibe: antes de salir de los enojos de los visitadores y de acabar la descarga de la plata, enfermo, cansado de la campaña, tuvo orden precisa de agregar los galeones, cual estaban, á la armada del Duque de Maqueda y de partir inmediatamente con ella, sirviendo cargo de Almirante general. Urgía cumplir la palabra empeñada por el Rey de enviar en auxilio de venecianos una escuadra respetable, y de otra manera no se sabía cómo formarla, distraídos los bajeles, como estaban, en tantas necesidades ineludibles. Verdad es que se le ofrecía merced señalada al acabar la jornada. Entrando en el Mediterráneo, se vió la escuadra, muy al cabo en los llanos de Almería, batida por temporal del SO. Los

[1] Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[2] No sin razón. Orden se dió al Arzobispo de Burdeos para que procurase apoderarse de las flotas de Indias, pues se sabía estaba muy escasa de marineros y soldados y traía caudal de dos años y medio. *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, página 109.

[3] Relación de Fr. Juan Láinez, citada, y carta del general D. Carlos de Ibarra al Presidente de la contratación dando cuenta del viaje desde que salió de Veracruz el 7 de Abril. *Colección de Jesuitas*, t. CXIX, fol. 323.

[4] Pellicer, *Avisos históricos. Semanario erudito*, t. XXXI pag. 49.

vecinos de la costa creyeron que, como naufragaron tres navíos, perecieran todos [1]. No fué así; llegaron á Barcelona, donde Ibarra murió de su dolencia [2].

En este tiempo los venecianos, que por la experiencia sabían ser mejor para detener el curso de un caballo bárbaro el freno de oro que el de hierro, después de haber mostrado con prevenciones estar apercibidos á la guerra, compraron la paz [3]. Lo comunicó en Madrid el embajador Contarini, alzando el compromiso contraído, con lo que pudieron emplearse las naves en lo mismo que hacían las de la escuadra de Nápoles, gobernada por el Marqués de Leyva, y las de galeras dirigidas por el Marqués de Villafranca, que era tener á raya á la armada francesa de Marsella y trasplantar soldados españoles á Italia é italianos á España.

Una vez hubo amagos de batalla naval, estando encalmados sobre la ribera de Génova navíos conductores de 4.000 infantes, porque salieron contra ellos 14 galeras francesas remolcando otros tantos navíos de fuerza; pero advertido el movimiento, antes que se pusieran á tiro acudieron galeras nuestras, y á remolque igualmente los entraron en puerto [4]. Se iniciaba con la maniobra la combinación de los bajeles de vela y remo en armada mixta.

En el resto del año tuvieron las operaciones de guerra, por este lado, carácter esencialmente terrestre. El ejército del Marqués de Leganés tomó á la capital de Saboya, Turín, por sorpresa, de un modo parecido al que antaño nos hizo dueños de Amiens, ó al que proyectó el Duque de Osuna para domeñar á Venecia, y por reverso, invadiendo el Rosellón el Príncipe de Condé rindió la plaza fuerte de Salsas ó Salces. Con esta ocurrencia se emplearon naves y galeras en cubrir la costa de Cataluña y auxiliar á las tropas destinadas al sitio de la fortaleza, proveyéndolas de material y víveres. Prueba de

[1] *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 247.

[2] Ídem, íd., págs. 313, 318, 362, 366.—Novoa, lib. VII, pág. 146.

[3] *Sucesos principales de la monarquía de España en el año* 1639, *escritos por el marqués Virgilio Malvezzi, del Consejo de Guerra de S. M.* En Madrid, en la Imprenta Real, año de 1640, 4.°

[4] *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 309.

buena voluntad dió el Duque de Maqueda, después de enviar á las trincheras los mosqueteros de su escuadra, presentándose en persona á servir con una pica, ó sea como soldado [1]. El Marqués de Villafranca dió concurso útil á las embarcaciones, empleándolas en el *estaño* ó laguna que se extiende hasta la plaza, con lo que uno y otro General hicieron á la marina partícipe en la gloria de recuperarla, acabándose el año [2].

Mayor importancia tuvieron las facciones en el Océano, habiendo propuesto el Consejo y decidido el Rey cambiar el sistema de trasiego, enviando á Flandes de una vez buen golpe de soldados, capaz de imprimir á la campaña el vigor de que andaba necesitada. El ensayo de pasar 400 infantes desde Cádiz en navíos ingleses salió mal porque espías lo delataran ó porque los capitanes de los bajeles simpatizaran más que con los católicos con sus enemigos. Ello fué que, llegando al canal de la Mancha, les salió al paso la escuadra holandesa, los reconoció é hizo prisionera á la gente [3].

Tratábase, por tanto, de aderezar armada competente juntando en Coruña los galeones de la costa á cargo de don Lope de Hoces, las escuadras de Galicia y Lisboa, las naves recientemente construídas en Vizcaya, las más que se pudiera, para que, al llegar las de Dunquerque y D. Antonio de Oquendo con las de Cádiz, le siguieran todas como á General en jefe. En la ciudad estaban dispuestos al embarque 10.000 soldados y unos cuatro millones en plata; mas era poco probable que llegando á noticia de los enemigos el proyecto, ó por lo menos los preparativos, no procuraran estorbar al fin, como sucedió, comenzando los holandeses por impedir el paso á las fragatas de Dunquerque, salidas de su puerto con 2.000 soldados valones para el lugar de cita.

Tres combates empeñados, sangrientos, que mermaron á la escuadra y á su gente, sostuvo el almirante bizarro Miguel de Horna para abrirse camino. No diré cómo ahora; el he-

[1] Malvezzi.
[2] Se firmó la capitulación el 23 de Diciembre de 1639.
[3] Novoa, lib. VII, pág. 106.

cho merece narración especial: él trajo á la Coruña los valones en 12 fragatas, como se le había mandado, é hizo en el viaje 11 presas á los enemigos [1].

Á poco tiempo se apareció en la costa el Arzobispo de Burdeos con la armada francesa, compuesta de 40 naves de guerra, 12 transportes con tropa y 21 navíos de fuego [2]; tanto había entusiasmado al Prelado marítimo la quema de Guetaria, que creyera hacer otra cada día, armando más de la mitad de los buques de combate de los incendiarios. Había dado algunos bordos por la mar en demanda de las flotas de Indias, antes de presentarse ante Coruña el 8 de Junio. Establecido el bloqueo á corta distancia, envió carta de reto, que D. Lope de Hoces contestó dignamente, por más que estimara inocencia el desafío de 60 navíos á 30, que eran los que en Coruña tenían las anclas [3].

Hizo por resguardarlos lo que le pareció prudente, situándolos en media luna, de modo que unos á otros no estorbaran el tiro convergente; formó cadena sólida de perchas y pipería en refuerzo de la de hierro, tendida desde el castillo de

[1] Trajo 4.000 hombres, según noticias insertas en el *Memorial Histórico*, t. XV, página 202; pero la cifra debe de ser exagerada: Novoa y Malvezzi anotan la de 2.000.

[2] *Correspondance de M. de Sourdis.*

[3] Que la carta de reto envió no es dudoso, toda vez que lo dice en los despachos oficiales. Dícenlo asimismo nuestros noticieros, é insertan copias, que no transcribo por no parecerme auténticas. Pueden verse en el *Memorial Histórico*, t. XV, páginas 283, 284, 285, así como los comentarios, anticipados en la 280, así: «Se dice que el Arzobispo de Burdeos escribió una carta á D. Lope de Hoces, en que decía había sabido que el Sr. Conde-Duque había ofrecido grandes premios á quien le prendiese, y que él, sabiendo esto, había pedido licencia á su Rey para venirse á ver con los españoles; que puesto que por escusarles el trabajo había andado 800 leguas, que no sería mucho saliese D. Lope media del fuerte para cumplir el gusto del Conde y venir con él á las manos, y que si no estaba prevenido de gente, vasos, municiones y marineros, le daba seis meses de término. Esto dicen fué hacer fiesta de nuestra armada, y que á esta carta no se respondió nada. Remitióse al Consejo de guerra. Fingen una respuesta de D. Lope en que dicen le contestó aceptaba el desafío navío con navío, ó dos á dos, ó cuatro á cuatro, habiendo la seguridad que en tales casos se acostumbra; que sólo reparaba en que en España no se acostumbraba á admitir desafío de persona que, estando agraviada, no satisfacía primero á su honor, y que estándolo su señoría del príncipe de Condé, por haberle dado de palos, que volviese primero por su honra, satisfaciendo á la que en esta ocasión había perdido, y que luego podía, sin esta dificultad, pedir campo á quien se le admitiría sin dilación alguna.»



San Antón al lado opuesto; colocó detrás una línea de lanchas protegidas por baterías en tierra; prestó á la plaza pólvora y artilleros, que de todo estaba escasa, esperando con ello las ocurrencias.

El Arzobispo fondeó sus navíos á tiro de cañón por poco tiempo; persuadióse de que recibía más daño del que hacían sus piezas y se alargó otro tanto, tentando de noche la cadena con lanchas por ver si podía romperla y lanzar sus favoritos barcos de fuego. No pudo lograrlo; sufrió además la mortificación de que por dos veces saliera del puerto el almirante Miguel de Horna con cuatro fragatas de las de Dunquerque á voltejear entre sus grandes navíos, escaramuzando, haciéndoles grave lesión y volviéndose incólumes.

A falta de mejor empleo destacó de 2 á 3.000 hombres á la ría de Ferrol, con las embarcaciones menores, sin conseguir tampoco provecho; el gobernador D. Juan Pardo de Figueroa los rechazó sin consentirles llegar á la población [1]; con esto desistió el Arzobispo de la empresa, dejando el mar libre. Causó pena reconocer entre su escuadra los dos galeones nuevos sacados de Pasajes el año anterior durante el asedio de Fuenterrabía. Don Alonso de Idiáquez y ciertos corsarios vascos que siguieron sus aguas tomaron 15 navíos mercantes y ocho barcas que conducían á Bayona provisiones para el ejército.

Mas no pensara bien el que por esto diera por acabada la campaña; antes de mediar Agosto estaba el Arzobispo de vuelta en la costa de Gascuña con intento de proseguir el bloqueo. Conforme á las órdenes antes referidas, habían salido de Santander cinco naves al mando del almirante Jerónimo de Guadalupe, con objeto de unirse á las de Coruña. De Portugalete lo verificaron dos, capitana y almiranta, de las cuatro que fabricó este año en Bilbao el secretario D. Francisco de Quincoces, por asiento, trayéndolas el general don Nicolás Judici Fiesco, el mismo que escapó al incendio de

[1] Algunas relaciones cuentan que les mató 2.500 hombres. Exageración; ésta era próximamente la fuerza que llevaban.



Guetaria en el galeón *Santiago*. Pudo, como Guadalupe, concluir brevemente, si por complacer al piloto mayor, natural de Laredo, no se detuviera en este puerto. En la noche del 11 llegó aviso de haberse descubierto desde Quejo 20 velas, si bien no lo daban por seguro; no obstante se corrió la voz por la costa, y comunicó á Judici por si quería volver á Portugalete con el viento que traía al enemigo ó meter los galeones en Santoña. Optó por lo último, aconsejado del referido piloto, como práctico, en razón á no estar los galeones acabados de armar; pero desconfiado aún de la exactitud de los informes, mandó salir una pinaza á reconocer y comunicar con dos velas que se acercaban ostentando banderas de Dunquerque, y en esto consistió su perdición. Los navíos eran descubridores franceses; se impusieron de la presencia de los dos galeones, así como de la defensa que tenían Laredo y Santoña, con lo que el día 13 entró en éste la armada completa, y surgió fuera de tiro del castillo, con excepción de algunos navíos ligeros que lo hicieron frente á Laredo.

Había en la villa dos cañones de bronce en el castillo antiguo de la Brochela; uno en la torre de la cárcel, cuatro en los muelles, una media culebrina para el castillo de la Atalaya y ocho de hierro en la marina. Los vecinos eran 150, y acudieron de los pueblos inmediatos hasta 700, que distribuyó el Corregidor en los puntos más flacos, bien que por la parte de tierra ninguno había fuerte, siendo el lugar abierto y dominado por las alturas.

El día 14, domingo por más señas, desembarcaron en lanchas de 6 á 7.000 hombres, que en tres escuadrones caminaron á la montaña y á envolver por la espalda á la villa, al mismo tiempo que por mar cuatro fragatas se arrimaban á la cabeza del muelle cañoneándolo. La resistencia fué escasa, conocida la inutilidad de hacerla; el Corregidor se retiró á tiempo hacia Colindres con la gente del socorro; sin embargo, el pueblo sufrió saqueo, con excepción de las iglesias; los invasores quemaron los dos castillejos y la Casa Consistorial, rompieron puertas y ventanas por llevarse los herrajes, desfondaron las cubas de vino, hicieron lastimoso destrozo, y no



fué mayor, acabando de incendiar la villa y talando las viñas y frutales, por ruego de los frailes de San Francisco, atendido por el Arzobispo general.

Acometieron las tropas desembarcadas sucesivamente á Colindres y á Puerto; en el primero hizo frente el vecindario que se había ido juntando; en Santoña entraron, saquearon y quemaron como en Laredo, por haberles causado bajas la artillería de los dos galeones. Echáronles tres navíos de fuego, con los cuales se consumió la almiranta; no así la capitana, en la que no surtieron efecto, por lo que pudieron tomarla en buen estado. Con ella se fueron el 27, viendo ocupados los puestos de la sierra [1].

Habían recibido aviso de aproximarse la escuadra de don Antonio de Oquendo, con la cual no mostró deseos de medirse el Arzobispo, dando pábulo á juicios de su persona poco lisonjeros [2]. Por lo visto no fueron eficaces los ruegos interpuestos para que el encuentro se verificara [3], y no más aprovecharon las diligencias ni la práctica del General marinero, teniendo que ascender por la costa de Portugal contra los vientos del NE., reinantes generalmente en los meses de verano.

[1] *Lo que sucedió en la villa de Laredo y costa de España, con la armada francesa y el general Arzobispo de Burdeos, año de* 1639. Ms. en la Biblioteca Nacional, H. 72, folio 101. Publicada por D. Aureliano Fernández-Guerra en *El libro de Santoña*, Madrid, 1872, 8.º En la *Correspondance de M. de Sourdis* (t. II, pág. 118) hay dos relaciones del suceso, al parecer bastante exageradas. Dicen que había en Laredo gran fortaleza y cuatro batallones de infantería. Ellos desembarcaron cinco batallones y 15 compañías de marina; no saquearon las iglesias; tomaron considerable botín, la capitana de galeones que los españoles procuraban incendiar y que no estaba completamente armada; tenía 32 cañones y 250 hombres y era de 1.000 toneladas; se llevaron cuatro banderas y 150 piezas de artillería, la mitad de bronce; destruyeron 200 pinazas y barcas. El caballero Balín, irlandés, que había dejado el servicio de España por las injusticias y malos tratamientos recibidos, les fué de utilidad pasando á su escuadra.

[2] «Había parecido el hecho de Burdeos más robo que empresa, más de corsario que de capitán, más de ladrón que de conquistador.» Novoa, lib. VII, pág. 109.

[3] S. M., tan católico, acudiendo en estas ocasiones á Dios, mandó que se dijesen diez mil misas.» *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 327.—«S. M. mandó decir diez y seis mil misas porque esperase el Arzobispo de Burdeos 26 días en Laredo, y por el buen suceso sesenta mil misas el Sr. Conde-Duque.» Pellicer, *Avisos históricos. Semanario erudito*, t. XXXI, pág. 69.



Hízolas extraordinarias el Ministro privado significando, con cédulas reales y cartas suyas dirigidas á D. Lope de Hoces y á D. Antonio de Oquendo, el interés que ponía en la jornada. A uno y á otro ofreció por anticipo títulos de vizconde, que, según parece, era el estímulo que tenía discurrido para almirantes, sin perjuicio de mayores mercedes á su satisfacción saliendo con bien del empeño. En la carta de Oquendo [1] daba á entender que eran inmejorables los navíos

[1] «El Rey. Don Antonio de Oquendo, del mi Consejo de Guerra, mi Almirante general de mi armada del mar Océano. En despacho de la fecha de éste se os dice lo que he resuelto sobre que paséis luego á la Coruña llevando á vuestro cargo los navíos que se han aprestado en esa ciudad de Cádiz; y en éste he querido advertiros que, atendiendo á lo que me habéis servido con tanta satisfacción mía, y espero me serviréis en la ocasión que se declara en el despacho citado, os hago merced de título de Vizconde para el día que llegáredes á las costas de Francia con la armada que tengo resuelto, ó tuviéredes tope con el enemigo, en que yo sé cómo procederéis, con declaración de que, si por algún accidente perdiéredes la vida, os queda hecha esta merced. Yo espero de vuestra diligencia y celo de mi servicio que dispondréis como sea breve este plazo, haciéndoos á la vela y procediendo en vuestra navegación y en la ejecución de lo que se os encarga con la celeridad á que obliga la importancia del negocio, y demás de la merced referida de título de Vizconde, á vuelta de jornada os mandaré hacer otra nueva merced á vuestra satisfacción. De Madrid á 20 de Julio de 1639.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Pedro Coloma.»

CARTA DEL CONDE DE OLIVARES (ADJUNTA).

«Señor D. Antonio. Sea norabuena á VS. la merced que S. M. le ha hecho, y séale mucho más enhorabuena las que VS. puede esperar de esta jornada, en que no suplico á VS. más de que me sea muy devoto, porque ha de obrar cosas grandes, y sin Dios no se puede obrar ninguna. Lo que yo doy firmado á VS. de mi nombre es que las mercedes de S. M. serán por ventura mayores de las que VS. imagina, con creer yo que nadie imagina pocas en su favor. Debajo de esta prenda puede VS. ejecutarme, aunque no será menester, y hago saber á VS. que lo que escribo lo escribo de orden de mi Rey, porque, si me muriese, este papel tenga el crédito que le da ser escrito de parte del Rey nuestro Señor, y no de propio concepto. Escribo á VS. esta carta esperando que no le hallará en Cádiz, y envío duplicado de ella á la Coruña, porque en la celeridad consiste el todo, y sin ella todo se perdería enteramente, y creo yo que en calidad, desde la jornada de Inglaterra acá, no se han visto iguales navíos á los que VS. lleva, y se hará cuanto se pueda porque alcancen á VS. en la Coruña seis galeras que se le envían, con que á mi juicio podrá VS. hacer mucho.

»En la Coruña hallará VS. instrucciones, y yo le escribiré mis discursos imaginarios y sin experiencia para que se ría de ellos y conozca cuán poco rehuso errar porque se consiga el mayor servicio del Rey nuestro Señor, que con celo imprudente me hace arrojar con liviandad á materias tan ajenas de mi experiencia.

»Muy buena gente se le da á VS., pues demás de su infantería llevará el tercio de



aprestados en Cádiz á sus órdenes; si pensaba lo mismo de los de Coruña, le desengañarian las representaciones de D. Lope describiendo su verdadero estado, nada satisfactorio, así como el de la infantería de embarco, disminuída en cosa de 5.000 hombres por deserción, á causa del mal pasar en Coruña, de las faltas de vestido y mantenimiento y de tener el suelo por cama [1].

Carvajal, y si tuviere más que hacer, se le daría gente vieja de Cantabria. Bien sería que VS. propusiese lo que se podía hacer con las fuerzas que se le dan porque S. M. resuelva con esta noticia más y tan buena la última orden que se hubiere de enviar á la Coruña. Dios guarde á VS. como deseo. De Madrid á 27 de Julio de 1639.—(Postdata ológrafa.) Poner el suceso en las manos de Dios, y buen ánimo.—Don Gaspar de Guzmán.

Colección Vargas Ponce, leg. 11. Papeles de Oquendo.

[1] *Memorial Histórico*, t. xv, pág. 314.—Novoa, lib. VII, pág. 107.

XIV.

BATALLA DE LAS DUNAS.

1639.

Reunión de la armada en Coruña.—Desaparece de la vista la de Francia.—Embarque de tropas.—Salida.—Defección de los transportes ingleses.—Encuentro con la escuadra holandesa en el Canal.—Combates.—Peripecias.—Entra la armada en las Dunas.—Situación comprometida en que se halla.—Pasa los caudales y soldados á Flandes.—Entra también en Dunas la escuadra holandesa reforzada.—Conducta ambigua de los ingleses.—Decide Oquendo salir á la mar.—Contrariedades.—Vara la mitad de la armada.—Tiene que pelear en proporción de uno á cinco.—Échanle navíos de fuego.—Incendian éstos al galeón *Santa Teresa* y muere gloriosamente D. Lope de Hoces.—Dispersión y destrozo.—Oquendo se abre camino hasta Mardique con algunas naves.—Aclaraciones.

AQUELLOS bajeles de D. Antonio de Oquendo que dejamos velejeando contra el viento en el empeño de montar el cabo Finisterre llegaron á vista de Coruña á fines de Agosto, y surgieron fuera del puerto por no entorpecer la salida inmediata de los otros. El Arzobispo de Burdeos, tan bravo al retar á D. Lope de Hoces teniendo fuerza doblada, ahora que se igualaba con la suya la de los españoles, procedió prudentemente dando velas y dejándoles el mar libre. No quería el cardenal Richelieu que lo aprovecharan éstos, pero tampoco que sus flamantes navíos sirvieran de impedimento, exponiéndolos á las consecuencias. Conveníale más «sacar del fuego la castaña con mano ajena», empresa á que dió cima su habilidad [1].

[1] Apéndice núm. 2.—*Correspondencia* entre el cardenal Richelieu y el Conde de Estrades.

La armada española reunida en Coruña constituía cifra que en las relaciones del tiempo oscila entre los límites de 70 y 50 naves, según comprendieran ó no los transportes: en el orden de batalla comunicado por el General en jefe se señalaba puesto á 51, con designación de nombres. La suma se descomponía en las siguientes fracciones:

Escuadra de D. Antonio de Oquendo.

Escuadra de D. Martín Ladrón de Guevara.

Escuadra de Nápoles: general D. Pedro Vélez de Medrano; almirante Esteban de Oliste.

Escuadra de Jerónimo Masibradi: almirante Mateo Ulajani [1].

Las cuatro procedían de Cádiz, habiéndose formado por el sistema mixto de contrata y embargo con navíos raguseos, napolitanos, dinamarqueses y alemanes; ascendían entre todos á 22, españoles los menos.

Escuadra de D. Lope de Hoces: su almirante Tomás de Echaburu.

Escuadra de Galicia: general D. Andrés de Castro; almirante Francisco Feijó.

Escuadra de Dunquerque: general Miguel de Horna; almirante Matías Rombau.

Escuadra nombrada de San José: general Francisco Sánchez Guadalupe.

En estas cuatro, organizadas en Coruña, había también naves de asiento y embargadas, y eran de Vizcaya, Cuatro Villas, Galicia, Portugal y Flandes. Debían sumar 29 entre galeones, naves, fragatas, pataches y filipotes. Se agregaron 12 navíos ingleses fletados para transporte de tropa [2].

Más que en los vasos difieren las noticias en la estimación de los soldados que habían de llevar y llevaron. Las publicadas en Holanda, Inglaterra y Francia suben el número á 27.000 hombres; de las de España, algunas la bajaron á 6.000; en otras se dan los nombres de los tercios y compañías, sin

[1] Mateo Esfrondati en algunas relaciones.

[2] «Se fletaron navíos ingleses para llevar el socorro, á escudo por hombre.»—Novoa.



más datos, siendo necesario acudir á cálculos y promedios, por los que parece admisible la suma total de hombres embarcados 14.000, de ellos 8.000 de mar y guerra, como dotación de los navíos, y 6.000 infantes destinados al ejército de Flandes.

Importa conocer el juicio de la calidad por dos opiniones discordes: el Conde-Duque pensaba no hubiera salido á la mar armada como ésta desde la jornada de Inglaterra; grandes y buenos los navíos, buena la gente [1]. Uno de los almirantes [2] escribía, en contrario, estar la armada falta de todo; el mayor número de la gente era forzada; no se había embarcado nunca y no servía más que de estorbo; en algunos navíos iba un artillero para cuatro piezas; habíalos que no tenían en total más de cuatro artilleros, y esos pocos sin conocimiento teórico ni práctico del arma; artilleros de nombre. La mayor parte de la infantería era nueva é iba desnuda; en algún bajel no se hallaron más espadas que las de los oficiales [3].

Tal como la armada fuera, embarcó con rapidez la tropa en Coruña, disponiéndose á partir con instrucciones dictadas por el almirante Oquendo, el 31 de Agosto, instrucciones en que son de notar, por diferencia con las usuales de tiempo atrás, algunos preceptos nuevos y aun contradictorios. En las de la época del Emperador, por ejemplo, se recomendaba la gritería entre los medios propios para intimidar al enemigo: en éstas se ordena el silencio desde el momento de empezar la pelea. Es especial la prohibición á los navíos de combatir con la capitana enemiga, por reservarla el general para sí, como también la prevención de seguir el ejemplo de la Real, sin detenerse en pormenores, confiados á la capacidad de los jefes [4].

[1] Carta del Conde de Olivares á D. Antonio de Oquendo, inserta en el capítulo anterior.

[2] Don Francisco Feijó Sotomayor.

[3] Carta del almirante Feijó. Apéndice núm. 4.—En otros documentos se califica á la infantería de «bisoña y de desecho».

[4] Apéndice núm. 3.

La navegación empezó en los primeros días de Septiembre [1], consintiendo á los transportes ingleses que navegasen sueltos, error grave que produjo la captura en el Canal de unos 1.070 soldados [2], fiando Oquendo en la bandera neutral ó en la fidelidad de los capitanes asalariados. Iban á vanguardia las naves de la escuadra de Dunquerque haciendo oficio de descubridoras, como gobernadas por hombres prácticos del Canal [3].

En éste esperaba el almirante holandés, Martín Hermertz van Tromp, con pocas naves; no trataba de presentar batalla á los españoles, sino de estorbarles la entrada en los puertos de Flandes con objeto de que surgieran en el de las Dunas de Inglaterra, frontero, y de representar allí el acto segundo de Guetaria, destruyendo á la armada cualquiera que fuera la actitud de Inglaterra, dudosa por entonces y vacilante en pronunciarse por la liga con que la brindaban á la vez España, Francia y Holanda. El plan estaba combinado con anticipación [4].

Avistáronse las dos escuadras el 15 de Septiembre al anochecer; y como los capitanes españoles pidieran á su General últimas órdenes, hablándoles casi con las mismas palabras que dijo en parecida ocasión ante Pernambuco, les invitó á imitar el ejemplo de la Real, pensando decidir la batalla como entonces, aferrando á la capitana enemiga y agobiándola con su esfuerzo personal, y no bien amaneció el 16 quiso poner en práctica el pensamiento, adelantándose á su escuadra y llegando gallardamente sin disparar un tiro á recibir los que le dirigieron todos los navíos contrarios hasta tocar la popa del bajel de Tromp, momento en que éste maniobró zafándose.

[1] El 5, según avisos de la corte. Algunos la anticiparon equivocadamente. Costa Quintella puso la salida el 27 de Agosto.

[2] Cifra de Le Clerc; otro escritor de su nación calcula los presos en tres ó cuatro mil; Costa Quintella, sin consignar número, supone detenidos los doce transportes; mas no parece fueron sino 3.

[3] En todo aquello que no consta por datos precisos sigo preferentemente á la narración del almirante Costa Quintella, traducida en el Apéndice núm. 6, y seguida de las que pueden servir al juicio del suceso.

[4] Correspondencia del Conde de Estrades. Apéndice núm. 1 á este capítulo.

Los bajeles españoles trabaron escaramuza á medida que se aproximaban, prolongándola todo el día sin más ventaja que volar uno de los enemigos, de que pocos hombres se salvaron; en cambio sufrieron bastante la real y los principales galeones; la primera tuvo 43 muertos y otros tantos heridos, quedando casi desaparejada con los nutridos y certeros tiros de los holandeses.

Mantuviéronse éstos todo el día á barlovento en línea de fila tan cerrada, que tocaba el bauprés de un navío en la popa del precedente, cuidando de no llegar á tiro de mosquete, por reconocer la ventaja que á los españoles proporcionaban en este arma los soldados de transporte. Los nuestros combatieron sin orden, en pelotones que se embarazaban unos á otros.

El día siguiente, 18, se unieron á Tromp 16 naves más, sin variar por ello de táctica; cañoneaban á distancia, produciendo bajas, entre las que fueron muy sensibles las de los almirantes Guadalupe y Ulajani; y habiéndose acabado la pólvora en el galeón de éste, separado de los demás con un filipote, cayeron sobre ellos seis holandeses y los rindieron, encendiéndose con más furia la pelea por el empeño con que Oquendo y los suyos trataron de recuperar la presa, así como por el de los adversarios en conservarla. Soltaron al cabo la del galeón, quedándose con el patache.

Dícese [1] que se vió Tromp en apuro que bien hubiera podido dar al traste con los presupuestos de los Estados Generales; pues ciñendo el viento como iba en vuelta de la costa de Francia, entró su escuadra en la ensenada de Boulogne, y no pudiendo montar de la otra vuelta la punta saliente al ONO., de seguir algún tiempo más el ataque por la armada española desde el exterior, hubiera tenido que optar entre el extremo de embarrancar en la costa de Francia todos sus navíos, ó rendirlos á la fuerza superior que había de abordarlos necesariamente. Todos los marineros conocieron el dilema y esperaban la elección, cuando, con asombro, vieron vi-

[1] Costa Quintella.

rar á la capitana de D. Antonio y hacer la señal de seguirla, lo que sólo á fuerza de repetir la orden hicieron, de mala gana, franqueando la boca del saco en que Tromp se había metido.

En los tres días de combate y en el nocturno iniciado en el intermedio por los holandeses, consumieron en una y otra armada las municiones y la pólvora, tan nutrido y constante fué el disparar de la artillería, haciéndolo á veces por ambas bandas, porque Tromp, maniobrando con arte muy superior al de su adversario, en uno de los accidentes en que había caído á sotavento y separádose en grupos una parte de nuestra armada, formó la suya en dos columnas; á la cabeza de una de ellas entró entre los dispersos, mientras el vicealmirante, de Witt, con la otra batía exteriormente á la línea, y ésta se halló por consiguiente entre dos fuegos.

Para remediar el vacío de la santabárbara entró el Almirante bátavo en Calés, puerto amigo, cuyo Gobernador le suministró al punto 500 toneladas, y con la actividad ejemplar de aquella marina, remediadas las averías, embarcados los pertrechos, puestos en tierra los heridos, á las veinte horas se hallaba otra vez en la mar dispuesto á combatir de nuevo.

Oquendo pudo en estas veinte horas tomar los puertos de Mardique y de Dunquerque, situar la armada al abrigo de las fortalezas españolas, desembarcar la tropa y cumplir con lucimiento la misión de que estaba encargado: la pérdida del patache rendido, mas que compensada estaba con la de la nave holandesa que voló; muertos y heridos había en ambos lados, y hubierase reconocido ser el triunfo suyo; mas no adoptó la determinación, que se hubiera ajustado á las instrucciones recibidas, según dijo al Rey en su despacho, por tener su nave y otras muchas desaparejadas y hallarse en el momento en que cesó la batalla á tres millas de las Dunas, en la costa de Inglaterra; esto es, mucho mas cerca que de los mencionados. Otra causa hubo, referida por testigo de excepción: [illegible] D. Antonio, habiendo consultado, sin duda, á los prácticos que á bordo llevaba, no haber en Mardique el

fondo requerido para el calado de sus galeones grandes [1]; surgió, pues, al otro lado del Canal, donde pensaba repararlos y reponerlos, confiado en la seguridad del asilo en puerto neutral.

Puerto no es, en la verdadera significación de la palabra, el que abordó, en razón á estar enfrente de los de Flandes y á poca distancia. Las Dunas (Downs) forman en la costa oriental del Condado de Kent una rada al Norte de Dover, entre South Foreland y North Foreland, frente á la población de Deal. La rada tiene hacia el Este los bancos de arena de Goodwin, y es espaciosa y abierta.

El enojo que entre los ingleses produjo la presencia de la armada, como origen que podía ser de desazones, subió de punto con la cuestión impolíticamente suscitada por Oquendo de saludo á la bandera, máxime habiendo de hacerlo, como lo hizo, y era de razón en puerto ajeno, en cualquiera circunstancia ordinaria en que no hubiera menester de consideraciones ni benevolencias. En la rada estaba el almirante inglés Pennington con escuadra encargada de velar por el respeto debido á su jurisdicción. ¿Cómo dudaba en hacer la manifestación pública que tributaban los navíos ingleses en puertos de España?

Procuró después, y esto era natural, adquirir pertrechos de guerra; proveerse principalmente de pólvora y balas, artículos que podían muy bien negarle dentro de la observancia estricta de la neutralidad. La situación grave en que había colocado á la armada le obligaba á contemporizar y no á enajenarse simpatías con altanero proceder. Llenos sus navíos de enfermos á causa de la desnudez y de la mala alimentación; faltos de lo más necesario á la navegación y á la guerra, á todo lo que no fuera humillante había de suscribir un general sobre cuyos hombros pesaban tan grandes intereses de su nación.

En dar cuenta inmediata del arribo al embajador de Espa-

[1] Servicios del Marqués de Velada. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, C. 32.



ña en Londres y al Cardenal infante, gobernador de los Países Bajos, no anduvo remiso D. Antonio, alcanzando del primero activas gestiones en la corte para su habilitación, y refuerzo de marineros y soldados enviados desde Dunquerque por el Príncipe, no obstante haber fondeado la escuadra holandesa en las Dunas por fuera de la española, así que se reparó en Calés [1].

Diligentísimo estuvo también en discurrir y practicar el modo de poner en tierra de Flandes los caudales y soldados que conducía para aquel ejército, verificándolo en barcas pescadoras de Dunquerque, abrigadas de día al costado de los galeones, y que marchaban de noche para la travesía del Canal en ida y vuelta. La expedición principal se realizó en la del 27 de Diciembre, en que espesa niebla ocultaba la maniobra. Trece pataches y fragatas de la armada, acompañando á 56 embarcaciones costeras ó pescadoras, pasaron el grueso de la tropa con felicidad; y aunque, conocido que fué el éxito por Tromp, puso en crucero pataches y fragatas de las suyas, consiguiendo en días sucesivos apresar algunas de las referidas embarcaciones, se introdujo el socorro, objeto de la jornada [2].

No quedaba otra cosa á nuestro General que la reparación de los navíos, dilatada por las dificultades y embarazos conque tropezaba á cada paso en la adquisición de materiales, si bien se dió el caso, no raro en tiempos de alardes caballerosos, de interceptar Tromp un barco con perchas de arboladura, y enviarlo á Oquendo con recado atento ofreciéndole de su propia escuadra cualquiera otra cosa que necesitara para salir á la mar, por el deseo que tenía de verse en ella enfrente de tan gran General.

No por esto dejaba de tener estrechamente bloqueado el

[1] Pidió Oquendo al infante D. Fernando 700 marineros; y no habiendo tantos disponibles en Dunquerque, suplió la diferencia con soldados valones, despachándolos en embarcaciones pequeñas, que hicieron la travesía sin que lo advirtieran los enemigos. *Cartas del Cardenal infante á D. Antonio de Oquendo. Colección Vargas Ponce*, leg. 15.

[2] Una relación impresa del tiempo consigna que se pusieron en Dunquerque tres millones y cinco mil soldados.



puerto, cual si fuera de enemigos, fondeada una escuadra á tiro de mosquete de la española y otra á la vela en el Canal, celando á cuantas naves entraban y salían. Alcanzaban las que tenía para todo, habiéndole enviado sucesivamente los Estados Generales hasta 114 ó 120, según autores, de ellas 17 de fuego.

Manteniendo con el almirante inglés Pennington cordiales relaciones, al mismo tiempo que procuraba impedir la entrega de pólvora, como acto contrario á la neutralidad, pedía le consintiera otros no menos opuestos, como encaminados que iban á la destrucción de la armada, hasta que habiéndose persuadido de que no conseguiría más de aquello que era de esperar de su preferente simpatía, impuesto de la orden comunicada por el Gobierno de hacer fuego contra el primero que rompiera en la rada las hostilidades, buscó, de mala fe pretexto con qué acreditar lo habían hecho los españoles.

Un mes había transcurrido desde que éstos dejaron caer las anclas sin recibir la pólvora pedida. Era el 20 de Octubre en la noche, cuando llegó un barco con escasa cantidad, que se repartió entre los galeones; y decidido á provocar el lance, asegurado como estaba con las instrucciones de su Gobierno, el 21 representó á Pennington haber sido agredido y al mismo tiempo se puso á la vela, encaminando los navíos de fuego hacia su enemigo.

Oquendo había reunido previamente al consejo de guerra y puesto á discusión lo que había de hacerse, recelando tanto del enemigo descubierto como del amigo dudoso. Entre la probabilidad de ser acometido y abrasado dentro de la rada por fuerza incomparablemente superior, y la de que, peleando en alta mar, se pusiera en manos de Dios el suceso, consideraba más honrosa la batalla, adelantándose á salir de la rada, en la cual quedarían los bajeles que no eran de servicio. Todos los jefes se manifestaron conformes con parecer tan razonable; ninguna objeción ocurrió. Hallándose, pues, dispuestos y animados, al ver en la mañana del 21 de Octubre que los holandeses largaban velas, hicieron lo propio, y sin responder al fuego que ellos rompieron, enderezaron las



proas á la mar, envueltos en la neblina, frecuente en aquellas costas, que se levantaba espesa.

Fuera por esta causa, bastante para excusar errores en los que no eran prácticos de los bajos, fuera por mala voluntad ó apocamiento de algunos de los capitanes, que todo se pensó, vararon en la costa ó en los bancos muchos navíos, siendo de notar ocurriera este accidente al galeón del almirante general D. Andrés de Castro, persona especialmente recomendada á Oquendo por el Rey [1], y cuyo proceder dió mucho que hablar, con mengua de su honra.

Cuando despejó la neblina se advirtió que no seguían á Oquendo más que 21 navíos, los que estaban á cargo de jefes ó capitanes de buena fama. El *Santa Teresa*, de D. Lope de Hoces, pegado á la popa; la almiranta de la escuadra de Galicia, de Francisco Feijó; las capitanas de las escuadras de Dunquerque y de Masibradi; todos aquellos de buena voluntad afectos al servicio, apegados al crédito de su General, dispuestos á cualquiera contingencia. Rodeábales la enorme cifra de los enemigos en proporción de cinco á uno, disparando la artillería con pasmosa celeridad.

Dirigieron á la capitana real tres navíos de fuego, que las lanchas de Oquendo desatracaron con valor temerario, cambiándolos de dirección, y uno se aferró con bajel de los suyos, abrasándolo. Al galeón *Santa Teresa* arrojaron otros dos incendiarios, que del mismo modo fueron separados; pero como navegaba por la popa de la real, los que ésta despidió de sí se enredaron en la proa del galeón, envolviéndolo entre las llamas, de que iban preñados. Don Lope de Hoces era ya muerto de bala de cañón, que le llevó un brazo en el momento de alentar á sus subordinados. Con ellos se consumió en la pira honrosa, llorado de los suyos, cual los caudillos mitológicos, reverenciado de los adversarios, enaltecido de su Rey [2].

[1] En cédula que se halla en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 15.

[2] Cumpliendo D. Felipe la oferta hecha antes de la jornada, dictó la siguiente carta al arzobispo Inquisidor general, su confesor, copiada en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 95, fol. 59:



Grandemente impresionó la desgracia á la gente de los demás galeones que peleaban aislados, en la disposición en que el enemigo los descubrió al despejarse la niebla. El que era almiranta de la escuadra de Galicia, blanco entre los principales, combatió de la mañana á la tarde, rechazó el abordaje de cinco navíos, y amenazado con dos de fuego, se rindió al anochecer.

A esta hora ofrecía admirable espectáculo la real, sola, semejando al jabalí acosado por la jauría. Hubo momento en que, acobardada la gente por el diluvio de hierro que despedazaba la arboladura, se abrigó bajo cubierta, negándose á continuar la pelea; dócil, sin embargo, á la voz enérgica y amada de Oquendo, volvió á sus puestos, prosiguiendo en la defensa bizarra, hasta que la oscuridad despistó á los contrarios. Durante la noche, sosteniéndose á flote con dificultad con el juego de cinco bombas, entró en Mardique, donde con admiración se contaron 1.700 balazos en el casco. Entró asimismo la capitana de Masibradi, con siete bajeles más de la escuadra de Dunquerque que no desampararon á la insignia. Del resto se rindieron nueve á los holandeses en estado tal de ruina, que tres de ellos, el del almirante Feijó, el del maestre de campo D. Gaspar de Carvajal y la almiranta de Vizcaya, se sumergieron al llevarlos á los puertos de Holanda, arrastrando con ellos al fondo á los aprehensores. Los demás embarrancaron en las costas de Francia ó de Flandes por no entregarse al enemigo. Nueve de los que va-

«Sabréis luego si la mujer de D. Lope de Hoces sabe la muerte de su marido, que quizá por estar tan recién parida se la tendrán encubierta. Y si la supiera ya, iréis luego en mi nombre á visitarla y consolarla en su trabajo, diciendo cuánto he sentido la pérdida de tan buen vasallo y tan valiente soldado. Y juntamente, que la hago merced de título de Conde para su hijo y sus sucesores, y á ella y al hijo, que gocen de la plaza del Consejo de Indias, que tenía su padre, por su vida. Y una futura sucesión de 2.000 ducados de encomienda para el muchacho, con tal que cuando éntre á gozarla le vaque otra tanta cantidad de lo que gozara en el Consejo de las Indias. Y á su hijo se le recibirá desde luego por menino de la Reina. Y á su hija se le hará merced para quien casare con ella. Si no supiere la muerte de su marido, suspenderéis esta orden hasta que la sepa.»

El título fué de Conde de Algeciras de Hornachuelos, según Salazar, *Dignidades de Castilla*.



raron en las Dunas en el momento de salir, pasaron luego á Dunquerque.

Incluyendo á todos éstos, calcularon los escritores más exagerados del tiempo la pérdida de España en 43 bajeles y 6.000 hombres; y aunque, exagerando también, hubo autor holandés que se vanagloriaba de no haber costado á su nación tan señalado triunfo más que la pólvora y las balas consumidas, reconocieron otros la desaparición de 10 navíos, quemados ó idos á fondo, estimándose en unos 1.000 los muertos que callaron.

¿Pudo Oquendo adoptar resolución mejor que la llevada á cabo? Una vez en las Dunas, no cabía otra más honrosa ni que ofreciera probabilidades de salvar alguna parte de la armada. Al ancla se hubiera perdido de seguro; en la mar, fiando en el valor de la gente, algo había que esperar también de la fortuna. Desgraciadamente, le fué contraria en todo: redujo á la mitad su fuerza la torpeza del Almirante general, si torpeza fué y no intención torcida la que varó en la rada misma á los navíos de la escuadra de Galicia [1]; la niebla desunió á los que le quedaban, siendo causa de que, rodeándolos, dispersos, los acosaran los enemigos con el poder de ciento á veinte. Disponían éstos, además, de un arma terrible que no usaban todavía los españoles: no obstante, con tanta bizarría pelearon, que solamente nueve de los navíos, destrozados, inútiles, se rindieron.

Oquendo correspondió á los antecedentes de toda la vida

[1] La opinión pública se pronunció contra el Almirante y los capitanes, juzgando que habían esquivado la pelea con enemigo tan superior. El general Oquendo se dolió de su conducta en los despachos dirigidos al Gobierno, que del lado de la opinión pública estaba. En carta del Cardenal infante, fecha en Bruselas á 29 de Octubre y dirigida á D. Antonio (*Colección Vargas Ponce*, leg. 15), lamentaba que no todos los navíos le hubieran ayudado como debían. En otra particular, de Madrid á 27 de Noviembre, decían al P. Rafael Pereira, de la Compañía de Jesús, como eco, «Don Antonio de Oquendo escribió una carta á esta corte llena de lástimas y desdichas. Mucho se queja de que algunos cabos no hicieron su deber, causa principal del daño que recibimos. Diez y ocho galeones de los nuestros dieron á la costa, no se dice si de Francia ó de Inglaterra; siete perecieron en la refriega; la almiranta de D. Lope de Hoces se quemó con toda la gente.....» Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, Ms., legajo suelto de cartas.



Batalla naval. Reproducción de un grabado flamenco de la época.

al atravesar el Canal, sosteniendo combate, quizá sin igual en ningún tiempo. «Ya no me falta más que morir, dijo en Mardique, pues que he traído á puerto con reputación la nave y el estandarte.»

Del otro lado mereció Tromp elogios, más que por el fácil triunfo final, por la habilidad con que cortó el camino á la armada española cuando contaba con fuerzas inferiores: mostróse entonces superior en táctica y maniobra, no sólo á su contrario, á los almirantes de su época, rompiendo con la tradición de la batalla en media luna al formar la línea de combate en fila cerrada, ciñendo el viento, que se adoptó en lo sucesivo, evitando cuidadosamente el abordaje, sirviéndose de la artillería con rapidez y precisión, con que vino á ser decisiva en las funciones de mar.

Hasta el presente no se ha considerado la batalla de las Dunas más que como episodio en la vida de D. Antonio de Oquendo, que enaltecía sus méritos, que acrisolaba su valor personal con la admirable travesía que hizo del Canal de la Mancha por medio de un centenar de navíos enemigos, combatiendo sereno nueve horas con la flor de los almirantes de Holanda: Tromp, Witt, Evertzen, Bankert, Cats, Van Galen, Joll *(Pie de palo)*, hasta poner en el puerto de Mardique, con la capitana acribillada, enhiesto y seguro el estandarte real de España. Los historiadores generales apuntaron el suceso como uno de tantos, sin examinar las circunstancias; los de la provincia de Guipúzcoa se sirvieron de él para el elogio de un hijo preclaro, cuyas acciones inspiran al ditirambo. Juzgólo el Dr. Camino, en su *Historia de San Sebastián* [1], «hombre célebre, digno de compararse con los más esclarecidos héroes que hicieron prodigios de valor en el teatro de los mares», apreciación conforme con las del padre Henao, en las *Ilustraciones de Vizcaya;* con las de Martínez de Isasti, en el *Historial de Guipúzcoa;* las de Gainza, en la *Historia de Irún*, y las de D. Miguel de Oquendo, hijo respetuoso y amante que, en libro dedicado á su provincia con

[1] Manuscrita.

título de *El héroe cántabro* [1], escribió panegírico estimable.

Desde aquí, resbalando en la pendiente del encomio, han caído escritores entusiastas sucesivos en hipérbole errónea, confundiendo el libramiento de la capitana con el de la armada á que servía de cabeza, considerando victorioso el suceso que, en puridad, se traduce por sensible desastre; pero no le es imputable la invención de la especie, porque á raíz de la ocurrencia se refirió como triunfo en la corte [2], y cortesano historiador la comentó sentando sin contradicción: «Este es el suceso que tuvo la armada del Rey, puesta en la mar para echar el francés de España y llevar el socorro á Flandes, habiendo logrado el uno y el otro objeto, y que, peleando con tanta desigualdad, venció mucho más que perdió; sin medirse los daños en un monarca á quien rodean tantas riquezas, sino con las glorias solamente, que consisten en el alcanzar el intento y en la manera de conseguirlo» [3].

Aun más: en documento público oficial se cometió, tiempo adelante, la falsedad de asentar que, derrotado el enemigo, se le siguió tanta ignominia que quitaron la cabeza al General de la armada [4].

Influída desde entonces la opinión en este sentido, al erigir en San Sebastián estatua al insigne marino (1894), fué consultada á la Academia de la Historia una inscripción que pareció al Cuerpo demasiado expresiva, dado que á los pueblos sienta la modestia tan bien como á los individuos que los constituyen. No se aceptaron, sin embargo, las razonadas

[1] Impreso en Toledo, año 1666, en 4.º Las estimaciones y biografías que han salido á luz desde entonces son muchas, siendo de citar la de Vargas Ponce en el *Discurso sobre importancia de la historia de la Marina.* Don Nicolás de Soraluce reprodujo las impresiones antiguas en su *Historia general de Guipúzcoa.* Don Francisco R. de Uhagón ha enseñado algo nuevo con las pruebas para el hábito de Santiago concedido al héroe, publicándolas en la *Revista Vascongada.* (San Sebastián, 10 de Octubre de 1894.)

[2] Circuló en los primeros días, impresa en 4.º, *Relación de la gran victoria que tuvo don Antonio de Oquendo contra cuarenta navíos olandeses en la Canal de Inglaterra.* Año 1639. En Sevilla, por Juan Gómez de Blas.

[3] Malvezzi, *Sucesos principales de la monarquía de España en el año* 1639.

[4] *Título de Marqués de San Millán á D. Miguel Carlos de Oquendo, expedido en* 16 *de Julio de* 1689. Impreso en cuatro hojas en 4.º Copia en el Apéndice núm. 11.



observaciones que se permitió, y en la nueva inscripción redactada persevera la idea de haber sido Oquendo declarado invencible por sus enemigos [1]. Consta, pues, así en monumento, y por ello, por los juicios emitidos en periódicos de la localidad, y aun por la cita de un bosquejo histórico como fundamento [2], paréceme necesario dar á conocer las fuentes de que me he servido al redactar el capítulo antecedente y poner en apéndices los comprobantes. Habrá, sin duda, muchos más en el archivo de Simancas; no he podido registrarlo.

Empiezan los acopiados con carta del cardenal Richelieu al embajador en Holanda, Conde de Estrades, noticiando la preparación de la armada en la Coruña y encargándole inclinara al Príncipe de Orange á combatirla. El Conde contesta quedar satisfecho su deseo y formado el plan de des-

[1] La inscripción esculpida en el pedestal en dos idiomas, castellano y vascuence, reza:

AL GRAN ALMIRANTE
DON ANTONIO DE OQUENDO,
CRISTIANO EJEMPLAR
Á QUIEN EL VOTO DE SUS ENEMIGOS
DECLARÓ INVENCIBLE,
DEDICA ESTE TRIBUTO DE AMOR
LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN
ORGULLOSA DE TAN PRECLARO HIJO.

LA MARMORA (*sic*)
PERNAMBUCO
LAS DUNAS.

DON MIGUEL DE OQUENDO,
DON LOPE DE HOCES,
DON MARTÍN DE VALLECILLA.

SAN SEBASTIÁN, 1577.
LA CORUÑA, 1640.

Las inscripciones proyectadas antes que ésta se escribiera, y las consultas que mediaron, están insertas en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1894, tomo XXV, pág. 381.

[2] Bosquejo encomiástico de Oquendo que publiqué en el almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para el año 1881.

truir las naves en las Dunas, sabiendo positivamente que surgirían allí. En otro despacho comunica la realización.

Oquendo circuló á sus naves, el 31 de Agosto, instrucciones para la navegación y combate, de que sólo he encontrado extracto en colección de documentos de los enemigos. Acompaña el orden de batalla en media luna con nombres de los navíos, que son 57; menos de los que los mismos enemigos suponen. De parte de aquéllos, los que partieron de Cádiz, hay resultado de la muestra pasada á la gente de mar.

Emprendida la jornada, son los despachos de Oquendo los que más interesan. Su hijo D. Miguel y el Dr. Camino insertaron el principal en las obras mencionadas; á otros aluden las cartas del Cardenal infante, también citadas y publicadas en el *Memorial Histórico* [1], que al mismo tiempo condensan la impresión del público en sus diferentes manifestaciones [2].

Hacen fe asimismo las que trazó el almirante Francisco Feijó Sotomayor, testigo de vista, prisionero en la fortaleza del Haya después de la batalla, á cuyo final hubo de rendir el bajel yéndose á pique. Su relación es extensa, movida, llena de pormenores expresivos del mal estado de los navíos, faltos de todo, de artilleros principalmente, habiendo de pelear con enemigo que en el manejo de los cañones ponía el suceso. Dibújase en las frases respeto y admiración al general en jefe, cuyas providencias alaba, pensando, sin inculpar á nadie, que por no cumplirlas ocurrió la rota, siendo así «que muchas veces sucede ganar las victorias más con el desorden ajeno que con el valor propio».

El ayuda de cámara Matías de Novoa nos ha dejado reflejo de lo que se decía en el Palacio real, centro de comunicaciones y noticias, sin perder ocasión en el relato, lo mismo que en toda su historia, de aplicar al Conde-Duque cuanto mal le dictaba la animosidad. Muéstrase enterado de los planes que fraguaban los enemigos con anterioridad á la salida

[1] Tomo xv, páginas 347, 357, 371, 377, 387.

[2] En las que ahora llamamos gacetillas. Una apareció nombrada *Sumario y compendio de lo sucedido en la monarquía española y otras partes del mundo desde Marzo de* 1639 *hasta Marzo de* 1640. Impresa en folio, sin lugar.



de la armada, así como de las negociaciones con el rey de Inglaterra, que critica; censura agriamente el proceder del almirante D. Andrés de Castro y el de los capitanes de la escuadra de Galicia, dando por sabido que «infamemente dieron con ellos en tierra, faltos de corazón y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prez de la generosa sangre española». A Oquendo no alaba ni culpa, limitándose á indicar que, en vez de surgir en las Dunas, debiera haber recogido la armada en los puertos de Flandes.

Muchos años después, en los nuestros, ha formado el almirante portugués Costa Quintella la relación que sigue, falta, como es de suponer, del tinte en que están bañadas las contemporáneas, ilustrada, en cambio, con la crítica moderna, con el conocimiento técnico de la profesión y con la comparación de documentos existentes en los archivos de la Corona de Portugal, por lo que supera, á mi ver, á las otras al referir paso á paso los acaecimientos de la jornada. Estima que Oquendo, excelente marino y capitán, no dió pruebas de poseer en igual modo las dotes de general ó de caudillo, ni las de diplomático tampoco.

Debe oirse en todo proceso á las dos partes, y llega vez á la holandesa, usando de la versión de M. Eugène Sue, nada sospechosa siendo de amigo y aliado. Pasemos por la hipérbole en el señalamiento de naves y soldados; reconoce que el socorro fué desembarcado en Flandes y que la escuadra de Tromp se aumentaba tanto de día en día que la gente de Oquendo preguntaba si llovían navíos en Holanda; declara que los bajeles y los castillos ingleses dispararon indistintamente contra los beligerantes desde el momento en que salieron de las Dunas. Doliéndose de la muerte de D. Lope de Hoces con los *mil mosqueteros* que llevaba á bordo, especifica la destrucción ó apresamiento de los demás navíos, notando que la victoria, la hermosa acción del almirante Tromp, no costó á Holanda más que la pólvora quemada.

Le Clerc estuvo más circunspecto, rivalizando en la exactitud de cifras con su compatriota. Lo más interesante de su obra para el caso presente es la descripción y dibujo de una



medalla acuñada en memoria de la derrota española. Escritor de menos notoriedad lo hizo de las fiestas celebradas en El Haya, con pormenor de los fuegos de artificio, en que se gastó la suma considerable de 80.000 florines.

Todavía es bueno saber la opinión de los ingleses, neutrales á su modo, según los datos recogidos por el Dr. Campbell. Confirman la intimación á la armada española de abandonar el surgidero; la benevolencia ó debilidad con que se consintió á los holandeses bloquearla y la comedia representada para cubrir las apariencias [1]. Las simpatías del pueblo inglés estaban con los herejes: ¿quién lo duda? No más difícil es conjeturar adónde apuntarían los cañones de bajeles y castillos cuando rompieron el fuego defendiendo la inviolabilidad del asilo.

Si de lección sirvieran los sucesos históricos, no debería caer en saco roto la del daño que causa el afán de excitar la curiosidad pública, y mucho más aún el de satisfacerla con noticias que abren los ojos del enemigo; afanes llevados por la prensa periódica actual á un límite insensato, opuesto á los fines de la guerra, cuya realización depende del secreto.

Relativamente á la apreciación en Inglaterra de puntos concretos en la jornada, nos dejaron apunte curioso las declaraciones tomadas en Sanlúcar el día 3 de Diciembre de 1639 á pasajeros del navío inglés del capitán Thomas Guillermo (¿Williams?) que habían presenciado los combates del 18 de Septiembre y del 21 de Octubre. Dijeron haber causado maravilla el incesante tronar de la artillería desde la mañana á la noche, con intensidad y rapidez que daba á suponer consumo enorme de municiones. Así gastaron las que tenían ambas escuadras. Deponían los testigos ha-

1 «The first hostility habing been indisputably committed by the Spaniards, was a plea of which the Dutch made use in their justification to us; and at the same time became a sufficient argument to defend the conduct of the English government, which otherwise whould have appeared repugnant to the law of nations in suffering one friend to destroy another within its chambers.» (Campbell, *Lives of the British Admirals.*)



ber oído hacer elogios de los generales Oquendo y Hoces [1].

¿Qué impresión produjeron en el Palacio de Madrid las nuevas? Al decir de Novoa, fué la pérdida de gravísimo sentimiento para el Rey y para sus Ministros; externamente se significó con orden de proceder al armamento inmediato de otra escuadra [2], y con la embajada extraordinaria á Inglaterra del Marqués de Velada.

APÉNDICES AL CAPITULO XIV.

NÚMERO I.

Documentos de interés para el juicio de la batalla de las Dunas, extractados de la colección «Lettres, mémoires et négociations de M. le Comte de Estrades». Londres, 1743.

Carta del cardenal Richelieu al Conde de Estrades, 15 *de Agosto de* 1639.

Le avisa que en Coruña se dispone una escuadra de 50 navíos mandada por D. Antonio Doquendo (de Oquendo), el hombre de mar más hábil que tiene España; ha de embarcar 12.000 hombres para Flandes; se le unirá la escuadra de Dunquerque. Diga al Príncipe de Orange que nada mejor ni más glorioso pudiera hacer que despachar prontamente armada poderosa para salir al encuentro de la española y batirla.

Carta del Conde de Estrades á Richelieu, 26 *de Agosto.*

Ha cumplido el encargo; sabía la noticia, y aun más: que Oquendo ha recibido instrucciones ordenándole entrar en las Dunas y pasar desde allí

[1] Consta la información enviada á la corte por el Duque de Medina-Sidonia en la *Colección Navarrete*, t. XXXII.

[2] Real cédula dirigida al Duque de Medina-Sidonia, de Madrid á 17 de Noviembre. Tiene aviso que la armada fué acometida en el puerto de las Dunas por 126 bajeles holandeses, estando bajo la artillería de los castillos, y advertido Oquendo por el cabo de 14 bajeles del Rey de Inglaterra que tenía orden de pelear contra el primero que hiciera acto de hostilidad: no se saben pormenores. Para reparar lo sucedido urge componer otra armada con bajeles comprados ó tomados á sueldo. La misma colección y tomo.



la infantería con la escuadra de Dunquerque y auxilio de ingleses á fin de no arriesgar combate. Espera que se armarán en Holanda dos escuadras: una de 50 naves de guerra y 20 de fuego al mando de Tromp, que estará presta en diez días, con mandato de salir al encuentro de la española; otra de 40 de las primeras y 10 de fuego á cargo del vicealmirante Evertsz, que es muy estimado. El Príncipe está resuelto á destruir al enemigo en las Dunas, sabiendo positivamente que tiene orden de entrar allí, y así no se hará al pronto más que inquietarle en las alas con una escuadra destacada hasta que se halle en el puerto. Entonces, esperando la llegada de Evertsz, hará entender al Almirante de Inglaterra la orden que tiene de combatir, rogándole retire sus navíos, á menos que no quiera ponerse á su lado; pero que en todo caso, si no se mantiene neutral, le combatirá también. Esto encarga el Príncipe de Orange que le transmita (t. I, página 40).

Carta del Conde de Estrades á Richelieu.

Despacha correo para hacerle saber la derrota de la escuadra de España á pesar del asilo que el rey de Inglaterra la dió en uno de sus puertos. El Almirante de esta nación, conocida la resolución de Tromp, retiró á un lado sus navíos y se mantuvo neutral. Duró el combate cuatro horas; el galeón *Teresa*, almirante de Portugal, fué incendiado; tenía 100 cañones de fundición y 500 soldados. Otros 12 navíos grandes han sido quemados ó hundidos; 16 de presa, llevados á Flessingue con 4.500 prisioneros; 14 perdidos en las costas de Boulogne y Calés. Se ha salvado la escuadra de Dunquerque retirando á D. Antonio de Oquendo de entre 10 navíos que le tenían acosado. Se han perdido de Holanda 10 navíos, hundidos ó quemados. Es la victoria más completa que se haya visto jamás (t. I, página 44).

NÚMERO 2.

Instrucciones de D. Antonio de Oquendo á la armada de su mando, según el extracto publicado en la «Correspondance de Henri D'Escoubleau de Sourdis, archevêque de Bordeaux». París, 1839, t. III, pág. 54.

Coruña 31 de Agosto de 1639 [1].

Todas las personas que están á su cargo confesarán y comulgarán antes de salir, y durante la navegación evitarán toda especie de pecados públicos, principalmente blasfemias y juramentos.

[1] En el libro citado, por error evidente, se pone 1641, año en que ya no existía Oquendo.



Los capitanes de los navíos han de tener advertencia de que, tan luego se aviste la escuadra enemiga, se ha de combatir abriendo camino hasta Dunquerque; y de no conseguirlo, volver á España, sirviendo de punto de reunión el puerto de Santander.

Cuidarán, en consecuencia, que desde la salida estén desembarazados y dispuestos á la pelea, que durante ésta haya silencio; esté elegida gente para distribuir pólvora y municiones y para saltar al abordaje.

Item, de noche no perderán de vista el farol de la capitana.

Ningún navío combatirá con la capitana enemiga, que el General reserva para el suyo; si no pudiera acercarse, los más próximos la entretendrán hasta que llegue, pero todos tendrán libertad de pelear como puedan, en la inteligencia de ser necesario vencer ó morir.

La armada formará en media luna conforme á los puestos señalados.

Navegando á la bolina habrá mayor cuidado de no embarazarse, pena de la vida.

Si se avistaran velas, irán á reconocerlas los navíos de Dunquerque.

En casos imprevistos en que no sea posible enviar órdenes escritas, las dará el General de palabra.

Recomienda la unión en todas circunstancias.

Durante el combate estarán al lado de la capitana los pataches *San Antonio* y *San Agustín* y la fragata *Santa Ana*.

El General confía en la capacidad de los jefes.

ORDEN DE BATALLA EN MEDIA LUNA [1].

Capitana Real.
Patache *San Antonio*.
Patache *San Agustín*.
Santa Teresa.
San Jerónimo.
San Agustín.
Gran Alejandro.
Santa Ana.
San Sebastián.
Santa Catalina.
San Lázaro.
San Blas.
San Jerónimo, de Masibradi.

[1] Se corrigen los nombres notoriamente equivocados.



San Nicolás.
Santiago, de España
San Juan Bautista.
Esquevel.
San José, de Dunquerque.
Los Ángeles.
Santiago, de Portugal.
Delfín Dorado.
San Antonio.
San Juan Evangelista, de Dunquerque.
El Pingue.
San Carlos, de Masibradi.
San Nicolás.
San Miguel.
Orfeo.
San Vicente, de Dunquerque.
San Martín, de Dunquerque.
Nuestra Señora de Monteagudo.
Santiago, capitana de Galicia.
Capitana de Masibradi.
Santo Tomás.
Nuestra Señora de Luz (?).
Santa Clara.
San Gedeón, de Dunquerque.
San Jacinto.
San Carlos, de Dunquerque.
Santo Cristo de Burgos (?).
San Pablo.
San Miguel.
La Corona.
La Presa.
San Esteban.
San Pedro de la Fortuna.
Los Ángeles.
Águila Imperial.
La Mujer.
Santo Domingo de Polonia.

Relación de la gente de mar que se halló abordo de los navíos de la armada en Cádiz el 29 de Julio de 1639. (*Colección Vargas Ponce*, leg. 15.)

Capitana Real	211
Almiranta Real	140
Santiago, de Castilla	53
San Pablo, presa	55
Esquevel	55
Corona	67
Los Ángeles	55
Patache *Jesús María*	38
Urca *San Pedro Mártir*	53
Urca *Fama*	56
Saetía *Santa Teresa*	20

ESCUADRA DEL GOBERNADOR MARTÍN LADRÓN DE GUEVARA.

San Pedro el Grande	100
El Gran Alejandro	81
San Esteban	82
Santiago	54

ESCUADRA DEL GENERAL MASIBRADI.

Capitana	76
San Carlos	60
San Blas	53
Santa Cruz	55
San Nicolás	55
San Jerónimo	46
San Pablo	25
Patache	27

NÚMERO 3.

Cartas del almirante D. Francisco Feixó dando cuenta de la pérdida de los navíos de su armada.

Aunque en esta prisión no me dan licencia para escribir, y se leen las cartas que vienen y que envío, parece que no cumpliera con mis obliga-

ciones si no la solicitara para dar cuenta á V. S. del infeliz suceso de nuestra armada; y tomando desde el primer accidente, digo, señor, que habiendo llegado con felicidad cerca de Calés á 15 de Septiembre, se descubrieron 18 bajeles de la armada de Olanda, al anochecer, por nuestro barlovento, y el día siguiente se volvieron á ver en la misma parte, de nuestra vuelta, con poco viento: á la mañana puso la proa á ellos nuestra capitana, siguiendo toda la armada, no haciendo ellos más diligencia que conservar el barlovento. Conocióse en el Sr. D. Antonio Oquendo deseos de abordar, pues sin disparar piezas de artillería se llegó á la capitana contraria, recibiendo las cargas de ella; pero prevenido de buen marinero el otro General, se hizo á la vela, y viendo empeñada nuestra capitana sobre su popa, se reparó de modo que se volvió á quedar por barlovento, y antes que nuestra capitana quisiera valerse de su vuelta, se fué saliendo el enemigo por su barlovento de toda nuestra armada; porque como los galeones de España son valerosos (*sic*), recogen más agua y tienen mayor abatimiento con los vientos y corrientes: pelearon valerosamente, y el enemigo con mucha gallardía se fué renovando al viento, cañoneando de lejos. Nuestra capitana quedó algo desaparejada, y disparando una pieza de recoger, para seguir su viaje á meter el socorro, que era el fin principal á que venía. Llegó la noche, y todo el discurso de ella fué que andaba el contrario por nuestro costado, siempre á barlovento á la banda de Francia, disparando cada media hora artillería. Con que nos persuadimos que llamaba á sus escuadras, que tenía repartidas, como fué, pues incorporándose á la media noche, nos embistieron á cañonazos 36 bajeles, trabándose la batalla y escaramuza de ambas partes, que fué la mayor de cañonazos que hasta hoy se ha visto en la mar ni tierra, pues duró incesablemente disparando de una parte y otra desde aquellas horas hasta el otro día á las tres de la tarde. Todos los bajeles de nuestra armada, ó por las corrientes, ó por no poder más, se pusieron á barlovento de la capitana, donde sólo hacían daño á los nuestros sin ofender al enemigo por las muchas balas que pasaban por encima de los primeros. Quedáronse solas: la capitana donde iba el general D. Lope de Hoces; la *Teresa* y mi bajel cañoneando. La capitana abatió las velas de gavia para esperar; yo hice lo mismo; pero no se resolvieron á abordarnos por parecerles ser más fuerte nuestra mosquetería, conociendo superioridad en su artillería y artilleros. Dejáronnos tan desaparejados á todos tres, que parecían arneros las velas; desenjarciadas la capitana y la *Teresa*, destrozados los árboles y mi bajel, rotas las vergas de gavia y mesana: aunque tan maltratadas, viendo que á su sotavento por popa habían abordado bajeles del enemigo con dos de nuestra armada, no pudimos socorrerlos por estar el puerto en calma, con que no se pudo estorbar



que se llevasen uno, que era un filipote con gente bisoña. La capitana ya rendida por hallarse tan manca y desaparejada, sin balas, sin pólvora, ni municiones, porque á ambas armadas se les acabó, para poder tomar el puerto de Mastrique le fué forzoso tomar el de las Dunas para aparejarse y repararse de lo necesario, y la almiranta real, donde iba D. Andrés de Castro, por haber peleado toda aquella noche con mucha continuación y viveza, quedó asimismo destrozada.

La armada de Olanda, que también se le había acabado la pólvora y municiones, arrimó á Calés, y desde allí despachó el bajel á Olanda con aviso de lo que había, y que intentaba, en recibiendo las municiones que allí le habían de dar, ir á dar fondo á nuestra posesión, á la misma parte de Dunas, para estorbar el paso de no entrar el socorro en Dunquerque.

Habiéndose aprovechado en menos de veinte horas, vino á ejecutarlo y á dar fondo en la punta que hace recodo á aquel surgidero, á tiro de arcabuz de nuestra armada, que habiéndose llegado á aquel paraje antes de su llegada, y después de haber tenido algunas diferencias con el Almirante de Inglaterra que se hallaba allí con ocho bajeles de guerra, sobre abatir las banderas, fué preciso lo hiciese el Sr. D. Antonio, por la falta de pólvora y reparos forzosos, y por otros respetos bien considerados, que se representaron, y así después nos dijo el mismo Almirante inglés que nos mejorásemos más adentro en el lugar adonde él estaba, y zarpando para dárnosle bastante, se fueron sus bajeles á surgir en medio de la armada nuestra y de la de Olanda.

Esta misma noche hizo grandes diligencias el Sr. D. Antonio para enviar á Dunquerque las fragatas y embarcaciones menores, y se lució bien, disponiéndose con tanto cuidado que se pudo conseguir, y el día siguiente, al amanecer, entraron en Mastrique 14 bajeles con tres mil soldados. El General de Olanda fué repartiendo de sus navíos escuadras por nuestro costado, á la banda de la mar, para que estuviesen en buena guarda.

El Sr. D. Antonio, luego que llegó, despachó á Bruselas á Su Alteza; á Londres, al embajador de España, representándoles el estado en que se hallaba, y que no podía hacer efecto ninguno en meter el socorro, ni pelear; que tenía su capitana con muchos desaparejos y lo mismo la *Teresa*, almiranta real y capitana de guerra y algunos bajeles; y los ingleses no tenían grano de pólvora ni municiones, y creciendo, según lo estimaba, estas necesidades, que le proveyeran con brevedad de lo necesario. Estuvo esperando más de un mes sin que llegase la pólvora, sino alguna gente de mar de Dunquerque y algunos soldados valones para sus navíos que estaban desarmados, y viniendo un barco de árboles y tomándole una fragata

de Olanda, anduvo tan gallardo su General, que se los envió al Sr. don Antonio para que se aparejasen.

En este tiempo que se esperaba la pólvora y lo demás necesario para salir á pelear y navegar, que había ido por ello á Londres el veedor de la armada de Dunquerque, no lo pudiendo el Sr. D. Antonio remediar, por ocasión de ir remitiendo el socorro que faltaba en barcos de pescadores que Su Alteza enviaba, que con harto riesgo entraban y salían por la armada enemiga, no se descuidaban los de Olanda en enviar bajeles de refresco con mucha gente de mar y guerra bien pertrechados de todo lo necesario, se agrosó de 95 bajeles de guerra y 15 de fuego, que demás de haberlos nosotros contado, me dijo su General, que me vió en la prisión, este mismo número que abajo referiré.

Y aunque desde el principio que se dió fondo en Dunas se tuvo entendido que los Estados, estando cerca, habían de crecer su armada de más fuerza y poder, y que les sería fácil por habérselos de ofrecer los navíos de las compañías de las Indias y los del convoy, para el efecto, y hallarse siempre prontos para navegar, por la facilidad con que se hace, y junta gente de mar, por haber tanta, que asimismo me lo ha dicho el Almirante de Inglaterra, no se pudo resolver el Sr. D. Antonio á salir antes que este poder se juntase, por las faltas ya dichas, y por no desamparar lo que allí había de socorro, que era el principal intento de su armada.

No obstante esto, llamó á junta y consejo, donde quiso saber lo que le faltaba á cada bajel, que fué mucho, y pidió su parecer á cada uno, á que se respondió representándole la falta de todo que tenía nuestra armada, y en particular de gente, porque con la enfermedad que había habido generalmente en todos los bajeles, se habían muerto muchos, y muchos estaban enfermos, y el mayor número de los demás eran gallegos forzados, que ninguno de ellos se había embarcado, y tan acuitados é inútiles que no eran de ningún servicio, y que siendo la artillería el instrumento más importante para abrir el camino de la felicidad, y la que más obra, particularmente batallando con navíos de Olanda, porque son diestros en ella y pelean de lejos y cubiertos sin querer abordar, tenía nuestra armada tanta falta de artilleros, que trayendo el enemigo por cada pieza dos y un ayudante, no alcanzaba un artillero para cuatro piezas, y que nuestros navíos no tenían cuatro artilleros, y que los más que había eran inútiles en el ministerio, y que la mayor parte de la infantería era nueva y desnuda, dos cosas harto á propósito á amedrentar el ánimo de esta gente, pues en los más de los navíos sólo había las espadas de los oficiales, como se echó de ver después en los que se tomaron, de que no hicieron poca burla en los Estados, y que asimismo, si salíamos á la mar contra tan grande po-

der, nos habían de ir siguiendo toda la Canal y desaparejando todos los bajeles uno á uno, pues siendo los suyos mejores de vela y barlovento, y habiendo salido más limpios y más frescos, harían de los nuestros lo que quisieran, como sucedió el año de 1588, cuando vino á estos mares aquella armada tan poderosa de España á cargo del Duque de Medina, que con ser la del enemigo muy inferior en el poder, la desbarató y deshizo, y que así sucedería siempre que viniese armada de galeones gruesos á la Canal, y que si saliendo á la mar nos fuese el enemigo arrinconando á algúna costa ó por los vientos ú otro accidente, siendo preciso andar bordeando, se podía temer perdernos en aquellos bancos y angostura, por ser nuestros bajeles, como está dicho, más balumbosos y pescar más agua, con que forzosamente había de ser mayor el abatimiento que el de los suyos, y que si perdía esta armada, se considerase en cuánto espacio se podría componer otra en España, y demás destos inconvenientes, representaron otros de mucha fuerza para que se atendiese bien á la resolución, y que pues al parecer, según la seguridad del Inglés, no se podía temer hostilidad en sus puertos, debajo de sus castillos y de un estandarte de su armada, que la nuestra se estuviese queda, con cuidado y vigilancia, y mientras se acababa de reparar y llegar la pólvora se diese cuenta á Su Alteza con relación del poder del enemigo con 95 bajeles de guerra y 15 de fuego, y que de nuestra armada sólo podían salir hasta 38 con los pataches, por si se ofrecían algunos medios por el Rey de Inglaterra ú otro camino, para que se pusiesen las cosas en mejor estado.

Habiendo discurrido largamente sobre esto, dijo el Sr. D. Antonio que bien considerado tenía lo que se había propuesto, y que despacharía luego á S. A., pero que en caso que no respondiese tan presto, se resolvía de repararse con toda priesa, y en llegando la pólvora, salirse á la mar con el primero tiempo oportuno, pasando por el enemigo aunque lo echasen á pique, porque no tenía seguridad de que la armada de Olanda guardase respeto á los puertos de Inglaterra, y más, viéndose con tan superior poder; y que si allí le habían de desbaratar y abrasar, era más hermosa terminación morir peleando en la mar, poniendo en manos de Dios el suceso; y que dejaría en aquel puerto los bajeles que no eran de servicio, amarrados, en los cuales repartiría la gente, siendo solo este medio de que al presente podía valerse. En este parecer y resolución se conformaron todos con mucho valor y ánimo, y se comenzó así, sacando de algunos bajeles que se habían de quedar la artillería y pertrechos.

Había crecido tanto la enfermedad en nuestra armada que estaba la marina llena de cuerpos muertos y los bajeles de enfermos, que no era de maravillar, según el mucho trabajo y desvelo con que estaban de día y de



noche, con las armas en las manos y mucha desnudez y falta de bastimentos.

La pólvora que se esperaba en Londres no vino hasta los 20 de Octubre en la noche, que llegó un barco con alguna jarcia y poca pólvora, que se repartió á los navios de más necesidad.

El enemigo, ó ya conociendo estas faltas, ó ya por tener orden de sus Estados para embestir, amaneció toda la armada á la vela, y aunque otras veces lo había hecho, tendía las suyas la armada inglesa, como amenazando que si se le perdía el respeto peleando en sus puertos y en presencia de su estandarte, pelearía con el que se le perdiese, y así, las veces que se había levado, volvía á dar fondo; pero á los 21 de Octubre fué mejorando á barlovento sin hacer caso del amago del Inglés. El Sr. D. Antonio dió orden á nuestra armada no disparase aunque el enemigo anduviese barloventeando; él comenzó á disparar á nuestra armada, y los navíos de fuego á acercarse, y uno de los que estaban dando fondo se vino tan cerca, que á no darnos buena diligencia, fuera contingente quemarnos; pero teniendo las hachas y balas listas, quitando el cable y largando el trinquete, salimos á barlovento, con que le dejamos por la popa, y los demás navíos que estaban tras el mío largaron las suyas. La capitana y demás armada hicieron lo mismo: esto sería á las ocho de la mañana, que sobrevino tal cerramiento de neblina, que no se descubría un bajel á otro, causa de que llegasen á tierra más de lo que era menester, y viniendo nuestra armada sobre mí, me obligó á arrimarme á la costa más de lo que quisiera y aunque les dimos voces que arribasen, porque estaban en poco fondo á causa de ir yo sondando, ó no lo oyeron, ó no cuidaron los pilotos del gobierno, y forzaron á encallar con la popa ; accidente que no me dejó sangre, por lo que podría ocasionar de que se juzgase falta de valor el irme á tierra, y así, haciendo diligencias para desencallar, pasando la gente de golpe á proa lo conseguí, deseando más morir peleando en la mar siguiendo mi capitana, que vivir desairado en la tierra. Gobernamos la vuelta donde me pareció la hallaría, pasando cañoneándome por la armada del enemigo, con que me hallé junto á nuestro estandarte, fuera del puerto, aunque ya descalabrada la vela de gavia mayor. Hallámonos hasta 20 bajeles, quedando encallada en tierra la mitad de la armada, que nos hizo harto daño, pues si saliéramos todos juntos, tuviéramos por lo menos más en que se divirtieran las balas del enemigo y le diéramos más en qué entender.

Aclarado ya del todo el día, descubrimos el galeón de la *Teresa* algo por la popa á sotavento de todo el grueso de la armada del enemigo, como lo estábamos la capitana y un navío suyo, y los demás de nuestra



armada que se hallaron asimismo por nuestro sotavento, fuera de algunos que el enemigo había tomado á la salida del puerto, y no es ponderable decir lo que se batallaba con la artillería.

Cargó el Sr. D. Antonio las velas para esperar al Sr. D. Lope; yo hice lo mismo, arriando el velacho (que la de gavia, por estar descalabrada, no se mareaba ni podía servir de cosa), por conservarme con mi capitana, estando siempre en continua escaramuza, pero no le dió lugar á poder llegar á nosotros una escuadra de bajeles del enemigo que, desaparejándola de las velas de gavia, con la mucha frecuencia de la artillería le apretaba terriblemente, de quien se defendía con nunca visto valor, y gozando de la ocasión sin atreverse á abordar, le arrojaron tres navíos de fuego, de que pudo escaparse sin recibir daño, y se pegó á un navío de los suyos que estaba cerca de la *Teresa*, que se abrasó, escapándose alguna gente á nado; y viendo les había salido mal aquella facción, le arrojaron otros dos, que embarazándole por su proa le abrasaron con notable vehemencia, á tiempo que ya el Sr. D. Lope de Hoces había más de una hora que estaba muerto de un cañonazo que le llevó un brazo, y viendo no ser posible remediar el incendio, se arrojó la gente al agua, donde pereció casi toda, pues de más de 60 personas que llevaba [600?] no se salvaron más de 39 que recogieron los navíos de Olanda, quedando prisioneros, sin que nuestra capitana ni ningún bajel pudiese socorrer ni al navío ni á la gente, por estar á sotavento y cortados del armada del enemigo.

Visto, pues, este terrible espectáculo sin remedio, izó vela la capitana y yo el velacho, escaramuzando siempre la vuelta del Sueste; pero en poco tiempo me hallé sin gente, sin velacho ni aparejos, por habérmelos llevado á cañonazos, y así me quedé atrasado gran trecho de nuestra armada, tirándome todos al blanco, dejándome manco y desaparejado del todo, habiendo estado peleando desde las ocho de la mañana. Á la oración arribaron sobre mí y abordaron dos bajeles, que rechacé con la mosquetería; el uno se dejó caer por la popa llevándome con el bauprés el fanal y los altos del toidillo, matándome mucha gente en los corredores; el otro bajel se detuvo, pero llegando otros tres convoyando los de fuego, el uno de ellos nos abordó por la proa, que también volvió á largarse, y los otros dos que estaban al costado se iban apartando para dar lugar al fuego en caso que nos defendiéramos. La gente, atemorizada del incendio, comenzó á desmayar, pues fuera imposible escaparse un hombre. Viéndonos en tal conflicto y que ninguna diligencia ni valor podía ser bastante á remediar la desdicha, y que por ningún camino nos podíamos salvar, hallándonos solos, sin socorro y desaparejados, y en medio de 60 navíos y con cinco á bordo, viendo que de allá ofrecían cuartel, le acetamos, con

que detuvieron los fuegos, y arrimándosenos, metieron gente dentro, donde nos hallaron, en la crujía, al gobernador Juan de Matos, al sargento mayor de la escuadra D. Antonio Negerido, y á mí, y al almirante don Juan Feijó, mi sobrino, y atropellándonos un tumulto de gente, nos dejaron en cueros. Esto era á las dos horas de la noche, que se acabó la refriega, y nos pasaron á un navío de los suyos con parte de la gente, y la demás á otros, queriendo Dios, entre tanta confusión de balas y astillazos, dejarme con vida para mayor sentimiento.

Detúvose mi bajel y los otros dos días y dos noches en aparejarse para llevarlos al puerto, pero quedó tal el mío que se fué á pique en la costa de Fregelingas. Llevaron la gente á Roterdam; al gobernador Juan de Matos y á mí á los Estados, teniéndonos en prisión, y nos visitan muchos príncipes y señores del país, diciéndonos que no lo hicieran si estuvieran informados de no haber bastantemente cumplido con nuestra obligación.

La armada enemiga fué siguiendo nuestra capitana y demás bajeles que iban la vuelta del Sueste, y después hemos sabido que en ella, con algunos dellos tomó el puerto de Mardique, y milagrosamente, porque con cinco bombas no podían sacar el agua.

Nunca nuestra armada guardó la orden de pelear tan clara y distintamente que había dado el Sr. D. Antonio á cada capitana y cabo de los bajeles, que fué la mayor causa de nuestra rota, que muchas veces sucede ganar las victorias más con el desorden ajeno que con el valor propio.

Los bajeles que tomó el enemigo fueron (según dicen) nueve; el uno de ellos, que era galeón de Vizcaya donde venía el maese de campo D. Gaspar de Caravajal, se perdió en la mar, y otro, que era ya la almiranta dellos, se perdió, ahogándose en los navíos, con el mío, más de 120 olandeses: los demás trajeron á Amsterdam y á Fregelingas. La capitana de Vizcaya, donde iba D. Pedro Medrano, dicen se perdió en la costa de Francia, que por muerte del almirante Guadalupe se la habían dado. No se sabe la gente que salvó nuestra almiranta real, con otros navíos que se perdieron en Inglaterra, cuyo número no sé, encallando en el puerto de Dunas, aunque no la gente.

De los nuestros matarían hasta 400 hombres: de los enemigos, aunque no se dice, debió de ser cantidad, y dos navíos volados. Los prisioneros serán hasta 26, con algunos barcos que tomaron de la leva. Todo esto es según lo que he entendido por relaciones: lo que podré decir es que de los que sacaron de la gente de mi bajel prisionero, vienen á faltar más de 64, sin algunos heridos, que por haber peleado de noche y estar divertidos en apagar un fuego que se había prendido en los corredores, no se pudo saber más.

Bien se pudo temer este viaje, lastimando al cielo los llantos de los pobres gallegos que tan impíamente sacaron deste reino, labradores, casados y viejos, que sólo han servido de llamar á Dios, de engendrar peste y manifestar á reinos extraños y provincias enemigas falta de gente en España, que pudiera excusarse, pues se pudo sacar por otro medio suave gente moza, soltera y sin obligaciones, y si se hubiera de castigar al que dió el arbitrio, yo sé muy bien que no me engañara en la causa.

El general de la armada, capitanes y cabos della me visitaron y dijeron que «¿por qué la almiranta de Castilla se había ido á tierra en Dunas cuando su capitana salía á la mar á pelear?» Respondí «no sería falta de valor del que la gobernaba á pelear, sino descuido del piloto ocasionado de la obscuridad de la niebla de aquel día», y pasando al discurso de lo acaecido, pregunté: «¿cómo teniendo tan superior poder de la armada había usado guerra tan civil como la del incendio?» Respondió el general «que tenía bien conocida la fuerza de nuestros galeones, siendo su fin desbaratar nuestra armada con menos daño de la suya, y que bien había echado de ver las diligencias que el Sr. D. Antonio había hecho para abordar ó ser abordado, pero que él las había hecho en excusarlo, por la fuerza que conocía en nuestra capitana. Su almiranta, me dijo, me había llevado el velacho, y que, viniendo á abordarme con los demás, le había yo llevado de otro el mastelero». Discurrimos otras muchas cosas, á que satisfizo lo que se pudo.

Esto es, señor, lo sucedido, de que he querido dar cuenta á V. S., excusando otras particularidades que no hacen al caso de la relación; y aunque es verdad que por esas copias de cartas, la una del Sermo. señor Infante, escrita por su mandado, porque firma suya no viene á estos Estados, y la otra del Sr. D. Antonio, en razón de lo que escribí á S. M., pudieran consolarme de haber cumplido en parte con mis obligaciones, no tengo satisfacción de haberlo hecho, pues quedé con la vida, que quiso Dios dejármela, ó para mayores trabajos, ó mejores sucesos; y en cuanto á lo demás, estoy con el ánimo que siempre, porque nunca me desmayo ni desmayaré en la común desdicha. Guarde Dios. etc. Desta prisión y corte de Laya, 15 de Noviembre de 1639. Criado de V. S.—D. Francisco Feijó y Sotomayor.

Copia de carta de D. Miguel de Salamanca, secretario de S. A., escrita al almirante D. Francisco Feijó, prisionero:

Avisa V. m. de su llegada á esta prisión y sucesos que antes tuvo, por carta escrita á S. A. en 11 deste, y tiene bien conocido lo bien que V. m. supo pelear y los demás que ahí se hallan, cumpliendo con sus obligaciones; á mí me ha mandado que alentándoles se lo refiera, y que se queda

tratando de la libertad de todos con mucha priesa. Guarde Dios á V. m. 14 de Noviembre de 1639.

Copia de carta del Sr. D. Antonio de Oquendo al dicho D. Francisco Feijó:

La desgracia de V. m. la sentí sobre todas las de aquel día: S. A. le da el pésame y alaba lo bien que V. m. procedió, y escribe á S. M., y en particular para su rescate. Fecho en Dunquerque á 4 de Noviembre de 1639.

Los nueve navíos que se salvaron en Dunas quedan ya en Dunquerque: mi vuelta se dispondrá para San Juan, porque los navíos tienen mucho que hacer: milagrosamente no nos habemos ido á pique con la capitana real, pues con cinco bombas no pudimos agotar el agua, y así nos hubimos de valer de puerto.

Biblioteca Nacional, H. 72, fol. 83. Copiado en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 16.

En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXLVI, número 67, hay copia de otra carta igual en la esencia, dirigida al Cardenal infante, que termina así:

«Al capitán y á mí nos han traído á este fuerte del Aya y nos tienen en prisión, desnudos, donde estamos esperando de la grandeza de V. A. aquello que más fuere servido y pudieran merecer treinta y tres años de servicio. Guarde Nuestro Señor la católica persona de V. A. como la cristiandad ha menester. Del Aya, 26 de Octubre de 1639.—Criado de V. A., Francisco Feijó Sotomayor.»

NÚMERO 4.

Narración de Matías de Novoa en la «Historia de Felipe IV», lib. VII, pág. 110.

Tenía nuestra armada gran nombre en aquel mar de opulenta y sobrada en bajeles, en cabos y soldados, y no la sabían, como la francesa, dar el número cierto: ya decían que era de 50, ya de 80 velas con 8.000 hombres, 700 italianos y algunos sardos, habiendo perecido los más que vinieron de aquella isla de la hambre y de los malos tratamientos, y los demás eran españoles: juntábase aquí el número de D. Antonio de Oquendo y el de D. Lope de Hoces, D. Andrés de Castro y la escuadra de Dunquerque. Fletáronse algunos navíos ingleses para llevar la gente del socorro, á escudo por hombre; éstos eran 5.000 para echar en Dunquerque para el socorro de Flandes y los demás países; solicitando los franceses á los

holandeses para que los esperasen y no los dejasen pasar. Iba la nao *Teresa* con la de Oquendo, Castro y Horna, á cargo de D. Lope de Hoces, todas cuatro capitanas, á quien seguían los demás navíos á propósito para tan grande intento, pero la fortuna les salió contraria. Navegaron al fin, destinados todos á una vía fatal de Marte, para su perdición y ruina, á un despojo de las armas y á un incendio miserable de bajeles, artillería, cabos, marineros y soldados; no más que por fiarse de un hereje, que no había de faltar á los demás, y á quien dió su hija.

Prosiguió la armada: tomó el Canal de Inglaterra, y á la misma hora descubrió 17 navíos de Holanda, envió á avisar D. Antonio de Oquendo se diesen prisa á llegar los suyos, y que diesen la carga á los enemigos, que él iba siguiendo á las capitanas, particularmente la nao *Teresa*, que como bajel grande y poderoso, bien armado y fortalecido de muy buena infantería, mucha y muy gruesa artillería, se iba descollando de las demás, con terror de los enemigos, no osándose á llegar, sino á tirar de lejos. Pusiéronse en media luna; deseaban abordar la capitana de Holanda, pero ellos rehuían el lance; sin embargo de ser tirados por una hora larga de la artillería de los holandeses, los nuestros apretaron con la suya y echaron un navío á fondo; y deseando llegar á las manos, largaron velas y se pusieron en la fuga. Volvieron otro día reforzados con 16 navíos más, y comenzaron á pelear de ambas partes, rehusando los enemigos el ser aferrados. Uno de nuestros pataches y un navío, inconsideradamente, dieron en la retaguardia de los holandeses: recobró D. Antonio Oquendo el navío y perdió el patache; escaseando el tiempo y barloventeándose se sotaventearon las armadas, y se dividieron; la de Oquendo amaneció sobre las costas de Francia y después en las de Inglaterra: hallábase maltratado su bajel de las muchas cargas de los enemigos, entrándose, con lo recio del temporal, en el puerto de las Dunas, en Inglaterra, parece que con sentimiento de aquel Rey, si bien después mudó de semblante, resolución perjudicialísima, siendo más acertado meterse en Gravelingas, en Mardique, Dunquerque y los otros puertos para resguardarse mejor con su misma casa y no dar tantos celos á los holandeses y á los demás, á todo aquel Norte, pareciendo era voluntad y gusto de aquel Rey y que era hoja declarada; metieron el socorro en Flandes en embarcaciones pequeñas por Mardique. Fueron notables las voces y las quejas que comenzaron á dar los enemigos, tanto, que llegaron á Londres, y los mismos ministros ingleses herejes de aquella corte las dieron al rey, significando el sentimiento de los holandeses; diciendo que el Rey de Inglaterra, con pretensiones de casamientos con España, admitía las armas de aquel reino para meterlas en los Estados y en el de los vecinos, y que no había de ser así,

ni habían de pasar por ello. A los ingleses les había parecido temeridad el haber dado entrada á una armada tan poderosa y forastera en sus puertos, donde, conociendo el ánimo de la condición española, podía ocasionar un grande riesgo, como lo pretendieron en el reinado de don Felipe II; y que un Rey tan inferior en fuerzas no se había de fiar tanto de otro que era con tantas ventajas más poderoso que él; que los accidentes suelen ser varios, y las cosas humanas sujetas y llenas de mudanzas y de continuas incertidumbres, y los pensamientos de los príncipes suelen mudar forma según el estado en que se hallan y el tiempo les ofrece; tanto, que obligaron al Rey de Inglaterra, para desempeñarse con los vecinos y del miedo común en todas aquellas partes, y del Rey de Francia, á escribir al Rey católico, que se había admirado que se le enviase á sus puertos un armada tan grande y tan dentro de su casa, sin avisarle, y otras cosas tocantes á esto; haciendo á todos no poca dificultad que lo ignorase, pues el flete y el interés era de sus marineros y mercaderes. Pero los holandeses, perdiendo el respeto al rey de Inglaterra, no perdían de vista á la armada ni se separaban del puerto de las Dunas, habiendo enviado á las Islas por más refuerzos y por más grueso de navíos, para acometer y dar batalla á nuestra gente (quién dice que juntaron 114 navíos), porque no pensasen que estaban allí seguros, aunque lo pareció por la gran capacidad del puerto, y querían dar á entender al Rey que no les había de valer su amparo, ni les había de ser de provecho, ni para volver allí en lo de adelante, y que habían de desengañarse los españoles de aquel auxilio.

Hecha, pues, tan gruesa copia de navíos, embistieron al puerto y entraron dentro con poca alteración de los ingleses; éstos mostraron no querer ayudarlos, porque el general inglés, que tenía allí su escuadra de navíos y la armada de aquel Canal, se declaró y dijo á D. Antonio de Oquendo que no tirase, porque tenía orden del Rey y del Parlamento, que el primero que lo hiciese, el holandés ó él, se pusiese á su lado, en favor del otro y en contrario del que no obedeciese, y que así lo haría. Pareció esta acción neutral de poca amistad; pero á mi parecer, más en favor del vecino y aliado que de nuestra armada. Don Antonio de Oquendo, viéndose forzado á pelear, y que el grueso de los enemigos era formidable y más crecido que el suyo, por no perderse y ser quemado, se salió del puerto para tener más desembarazo para poder rodearse. Siguiéronle 21 navíos de los suyos y casi toda la escuadra de D. Andrés de Castro; pero faltos de corazón y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prez de la generosa sangre española, pudiendo huir por lo más heroico y salvarse peleando ó morir con honra, dieron infamemente con los navíos en tierra y en la playa de aquel puerto; de suerte que todo el poder de los enemigos,

todo el fuego y el ardor de la batalla cargó sobre el general D. Lope de Hoces; sobre su capitana, la nao *Teresa*, y sobre la almiranta de Miguel de Horna; sobre el navío de Feijó y de otro. Hacía el deber D. Lope peleando como valiente y esforzado español y caballero: la artillería del enemigo era mucha; los navíos que le rodearon y los de fuego eran muchos; acudía con la espada en la mano á una parte y á otra; habíanle ya llevado un brazo, y sin embargo animaba á los suyos á la constancia y al ardimiento; y los enemigos, más cobardes que valientes, hallando la resistencia ordinaria, se valieron del artificio: embistiéronle con los navíos de fuego; comenzó á arder y con él todos los que estaban dentro, y D. Lope no pudo ó no excusó quemarse; perdióse la gente y la artillería después de haber peleado muchas horas. Quiso D. Antonio de Oquendo socorrerle y no pudo, porque el Castro flaqueó, y sobrevino la noche. Tomáronnos seis navíos; pero ellos perdieron en ambos reencuentros pasados de 20 que se fueron á pique de los golpes de nuestra artillería.

Siguió D. Antonio de Oquendo, con el fin de esta rota, el rumbo á España, y no dejándole el viento volvió á Mardique con sola la capitana de Dunquerque, ó almiranta (adonde había de haberse recogido nuestra armada, porque los holandeses no sintieron tanto que fuese á Flandes ni á sus puertos, como pensasen que Inglaterra había de ser sagrado y asilo para otras avenidas); los demás no le pudieron seguir por ser el viento bravo.

Fué esta pérdida de gravísimo sentimiento para España, para el Rey, para sus ministros y vasallos; los soldados de más calidad fueron presos, heridos y quemados: decían que eran 12 navíos los que faltaban. Tomaron el del general Feijó, á quien los franceses no acababan de alabar de valiente, alentado y valeroso capitán; el de D. Gaspar de Carvajal y á él mismo, y el galeón *Santiago*, que se escapó del fuego de Guetaria.

Dió el Rey de Inglaterra, por cartas, al Rey católico sus disculpas, aunque vagas, de la pérdida de nuestra armada, consolándole con que de los navíos que vararon en tierra se podrían sacar los 20, y que los demás estaban dentro del agua muy deshechos y destrozados.

No se prometieron, por su discurso, más fortuna en esta jornada los hombres de más juicio, porque los herejes nunca dieron mejor cobro de lo que les fiaron.

NÚMERO 5.

Narración de la batalla, escrita por el almirante Costa Quintella en sus «Annaes da marinha portugueza». Lisboa, 1839-40. Dos tomos, 4.°

Juntóse en Coruña con la armada de D. Antonio de Oquendo la de don Lope de Hoces, que tenía su insignia en el galeón *Santa Teresa*, de 60 cañones de bronce (construído en Lisboa por Benito Francisco). Oquendo traía 22 navíos, siendo capitana el *Santiago*, de 60 piezas; con todas llegó la cifra á 70 bajeles, y eran: D. Pedro Vélez de Medrano, General de la escuadra de Nápoles, en el galeón *Orfeo*, y su almirante Esteban de Oliste, raguseo, en el galeón *San Agustín*, hermoso y riquísimo. D. Andrés de Castro, General de la escuadra de Galicia; su almirante, Francisco Feijó. Miguel de Orna (Horna), General de la escuadra de Dunquerque, en el navío *Salvador;* su almirante, Matías Rombau, en el nombrado *Nuestra Señora de Monteagudo*. Francisco Sánchez Guadalupe, General de la escuadra llamada de San José (que era de 12 navíos contratados con Alfonso Cardoso), en el galeón *Santo Cristo de Burgos*. Jerónimo Masibradi, raguseo, general de otra escuadra de 12 navíos de su asiento ó contrata; almirante, Mateo Esfrondati, también raguseo. De la escuadra de D. Lope de Hoces era almirante Tomás de Chamburu (Echaburu?), vizcaíno, hábil marinero. Embarcaron en todos nueve tercios de infantería, gente bisoña, en su mayor parte de desecho.

En las instrucciones se ordenaba batir á la escuadra francesa en caso de que se juntara con la de Holanda, procurar destruirla también, aunque fuera dentro de los puertos de Inglaterra, nación amiga, y se quebrantara la neutralidad, por exigirlo la razón de Estado.

Hubo discusión en el señalamiento del General en jefe; el Consejo se inclinaba á D. Lope, que contaba con muchos amigos y sabía granjeárselos con la palabra y el beneficio, mientras que Oquendo, hombre de escaso ingenio y de carácter desapacible, no los tenía; pero D. Lope cortó la cuestión declarando, no obstante el voto del Consejo, que no tenía pretensión alguna. Por ello el mismo Consejo designó por almirante general de la armada á D. Andrés de Castro.

Salió de Coruña el 27 de Agosto, habiendo tomado Oquendo por su capitán de bandera á Miguel Orna y sustituído á éste, en su galeón, con D. Jerónimo de Aragón. Iban con el núcleo 12 transportes ingleses, fletados, que se apartaron desde el principio de la navegación y nunca más



Medalla acuñada en Holanda para conmemorar la batalla naval de las Dunas.

se vieron, yendo á poder de los holandeses con las tropas que conducían, lo cual varias personas habían vaticinado.

Al entrar en el Canal, como un navío inglés anunciara estar cerca los holandeses, fueron los generales á pedir órdenes, por ser poco explícitas las que habían recibido, y D. Antonio no dió otra respuesta que decir: «Señores, el enemigo es poca cosa; cada uno haga su mejor, que yo lindo caballo tengo. La real dará buen ejemplo.»

El 17 de Septiembre estaban los navíos separados, en desorden, y á las siete de la mañana, con viento Noroeste, se distinguieron 11 navíos holandeses juntos y seis en otro grupo, á mayor distancia. Don Antonio, sin esperar á los suyos, hizo fuerza de vela y fué pasando ante los holandeses seguido del galeón *San Juan* y de algunos de los más veleros de Dunquerque, que iban de vanguardia. Portóse como comandante y no como general, pues sin más que poner en línea sus navíos pudo aniquilar á los enemigos.

El almirante Tromp, ignorando quizá la verdadera fuerza que tenía enfrente, había dividido su escuadra en tres grupos para esperar en distintos lugares, á fin de que no pasara sin verla. Sin embargo, no rehuyó el encuentro; lo que hizo fué ordenar su línea tan cerrada que casi tocaba el bauprés de un navío en la popa del inmediato.

Como la idea de Oquendo era abordar al almirante Tromp sin disparar un tiro, se prolongó por la línea recibiendo andanadas que le causaron grandes averías y más de 150 muertos y heridos. Con esto entendió que tenía que servirse de la artillería y respondió al fuego, haciéndolo los galeones que se fueron acercando, con ventaja en mosquetería, por la tropa de transporte. Uno de los mayores navíos holandeses se incendió por accidente, pereciendo con 120 hombres.

Tromp se vió en circunstancias críticas, casi cercado por fuerzas superiores y tan abatido sobre la costa de Francia, que con el viento reinante no podía montar la punta que forma la ensenada de Boulogne, saliente por el Oestenoroeste. Tenía que embarrancar en la costa perdiendo los bajeles, ó rendirlos, continuando el combate poco tiempo del mismo bordo; mas D. Antonio lo suspendió á medio día y viró de la otra vuelta con asombro de los jefes de escuadra, que sólo á fuerza de señales se decidieron á seguir sus aguas. Tromp utilizó tan mala maniobra para salir del peligro con fortuna de franquearlo durante la noche y encontrarse al día siguiente fuera de la ensenada, á barlovento de los españoles y reforzado con 15 navíos del almirante Van Kart.

El 17 se pasó en maniobras; Tromp, forzado por las corrientes, fondeó, y lo mismo hizo D. Antonio: el primero dió la vela á las once de la noche

y se aproximó, habiendo recomendado á sus capitanes mantenerse fuera del tiro de mosquete y confiar en la artillería. El cañoneo fué temeroso por ser la noche muy obscura y serena.

Al amanecer el 18 se continuó el combate á la vela, sin unión en los bajeles españoles por no haber dado ninguna orden el General. Una parte de la armada formó línea; otras se batían detrás en grupos de cuatro y cinco. Tromp compuso dos columnas, y á la cabeza de una se entró entre la línea de los españoles y los dispersos, mientras de Witt con la otra batía exteriormente la línea, que se halló, por tanto, entre dos fuegos. Tromp lo hacía por ambas bandas, sin que los españoles pudieran contestarle con eficacia porque se ofendían unos á otros. El galeón *Santa Teresa* se distinguió rechazando á cuantos buques se le aproximaron, y eran tan rápidos sus disparos que por una sola banda hizo 1.520. Oquendo se señaló también como capitán de navío, no como general, porque ni dictó providencias ni hizo señales, en lo que le imitó el almirante general D. Andrés de Castro; en cambio jefes y capitanes hubo olvidadizos del deber, notándose uno que dos veces se puso en actitud de huir.

El almirante Guadalupe fué despedazado por una bala de cañón, otra llevó la cabeza al de la misma clase Esfrondati, y mientras discutían los oficiales á cuál de ellos correspondía la sucesión de mando, abordado el bajel por cinco de Holanda se rindió, habiéndolo hecho antes el *Enguevén*, navío dinamarqués fletado.

La presa del galeón de Esfrondati encendió en ira á Oquendo y á sus capitanes, que atacaron con nuevo vigor, sin lograr que Tromp se dejara aferrar. Lo que hizo fué soltar el remolque de la presa, haciendo rumbo á Calés, donde se entró por falta de pólvora, según después se supo.

Oquendo lo hizo en las Dunas, puerto de que estaba más cerca, despertando la presencia de tan grande armada recelos y susceptibilidades, por no estar las Cortes de Londres y Madrid en perfecta inteligencia y andar la opinión trabajada por bandos, uno de los cuales se identificaba con las aspiraciones de Holanda. Se acentuó la inquietud con la llegada de Tromp al día siguiente, después de embarcar en Calés 400 quintales de pólvora y las balas que necesitaba, viendo surgía con 24 navíos por fuera para impedir á los españoles la comunicación con Flandes. Enviáronle los Estados Generales refuerzos con tal actividad, que en pocos días más fueron llegando 110 navíos, inclusos 16 de fuego, sin contar otra escuadra que quedó á la vela en el Canal á fin de interceptar cualquier socorro.

El Cardenal infante se trasladó á Dunquerque, desde donde envió al maestre de campo D. Simón Mascareñas á tratar con Oquendo el mejor modo de trasportar los soldados, dinero, municiones y otras cosas destina-

das á aquellos Estados, y en Consejo de guerra se decidió que el Infante despachase desde Dunquerque el mayor número de embarcaciones de pesca, que se colocarían de día al costado de los galeones y saldrían de noche, procurando no ser vistas por el enemigo. En la mañana del 27 de Septiembre hicieron, pues, la travesía 56 embarcaciones, que los holandeses creyeron portadoras de refrescos para la armada; á las nueve de la noche dieron la vela todas, acompañándolas 13 navíos, que aprovecharon una espesa niebla; á las nueve de la mañana siguiente entraban salvas en Dunquerque, excepto unas siete ú ocho, que fueron detenidas por los cruceros con unos 300 soldados. Desde entonces reforzó Tromp con otros 12 navíos los de vigilancia para evitar la repetición.

En este tiempo negociaban los españoles en Londres, con pretensión:

1.° Que se mantuviesen las leyes de neutralidad, y en consecuencia, pues que habían entrado primero en el puerto, salieran de él cuatro mareas antes que los holandeses.

2.° Que en caso que ellos no se avinieran, acompañara la escuadra inglesa á la española hasta salir de la jurisdicción de las aguas neutrales.

3.° Que no aceptando ninguno de estos expedientes, se les consintiera comprar las municiones de guerra que necesitaban.

A todo se comprometieron los ministros ingleses; á todo faltaron, aun á la entrega de la pólvora, pagada dos veces por los españoles á precio exorbitante.

El rey Carlos mandó á su almirante Pennington pasase á las Dunas desde Plimouth, como lo hizo el día 30 con 31 navíos, fondeándolos por fuera de los beligerantes. Le abatieron estandartes las dos capitanas enemigas, y la suya hacía las señales de alba y retreta, á que respondían las otras. Oquendo no le visitó, excusándose con razones más de disciplina que de urbanidad; no así Tromp, que frecuentaba su bordo y su mesa.

El español, procurando mejorar sus fuerzas, despidió parte de los navíos fletados repartiendo la gente y municiones en los otros; y hallándose falto de vergas y masteleros, compró secretamente en Dover algunos árboles, enviando á bucarlos de noche. Súpolo Tromp; destacó una fragata que vigilara á las embarcaciones españolas y envió al comandante con recado á Oquendo, diciendo «era tanto el deseo que tenía de combatir con tan gran general, que había ordenado á su escuadra ayudase en todo al apresto de la española, y que, como buen amigo, se podía servir de ella en cuanto le conviniera para el efecto que ambos deseaban». Oquendo respondió con igual cortesía, enviando regalo de vino excelente para la tripulación de la referida fragata holandesa, en lugar del dinero que primeramente quiso dar y no fué aceptado por el capitán.

Parece que por entonces supieron los holandeses haber determinado el Gobierno inglés no prestar protección á los españoles, porque empezaron á celebrar consejos á bordo de su capitana, y de noche daban alarma con disparos de cañón y de mosquetería. El almirante Pennington escribió á Oquendo «que el enemigo crecía tanto en poder como en soberbia, y recelaba no estuviera segura en el puerto la armada española; por tanto, aunque por su parte haría lo que le cumplía para la observancia de la neutralidad, con todo, siendo tan inferior en fuerza á los holandeses y no teniendo orden de comprometer las suyas para evitar agresión, convenía estuvieran con doblada vigilancia».

A esta carta respondió Oquendo «que si no tenía orden para obligar de cualquier modo á los holandeses á que respetaran la neutralidad del puerto, de las armas y de la bandera de Inglaterra, él las tenía de su soberano de arriesgar ó perder toda aquella armada para que los holandeses guardasen el respeto debido al rey de la Gran Bretaña».

Como el tal Almirante inglés estaba en inteligencia con Tromp, le consintió cambiar de fondeadero á los 17 navíos de fuego que tenía disimulados entre la escuadra y que se aproximaran á la capitana española y mayores navíos.

Con vista de estas disposiciones hostiles se decidió Oquendo á salir de las Dunas, teniendo por menos arriesgado un combate desigual en alta mar que el encierro acorralado en el puerto. Don Andrés de Castro, con otros jefes, opinaba que mal podrían pedir y alcanzar del rey de Inglaterra el beneficio de asilo cuando fueran los primeros en quebrantarlo, y que no siendo bastante fuertes para medirse con los holandeses, tendrían además contra sí á los ingleses en cuanto hicieran acto de agresión; pero Oquendo, apoyado por los otros, respondía que no era ya tiempo de contemplaciones, porque la paciencia consumaría la ruina. Que él solo saldría del puerto si los demás tenían dificultad en seguirle, y que tenía por cierto que combatiendo podría atravesar el Canal y abrigarse en plaza del Rey, donde, por lo menos, hallaría testimonios, cuando no hallase socorros, de cuanto había hecho por la conservación del estandarte que se le había entregado.

Decidida, en fin, la salida, avisó el General á Londres para que le enviasen la pólvora comprada, mas sólo lo hicieron de una corta porción, y esa, de mala calidad; y llegando á bordo al anochecer, dudando si recibirla á aquella hora, manifestó el patrón inglés que si no la recibían en el acto se volvería con ella, según órdenes que tenía recibidas del Conde de Northumberland. Tratóse entonces de embarcarla, pero en el momento se vió dar la vela á la capitana holandesa, y, á su imitación, á los demás navíos.

Era el viento favorable para salir del puerto, y D. Antonio dió también velas; pero no habiendo comunicado órdenes anticipadas á sus bajeles, como no las decía tampoco en el momento, y el caso era súbito, se vieron los capitanes en gran confusión, sin saber qué hacer, y con gran desorden empezaron á maniobrar, abordándose unos con otros y encallando algunos. En tanto habían roto el fuego los holandeses, porque la intención de Tromp era justificar el rompimiento con pretexto de estar recibiendo pólvora los españoles.

Don Lope de Hoces, no obstante el mal gobierno de su galeón *Santa Teresa*, fué el segundo que se puso á la vela; detrás de la capitana fueron saliendo D. Juan Ascenso (¿Asensio?), el almirante Feijó y otros, los mejor mandados. Los holandeses dirigieron tres navíos de fuego contra la capitana, que se libró de ellos desatracándolos con los bateles cuando estaban encima. Contra el *Santa Teresa* fueron otros dos, desviados de la misma manera; pero como seguía las aguas de la capitana, se encontró con los tres que ella había apartado. D. Lope, á quien á esta hora habían llevado una pierna y un brazo las balas de artillería, dió, sin embargo, disposiciones para desatracar los navíos de fuego; pero aunque las lanchas, con arrojo temerario, lo hicieron con dos, no pudieron remolcar al tercero, que se abordó por la proa del galeón y le comunicó el fuego. Así pereció el *Santa Teresa*, muerto ya D. Lope, y acabaron más de 600 hombres. Los otros comandantes se desanimaron con la pérdida de este navío; unos se mostraron dispuestos á rendirse, otros de huir; algunos quisieron vender cara la vida. D. Antonio se refugió en Mardique con otro navío, que pocos días después naufragó, salvándose la gente. Todo lo que hicieron los ingleses en pro de la neutralidad de sus aguas, se redujo á algunos tiros inútiles de los castillos de Dover y de las Dunas.

Perdieron los españoles en la batalla 6.000 hombres y 43 navíos con 600 piezas de artillería de bronce y gran número de oficiales. Casi la mitad de estos navíos embarrancaron en las costas de Inglaterra, Holanda y Francia. Pocos hallaron refugio. Los holandeses perdieron más de 1.000 hombres y algunas naves.

NÚMERO 6.

Relación de la batalla de las Dunas, puesta por Mr. Eugenio Sué, como nota, en la «Correspondance de M. de Sourdis», t. II, pág. 97, *sin referencia de fuentes.*

La armada de España, que, según hemos visto, no quiso combatir con el Arzobispo de Burdeos, se presentó en el Canal de la Mancha, componiéndola



67 navíos de guerra y 27.000 hombres, de los cuales 12.000 debían desembarcarse en Flandes y conservarse los otros 15.000 á bordo, para proteger, según se ha creído, la rebelión tramada en Avranches, en la Normandía baja. Los holandeses, teniendo también justas causas de queja, ordenaron al almirante Hermertz Tromp se situara entre los Cabos de Hofden, para atacarles al paso. Este Almirante había encontrado en el mes de Julio otra escuadra con carga de plata, y 3 ó 4.000 españoles enviados de Vizcaya para Dunquerque, que desembarcó en Francia, como hemos dicho, después de haberse informado de la disposición de la armada que iba detrás, la cual, habiendo sabido el accidente de la vanguardia, demoró la empresa.

A fin de hacer menos sombra, se situó Tromp ante Dunquerque con pocos navíos, y, en efecto: reforzada la escuadra española con 20 naves ostrelinas (alemanas?), llevando la almiranta de D. Antonio de Oquendo 66 cañones; la vicealmiranta de D. Antonio Docías (de Hoces) 64; la almiranta de Nápoles, mandada por D. Pedro de Quaderon (Vélez de Medrano), y las otras, de 24 á 40 en mayoría, creyeron no haber en la mar fuerza que la detuviera, lo que no impidió al almirante Tromp avanzar hasta las proximidades de Breversil, donde dividió su reducida escuadra en dos grupos: uno de doce navíos y otro de seis, esperando ocasión, que se le presentó, de atacar tan bizarramente con el primero, que cuantos se le arrimaron tuvieron que retirarse.

El día 17 se pasó en escaramuzas; pero el 18, llegando á su lado 16 navíos más, atraídos por los cañonazos, acometió de noche furiosamente; se hizo dueño de dos galeones, y hubiera puesto á los demás en extrema situación á no faltarle pólvora y balas.

Mientras se las procuraba en el puerto de Calés, á cuya vista pasó en parte el combate, se retiró destrozada la armada española á las Dunas de Inglaterra, esperando sería protegida por el Rey. Los holandeses no pudieron bloquearla tan pronto que no despachara (como lo hizo) catorce fragatas á Dunquerque, gracias á los impedimentos puestos por los ingleses á las de Holanda.

El almirante Tromp les retó repetidas veces á salir inútilmente, y una y otra armada se estuvieron preparando lo mejor que podían; la española compró 500 barriles; la de los Estados fué acrecentándose de día en día, de modo que, descubriendo los nuevos al disiparse la neblina, decían los de Oquendo que, al parecer, llovían naves en Holanda.

Al fin, recibida por Tromp orden de atacar á las españolas, fuera cual fuese el lugar en que estuvieran y sin diferencia de las que les dieran protección, envió recado al almirante inglés Pennington rogándole se retirara

antes que pudieran causar daño á sus navíos los de fuego que iba á lanzar contra los españoles, los cuales habían roto las hostilidades disparando mosquetes contra sus soldados, causando una muerte, y tirando también un cañonazo á la fragata en que él pasaba revista á su escuadra.

El Almirante inglés hizo fuego contra los holandeses en la mañana del 21, enviándoles 300 balas de cañón; pero viendo que no podía impedir lo resuelto, se retiró; entonces Tromp hizo á los suyos la señal de dar la vela; y pasada media hora, cuando estuvieron prestos, la de combate. Los españoles, que habían recibido de Dunquerque un refuerzo de 900 marineros, se apartaron de las Dunas é hicieron vela contra el enemigo, mostrando en un principio resolución, porque tenían muchos capitanes de corazón y de experiencia. Diéronse, por tanto, con furia las cargas de unos y otros, siendo las nueve de la mañana y el tiempo calmoso. Una hora después refrescó el viento del Norte, obligando á los combatientes á caminar hacia Douvres. Catorce navíos holandeses se adelantaron; siguió el Almirante de España con los suyos, y en cuanto pasaron el castillo de Walmer arbolaron estandartes en ambos lados, no habiéndolo hecho antes por respeto al Rey de Inglaterra, en cuya costa estaban. Entonces las andanadas de artillería se sucedieron con rapidez en mucho tiempo no vista; el grueso de la armada española empezó á desordenarse, y poco después embarrancaron en las Dunas 20 navíos, sin que se sepa por qué accidente, arrojándose al agua más de 2.000 hombres para tomar tierra. Temiendo los otros navíos españoles que estaban en las Dunas varar igualmente, salieron á la mar para sufrir la suerte de los cañoneados.

No se podía averiguar durante el combate á qué partido favorecían los ingleses, porque los de Holanda recibieron al principio 300 disparos, y los de España fueron luego blanco de las piezas de la escuadra y de las de los castillos de la costa, como sus contrarios, por lo que éstos se sirvieron de los navíos de fuego é incendiaron dos de los varados. El grueso de su armada persiguió á la de España, tirando sin cesar, inutilizando á la vicealmiranta con sus 800 soldados, que escaparon hacia tierra, y apresando tres naves. La almiranta de Tromp sobresalía por la viveza de las descargas contra los más cercanos, singularmente contra la almiranta de Portugal, y reconociendo los efectos causados por los 1.000 mosqueteros de su bordo, la hizo abordar por los señores Quax, Vernaf y Herse, capitanes de navíos de fuego, los cuales la obligaron á pedir cuartel ya tarde. Era cosa digna de compasión ver á más de 800 personas, muchas distinguidas ó nobles, medio asadas, gritando espantosamente y precipitándose en el mar, buscando la muerte en un elemento por huir del otro, pues de 1.000 apenas 200 se salvaron. El capitán holandés Muss, que había aferrado á la

almiranta por la galería, se quemó con ella, después de librar á su gente. Dícese que este navío había costado dos millones al rey de España. Con él se quemó D. Lope Docías (Hoces). D. Antonio de Oquendo se retiró durante la noche sin haber podido socorrerle; el Almirante de Vizcaya fué el noveno que los holandeses destruyeron, mientras no vinieron la noche y la neblina en favor de los que quisieron huir.

Amanecido el día 22, no parecía la armada española; un navío solo, alcanzado por el almirante Tromp, amainó las velas, después de recibir dos ó tres descargas; y aunque estaba armado con doce cañones de bronce, otros tantos de hierro y 100 hombres, con tres capitanes, de tal modo estaban atemorizados que se dejaron tomar por un batel con diez marineros. Este fué el navío que se despachó para llevar á Holanda la noticia.

El 23 tomaron aún los holandeses otro navío que hacía rumbo á Dunquerque, y otro embarrancó y se hizo pedazos en Goigne. El comandante Hans cañoneó largo rato al almirante, que se retiraba solo con otro galeón al referido puerto, donde se sabe entraron siete más.

El mismo día 23 apresó el capitán Galen uno de 34 cañones, tan desbaratado, que se sumergió sobre Stenbanc al conducirlo á Holánda; otros dos se rindieron hacia Zingels; tres vararon entre Calés y Boulogne; otro en el dicho Zingels; uno marinaron los capitanes Forant y Broux. Por la tarde volvieron los holandeses á las Dunas, donde vieron cuatro navíos embarrancados en la parte Norte con la almiranta de Nápoles y el galeón de Génova, vendidos á los ingleses á condición de emplearlos como mercantes.

Para acabar: de la armada española apenas se salvaron ocho naves, siendo más de notar la victoria por no haber costado á los holandeses más que las balas y la pólvora. Verdad es que los almacenes de ésta se vaciaron, y todavía hubo que pedir prestada mucha cantidad al Sr. López, que la tenía adquirida en Amsterdam para el rey de Francia.

El 29, concluída tan hermosa acción, llegó á Rotterdam el almirante Tromp á recoger el fruto en alabanzas y recompensas. Los Estados le hicieron presente de una cadena de oro de valor de 2.000 escudos; otras dieron á los oficiales, en proporción, independientemente del botín, repartido con los soldados.

NÚMERO 7.

Extracto de la narración de M. Le Clerc en la «Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas». Amsterdam, 1723.

Tromp batió á la escuadra de Dunquerque y tomó dos navíos que de 250 hombres perdieron 200 antes de rendirse. Los de Dunquerque se desquitaron pocos días después apresando dos navíos holandeses.

El mismo Almirante detuvo tres naves inglesas que conducían 1.070 soldados españoles.

Salió de Coruña D. Antonio de Oquendo con 67 naves y 20.000 hombres. Conocíanse sus propósitos y fuerza por carta del Conde de Estrades, en que aseguraba tener órdenes de esquivar combate y desembarcar la tropa en Flandes. El almirante Tromp, no teniendo consigo más de 13 navíos, avistó al enemigo el 15 de Mayo (!); destacó sus descubridores, y el día siguiente se le unieron algunos más hasta 17. Con este número atacó decididamente á los españoles desde la mañana á las cuatro de la tarde, hora en que Oquendo se encaminó hacia el Norte con varios navíos maltratados. De los holandeses se voló el *San Cristóbal*, sin salvarse más que un hombre.

El día siguiente fueron llegando á Tromp más fuerzas, reuniendo 30 navíos. Decidió un segundo ataque nocturno, y empezó el cañoneo; los españoles entraron en las Dunas, surgiendo bajo el castillo; él reunió el Consejo de capitanes por haber consumido casi todas las municiones; se llegó á Calés á pedirlas al Gobernador, que se las facilitó.

Volvió repuesto á las Dunas, donde los españoles andaban en cuestión con los ingleses sobre estandartes y saludos, hasta que los primeros se allanaron á hacerlo. Fondeó en el puerto, y fueron agregándosele bajeles de día en día, hasta pasar de 100. «Esto justifica la orden del Gobierno de España que había prohibido á la armada combatir por recelo de que cayeran encima todas las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, como había sucedido á la *armada invencible* de Felipe II.»

Tromp no se determinó, sin embargo, á hostilizar dentro del puerto, temiendo que el rey de Inglaterra, por decoro suyo, tomara el partido contrario. Francia intervino juntamente con los embajadores de los Estados en negociaciones para que se intimase á los españoles el alejamiento. Duraron hasta el 10 ó 12 de Octubre, en cuyo tiempo, valiéndose de bajeles de Dunquerque, pasó á Flandes la mayor parte de la tropa, burlando á los cruceros.

Comunicado á Oquendo por el rey de Inglaterra el mandato de salir, los Estados Generales recomendaron á Tromp que no perdiera la ocasión de deshacerlos tan luego como se desviaran algo de la costa, sin fiarse de la actitud de los ingleses. El vicealmirante de Witten, con 28 navíos de guerra y cuatro de fuego, se situó frente á su escuadra para tenerla en respeto; mas no satisfecho con esto, consultó Tromp lo que haría en caso que los españoles no saliesen á mar, y se le contestó que los atacara de todos modos, sin cuidarse de las consecuencias del acto.

El 21 representó Tromp al almirante Pennington, de la escuadra inglesa, que los españoles habían disparado con bala sobre un bajel en que él estaba y habían muerto á un marinero; habían violado, por tanto, las leyes de asilo, y si no le hacía justicia estaba resuelto á tomarla por sí mismo. Enviada la nota, dió la vela con propósito de empezar el ataque, impidiéndolo la neblina espesa que se levantó.

Viendo su actitud los españoles, cortaron los cables de los navíos á fin de retirarse más adentro; y habiéndolo hecho demasiado, vararon 22 navíos. Sobre ellos enviaron los holandeses los de fuego tan pronto como despejó la niebla, y abrasaron á 17. Los ingleses disparaban algún que otro cañonazo á los que se aproximaban.

Varios grupos de navíos españoles salieron del puerto por no exponerse al mismo fin, y fueron batidos, incendiados, apresados ó puestos en necesidad de embarrancar en la costa de Francia. Los ingleses se hicieron dueños de seis sin reclamación. La capitana de Oquendo, con algunos buques más, fué salvada por los de Dunquerque, pero los holandeses capturaron *muchos*. El Conde de Estrades, entonces en Holanda, escribió:

«Viendo el Almirante inglés la determinación de Tromp de atacar á la armada española, se puso á un lado y permaneció neutral. Duró el combate cuatro horas, incendiándose la almiranta de Portugal, que tenía 100 cañones de hierro y 500 soldados. Otros 12 bajeles de los mayores fueron destruídos; 14 embarrancaron entre Boulogne y Calés; salvó á la capitana de Oquendo la escuadra de Dunquerque sacándola de en medio de 10 holandesas que la tenían en aprieto. De nuestra parte hemos perdido 10 navíos quemados ó á fondo. Es la victoria más completa que se ha visto jamás.»

Se acuñó en Holanda una medalla en cuyo anverso se representa la acción; en el reverso leyenda latina que dice:

«Este monumento está consagrado á la posteridad por determinación de los Estados de las Provincias Unidas, por derrota de la armada española, compuesta de 67 navíos, con famosos jefes, pilotos y soldados con el aparejo necesario, bajo los auspicios del muy ilustre príncipe Federico

Enrique, por Martín Tromp, almirante de Holanda, el cual la atacó el 16 de Septiembre de 1639 con 17 navíos solamente. Al otro día la volvió á atacar de noche, y al tercero, habiendo tenido 11 navíos de refuerzo, la deshizo y obligó á retirarse bajo el amparo de las fortalezas de Inglaterra, adonde la tuvo bloqueada un mes, y obligándola á salir á la mar, con su gran valor la destruyó completamente el 21 de Octubre.»

NÚMERO 8.

Relación de la batalla, hecha por el Dr. J. Campbell en la obra titulada «Lives of the British Admirals». London, 1781, t. I, pág. 554.

Los españoles dispusieron poderosa armada de 67 naves tripuladas por 25.000 hombres, con 12.000 para refuerzo del ejército de Flandes. Los holandeses mantenían en la mar dos ó tres escuadras, una de 17 velas, mandada por Martín, hijo de Herbert van Tromp, que encontró á la de España y la atacó, no obstante la desigualdad de fuerza, teniendo por ello que retroceder hacia la costa de Dunquerque, donde se le unieron otros buques. Con ellos atacó de nuevo á los españoles cerca de Dover.

Viéndose Tromp necesitado de pólvora y balas se llegó á Calés, cuyo Gobernador se las facilitó, mientras los españoles se ponían bajo la protección de los castillos de Inglaterra. Su Embajador importunó al rey Carlos pidiéndole obligara á los holandeses á suspender las hostilidades durante dos mareas, dándoles tiempo para alcanzar su costa de Flandes; mas el Rey se mantuvo en su actitud de neutral, y como los españoles hubieran fletado navíos ingleses para transportar á Dunquerque los soldados, les prohibió la salida á instancia de los embajadores de Holanda. Sin embargo, valiéndose de estratagemas, burlaron la vigilancia de los enemigos y consiguieron pasar de noche á Dunquerque 4.000 hombres. Los holandeses se quejaron de este grave descuido, diciendo confiaban en las seguridades dadas por el Gobierno inglés.

Las armadas estuvieron tres semanas en la misma disposición, aunque el rey Carlos había enviado intimación á la de España con el Conde de Arundel para marchar del puerto. La de Holanda iba recibiendo refuerzos sucesivos, juntando más de 100 velas, con las que se mostraba dispuesta á atacar, y para evitarlo notificó sir John Pennington, almirante del Rey, tener orden de ponerse con los 34 navíos de su mando al lado del beligerante que fuera hostilizado.

Presuntuosos los españoles con esta protección, dispararon sobre la

falúa de Van Tromp, y con un cañonazo mataron á uno de sus marineros. El cadáver fué conducido abordo de la capitana de Pennington en testimonio de violación del asilo dentro de puerto inglés, y Van Tromp representó por escrito verse obligado á repeler la fuerza con la fuerza, pidiendo en su favor la intervención de la escuadra inglesa, y por lo menos autorización para hacerlo por sí. Enviado el despacho, Van Tromp mandó levar á sus naves, yendo sobre los españoles con seis divisiones, cañoneando furiosamente, despidiendo navíos de fuego, de modo que los otros tuvieron que cortar los cables, y de 53 bajeles que tenían, 23 se fueron á la playa y vararon, siendo dos destrozados por las olas, otros dos zozobrados, tres incendiados. Uno de los perdidos era el galeón vicealmirante de Galicia, de 52 cañones, mandado por D. Andrés de Castro. El resto de los 23, abandonado por los tripulantes, se marinó con ingleses para que no cayera en manos de los enemigos.

Los otros 30 bajeles, con su general D. Antonio de Oquendo, y López (D. Lope), almirante de Portugal, salieron á la mar en buen orden; pero habiéndose levantado niebla muy espesa, se aprovecharon los holandeses de la dispersión para cortarlos y batirlos con navíos de fuego, que abrasaron á la almiranta de Portugal.

Oquendo hizo rumbo á Dunquerque visto que, de sus 30 navíos, cinco fueron á fondo en el combate, 11 apresados, conducidos á Holanda, tres encallados en la costa de Francia, uno cerca de Dover, quedándole 10.

Como la hostilidad partió sin duda alguna de los españoles, sus adversarios justificaron con ella el proceder y produjeron argumento suficiente á la defensa del Gobierno inglés, que de otro modo parecería censurable ante las leyes internacionales, consintiendo que dentro de su jurisdicción destruyera un amigo á otro.

Es de advertir, en realidad, que el pueblo inglés no lamentó lo ocurrido, por más que la corte hiciera lo posible para impedirlo, y la razón consiste en pensar muchos que era ésta una nueva *armada* (como la de Felipe II), dispuesta nominalmente contra los holandeses, pero en esencia contra los herejes en general. Y, en efecto: si la idea parece á primera vista exagerada, se reformará el juicio sabiendo se presentó ante el Parlamento un libro papista que, «entre otras supersticiones», contenía oraciones por los santos mártires que sucumbieron en la armada enviada contra los herejes de Inglaterra. Esto bastaba para alarmar al pueblo inglés y revivir la adversión contra los españoles.

Escritores ingleses han censurado el proceder de Holanda como atentatorio á nuestros derechos; mas los extranjeros, que son mejores jueces en este caso, nada han objetado en el particular, y, forzoso es confesarlo, an-

daban por entonces nuestros asuntos tan embrollados que, aun habiendo ofensa á la nación, es dudoso quisiera el Rey reconocerla.

Cita el autor en su apoyo á Le Clerc, Estrades, *Frankland's Anaals;* sir Philip Warwick's, *Memoirs.*

NÚMERO 9.

Discurso pronunciado ante el rey de Inglaterra por D. Antonio Sancho Dávila y Toledo, marqués de Velada, embajador extraordinario del de España [1].

Luego que llegó á noticia del Rey mi señor el suceso de su armada en las Dunas, puerto de V. M., por la voz común que le publica y por los avisos de sus ministros, mostró justo y debido sentimiento, siendo parte de su caudal perdido y la autoridad de V. M. menoscabada con el desacato hecho por olandeses á lo sagrado de la Magestad y al respeto que se le debe, en sus mismos puertos, casa y cámara, á vista de su armada y teniendo por testigos sus fuerzas, banderas y estandartes reales. Á este mismo tiempo Don Artús Opton, embajador de V. M. en Madrid, dijo el vivo sentimiento que V. M. había tenido y con que se hallaba de tan gran desacato: significólo con tales razones, que de ellas y de las circunstancias del caso juzgó el Rey mi señor que lo había ya castigado V. M. ó estaría en los últimos aprestos para hacerlo con rigor y severidad, y así me mandó venir con embajada extraordinaria á representar á V. M. cómo con permisión suya entró la armada del Rey mi señor en Dunas, y que por orden de V. M. se notificó á la dicha armada y á la de Olanda que no se hiciesen hostilidades la una á la otra, porque la de V. M. se pondría contra la que rompiese esta orden. La del Rey mi señor se permitió atar sin defensa, y para valerse de sus fuerzas salió del puerto; tanta fué la atención que tuvo para no ocasionar queja á V. M. Los olandeses, si no tuvieron permisión de V. M. para lo que obraron, rompido han con V. M., y el no darse por entendido de este rompimiento será omisión que ocasionará gran reparo en el mundo. Su determinación era pelear con la armada de V. M., si ella cumpliera lo que había amenazado; y si V. M. se lo permitió (como ellos, teniendo poca atención á la grandeza de V. M., se atrevieron á imprimir en un papel que hoy corre, lo cual no se debe creer ni se cree) mayor queja sería la del Rey mi señor, que la debe sentir por sí y por V. M.

[1] *Noticia de los servicios que ha hecho el Marqués de Velada.*—Ms. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, C. 32.



Las ofensas que esta corona ha recibido de olandeses son tantas, que necesitan de papel aparte, que se podrá dar, y que parece que se han olvidado, pues no se castigan. El Rey mi señor no sólo me envía á dar la queja, sino á mostrar que el caudal que ha perdido no le hace falta para ofrecerle mucho mayor á V. M., que, unido con el suyo, castigue el desacato cometido, y para que en muestra de buena hermandad, con lazos nuevos de amor y unión estrechados para remedio de daños comunes las dos coronas se valgan de ambos caudales contra olandeses y escoceses, unos, ya unidos en cuerpo, que de república rebelde y bastarda se encamina á hacerse legítima con poder y designio de principado y con intención de igualarse á los mayores; otra, de vasallos que usan mal del amor del Rey y se inquietan con ejemplares vecinos á lo que se prometen, porque tal vez se ha conseguido de menores y menos sustanciales principios, y esto en sazón que V. M. ha juntado su Parlamento para ayudarse con medios debidos á justos fines, y desta determinación tan proporcionada se ven menos buenos efectos que se debieran esperar. Conozca V. M. las intenciones y que las fuerzas superiores es lo importante para todo. Á las grandes que V. M tiene, el Rey mi señor, como buen hermano, unir ha las suyas; parte es fineza, parte es comodidad; y cuando las conveniencias son de ambas coronas, ninguna razón, aunque sea particular, porque interesada se hace sospechosa, V. M. en todo es gran Rey, y más en la mar, y en ella ha sido V. M. rendido, no se ha de apartar mucho de sus puertos para su desagravio. El Rey mi señor busca á V. M. desde lejos á fuerza de buena amistad y crecidos gastos; júntense ambas Majestades contra los enemigos de ambas coronas; prosiga V. M. el rompimiento que han comenzado los olandeses declarándose enemigos con hacer lo que hicieron y imprimir lo que imprimieron; haga represalias de sus haciendas; defiéndales sus puertos y pesquerías; témanle los de Escocia, que, al paso de la correspondencia y de los efectos, se aumentarán las asistencias del Rey mi señor, tan crecidas como se debe juzgar de su poder.

El Rey respondió con mucha gratitud y semblante igual, y dijo que señalaría ministros para la conferencia y tratación de todo.

NÚMERO. 10.

Título de Marqués de San Millán á D. Miguel Carlos de Oquendo para su persona y sucesores en su casa y mayorazgos.—Impreso.

✠ Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, etc. Por cuanto teniendo atención á la calidad, méritos y servicios de vos Don Miguel Carlos de Oquendo, hijo del general D. Miguel de Oquendo y nieto del almirante general D. Antonio de Oquendo, y á que D. Antonio de Oquendo, vuestro tercer abuelo, me sirvió, á imitación de sus antepasados, desde soldado hasta capitán de mar y guerra, hallándose en todas las ocasiones que se ofrecieron, procediendo con entero valor y crédito; que Miguel de Oquendo, vuestro bisabuelo, lo continuó en la misma forma muchos años, hasta el grado de Capitán general de la armada de Cantabria, habiendo logrado muchas victorias, y especialmente en el socorro de la plaza de Alarache, que estuvo sitiada el año de 1587, por lo cual se le dieron gracias; que después se agregó la referida escuadra á la armada real y asistió á la batalla que se dió á la de Francia, ganando banderas, escudos y estandartes que hoy permanecen en vuestra casa, y tuvo otros reencuentros en que se señaló mucho, y lo continuó hasta que murió con el mismo crédito, empleado en el real servicio. Que D. Antonio de Oquendo, vuestro abuelo, comenzó á servir de edad de diez y seis años en las galeras de Nápoles, por despacho de 10 de Junio de 1600, haciéndose en él memoria de lo que mereció su padre; que su general le encargó muchas ocasiones, y especialmente limpiar las costas de cosarios, y lo ejecutó y los aprehendió; que tuvo el gobierno de la escuadra de Vizcaya y el de la de Guipúzcoa, y después el puesto de general de la armada de Cantabria, y el de general de flota y armada que salió para Indias el año de 1611; que el de 617 se le encargó el puesto de Almirante general de la armada del Océano, en ausencias del propietario, y después la tuvo en propiedad; y en este tiempo ejerció otros puestos de general de armadas que se aprestaron; que el año de 637 se le dió el cargo de mi Consejero de guerra; que en este tiempo gastó cuarenta y siete años, obrando con gran valor y siendo horror á los enemigos; pues habiéndose ofrecido más de cien combates, no perdió navío en que navegase ni ocasión que emprendiese, por haberlo logrado todo con especial valor. Que el año de 627, con noticia que tuvo de estar la Mámora para entregarse, partió allá con dos navíos, y sin orden, y consiguió levantar el sitio con destrozo innumerable de enemigos, por lo cual se le dió gracias en despacho de 10 de Mayo del



mismo año, en que está puesto de letra del Rey mi padre y señor (que santa gloria aya): «Quedo tan agradecido al servicio que me avéis hecho, como él lo merece y os lo dirá esta demostración.» Que el año de 631 fué al socorro de Pernambuco y la Baia de Todos Santos, en el Brasil, que estaba infestada de numerosa armada olandesa, y llevando él la suya, 16 navíos solos, muy faltos de gente y buques, sin embargo, dió batalla desde las ocho del día hasta las cuatro de la tarde, estando abordado á la capitana contraria y un navío, y los quemó, y ganó el estandarte, y puso en huída el resto de aquella armada, aviendo muerto 2.000 hombres, sin los prisioneros, y dejó socorridos los dichos parages; en cuya ocasión fué cuando se le hizo merced de la plaza de mi Consejo de guerra; que después fué en la armada á Galicia y pasó al socorro de Flandes, y tuvo en esta ocasión diferentes batallas, peleando con gran valor y riesgo de su vida, por hallarse con muy cortas fuerzas, que se componían de 21 bajeles, teniendo el enemigo en ocasión 114, lo cual motivó que siguiese á D. Antonio en repetidos parajes, hasta que fué derrotado el enemigo, con la especialidad de aver D. Antonio peleado con la capitana sólo contra 17 navíos, de que se siguió tanta ignominia al enemigo, que le quitaron la cabeza al general de su armada; á cuyo tiempo, en carta de 20 de Julio de 1639, le escribió su Magestad pasase luego á la Coruña, advirtiéndole que, atendiendo á lo que había servido y esperaba le sirviese en esta ocasión, le hacía merced de título de Vizconde para el día que llegase á las costas de Francia con la armada que tenía resuelto, ó tuviere tope con el enemigo; con declaración de que si por algún accidente perdiese la vida, le quedaba hecha esta merced. Y el Conde-Duque le escribió al dicho D. Antonio que á buelta de viage esperasse muy seguramente le haría su Magestad mayores mercedes que las que imaginava, y que se lo avisava de orden de su Magestad. Que D. Miguel de Oquendo, vuestro padre, sirvió muchos años, hasta que murió, y el año de 656 hizo assiento y fabricó seis galeones y un patache, y sirvió con ellos en la escuadra de Cantabria, y tuvo el puesto de general de ella, y se le manifestó lo bien que servía por diferentes cartas que se le escribieron firmadas de su Magestad. Que el año de 673 hizo otro assiento, y fabricó dos navíos para la armada, y se dió patentes de capitán de ellos á vos y á vn hermano vuestro que murió viniendo de Flandes, y avéis continuado el real servicio con el puesto de capitan de mar y guerra hasta que murió vuestro padre, que, con licencia, os retirasteis á algunas disposiciones de vuestra casa. Que otros tres hermanos vuestros comenzaron á servirme en la armada, y los dos murieron, y el otro lo está continuando en el presidio de Pamplona. Que los ascendientes de la casa de San Millán, de que procede vuestra madre, de las

más antiguas é ilustres de Guipúzcoa, han servido también en la milicia muchos años; que os halláis posseyendo los mayorazgos de Oquendo y San Millán y Lasarte, y el patronato de la Compañía de Jesús de San Sebastián, el de religiosas Brígidas de Lasarte, el de Franciscas descalzas de Santander y de la parroquial de la villa de Cizurquil, con presentación de cura y beneficiados y con el derecho de percibir la mitad de diezmos. Por decreto mío señalado de mi real mano, de 23 de Abril de 1688, os he hecho merced de título de Castilla para vos y vuestros hijos y sucesores, y porque avéis elegido el de Marqués de San Millán, y por decretos del mi Consejo de la Cámara está acordado que el dicho título quede incorporado en los dichos vuestros mayorazgos, y en su conformidad mi voluntad es que vos el dicho D. Miguel Carlos de Oquendo y los dichos vuestros sucesores en vuestra casa y mayorazgos, cada uno en su tiempo perpetuamente, para siempre jamás, os podáis llamar é intitular, llaméis é intituléis, llamen é intitulen, y os hago é intitulo Marqués de San Millán, por esta mi carta mando á los infantes, etc..... Y porque, según las órdenes dadas por el Rey mi Padre y Señor (que santa gloria aya), á las personas á quien se diere título de Marqués ó Conde, ha de preceder el de Vizconde, y quedar éste suprimido, por despacho del día de la fecha de éste os he dado título de Vizconde de Zandategui, el cual, en conformidad de dichas órdenes, queda roto y cancelado en mi Secretaría de la Cámara de Castilla, y notado y prevenido en el asiento del libro lo conveniente para que no valga ni tenga efecto ni se de por perdido, duplicado ni en otra forma en tiempo alguno, y sí de este mi despacho..... Dado en Madrid á 11 de Julio de 1689.—Yo el Rey.—Refrendado por los del Consejo.

XV.

SUBLEVACIÓN DE PORTUGAL.

1640-1641.

Estrechez de la Hacienda.—Dificultad para despachar las flotas.—Correrías de argelinos.—Ultima acción de Oquendo.—Su buen concepto.—Escuadras francesas.—Combate la de Poniente á nuestras flotas á vista de Cádiz.—Incendia un galeón.—La de Levante.—Reta el Arzobispo de Burdeos al Duque de Fernandina.—Éste le impide hacer daño en Italia.—Fracasa en Gaeta y en Nápoles.—Levantamiento de Portugal.—Estorba la represión el Duque de Medina Sidonia.—Pretende hacerse rey de Andalucía.—Armamentos en Lisboa.—Acuden escuadras de Francia y Holanda.—La última derrotada por la de Dunquerque.—Intento contra Cádiz.—Otro contra las flotas.—Batalla sobre el cabo de San Vicente.—Holandeses y portugueses vencidos.

La continuidad de la guerra general, cegando poco á poco las fuentes productivas al paso que consumía las fuerzas y los recursos de la nación, había puesto á la Hacienda en estado aflictivo por demás. La miseria mostraba su triste faz á los servidores del palacio de Madrid privados de estipendio; qué mucho que anduviera en familiaridad con marineros y soldados. Por doquiera se escuchaban lamentos de los que no cobraban, como de los estrechados á pagar, siendo angustiosos los que los mareantes arruinados, armadores ó asentistas de navíos, hacían llegar á la corte en reclamación del cumplimiento de obligaciones sagradas [1].

[1] Academia de la Historia. *Colección Salazar*. M. 49, fol. 270.

Los de la Universidad y Consulado de Sevilla tenían resuelto cesar en el despacho de las flotas. «No querían cargar, dice Novoa [1], si no les aseguraban el no tomarles el dinero, las barras de oro y de la plata, y que les habían de dar y pagar lo que les debían y les habían tomado en las otras flotas pasadas, afianzado tantas veces y derogado otras tantas promesas y palabras, cédulas y firmas reales: porque si con lo que habían de cargar se lo habían tomado, ¿con qué caudal habían de proseguir?»

Difícil era con tales condiciones y circunstancias, aniquilado el comercio, acabada la construcción, entorpecida la carrera de las Indias, reemplazar más de 120 naves que casi al mismo tiempo se perdieron en las funciones adversas de Pasajes, Guetaria, Santoña, Brasil, Dunas, Antillas, y que reducían las armadas en proporción extraordinaria, bastante para quitar del todo el miedo á los berberiscos, instándoles á venir, como vinieron, á la bahía de Cádiz, á Gualda, á Valencia, en las correrías de barcos menores [2], así como para alentar en semejante intento á los cristianos de allende los Pirineos, bien que no llegara la penuria al extremo que imaginaban [3].

En mal estado, ciertamente, escasas de remeros, faltas de gente de mar y guerra, huída por atraso en las pagas, estaban las galeras [4]; pero perseveraban en el Mediterráneo las de las escuadras de España, Nápoles, Sicilia, Génova y Cerdeña, animando á sus jefes espíritu superior á la desgracia.

[1] Lib. VIII, pág. 239.

[2] Novoa, lib. VIII, pág. 244.

[3] «Les choses ètant ainsi disposées..... les enemies (los españoles) vous en laisseront le champ bien libre, ayant avis de toutes parts qu'ils y sont si faibles que tout leur armement consiste en un vaissean qu'ils ont frété des Anglais et un autre que le duc de Florence leur a prêté». Carta del rey Luis XIII al arzobispo de Burdeos, de Soissons á 20 de Mayo de 1640. *Correspondance de M. de Sourdis*, tomo II, pág. 158.

[4] «Les galères d'Espagne ne sont armées que de quatre à quatre par bancs; celles de Naples, Sicile et Doria, de trois à quatre, et les capitainesses, de quatre à cinq, sans soldates que pour leur défense, et celle qu'elles portent pour débarquer est ordinairement sans autres armes que l'épée et gens pris par force». Idem idem, pág. 166.



En el Océano algo quedaba á la escuadra del duque de Maqueda; algo puso á flote en las Dunas D. Andrés de Castro, de la de Galicia, que tan desairado papel hizo en la batalla; Oquendo vino desde Mardique con los restos de la suya reparados y á punto de guerra, navegando á vanguardia Miguel de Horna con la de Dunquerque, en oportunidad de rectificar los conceptos ligeros del Gobierno de Francia; pues como intencionalmente recalara sobre la Rochela é isla de Re, donde solían estacionar los navíos de guerra, salieron á su encuentro 12 y trabaron refriega en que tuvieron que sentir.

Los pormenores del combate son confusos; ninguno he visto dado por escritores suyos, ni los de Holanda suplen el silencio. Le Clerc se limita á noticiar que Oquendo y Horna vinieron á España con 25 naves, y que el segundo regresó á Dunquerque conduciendo mil soldados españoles. Entre los nuestros, quién se contenta con anotar que Oquendo y Horna toparan con flota de 12 navíos franceses, con capitana y almiranta, que venían de Levante; pelearon con ellos; tomaron cuatro; echaron á fondo otros tantos; pusieron en fuga al resto [1]. Quién recogió versiones diversas; una que Miguel de Horna, viniendo á España con soldados valones, encontró 13 navíos de franceses, y siendo los suyos menos en número, los acometió y se peleó de una y otra parte con gran valor; echó á fondo cinco del enemigo, y entre ellos la almiranta de Francia, tomó cuatro, y otros cuatro huyeron [2]. Otra que traía Horna 2.500 soldados valones en 15 navíos; acometió á los que estaban surtos en la isla de Re y hubo gentil refriega porque salieron de la Rochela algunos de los que tenían de armada. Horna tomó siete y entró en Coruña herido [3]. Adjudican todos éstos la victoria al general de Dunquerque, agregando que por ella le hizo S. M. merced del hábito de Santiago, mientras algunos la reservan

[1] Novoa, lib. VIII, pág. 194.
[2] *Memorial histórico*, t. XV, pág. 436.
[3] *Idem*, id., pág. 463.



á Oquendo, como general en jefe [1]; de la fecha no se acordaron; hubo de contarse en Marzo [2].

Más que la pérdida y disminución de vasos, se iba notando en la armada española la de jefes y capitanes muertos en las funciones de guerra, por el vacío que en experiencia y crédito dejaban. Todavía se sintió por entonces el de Oquendo, que, doliente de espíritu y de cuerpo, pasó de este mundo al otro en Coruña, llorado de los propios y no desconocido de los adversarios [3].

Aparejados los enemigos para sacar provecho de nuestra flaqueza en la campaña del verano, no lo hicieron los holandeses, impedidos de tormenta que deshizo su escuadra en el Texel [4]; los otros dispusieron dos armadas, destinándolas á Poniente y Levante con objeto bien especificado en las instrucciones del cardenal Richelieu. Dado según ellas, que estaba la plaza de Orán apretada por los moros, las Baleares revueltas; Cerdeña, Niza, Final, con guarniciones flojas y necesitadas; Nápoles y Sicilia trabajadas por el descontento, y las galeras que pudieran ocurrir á tantas necesidades mal armadas y sin gente, el Arzobispo de Burdeos, hombre de la confianza del Ministro, con poderes amplísimos y mando general de naos y galeras, tenía campo expedito en que desarrollar sus facultades, triunfar por sí y dar mano á otros triunfos en tierra, rompiendo la comunicación entre el reino de Nápoles y el estado de Milán.

La armada de Poniente salió de la Rochela con rumbo á nuestras costas, organizada á la moderna con tres jefes: almirante, el Marqués de Brézé; vicealmirante, Mr. Dumé, y contralmirante, Mr. de Coupoville. Al llegar sobre Cádiz, una escuadra argelina de 10 navíos, cinco galeras y dos bergantines perseguían á un bajel procedente del puerto, que

[1] Relación impresa en Barcelona por Jaime Romeu, 1640.

[2] Le Clerc.

[3] Falleció el 7 de Junio de 1640, fiesta del *Corpus Christi*. Al saber la noticia, escribió el cardenal Richelieu: «Je estime pour ce qui est de la mer, la mort de M. de Oquendo, très considerable». *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, página 157.

[4] Perdieron 46 naves por las noticias de Novoa.





Estatua erigida en San Sebastián á D. Antonio de Oquendo.

se guareció entre los franceses y les pagó el beneficio informándoles de estar en la bahía, presta para marchar de un momento á otro, la flota de Indias, detenida desde el mes de Marzo, tiempo ordinario de la partida, por los impedimentos anteriormente indicados.

En efecto: dieron la vela á vanguardia los galeones de escolta en la noche del 21; siguiéronles los naos mercantes sin recelo, por no existir aviso de la presencia de otros enemigos que los piratas dichos, y navegando sin descubridores, en pelotón desordenado, al amanecer el 22 y disiparse la neblina, contaron los vigías 36 velas, las 24 de guerra y las 12 de fuego, al parecer, que con viento largo se acercaban en son de combate, tomando tan de sorpresa á los jefes, que ni aun para reunirse en consejo tuvieron tiempo, ni sobraba el que habían menester para disponerse á la pelea inevitable.

Mandaba la armada de la guarda D. Jerónimo Gómez de Sandoval, antiguo general de la carrera de Indias, teniendo por almirante á D. Pedro de Ursúa y por capitanes á casi todos los que con D. Carlos de Ibarra combatieron en Cuba con los holandeses. General de la flota era D. Luis Fernández de Córdoba; almirante D. Asensio de Arriola, y contados los bajeles de éstos que, como es sabido, siempre eran de guerra, componían fuerza de 10 galeones y un patache, si respetable, en dos tercios menor que la enemiga, que tuvo á más en su favor el viento [1].

[1] Porque no desluciera la desigualdad al triunfo, englobaron los franceses en sus relaciones á los galeones que batieron y á las naves mercantes de la flota espectadoras á retaguardia, apareciendo 36 que ellos derrotaron con 30, las 21 de guerra y las nueve de fuego; mas por si la diferencia se estimaba poca, escribieron que de aquellos 36, diez galeones reales eran de 1.400 á 1.500 toneladas; cuatro de 1.000 á 1.200 y 22 de 400 á 800, tonelaje bastante abultado. El galeón *Santa Teresa,* que se quemó en las Dunas, el mayor de la armada española, considerado portento, tenía mil. Los que comparan las relaciones de batallas escritas por combatientes de uno y otro lado, advierten la necesidad de aplicar á todas una corrección proporcionada al coeficiente de presunción nacional, de que por rareza habrá alguna exenta. La que parece haber servido de matriz á los historiadores franceses, tanto conforman con ella, se titula:

Relation du combat donné par l'armée du Roy, commandée par le Marquis de Brézé, contre l'Armée navale du Roy d'Espagne pres Calis. Ou les ennemis ont perdu pres



Apresuradamente trataron de formar en línea á la bolina, haciendo cabeza el General en jefe y cola el almirante Arriola, la flota resguardada; mas por entorpecimiento del galeón *San Juan* y nao *Gallega* quedaron separados, sufriendo, por consecuencia, el mayor peso de la batalla tan luego como los franceses se aproximaron. La almiranta de éstos emparejó á la capitana real á tiro de mosquete; los otros navíos cargaron á los demás de la línea, corriéndose el contralmirante Coupoville á doblarla y proteger á los navíos de fuego, que en número de siete dirigieron á los galeones de mayor fuerza.

Uno de éstos aferró de lleno con el *San Juan*, que era el más separado á sotavento, y lo abrasó, pereciendo el Marqués de Cardeñosa [1] y la mayor parte de la gente, que se arrojó al agua. Otro se enredó en el bauprés de la capitana y comunicó el incendio á las jarcias y velas de proa, sin pasar adelante por el arrojo con que el capitán D. Pedro

de deux mille hommes et plusieurs vaisseaux. Sur l'imprimé a Paris. En l'Isle du Palais. Avec permision, 1640, 4 hojas, 8.°

Españolas hay, una impresa, varias manuscritas y despachos y cartas oficiales que pueden verse en las Colecciones de: *Jesuitas*, t. 143, núm. 25 y t. 191, número 90; *Navarrete*, t. 24, núm. 44 y t. 32, varios del año 1640; *Sans de Barutell*, art. 3.°, números 938 á 940. Novoa, lib. VII, pág. 241, copió los nombres de los navíos y de los comandantes, á saber:

Capitana de galeones, general D. Jerónimo Gómez de Sandoval.
Almiranta de ídem, almirante D. Pedro de Ursúa.
Capitana de la flota, general D. Luis Fernández de Córdoba.
Almiranta de ídem, almirante D. Asensio de Arriola.
Nao *Gallega*, capitán Sancho de Urdanivia.
Galeón *San Juan*, capitán D. Diego de Guzmán, marqués de Cardeñosa.
— *San Jerónimo*, capitán Francisco de Ledesma.
— *Santiago de Nápoles*, capitán Gaspar de Carasa.
— *Cuevas*, capitán Juan de Chavarri.
— *Urca*, capitán N. de Zabala.
Pingue ó patache, capitán Juan de Ilarraga.

Al general Gómez de Sandoval, caballero de Santiago, señor de las villas de Bahabón, Oquillas y Cilleruelo, colocó Baena entre los hijos ilustres de Madrid (t. II, pág. 328). Empezó á servir como capitán en la jornada de Argel de 1602; fué teniente general de la isla Española y almirante y general de flotas y armadas de Indias desde 1626.

[1] Llevaba en este viaje título de Gobernador de la infantería, equivalente al de tercer jefe de la armada: se había distinguido en los combates de Cabañas con los holandeses en 1638; vino de las Antillas mandando la flota el año anterior.

Negrete acudió en la lancha, y arrojándole una cadena, lo remolcó hacia fuera. Lo propio verificó el capitán Adrián Pulido con los que amenazaban á la capitana de la flota, salvándola de la destrucción en trance grave, porque, barloado el incendiario por barlovento, á estrepadas fué haciéndolo correr por el costado hasta rebasar la popa, y las llamas, que en el intervalo lamían el galeón, atemorizaron á la gente, que se arrojaba al mar, sin que las voces de mando la contuvieran. De 400 hombres á bordo quedaron unos 30, hallando los más muerte segura en el agua por huir de la dudosa del fuego.

El cañoneo de las armadas dió tiempo á las naves mercantes de la flota para arribar y entrarse en Cádiz sin que faltara ninguna, conseguido lo cual las siguieron los galeones, continuando el combate en retirada con bizarría, hasta que con la venida de la noche lo suspendieron los enemigos.

No se perdió más que el mencionado galeón *San Juan*, consumido, y el patache que se sumergió. La capitana real sufrió más de las llamas que de las balas, no pasando sus bajas de nueve muertos y 20 heridos; la nao *Gallega* de Sancho de Urdanivia salió más castigada, habiéndole tocado, como en la batalla con *Pie de Palo*, la suerte de servir de blanco á seis navíos franceses. Consistió la pérdida principal en hombres, por los que se echaron al agua desde el *San Juan* y la capitana de la flota, y fueran muchos más sin el humanitario proceder de los enemigos, que recogieron una parte con sus lanchas y la enviaron á Cádiz en el bajel inglés que les había proporcionado la ocasión de pelear con éxito. De todos modos no tuvo las proporciones que de la desigualdad de fuerzas pudiera seguirse, ni aun las que los franceses presumieron [1], por lo que se estimó que «si no volvían los galeones con feliz suceso, lo hacían con reputación».

[1] Dan por cierto sus relaciones que al anochecer se fué á fondo la capitana real con otros dos galeones, y que, siendo dos los incendiados, destruyeron á los españoles cinco de 1.500 á 1.600 toneladas cada uno y valor de 500 á 600.000 escudos, pasando de 1.500 los hombres muertos. Hacen justicia al valor de los contrarios, exceptuando á Mr. Jal, que en su libro *Du Quesne* dice huyeron aterrados á todo trapo sin responder al fuego, tirando carga al agua, dejándose matar. De su parte declaran 30 muertos y 40 heridos, cuando más.



Entre los rasgos personales con que se distinguieron los capitanes Pulido y Negrete se encareció, sin apuntar el nombre, el de un artillero, osado al extremo de entrar en uno de los navíos de fuego incendiados á picar los escotines de gavia para hacerlo arribar y separarse, consiguiéndolo. Notóse igualmente el del general D. Luis Fernández de Córdoba, cuya capitana quedó sin gente, y seguida de la de Francia y otros navíos con propósito de abordarla, maniobró con habilidad hasta alcanzar la bahía [1].

La armada francesa de Levante no hizo por entonces tanto efecto, fuera porque los hechos del Arzobispo de Burdeos nunca respondían á su verbosidad, ó porque el Marqués de Villafranca, continuando la táctica de las campañas anteriores, desconcertaba todos sus planes, se mantenía constantemente á la vista de su escuadra sin arriesgar encuentro serio y atendía al socorro de plazas ó lugares amenazados, conduciendo tropas, sin que lograra estorbarlo su adversario, sobre todo en el puerto de Final.

Lo que hizo el almirante tonsurado fué detener sobre Alicante á siete naves mercantes inglesas, alegando por razón que transportaban mantenimientos destinados á los españoles, lo cual luego dilucidarían los respectivos Gobiernos, y escribir en el puerto neutral de Génova una de aquellas car-

[1] Don Luis Fernández de Córdoba, comendador en la Orden de Alcántara, empleado en el servicio, desde el año 1596, en las Indias y en Filipinas; general de flotas desde 1602. Una de las relaciones del combate (*Colección Navarrete*, t. XXIV, número 44) refiere episodio grotesco de los que aprovechan al estudio de costumbres y libertades del tiempo. Cuando iba la capitana de la flota sin gente, esquivando el abordaje del Almirante francés, que la seguía, un tal Lechuga, vecino de Cádiz, donde tenía una tiendecilla de carbón, embarcado con plaza de cocinero, habiendo alzado el codo y visitado más de lo necesario la tina de vino aguado que se ponía en el combés para refrescar á los sedientos en el combate, se presentó en la cubierta descalzo, en camisa y calzones blancos, como estaba, y subiendo á lo más alto de la popa con espada y broquel, empezó á denostar al enemigo gritando: «Ea, borrachos, cornudos, herejes, venid, que aquí os aguarda el valor de España.» No contento con esto, se bajó los calzones, mostrando por escarnio y burla aquellas partes posteriores que el recato tiene ordinariamente encubiertas; con lo que, subiendo de punto la indignación del General, mandó á los que estaban cerca que lo mataran; pero él más voceaba y más denuestos é improperios decía, insultando á los franceses, y con haberle disparado éstos muchos mosquetazos, ninguna bala le acertó.



tas petulantes de desafío, de su peculiar *confección*, habiéndose asegurado previamente de que no surtiría efecto leída que fuera por el Marqués, aunque se viera en ella calificado de *un des plus grands capitaines du monde* [1].

Instado á salir de la inacción, se decidió á emplear sus navíos de fuego contra los españoles que, según avisos, se hallaban en Gaeta y Nápoles; sólo que en el primero no le pareció prudente aproximarse á los castillos, y en el segundo, donde se hallaban 14 galeras del reino y cuatro de Sicilia, al mando de D. Melchor de Borja, «no encontrando dónde fondear» á no ser dentro del tiro de cañón, en lugar donde hubiera arriesgado la escuadra, la puso en franquía, olvidando decir en el extraño despacho explicativo [2] que hizo desembarco de tropas y hubo de reembarcarlas maltratadas, así como de que en la retirada le siguieron las galeras cañoneando la retaguardia [3] y resultó deslucida su jornada.

¡No afligieran á España otras desdichas que las fantaseadas por el Arzobispo! Mientras á una dieron sus hijos cara al exterior, no hubo mal desesperado de remedio; la gravedad se presentó en el momento de cesar el acuerdo y de volverse unos contra otros; en el instante, de triste recordación, en que los del Principado catalán, pretextando agravios y desa-

[1] «MM. Ducoudray, Baumes, Saint-Etienne et Chaillone furent reconnaître les ennemies dans le port; ils rapportèrent qu'ils étaient en posture de recevoir du mal, et d'en faire fort peu; sur cela, M. de Bordeaux écrit au duc de Ferrandine par un trompette, le conjure de se tirer du port, où il offre de faire entrer ses vaisseaux pour lui ôter tout sujet de craintre. Le duc refuse la lettre, répond qu'il a exécuté les ordres, et qu'il n'est pas en état d'accepter son défi.» *Relation donnèe par M. de Saint-Martin*. Publicaron la famosa carta el P. Fournier en su *Hidrographie*, y Mr. Sue en el *Recueill*, llenando el objeto para que fué escrita: el de la publicación. Por ello envió el autor copias á su Rey, al Ministro Cardenal, al Embajador de Francia en Roma y á otras personas, con encargo de distribuir copias, según declara la siguiente de Mr. de Peylieu:

«Monseigneur: Je rends très-humbles grâces à votre éminence des copies que je reçus hier, de la lettre qu'elle a écrite à M. de Ferrandine; j'en ai fait quantité d'autres, et continue à celle fin, d'en distribuer à qui m'en demandera, et qu'on voie que les Espagnols ne sont pas si mauvais que superbes.» *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 266.

[2] *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 322.

[3] Parrino, *Teatro eroico e politico de goberni de Vicere*, t. II.



fueros, prefirieron ser franceses, y los de Portugal, con pretextos de vejación y mengua de intereses materiales, optaron por la independencia, iniciando el año 1640 en que estamos guerra intestina, que á la anterior de fuera abría por lados opuestos las puertas de la Península. Sintióse entonces de veras el peso de la adversidad, desquiciado el imperio de Carlos V, deshecha la grande obra de unificación de Fernando V y de Felipe II, habiendo de luchar en casa sin poder distinguir el leal del infidente.

En pro de Portugal, haciendo supremo esfuerzo no estimado [1], se disponía secretamente entonces armada capaz de cambiar la faz de la campaña en el Brasil, estando designados los galeones, nombrado el general, levantadas las compañías de soldados [2]; mas ni en contra siquiera tuvo empleo, porque el Duque de Medina Sidonia, el capitán general del mar y de la costa, el magnate en cuyas manos estaban los poderes, las fuerzas y las plazas de Andalucía, desvanecido, y acaso incitado por su hermana D.ª Luisa de Guzmán, duquesa de Braganza, ahora flamante reina de Portugal, alma y sostén verdadero del movimiento [3], soñando con otra división y fraccionamiento de la Península en su provecho, eludió las órdenes soberanas en los momentos críticos de acción, dando tiempo á que el incendio tomara cuerpo [4]. Sólo fué en carabelas socorro para el castillo de San Gian, llevándolo D. Sabiniano Manrique, deudo del Duque de Maqueda, tan confiado y torpe que se dejó engañar y pren-

[1] Véase en el Apéndice á este capítulo el Manifiesto del reino de Portugal declarando el derecho, las causas y el modo de que se valió para eximirse de la obediencia del Rey Católico, en la parte referente á marina y colonias.

[2] Habían de salir de Cádiz en el mes de Octubre 12 galeones de 500 á 800 toneladas, siendo general D. Martín Carlos de Mencos y almirante D. Tomás Echaburu; la Corona de Portugal dispondría otros tantos con ayuda de la escuadra de Galicia. Las órdenes forman parte de la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, número 939 y siguientes.

[3] Don Francisco da Fonseca Benavides, *Rainhas de Portugal*, t. II. Lisboa 1879, página 78.

[4] La orden que se le comunicó para la marcha de las escuadras contra los rebeldes está copiada en la *Colección Navarrete*, t. XXXII, año 1641. Amplia las noticias de la mala fe con que procedió el Duque, Novoa, lib. XI, pág. 468.

der por los que, astutos, se fingían vasallos fieles de D. Felipe [1].

Si se ha de creer á los corresponsales del P. Pereyra, tan bien informado de ocurrencias en todas partes, al romper el motín no había en el Tajo más que las dos galeras á que se había reducido de tiempo atrás la escuadra de Portugal; una se voló en el desorden, comunicando el fuego á un galeón y un patache que los sublevados armaban: la otra rindieron, así como á las naos del almirante Esteban de Oliste, de Ragusa, que eran tres, reteniéndole prisionero, lo mismo que á los capitanes, y á la de Juan Clansen, de Dunquerque, al que ahorcaron por la resistencia [2].

Con éstas y las de la India fueron disponiendo armada en que volvía á flotar el estandarte antiguo de las *quinas*, persuadidos de que la habrían de necesitar muy pronto; y como lo estaban de la inferioridad relativa con la de Castilla, no anduvieron remisos en procurarse ayuda de las de Francia y Holanda, despachando embajadores que sin mucha dificultad consiguieron el deseo, por lo que á los otros enemigos de España interesaba la alianza, con su cuenta y razón [3]. Así, mientras las negociaciones se hacían en El Haya, despacharon de allí avisos secretos á Pernambuco á fin de que partiera escuadra, y á tiempo que una venía á Lisboa como amiga, y eran los jefes agasajados y atendidos, aquélla se apoderaba de Angola, saqueaba á San Thomé y rendía la nao de la India [4].

El Embajador de Francia se adelantó, llegando á Lisboa con la escuadra de Poniente, de 35 navíos; el holandés, antes de tomar puesto en la mesa del festín congratulatorio, tro-

[1] *Historia del levantamiento de Portugal, por el maestro Fr. Antonio Seyner, del Orden de San Agustín*. Zaragoza, 1644.

[2] *Memorial histórico*, t. XVI, págs. 97 y 108.

[3] Firmáronse en 1.° de Junio de 1641 tratado de alianza y confederación de Francia y Portugal, obligándose á continuar y mantener guerra contra España con armamento naval, y concurrir con Holanda á invadir los dominios de Castilla y atacar á las flotas de Indias, y en 12 del mismo mes tratado de tregua, navegación y comercio entre Portugal y Holanda, con acuerdo de armamento naval contra España. Ambos en la *Colección de Abreu y Bertodano*.

[4] Fray Antonio Seyner, obra citada.

pezó en la mar con la de Dunquerque, mandada por Judocus Peeters, y hubo de combatir con mala suerte aunque tuviera mayor fuerza. Perdió un navío á fondo, sufrió considerable avería en otros y embocó el Tajo con muchos muertos y heridos [1]. Sin embargo, fortalecido el Gobierno revolucionario portugués con la asistencia exterior, no sólo alzó bandera en los presidios de África, en que había gobernadores y tropas suyas, con excepción de Ceuta, y en las islas Terceras, por de contado, sino que se creyó en disposición de anticipar las hostilidades contra Castilla tomando la ofensiva en la mar.

Agregadas á las 30 naves de la escuadra de Holanda 16 suyas de la procedencia indicada, designó por general en jefe á D. Antonio Téllez, hermano del Conde de Auñón, buen marinero, que habiendo guerreado en la India contra los bátavos, no de buena gana los veía á su lado. Aceptó, no obstante, el cargo forzado de las circunstancias, y la comisión de apoderarse de Cádiz, ó de Sanlúcar, por lo menos; empresa considerada fácil por las inteligencias y avisos del Marqués de Ayamonte y del Duque de Medina Sidonia.

De Cádiz había salido Judocus Peeters con cinco de las naves de Dunquerque en busca de una escuadrilla argelina, y al doblar el cabo de San Vicente se halló al frente de la imponente armada luso-holandesa, que en un momento cercó á la suya pensando anonadarla. No había otro recurso que batirse en retirada, como lo hizo Peeters, conservando sus cinco bajeles en línea muy unida durante todo el día 6 de Septiembre (1641); pero en la noche calmó el viento: espaciáronse inevitablemente, y haciéndose remolcar por las chalupas los enemigos, las acosaron, intimando la rendición con oferta de cuartel á buena guerra. Á no restablecerse la brisa hubieran tenido que hacerlo, batidos como estaban cada uno por tres, cuatro y más de los mayores contrarios; mas desde que pudieron reunirse no pensaron en semejante cosa; continuaron la retirada dos días más, sufriendo, como era natural, destrozo en los vasos y en la gente del incesante caño-

[1] Seyner, obra citada. Novoa, lib. IX, pág. 469.

neo, sin dejar de causarlo en los enemigos que se aproximaban, hasta conseguir la entrada en la bahía, admirando el tesón y la sangre fría con que se libraron de situación, al parecer, desesperada [1].

Juntándose á la burla la evidencia de estar las cosas en distinto estado del que suponían; la plaza apercibida, los gobernadores y capitanes de las fortalezas cambiados y en alarma la costa, decidieron dar vuelta á Lisboa, con desengaño y vergüenza que produjeron la renuncia ó destitución de Téllez, sustituído en el mando general de la armada por Tristán de Mendoza, embajador que fué en Holanda y hombre de más lengua que mano.

La segunda salida que á pocos días hicieron tenía por objeto interceptar las flotas de Indias que estaban para llegar, bien en la recalada al cabo de San Vicente, bien sobre las Azores, y urgía la comisión por tener los navíos holandeses orden de regresar á su país si en todo el mes de Noviembre no parecían los galeones de la plata. Para la contingencia estaban preparados á fuer de gente práctica y mañosa. Hallarse en Portugal teniendo á mano salinas abundantes y no aprovecharlas ahorrándose viaje á las Indias en busca del artículo, fuera perder el tiempo. Habían, por lo tanto, abarrotado de sal los navíos, y en esta forma los sacaron á la mar, creyendo se tratara de paseo tan breve é infructuoso como el anterior, no siendo así. Las flotas interesaban harto al Gobierno de España para no procurar asegurarlas antes que cualquiera otra cosa, y habían corrido órdenes á fin de que saliera de Cádiz armada á esperarlas.

Se congregaron con urgencia, la escuadra de Galicia, que continuaba á cargo de D. Andrés de Castro, el de las Dunas; la de Nápoles, de D. Martín.Carlos de Mencos; la de galeones, con D. Pedro de Ursúa, componiendo suma de 23 bajeles buenos, que por indisposición del capitán general Duque de Maqueda pasó á regir el Gobernador de Cádiz,

[1] Relación impresa en Cádiz por Fernando Rey, dos hojas folio. Seyner, obra citada. Novoa, cap. IX, pág. 470.



duque de Ciudad Real, soldado valeroso ajeno á la mar [1].

Llegado á vista del Cabo descubrió á la armada enemiga y la atacó sin reparo á su fuerza mayor, iniciando batalla de que hay noticias vagas. Según sus despachos al Rey, echó á fondo tres navíos holandeses, otro quedó deshecho y el resto huyó maltratado [2]; según historiador del tiempo y de la localidad [3], los de la escuadra holandesa no pararon hasta tomar en Inglaterra puerto donde repararse, abandonando á sus aliados portugueses, los cuales, por resultas del combate y de un temporal sucesivo, perdieron casi toda la escuadra. La almiranta se sumergió con 300 hombres; dos galeones desaparecieron, y hallándose en apuro la capitana, la abandonó su general Tristán de Mendoza, pasando á un bergantín que le sirvió de tumba, acompañado de su hijo y de la caja de caudales. Suerte desdichada: el navío, aunque sin árboles ni jarcia, llegó á punto de salvación [4].

No hay que decir cómo, desbaratado el obstáculo, entraron las flotas en Cádiz; lo que importa es constancia de que si bien los enemigos salieron unos huyendo y los otros deshechos y derrotados sin conseguir facción ni designio, por más que lo premeditó la infidelidad [5], no hubo satisfacción en casa por no haber conseguido más. Dícelo un memorial al Rey de D. Martín Carlos de Mencos, protestando de las inculpaciones que á él, al almirante D. Pedro de Ursúa, y á los capitanes Pedro Girón, Gaspar de Campos y Adrián Pulido, se hacían por la conducta el 4 de Noviembre, día de la

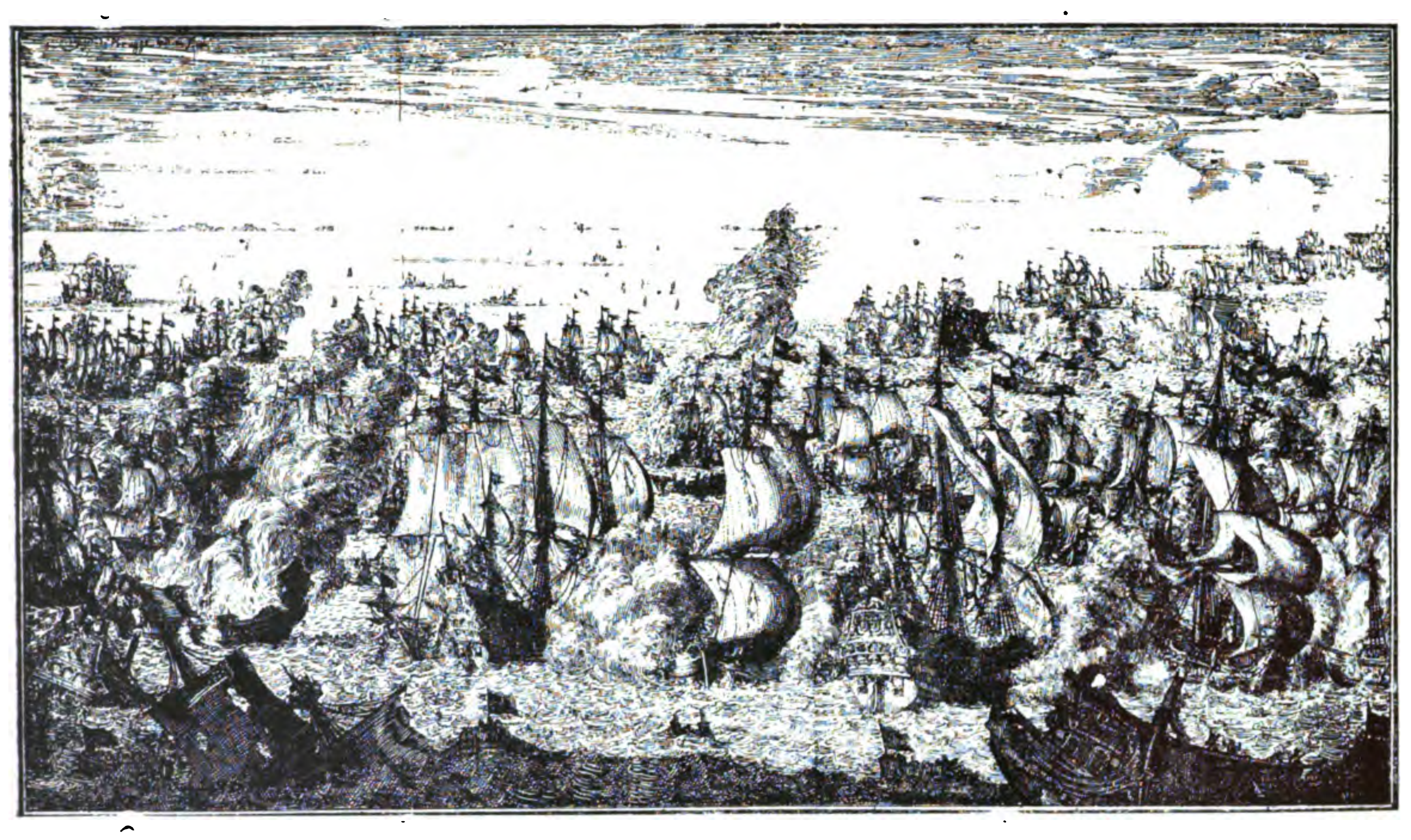
[1] Don Juan Alonso de Idiáquez y Robles, duque de Ciudad Real por denominación común, en verdad de *Cività-Reale*, en el reino de Nápoles, nieto de don Juan, el secretario de Felipe II, menino de Felipe IV siendo príncipe; preboste de Bilbao en 1634, sofocó el motín originado por el impuesto de la sal que amenazaba con serias proporciones. Pasó de capitán general á Guipúzcoa, y á Cataluña con el cargo de gobernador general de la caballería. Herido en el sitio de Leucata obtuvo el gobierno de Cádiz, y aquí, por cuestiones de jurisdicción con el Duque de Maqueda y Nájera, riñeron en 1641, saliendo ambos con dos estocadas. Mandóles el Rey reconciliarse, y por impedimento del primero, que saliera rigiendo la armada del mar Océano en espera y escolta de las flotas.

[2] *Memorial histórico*, t. XVI, pág. 188.

[3] Seyner, obra citada.

[4] Novoa pone este desastre por naufragio en 1642.

[5] Novoa, cap. IX, pág. 471.



Batalla naval. Reproducción de un grabado flamenco de la época.

batalla con los holandeses sobre el cabo de San Vicente, habiendo sido culpa del Duque de Ciudad Real, ó de su inexperiencia marinera, que no se les aniquilara, pues cuando iban huyendo destrozados y sin aparejo, y se disponían todos los capitanes á abordar, los detuvo haciendo repetidas señales de retirada.

APÉNDICE AL CAPITULO XV.

Fragmento del Manifiesto del reino de Portugal, en que se declara el derecho, las causas y el modo de que se valió para eximirse de la obediencia del rey católico D. Felipe IV.

Parece que justificadamente pedirá el mundo razón de lo que se hizo en Lisboa á 1.º de Diciembre del año de 640, negándose la obediencia á don Felipe IV, señor absoluto hasta aquel día de toda España y de los reinos anexos á sus coronas....., y será muy conveniente satisfacer á este común deseo manifestando las causas que para esto hubo.....

Hallábase Portugal en estado floreciente, habiendo dilatado gloriosamente su imperio en muchas partes del Oriente y de Africa: en todas tenía ciudades y reinos tributarios, con fortalezas que los sujetaban, sacando crecidísimas utilidades con que se enriquecía y aumentaba el reino. En el Nuevo Mundo tenía al Brasil, estado que basta para enriquecer un gran reino, siendo administrado y tratado como conviene. Eran conquistas nuevas, de inmensos productos; riquezas á que siempre aspiraron las antiguas monarquías; pero no habían llegado á total perfección, porque cada día se descubrían nuevos modos de dilatarse. La fe se propagaba con gran celo y cuidado; el crédito de las armas florecía con asombro; la paz se conservaba con toda Europa; todas las naciones comerciaban en nuestros puertos con grandísimas utilidades suyas y nuestras; en ellos hallaban riquezas á buenos precios, con leal trato y sin extorsiones, y con esto ninguna tenía pensamiento de ofendernos, dándoselas aquí á menos costo, lo que ahora con grandes riesgos y dificultades van á buscar á otras partes. Nosotros, en cambio de lo que llevaban, recibíamos también mercadurías

de sus tierras, con las cuales se utilizaban mucho las nuestras. Los reyes, contentos con los antiguos tributos y con lo que sacaban de los comercios y conquistas, no imponían otros nuevos; los vasallos lograban con quietud lo que tenían, y si lo expendían en servicio de los reyes, era voluntariamente, con esperanza cierta de cobrarlo multiplicado en grandes mercedes, que recibían de su liberal y generosa mano. El poder naval del reino era muy grande; sus galeones y carabelas de la armada, conocidos por su fortaleza, mucha artillería y armas; muchos marineros, capitanes y soldados prácticos en el mar, con la pericia que causa el ejercicio; muchos navíos de particulares que navegaban á todas las provincias del cabo de Buena Esperanza adentro, en las cuales no había cosa que la naturaleza produjese que no viniese luego con grande abundancia y con frecuencia á Portugal, de donde se distribuía por toda Europa, sacándose en cambio lo más precioso de ella.

Todo cesó con la unión de Castilla, porque habiéndose incorporado ambos reinos en una monarquía, comenzó Portugal á experimentar los daños de la unión, sin recibir las utilidades que se imaginaban. Los fundamentos de Estado con que se gobernaba Castilla eran contrarios á aquellos en que los serenísimos reyes de Portugal fundaban la conservación y aumento de sus reinos. Portugal establecía su grandeza sobre la paz de Europa, y Castilla pretendía ambiciosamente conseguirla por la guerra. Y como el monarca de España atendiese principalmente á lo que más amaba, hizo que Portugal sirviese á los intereses de Castilla, destruyendo los particulares de este reino. La paz de Europa se nos trocó luego en guerra perniciosa, movida, no por causa que en alguna manera nos tocase, sino por los derechos ó designios imperiosos de Castilla, y con infinito daño empezamos á experimentarlo de los holandeses, ingleses y franceses, nuestros antiguos confederados y amigos. La renta de las aduanas, con la falta del comercio, originada de estas guerras, se fué disminuyendo; las mercaderías faltando y encareciéndose; esta pérdida comprendió al rey y á los vasallos. Estas naciones, prohibiéndoseles el comercio de Portugal y la extracción de las mercaderías que hallaban con comodidad en nuestros puertos, determinaron buscarlas en las mismas conquistas; y navegando, nos fueron poco á poco defraudando lo que habíamos adquirido. No nos faltaba valor para defendernos y conservarnos: faltaba la dirección y aplicación de los medios, sin los cuales no podíamos obrar, y sin ellos todo se malograba. El rey de España, aplicando el cuidado á otros reinos, no trataba de éste más que para disfrutarle. Tanto manifestó siempre que no le daban cuidado nuestras cosas, que capitulando treguas de algunos años con los holandeses, las asentó desde la Línea hacia el Norte, dejando

fuera de ellas lo que queda hacia el Sur, adonde cae lo principal de nuestras conquistas: resolución que dió á entender ser cosa que no le dolía, y como si no nos tuviera por vasallos, nos dejó expuestos á los daños de la guerra, que trataba de remediar en los otros estados.

Sin embargo, si no nos hubiera atado las manos, hubiéramos podido guardarnos y defendernos; pero como la dirección y el gobierno era suyo, no podíamos hacer armadas ni enviarlas á tiempo que lograsen buenos efectos. Los navíos de la India se empezaron primero á despachar tan fuera de ocasión y tan mal aviados y pertrechados, que muchos se perdían, otros arribaban, y en todo había malos sucesos. Después, prevaleciendo sus enemigos con su descuido, y disminuyéndose con él la potencia de este reino, se dejó también de enviar el número de navíos necesarios para conservar las conquistas, y con esto se fueron cada día experimentando mayores pérdidas.

Nuestras fortalezas se proveían tan mal de artillería, armas, municiones y demás cosas necesarias para su defensa, que todas las veces que el enemigo las atacaba, peligraban ó se perdían. De esto resultó perderse la Bahía y después Pernambuco, con inmensos daños de esta Corona. La Mina, de que venía gran cantidad de oro, estando tan cerca, estuvo tres años seguidos sin que fuese á ella navío alguno de este reino, hasta que finalmente se vino á perder, pasándose toda aquella utilidad á los holandeses. Ormuz, emporio célebre del Oriente, adquirido con tanta sangre, conservado con tan ilustres victorias, tan útil para el comercio y para aumentar nuestras riquezas, si no por las mismas causas, vino á tener la misma fortuna; y no sólo por ellas, si no por faltar quien gobernase con celo de enmendar las injusticias, robos y tiranías que allí se cometían; porque como todo era venal, todo era licencioso. Dejo los aprietos de Goa, los riesgos de otras plazas, las pérdidas y menoscabos de Ceilán, y otras muchas cosas que alargarían demasiadamente este papel. De ellas se originó la mayor y más lamentable perdida, que fué declinar el aumento de la fe en todas aquellas partes; porque como las armas eran los instrumentos que la dilataban, faltando los buenos sucesos de ellas, faltó ella; frustrándose el principal intento de nuestros reyes, y lo que Cristo declaró, en la fundación de esta corona, por la unión con Castilla, más infausta por esta pérdida que por todas nuestras vejaciones.

Las armadas con que se defendían los mares y que aseguraban los comercios, se dejaron de fabricar, habiéndose primero consumido en la infeliz jornada de Inglaterra y en otras empresas de Castilla el gran poder naval que quedó en este reino por muerte del rey D. Sebastián, y tomándose prestadas en diferentes ocasiones para la misma corona, sin restitu-



ción, más de siete mil piezas de artillería; y como los enemigos encontraban el mar libre, todo cuanto venía para nosotros era presa suya, y las personas que antes armaban navíos para las conquistas, comerciando con grandes utilidades públicas y particulares, lo dejaron de hacer por la falta de seguridad, empobreciéndose con esto el reino notablemente.

Tal fué el fruto de esta nuestra unión, que de los amigos paliados nos hizo enemigos declarados, por sus respetos, sin utilidad nuestra; y los que por ella nos debían ayudar, no sólo no lo hicieron, sino antes bien, atajaron los medios de hacerlo nosotros. Hasta las pesquerías no estaban seguras, porque en nuestros propios puertos tomaban los moros y turcos las mal defendidas barcas de pescar; cautivaban y hacían mercancía humana de los miserables pescadores, y aun se atrevieron licenciosa é insolentemente á lo mismo en los lugares marítimos, como si no tuvieran rey que los pudiese defender; y prohibida la pesca, faltaba al reino una parte considerable de su sustento.

Y habiendo derechos particulares concedidos para que se aplicaran sólo á la construcción de navíos de armada, á fin de libertar el mar, con condición que se gastasen en esto por oficiales presentados por los hombres de negocios, la ambición los incorporó en la Hacienda real sin consentimiento de los pueblos, sin embargo de las condiciones con que se habían concedido, sin consideración de nuestras miserias y sin respeto á la experiencia de estos daños. Y si se hacían algunos navíos y se fundía artillería ó se compraban armas con dinero de esta corona á título de sus empresas, se aplicaban por la mayor parte á las de Castilla, quedando las nuestras desamparadas. Y cuando con armadas de Castilla se acudió á las conquistas de este reino, fué en partes donde se receló que el enemigo les podía infestar las suyas. Por esta causa se vieron socorros de Castilla en el Brasil, de donde desalojaron al enemigo, entendiendo que podría desde allí lograr algún intento en las Indias; que si no fuera esto, bien pudiéramos presumir que se tendría el mismo cuidado de aquel estado que de las demás conquistas nuestras. Y aun en semejantes socorros se procedía con tanta desigualdad, que cuando nuestras armas iban en servicio de la corona de Castilla, se hacía el gasto por cuenta de ésta, y si allí se gastaba con ellas alguna cosa se cobraba luego, y las suyas que venían en servicio de las nuestras, se pagaban de las rentas de este reino.

Los servicios que mejor se premiaban con las mercedes de esta Corona eran los que hacían por la de Castilla, y por esto muchos portugueses pasaron á servir á ella. Otros, mal satisfechos, dejaban de servir, y por ambos motivos quedaba lo que era propio, destituído de socorro. Y no sólo con admitir esta gente al servicio de las otras Coronas se enflaquecía la

nuestra, sino que también se mandaban hacer en ellas levas de gente de mar y guerra para las empresas de Castilla, con lo cual se nos quitaba el poder conservar las nuestras y se daba ocasión para que se fuesen perdiendo y extinguiendo. Al mismo tiempo que había esta falta de armadas con tan dañosas resultas, se pagaba sueldo al General de las galeras, que no había ni hubo antes en muchos años; indicio que convence que no se dejaba de acudir á tan gran necesidad por falta de caudal, porque si la hubiese habido, se hubiera reparado en gasto tan inútil. Había, según parece, descuido afectado, que de intento consumía al reino.

Lo mismo se colige de saber que para abatir más los bríos naturales de nuestra nación, á quien se debía alentar para que sirviese con buen ánimo, se ordenó que las armadas de Portugal obedeciesen, no sólo al General, sino también al Almirante de Castilla. Y si nuestros generales no lo querían hacer, ni observar las órdenes de aquella Corona, encontradas con la de ésta eran presos y molestados; por lo cual, los hidalgos de valor procuraban excusarse de aquellos cargos en que, ó habían de ser afrentados ó dejar perder la preeminencia de su reino. Con esto no se hacían las armadas en la forma que convenía, porque ninguno servía con gusto, sabiéndose que haciéndolo se había de perder la honra, que es el mayor interés del servicio.

Con esto que sucedía en la mar y en las conquistas, se perdía la reputación y gloria de nuestras armas, la cual, siendo antes admirada de las naciones, parecía entonces la burla de la fortuna. El valor de la nación era el mismo y las empresas las mismas; sólo se había mudado el gobierno, y éste sólo debe ser infamado por las referidas quiebras. Para que todo concordase, se abrasaba al mismo tiempo interiormente el reino por la ambición de quien le gobernaba; porque queriendo siempre sacar dinero, y dejando perder el que podía venir de fuera, procuraban sacarle con extorsiones en la substancia de los vasallos. Antiguamente, las empresas de nuestros reyes eran de suerte que aprovechaban á ellos y á los vasallos. Antiguamente los emolumentos alcanzaban á todos: las vidas y la sangre se sacrificaban prodigiosamente. En aceptar estos honrosos y animosos tributos no reparaban nuestros monarcas, pero se abstenían de tocar á las haciendas, porque eran padres y sabían que no hay reino contento con injustas y violentas exacciones.....

Impreso en portugués en Lisboa, por Paulo Craesbeeck, año 1641. Traducido y publicado íntegro por Abreu y Bertodano en la *Colección de Tratados*. Publicóse un segundo Manifiesto en portugués y se hicieron varias refutaciones.



XVI.

BLOQUEO DE TARRAGONA.

1640-1641.

Sublevación de Cataluña.—Defensa de Tortosa.—Sitio de Tarragona.—Guarda el mar el Arzobispo de Burdeos.—Rinde á dos galeras y á varios navíos con provisiones.—Toma la torre de Alfaques.—Pierde, en cambio, un navío de guerra.—El Marqués de Villafranca rompe el bloqueo y socorre la plaza á viva fuerza.—Llega el Duque de Maqueda con la armada.—Ataque á la de Francia, que huye.—Alzan el sitio los de tierra.—Juicio del combate naval.—Descontento de ambas partes.—Los generales españoles y franceses depuestos.—Asume el Conde-Duque el mando superior en tierra y mar.—Título.—Sitio y rendición de Colibre.—Combaten dos escuadras francesas de noche creyéndose enemigas.

CAUSA principal de no acudir á la represión de Portugal, que en principio pudiera conseguirse, como todo incendio se sofoca al comenzar; causa de la desmembración de este reino, mal prendido á la nacionalidad española, fué el levantamiento anterior de Cataluña, cuyos prohombres, despechados, se echaron en brazos de Francia, pidiéndole soldados de á pie y de á caballo, y naves, sobre todo, con que sostener lucha fratricida [1]. En poco tiempo tuvieron que replegarse las guarniciones hacia la costa, agobiadas por la masa de la población rural, quedando limitada la forzosa obediencia real á las plazas de Colibre, en el Rosellón; de Rosas, en el golfo de este

[1] Tratado de alianza y hermandad perpetua entre Francia y el Principado de Cataluña, que se pone bajo su protección, firmado el 16 de Diciembre de 1640. *Colección de Abreu y Bertodano.*

nombre, y de Tortosa, sobre el Ebro, donde el Duque de Fernandina, marqués de Villafranca, con la escuadra de galeras hizo oficio de corta-fuego al reino de Aragón, defendiendo el puente y estacionando en los Alfaques. Cuidó á la vez, hasta donde los recursos consentían, de proveer á las otras plazas hostilizadas por tierra, y de bloquear por mar á Barcelona, anticipándose á los consejos dirigidos á la corte por un conocedor del país, en el concepto de que sería señor de Barcelona el que lo fuera de la mar, pues cerrada su costa quedaría necesariamente arruinada ó rendida [1].

Mas, si no dueños en absoluto de las aguas, fueron sin tardanza prepotentes los franceses, atraídos por las ocupaciones en que andaban los galeones de España. Recuperada la ciudad de Tarragona por nuestros soldados, llegaron á sitiarla los de Francia, dirigidos por Mr. de Lamotte-Hondancourt, cerrando simultáneamente el acceso por agua la escuadra del Arzobispo de Burdeos, de 30 naves y 15 galeras, con encargo de su Rey de hacerlo tan estrechamente que la plaza se rindiera por hambre.

Con ello, dicho se está, se aumentaron los cuidados del Marqués de Villafranca, habiendo de procurar el socorro de una guarnición más, y teniendo al enemigo vigilante entre unas y otras, sin alargarse á más operaciones [2]. Muchas veces consiguió la introducción de municiones de toda especie con naves, con barcas, con galeras, según las circunstancias; algunas se malograban los intentos por causas de fuerza mayor, y tal sucedió con dos galeras de Grimaldi, sorprendidas sobre Portvendres por 12 enemigas cuando conducían vitualla y dinero. En la imposibilidad de abrirse paso, embarrancaron en la costa sacando á tierra la gente, los forzados y la moneda, sin dejar á los bloqueadores más que los cascos, lo

[1] *Dirección militar de las armadas españolas de mar y tierra en la jornada de Cataluña*, por Fr. Pedro Moliner. Ms., Academia de la Historia, *Colección Salazar*, N. 65, fol. 417.

[2] Propuso el Príncipe de Orange el envío de su escuadra al Mediterráneo si, unida la de Francia llevando contingente de 3.000 infantes, convenían en el ataque de las islas Baleares. Richelieu no aceptó. *Lettres de M. le Comte d'Estrades*, año 1641, t. 1, pág. 65.



cual no quitó al Arzobispo-Almirante la satisfacción de escribir despachos comunicando la victoria á su Rey y á la ciudad de Barcelona, obsequiándola con el estandarte de la capitana, que fué muy agradecido [1].

La equidad obliga á consignar que, por la versión francesa, eran no más de cuatro galeras las suyas y dos navíos de alto bordo las que obligaron á varar á las de Grimaldi; y aunque la gente se fué á tierra, todavía hicieron prisioneros á un maese de campo, cuatro capitanes napolitanos y unos 60 soldados, á más de la chusma; y como entre ella hubiera «algunos pobres franceses y catalanes, fueron puestos en libertad, y en su lugar amarrados los oficiales y marineros».

Consta la particularidad en relaciones publicadas en París, calcándolas, sin duda, sobre los despachos del Arzobispo, y en las que se dice que las divisiones de navíos ó galeras destacadas apresaron durante el mes de Febrero cinco naves en Rosas, con 15.000 cargas de trigo y avena, y posteriormente un navío inglés, dos barcas, dos bergantines y una falúa, cargados todos de provisiones de boca [2]. Tomaron asimismo en el Grao de Valencia una nave que se destinaba á Tarragona, y entrando en los Alfaques, donde creían sorprender al Marqués de Villafranca, atacaron y rindieron una torre con cinco piezas de artillería defendida por 40 hombres. El Marqués, que se había metido en Peñíscola, y no perdía de vista á las velas enemigas, continuó socorriendo las plazas á pesar de las contrariedades, como lo hizo á la de Rosas, donde entró un convoy de 35 navíos, que pasó antes por Barcelona á fin de que los vieran [3], picando la retaguardia francesa ó sus

[1] *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 547. Firma la carta congratulatoria *lo canonge Don Joseph Soler.*

[2] *La prise de cinq vaisseax chargez de bled, deux galeres et une Polacre, sur les Espagnols, Par l'Archeuesque de Bourdeaux, General de l'Armée Navale du Roy. Sur l'Imprimé a Paris, En l'Isle du Palais. Avec permission*, 1641, 4 hoj. 8.°

La prise de deux grands vaisseaux de guerre, Deux Barques, Deux Brigantins et la Felouque de la Capitane d'Espagne, Par l'Armée du Roy, commandée par l'Archeuesque de Bourdeaux. Sur l'Imprimé a Paris. En l'Isle du Palais. Avec permission, 1641, 4 hoj. 8.°

[3] *De los muchos sucesos dignos de memoria que han ocurrido en Barcelona y otros lugares de Cataluña, crónica escrita por Miguel Parets entre los años de* 1626 *á* 1660.



bajeles destacados, y así rindió sobre Blanes al galeón *Lion d'Or*, escurriéndose entre los sitiadores de Colibre, con no poco disgusto y censura del Arzobispo.

Las acciones principales ocurrieron en la rada de Tarragona desde el mes de Abril, en que fué bloqueada la plaza, y especialmente cuando, agotados los recursos, estando la guarnición en el trance de rendirse al hambre ó al enemigo, se hizo forzoso arriesgar la batalla contra fuerzas superiores con tal de socorrer á los necesitados. Reunió el Marqués 41 galeras, concurriendo las de Nápoles con su general, D. Melchor de Borja; las de Sicilia, á cargo de D. Francisco Mejía; las de Génova, de Joanetín Doria, hijo del Duque de Tursi. Ocho de las de España y cinco bergantines se cargaron de provisiones, recibiendo orden de dirigirse al muelle directamente, mientras las demás arrostraban á los enemigos, y con esta orden y prevención se presentaron en la madrugada del 4 de Julio, favorecidas del viento, que no movía una paja, dejando á la mar tersa como espejo.

Los franceses tenían en aquel momento 32 navíos fondeados en línea y 14 galeras situadas en los claros, disposición en que podían utilizar todos los fuegos, haciendo muy difícil atravesar su línea. El cuerpo fuerte de las galeras bogó hacia el centro disparando, y cuando el tiroteo se hubo generalizado, envolviendo el humo á los combatientes en espesa nube, torció la proa el Marqués de Villafranca, atravesó entre navío y navío, y alcanzó con las ocho galeras cargadas al muelle de la ciudad, asombrando su bizarría á los espectadores de uno y otro bando.

Picados los franceses, levaron anclas, haciendo remolcar sus naves por las galeras, con lo que se encendió la batalla, haciendo perder á las nuestras la única ventaja que tenían en la movilidad. Una de éstas, nombrada *San Felipe*, que lle-

Publicada en el *Memorial histórico* con copiosos documentos de comprobación reunidos por el académico D. Celestino Pujol. El Marqués fondeó en Barcelona el día 25 de Agosto con 36 galeras y el convoy de 35 navíos que escoltaba. Hiciéronle muchos disparos de la ciudad; no respondió á ellos, y al cabo de media hora siguió su camino.



vaba la cola, cortada y aferrada por tres de las francesas, sucumbió; las otras, recibiendo el fuego nutrido de tantos cañones, esperaron á que su General saliera, después de conferenciar con el de la plaza y dejarle la provisión, y sin desordenarse, bogando despacio, fueron ganando el barlovento, con la particularidad de que, al pasar la capitana de España por el costado de la del Arzobispo, mandó el Marqués de Villafranca suspender la boga dos compases, recibiendo airoso las descargas, y luego, sin precipitación ni daño, se puso lejos del alcance hacia Levante.

Los navíos franceses se acercaron entonces á la ciudad, enviando sobre el muelle y galeras entradas miles de balas por impedir el aprovechamiento de los víveres. Con el mismo fin despidieron cinco navíos de fuego, que fueron desviados y consumidos; pues aunque uno de ellos prendió en una de las galeras, se apagó el incendio. Quedaron todas, eso sí, bastante deterioradas por las balas, y sin provecho parte de los mantenimientos, «porque la hambre era tal que no respetó á la obediencia», y la gente se echaba sobre los comestibles, sin podérselo impedir, siendo aquel día de hartura para los soldados, paréntesis en la dieta á que habían de volver, toda vez que, si se hacía acopio, aumentaban el consumo las bocas de los tripulantes que lo condujeran.

Contaron en las relaciones francesas que había costado á España el socorro la pérdida de 12 galeras y de 6.000 hombres, exageración del Arzobispo enderezada á mitigar las censuras que su Gobierno y su país le hicieron; pérdidas sensibles ocasionó realmente la acción del Marqués de Villafranca, loada entre las más gallardas de un caudillo diestro; pérdidas necesarias si habían de evitarse las de la guarnición y ejército de Tarragona, y que, por nuestros papeles, consistieron en una galera rendida, tres inutilizadas totalmente; unos 300 muertos y otros tantos prisioneros, figurando entre los primeros el maestre de campo Leonardo Moles, del tercio napolitano y de notoriedad en los comienzos de la guerra de Cataluña; los capitanes Juan de Berrio y Fabricio Piniano [1].

[1] Á más de los historiadores que, como Novoa y Parets, narraron con extensión



Lo peor del caso era que, siendo el alivio momentáneo, había que pensar en repetirlo con mayor energía, para lo cual se dispuso que la armada del Océano viniera á juntarse con las galeras, poniéndose á las órdenes del Marqués de Villafranca.

El Duque de Maqueda, restablecido de las heridas, dió la vela en Cádiz el 18 de Julio para embocar el Estrecho é ir incorporando á su armada bajeles sueltos, á medida que en los puertos de Gibraltar, Málaga, Cartagena, Alicante, Vinaroz, se proveía de pertrechos y gente. Juntósele en el trayecto la escuadra de navíos redondos que había conducido tropa de infantería y caballería; incorporáronse las galeras convoyando 65 barcos cargados de bastimento; embarcaron en Vinaroz, despedidos por el Duque de Medinaceli, capitán general de Valencia, muchos títulos y caballeros de significación, que deseaban asistir á la batalla inminente, haciéndose á la mar contando 30 naves, cuatro pataches, 29 galeras y el convoy de los 65 barcos, en total general de 128 vasos. Arreglaron la marcha con propósito de amanecer sobre Tarragona, consiguiéndolo el 20 de Agosto.

Constaba entonces la armada francesa de 30 naves, cuatro de ellas de fuego, 19 galeras y ocho bergantines, y al avistar á la enemiga levó las anclas, tomando la vuelta del SSE. con el viento reinante del SO., favorable á la que llegaba, y con propósito, al parecer, de abandonar el bloqueo; mas no pudiendo montar el cabo de la Mora, tuvo que virar de la otra vuelta, ó sea con proa al ONO., acercándose forzosamente á la española. En ésta, la capitana real, con algunas naves, rompieron el fuego, deteniéndola y obligándola á virar de nuevo, á tiempo que las galeras, cubriendo el convoy, lo entraban en el puerto y se volvían á la mar, seguidas de las ocho que

las ocurrencias del sitio de Tarragona, constan en relación particular impresa entonces en Zaragoza y en otras manuscritas conservadas en la Biblioteca Nacional é insertas en el *Memorial histórico*, t. XXIII, págs. 141 y 147. Francesas contiene la *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 594, y también se publicó suelta *Relation de ce qvi s'est passé entre l'Armée Naualle du Roy, et les Galleres d'Espagne. A Aix, Par Estienne David*, 1641. 2 hoj. 4.°



habían estado bloqueadas, para tomar parte en la acción, cañoneando de enfilada por la popa á la escuadra francesa, batida por el costado de las naves, y esto duró desde las tres de la tarde hasta el anochecer, hora en que, montado el Cabo referido, se puso en huída á toda vela con el viento largo.

El día siguiente, 21, amaneció la nuestra cosa de seis millas á sotavento, habiéndose entablado un Levante fresco. No pudiera desear el Arzobispo oportunidad mejor para ejercitar su ataque favorito de navíos de fuego, dejándose caer sobre la vanguardia; mas si bien dejó rezagado uno con mecha larga encendida, incitando la tentación de abordarlo, en ataque no pensó el mitrado de los «rieptos y desafíos», sino en escapar con diligencia, haciendo remolcar á los navíos por las galeras durante las noches calmosas, propias de la estación, y aprovechando sin desperdicio los soplos de la brisa en las horas de día. De esta manera, seguido á corta distancia, velegeó hasta el 25, en que se perdió totalmente de vista, camino de Provenza.

Ardían de impaciencia nuestros capitanes por alcanzarlo, é instaban al General para que ordenara el remolque, á su imitación, razonando que con el número superior de nuestras galeras, si tiraban dos de cada navío, habían de caminar más que los contrarios; pero el Marqués, templando los ánimos ó pretextando impedimentos, se satisfizo con hacer el puente de plata, aunque descontentara su resolución á los jóvenes, mal amistados con la prudencia. Entró la armada en Rosas con objeto de proveer á la plaza y á las de Colibre y Perpiñán; la fondeó en la rada de Barcelona, sin contestar con un arcabuz al furioso cañoneo de las baterías, á fin de que supieran los ciudadanos que era dueño del mar y que cumplidos ciento cuatro días de sitio, cuando de hora en hora esperaban noticia de la sumisión de Tarragona, les llevaba la de haberse alejado de sus muros los franceses, por tierra como por agua [1].

[1] El diario de operaciones de la armada, seguido de cuatro relaciones que lo comprueban, se ha publicado en el *Memorial histórico*, t. XXXIII, págs. 165 á 190; el despacho del Arzobispo de Burdeos, por final del tomo II de la *Correspondance*.



Siendo consecuencias del suceso el abandono del Coll de Balaguer, paso fortificado de los catalanes y el desembarco de la escuadra, que volvió á Cádiz, estaba satisfecho el Marqués y bien ajeno de que en la corte se juzgaran sus acciones apocadas, dando que sentir y hablar «que con armada tan prodigiosa, aprestada con tanto cuidado y millones de plata, no hubiera deshecho la de los franceses, dejándolos sin aliento ni respiración para volver otro año» [1].

La opinión se pronunció efectivamente contra el caudillo que no había proporcionado á la patria triunfo mayor, moviéndola aquellos caballeros ávidos de distinción que embarcaron en la escuadra; aquellos capitanes animosos, defraudados en la esperanza de ganar laureles; algún otro que inventó ó se hizo eco de propósitos mortificantes para el amor propio del valido [2]. Si había ó no fundamento para la censura, ha de verse analizando la composición de la armada prodigiosa.

El Duque de Maqueda y de Nájera, que era capitán general de la del Océano, caballero de valor probado, no tenía nada de marinero; tomó esta vez para su consejo en la capitana á D. Andrés de Castro, almirante de dudosa reputación desde la batalla de las Dunas; embarcó, además, consigo á 30 capitanes y oficiales reformados, á muchos caballeros y personas particulares, por todo 632 plazas escogidas de mar y guerra, de las que mucho podía esperarse en acción; en otros conceptos, hay que advertir que saliendo á la mar se notó liviandad en el buque, y tuvo que entrar en Gibraltar para aumentar el lastre [3].

Iba por almirante real D. Juan de Echaburu, en buen bajel, como lo eran la capitana de Masibradi, la de Nicolás Judice, la de Francisco Feijó, de la escuadra de Galicia, y

[1] Novoa, cap. IX, pág. 460.

[2] Corrió con insistencia la especie de que, al instar al Marqués á la batalla, había preguntado si querían que á costa de su sangre diera al Ministro otra copa de oro como la de Fuenterrabía. Novoa (lib. IX, pág. 460) estimaba el chiste calumnioso; pero creía que hizo efecto en el ánimo del Conde-Duque, porque cualquier cosa mala de él admitía. El P. Alonso de Arriaga participa de la creencia. *Memorial histórico*, t. XVI, pág. 232.

[3] Proceden las noticias del diario de operaciones anteriormente citado.



las cinco de la de Dunquerque, que gobernaba Judocus Peeters. En la de Nápoles, mandada por Pedro de Orellana, había otros tres navíos de desempeño: la capitana y almirantas de frey Juan Bautista de Escarampi y de Pedro Porter y Casanate; otras 13 que la completaban eran naves mercantes holandesas, fletadas con capitanes y gente de esta nación que había manifestado no estar dispuesta á pelear. En el mismo caso se hallaban siete urcas extranjeras, que se cargaron de trigo para la provisión de las plazas, respondiendo en la armada á la teoría cortesana de que los bultos imponen. Poniendo entre las partidas de sustracción los pataches y barcos de convoyes, resulta que de las 128 velas presentadas sobre Tarragona el 20 de Agosto, en entidad que había requerido no poco dispendio, eran de combate unas 20 naves y 29 galeras, aumentadas el mismo día á 37. De las 20 primeras, no todas entraron en fuego: hiciéronlo con bizarría las de Maqueda, Echaburu, Porter y Casanate, Orellana, Judice, Feijó, Francisco Valensiqui y las cinco de Dunquerque; esto es, 12; y si se concede crédito á la relación del Arzobispo, causaron daño de consideración en las suyas, alguna de las cuales recibió, en las cuatro horas de pelea, hasta 100 cañonazos, y de las galeras, ninguna salió sin más ó menos; pero todos los bajeles españoles *de bulto* se mantuvieron á retaguardia.

Buen general y buen juez el de Villafranca para estimar lo que valía en puridad la fuerza puesta á sus órdenes, así como no perdiera ocasión de lucimiento pudiendo alcanzarlo con ella, así también se abstuvo de empeñar acción decisiva, aventurándola en trance de fortuna, y se contentó con ahuyentar al enemigo y llevarlo afrentosamente á sus puertos, «victoria que se podía tener por considerable, y con la que muchos y muy esclarecidos capitanes dieron honra á grandes monarquías» [1].

No pensando del mismo modo el Conde-Duque, porque lo sintiera ó porque llegaran á sus oídos los cuentos referentes

[1] Novoa, lib. IX, pág. 461.



á su persona, depuso de cargos y oficios al Marqués, encerrándolo en la fortaleza de Odón sin formación de causa; medida arbitraria, por la que muchos entendieron que, siendo Toledo el Marqués de Villafranca, duque de Fernandina, daba suelta el Ministro á la enemistad de familia con que persiguió y consumió á D. Fadrique, por más que con injusticia mayor y diversión del pensamiento persiguiera á la vez al Duque de Maqueda, que peleó valerosamente ante Tarragona, que deseaba proseguir la acción y que, como general subordinado, obedeció los mandatos de su jefe.

Era todavía extraordinario que mientras en España con tal severidad se trataba al General de la armada, en Francia se acusara al de la suya de haber comprometido la honra y la seguridad de los bajeles; de haber huido sin atreverse á combatir, hecha investigación en que aparecía demostrada la mala sustentación del bloqueo de Tarragona y la derrota de la escuadra [1]. Y de aquí, no obstante los documentos de descargo, que, persuadiéndose el cardenal Richelieu de ser su protegido de aquellos hombres de lengua larga, con los cuales se podría hacer buen negocio comprándolos por lo que valen y vendiéndolos por el precio en que ellos mismos se estiman, lo extrañara del reino y quisiera someterlo á proceso eclesiástico, librando bien con que al fin se le consintiera acabar la vida mandando *en las naves de su catedral titular.*

Este caso de castigo simultáneo de almirantes trae involuntariamente á la memoria el adagio inventado en los tiempos del rey D. Fernando después de la batalla de Ravena: «El vencido, vencido, y el vencedor destruído.»

El hecho es que por la prisión de los Duques de Medina Sidonia, de Fernandina y de Maqueda, quedaron sin cabezas las fuerzas de mar en el Océano y Mediterráneo y entorpecida la contratación de Indias, lo mismo que lo concerniente á expediciones y armamentos, y como el año 1642 se inau-

[1] «Le blocus fut mal ordonné, le secours entra dans Tarragone, et la flotte française fut complétement battue.» *Correspondance*, t. II, pág. 557.



gurara poniendo los franceses sitio á Colibre por tierra y mar, se recomendó el socorro al Almirante de la escuadra á Dunquerque Jospiter [1] y á Juanetín Doria, teniente general de las galeras, que hizo cuanto pudo, no siendo culpa suya si no le favorecía la suerte. En la noche del 6 de Febrero salió de Colibre con seis galeras en dirección á Rosas, enmarándose á fin de no ser descubierto por el enemigo. Un temporal en el golfo le obligó á correr, y habiendo arrojado al agua la artillería con otros pesos, en último extremo embarrancó con la capitana sobre la costa de Blanes por salvar las vidas. Quedó prisionero de los catalanes, que le enviaron á París [2], siguiéndose la rendición de la plaza.

Con esta desdicha más y la nueva del grande aparato con que el Rey de Francia se disponía á venir en persona á Cataluña, sin otra en compensación que la del saqueo de Carte en Berbería por el Marqués del Viso, hijo del de Santa Cruz [3], disponiendo jornada de D. Felipe IV á Aragón y armada de entidad en Cádiz, tomó su gran Ministro sobre los hombros mayor peso del que llevaba con los cargos principales de Palacio y los civiles y militares del reino, asumiendo los de la mar en virtud de título que puso á la firma del Rey, con poderes, preeminencias y atribuciones nunca vistas, con las cuales venía en esencia á sustituir al Soberano, rebajando el prestigio de la majestad por alarde y lujo de omnipotencia.

Haciendo la corte de España su camino por Cuenca, como la armada francesa de Levante se viera sin ocupación después de sometida la plaza de Colibre y de mostrarse en Barcelona, dió la vela hacia Gibraltar con objeto de reforzar á la de Poniente, que venía en dirección contraria, recelando fuera interceptada por nuestros galeones, que se suponía es-

[1] Judocus Peeters firmaba Jos. Peeters, que se pronuncia Piters; por contracción se le nombraba Jospiter, y vulgarmente Cospiter y Jupiter. Hállanse las órdenes en la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, núm. 943 y siguientes.

[2] Crónica de Miguel Parets, *Memorial Histórico*, t. XXIV, pág. 6, y *Cartas de Jesuitas*, idem, t. XVI, páginas 283 á 303.

[3] Relación impresa en Madrid por Juan Sánchez.

tuvieran en los Alfaques ó costa de Valencia. Adelantaba, por tanto, con mucha precaución, justificada por el encuentro nocturno de otra escuadra en el paraje sospechoso. Empezado el combate con rápido cañoneo de ambas partes, al amanecer se reconocieron hermanas, sin tener que contar muchos muertos; así que al pésame sobrepujó la norabuena, y unidas llegaron á fondear en Barcelona [1] el 5 de Junio, formando armada de 30 naves de guerra, sin las de fuego y galeras.

APENDICE AL CAPITULO XVI.

Título de Teniente general del Rey, expedido á favor del Conde-Duque de Olivares.—Extracto.

«Don Felipe, por la gracia de Dios, etc. Por cuanto los accidentes que han producido las inquietudes de Cataluña y sublevación de Portugal obligaron á disponer los medios de pacificar aquellas provincias reduciéndolas á mi obediencia, y siendo el que más Nos confiamos, nombrar persona que represente la nuestra, como nuestro Teniente general, y nos ayude á las disposiciones de la guerra, hallándonos con tan particular satisfacción del valor, prudencia, desvelo y atención con que vos....., primo, de nuestro Consejo de Estado, Camarero y Caballerizo mayor....., reconociendo con continuas experiencias que debemos fiar de vuestro mucho celo y buena disposición, y que en lo que fuere necesaria y precisa nuestra persona supliréis y acudiréis enteramente á todo lo que por Nos mismo habíamos de disponer, ordenar y mandar para el buen gobierno de la guerra y reducción de las dichas provincias sublevadas, conservación y aumento de nuestros reinos, dando general satisfacción, como siempre lo habéis hecho, ayudándonos inmediatamente al gobierno universal de nuestra monarquía. Por tanto..... conforme al estilo militar, ó en otra cualquier forma, creamos, elegimos y nombramos á vos..... por nuestro Teniente general con 3.000 escudos de sueldo al mes, pagados en el dinero del ejército, y como tal y suprema cabeza, queremos y mandamos que estén á vuestra or-

[1] Miguel Parets.—*Memorial Histórico*, t. XXIV, pág. 34.

den nuestros ejércitos de España y en las islas adyacentes á ella, así infantería, caballería, artillería, como todos los tercios y regimientos de naciones que vinieren á España y se agregaren á los ejércitos, aunque estén separados de ellos, la gente de los presidios, nuestras armadas y galeras, y finalmente, todo cuanto en tierra y mar militare, porque nuestro Real ánimo y voluntad es, por las consideraciones que miran al bien y quietud de nuestros reinos, influir en vuestra persona toda la potestad y jurisdicción que os compete, para que independientemente de cualesquier Tribunal y Consejos lo podáis regir y gobernar, y esto no sólo ha de mirar á la guerra viva y ofensiva, sino también á la defensiva, entendiéndose así en lo que está en el ejercicio militar, como en los ejércitos y tropas de infantería ó caballería que se levantase, y asimismo os nombramos por nuestro Teniente general con calidad que habéis de ser superior á todos los Lugartenientes y Capitanes generales de nuestros reinos y Generales de caballería y artillería, Generales de galeras y armadas de navíos, sin exceptuar de vuestra jurisdicción ningún otro Ministro mayor ó menor, por más preeminente que sea, porque en todo habéis de tener la superioridad, mando, gobierno y disposición en la misma forma y manera como Nos la tenemos y debemos tener, representando nuestra misma persona, así hallándonos presente como en ausencia nuestra, y es nuestra voluntad que todas las órdenes y mandatos vuestros se cumplan, obedezcan y ejecuten como si Nos mismo las diéramos, proveyéramos y firmáramos, y fueran refrendadas y despachadas por nuestros secretarios por cédulas y despachos en forma, según estilo y prácticas de sus oficios. Por cuanto, mandamos..... Asimismo os damos plena facultad para que podáis, con consulta nuestra ó sin ella, renovar, dar de nuevo, reformar ó anular cualesquier órdenes y mandatos que hayamos dado, para todas y cualesquier materias tocantes á la guerra, como más viéredes y os pareciere conveniente á nuestro Real servicio, dándome cuenta á boca, habiendo lugar de hacerlo, y no lo habiendo, obraréis como más os pareciere convenir, y para que podáis criar, nombrar y elegir las personas que tuviéredes más á propósito y convenientes para todos y cualesquier puestos, cargos y oficios de la guerra, con sueldo ó sin él, cuya provisión y nombramiento toque y pertenezca á los dichos Ministros y oficiales por cualesquiera razones, estilo, títulos, ordenanzas militares que estén ó hayan estado en observancia en cualquier caso, tiempo y ocasión que fuere menester y os pareciere, y para reformar y renovar los que así nombráredes y eligiéredes, y que los títulos y cédulas que despacháredes, así eligiendo como reformando, se ejecuten y obedezcan como si Nos mismo los hiciéramos y concediéramos. Y asimismo os concedemos facultad para que en la parte donde Yo asistiere, y en pre-



sencia mía, podáis tener una compañía de guardia, por mayor prerrogativa de la autoridad del dicho cargo..... Y de lo que en el presente título os concedemos, es nuestra voluntad exceptuar el ejército que mandare y se encomendare á D. Juan de Austria, nuestro hijo, cuya disposición ha de correr en la forma que hubiéremos mandado, y reservando también lo que convendrá disponer respecto del príncipe Juan Carlos cuando viniere á servirnos como Generalísimo que es de la mar.....»

Sentado en los libros de Contaduría de las galeras de España, y copiado por Vargas Ponce para su *Colección*, leg. XXIII.

Parece raro que este documento escapara á la penetración de Novoa. Se firmó en Aranjuez á 16 de Mayo, refrendado por Jerónimo de Villanueva.

XVII.

BATALLAS EN LA MAR.

1642-1643.

Armada de Cádiz.—Lleva navíos de fuego y barcos longos.—Sale en busca de la de Francia.—Batalla frente á Barcelona.—Huye la enemiga.—Socorro á Rosas. —Comentarios.—Caída del conde-Duque.—Cambios en el personal.—Convoy apresado por los franceses.—Combate sobre cabo de Gata.—Vencen ellos.—Sitio de Orán.—Auxilio.—Otro combate naval.—Alzan el cerco de la plaza.

Al tiempo en que Madrid asemejaba á campamento, atestadas las calles de compañías y las plazas de acémilas y carros en disposición de marcha, reinaba en Cádiz mayor actividad en virtud de las órdenes urgentes para echar fuera la Armada, á tiempo de impedir que la francesa de Poniente embocara el Estrecho y se reuniera con la de Levante. No habiéndolo podido impedir las prevenciones de la Corte, instaron á la preparación de mayores elementos, á la disposición de escuadra, no ya sólo capaz de oponerse á las que había alistado en Bretaña y Provenza el cardenal Richelieu, sino de socorrer y auxiliar contra ellas á las plazas sitiadas en Cataluña y Rosellón.

Según el pensamiento que dictó esas órdenes debían reunirse en la bahía 30 navíos de alto bordo, cuando menos; otros 30 menores, 6.000 infantes, sin la gente de mar, 400.000 fanegas de trigo y otras tantas de cebada, tablazón, artillería,

municiones, material de ingenieros, en el supuesto de que vendrían además, de Flandes, 20 urcas trayendo cuatro regimientos de alemanes, que se agregarían, la escuadra de Nápoles, compuesta de 14 bajeles y 22 galeras, y la de Dunquerque de cinco naves y una fragata, que estaba ya en el Mediterráneo [1].

Oíase día y noche el martilleo de carpinteros y calafates, y estaban los muelles llenos de pertrechos y de víveres, los alojamientos de soldados y los barracones de gente de leva, bautizada con nombre de marineros. Fundiendo la plata de particulares, trayendo en carros el vellón del Gobierno, rebuscando el residuo de los almacenes, abusando, en fin, del embargo forzoso de navíos nacionales ó extranjeros, no se llegaba, sin embargo, á las cifras marcadas por la superioridad.

Detenido y suspenso de cargo como estaba en la corte el Duque de Maqueda, presidía al armamento el de Ciudad Real, gobernador de la plaza, motivo de alejamiento y protesta de los almirantes Pedro de Ursúa y Martín Carlos de Mencos, quejosos de la interinidad que el año anterior tuvo en la Armada [2], lo que no quitaba que tanto por espíritu de rivalidad como por el acicate de los despachos reales, diera calor á las obras, atendiendo más que á nada á su terminación rápida.

Entraba en la composición de la Armada un poco de todo: dos galeones de 66 y 60 cañones; naves de 30 á 20; urcas extranjeras destinadas al transporte de efectos; pataches y tartanas; seis navíos de fuego que por primera vez figuraban en escuadra española, vista la aplicación que de ellos hacían las enemigas, y *barcos longos*, novedad también destinada al efecto contrario. «Invención muy importante (decía una carta de la época), así para que no tengan efecto el quemarnos el

[1] Carta de D. Juan Idiáquez, maestro del Príncipe, fecha 6 de Mayo de 1642. Las urcas de Flandes serían acaso el trozo de armada que se puso á las órdenes del príncipe Landgrave de Darmstad, según documento de la *Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, núm. 131.

[2] *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 301.

enemigo las naos, como para socorrer cualquiera de ellas que lo haya menester y remolcarlas en tiempo de calmas» [1]: invención que alcanzó gran boga por la utilidad real que prestaban estas embarcaciones menores, que eran de remo y vela, armaban 40 ó más de ellos, y sin el embarazo y cuidado de la chusma proveían á cualquiera atención de fuerza sutil, servían á la comisión y al remolque, se tripulaban con gente del navío á que estaban asignadas y se metían á bordo para largas travesías [2].

Particularidad digna también de reparo en la escuadra mandada por el Duque de Ciudad Real, y que tenía por almirante general á Sancho de Urdanivia fué, contra las tradiciones hasta entonces respetadas, la división en ocho escuadras de á tres bajeles cada una, dejando siete sueltos, pues que eran, en suma, los que llegaron á estar listos 31, más dos fragatas, tres pataches, seis de fuego, y las tartanas. Barcos longos iban 35, á remolque de los mayores.

Acabaron de salir de la bahía el 18 de Mayo é hicieron rumbo al Estrecho, embocándolo, con la suerte de cortar la proa á cuatro naves holandesas que se defendieron de los descubridores, pero que hubieron de rendirse al grueso de la fuerza, con satisfacción del General por el servicio de los prisioneros, que repartió al punto con plazas de hombres de mar. En Málaga embarcó una compañía de infantería y pipas de agua: en Cartagena fué menester echar en tierra la maestranza para terminar la habilitación de ocho galeras que quedaron incorporadas. En Alicante recibieron pólvora. En Denia se repitió la faena de Cartagena, á fin de aderezar otras dos galeras de Cerdeña y la escuadra de Dunquerque, que por haber tenido encuentro con la enemiga, cercadas las seis naves con que contaba, recibió algún daño, haciéndolo mayor [3]. En Vinaroz, puerto destinado al complemento de la

[1] *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 371.

[2] Los primeros barcos *longos* ó *luengos* se construyeron en Cádiz en 1635, y reconocidas las buenas propiedades se mandaron tomar por modelos. (*Colección Navarrete*, t. XXXII.) Veitia y Linage, en su libro *Norte de la Contratación* (Sevilla, 1672), dijo era el género de embarcación más ligero que se hubiera inventado.

[3] *Memorial Histórico*, t. XVI, págs. 374, 382, 390, 393. «Cartas varias.»

guarnición, embarcaron 1.000 infantes. Por fin, en Tarragona entraron en los buques otros 500, y en todo esto, bien se ve, se seguían las prácticas añejas de ir proveyendo al menudeo, teniendo que emplear treinta y siete días después de salir de Cádiz para disponerse al servicio efectivo de campaña y que consumir el número proporcional de raciones.

Era, pues, á 22 de Junio cuando se halló la escuadra en completa disposición, salvo la falta de marineros y artilleros, teniendo entonces 36 navíos de guerra, seis de fuego, tres fragatas y tres pataches, con los que el Duque marchó en busca del enemigo.

Llegado á vista de Barcelona el 30, con viento del SSE., la escuadra francesa, que estaba fondeada, dió prontamente la vela barloventeando para montar la punta de Montjuich, lo que consiguió el almirante Marqués de Brézé con su escuadra y la del contraalmirante Mr. de Cangé, mas no el vicealmirante Mr. de Montigny, obligado á dar repiquete de la otra vuelta. En esta disposición se les contaron 44 navíos de guerra, 14 de fuego y 17 galeras, fuerza en todo mayor que la nuestra.

Serían las tres de la tarde cuando, hallándose á tiro las capitanas, disparó pieza la de Ciudad Real y puso señal de abordar, maniobrando para hacerlo el primero; pero lo evitó la francesa arribando. Arribó asimismo el Duque cortando la línea enemiga por el octavo navío, con propósito de aferrar á los atrasados, que dieron toda vela en huída, y siguiéndolos, quedó con la mitad de la armada á sotavento de la escuadra de Mr. de Brézé. Creía que con esta ventaja le abordaría, para facilitar lo cual disminuyó el velamen; y como no tratara de tal cosa el caudillo francés, sino de incorporarse con sus navíos, destacó dos de fuego que, desviados á tiempo, se consumieron sin hacer daño.

Sucedió con la confusión en que los bajeles iban, procurando abordar á los contrarios, que el almirante Sancho de Urdanivia se embarazó con el galeón *Santo Tomás de Aquino* y con uno de los navíos de fuego, quedando los tres desaparejados.

El accidente pasó inadvertido entre el humo y escasa cla-



El Conde-Duque de Olivares. Teniente general del Rey en mar y tierra.

ridad, y cayendo sotaventeado el *Santo Tomás* entre los franceses, se rindió sin la defensa que debiera esperarse de sus 300 hombres. El de fuego, habiendo perdido el bauprés y el trinquete, imposibilitado de navegar, intentó enredarse con algún enemigo, y prendió los artificios consumiéndose en balde.

Por resultado de la acción perdimos un galeón y tres navíos de fuego sin utilidad, mientras que el adversario sólo consumió uno de éstos y sacó algunos navíos desaparejados, habiendo sido activo el cañoneo de parte y parte en más de tres horas, en que algunos bajeles se llegaron á tiro de mosquete.

Nuestra armada pasó la noche á barlovento, y desde la amanecida procuró ordenarse, haciendo lo mismo la francesa con sus tres escuadras, la del contraalmirante de Cangé á vanguardia, empleando la mañana en maniobras necesarias, por la dispersión en que se habían quedado. Así que el Duque tuvo la suya en disposición, entrada la tarde, con el mismo propósito del día anterior, dió órdenes de largar juanetes, arribar y abordar al enemigo, acción que igualmente procuró eludir éste, poniendo popas al viento; pero ganáronle en velocidad los navíos españoles, pudiendo cortar la línea por los tres últimos suyos, uno de ellos el del contraalmirante, nombrado *Guisa*, gran bajel de 50 cañones que había servido anteriormente de capitana al Arzobispo de Burdeos. Abordóle el galeón *Magdalena;* á éste lo hizo otro francés, dejándole en medio; acudió á socorrerle el *Ángel Gabriel* nuestro, formando grupo de cuatro, que atrajo la atención de todos.

Había calmado el viento; franceses y españoles se hacían remolcar por las galeras y barcos longos á fin de ponerse á tiro, generalizándose el combate al cañón, y al cabo de rato, como la brisa soplara del lado opuesto, viéndose los franceses á barlovento, lanzaron sobre nuestra almiranta un navío de fuego, que ésta desvió y fué á enredarse en la de Mr. de Cangé, incendiándola juntamente con el galeón *Magdalena*. El otro francés y el *Ángel Gabriel* se zafaron á tiempo y enviaron las embarcaciones menores á recoger indistintamente



á los hombres que se arrojaban al agua huyendo de las llamas.

Acabó ya de noche la pelea con este melancólico incidente, en que perdieron la vida de nuestro lado, el Conde de Tirconel, maestre de campo del tercio de irlandeses; del otro, el bravo contraalmirante Mr. de Cangé, con más gente de su navío, que estaba tripulado por 540 hombres. Duró desde la una de la tarde, con más efecto que el día anterior, mezclados como estuvieron los bajeles y á corta distancia. En los partes de la noche se consignaron 205 muertos, entre ellos el almirante Francisco Feijó de Sotomayor, tan valeroso en este combate como lo fué en el de las Dunas; el capitán Andrés de Herrera, de la almiranta real, y dos de infantería. Los heridos llegaron á 417, muchos graves. De material se perdió el galeón *Magdalena* y quedó desaparejada y con avería gruesa la urca *Testa de Oro*, extranjera fletada. Quemaron los franceses dos navíos de fuego: uno el que tan mal servicio les hizo; tuvieron destrozo de consideración y se calcularon crecidas las bajas, no habiendo, ni hoy mismo hay, datos con que apreciarlas.

El 3 de Julio, tercer día de función, amaneció hallándose los franceses á barlovento. El Duque mandó amainar las velas y disparó pieza invitándoles, sin que acudieran. Con sus maniobras indicaban indecisión, tardando algunas horas en determinarse á destacar las galeras con los navíos de fuego á remolque, que quizá maltrataran si la suerte no les fuera contraria levantándose virazón cuando estaban cerca. El Duque, hallándose otra vez á barlovento con el cambio, arribó sobre el enemigo, mas éste huyó en popa largando toda vela; hurtó de noche el rumbo, apagados los faroles, y desapareció sin que en los días siguientes, hasta el 8, habiendo llegado hasta la falda de Motnjuich, se consiguiera darle alcance.

Vista la inutilidad de la persecución, acordaron los generales, en consejo, llegarse á las islas Baleares para proveerse y repararse. En Mallorca desembarcaron 350 heridos; en Mahón el resto con los enfermos, que ascendían á 672, procediendo activamente á remediar lo necesario en cascos y ar-

boladura. Estando en ello apareció sobre Mallorca el enemigo con 52 navíos y 20 galeras; súpose por aviso del Virrey del 21. Doce días después, arrimándose el Duque con la armada repuesta, ya no estaba allí, por lo que decidió llevar á cabo la misión principal de socorrer á Rosas; y, en efecto, entró en el golfo el 14 de Agosto, desembarcó las provisiones y el tren de artillería, y dió vuelta á Vinaroz el 20 sin ocurrencia notable.

Tal es, en sustancia, lo que se desprende de lo que hoy llamaríamos parte oficial de la campaña, documento escrito por el capitán de bandera D. Juan de Echeverri, comparado con cartas privadas de jefes de la armada y con la relación escrita por el cronista catalán Miguel Parets, en espíritu más francés que los franceses y en letra poco castellano. Uno y otro escrito de la época pongo íntegros en los apéndices [1], por ser asunto éste de los que reportan enseñanza y deben estudiarse sin fianza en el criterio de uno solo. El de los historiadores franceses posteriores parece haber sido guiado más bien por la tendencia popular que por el deseo de la severa indagación, si ha de juzgarse por los siguientes ejemplares.

Un cronista anónimo [2] obsequia á su nación con hermosa victoria alcanzada en Barcelona, así:

«Mientras el Duque de Enghien derrotaba á los españoles en Rocroy, su cuñado, el Duque de Brézé, almirante de Francia, alcanzaba iguales ventajas en la mar. Mandaba una escuadra de 20 navíos, dos fragatas y dos brulotes; los españoles, tenían además de los buques de sus puertos (!), juntos en Gibraltar cinco galeones, seis navíos de Ostende y 14 de Dunquerque. El Duque los buscó en sus costas, los atacó el 9 de Agosto de 1643, y en combate de algunas horas cerca de Barcelona, les apresó seis navíos; pero, cambiando el viento y siéndole contrario, tuvo que hacer vela hacia cabo Gata, donde fondeó.»

Con dificultad se pueden acoplar en tan pocas líneas tantas

[1] De este capítulo.

[2] *Histoire générale de la Marine sur des Mémoires rédigés, par M. de Boismelé.* París, 1746. T. II, pág. 407.



inexactitudes; ni siquiera el año de la batalla logró averiguar el escritor; es preciso acudir á otro [1].

Mr. León Guérin dice:

«Encargado el Marqués de Brézé de impedir el socorro de Perpiñán, salió de las islas Hyères en Mayo de 1642 con 29 navíos y 12 galeras, yendo, «según su costumbre», al encuentro del enemigo. Hallándolo, al fin, lo persiguió á cañonazos implacablemente, hasta obligarle á combatir frente á Barcelona el 30 de Junio. Después de forzar á las galeras enemigas á retirarse hacia el grueso de su armada, compuesta de 48 navíos, tres de ellos de á 60 cañones, Brézé, cuyas hábiles maniobras habían alcanzado á situarlas á barlovento, dió un espectáculo terrible y magnífico á la vez; ordenó á su almiranta caer sobre la masa contraria, y sin inquietarse de si le seguían se lanzó al encuentro haciendo fuego por ambas bandas, asombrando con tamaña osadía al enemigo, que no se atrevía á esperarla. Sirvió de blanco á toda la escuadra y á tres *brulotes* que le arrojaron, pero éstos ardieron inútilmente, sin hacerle otro daño que ahumar su insignia de popa.

»Recelosos quedaron los franceses perdiendo de vista á su jefe entre los torbellinos de la pólvora, hasta que á poco le vieron salir victorioso del centro de los españoles, haciendo señal de reunión; inflamados entonces con el ejemplo, forzaron de vela y remo siguiéndole. Quedaron los enemigos dispersos, en completa derrota, y aunque la noche llegó á propósito á salvarlos, se les apresó uno de los navíos más fuertes, con 40 cañones y 400 hombres.

»Brézé volvió á combatir con los españoles el 1.º de Julio y los volvió á derrotar; pero en este día tuvo que sentir la pérdida del bravo capitán Mr. de Cangé al dar un ejemplo mucho más antiguo y repetido de lo que se cree en la marina francesa. Mr. de Cangé había barloado con un navío de 66 cañones y 1.200 hombres (!), y lo tenía reducido al extremo de pedir cuartel, cuando uno de los *brulotes* franceses, lanzado sobre el enemigo y rechazado, se enredó con el navío de Mr. de Can-

[1] *Histoire maritime de France.* Paris, 1851. T. III, pág. 31.

gé, produciendo el incendio del grupo en que estaba. Tras la expectativa de tan hermoso triunfo no quiso sobrevivir á su nave; procedió generosamente al embarco de la gente, quedando sobre cubierta, solo, en actitud heroica. Voló con el bajel que el Rey y la patria le habían confiado, unido á él en la muerte como en la vida: su consuelo fué la observación de asegurar con su ruina la victoria de Francia, porque dos navíos españoles volaron al mismo tiempo, y el resto se retiró.

»Brézé persiguió á los vencidos hasta que se refugiaron bajo los cañones de Menorca; les apresó cinco naves de carga, y el joven Valbelle, habiendo abordado un buque español mucho más fuerte que el suyo, se hizo su dueño, llevándolo á Tolón.»

Esta narración conforma con las españolas en el año y lugar, no en el número de navíos, que, sin género de duda, era superior en todas las clases constituyentes de la armada francesa. Si ésta se hallaba al ancla en Barcelona y levó en el momento de ver las banderas españolas que la provocaban, mal se compagina la frase de Mr. Guérin, de haber perseguido *implacablemente* al enemigo hasta *obligarle* á combatir. Cualquiera creerá que la española, con inferiores fuerzas, fué la que buscó y obligó á la contraria á batalla, teniendo en su abono la iniciativa, la intención y el arrojo.

Que la francesa, con hábiles maniobras, consiguió ponerse á barlovento, cuenta Mr. Guérin: con ello indica haber estado á su arbitrio la acometida ó la retirada, y optó por la última, no ocurriendo en la tarde del primer día más que un cañoneo desordenado en que se dejaban seguir sus naves. Hízolo cesar la noche, quedando por la española el mar de batalla, lo cual no suele estimarse por señal de vencimiento.

El segundo día inició igualmente la pelea la española, y fué la contraria la que la acabó, separándose, sin que volvieran á mostrar deseos de llegar á las manos. Entre la afirmación de Mr. Guérin, de haber perseguido sus compatriotas á los españoles hasta que se refugiaron bajo los cañones de Mahón, y la de Ciudad Real, de no haber conseguido ver la cara de sus contrarios, elija el crítico, con el dato auténtico de haber

transcurrido once días desde el del combate hasta el de la entrada de nuestras naves en el puerto.

La consideración general de la campaña no favorece más que la del pormenor á nuestros adversarios. La escuadra francesa (dícelo también Mr. Guérin) salió de las islas Hyères con objeto de impedir el socorro de las plazas sitiadas. La escuadra española salió de Cádiz con comisión expresa de introducir los mantenimientos y pertrechos. Los introdujo. ¿Quién cumplió lo ordenado?

Más útil que la pintura de escenas imaginarias es, á mi ver, la consideración de las que bosquejaron los contemporáneos, confusas, incompletas y apasionadas como son, pero suficientes, á lo que me parece, para persuadirse de que en lo que estaban iguales ó á un nivel las armadas española y francesa, era en las condiciones de capacidad de sus generales. El Duque de Ciudad Real tomó, sin duda, por modelo á Oquendo: todo su empeño consistía en abordar; en poner cabo al negocio en singular pelea con el esfuerzo de las personas. El Marqués de Brézé seguía la escuela del Arzobispo militante, que le había aprovechado cuando combatió á la flota de Indias sobre Cádiz; cuanto ordenó se encaminaba á situarse á barlovento, lanzar los navíos de fuego y preservar á los del Rey. Ni un general ni el otro tuvieron plan preconcebido, y menos supieron improvisarlos sacando partido de las circunstancias. Ciudad Real dejó que cada capitán ejercitara la pericia ó el valor, ocasionando confuso tropel, causa del choque y desarbolo de la almiranta y del galeón *Santo Tomás*, del apresamiento de éste y del incendio innecesario del navío de fuego. Brézé, muy lejos de entrarse arrogante por medio de la escuadra contraria, anduvo los tres días mostrándola las esculturas de la popa de su capitana; abandonó al contraalmirante, á cuya bizarría hacen justicia todos nuestros documentos, cual corresponde á nobles adversarios, contentándose en la precipitación del escape con lanzar torpemente el navío que lo incendió, por arma favorita. La circunstancia de salvarse en nuestros navíos los tripulantes del *Duque de Guisa* es significativa. Fué aquella pelea desorde-

nada, en que si hubo acciones parciales de subido mérito, ninguna de conjunto conducía á la decisión de la contienda. Y que la opinión lá reclamaba, declaran los escritores de la época.

«Esta noticia de la batalla, dice uno [1], corrió con vöz de victoria, no siéndolo sino refriega, donde, desapartados por la noche, cada cual siguió su rumbo.»

«Corrían las armadas aquel mar, escribió otro [2], sin embestirse; la de Francia no parece sino que traía el orden que Isabel, reina de Inglaterra, dió á la suya cuando el rey don Felipe II envió aquella tan prodigiosa como desgraciada sobre sus costas: no aferrar con ningún navío de España; no pelear, sino al que quedase zorrero acometerle de lejos, siendo solo, echarle fuego y quemarle; y la española, el intento del ejército de este año, que fué no hacer nada; y así parece que se lo habían mandado, porque, esperando el Rey por horas el destrozo del enemigo, no eran otras sino nuevas falsas de que se había acometido, y que la francesa iba derrotada, que había perdido navíos y gente, metiéndolo así en corros públicos por Madrid..... El hecho es que apartándose y siguiendo nuevos rumbos y derrotas, sin querer pelear el enemigo, sino conservar la mar y los bajeles, dejándose ver los nuestros, ya en Tarragona, ya en Denia, ya en Vinaroz y Alicante, sin hacer nada más que consumir los meses de Julio, Agosto y Septiembre, gastar los bastimentos y ser necesario reparar algunos navíos, y sin más heroicos procesos entre la una armada y la otra, le fué necesario recaer al puerto de Mahón para volver á navegar, buscar al enemigo y probar fortuna; mas los franceses, tocados de estas mismas necesidades, dando sus bordos por aquellas mismas islas, tomaron los rumbos de sus costas y los puertos de Tolón y Marsella, y se retiraron, publicando también volver á buscar la nuestra.»

La copia se diría tomada de un diario de estos días, tanto

[1] Baños de Velasco, *Sexta parte de la historia pontifical.* Madrid, 1678.
[2] Novoa, lib. x, pág. 49.



da á entender la injusticia de las apreciaciones populares, igual en todos los tiempos y en todos los países. Desde luego se deduce que lo más pesado del disgusto cargaría sobre el jefe: el mismo autor lo confirma en otro sitio.

«No se contó cosa memorable de nuestra capitana, ni del Duque de Ciudad Real, como si tal hombre no hubiera en el mundo, ni parece que se erigió para caudillo de armada que tanto se hizo sentir de su grandeza y aprestos.»

Tal como fué la batalla de Barcelona, es en la historia de las que enseñan; lo uno, por el empleo de galeras y barcos longos como auxiliares para ordenar, poner en línea ó retirar del fuego á los navíos, empezando á constituir las escuadras mixtas; lo otro, por haber comprobado lo que antes se había visto en las Dunas: que los navíos de fuego, tan en auge, eran en la mar de efecto moral más que efectivo, y por arma de dos filos podían hacer á los propios tanto mal como á los contrarios á quienes se destinaban. Es posible que algo parecido ocurra en nuestros días con las máquinas explosivas, con los torpedos fijos ó automóviles, llegada que sea ocasión de experimentar prácticamente sus efectos.

Volviendo á nuestro asunto, hallándose de vuelta en Vinaroz el Duque de Ciudad Real, llegaron las escuadras de Nápoles y Sicilia con tropas de infantería y caballería, que conducía en persona el príncipe Juan Carlos, capitán general de la mar. Como los bajeles no hacían falta, volvióse con ellos á Italia. La armada francesa se había ido á invernar, sin ganas de verse con la enemiga, y es de suponer que no levantaba falso testimonio Miguel Parets refiriendo el modo [1]:

«El día que llegó la nueva del rendimiento de Perpiñán, el Sr. de Brézé se partió con nuestra armada marítima á invernar, como acostumbra, en los puertos más seguros de Francia, y aun no la habíamos perdido de vista, cuando Montjuich señaló la de España por Poniente con gran pujanza. Bien podía la nuestra volver á combatirla, pues se llegaron á ver una de otra, y de Barcelona ambas á un tiempo; pero, ó sea

[1] Cap. CXXIX.

que el gozo de tener ya la joya deseada le obligase á dejarla de lástima, ó que temiendo una desesperación española quisiese guardar sus navíos, prosiguió su viaje, disimulando el haberla visto. La castellana se puso en ala frente de Barcelona, fuera del cañón, y dando fondo tan de propósito como si viniera á sitiarnos, dejando dos galeras, una á cada lado, en continuo movimiento, para que no pudiese entrar ni un barco, estúvose en esta forma desde la noche del 11 hasta la tarde del día 13 (de Septiembre), que se hizo á la vela hacia Levante. Pescó en estas horas algunas barcas de provisiones que venían de la costa, y á nosotros el susto de estar en continuo recelo y con las armas en la mano, fortificando de nuevo toda la marina y temiendo de alguna embestida, pero partióse, sin decir ni hacer nada, á llorar su desventura.»

Sorprendió á la Corte la entrada del año 1643 con novedad que tuvo eco inmediato en todos los dominios de España, maravillando á sus gentes; tanto les parecía inconcebible que el rey D. Felipe separara voluntariamente de su lado al ministro, al favorito Conde-Duque, que tantos años tuvo en la mano las riendas del gobierno. Pocas veces se habrá visto en los pueblos regocijo más general ni más ruidosamente expresado de todos modos, pues formada la convicción de ser él causa de los males y desgracias de la nación, nacía la esperanza de verlas remediadas con su caída y alejamiento del poder. En muchos días no hubo otro asunto de conversación, alimentándola los escritos de los agraviados y de los enemigos ocultos, ya con enumeración de las provincias ó regiones desprendidas de la Monarquía en el tiempo de su valimiento, con cálculos de los millones consumidos en la guerra y de los que sumaban los emolumentos suyos, con inculpaciones por el levantamiento de Cataluña y de Portugal, cuya separación les recordaría la despedida que dirigió Egas Moniz á su dama:

Fincaredes bos em bora
tan coitada,
que ei boime por ahi fora
de longada.

Los juicios vehementes, apasionados, han ido revisándose sucesivamente [1], pareciendo hoy que, no siendo el Conde-Duque tan bueno como lo imaginaba el adulador Conde Malvezzi, tampoco era tan malo como lo pintaron Novoa y el Conde de Ericeyra.

Desaparecía de la escena política cuando la muerte iba eliminando personajes encargados de los primeros papeles: en Flandes al valeroso y simpático infante-cardenal D. Fernando; en Francia, al cardenal Richelieu y á su rey Luis XIII; en Italia, por cambio de traje y de opinión, al príncipe Tomás de Saboya, convertido de amigo en contrario.

En el círculo de nuestra marina se produjeron por consecuencia otras mudanzas, abiertas desde luego las prisiones de los duques de Fernandina y de Maqueda. Á éste se aquietó con ofertas de consideración, diciéndole merecía puesto más elevado que el de general subalterno, teniendo que operar en el Mediterráneo las naves de su escuadra; al primero se restituyó en el de general de las galeras de España y dirección en jefe de la guerra en la mar, poniendo á sus órdenes, con el mando de los galeones, al almirante D. Martín Carlos de Mencos, y á Judocus Peeters, que seguía teniendo la de la escuadra de Dunquerque, aumentada con 14 naves que de allá vinieron. Alguna variación se hizo también en las flotas de Indias [2].

Agraviado sin razón, y no completamente satisfecho, el Marqués de Villafranca, de mala gana se encargó otra vez de

[1] D. Antonio Cánovas del Castillo. *Colección de escritores castellanos. Estudios del reinado de Felipe IV. Revolución de Portugal*, t. I. Madrid, 1888.

[2] Obligó á ellas el fallecimiento de D. Roque Centeno, general que, sin ser de los que figuraron en primera línea, prestó excelentes servicios. Los había iniciado con D. Álvaro Bazán en 1585, y siguió prestándolos con Bertendona, Brochero, Fajardo, D. Fadrique de Toledo, subiendo por sus pasos y méritos de guerra desde soldado á capitán general. Fué el primero que saltó á bordo de la almiranta inglesa en el combate de la isla de Flores, recibiendo cinco picazos; desempeñó los cargos de capitán y de superintendente de maestranza; rescató once carabelas apresadas por los ingleses; gobernó con acierto y suerte las flotas de Indias, en cuyo cargo murió en Veracruz. Había nacido en Calatayud, alcanzado el hábito de Santiago, con otras distinciones merecidas. Dejó en la miseria á su familia. Hay hoja impresa de sus servicios y muchas cédulas de comisiones, en la *Colección Vargas Ponce*, leg. de Almirantes, letra C.

hacer frente á los enemigos, no dándole los recursos que para ello solicitaba, antes bien recibiendo recomendación «de no hacer mayor bulto ni más gastos que los ordinarios» [1]. Tenía harto experimentadas las exigencias de la opinión, que generalmente están en relación inversa con los elementos disponibles en tiempos y circunstancias de infortunio.

Dos atenciones reclamaban por entonces el empleo de fuerzas navales: el socorro de Rosas, plaza mantenida todavía en medio del incendio de Cataluña, y el auxilio de Orán, que, por el abandono en que estaba, lo mismo que los otros presidios de África, hallándose con escasa guarnición y sin provisiones, cercaron los moros, bloqueándola por mar la armada argelina. El primero procuraban impedir los franceses con sus escuadras; al otro estorbaban igualmente éstas, en combinación con las de los moros, turcos y portugueses [2].

Un convoy de víveres que se dispuso para Rosas con tres naves mercantes, escoltándolo dos de guerra de las de Dunquerque, fué atacado el 9 de Agosto por ocho navíos y nueve galeras de Francia, hallándose inmóvil por calma del viento. Defendiéronlo bien los guardianes, como de costumbre, y no sin mucho daño causado cedieron al número abrumador del enemigo, que se apoderó de una de las naves de guerra y dos mercantes; á la tercera barrenaron los mismos tripulantes, escapando en la lancha con los caudales; salvóse la otra nave de Dunquerque, y costó á los franceses 42 muertos y mucha avería la presa [3].

[1] Novoa, lib. XI, pág. 123. La *Colección Navarrete*, t. XXXVIII, contiene un *Memorial que dió á S. M. el Marqués de Villafranca, en que representa alguna parte de su vida*. Hace presente haberse criado en las galeras con su padre, y haber empezado á servir con plaza en 1606; que había hecho más de 60 presas y recibido dos heridas; que le faltaron las consignaciones, pero no los malos tratamientos, y que obligó su hacienda en 40.000 ducados para dar de comer á la gente de las galeras; que fué preso en Valencia sin saber la causa, y que por todo ello estaba más dispuesto á servir á S. M. de aventurero que de general.

[2] Seyner refiere que salió esta armada de Lisboa viniendo sobre Cádiz; un documento de la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CI, núm. 36, especifica el armamento mandado por D. Antonio Téllez.

[3] *Memorial Histórico*, t. XVII, pág. 225. *Crónica de Miguel Parets*, cap. CXLVII.

Para la otra empresa salió de Barcelona el 22 del mismo mes de Agosto el Marqués, ya Duque de Brézé, con 34 velas, 20 navíos de guerra, 12 de fuego y 2 fragatas, haciendo rumbo á Poniente hasta el cabo de Gata, donde el almirante Mencos aguardaba al Duque de Fernandina, que había de salir de Cartagena con el resto de la fuerza. Según las relaciones de los enemigos [1] contaron cinco galeones, seis urcas flamencas y 14 navíos de Dunquerque, ó sea 25 velas, á las que atacaron vigorosamente, durando la pelea todo el día 2 de Septiembre con varias peripecias, haciendo papel principal los navíos de fuego que Mr. de Brézé empleó de preferencia hallándose á barlovento, y con los que logró incendiar á la almiranta de Nápoles y librarse de los nuestros que trataban de abordarle. El combate reprodujo las tendencias y maniobras de la batalla de Barcelona en el año anterior, y hasta se enredó con un navío francés otro de sus *brulotes*, rifándole la vela mayor con los arpeos, aunque no llegó á causarle mayor daño. Rindieron á dos galeones nuestros de á 30 piezas, y con la almiranta de Nápoles fueron tres los perdidos: el resto entró al anochecer en Cartagena malparado, sin ser tanto que se fueran á fondo cinco ó seis naves, como los adversarios escribieron [2].

Doblemente disgustado el Duque de Fernandina con la derrota, pidió al Rey licencia para retirarse á su casa, que no le fué concedida; quiso S. M. que le sirviera en el Consejo, cubriendo la vacante en virtud de combinación por la que volvió el Duque de Maqueda al mando de la armada del Océano, y se dió el de las galeras de España al de Tursi, del que mucho se esperaba, no obstante la avanzada edad, por ser yerno suyo D. Álvaro de Bazán, marqués del Viso, goberna-

[1] Del dicho Parets; las nuestras son muy concisas: no dicen qué naves tenía Mencos, señalando únicamente las que perdió.

[2] *Memorial Histórico*, t. XVII, pág. 233. *Crónica de Parets*, cap. CXLVII. El anónimo compilador de Mr. de Boismelé, anteriormente citado, á vuelta de no pocas inexactitudes y de calcular en 1.500 hombres nuestros muertos (t. II, pág. 408), noticia haberse acuñado en Francia medalla representando á la escuadra victoriosa frente á Cartagena con la leyenda OMEN IMPERII MARITIMI.—HISPANIS VICTIS AD CARTHAGINEM NOVAM MDCXLIII.



dor de la plaza de Orán sitiada, y no dejó de responder al deseo. Estacionado en Cartagena con las galeras, sabiendo día por día lo que pasaba en las costas de enfrente, en uno de los momentos de desavenencia entre los generales moros de mar y tierra y de tregua en los asaltos, introdujo Tomás Doria, su hijo, trigo, pólvora y municiones, primer socorro seguido de otros más importantes llevados con naves desde Valencia.

Sobrevino choque en la mar, de que poca luz nos ha quedado. Los noticieros de Madrid, acuciosos en la transmisión de haber venido por entonces el Duque de Terranova con las escuadras de Nápoles y Sicilia, y 3.500 soldados de los que 1.000 dejó en el Final y los demás en Vinaroz; no menos diligentes en averiguar que, muy sentidos los mareantes de San Juan de Luz por las frecuentes presas que hacían los guipuzcoanos, prepararon una sorpresa nocturna que no les resultó, proyectando tomar vivo ó muerto á D. Alonso de Idiáquez, de Orán nada escribieron, aunque el silencio tuviera causas distintas que las del catalán-francés Miguel Parets [1] al contentarse con la expresión de haber ido el señor Duque de Brézé al Estrecho y costas de Berbería, «en donde obró prodigios *que serían largos de contar*». Habremos de atenernos á Novoa [2], cuya declaración transcribo:

«Vino nueva de que los turcos habían levantado el sitio de Orán, sin poderla tomar por mar ni por tierra, y que se atrevieron á pelear 25 navíos nuestros con 50 de los suyos, en que había turcos, franceses y portugueses, que ya todos son unos en ofensa del Estado y de la Religión católica: sólo fracasaron tres navíos de Dunquerque, que, como son tan ardientes y valerosos en entrar y acometer, tomaron uno y los dos se fueron á pique, y los enemigos no quedaron libres del encuentro.»

[1] *Crónica*, cap. CXLVII.
[2] Lib. XI, pág. 143.

APÉNDICES AL CAPÍTULO XVII.

NÚMERO 1.

Relación que se envió á Su Majestad de lo sucedido en los tres reencuentros que tuvo la Armada Real del cargo del señor Duque de Ciudad Real en Levante, gobernando la Real D. Juan de Echeverri, gobernador del tercio de los galeones. Año 1642.

Su Majestad, Dios le guarde, mandó prevenir en Cádiz una armada de 30 navíos, dos pataches, seis navíos de fuego y algunas embarcaciones pequeñas á cargo del Duque de Ciudad Real, para que pasase con ella al mar Mediterráneo, se cortasen los designios del enemigo é impedir las invasiones que trataba de hacer por aquella parte; y aunque se pusieron grandes esfuerzos para que esta armada navegase antes que la de Francia, que se aprestaba en Poniente, ni se juntase con la que tenía en Levante, no fué posible conseguirlo hasta los 11 de Mayo, á tiempo que ya la de Francia, que se aprestó en Poniente, había embocado el Estrecho é incorporádose con la de Levante.

Aquel día 11 se embarcó el Duque, y por no tener tiempo dejó de salir del puerto hasta los 15, que se mejoró con el terral á las Puercas, con su capitana y otros 10 navíos, que por haber calmado no pudieron seguirle los demás.

Domingo 18 salió el resto de la armada, que se componía de 31 navíos, dos fragatas y tres pataches, dividida en ocho escuadras de tres navíos cada una, y siete sueltos, que las dichas escuadras las llevaban á su cargo, la una el general D. Pablo de Contreras; otra el almirante Francisco Feixóo de Sotomayor; otra el almirante D. Juan de Irarraga, y las demás á cargo del almirante D. Juan Pujadas, gobernador D. Alonso Rodríguez de Salamanca, almirante D. Francisco Rodríguez de Ledesma, almirante D. Tomás de Echaburu, y maestro de campo D. Juan de Leyva, y los navíos sueltos los llevaban á su cargo el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, el teniente general de artillería D. Pedro de Alarcón, almirante Juan Miguel Balaquí, almirante Pedro de Oronsoro, capitán don Gonzalo de Luna, capitán D. Juan de Salazar, y capitán Esteban de

Echanis, y por almirante general desta armada el general Sancho de Urdanivia.

Llevaba asimismo seis navíos de fuego, seis tartanas y 35 barcos luengos. Con esta armada se fué navegando la vuelta del Estrecho, y habiendo refrescado el viento, deseoso el Duque de adelantar el viaje y cuanto antes romper y deshacer la armada del enemigo, llegó aquella misma noche cerca de la boca del Estrecho; y aunque el viento era demasiado, prosiguió, y á cosa de las dos de la mañana embocando tres navíos que iban delante, que eran los más ligeros, que era la urca *Testa de Oro*, en que iba el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, y por capitán de mar y guerra Bartolomé Antonio, dieron con tres navíos de Holanda cargados de mercadurías, que venían de Venecia. Empezó á pelear con ellos, y juntándose con él la fragata *San Fernando*, que la llevaba á su cargo Tomás de Mundaca, y la urca *Nuestra Señora de Regla*, en que iba Francisco Muñiz de Silva, estuvieron dando cargas hasta el amanecer, que se hallaron en medio de la armada, con que los holandeses se rindieron, y habiendo cambiado la gente á nuestros navíos, se prosiguió el viaje la vuelta de Málaga, adonde se llegó martes 20, á las once del día.

Allí se recibió una compañía de infantería y alguna aguada que estaba prevenida, y el viernes siguiente 23, al amanecer, se hizo á la vela, y dió vista en Cartagena el 26, donde se detuvo aguardando que se previniesen ocho galeras, hasta el viernes 30, que salieron incorporadas con la armada, y para facilitar más su breve despacho echó toda la maestranza della en tierra, con que se pudo conseguir en este breve tiempo, y el lunes 2 de Junio entró en Alicante y se recibió una partida de pólvora sin dar fondo.

El día siguiente, martes, prosiguió haciendo viaje, y á los cuatro dió vista en Denia, donde anduvo de una vuelta y la otra aguardando que acabasen de aderezar los cinco navíos y fragata de Dunquerque questán en aquel puerto, y dos galeras de Cerdeña, hasta el lunes 9 del dicho, que ayudando con la maestranza de la armada y asistencia del veedor general D. Juan de Otáñez, y proveedor D. Luis de Oyanguren, á quienes envió para este efecto, salieron los dichos navíos y galeras, con que venía á tener 36 navíos de guerra, tres fragatas, tres pataches, seis navíos de fuego, 10 galeras y las tartanas y barcos luengos referidos, y á los 12 avistó á Vinaroz, donde se detuvo hasta el sábado 21 de Junio, esperando las galeras, que fueron con orden del señor Marqués de Leganés á Tarragona á recibir 1.000 infantes para la guarnición y suplir parte de la gente que había enfermado en los navíos, y con orden de Su Majestad quedaron allí dos navíos de presa de los tres que se tomaron al embocar el Estrecho, para que se descargasen y beneficiasen las mercadurías dellos, habiendo vendido el

otro en Cartagena á unos mercaderes de Málaga que desde aquella ciudad vinieron siguiendo la armada para comprarle.

Salió aquel día á las diez de la mañana, y el domingo 22, á las cuatro de la tarde, llegó á Tarragona, donde se le dieron otros 500 hombres, que se entregaron en las galeras, sin quererse detener ni dar fondo, porque con grande anhelo estaba siempre solicitando la brevedad por verse cuanto antes con el enemigo; y habiendo aquella misma noche entrado el viento por el Lesnordeste, y muy recio, se hizo la vuelta de la mar, y apretando más á cada instante, se continuó con poca vela la dicha vuelta, y el miércoles 25 avistó las islas de Mallorca, adonde llegó una tartana que dos días antes había despachado con unos pliegos para Su Majestad que había de entregar en Tarragona, y dió aviso que cuatro leguas de aquella plaza, el día antes, había encontrado la armada del enemigo.

Á este tiempo el Duque se hallaba sin galeras, porque habían ido á ponerse al abrigo de la isla, guareciéndose del recio Levante que había corrido, y también á hacer aguada y repararse la Patrona de España, que se le había rompido la verga del trinquete. Luego calmó el tiempo, y aquella noche, con un poco de Sueste que saltó, sin embargo de hallarse sin galeras, rindió bordo para hacer viaje la vuelta de Barcelona ó Tarragona, en busca del enemigo, sin aguardar las galeras ni una tartana que había ido á Mallorca con cartas para el Virrey á saber qué noticias había de la armada de Nápoles; pero luego volvió á calmar, y el día siguiente 26 entró el viento por el Nordeste, con que no se pudo hacer viaje hasta el sábado 28 á medio día, que empezó á ventar por el Susueste, y aquella mañana llegaron las galeras, y continuándose el mismo viento, se fué haciendo viaje, y el lunes 30 se avistó á Monjuy, á cosa de las once de la mañana, y se descubrió la armada del enemigo que estaba dada fondo en la playa de Barcelona, y así como reconoció la nuestra, fué saliendo para fuera con 44 navíos de guerra, 14 de fuego y 17 galeras. Los unos montaron á Monjuy y los otros hicieron un repiquete para poder montar, y habiéndolo conseguido, la capitana enemiga embicó la cebadera, aseguró las de gavia, izando palanquines á la mayor, y dió muestras de querer entrar en batalla, con lo cual nuestra capitana, deseosa de lo mismo, en breve llegó á cosa de dos tiros de pieza della; y aunque eran ya cerca de las tres de la tarde, el viento fresco y poco lo que quedaba del día, tras todo esto, viendo que el enemigo daba indicios de esperar batalla, y que barloados, en cuatro horas que quedaban de día se acabaría, nuestra capitana disparó pieza y largó el estandarte real, ques la seña de batalla, y luego embicó la cebadera, izó los palanquines á la mayor, y acercándose á tiro de pieza de la capitana enemiga, la nuestra puso el gallardete de abordar, con la

proa á la del enemigo, pero arrepintióse de la resolución primera y volvió á amainar, huyendo de la nuestra, la cual, mareando las suyas y largando juanetes, disparó una pieza sin bala para que la esperase, de que no se dió por entendida, y se fué saliendo con todo paño, y nuestra capitana tras ella, forcejando tanto que metía toda la andana baja dentro del agua; de manera que fué tanta la que entró en el alojamiento, que la gente que manejaba la artillería estaba con el agua hasta la rodilla, y, sin embargo, por no arriar, se metió la artillería dentro, y cerrando las portas, se fué achicando con las bombas y baldes.

Viendo el Duque eran ya las cuatro y que las diligencias no aprovechaban, porque la capitana enemiga, como mejor de vela, se le iba saliendo, resolvió cortar la armada del enemigo, y llamando con dos piezas con bala á algunos navíos de los nuestros que se tenían á barlovento, con intento de hallarse en mejor paraje de socorrer, arribó, y cortando por el octavo navío del enemigo, éste cazó á popa, huyendo con todo paño, hasta los juanetes, y los demás que le seguían hicieron lo mismo, y nuestra capitana los fué siguiendo, dándose y recibiéndose grandes cargas con ellos.

A este tiempo se hallaba la capitana enemiga á cosa de dos tiros de pieza de la nuestra, y por la proa viró con seis navíos, encapillando por barlovento de nuestra capitana y la mitad de nuestra armada; y pareciéndole al Duque que, pues tenía en su favor el viento, querría barloar, arrió las velas aguardándola de sotavento; pero no era este su intento, sino huir de la nuestra y incorporarse con su armada, como lo ejecutó, yendo de vuelta encontrada por entre algunos navíos de los nuestros que se hallaban por su barlovento, sin dejarse barloar, de quienes recibió grandes cargas, y lo mismo los otros seis navíos que la seguían; y habiéndose zafado dichosamente de uno de nuestros navíos de fuego que llevaba á su cargo el capitán Matías de Castellanos, se pasó por nuestra retaguardia y consiguió lo que deseaba. Otro navío de los suyos se zafó también de otro navío de fuego nuestro, que le llevaba á su cargo el capitán D. Enrique Ponce.

A este tiempo, la urca *Testa de Oro*, que la traía á su cargo el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, de que es capitán de mar y guerra Bartolomé Antonio, se hallaba con grande riesgo entre cuatro navíos de guerra y dos de fuego, que yendo cortando la armada del enemigo nuestra capitana, cuando ésta arrió proparando de Lo, á esperar la del enemigo, la dicha *Testa de Oro* continuó el arribar por barloar, y se halló entre los dichos navíos, que fueron también huyendo de nuestra capitana, y viéndolo solo, le hicieron cara y le traían mal parado y desaparejado, pero defendíase y ofendía con gran bizarría, y así, el Duque, volviendo á



marear otra vez las velas, fué arribando para ellos y á socorrer la dicha *Testa de Oro*, con que la dejaron y fueron, huyendo, á incorporarse con el resto de su armada; y yendo nuestra capitana tras los dichos seis navíos del enemigo, virando la vuelta de nuestra almiranta, que al tiempo que la capitana enemiga, como se dice arriba, iba de vuelta encontrada á juntarse con su armada, nuestra almiranta fué metiendo de Lo á darse la carga con la capitana enemiga y *Santo Tomás*, que se hallaba á barlovento de la almiranta, arribó y se embarazó con el navío de fuego que llevaba á su cargo el capitán Cristóbal de Salinas, y ambos con la almiranta, y juzgando el Duque que había barloado con alguno de los seis navíos que seguían la capitana enemiga yendo para ella, vió que se había desatracado de los dichos dos navíos y que venía la vuelta de nuestra armada con otros navíos nuestros, que ya era puesto el sol y no se disparaba, y la armada del enemigo quedaba por popa y á sotavento, y que el virar para la dicha almiranta cuando ya iba anocheciendo, tras ser mala la vuelta la que había de llevar, por ser la de tierra, podrían embarazarse algunos navíos de nuestra armada, arrió las velas y proparó de Lo de la misma vuelta que llevaba, que era la de la mar, esperando recoger la armada encendiendo luego los faroles, de manera que á una hora de noche, ya las más de las naos, con la almiranta, las tenía por la proa á sotavento, y yendo toda la noche con la misma vela, amaneció el día siguiente tres leguas por popa de nuestra armada, con sólo cinco navíos, y por la proa de la del enemigo á otras tres leguas.

En amaneciendo izó las de gavia y fué arribando para nuestra almiranta á juntar su armada, sin que hasta entonces, que se contaron los navíos y se halló uno de menos, se supiese ni entendiese que faltase ninguno, y habiéndole echado menos, tampoco se supo el que era, hasta que el Almirante general avisó de lo que le había sucedido el día antes con *Santo Tomás*, sin declarar que se hubiese perdido ninguno, y enviando el Duque un barco á reconocer qué navío faltaba, se supo que era el dicho *Santo Tomás*, y después se ha sabido que, luego que se desatracó de la almiranta, se atravesó y fué sotaventándose por la parte donde la armada del enemigo iba, y le acercaron cuatro navíos de guerra y dos de fuego y le amenazaron que pidiese buen cuartel, y donde no que le habían de quemar, con lo cual, sin disparar, se rindió.

El dicho navío de fuego, así como se desatracó de *Santo Tomás*, aunque salió sin bauprés, mastelero de proa, beque y trinquete, arribó para un navío del enemigo que se hallaba cerca, y así que el del enemigo le reconoció por de fuego, se desvió con todas las velas y le dió las cargas, y consiguientemente le echó dos lanchas para que le quitasen la que traía

por la popa, que se vinieron para él; y viendo que si le quitaban la lancha eran perdidos por estar desaparejado, como queda referido, se desembarcó en ella toda la gente y le dieron fuego porque no se aprovechase dél el enemigo, y se recogieron á nuestra almiranta.

Al enemigo se desaparejaron y maltrataron este día algunos navíos, y entre ellos dos que al día siguiente tenía menos, y perdió también otro de fuego.

El martes, 1.° de Julio, amaneció nuestra armada como queda dicho, por proa de la de Francia, sobre las costas de Garrafa, y nuestra capitana fué arribando sobre la almiranta á recoger la armada que estaba con ella; y habiéndolo hecho á cosa de las diez, viró sobre la del enemigo, la cual fué arribando á cosa de una hora, y luego se puso en ala en tres escuadras: la primera era la capitana *de Guisa* con los navíos más gruesos de la armada; luego la capitana del Marqués de Bressé con otra, y después la almiranta, que la llevaba á su cargo Mos. de Monteni, con la tercera; y porque la del enemigo iba velejada para ganarnos el barlovento, nuestra capitana, largando los juanetes, hizo la señal de barloar y fué arribando al primer navío que los guiaba, que era la dicha capitana del armada de Levante, del *Duque de Guisa.* Esto sería á cosa de la una del día: venían los más cercanos á nuestra capitana el almirante Balaqui, que lo es de la escuadra del general Massebradi, en la urca *La Concordia*, y la fragata *San Fernando*, que la traía á su cargo el capitán Tomás de Mundaca, á los cuales, como mejores de vela y por no haber otros más cercanos á nuestra capitana, les ordenó el Duque largasen también los juanetes y que, adelantándose lo posible, procurasen embarazarse con cualquier navío para que, llegando nuestra capitana, se estrechase el combate, y á cosa de menos que tiro de mosquete que se pusieron, el uno por la mura de babor y el otro por la de estribor de nuestra capitana, dándose cargas de artillería y mosquetería con el enemigo, poniendo la proa en ellos para barloar, cazaron á popa huyendo; y quedando la capitana *de Guisa* cortada con otros dos navíos del enemigo, nuestra capitana puso la proa en ella, y la fragata que estaba delante se quiso embarazar, pero zafóse de ella y luego hizo lo mismo de nuestra capitana, por ser mucho mejor de vela, y lo mismo de *La Concordia* y de la capitana de Dunquerque; pero las cargas que se le dieron fueron tales que, desatentada, no pudo ó no acertó á arribar.

A este tiempo, que había más de una hora que nuestra capitana, la *Concordia* y la fragata peleaban, fueron llegando cuatro ó cinco navíos de los nuestros, de los cuales recibió las cargas, y se zafó, y quedó tan malparada que ya no podía gobernar.



El que seguía después de los cinco de arriba, que era el galeón *La Magdalena*, que le llevaba á su cargo el Conde de Tirconel, maestro de campo del tercio de irlandeses, y por capitán de mar y guerra Esteban de Echániz, y habiéndose pasado más de dos horas en el combate de arriba, con poco viento, se barloó con la *de Guisa*, y nuestra capitana fué arribando sobre la armada enemiga, siempre con toda vela, y la del enemigo huyendo y peleando, dándose continuadas cargas, y yendo llegando los más zorreros de los nuestros, iban haciendo cada uno lo mismo, según andaba, hasta que al ponerse el sol, cambiando el viento un poco, quedó de barlovento el enemigo, con que intentaron socorrer algunas naos la capitana *de Guisa*, y de los nuestros los más cercanos, acudiendo con nuestra almiranta, con que volvieron á proparar de Lo, excepto uno, que socorriendo al *de Guisa*, barloó á la *Magdalena*, y á éste el *Angel Gabriel*, que llevaba á su cargo el maestro de campo Pablo de Paradas, de que era capitán de mar y guerra D. Gonzalo de Luna, y nuestra capitana, no pudiendo virar por el poco viento y estar lejos, llamó á las galeras para que la remolcasen, como lo iba haciendo D. Fernando de Arce con la Patrona de España, y las demás galeras, cada una á su navío, y los otros, con lanchas y barcos luengos, haciendo toda diligencia, á tiempo que la *de Guisa* y la otra que vino de socorro pedían buen cuartel.

Sucedió que un navío de fuego que el enemigo echó á nuestra almiranta, habiéndose zafado de él, fué á embarazarse con la capitana *de Guisa*, ya puesto el sol, y la quemó, y lo mismo á la *Magdalena*, sin poderse desatracar ni apartar del fuego; sólo el otro navío que llegó á socorrer la *de Guisa* tuvo más suerte, pues éste se zafó, así de la *Magdalena* como de *San Gabriel*, y se fué á su armada, y también se apartó *San Gabriel* y vino á incorporarse con los nuestros.

Acudieron luego barcos luengos de todos los navíos, particularmente de *San Gabriel* y *Armas de Colonia*, del cargo de D. Rodrigo de Contreras, que estaban los más cercanos, y que más se empeñaron en el socorro, y fueron cogiendo la gente que se echaba á nado. Ahogóse el Conde de Tirconel y algunos treinta hombres de los nuestros: de la capitana *de Guisa* no se escaparon, de quinientos y cuarenta hombres de mar y guerra que traía, más de cuarenta, y entre la gente que se ahogó y quemó fué uno el dicho Musiur de Lesabalier Decange, que la traía á su cargo y era general de la armada de Levante, y la mejor cabeza y soldado de más valor y experiencia que tenía Francia por la mar, y por cuyo consejo se gobernaban ambas armadas, y también un caballero maltés que venía por su camarada, que ambos se quemaron dentro de la capitana, y la gente que se escapó fué en los dichos barcos luengos, que han importado mucho para este efecto.

Testa de Oro, no pudiendo velejar por hallarse desaparejado de la batería que le dieron el primer día, se quedó algo trasera, y cargaron sobre ella las galeras del enemigo, y en su socorro la urca *San Carlos*, que la llevaba á su cargo D. Alonso Rodríguez de Salamanca, y ambos se estuvieron acañoneando con ellas gran parte de la tarde, y yendo hacia ellos otros, los dejaron.

La batalla de este día duró desde la una del día, que se empezó, hasta puesto el sol, sin cesar. De nuestra parte murieron doscientos y cinco hombres, y entre ellos el almirante Francisco Feijó de Sotomayor; el capitán Andrés de Herrera, que lo era de mar y guerra del almiranta Real, y dos capitanes de infantería, el uno irlandés, y hubo cuatrocientos y diez y siete heridos, que muchos de ellos murieron. El enemigo este día salió mucho más destrozado que el antecedente, porque la batería que le dieron los nuestros fué mayor sin comparación, de que quedó tan acobardado que en el poco rastro que hizo en estos dos reencuentros manifestaban sus temores y cuán de mala gana venía á las manos; después lo mostró más con el descalabro que llevó huyendo en la forma que adelante se dirá, y por diferentes noticias y relaciones que han llegado de Barcelona y otras partes se sabe que en dichos dos reencuentros perdió cuatro navíos de guerra y dos de fuego, sin otros que llevó muy maltratados, y que entre muertos y heridos, ahogados y quemados, le faltaron muy cerca de tres mil hombres, y que habían sentido más la muerte de Musiur Decange que si hubieran perdido la mitad de la armada, y merece que se haga de él todo este aprecio, pues si algún bajel de los suyos anduvo con valor, fué éste, y si él viviera pudiera tener justa queja de que siendo una escuadra de doce navíos la que tenía señalada para su socorro, los mejores y de más fuerza de la armada, sólo uno fué el que acudió, que es el que á los primeros lances pidió cuartel á la *Magdalena* y á *San Gabriel*.

El día siguiente, miércoles 2 del dicho mes de Julio, amaneció el enemigo tres ó cuatro leguas de nuestra armada, con el terral á barlovento. Arrióse á esperarle, llamándole con una pieza, y él vino arribando, pero tan tímido y con tanta tibieza, que una vez arriaban, otra arribaban y otra proparaban de Lo, y después de pasada la mañana en esto, le pareció que era mejor partido inviar delante las galeras con los navíos de fuego, para ver si con ellos podían obrar sin empeñar los de guerra, que éstos nunca han tratado de aventurarlos.

Estando las galeras y los dichos navíos de fuego á cosa de media legua de nuestra armada, se les trocó la suerte y desvaneció su intento, porque entró la virazón y quedó nuestra armada á barlovento de la suya, y virando sobre la del enemigo, allá fué largando vela hasta los juanetes, y

descuartelando, y aunque la nuestra velejó, no pudo alcanzarle, con que anocheció sin llegar á pelear. Arrió la capitana, esperando los que menos andaban, que quedaban ya lejos, y toda la noche fuimos con poca vela, y el enemigo hurtándonos la vuelta sin encender fanal, se fué, y al día siguiente, jueves, se vigió la mar, y viéndose á lo largo las salinas de los Alfaques, parecían que eran velas y se puso á ellas la proa, y á un mismo tiempo la bandera de Consejo, en que concurrieron todos los cabos y capitanes que gobiernan navíos, para darles de nuevo orden á boca, como se hizo, de que todos velejasen, y el que primero llegase barloase con el que pudiese, pues en embarazándose barloados, se acabaría de una vez con el enemigo, y yendo todos con buena resolución, y acercándose á las dichas salinas se reconoció lo que era, con que amurando se puso la proa para Barcelona, que es adonde era preciso que hubiese ido el enemigo, y que si allí no estaba habría hecho navegación á Tolón; y aunque tuvimos buen tiempo hasta la tarde, después entró el viento por el Leste, que duró hasta el jueves siguiente, con que se granjeó poco, pero sin embargo, se iba haciendo viaje.

Viernes á la tarde se descubrió Monjuy con viento escaso: forcejóse, y el otro día, sábado 5, amaneció viento fresco estando nuestra armada á una vista de Monjuy, y á cosa de las diez, por popa, se disparó una pieza y arrió una nao y se atravesó, y luego la almiranta y otras cinco naos, y por ser el viento escaso, considerando el Duque si arriaba no había de poder dejarse de ver á Barcelona y reconocer si en ella estaba la armada enemiga, determinó no darse por entendido á la pieza y continuar su viaje, no perdiendo de vista á las siete naos, y á cosa de las tres de la tarde, con el mismo viento, viendo del tope á Barcelona, entraron aguaceros, y estando cerca de Monjuy, á cosa de las cinco de la tarde, se descubrieron por barlovento, á una vista, algunas velas, y aunque confusamente, se reconoció ser la armada del enemigo que salía del puerto; con que nuestra armada, hallándose dos leguas de tierra, viró para fuera de la misma vuelta que llevaba el enemigo, pero no quiso arribar, con que nuestra armada arribó á recoger los siete navíos, y supo que la causa de haberse atravesado fué por haber descubierto el *Angel Blanco*, navío de fuego, que le traía á su cargo el capitán D. Antonio de Verastain, un agua considerable, y rendídose de mastelero mayor, que uno y otro se reparó aquella tarde lo mejor que pudo, y con esto anocheció sin determinar cuántas fuesen las velas del enemigo.

El domingo amaneció sin descubrirse al enemigo hasta cerca de mediodía, á una vista siempre, y arribando sobre él, él iba descuartelando sin querer aguardar; con que reconocido su intento, que sólo es de conservarse



en estos mares, con la seguridad de ser sus navíos más ligeros que los nuestros, sin hacer reputación de huir cuando le parece, el Duque volvió á llamar á Consejo, y se dispuso en él lo que pareció más conveniente, y aquella tarde ventó tan recio por la misma parte, que sólo pudo nuestra armada ir metiendo de Lo, por ver si la del enemigo quería venir á batallar. Pasóse el día, y aquella noche se apartaron nuestras galeras de la armada, sin saber si habían corrido á Ibiza ó Cartagena.

El lunes 7 se volvió á descubrir el enemigo á una vista, y continuándose el mismo viento y con la misma fuerza, aunque nos hallábamos sin galeras, el deseo del Duque era tal de acabar con el enemigo, que, sin embargo, fué orceando para acercarse más á él, y tampoco quiso arribar, y aquella noche hizo lo mismo que la otra, cuando se huyó sin encender farol.

El mártes 8 calmó el tiempo: estuvo nuestra armada sin hacer viaje á ninguna parte, y viéndose sin galeras y que el enemigo no parecía, llamó el Duque á Consejo, y en él se acordó que respecto de estar la armada con falta de agua y muchos navíos sin poder hacer fuerza de vela de los descalabros de la batalla, y las naos embarazadas de enfermos y heridos, sin dietas, y el trigo que se traía para la fábrica de bizcocho en las mismas urcas que salió de Cádiz, y que convenía desembarcarlo para que se fabricase antes de que se acabase el que traía la armada, y que se hallaban muy cerca de Mallorca, se desembarcase allí el dicho trigo y parte de los heridos y enfermos y pasase la armada á Mahón, donde con seguridad se podían reparar los dichos navíos y también hacer aguada y curar el resto de los heridos y enfermos.

Miércoles 9 hubo también calma tan muerta, que no gobernaban los navíos ni se pudo hacer viaje. Este día, á cosa de las once de la noche, empezó á ventar por buena parte, con que jueves 10, á cosa de las tres de la tarde, avistamos en Mallorca, y por no perderle y llegar cuanto antes á Mahón á ejecutar lo acordado y poder volver á salir con más brevedad reconociendo que para el desembarco del trigo, haciéndole á la vela en Mallorca, eran necesarios más de ocho días, y que el dar fondo tendría inconveniente, así por deshacerse la gente como por el riesgo en que estaba la armada si la del enemigo la cogía sobre el ferro, y que ambas cosas se facilitaban y adelantaban el despacho llevando dos navíos de particular que estaban en Mallorca, escribió al Virrey se los enviase para cargar en ellos el dicho trigo y enviarlos desde Mahón, pidiéndole asimismo le remitiese todos los toneleros que hubiese en aquella ciudad, cantidad de arcos y mimbres, para que más brevemente se levantase la pipería, dejando embarcaciones para que en ellas fuesen, como se hizo.



Dejó también en tierra al maestro mayor de carpintería para que reconociese si había algunos palos á propósito para masteleros, y los llevase; y á la vela desembarcaron los heridos y enfermos que dió lugar el corto tiempo, que serían hasta trescientos y cincuenta, con que prosiguió en su viaje, y es mucho de alabar la piedad y cristiandad con que los naturales de aquella ciudad los recibieron, particularmente los heridos, pues salían á la playa hombres y mujeres y cargaban á cuestas con ellos, y á porfía se los llevaban á sus casas. Y lo mismo hicieron con algunos 15 ó 16 que desde los navíos á tierra se murieron, juntándose la clerecía de todas las iglesias para darles sepultura, y el Virrey mostró su celo en el servicio de Su Majestad y no menos el Obispo, que les hizo prevenir camas y dió mil ducados para su sustento y curación, y continuándose el mismo viento, entramos en el puerto de Mahón sábado 12 á las diez de la mañana, donde al mismo tiempo que se dió fondo se empezó á ir aparejando los navíos que necesitaban de reparo, aunque con harta incomodidad, por venir la armada con poca prevención de masteleros, jimelgas, jarcia y otras cosas de que necesitaba; pero la providencia del Duque, recogiendo y acomodando de unos navíos en otros, y haciendo traer de Ciudadela los árboles de un navío que se había perdido en aquel puerto, tuvo noticia que los había comprado el convento de San Francisco de la dicha Ciudadela para vigas y no los habían deshecho, con que invió por ellos, y fueron de mucha importancia, pues á no haber tenido suerte de hallarlos, no fuera posible repararse todos nuestros navíos como convenía.

Desembarcáronse el resto de los heridos y enfermos, y habiendo venido el gobernador Pedro de Santasecilia, el cual reside en Ciudadela, dispuso con él el Duque se desembarazasen dos casas, y en ellas se acomodaron 672 heridos y enfermos, y que los asistiesen el padre administrador general del armada, el protomédico y todos los cirujanos, y que se les comprasen dietas, como se hizo con gran puntualidad.

Fué también haciendo aguada sin que de día ni de noche el Duque sosegase, deseoso de abreviar cuanto fuese posible, reconociendo á todas horas lo que se trabajaba en los navíos y aguadas que se hacían, y ayudándolo con el mismo cuidado Sancho de Urdanivia, su almirante general.

El miércoles 16 entró en el dicho puerto de Mahón D. Fernando de Arce con las diez galeras de su cargo, habiendo estado en Ibiza desde que se apartó de la armada, reparándose allí de algunas entenas que con el tiempo se le habían rendido, y de otros descalabros que recibieron de algunos navíos de los nuestros, embarazándose con ellos.

Este mismo día llegaron cuatro saetias y una pollacra que invió el virrey de Mallorca para conducir el trigo, que no debió de poder ajustar

la remisión de los navíos que se le pidieron. Cargáronse en ellas 7.000 fanegas de trigo, que era la cantidad que cabían, y habiendo otras 3.300 más, acordó el Duque, por más brevedad, que se embarcasen en la urca *La Corona*, que se hallaba con 1.000 fanegas dellas dentro, y inviarla á Mallorca con las dichas saetias y pollacra, y que en tanto que la armada se acababa de prevenir, en habiéndose hecho en Mallorca el desembarco del trigo, en la dicha urca se cargase el bizcocho que el virrey de Mallorca tenía prevenido, y que estuviese á la vela para seguir la armada cuando por allí pasase, sin obligarle á detención ninguna más de para recibir la gente que estuviese convalecida, de la que allí dejó, y que á las dichas embarcaciones las fuesen convoyando cuatro galeras, y habiéndose cargado todo el trigo en esta conformidad, y estando el miércoles 23 para salir del puerto y con ellas todas las diez galeras, por haber dicho D. Fernando de Arce que necesitaba de ir delante para despalmarse, porque en Mahón no se hallaba sebo con que hacerlo, y también para rehacerse de algunos bastimentos que les faltaban, llegó carta del virrey de Mallorca con aviso de que á los 21, que era el día de la fecha de la misma carta, quedaba la armada del enemigo á vista de aquella isla, por la parte de Andrache, doce leguas de tierra, con 52 navíos y 20 galeras, con que se detuvieron las embarcaciones de trigo y las galeras hasta que nuestra armada saliese, que sería dentro de cuatro días, porque todo lo que había que hacer estaba ya en buen estado, y porque no atrasase el adrezo de las galeras se hicieron diferentes diligencias por recoger en la isla el sebo que hubiese, que les dió también lo que tenía la armada, con que se hizo el despalmo en aquel puerto desde los 24 hasta los 27, con que, sin embargo de este nuevo embarazo, todo estaba listo para salir á los 28, y bien se manifiesta el desvelo y cuidado del Duque, pues en quince días tuvo reparados todos los navíos y á la vela, y lo mismo las dichas galeras para salir el dicho día, que no lo ejecutó por haber cargado un temporal tan recio, que no dió lugar á ello hasta el martes 29 del dicho mes de Julio, que de media noche arriba abonanzó; con que el miércoles 30, al amanecer, se levó la armada y fué saliendo la vuelta de Mallorca, y el Duque muy gustoso por si lograba encontrar al enemigo en el paraje donde el Virrey le había escrito que se hallaba.

Llegó á dar vista á Mallorca el sábado 2 de Agosto á las cinco de la tarde, y envió para dentro el navío *La Corona* y las saetias y pollacra en que venía el trigo, con ánimo de pasar en busca del enemigo y llevar este embarazo menos. Aguardó carta del Virrey, de quien la tuvo á cosa de tres horas de noche, en que le decía que la armada enemiga había dejado esta isla y tomado la vuelta de Barcelona, con que dió orden de que las

galeras entrasen también en Mallorca y se rehiciesen de los bastimentos que le faltaban, y envió personas para que asistiesen á la descarga del trigo que traía *La Corona* y solicitasen del Virrey para que se acabasen de cargar cuatro navíos de bastimento que desde allí se habían de conducir á Rosas para el ejército con que el Sr. Marqués de Torrecuso pasa al socorro de Perpiñán y llevar de camino el tren de la artillería de campaña y madera que viene embarcada en diferentes bajeles de esta armada, con que se obligaría al enemigo á que pelease y nos buscase por impedirlo, pues el principal intento á que su armada vino á estos mares fué estorbar cualquier socorro que por mar se intentase hacer á los sitiados de Perpiñán, y es sin duda que, teniendo Francia una armada tan pujante como la que hoy se halla en estos mares, haber tenido tantas veces y con tanto descrédito de la reputación de las armas de su Rey, lo han hecho mediante no gastar las fuerzas y conservarlas para poder oponer á los intentos destos socorros, pues á menos que esto no se puede imaginar de la nación que en otras ocasiones se ha mostrado bizarra, en las presentes degenerase y se olvidase de todo.

Esta misma noche sobrevino un temporal recísimo que duró hasta el día siguiente á la noche, con aguaceros; con que aquel día y el siguiente, que también hubo mucha mar, se obró muy poco en las faenas de tierra. Á los 5 abonanzó del todo y se fué caminando á toda priesa en el desembarco del trigo, lastre y aguada que hizo *La Corona*, y cargazón de los bastimentos.

Jueves 7, á la noche, quedaron despachados, con que el viernes 18 salieron, trayendo también las galeras parte de los bastimentos que no cupieron en los cuatro navíos de particular, con que se fué navegando la vuelta de Rosas.

Entró la armada en aquella bahía jueves 14 á las seis de la mañana; dió fondo á la boca de la bahía en 30 brazas; juzgóse hallar allí al Marqués de Torrecuso, pero no había más noticia que el haber inviado su ropa por mar, y para que con mayor brevedad se desembarcase el socorro, se enviaron á tierra los cuatro navíos extranjeros, las galeras, urca *La Corona*, que venía con sal, y las fragatas, que traían la mayor parte del tren, con orden de que se metiesen debajo del artillería de la fuerza y de la villa.

Ejecutáronlo luego, y consiguientemente se les enviaron todas las lanchas y barcos luengos, tartanas y sacos que traía la armada, cuya asistencia importó tanto, que la urca, fragatas y galeras quedaron desembarazados el viernes 15 á la tarde, y también en tierra todo lo demás que venía en diferentes bajeles, y luego salieron la urca y fragatas para fuera,

quedando las galeras y demás embarcaciones pequeñas ayudando al desembarco del bizcocho y harina que venía en los navíos extranjeros, y por si acaso viniese el enemigo, no cogiese nuestra armada sobre el ferro, se salió para fuera el sábado 16, y este mismo día se hizo Junta para ajustar qué derrota se tomaría, y habiéndose resuelto en ella que se fuera á Mallorca para rehacerse las galeras de bastimento, porque no le tenían más de para cinco días, y que desde allí se pasase á Vinaroz á recibir la infantería y municiones que Su Majestad ha mandado se trasporten también á Rosas, estando de este acuerdo y la armada fuera de la bahía, de una vuelta y otra aguardando las galeras y embarcaciones pequeñas; el día siguiente sábado llegaron cartas del Marqués de Flores de Avila, de Perpiñán, con aviso de que aquella plaza estaba muy apretada; con que el Duque mudó de parecer, y ajustándose con D. Fernando de Arce en que los pocos bastimentos que tenía la armada partiría con sus galeras, resolvió venir en derechura á Vinaroz, por más brevedad, en la conducción de lo que de allí se ha de traer; y habiendo salido las dichas galeras y embarcaciones pequeñas el domingo 17 deste, dejando más de la mitad de la carga de los dichos navíos hamburgueses en tierra, y los buques asegurados debajo de la artillería de la villa y castillo, se volvieron á incorporar con la armada, aunque salieron por la mañana.

Hizo este día una neblina tan cerrada que menos de un tiro de arcabuz no se descubría un navío de otro, aunque llegó á juntarse á cosa de las dos de la tarde; y aunque el viento que hacía era favorable, se fué con poca vela haciendo viaje porque algunos navíos no desgaritasen.

El lunes 18 también amaneció con la misma neblina, aunque desde las ocho de la mañana se fué levantando, y la tarde hizo claro, y continuándose el mismo viento llegamos á Vinaroz el miércoles 20 de éste donde se quedan recibiendo las municiones y otros pertrechos que se han de conducir, y esperamos en nuestro Señor y en su divina misericordia, que con la misma seguridad que el primer socorro se ha de hacer éste y todos los demás que se ofrecieren, pues de armada que debía impedirlos, no lo intentar en el primero, y haber estado la nuestra en Rosas dado fondo donde podían valerse de sus navíos de fuego, que es en lo que fundan su mayor fuerza, que de la de pelear con igualdad están muy apartados, sin embargo de tener sus navíos de guerra en más número que los nuestros, bien se puede prometer, y de la tibieza que han mostrado juzgar, que no se empeñarán sino es conociendo que muy á su salvo puedan valerse de sus brulotes, que de otra suerte por la mar no tratan de entrar en batalla apretada, reduciendo á industria la falta de valor.

Fecha en Vinaroz, 20 de Agosto de 1642.

NÚM. 2.

Carta de D. Rodrigo de Contreras al canónigo de Córdoba, D. Melchor, su hermano.

Hermano mío: De todas las partes de donde he podido tengo escrito á Vmd., y agora, señor, por si tuviesen dicha estos renglones, aviso á Vmd. del suceso que hasta hoy hemos tenido con la armada del enemigo, nosotros juntos con las seis naos de Dunquerque, que en todas eran 42 de guerra; y al parecer es mucho, por la falta de gente de mar y artilleros y las enfermedades que ha habido y hay, que es lástima como estamos.

Al fin, señor, llegamos á Tarragona á 23 del pasado, adonde nos dieron 2.000 infantes para tripular las galeras y naos de Dunquerque. Allí dió noticia el Conde de Aguilar al Duque de Ciudad Real, como el enemigo estaba en Barcelona, que viene á ser 15 leguas de aquí. Llamó el Duque á Consejo y se resolvió pelear con él. Dado fondo y yéndolo á hacer aquella noche, ventó tanto el Levante (que no lo habíamos tenido desde que salimos de Cádiz) que cuatro días fuimos corriendo y las galeras pasándolo muy mal. Estuvimos al abrigo de la tierra de Mallorca, y así como abonanzó fuimos la vuelta de Barcelona, y ya el enemigo en este tiempo nos había salido á buscar, llegando á Tarragona y á Vinaroz, adonde fué fuerza que á las presas que habíamos cogido de los holandeses les diésemos fuego. Los nuestros iban con intento de cogerlos. El enemigo vínose luego sobre Barcelona, donde le encontramos un día después de San Pedro. Hallándonos de barlovento y él por ganarlo, nos entretuvimos á la vela hasta las seis de la tarde que se comenzó la batalla, durando hasta la noche. Aquel día traía el enemigo 41 navíos de guerra, 13 de fuego, 16 galeras y todos sus navíos de fuerza, que no creímos jamás fueran de la calidad que son.

No barloó aquel día, porque su intento era el acometer con los barcos de fuego, pues si se hiciera nos quemaran á todos puestos en esta orden, aunque ellos mismos se perdiesen; y échase muy bien de ver que no quisieron, pues nuestra capitana real intentó barloar tres veces á la suya el primer día, y se huyó.

Aqueste día perdimos una nao que juzgo faltó la cabeza de ella, que era un caballero de muchas obligaciones, hermano de D. Juan de Chavarri, y se entregó al enemigo sin disparar pieza, llevando dentro 300 españoles; cosa que ha causado desconsuelo general. Esto fué el primer día.

El segundo día se comenzó á pclear á las tres de la tarde; era pues el barlovento de nosotros y así, intentando de barloarlos á ellos, no había remedio sino solo tirar á desaparejar. De los suyos maltratamos cuatro naos el primer día, el segundo á muchas más, y nosotros recibimos el mismo daño. Esta última tarde se embarrancó con la capitana *de Guisa*, que era en la que navegaba el Arzobispo de Burdeos, la *Madalena* nuestra, y estando barloados los socorrí yo con grande riesgo, así como á la Almiranta real nuestra, que aunque se libró dél (entiéndese del navío de fuego), por diligencia de mi lancha y de un barco luengo que yo traía, vino á dar por la parte de la capitana del enemigo, quemándose ella y la *Madalena*. Yo me desembarqué y socorrí después más de cien hombres que se echaron al agua.

Después de esto se dieron muchas cargas por toda la armada, no consintiendo llegar navío de fuego. Al tercero día dimos temprano tras del enemigo, y fuéronse retirando de manera que no se pudo pelear este día, si bien del número de las naos que tenía le faltaron al enemigo 10, no habiendo gastado más de dos de fuego, que se considera por lo que se ha dicho. Por los prisioneros de la capitana que se quemó, se sabe que las galeras las van llevando á Barcelona, que estaremos á estas horas doce leguas de ella.

Esta última noche se retiró el enemigo tan infamemente que no encendió faroles, y así el Duque y hombres de puesto de la armada fueron ayer de parecer de ir á Barcelona á hacelle todo el daño que se pudiese, pues se consigue con esto de nuestra parte la resolución bizarra que tiene el Duque; y si nos aguardase dado fondo hará reconocida la victoria por nuestra parte; mas ellos saldrán fuera á rematar este suceso.

No quedan ya más de tres navíos de fuego de seis que traímos, que se emplearon sin provecho el primer día, porque era mucha la confusión de balas de aquel día.

Esto ha sucedido hasta hoy 4 del corriente Julio.—Murió Feijó, y ha sido muy general el sentimiento de la armada por su pérdida. Los franceses han sentido mucho la quema del galeón *de Guisa*. Han sido muchos más los heridos que los muertos, y fué muy buen acuerdo del Duque de ir á buscar al enemigo á Barcelona, pues había dicho á los catalanes mil embustes de que nos dejaban perdidos, y á los unos y á los otros les ha de causar muy gran novedad. De lo que sucediere daré aviso á Vmd. Hoy 4 de Julio de 1642.—D. Rodrigo de Contreras.

NÚM. 3.

Batalla naval entre las armadas francesa y española á vista de Barcelona. Relación de Miguel Parets.

Díjose atrás que el general Bressé, que gobernaba la armada de mar, había pasado á tomar las órdenes del Rey y ver su padre en Rosellón; volvió luego, y entrando en Barcelona fué visitado de las dos casas y nobleza; volvió las visitas y siempre con gran concurso, porque le seguía la gente por las calles con públicas aclamaciones, entreteníase aguardando la armada castellana (que se tenía aviso y se dijo se iba juntando en los Alfaques) que pasaba con socorro al Rosellón; entretanto llegaron á este puerto las galeras, juntándose hasta diez y siete.

Víspera de San Juan tuvo aviso el señor Marqués de Bressé que la armada enemiga estaba ya en la playa de Tarragona, que se componía de 10 galeras, 20 naves grandes de Dunquerque, 10 galeones de carrera de Indias, cuatro navíos de fuego y otras embarcaciones, llegando todas á número de 52 velas, gobernadas por el Duque de Ciudad Real.

Sabida esta noticia salió luego del puerto el señor Marqués con su armada en busca de la enemiga, tan valeroso como deseoso de toparla; no lo logró por haber zarpado (según se supo) á una misma hora, ésta de Tarragona y aquélla de Barcelona. Llegó la nuestra al amanecer á la playa de Tarragona, y no dando con el enemigo, pasó, reconociendo aquellas costas, hasta Vinaroz, en donde topando dos galeones y un barco longo les pegaron fuego, y supieron de algunos soldados que el de Ciudad Real había dado vela desde Tarragona el día que se ha dicho, y con mucho deseo de llegar á la pelea con la armada francesa. No pudiendo adquirir más noticias ni sabiendo qué hacerse, se volvió el Marqués á Barcelona y dió fondo el día 29 de Junio: esa misma tarde llegaron de Levante ocho naves para engrosar más nuestra armada, y parece que el cielo las condujo.

El día 30 por la mañana señaló Monjuique armada naval de Poniente; súpose luego ser la castellana que navegaba viento en popa: juntó Consejo de guerra el Marqués y mandó disparar cañón de leva para los que habían saltado en tierra se embarcasen, que no fué muy fácil por ser sobrefuerte el viento y estar los navíos alta mar; diéronse al viento las velas á punto de medio día para esperar al enemigo sobre el Cerro, cosa bien

dañosa para nosotros al paso que favorable al enemigo; el viento era fuerte y contrario; la tarde borrascosa y con lluvia; pero haciendo todo el esfuerzo posible, se tiró á ganar la punta de Monjuique para poder con favorable viento embestir al enemigo; y como no todas las naves son igualmente ligeras ni veleras, fué imposible que todas á un tiempo pudiesen ganar la punta y ponerse en orden de batalla. Nuestro almirante con lo más de su escuadra y el caballero Cange, contraalmirante, y parte de su escuadra, barloventeando se adelantaron, ganando el viento: seguía el resto con la vicealmiranta navegando á diez millas de tierra y la enemiga á trece; la nuestra procuró cautelosa entrarse al mar para cogerle al enemigo el barlovento.

La gente de Barcelona, poblando el muelle, muralla, tejados, zuteas y todas las eminencias, salía ansiosa á ver el suceso; y para que lo lográramos feliz, se puso patente en todas las iglesias el Santísimo Sacramento, peleando aquí con oraciones para que allá con las armas se venciese.

A las cuatro de la tarde la almiranta enemiga dispuso su vela para embestir, y echando al mar las naves de Dunquerque, se puso á atacar los 15 navíos que se habían adelantado con nuestra almiranta, y llegando á tiro de mosquete, dieron los enemigos fiera carga contra nuestro Marqués; resistiéronla él y el de Cange con gran valor, no obstante la desigualdad y estar bajo viento; advirtió el enemigo la resistencia, y que nuestra vicealmiranta se hallaba tan desfavorecida del viento, dejando una buena escuadra para entretener al Marqués, dió sobre la vicealmirante creyendo sacar buen barato de nuestra armada; el comendador Montigni, vicealmirante, á ejemplo de su general, resistió con igual valor, hasta que, advertido por el Marqués que con sus 15 navíos podía ganarles el viento, lo ejecutó pasando por medio del enemigo, y embistiendo con gran furia, se empezó con fiereza el combate, pareciendo un continuado trueno el tirar y un infierno el fuego; discurría el Sr. Marqués por su navío de popa á proa, animando y dando órdenes, y al mismo tiempo mostrando su gran valor y heredada bizarría.

Advirtió la enemiga escuadra el error cometido en dejarse ganar el viento por embestir nuestra vicealmirante, y queriéndolo recuperar antes que nuestro Marqués travesase por su grueso de armada, no le fué fácil, porque ya se vió en medio de la furiosa batalla; con esta confusión quisieron los tres brulotes enemigos pegar fuego á nuestra almiranta; abordáronse á ella, pero con felicidad y valor los desviaron, y en pago de su atrevimiento llevaron el quedar abrasados; á cuyos bravos, despavoridos los enemigos temían ser despojos de nuestra armada, ocasionándoles no poca desorden, y tanta, que á durar más el día no sé cómo hubieran que-

dado, y más si nuestra almirante y vicealmirante hubieran podido unirse, que jamás pudieron conseguirlo en el discurso de la pelea; advirtióse que la vicealmirante enemiga (aunque ya era noche) se abordó á uno de sus galeones muy maltratada y casi arruinadas las jarcias; apretaban al galeón nuestra vicealmiranta y otras naves, y al mismo abordó un brulote nuestro para pegarle fuego; y viéndose, ó perdido ó quemado, pidió cuartel, y rendido para guarnición de nuestra almirante. Este galeón era llamado *Santo Thomas de Aquino*, de 800 toneladas, de los mejores de carrera de Indias; sólo hacía tres años que pisaba el mar; llevaba 36 cañones de bronce sin otros tantos de hierro, y su capitán era un caballero del hábito de Santiago.

Muchos de nuestros navíos quedaban bajo viento, en quienes intentaba el enemigo hacer su fuego, pero el Sr. Marqués, que estaba sobre viento, se lo impedía; cerró la noche, y el enemigo, entrándose al mar, se alejó tres millas á sentir su desgracia.

El Sr. Bailli de Sorbon, general de las 17 galeras, no pudo cargar al tiempo que la armada por falta de provisiones y haber de espalmar algunas; dióse toda diligencia, y el día siguiente pudo, remolcando los navíos, ponerlos unidos y en orden. Mandó el Marqués al señor de Ternes que con tres galeras condujera el galeón á Barcelona, advirtiéndoles que los prisioneros intentaban sublevarse y que cuidara de ellos. Llegados al puerto, se entraron luego en Barcelona con alegría de toda ella, pues á sus ojos pasó todo lo referido.

Unida nuestra armada, y puesta en buen orden, seguía á la enemiga, aunque le llevaba la ventaja derecha y la de mejor viento, rehusando volver á las manos. Por los prisioneros se supo que el Duque de Ciudad Real estaba atemorizado del combate pasado, y tanto, que quería retirarse á puerto; pero que el comandante de los de Dunquerque le dijo que ó pelear ó que si no se volvía. Y asimismo que la almirante enemiga, por no dar la gloria á los de Dunquerque (aunque siempre embestían), deseaba ser la que chocase con nuestro almirante; con estas inteligencias se navegaba sobre aviso, y á las tres de la tarde volvió á embestir el enemigo, embistiendo la escuadra de Dunquerque con otros navíos, y la almirante á la nuestra, y los demás, cada uno según su puesto, al contrario; en hilera puestos unos y otros, se peleaba, guardando todos su orden sin descaecer de ánimo, dándose el combate de poder á poder, y pensando cada cual salir victorioso, porque anduvo Marte neutral.

El señor de Cange resistió valeroso las cargas y primeros ataques, tanto que, cuando quiso juntarse con su almirante, según la orden que tenía, ya no pudo hacerlo por tener el velamen y jarcias echadas á pique. En medio

de esta confusion, el mayor de los galeones enemigos, llamado la *Madalena*, de 66 cañones y 800 hombres de pelea, abordó con la vicealmiranta del señor de Cange. Aquí hubo brava refriega hasta poner al galeón en estado de pedir cuartel, y se hubiera apresado á no acudir dos galeones á socorrer su compañero. Viendo los nuestros que era preciso con el nuevo socorro rendirse el señor de Cange, resolvieron pegar fuego con dos brulotes al galeón y vicealmirante nuestra, para que no fuera despojo de los enemigos. ¿Qué sería ver abrasarse á un mismo tiempo los dos brulotes y vicealmirante nuestra con el galeón? Discúrralo cada uno según su imaginación, que yo no me atrevo á pintar tan horroroso espectáculo.

Viendo que allí perecía gente de ambas partes, de la una y de la otra enviaron barcos para salvar las vidas sin distinción alguna, y así recogíanse, así españoles como franceses, adonde primero podían, pero con diferencia, porque los nuestros daban buen tratamiento al enemigo, y él á cuantos cogía nuestros cortaba las manos y volvía á arrojar al agua, inhumanidad que no ejecutara el más cruel pirata.

Mientras esto pasaba, las dos almirantes con sus escuadras se cañoneaban furiosamente, pero sin llegar á abordarse nunca, que en esto anduvo el enemigo poco valeroso, pues teniendo el mar y viento más en su abono, no se atrevía, lo que no hubiera rehusado el Marqués á trocarse los puestos, porque los nuestros, todos con igual valor y deseo de vencer, combatían sin diferencia alguna. Monsieur de Bailli tenía orden de ganar el viento con su escuadra y las galeras y combatir al enemigo por la retaguardia; ejecutólo felizmente á no hallar famosa resistencia en los galeones; pero uno de ellos quedó bien maltratado. Cerró la noche y cesó el combate, que ya era ardid del enemigo no permitir las peleas sino á la tarde, para que la noche diera treguas á ellas.

Sintióse mucho la pérdida del señor de Cange, porque era famoso navío y que había servido de almirante cuando el Arzobispo de Burdeus vino; pero esto se resarcía con el galeón de *Santo Thomas*, que sólo había tres años estaba fabricado, aquél treinta; éste de más cañones, aquél sólo de 52, y lo doloroso era sólo la vida del de Cange, que no se recuperaba con bajel alguno, ni á su valor y experiencia se hallaba igual.

Recogió el Marqués sus velas y púsose en seguimiento del enemigo, siempre á tres millas de distancia. Amaneció el día siguiente y calmó el viento para el enemigo, quedando algún poco en nuestro favor, y con él quiso el Marqués que nuestras galeras con los navíos de fuego atacasen al enemigo; no pudo lograrse, porque cesó totalmente el viento. Dentro dos horas volvió á moverse tan recio y favorable al enemigo como lo hubiera logrado en toda su navegación, y aun más, y á nosotros no, que el favore-

cernos menos era causa de llevar siempre una legua de ventaja. A la tarde, viendo nuestra almiranta que se le atravesaban las demás velas, hubo de recoger todas las suyas para aguardar los otros navíos. Ni esto bastó para que el enemigo la embistiera, ni aun haciéndose al mar. Estando en esto cerró la noche, y siguiente día ya no se descubrió la armada enemiga por parte alguna, y se juzgó se habría retirado á alguna isla á reparar sus daños.

Juntó Consejo el Marqués y resolvieron venirse á Barcelona, así para refrescar y rehacerse, como para la provisión de víveres. Entraron en la playa y dieron fondo el día 4 de Julio; púsose luego mano á todo, cargando bastimentos, municiones y todo lo necesario, y curar los heridos para volver presto en busca del enemigo.

Súpose por la gente que había escapado del navío del señor de Cange que el enemigo había perdido unos 50 hombres del galeón, y que el capitán estaba herido en un brazo, y no podían asegurar si se había anegado ó muerto.

Sábado 5, estando aprestándose nuestra armada, señaló Monjuique la enemiga que navegaba hacia Levante. En la postura en que se hallaba el Marqués disparó á leva y fué en busca del enemigo con ánimo de darle batalla. Seis días navegó en su seguimiento procurándole ocasiones para llegar á las manos, pero siempre huyó el cuerpo á la pelea, y lo más que se consiguió fué que torciese su navegación á medio día y obligarle á cerrarse en el puerto de Mahó, que á no ser tan fuerte de naturaleza por su estrecha boca y guardarla un castillo en el mismo puerto, hubiera perecido á manos de la nuestra, que se restituyó á Barcelona el día 11 de Julio muy victoriosa, pues quedaba dueña del mar y el enemigo se retiraba huyendo la ocasión de llegar á batalla. Súpose que al enemigo se le habían disminuído 16 velas, ora sea retirándose á repararse en los puertos ó echadas á fondo, porque la vimos con 50 velas al venir, y al entrar en Mahó sólo eran 34.

Miguel Parets, *De los muchos sucesos dignos de mención que han ocurrido en Cataluña*, capítulo CXXV.

NÚM. 4.

Otras noticias de la batalla naval de Cataluña.

Carta dirigida al P. Pereira, de Madrid á 6 de Mayo de 1642, noticiando los aprestos de la armada que se hace en Cádiz, provisiones que se embar-



can, urcas de Flandes que se esperan y armadas de Dunquerque y de Nápoles que han de reunirse.

Memorial Histórico español, t. XVI, pág. 349.

Carta de D. de Saavedra, fecha en Málaga á 22 de Mayo, dando cuenta de la navegación de la armada desde el de Cádiz á este puerto y presas que hizo en el Estrecho.

Idem id., pág. 371.

Carta del P. Miguel González Villacastín, de Madrid á 22 de Mayo, participando las nuevas que corrían de haber peleado la armada francesa con cuatro navíos sobre Alicante y con las de Dunquerque en Vinaroz.

Idem id., pág. 385.

Carta del P. Martín Montero, de Madrid á 18 de Julio, con las noticias que circulaban de la batalla.

Idem id., pág. 429.

Carta de D. Gaspar de Aybar, de Madrid á 9 de Septiembre, con noticia de haber llegado á Rosas la armada y desembarcado el bastimento, sin que la de Francia haya vuelto á verse desde los encuentros pasados.

Idem id., pág. 457.

Declaración que el cabo de escuadra Pedro Gil prestó en Vinaroz á 8 de Julio, ante el veedor general D. Juan de Otáñez, de lo ocurrido en el encuentro de las armadas de España y Francia.

Idem id., t. XIX, pág. 285.

Carta de D. Melchor de Contreras, de Madrid á 8 de Julio, comunicando las noticias de la armada recibidas por conducto de su hermano don Rodrigo.

Idem id., pág. 286.

Carta del P. Sebastián González, de Madrid á 8 de Julio, con pormenores de la batalla.

Idem id., pág. 287.

Carta del P. Martín Montero, de Madrid á 26 de Julio, con otras noticias del combate y muerte del almirante Feijó.

Idem id., pág. 291.

Carta del Marqués de Leganés para la Reina, de Vinaroz, con nuevas de la batalla.

Idem id., pág. 293.



XVIII.

OCURRENCIAS DE ULTRAMAR.

1632-1648.

Las flotas.—Huracanes.—Naufragios.—Ingleses en las Bermudas.—Escuadra del Duque de Escalona.—Su estreno.—Fechorías de los piratas.—Son batidos los ingleses en la isla de Providencia.—El general Pimienta.—Conjuración de portugueses en Cartagena.—Entrada en la laguna de Maracaibo de holandeses é ingleses.—Destrozos y robos.—Aparecen los primeros en el mar del Sur.—Se establecen en Valdivia.—La abandonan.—Armada del Perú.—Exploraciones.—En el río de las Amazonas.—Paraguay.—Rio de la Magdalena.—Apure.—Panamá.—Chile.—California.—Viaje fantástico.

Las flotas de Indias continuaron sus viajes periódicos sin ocurrencias parecidas á las que se refirieron en el cap. XIII, así por las prevenciones adoptadas, variando las derrotas, como por las más efectivas de reforzar las escuadras de la guarda y de espera en las Azores ó cabo de San Vicente. Para lo primero hizo buena campaña en 1639 D. Francisco Rodríguez de Ledesma con ocho galeones [1]; á lo segundo atendió el Duque de Maqueda y Nájera con la armada del Océano. Las relaciones de los viajes, impresas ó manuscritas, que son muchas, no ofrecen en estos tiempos interés, á no ser para el conocimiento de las costumbres con que á bordo mataban los marineros la monotonía de navegación del golfo, improvisando corridas de becerros, riñas de gallos, danzas de es-

[1] *Colección Navarrete*, t. XXXII.

padas, pesca de tiburones, luminarias en las fiestas y hasta salves cantadas y otras ceremonias religiosas de mayor solemnidad en el transporte frecuente de frailes de todas las órdenes. Consta, y me parece curioso referir, que al fallecer algún individuo, reuníanse en la cubierta cuantos iban en el navío para el acto de echar al agua el cadáver, dándole á una voz *el buen viaje.*

Los incidentes más comentados eran los de recalada á las islas de barlovento, donde estaban ya los caribes tan domésticos, que al avistar las naos acudían con sus embarcaciones, brindando frutas á cambio de objetos de hierro. Solían distraer también el ánimo los corsarios, que osadamente se mezclaban con el convoy para reconocerlo y atacar á los navíos rezagados si los de la guarda se descuidaban; á otra cosa no se atrevían, siendo gentes que buscaban botín fácil.

Enemigos más temibles eran los huracanes, que no siempre podían evitarse con adelantar ó retrasar el paso del canal de Bahama á juicio de los prácticos. Uno sufrió la armada y flotas de D. Jerónimo Gómez de Sandoval, habiendo partido de la Habana el 20 de Septiembre de 1639, que dispersó las naves, causando grandes averías, y dió con la urca *Viga* y el patache *Galgo* en los bajíos de las Bermudas. Descubrióse con este motivo estar las islas ocupadas por ingleses [1], que si ampararon á los náufragos, dándoles albergue y alimento, fué para hacerse pagar los servicios de salvamento usurariamente, á fuer de gente industriosa que no todos los días tenía la proporción de embolsar pesos acuñados [2].

El año siguiente (1640) experimentó la fuerza de este fe-

[1] Sir George Somer naufragó en las Bermudas el año 1609, y con los restos de su nave construyó una embarcación y alcanzó la costa de Virginia. Al cabo de dos años volvió con alguna gente, llevando propósito de colonizar, y se estableció en la isla que llamó *Saint-George*, al Norte de la principal, quedando todas ellas desde entonces bajo el dominio de la Gran Bretaña. Como es usanza inglesa no respetar nombres que no procedan de su lengua, rebautizaron el grupo, denominándolo *Somer's Islands;* pero la justicia de los navegantes ha hecho prevalecer el nombre del descubridor Juan Bermúdez.

[2] Escribió relación de penalidades el escribano Juan de Rivera y Saavedra, y la reproduje con comentarios en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año 1880, t. VIII, pág. 146.



nómeno tropical el almirante holandés Joll (Pie de Palo), que con escuadra de 36 navíos cruzaba á la espera de las flotas. Corría también el mes de Septiembre, y se había aproximado á la boca del puerto de la Habana, cambiando algunos cañonazos con el castillo del Morro, por ver si dentro estaban los galeones. Sorprendido en aquel lugar por la borrasca, en un momento vió, de sus bajeles, desarbolados á los más resistentes; cuatro dieron al través sobre la costa, entre la Habana y Mariel, pereciendo casi todos los tripulantes; 260 salvados en tierra quedaron prisioneros, y los vecinos se beneficiaron de 17 cañones de bronce, 48 de hierro y muchos pertrechos, celebrando esta vez la furia del viento, que arrojaba á su país maltrecho al molesto espumador de aquellos mares [1].

Dió que sentir la repetición del cicloide en la estación sucesiva; pero antes de contarlo precisa conocer antecedentes, por los que se aumentaron las proporciones del siniestro.

Don Diego Pacheco, duque de Escalona, marqués de Villena, recibido con mucha simpatía y agasajo al tomar posesión del virreinato de Méjico (1640), procuró utilizar las excelentes condiciones en que hallaba al país [2] para hacer al Rey servicio extraordinario no esperado, como sería el de aumentar la armada. Con esta idea ordenó la fábrica de galeones en San Juan de Ulúa y río Alvarado, y en poco estuvo que no se malograra por haberse presentado tres navíos de corsarios ó piratas con intención de incendiar el astillero. La prontitud con que llegó aviso á Veracruz lo estorbó, porque al punto dió la vela el almirante D. Antonio de la Plana con otros tres bajeles. Hiciéronle cara los enemigos, sosteniendo combate reñidísimo por cruzarse con fuerza superior; mas hubieron de desengañarse al cabo, y huyeron los dos mayores; el patache se rindió, habiendo hecho la defensa que

[1] Novoa, lib. VIII, pág. 416. Pezuela, *Historia de la isla de Cuba*, t. II. Le Clerc reconoce haber sido tratados los prisioneros con humanidad, no obstante el daño que habían hecho.

[2] Relaciones impresas en prosa y verso, citadas en el Apéndice general.



acredita el número de 23 muertos que tuvo, inclusos capitán, piloto y contramaestre.

Concluída con mucha brevedad la construcción, al tiempo de marchar la flota, puesta á cargo de D. Juan Campos por fallecimiento del general Centeno, tuvo el Duque de Escalona la satisfacción de darla por escolta su escuadra nueva de ocho galeones y un patache, nombrando general á don Fernando de Sosa, y almirante al vencedor Antonio de la Plaza, con órdenes de entregar los bajeles á quien dispusiera S. M.[1].

Se hicieron á la mar el 23 de Julio (1641), siendo entre todas 31 velas, las mismas que tras la escala en la Habana prosiguieron su viaje el 20 de Septiembre. La experiencia tiene señalado el mes por peligroso, y una vez más lo hizo, iniciándose el huracán á pocos días. Dispersas las naves, pudieron unas desembocar con rumbo ventajoso; fueron otras á empeñarse sobre la Florida; se abrieron varias; se desaparejaron otras; tres zozobraron en la mar; cuatro se hicieron astillas en las costas. Entre las más angustiadas, la almiranta de la flota, regida por D. Juan Villavicencio, corrió con el papahigo de trinquete, alcanzándola los golpes de mar, que barrieron la cubierta, llevándose la obra muerta, bote, cajas y otros objetos. La vela no resistió mucho tiempo; se hizo pedazos, y sin ella, quedó atravesado el bajel, en peligro de zozobrar. Picando el palo mayor arribaron y pudieron seguir la corrida hasta que moderó la violencia del viento; pero tal quedó la nave descuadernada y abierta, que apenas extraían

[1] Componian la escuadra:

	Toneladas.	Cañones.
Capitana, *Santísimo Sacramento*	350	26
Almiranta, *Concepción*	350	20
Galeón *San Antonio*	300	16
» *Rosario*	300	16
» *Candelaria*	300	20
Nao *Santa Ana*	200	11
» *San José*	200	13
» *Nuestra Señora de la Peña de Francia*	170	10
Patache *Presa*	100	6
Sumas	2.270	137

Relación impresa en Méjico.

las bombas el agua que entraba por todas partes y había inundado los depósitos de víveres y de la pólvora.

Durante la calma que siguió á la borrasca se abrió mucho más el vaso con el embate de las olas encontradas; siguieron, con todo, los tripulantes trabajando por la vida, con propósito de acercarse á la Española; y encalmados de nuevo, sin anclas, por haberlas alijado con la artillería, vararon en los Abrojos, al Norte de la referida isla. Iban á bordo 514 personas; se salvaron menos de 200, porque algunas de las balsas ó jangadas en que tomaron puesto al deshacerse el casco fueron encontradas por piratas ingleses, y por quitarles los vestidos y reconocer los bolsillos, las recogieron y echaron desnudas en la costa. En otras jangadas, mal dispuestas por la precipitación del abandono de la nave, sacaban los tiburones á los infelices que iban con agua al pecho. El Almirante embarcó á la fuerza en la lancha, de la que los más fuertes se apoderaron. No se le censuró por ello, aunque más de lo que hizo debió hacer [1].

De los navíos de guerra de la guarda, uno sólo naufragó en la costa de Cuba; otro, el nombrado *Nuestra Señora de la Peña de Francia*, consiguió entrar en la Habana y volvió á Veracruz; los de la flota padecieron todos, persiguiéndolos la desdicha hasta la barra de Sanlúcar, donde encalló la capitana [2].

La pérdida influyó para que la flota del año 1643 entrara en el puerto de Gibraltar, donde se supo que una escuadra holandesa apostada cerca de la isla de San Cristóbal á la espera había sido castigada de otro huracán, con el que zozobraron algunas naves y desarbolaron otras [3].

[1] Dos relaciones manuscritas del siniestro he visto, conformes en lo esencial. *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 23, y *Colección de Jesuitas*, t. CI, núm. 28.

[2] Se salvó parte de la plata. *Memorial Histórico*, t. XVI, págs 220 y 311.

[3] Habiendo de pasar el tribunal de la Casa de la Contratación á visitar las naves en Gibraltar, con presencia del registro, que arrojaba

	Pesos.
Para S. M., en barras y reales...	1.420.000
Para particulares..............	432.750
De frutos.....................	987.650
Suman............	2.840.400

pidió el ministro Manuel Pantoja al Duque de Fernandina dos galeras y su inter-



Aparte de las flotas, la navegación interinsular ó de cabotaje se iba haciendo imposible por el número de cruceros holandeses, ingleses y franceses, sostenidos en las islas pequeñas ocupadas por estas naciones. En la de Santo Domingo se armaban de vez en cuando algunos navíos del comercio; en la de Cuba se sostenía escuadrilla de galeotas á cargo de Andrés Manso, que prestó buenos servicios, y así lo verificaban en Puerto Rico y en Cartagena de un modo insuficiente: estaba la mar dominada por los piratas y anulado por ende el comercio. Cada vez que se trataba de proveer á la isla de San Martín, arrojados que fueron de ella los intrusos, había que sostener combate en que no siempre vencían los nuestros. Así lo decía á la corte el Capitán general de la Española, acompañando información de ocurrencias en catorce expediciones, de las que varias fueron impedidas á pesar del esfuerzo con que procuraron realizarlas los capitanes Pedro Verdugo, Juan Lamego y Gonzalo Fernández de Frías [1]. Averiguado que mucha parte de los daños procedía de la isla de Santa Catalina, situada unas 60 leguas al Norte de Cartagena, donde se habían instalado, desde 1629, ingleses, que la nombraban *isla Providencia*, se organizó expedición al mando del sargento mayor Antonio Maldonado, y fué con dos galeones y seis fragatas á castigarlos el año 1640; pero tan prevenidos y fortificados estaban que hubo de retirarse con pérdida de dos capitanes y 100 soldados, creciendo, con el mal suceso, la insolencia de los ocupantes. Dióse entonces orden á D. Francisco Díaz Pimienta, general de la armada de la guarda de la carrera de Indias [2], para que en el viaje de 1641 pusiera re-

vención, de la que se desentendía. Algún chusco interpretó la respuesta de esta manera:

La guerra no tiene cortesía;
No quiero nada con el avería.
Beso las manos á Vueseñoría.
Del Puerto de Santa María.
De Toledo, Don García.

Memorial Histórico, t. XVII, pág. 213.

[1] Carta é información enviada por D. Juan Bitrián de Biamonte, capitán general de la isla, con fecha 29 de Junio de 1640. *Colección Navarrete*, t. XXV.

[2] En el reinado de Felipe II vivía en la isla Palma, de las Canarias, y tenía ma-

medio enérgico á las depredaciones, al hacer las escalas ordinarias de Cartagena y Portobelo.

La empresa empezó bajo los peores auspicios por disgusto de la gente, que estimaba muy corta la fuerza de la escuadra para atacar de frente á una posición estratégica, componiéndose de la urca *Sansón*, extranjera, de 800 toneladas; los galeones *San Juan*, *Jesús María* y *San Marcos*, de 400; *Comboy*, *Teatina* y *Santa Ana*, de 300; *Santa María de Ayuda*, de 230, y cuatro pataches de 80 á 70, total 12 velas con 600 hombres de mar y 1.400 de guerra, en mucha parte portugueses picados de la comezón separatista. Pimienta eligió por capitana al galeón *San Juan;* porque hacía mucha agua, y quiso asegurarlo con su persona y no pasar sustos con las noticias que le dieran en otro caso de no poderla vencer, embarcó al almirante D. Jerónimo de Ojeda en el navío mayor y se hizo á la mar, teniendo el sentimiento de que se desapareciera, por mala intención, la urca *San Marcos*, en que iba parte del tren de artillería de sitio. No obstante, llegando sobre la isla el 7 de Mayo, aunque en el reconocimiento y aproximación tuvo muertos y heridos, por ser operaciones de dificultad, atacó de súbito por mar y tierra con ventura, porque aturdidos los ingleses, viendo el ímpetu con que trepaban los manineros á las trincheras sin contestar al fuego, se reconcentraron en el fuerte, donde fueron expugnados con los propios cañones, y capitularon con condición de ser conducidos á Cádiz.

Cuarenta piezas de artillería, con la correspondiente provisión de pertrechos, banderas, víveres y embarcaciones sirvieron de trofeo al vencedor, humano y generoso con las 770

yorazgo, un Francisco Díaz Pimienta, marinero que se había distinguido en la jornada de Lepanto. Hijo de éste era el general del mismo nombre, citado en los capítulos anteriores por servicios en la carrera de las Indias. Marinero y constructor, había fabricado muy buenos galeones en la Habana y navegado con ellos por asiento, haciendo varias campañas, así de capitán de mar y guerra, como de almirante, y últimamente general. Arrate, en la *Llave del Nuevo Mundo*, y por él don Jacobo de la Pezuela, *Historia* y *Diccionario de la isla de Cuba*, lo tuvieron por hijo de la Habana. Viera le colocó en su *Bibliotcca de autores canarios;* el ingenioso Lorenzo Gracián ensalzó sus méritos.



personas rendidas, y severo con los propios que, una vez acabada la función, se amotinaron en parte, tratando de marchar á Portugal con el navío *Nuestra Señora de Ayuda*, si bien por torpeza lo vararon y perdieron en los arrecifes. Dos oficiales portugueses, cabezas de rebelión, después de arcabuceados estuvieron pendientes de las vergas para escarmiento.

Quedó gobernando la isla el almirante Ojeda: se embarcó parte de la artillería y el botín, de que formaban parte 380 negros robados por los ingleses en sus correrías, regresando la escuadra á Cartagena [1], y de allí á Portobelo para escoltar la flota de Tierra Firme.

Apenas alejado fraguaron nueva conspiración los portugueses, dirigiéndolos D. Juan Rodríguez de Vasconcellos Sousa, conde de Castelmelhor, general que formó parte de la expedición del Conde de la Torre, y que desde el Brasil se había retirado á nuestro territorio con su gente. Acompañó á Pimienta á la jornada de Santa Catalina, en que murió su hermano, el capitán Nicolás de Sousa. Ahora proyectaba apoderarse de la ciudad proclamando á D. Juan IV rey de Portugal, detener en su nombre la flota cuando llegara de Portobelo y conducirla á Lisboa, ofreciendo tan buen recurso á los sublevados. Descubierto el complot, fué preso, juntamente con otros capitanes y caballeros portugueses, el 29 de Agosto de 1641 y sentenciado á muerte; pero dilatándose la ejecución por haber apelado, logró fugarse y volver á Portugal, donde le recibieron en palmas [2].

No había en las Indias, según se advierte, punto de reposo;

[1] Hay relaciones de la jornada, impresas en Madrid por Juan Sánchez, y en Sevilla por Francisco Lyra, año 1642; manuscritas otras en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. XC, núm. 9, y en la Biblioteca Nacional, H. 73, pág. 617. Pimienta recibió por este servicio el hábito de Santiago, según certificado en la *Colección Salazar*, N. 8, fol. 109. En la iglesia parroquial de la Palma, en Canarias, se colocó una pintura de la conquista de Providencia.

[2] Novoa, lib. IX, pág. 510. Pellicer, *Avisos*, pág. 125. *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 472; t. XVII, pág. 186, y t. XIX, pág. 243. Salió á luz narración novelesca con título de *Relação verdadeira dos succesos do conde de Castelmelhor, preso na cidade de Cartagena de Indias, etc., hoje livre por particular merce de Ceo, etc., favor del rey dom Joao* IV *nosso senhor, na cidade de Lisboa*. Em Lisboa, na officina de Domingos Lopes Rosa. Anno 1642, 12 hojas en 4.°



no lo había en ninguno de los dominios de España, surgiendo á cada momento complicaciones. En la baraja de ellas se tuvo que contar el año de 1641 la aparición de seis bajeles holandeses, procedentes de Curazao, en la laguna de Maracaibo. Creíase no consentir la barra acceso á naves de guerra, por lo que vivían con confianza en el interior, sin defensas. Desengañóles la entrada de los navíos el 17 de Octubre, navegando con seguridad indicadora de guiaje traidor. Derechos fueron á la ciudad de Gibraltar, cuyos habitantes la abandonaron apresuradamente; corrieron las haciendas cercanas; saquearon la aduana de Mopox, desocupando los almacenes de cacao y tabaco; tomaron un navío de comercio, único en aquellas aguas; cañonearon á Maracaibo y fuéronse tranquilamente, montando más el daño que hicieron, extendido á Coro, que el despojo que se llevaban [1]. Y fué lo peor que averiguado el paso, por responder, sin duda, al golpe recibido en la isla de Providencia, apareció el año siguiente (á mediados de Diciembre de 1642), una escuadra de ocho velas inglesas, que á la vez que cañoneaba á la Guaira echaba gente en tierra á media legua de distancia. Rechazada la tropa en ambas partes y en Maiquetia, donde repitieron el intento, se corrieron á Portobelo, y con mejor fortuna tomaron el fuerte defensivo de la boca del puerto é incendiaron una fragata. De allí siguieron á la laguna de Maracaibo, y con 800 soldados se hicieron dueños de la ciudad, acaparando cuanto en ella encontraron de valor: las casas dejaron á los pocos días hostigados por indios y españoles en las salidas con que procuraban mantenimientos por los alrededores [2].

[1] Carta del gobernador de Venezuela, Ruy Fernández de Fuenmayor, fecha á 18 de Diciembre de 1641, incluyendo otras de las autoridades de los pueblos citados. *Colección Navarrete*, t. XXV, núm. 6.

[2] *Relación de los sucesos de la armada inglesa que acometió al puerto de la Guaira y defensa que en él se le hizo por el general Ruy Fernández de Fuenmayor, gobernador y capitán general de la provincia de Venezuela, y de la infestación de la ciudad de Maracaibo y sus campañas hasta que salió por la barra.* Manuscrito gongorino-laberíntico de 21 hojas en folio, en la Academia de la Historia, *Colección Muñoz*, t. XCII, fol. 194. Sirva de muestra al estilo el siguiente párrafo:

«Vino un espía y dijo que había pasado rompiendo ufano con los buques de su compuesta armada los espumosos montes que el poderoso dios Neptuno en tér-



En el mar del Sur recomenzó el período de inquietud y alarma con la noticia de haber pasado el estrecho de Maire cinco naves grandes enemigas. Ya se habían olvidado las fechorías piráticas, mas no estaban en la costa tan descuidados como antaño, notándose los efectos de las heridas y el continuo predicar de los hombres previsores [1] por medidas constantes de precaución, cual era la de enviar una nave vigía á la boca del Estrecho esperando su reconocimiento para dar salida á la flota del tesoro, y por cierto ocurrió en una de estas exploraciones ocurrencia digna de conocimiento.

El navío encargado de la comisión el año 1632 naufragó en la isla de Juan Fernández: salvóse la gente en tierra, donde hubiera permanecido hasta el año siguiente á no haber pensado el alférez Martín de Orellana en el perjuicio que iba á originar la detención, parada igualmente en el Callao la flota. Invitó con razones de necesidad á los que quisieran acompañarle al viaje en el esquife, y aceptándolo cuatro voluntarios, sin más provisiones que una saca de pan y un barril de agua, hizo la travesía felizmente, siendo muy loado.

Por la nave vigía se conoció en 1643 el asomo de la escuadra sospechosa, y empezaron á prepararse defensas en los puertos, á fundir cañones, acopiar municiones y armar bajeles. Tardó en saberse al por menor que el almirante holandés Hendrik Brower [2] había zarpado de Texel el 6 de Noviembre de 1642 con orden de reforzarse en Pernambuco, y de fundar establecimiento en cualquier lugar á propósito de la costa de Chile, para lo que se ponían á su disposición materiales de toda especie, 34 cañones de bronce y 58 de hierro

mino de su jurisdicción gobierna, y entrado en puerto de Catá á proveerse del deshecho cristal de un apacible arroyo, que despeñado de lo eminente de empinadas cumbres, ansioso de llegar á amamantarse en los pechos de su primera madre, caminando en sí mismo con ricos pies de plata, por entre lo fresco de verdes alamedas por aquella parte asoma.....» El autor consigna que el jefe inglés, en las cartas dirigidas á Fuenmayor (que él copia), firmaba *Guillermo Tanzón*.

[1] Ejemplo el *Memorial de Juan de Aponte Figueroa sobre defensa de los puertos del Perú y entretenimiento de su armada. Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LI, pág. 521.

[2] Henrique Breaut le nombra D. Dionisio de Alcedo en el *Aviso Histórico*.

con destino á la fortaleza que construyera, gente hábil y raciones abundantes. De Pernambuco salió el 15 de Enero de 1643, dobló el cabo de Hornos y se apareció en el archipiélago de Chiloe el 3 de Mayo, surgiendo en el puerto de Carelmapú. Con 400 mosqueteros y un escuadrón de picas que desembarcó fué avanzando, muerto el gobernador don Francisco de Herrera, que le salió al encuentro con algunos caballos; se entró en la ciudad de Castro, que incendió; se entretuvo en las islas hasta el 17 de Agosto, en que falleció de enfermedad; y como ni á él ni al vicealmirante Harckman, sucesor en el mando, satisficieran las condiciones locales, se trasladó la expedición á Valdivia, llevándose 200 familias de los naturales; penetró por el río en inteligencia con los de Arauco, y trazó las líneas de población circunvalada.

Era virrey del Perú á la sazón D. Pedro de Toledo y Leyva, marqués de Mancera, y por primeras providencias despachó dos bajeles con 300 hombres de refuerzo á la Concepción, y otros tres de guerra, regidos por D. Francisco de Villagómez, con orden de vigilar y seguir á los holandeses sin comprometer acción. Para esto disponía armada superior, en que entrarían dos galeones de 1.200 y 1.100 toneladas que se fabricaban en Guayaquil, los mayores que hasta entonces se vieran en el Pacífico; otro de 40 cañones, armado en el Callao, con algunos menores, y todos estuvieron concluídos y á punto en cinco meses.

Los señores de la Audiencia querían tenerlos á la defensiva; el Virrey decidió que ante todo convoyaran la flota del tesoro, por ser lo más urgente la remesa y abrigar seguridad de no correr peligro con la escolta. Dió el mando de ésta á su hijo D. Antonio de Toledo, designando por almirante á D. Francisco de Guzmán y Toledo, deudo. Fenecido el viaje de Panamá, ida y vuelta, felizmente, creyó llegado el tiempo de desalojar á los holandeses con aquella escuadra de 11 navíos de guerra y dos transportes. Dieron la vela para el Sur el último día del año 1644, y tardaron veinticuatro en abordar á Valdivia. Había dos meses ya que el enemigo, por su voluntad, se había largado á causa de pérdidas de gente y

del navío almacén en que llevaba los pertrechos. Dejó fabricadas 60 casas y muy adelantado el fuerte, encargando á los naturales que lo conservaran hasta su vuelta con más elementos [1].

Anduvieron con la guerra un tanto descuidadas las empresas de reconocimiento y exploración; todas aquellas relacionadas con la ciencia, que requieren tranquilidad de espíritu y meditación de gabinete. No estuvieron, sin embargo, del todo desatendidas, como ha de verse por la mención somera de las principales, entre las que lleva palma el río Marañón.

Desde el año 1626, en que los holandeses hicieron tentativas de remontar la corriente, había autorizado la Corte la exploración aguas arriba, y de manera terminante la ordenó al gobernador del Pará en 1633, sin que las atenciones preferentes la consintieran. Súbitamente llegó al fuerte avanzado de Curupá, corriendo el de 1636, una canoa pequeña con dos legos franciscanos y seis soldados aventureros procedentes de los confines orientales de la provincia de Quito. Túvose el viaje, realizado en cuatro meses, durmiendo las noches en tierra y sin llevar provisión, por estupendo. Hízose de él narración especial, despertando la atención las circunstancias, no menos que las noticias nuevas de la región de los ríos Aguarico y Napo y de las naciones de indios Icaguates, Abijiras y Encabellados, que verbalmente con-

[1] *Noticias generales del estado que han tenido las armas de esta ciudad del Callao y Real Armada del Sur desde el año de* 1615. Ms. *Colección Navarrete*, t. XXVI, núm. 57.

«Apenas merece citarse más que á título de rareza un poema en latín casi macarrónico y rima castellana que compuso y sacó á luz el presbítero Diego Núñez de Castro. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios *sonetos en latín*) *Breve compendium hostium hæreticorum Olandesium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi; providas dispositiones Proregis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis et alia continens..... Limæ, anno* 1645. Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, catedrático de Derecho en la Universidad de Lima, y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de don Juan de Landecho. Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina, págs. 94-111».

Noticia de D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la *Antología de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española*, t. IV, Madrid, 1895, pág. XLIV.

firmó en la corte el hermano Andrés de Toledo, uno de los dos viajeros [1].

El segundo, Domingo de Brieva, volvió al Perú en la expedición que por consecuencia se organizó, gobernándola el general Pedro Teixeira, yendo 40 canoas esquifadas con 1.200 indios remeros, sesenta y tantos portugueses y cuatro de los castellanos que bajaron. Partiendo de Curupá el 17 de Octubre de 1637, alcanzaron á la ciudad de Avila en los Quijos el 24 de Junio del año siguiente con gloria de primerizos en remontar al rey de los ríos y en hacer observaciones corroboradas en el regreso que hizo también el hermano Brieva, completando tercer viaje, y los padres de la Compañía de Jesús, Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda. Casi diez meses gastaron antes de poner pie en el Gran Pará, desde donde el P. Acuña se trasladó á Madrid con objeto de presentar al Rey los mapas y descripciones publicados á poco [2].

En las regiones inmediatas de la América meridional progresaron los padres jesuítas, organizando las misiones del Paraguay con avance al Chaco [3]; en las del lado opuesto em-

[1] Se imprimió la asombrosa aventura con título de *Relación del descubrimiento del rio de las Amazonas, por otro nombre del Marañón, hecho por la Religión de nuestro Padre San Francisco, por medio de los Religiosos de la Provincia de San Francisco de Quito. Para informe de la Católica Majestad del Rey nuestro Señor y su Real Consejo de las Indias.* S. a. n. l. (1641), 15 hojas en 4.°

[2] *Memorial Histórico*, t. XVI, págs. 57 y 77.—Pellicer. *Avisos*, *Semanario erudito*, tomo XXXI, pág. 279.—Navarrete. *Biblioteca marítima*, t. I, pág. 291. La obra tuvo por título *Nuevo descubrimiento del gran rio de las Amazonas, por el P. Cristóbal de Acuña, religioso de la Compañía de Jesús y calificador de la suprema general Inquisición: al cual fué y se hizo por orden de S. M. el año* 1639, *por la provincia de Quito en los reinos del Perú. Al Excmo. Conde-Duque de Olivares. Con licencia en Madrid, en la imprenta del reino, año de* 1641. En 4.°, 46 hojas. Se tradujo al francés y al inglés con adiciones, y con supresiones lo reprodujo el P. Manuel Rodríguez en su *Historia del Marañón y Amazonas*, según observa el continuador de León Pinelo. Modernamente ha esclarecido muchos puntos obscuros, y dado á conocer relaciones y mapas inéditos, D. Marcos Jiménez de la Espada en el trabajo crítico denominado *Viaje del capitán Pedro Texeira aguas arriba del rio de las Amazonas* (1637-1638). Madrid, 1882. Apareció anteriormente en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomos IX y XIII. Hace constar que el bosquejo del curso del río, original, lavado en colores, existente en la Biblioteca Nacional, códice Q. 196, y reproducido en su libro, es obra del piloto Benito de Acosta.

[3] *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 116, y t. XIX, pág. 231. Mss. en la Academia de la Historia. *Colección de Jesuitas*, t. LXXXIV, hay *Anales de la provincia del Paraguay*.



prendió á su costa, jornadas de exploración por los llanos de Casanare, en 1647 y 48, el capitán, vecino y encomendero de la ciudad de Barinas, Miguel de Ochagavía, capitulando de seguida el reconocimiento del río Apure con armadilla en que hizo dos expediciones, desembocando en el Orinoco. Le acompañó como capellán y cronista Fr. Jacinto de Carvajal, autor de reseña que ha estado inédita hasta muy poco ha [1].

[1] Estaba manuscrita en el Archivo de León, y al celebrarse en España el Centenario IV del descubrimiento del Nuevo Mundo, tuvo la Diputación de la dicha provincia el buen acuerdo de imprimir el libro, cambiando el título original por el que le conocían los curiosos, por el más conciso de *Relación del descubrimiento del rio Apure hasta su ingreso en el Orinoco, por Fr. Jacinto de Carvajal, del orden de Predicadores, fielmente copiada del manuscrito autógrafo que se guarda en el Archivo municipal de León, y por primera vez impresa á expensas de la Excelentísima Diputación provincial, con las láminas que ilustran el texto, exactamente reproducidas, y algunos apéndices que harán más fácil su inteligencia.* (Escudo de armas.) León, imprenta de la Diputación provincial, 1892, 4.°, 444 páginas, con explicación de lugares geográficos por el bibliotecario D. Ramón Álvarez de la Braña y D. Juan López Castrillón. Cuando apareció la obra di cuenta de su contenido (en la revista *La España Moderna)* en términos que no tengo razón para alterar.

Entre la dedicatoria, el prólogo y advertencias «al prudente, discreto y advertido lector», los sonetos y décimas laudatorias con que contribuyen un D. Felipe Colón, vecino de la isla de la Margarita, capitanes, sargentos y conquistadores en número bastante para mayores empresas, y por colaboradores de fuste «el venerable y gran Neptuno, á quien la antigüedad gentílica celebró por universal Dios de las aguas», y sus *altivos* súbditos, llenan sesenta páginas de impresión de que puede juzgarse por la muestra:

Las ninphas y nereydas
que por dulces alvergues sinos
celebran las margenes de los rios Apures y Orinoco
á un Adonis y descubridor.

Ya podemos celebrar
las glorias que nos á dado
vn Adonis que á yntentado
nuestros christales surcar,
Colon primero en pissar
puertos nunca conocidos.
De españoles atrevidos,
solo Ochogavía á sido
quien tal gloria á conseguido
con sus soldados lucidos.

De las hojas que siguen, no son escasas las que el buen Fr. Jacinto ilustra con los preparativos de la expedición del Apure en *la muy celebrada ciudad de Barinas*, que por entonces tenía tres casas con tejas (según cuenta); en el acopio de provisiones, armas y pertrechos como para un ejército de..... *veintiséis soldados*, y en la marcha solemne y regocijada que había de ensanchar los dominios de aquel «reducido á un Argos vigilante, el monarcha mayor de el orbe todo, que siéndolo él



Algo más al Oeste deshacía los obstáculos naturales del río de la Magdalena el gobernador de Cartagena, con empleo de 500 prisioneros tomados á los piratas, consiguiendo hacerlo fácilmente navegable [1].

A la América central corresponden los estudios hechos por Fr. Martín Lobo, cosmógrafo é ingeniero, para salvar con navíos el istmo de Panamá [2], así como los del capitán y pi-

acclamado por el quarto de los gloriossisimos Philippos, antecesores suyos, reyes y señores nuestros, que hermosseados ya con telas de gloria gozan de la æterna, viene a ser el primero en grandeza y magestad, pues la que ostenta la deydad humana de Philippo quarto y grande, rey y señor nuestro (que Dios guarde) se aventaja a quantas los presentes siglos celebran por muy grandes, siendo muy pequeñas con parangon de la philipica grandeza y sin ygual magestad».

Desarrolla sucesivamente el cronista de la expedición veintidós jornadas náuticas, empleadas hasta dar con la corriente del Orinoco, contando en todas que «dormían muy bien en las playas explayadas hasta que, con ordinarios clarines, daban alegre alborada con redobles y repiques, en que son muy diestras las parlerillas avezuelas que ocupan los apureños márgenes, luciendo versicoloreros matices entre las obtusas ramas». Iba el padre bautizando con los hombres del santoral las islas que á cada paso dividían la corriente, sin otra novedad que de importancia calificarse pueda, aunque desvelos le costara consignarlas todas.

Una vez en el caudaloso Orinoco, varía la apreciación, porque en la ciudad de El Triunfo de la Cruz y Nueva Cantabria, aunque más humilde que *la muy celebrada* de Barinas, había capitanes vaqueanos y conquistadores lenguaraces entre *las naciones caribes*, que recibieron en palmas al padre de la Sagrada Orden de Predicadores, tanto por lo que su persona merecía, como por haber tiempo que no gozaban de la presencia y auxilio de religiosos; y entreteniéndole muy á espacio en sabrosas tertulias, ó sea chocolates vespertinos, le iban contando rarezas de costumbres de aquellos indios vigorosos, osados navegantes, dominadores de las otras razas inferiores; particularidades de los saltos y raudales de las vías fluviales, tan copiosas en el territorio; producciones naturales; riqueza de la fauna y la flora, y Fr. Jacinto lo anotaba todo, abultando su libro, sin dolerse de que las medifaciones para el sermón del día siguiente le obligaran á velar media noche.

Basta la parte útil de la obra para hacer olvidar el fárrago alambicado sobrante, y conservar por impresión final, á todas superior, la admiración del temple y buen deseo del autor, que, con más de ochenta años pasados en mar y tierra por trochas y páramos, á pie como á caballo, en el presidio de Santo Domingo, en la escuadra del general D. Jerónimo de Rojas y Sandoval, con la que asistió á la captura de veintisiete naos enemigas, tras la ocupación del confesonario y del púlpito, con los ejercicios de la Cuaresma desde el alba, pastor único de gran rebaño, robaba todavía horas al sueño para elogiar y enaltecer al caudillo de la expedición, á cada soldado de ella, á cuantos al paso encontraba. Su pluma no supo escribir censura de nadie, porque la tomaría de las sencillas avezuelas que le enamoraban.

[1] Memorial del maestre de campo D. Pedro Zapata, *Colección Vargas Ponce*, leg. XIV.—Fernández Duro, *Ríos de Venezuela y de Colombia: Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomos XXVIII y XXIX.

[2] *Medios y modo de juntar el mar del Norte con el del Sur para el paso de los galeo-*

loto Diego Ruiz de Campos, comprendidos desde la ciudad de este nombre, á uno y otro lado por la mar del Sur, en lo perteneciente al gobierno de Tierra Firme [1].

Por esta mar del Sur hicieron exploraciones, hasta la isla de Juan Fernández, el capitán Pedro de Badía y el cosmógrafo del reino del Perú, Lucas de Quirós, hijo del descubridor de las tierras del Espíritu Santo [2], é independientemente Fr. Francisco Ponce de León en la costa de Chile [3]. En Nueva España se despertó gran interés por las exploraciones en California, estimulándolas las relaciones é informes de Fr. Antonio de la Ascensión, compañero que fué de Sebastián Vizcaíno. Instado el Virrey, después de oir diversos pareceres, el año 1629, otorgó licencias á varios capitanes y armadores, proponiéndose unos correr toda la costa del mar de Cortés, y averiguar si tenía ó no salida al mar, y otros reconocer por fuera del cabo de San Lucas á más latitud que la alcanzada hasta entonces; pero tantos quisieron hacer la navegación; tales cuestiones se suscitaron, entre abusos y fraudes, que el nuevo Virrey, marqués de Cadereyta, revocó y anuló en 1636 las licencias, sin excepción de las que él mismo

nes de España hasta el Callao de Lima, sin necesidad de buscar el Estrecho de Magallanes. Año 1641. Ms., Beristain, *Biblioteca Hispano-Americana.*

1 *Relación verdadera y cierta de todo lo que hay en esta mar del Sur en el distrito del gobierno deste reino de Tierra-firme, hecha por el capitán Diego Ruiz de Campos, piloto examinado y muy práctico de toda esta mar del Sur, este año de* 1631: Academia de la Historia, *Colección Muñoz,* t. VI. Debajo del título se lee: «Hízose esta relación y derrotero y ajustóse con junta de pilotos por mandado y orden de D. Alvaro de Quiñones Osorio, del Consejo de Hacienda de S. M., su gentil hombre de la boca, gobernador y capitán general de Tierra-Firme y presidente de su Real Audiencia, año de 1631.» Á la descripción acompañan nueve planos grandes y varios menores intercalados en el texto.

2 *Descripción de la figura del reino del Perú y de la Tierra Firme conjunta con él, empezando desde Cartagena y acabando en el estrecho de Magallanes, corregida y aumentada de orden del príncipe de Esquilache, virrey del Perú, con particular estudio y detención, y añadiendo el estrecho de Maire, por Lucas de Quirós, cosmógrafo del Perú.* Original en pergamino en la Biblioteca particular de S. M.—Don Marcos Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas,* t. I, pág. 149.

3 *Descripción del reino de Chile, de sus puertos, caletas y sitio de Valdivia, con algunos discursos para su mayor defensa, conquista y duración, por el* maestro *Fr. Francisco Ponce de León, del Orden de Nuestra Señora de la Merced, conquistador y descubridor de las provincias del rio Marañón, fundador de la ciudad de San Francisco de Borja, etc., ect.* Impreso en 4.°, s. a. n. l. (1644), 15 hojas.



tenía acordadas, poniendo pena de la vida y de pérdida de bienes á los que salieran á descubrir antes de resolver el Consejo de Indias la consulta que sobre el particular elevaba [1].

Vinieron con este motivo á España los pretendientes, haciendo presentación de memoriales, por los que varias expediciones se supieron. El capitán Nicolás Cardona expuso haber servido en la carrera de Indias desde 1610, y en virtud de asiento que suscribió su tío el capitán Tomás de Cardona, empleado más de un año en el reconocimiento de las islas de Barlovento ó Antillas menores, tras lo cual pasó al mar del Sur, y con tres bajeles y una lancha costeó á California y la costa opuesta dentro del golfo hasta 34° de latitud, desde donde volvió á Zacátula, consumidos los víveres. Fué en su compañía el capitán Juan Iturbe, y no pudieron reanudar la exploración por haber embargado los navíos el Virrey y empleádolos en comisiones de guerra. Él vino á la corte, *escribió un libro de sus descubrimientos*, obtuvo cédulas para continuarlos y consiguió empleo en otras comisiones [2].

En el número de los pretendientes se contó asimismo á D. Pedro Porter y Casanate, cuyas licencias, conseguidas en Méjico juntamente con D. Alonso Botello y Serrano, se revocaron por el Marqués de Cadereyta. Su memorial [3] refiere las vicisitudes con que luchó tratando de averiguar «si California era isla ó tierra firme; si el golfo tenía fin ó salida y correspondencia con el mar del Norte», y posteriormente, conseguida la autorización real, con títulos de Almirante y Cabo, los nuevos trabajos y dificultades de la empresa en los

[1] Componen el tomo XIX de la *Colección de Navarrete* los documentos copiados en el Archivo de Indias que tienen relación con expediciones en este período: hay descripciones, derroteros é informes de Fr. Antonio de la Ascensión, Juan López de Vicuña, Gonzalo de Francia, Martín de Lezama, Lope de Argüelles, Henrico Martínez, Alonso Ortiz de Sandoval, Sebastián Gutiérrez, Diego de la Nava, Esteban Carbonel, Juan de Iturbe y Francisco de Ortega. Algunos más se han publicado en la *Colección de documentos de Indias*, t. VIII, pág. 539.

[2] *Memorial del capitán Nicolás Cardona al Rey sobre sus descubrimientos y servicios en California. Colección de documentos de Indias*, t. XIX, págs. 42 y 142.

[3] En la misma *Colección*, t. IX, págs. 5, 19 y 30, y en la de *Navarrete*, t. XIX, números 30 y 32, notable.



años 1643 y 1644, llevando consigo al cosmógrafo Melchor Pérez de Soto.

Quedaran tal cual las dejó las descripciones, si el año 1708 no apareciera en Londres, en la revista *Memoirs for the curious*, la nueva de haberse encontrado relación española de un viaje desconocido que produjo nada menos que el descubrimiento del paso ó comunicación entre el mar Pacífico y el Atlántico por las alturas de California. Traducido el relato, por el que se decía que el almirante Bartolomé de Fonte había penetrado en 1640 por lagos, ríos y cascadas en las tierras del Norte hasta 80° de latitud; apoyada la autenticidad por personas de tan respetable crédito científico como MM. Delisle, Buache y Fleurieu, despertó la atención de los geógrafos alemanes, franceses é ingleses, por discutirse acaloradamente en aquellos momentos si existía ó no la comunicación de los mares.

El P. Andrés Marcos Burriel, de la Compañía de Jesús, se tomó el trabajo de probar [1] que el viaje de Fonte, almirante imaginario, era pura novela. Insistió en el particular una y otra vez el erudito Navarrete [2], sosteniendo que no tuvo la relación origen en la España de aquende ni en la de allende, por no encontrarse del personaje, ni de su figurada empresa, noticia en ningún archivo, llegando á persuadirse que debió ser invención de alguno de los partidos contendientes en Inglaterra sobre la existencia del estrecho.

El título con que la relación se publicó en inglés [3] podrá

1 En obra que no lleva su nombre, titulada *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la historia manuscrita formada en México año de* 1739, *por el P. Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús; y de otras noticias y relaciones antiguas y modernas, añadida de algunos mapas particulares*, etc. Madrid, en la imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, año 1757. Tres tomos en 4.°, t. III, págs. 352 y 436.

2 *Noticia histórica de las expediciones hechas por los españoles en busca del paso NO. de la América.* Madrid, 1802.—*Biblioteca marítima*, t. I, pág. 211.—*Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XV, pág. 154.

3 El P. Burriel lo tradujo así: *Carta por el almirante Bartolomé de Fonte, antes Almirante de la Nueva España y del Perú, al presente Presidente de Chile, en la cual da cuenta de lo más importante que contiene su Diario desde el Callao de Lima en el Perú, y de sus reconocimientos para descubrir si hay algún pasaje al NO. del Océano Atlán-*



apartarse un tanto del primitivo, desnaturalizando el sabor castellano; pero que español fué en principio, y que no debe suponerse ficción inglesa, me parece por indicios que voy á exponer, sin que de ellos resulte, á mi juicio, nada contrario á las claras y razonadas pruebas aducidas por los enunciados críticos acerca de la falsedad del viaje de Fonte, tal como se supone realizado el año 1640.

Que se hicieron tentativas para el descubrimiento es indudable; en mandamiento expedido por el virrey de Méjico, Marqués de Cadereyta, en 23 de Septiembre de 1636, autorizando exploraciones á más altura de lo reconocido hasta entonces, ponía por condición que había de hacerse «sin proseguir al descubrimiento del estrecho por donde se entendía se comunicaba la mar del Sur con la del Norte, porque esto lo tenía S. M. reservado á sí» [1].

La prohibición es indicio de que alguien pretendía ó había pretendido semejante empresa; y si duda queda, la desvanecen estas frases del memorial de D. Pedro Porter y Casanate al Rey [2]:

«No ha faltado quien repare en que este descubrimiento, si hubiese estrecho para España, podría abrir paso al enemigo, siendo así que si no le hay, cesa el inconveniente de este escrúpulo, y si le hay, los enemigos tienen en él sus poblaciones; y para saberle, ¿quién puede estorbarles (aunque Su Majestad prohiba á sus vasallos el verle) que por la otra boca él no lo descubra? Y así, se debe creer que no le ha hallado el enemigo, ó es intransitable, y si le sabe y no le usa, por su conveniencia le oculta. Y si hay estrecho, ya habemos incurrido en el daño, pues le están publicando las cartas geográficas españolas más modernas; y las extranjeras, si le saben, no lo encubren, antes ponen camino navegable, y (al propósito) navíos que van de la Florida, donde ellos están poblados, á la California. Y para conveniencia de V. M., si hubiese

tico á la mar del Sur y mar de la Gran Tartaria, *traducida del inglés y ahora del francés*.

[1] *Colección Navarrete*, t. XIX, núm. 33.

[2] *Colección de documentos de Indias*, t. IX, pág. 19.



paso (según las experiencias de los vientos generales del Océano), en mayor altura son continuos los vendavales, y así los navíos de V. M., con facilidad podrían ir de las Indias á España, y al contrario, los del enemigo no podrían menos de, con grande dificultad ó riesgo y dilación, ir por él á las Indias..... El intento del suplicante no es defender opiniones ni prometer á V. M. riquezas, ni ofrecerle reinos, como los informes y pareceres (del P. Ascensión y otros), sino desear saber la verdad de todo y traer el desengaño, sirviéndole á V. M. en hacer este descubrimiento á su costa y riesgo, por ser tan importante.....»

Con estos antecedentes no es aventurado presumir que en los viajes hechos en California por Porter en los años 1643 á 1644 (viajes cuyas relaciones y diarios no han llegado hasta nosotros), procuraría llenar su deseo. Mas desde luego puede asegurarse que, fuera cualquiera el punto á que llegara, no era hombre capaz de desfigurar la verdad, poniendo una cosa por otra; la nobleza con que exponía sus propósitos le abona; la indicación de sus conocimientos en oceanografía le prestan autoridad; el elogio de sus contemporáneos respeto [1]. Otro

[1] No es bastante el que condensaron el Sr. Latassa en la *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*, t. III, págs. 239 y 243, y el Sr. Navarrete en la *Biblioteca marítima*, t. II, págs. 604 y 609, cuanto menos los artículos de Nicolás Antonio, León Pinelo, Huerta y Beristain; de justicia sería enumerar otros escritos, no citados, de este sabio marinero, manuscritos ó impresos en Méjico y en Lima. El maestre de campo D. Martín de Herize, gobernador de Chiloe, lo alabó soldado, contento de su presencia cuando vestía de gala á lo militar, «el calzón y el coleto de ante fino, bota flandina, banda con puntas de plata, espadín pendiente, cadena de filigrana de camarones de plata, sombrero noguerado de castor con blanco y ostentoso penacho»; y un cronista anónimo del Perú (*Colección Navarrete*, t. XIX, núm. 57), dando por sabido lo que navegó en armadas, que enseñó cosmografía á Oquendo y á muchos más, dictó preceptos para la navegación, construyó instrumentos, se acreditó de hidrógrafo y de hidráulico, de literato, de filósofo, de hombre de energía en los combates de Finisterre, Guetaria, Tarragona, Barcelona, compendiaba su vida en estas pocas líneas: «Caballero de Santiago, honra de la imperial ciudad de Zaragoza, su patria, último restaurador del reino de Chile, soldado grande y valeroso entre los mayores de su tiempo, limpio de manos y libre de intereses, que había dado á la Armada real grandes muestras de valor y experiencia, y en la guerra de Sinaloa, donde fué Gobernador».

Existe en la Biblioteca Nacional, escrita en papel sellado y legalizada por escribanos, con signatura S. 52, *Relación ajustada de los servicios del almirante D. Pedro Porter y Casanate*, hasta 1655, y en apoyo de mis deducciones dice: «Aseguró del



hubo de ser el que, aprovechándose de sus trabajos en la manera que lo hizo Americo Vespuci de los viajes de Ojeda, la Cosa y compañeros, para componer los suyos, fantaseó la exploración del estrecho, y mucho me engaño si el autor de la superchería de descubrimientos en 1640, compuesta con una parte real y efectiva perteneciente á Porter, y otras de atrevida invención, no fué D. Diego de Peñalosa, personaje diestro en parecidas componendas, según he tenido ocasión de averiguar [1].

Fijando un tanto la atención en el escrito impreso en Londres en las *Memoirs for the curious*, se nota que Fonte, nombre poco distinto de Porter, había sido Almirante en Nueva España y en el Perú, y después Presidente de Chile, todo lo cual fué Porter. Uno de los navíos de Fonte se nombraba *Rosario;* la fragata de Porter, *Rosario:* coincidencias entre las que se atraviesa el vicealmirante *D. Diego de Penelosa*, decidido á descubrir «si la California era verdaderamente isla ó península».

¿Qué objeto se propondría el *indio español* (como él se llamaba) con la invención? Sin duda el mismo que le instó á forjar las otras, diciéndose conde, marqués, duque, adelantado....., el de acercarse en Londres á los interesados en la navegación y comercio de las Indias, por los cuales consiguió acceso á la Secretaría del Consejo, al príncipe Roberto, al Duque de York y al Rey, en fin, como adelante en Francia, al Príncipe de Conti, al Cardenal d'Estrés, al Marqués de Seignelay, en una palabra, el de vivir, como caballero de industria, hecha dejación voluntaria de la honra y de la vergüenza.

recelo que antes se tenía de que pudiesen entrar navíos de enemigos en la mar del Sur por aquella parte, como consta de las relaciones que se remitieron á Su Majestad en 1651.»

[1] *Don Diego de Peñalosa y su descubrimiento del reino de Quivira. Informe presentado á la Real Academia de la Historia.* Madrid, 1882, impreso en las Memorias del Cuerpo, t. x.

XIX.

BATALLA DE ORBITELO.

1644-1648.

Segundo sitio de Tarragona.—Alteraciones en los altos cargos de la marina.—Rinden franceses la plaza de Rosas.—Mal efecto de la nueva.—Armamentos en Cádiz.—Atacan los enemigos á Orbitelo.—Acude nuestra escuadra.—Batalla.—Muere el Almirante francés.—Alza su ejército el sitio de la plaza.—Descontento, no obstante, el Rey, ordena residenciar á los jefes.—Consecuencias.—Nombra Gobernador general del mar á D. Juan de Austria.—Va éste en jornada á Italia.—Sofoca la sublevación de Nápoles.—Servicios que presta la armada.—Combates con la de Francia.

MALA impresión produce al volver desde las Indias al Continente viejo el estado revuelto, nada satisfactorio, en que andaba la guerra. Siéndonos adversa la fortuna en los Países Bajos, una tras otra se perdieron, entre varias plazas, las marítimas de Gravelinga, Mardik y Dunquerque, que servían de acceso á la comunicación con la Península, con lo que llegó á ser verdaderamente difícil *poner una pica en Flandes*[1]. En Portugal se llevaban flojamente las campañas de frontera, dedicada la atención privilegiada á Cataluña, sin obtener por ello resultados que pudieran compensar las pérdidas de allende; lo adelantado desde la revuelta consistía en la persuasión de los catalanes de que nada ganaban sometidos á la tutela francesa, de que iban cansándose.

[1] En la *Colección de Tratados de Abreu y Bertodano* están insertas las capitulaciones de rendición.

La armada de esta nación en el Mediterráneo, más activa que la nuestra, volvió á bloquear á Tarragona, sitiada segunda vez por tierra en el mes de Julio de 1644; y aunque no dejaron de entrar embarcaciones menores, manteniendo correo con el exterior, y dos bajeles penetraron con víveres, siendo de excelente servicio su gente para el manejo de la artillería, no podía esperarse de las galeras del Duque de Tursi socorro de consideración, y hubiera sucumbido acaso al furioso cañoneo y asaltos por las brechas si repentinamente no se alejara el ejército enemigo el 13 de Septiembre, abandonando cañones, pertrechos y víveres sin aparente causa [1].

Mr. de Brézé corrió desde Salou la costa hacia Poniente pudiendo emplear sus navíos de fuego contra cuatro mercantes cargados de trigo en el Grao de Valencia, por remate de campaña.

Concluída, el referido Duque de Tursi resignó el mando de las galeras, alegando motivos de edad y salud, aunque no fuera misterio ser causa verdadera el abandono en que la escuadra estaba, sin pagas ni forzados. Con su dimisión se promovió cambio de personal, que otros motivos reclamaban. Este año fallecieron, de muerte natural, el Duque de Maqueda, capitán general de la armada del Océano [2], y el almirante Sancho de Urdanivia [3]; á poco se dió sentencia condenando al Duque de Medina Sidonia, á prisión perpetua, con pérdida de Sanlúcar de Barrameda [4]; quedaron, pues, vacantes los cargos principales de la marina, y se proveyeron confiriendo á D. Antonio Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli y de Alcalá, títulos de Capitán general de las costas de Andalucía, extendiéndose su jurisdicción

[1] *Relación enviada por D. Luis Ponce de León, hermano del Duque de Arcos, Virrey de Valencia, de lo que sucedió en el sitio de Tarragona, que por mar y por tierra tenían puesto los franceses. Año* 1644. Ms. Academia de la Historia, signaturas 11, 2, 6, leg. 13.—*Crónica de Parets,* capítulos CLX y CLXI.—*Memorial Histórico,* t. XVII, páginas 491 á 496.

[2] El 30 de Octubre.

[3] Dejó cuantiosos legados al hospital de Irún, su patria, según refiere el historiador local Gaínza.

[4] Novoa, lib. XIII, pág. 186.

desde Ayamonte hasta el estrecho de Gibraltar y 20 leguas tierra dentro, y de Capitán general del mar Océano y de todas las armadas de navíos de alto bordo «para limpiar de corsarios y obviar las piraterías y daños en la navegación de Indias» [1], debiendo gobernarse por las cédulas, formas é instrucciones que lo hacía su antecesor, con la diferencia de señalarle término de tres años, que en el otro era indefinido. En las escuadras de galeras se corrió la escala, pasando al cargo superior de las de España D. Melchor de Borja [2]; al de las de Nápoles, al Marqués del Viso, y al de las de Sicilia, al Marqués de Bayona, y la de navíos de alto bordo *ad interim* á D. Francisco Díaz Pimienta, premiando el éxito alcanzado en la isla de Santa Catalina con el título de Almirante general.

Pronto causó alteraciones en la combinación la estrechez de la Hacienda pública, por la que, ni se encontraban los bajeles necesarios, ni los de la armada estaban en estado mejor que las galeras para cubrir las exigencias, de pronto aumentadas por armamento del Gran Turco y petición de auxilio de la República de Venecia, que olvidaba sus epigramas á la Liga en el momento de la conveniencia. Bien pudo el rey D. Felipe recordárselos, y aun repetir la altiva contestación recibida de la Señoría cuando se trató del viaje de la Reina de Hungría, su hermana; mas, lejos de ello, fuera instado por el carácter de suyo generoso, ó por recelo de que se extendieran los otomanos desde Candía á Malta ó Calabria, ofreció el concurso de una escuadra de navíos [3].

Los franceses, rechazados en el puerto del Final, emprendieron en la campaña de 1645 el sitio de Rosas, única plaza que interrumpía sus presidios desde el Rosellón á Barcelona, estrechándola por tierra y mar con mucho empuje, aunque por su disposición maltrató á los bajeles y algunas galeras

[1] Expedidos en Zaragoza, á 31 de Marzo de 1644. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, M. 73.

[2] De Centellas y Borja ó de Borja y Centellas le nombran documentos. Era hijo del Duque de Gandía y hermano del cardenal D. Gaspar.

[3] Novoa, lib. XIII, páginas 193-199.

echó á fondo. El enemigo se aprovechó de los fosos inundados para acercarse á la muralla con embarcaciones cubiertas con techumbre de hierro á prueba de bomba, desde las que abrieron hornillos, haciendo brecha por la que pudieran entrar tres carros á la vez. Ocurrió dentro otro accidente desgraciado, volando un almacén de pólvora, con destrozo que obligó al Gobernador á capitular la entrega con honrosas condiciones, habiendo prolongado dos meses la defensa.

Censuróse, no obstante, en la corte que no la continuara, haciendo malignas suposiciones contra su honra: como capítulo de cargos se formuló á la del General de las galeras de España, D. Melchor de Borja, por no haberla socorrido á viva fuerza. Citábase el caso de un capitán mallorquín que con dos bergantines se había arrojado á cortar la línea del bloqueo, consiguiendo entrar 200 soldados, balas de mosquete, médicos y medicinas, como si fuera igual correría nocturna de sorpresa, que batalla atacando á fuerza superior [1]. Como la equidad de la opinión no suele pararse en diferencias, fué su víctima Borja, depuesto del mando, encerrado en el castillo de Odón y sometido á las diligencias de un proceso tan largo como inútil, pudiendo alegar razones irrefutables de descargo [2].

En su reemplazo se dió el título de Capitán general al Conde de Linares [3], portugués, Virrey que fué de la India oriental, rehabilitándole de la sentencia de pérdida de todas las mercedes, en que había incurrido por haberse negado á conducir la última expedición al Brasil, que llevó en su lugar el Conde de la Torre [4].

[1] Tratan extensamente del sitio de Rosas: Parets, capítulos CLXXI y CLXXII; Novoa, lib. XIII, pág. 179; *Memorial Histórico*, t. XVIII, páginas 84, 88, 146 y 173.

[2] *Alegación por D. Melchor Centellas de Borja, capitán general de las galeras de España, en el pleito con el licenciado D. Juan de Morales Barnuevo, fiscal del Consejo, sobre la pérdida de la plaza de Rosas.* Impresa en folio. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. LXXIII, núm. 6.—Otra defensa en la Biblioteca Nacional, Mss., Ff. 129.

[3] Don Miguel de Noronha, conde de Linhares, firmado en Zaragoza, á 13 de Junio de 1645.

[4] Según el autor de las *Noticias de Madrid*, venido de la India le acordó el Rey títulos de Marqués de Viseu (Villarreal), y de Conde de Linares para su hijo ma-



Le deparó la suerte feliz inauguración con la captura de un convoy de cuatro navíos franceses, conductores de provisiones para las tropas de Barcelona [1], y de algunas embarcaciones de cabotaje al hacer demostración ante esta ciudad y puerto, juntamente con la armada de Pimienta, después de desembarcar en Vinaroz 7.000 infantes destinados al sitio de Lérida.

En el período de invernada quiso el Gobierno avanzar las operaciones de campaña siguiente, procurando se adelantaran los armamentos, para lo cual fué á Sevilla y Cádiz el ministro D. Luis Méndez de Haro, conde-duque de Olivares, con amplias facultades. Se deseaba que, cuando menos, estuviera en el Mediterráneo, á principios de Febrero de 1646, un trozo de la armada del Océano que se alistaba en Cádiz, si bien se había de aprestar con igual urgencia la de la guarda de Indias para escoltar las flotas; los bajeles que fueran necesarios al fin de conducir á Flandes un tercio de soldados sardos; otros para llevar á Cataluña 4.000 infantes, y los que habían de reemplazar á los inútiles.

No habiendo tantos, significó el Rey á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas que volvieran á poner en vigor las fábricas de naos como anteriormente las tenían, y formaran escuadra que se denominara de Cantabria, ofre-

yor; á éste oficio perpetuo de Mariscal de Portugal, y al otro cargo de General de Ceuta, con más, prorrogación del gobierno de Sofala por otros tres años; 24.000 ducados de ayuda de costa, 5.000 de renta perpetua, 2.500 á su nuera; General de mar y tierra el tiempo que durase la jornada del Brasil; título de Virrey, y en Portugal, mientras estuviera allí la Infanta, el de Teniente general; prorrogación de vidas de las encomiendas que disfrutaba; cuatro hábitos para dar á quien quisiere; y de morir en la jornada del Brasil, se tuvieran por hechas todas las mercedes. Preso y sentenciado por su negativa á hacer la jornada en pérdida de las referidas mercedes y destierro en Tordesillas, ablandándose la severidad del Rey, obtuvo en 1643 el mando de la escuadra de galeras de Sicilia, y contribuyó con ellas á la toma de Cadaqués. Constan estos pormenores en los *Avisos Históricos*, de Pellicer; *Semanario Erudito*, t. XXXI, pág. 26, y en el *Memorial Histórico*, según indica el índice alfabético de personas del tomo XIX. En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. I, núm. 23, se guarda *Memorial* impreso en 30 folios *de méritos y servicios de D. Fernando Noroña, conde de Linares, y de sus ascendientes, pidiendo grandeza de Castilla ó título de Duque en Portugal.*

[1] *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 144.— Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXX, núm. 96.



ciendo arbitrios para ello, y contestaron estar extenuadas por los continuos sacrificios que habían tenido que hacer, y en la certidumbre de que no se encontraría quien fabricara naves si no se pagaba á los constructores lo que se les debía y no se les aseguraba el pago en lo sucesivo, así como que se les libraría de las extorsiones de toda especie que experimentaban [1].

Las dificultades se extendían á los pertrechos, de modo que se hizo preciso adquirir, en país enemigo de Holanda, por segunda mano, perchas de arboladura y *pacage* para velas; mas, sobre todas, se hacía sentir la falta de marineros después de disponer levas extraordinarias en Asturias, Galicia, Murcia y Cartagena, y la buena voluntad del almirante general D. Francisco Díaz Pimienta, que, disgustado de su papel de general subalterno, hizo dimisión pretextando falta de salud.

Secamente le ordenó S. M. continuar en el cargo «por no ser tiempo de otra cosa, como tampoco de enviar la carta que había escrito despidiéndose del puesto con que le había honrado y adelantado tanto» [2], y con análogos procedimientos consiguió que, mal ó bien, saliera á la mar la escuadra, se agregaran cuatro fragatas de Dunquerque á cargo de Cornelio Mayne, y se movilizara la de Nápoles del de don Pedro de Orellana, trayendo infantería y caballería á la costa de Valencia.

A los enemigos sorprendió la actividad inusitada, por la cual, resguardadas y defendidas las plazas de Tarragona y Tortosa con respetable armada [3], quedaban anulados los planes contra ellas. Tuvieron que hacerlos nuevos, buscando medios de alejar á nuestras naves y distraer la atención llevándola lejos de Cataluña, á cuyo fin, partiendo de Tolón en escuadra en el mes de Mayo, con 36 bajeles, 20 galeras y un complemento de tartanas, polacras ó bergantines, que

[1] *Colección Vargas Ponce*, leg. 3, números 84 á 86.

[2] *Colección de Reales cédulas* dirigidas á D. Luis Méndez de Haro, de 1644 á 1648. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, k. 15.

[3] No he logrado ver relación más que del segundo trozo, que componían:



hacía subir el conjunto á más de cien velas, puso las proas hacia el monte Argentaro, en Toscana, á cuyo pie se hallaban las plazas de corta entidad reservadas por el rey Felipe II á su soberanía después de la guerra de Siena. Santo Estefano y Telamón, dos de dichas plazas, cuya guarnición no llegaría á cien hombres, cañoneadas por la escuadra, se redujeron fácilmente y dieron campo al desembarco de 8.000 infantes, 800 caballos y material de sitio, de que era cabeza el príncipe Tomás de Saboya, poco antes general español. Era su objetivo Orbitelo, fuerte algo más importante que los dichos, por su situación en una península sobre el lago ó *estaño* de su nombre. Oportunamente le había provisto de víveres y municiones el virrey de Nápoles D. Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, encargando su defensa á Carlos de la Gatta, excelente capitán napolitano, con unos 200 soldados españoles é italianos. Ya empezada la expugnación, desembarcó el Marqués del Viso por Puerto Hércules algunos más, que entraron á vista de la escuadra francesa: acción meritísima; pero abiertas trincheras y circunvalada la plaza de 12 al 21 de Mayo, guardando los puertos y costa la armada, quedó imposibilitado el acceso á sucesivos socorros.

Llegada á España la nueva, se dió orden al Conde de Linares, á quien, como Capitán general de las galeras, correspondía la jefatura en el mar Mediterráneo, para que con las suyas, las de las demás escuadras y la armada de navíos de alto bordo acudiera al opósito de la francesa, lo que hizo desde luego poniéndose á la vela. El 8 de Junio, llegando

	Toneladas.
Capitana Real	1.200
Navío nuevo de Urvicta	800
Dos de Quincoces	1.700
San Jerónimo	550
Nuestra Señora de Regla	450
Urca el *León Rojo*	550
— *Rosa Pequeña*	560
— *León de Oro*	400
Fragata *San Felipe*	250
— *San Carlos*	200
11	6.660

al cabo Carbonera, en la isla Cerdeña, se le unieron 18 galeras de las escuadras de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Génova, elevando su fuerza á 22 navíos de guerra, cinco de fuego y 30 galeras. En junta de guerra se examinaron los datos recogidos relativamente á la posición, fuerza é intentos del enemigo, y se acordó provocarlo á batalla.

El 12 amanecieron las galeras de vanguardia sobre la isla de Gillo (*Giglio*), donde tomaron de sorpresa á las *falucas* de guardia del enemigo, y tan luego como éste avistó las velas españolas, zarpó, separándose de la tierra. Ordenó su línea alternando navíos y galeras, con proas al Poniente, cerrando el paso á la nuestra, que, en dirección contraria, navegaba en línea de frente, á vanguardia los bajeles; en línea paralela las galeras, y á retaguardia ocho navíos rezagados. El viento era de tierra bonancible, sirviéndose de él ambas armadas para acercarse á cuatro millas de distancia, á que estarían al sonar las nueve de la mañana del 14 de Junio. Contáronse en la de Francia 36 navíos y 20 galeras; de modo que era superior en nueve de los primeros, y superior en todo, por consiguiente, aunque tenía 10 galeras menos.

Habiendo calmado el poco viento en la situación dicha, la capitana de España, del Conde de Linares, dió remolque á la capitana real de Pimienta; la capitana de Nápoles, del Marqués del Viso, á la nao *Testa de Oro*, una de las mayores; la capitana de Sicilia, del Marqués de Bayona, al galeón *San Martín*, y así las otras, poniendo proas á la mar con designio de esperar á la virazón, ó sea viento de fuera, que era de presumir reinara hacia la tarde, y encontrarse á barlovento.

Lo propio hicieron en la armada francesa, por lo que ambas navegaron paralelamente un buen rato, adelantando más la nuestra, precisamente por tener mayor número de remolcadoras que de remolcados, y así, al entrar la virazón, como se esperaba, encontróse á barlovento y trató de utilizar la ventaja largando todas las velas y arribando sobre el enemigo para abordarle.

Dió á conocer el Duque de Brézé, general francés, no

haber variado su táctica de aquella que ejercitó en las batallas anteriores de Cádiz, de Barcelona y de cabo Gata, consistente en el empleo de navíos de fuego si conseguía el barlovento, y en esquivar el encuentro, y principalmente el abordaje, en caso contrario. En el momento de empezar la maniobra los navíos españoles, ordenó á los suyos orientar igualmente todas las velas, y se puso en huída desordenadamente; mas no pudo hacerlo tan pronto que no fuera alcanzada la retaguardia y comenzara el cañoneo, en desorden también de los nuestros por acelerar la caza.

Un balazo de fortuna, que desarboló á la capitana real del mastelero mayor, derribándole por consecuencia los de juanete, fué quizá causa de no experimentar Francia un desastre sonado, porque volvió el Conde de Linares á dar remolque al bajel, sacándolo á barlovento: el almirante D. Pablo de Contreras acudió á protegerlo, recelando que en aquel estado le abordaran los navíos de fuego, y los bajeles, como las galeras, sin cabezas, sin órdenes que obedecer, procediendo cada capitán por su criterio, sin unidad ni norma, se embarazaron unos á otros, llegando la noche sin haber conseguido resultado de consecuencia. En cuatro horas que duró la pelea se voló uno de los navíos de fuego del enemigo, y en cambio, desarbolado uno de los nuestros (la fragata *Santa Catalina*), lo incendió su capitán, temiendo fuera apresado. Sufrió bastante la nao *Testa de Oro*, una de las más empeñadas, mientras no la sacó la capitana de Sicilia, y estuvo en peligro de hundirse la de Nápoles, habiendo recibido, entre muchos, un balazo á flor de agua por la medianía de la banda siniestra. Los franceses hubieron de padecer no menos, y, según luego se supo, una bala que entró por la popa de su capitana mató al general Duque de Brézé y á otras personas á su lado.

El día 15 aparecieron las armadas distantes cosa de 12 millas una de otra; la de Francia hacia Levante, á barlovento, sin dar muestras de empeño en renovar el combate. Había reparado su aparejo la capitana real durante la noche, y ordenó hacer rumbo á Puerto Hércules, suponiendo que,



por evitar el adversario que se diera socorro á Orbitelo, empeñaría otra batalla: no fué así, porque, variando el soplo de la brisa, encontróse á barlovento la nuestra, y tan luego arribó, se puso en huída la francesa, como el día anterior.

Empleóse el 16 en maniobras parecidas, con las que acabaron de persuadirse nuestros generales de que los de Francia trataban sólo de entretenerlos sin arriesgarse, y decidieron entrar el socorro; pero durante la noche cargó el viento del Sudeste con violencia que dispersó á los bajeles, poniendo en grave riesgo á las galeras. De los primeros, corrieron algunos hasta Cerdeña; buscaron otros abrigo en las islas Gillo y Monte-Cristo; hubo choques y embarazos de unos con otros, quedando la galera *Santa Bárbara* tan destrozada, que dos horas antes de amanecer se fué á pique sobre la isla de Gillo, ahogándose 46 forzados [1].

Se vió á la escuadra francesa en dispersión el día siguiente, con señales de haber experimentado la fuerza del temporal. Una de sus galeras había dado al través sobre el Piombino, y las nuestras se apoderaron de los despojos, tomando la artillería y gente; á otras dieron caza, trabando escaramuza, y apresando una que sirvió de reemplazo á la *Santa Bárbara*, y un navío de fuego, separado de su armada.

El 23 y 24 llegaron navíos y galeras á Puerto Longone, punto señalado para reunirse y reparar las averías. Celebróse consejo de generales, tratándose de dar socorro á Orbitelo, toda vez que la armada francesa había hecho rumbo á los puertos de Provenza: hacía más llana la empresa la llegada de ocho bajeles de la escuadra de Nápoles, que se unieron el 25; no obstante, puso el General en jefe, Conde de Linares, toda especie de reparos, estimando en más el valor de la armada que el de aquella plaza insignificante. Lo que decidió por sí fué que las fragatas de Dunquerque forzaran el puerto de Telamón, y los bajeles recién llegados de Nápoles lo hicieran en Santo Stefano el 26, resultando la operación pro-

[1] *Colección Vargas Ponce*, leg. 26.

vechosa, pues tomaron ó destruyeron 70 tartanas y polacras en que el ejército francés tenía su almacén.

Una carta del gobernador Carlos de la Gatta manifestando haber llegado al extremo de la resistencia, decidió por fin al Conde á desembarcar la gente de la armada, componiendo un cuerpo de 3.300 infantes, cuyo mando confió al almirante Pimienta, con orden de avanzar sobre el *estaño* de Orbitelo. Hízolo dividiendo en dos su tropa y ocupando una colina, donde resistió el empuje de la caballería francesa; no así el escuadrón avanzado, deshecho en la carga, con pérdida de muchos capitanes, por lo que, tras de seis horas de combate, se hizo precisa la retirada y reembarco de noche, con más de 400 heridos, dejando los muertos en el campo.

Vuelto á reunir el consejo, significó el General la imposibilidad de repetir intentos de socorro, con razones que rebatieron los Marqueses del Viso y de Bayona, ofreciendo sus personas para la empresa, y esforzándose en demostrar que sostener la plaza de Orbitelo era por entonces el mayor servicio que pudiera hacerse á S. M. Linares, apoyado por Pimienta, creía conveniente dar la vela saliendo al encuentro de la armada francesa entre las islas de Elba y Monte-Cristo, para estorbar el desembarco de los refuerzos que traería.

Ni una cosa ni otra se hizo, perdiendo el tiempo en discutir y testificar votos contrarios, sucediendo en tanto que en la noche del 20 entraron en Telamón cinco navíos franceses con más tropas; creció la arrogancia del príncipe Tomás, y empezó á darse por perdida la plaza, como ocurriera tal vez sin la llegada de caballería enviada por tierra por el Duque de Arcos con el general Marqués de Torrecuso. Éste se arrimó en el consejo á las opiniones de los Marqueses del Viso y de Bayona, quedando el General en jefe solo y desairado en su obstinación, tan adelante llevada que, alegando la necesidad de sus galeras en la costa de Cataluña, marchó con ellas, dando orden á Pimienta para que lo hiciera con los bajeles á Nápoles, y haciendo dejación del resto al Marqués del Viso.

Cambió en el instante la situación por la buena armonía y deseos del nuevo jefe con los Marqueses de Bayona y de



Torrecuso, no desprovistos de recursos, aunque Pimienta se negara á concurrir con ellos, por haber llegado de Cádiz seis navíos con infantería y provisiones, y de Nápoles tartanas y falúas transportando 4.000 hombres. Desde el 17 de Julio trabajaron los soldados abriendo camino fuera del alcance de los fuertes enemigos: el 18 emprendieron la marcha sostenidos por las galeras, que previamente habían batido á las torres de San Blas y Lancidonia, y á punto de atacar á las trincheras las desamparó el príncipe Tomás, retirándose precipitadamente hacia Telamón, cuidando de cortar los puentes tras sí. Abandonó en las baterías de Orbitelo 20 piezas de artillería, el trabuco con que arrojaba bombas, los pertrechos que no pudo destruir, dejando sembrado el camino, hasta que pudo embarcar la tropa y dar la vela el 24.

Con esto se dió por acabada la campaña, y volvieron las tropas á Nápoles, las galeras á sus puestos, la armada á España, celebrando la suerte con que se había libertado á la plaza de Orbitelo, y deshecho los designios de Francia derrotando sus ejércitos de tierra y mar. Mas nadie quedó satisfecho de la nueva [1]; las escuadras se habían dispuesto y despachado para restaurar el crédito de la marina; para buscar y destruir á la de Francia aun cuando fuera dentro de sus puertos; órdenes y recomendaciones que los jefes habían desatendido, teniendo por dos veces ocasión de realizarlas. En la batalla naval de Orbitelo no brillaron ni la inteligencia ni la decisión de los caudillos, justamente censurados por la separación ó abandono de las fuerzas que debían guiar; en el socorro de la plaza tampoco dieron ejemplos que imitar á la disciplina; por último, con el alejamiento de la mar, de que habían quedado señores, alentaron la vuelta del enemigo, que, si bien fracasó en el intento de sentar el pie en Cerdeña, rechazando infantería y caballería del país el desembarco [2], se apoderaron sin dificultad de Puerto Longone, en la

[1] Véase el apéndice de este capítulo.

[2] Según noticia del *Memorial Histórico* (t. XVIII, pág. 279), aportaron á Cerdeña 140 tartanas con materiales de construcción para un fuerte. Los de la isla les hicieron bastantes prisioneros y ahuyentaron al resto con pérdida.



isla de Elba, y de Piombino, ciudad opuesta en el Continente, dirigiendo la expugnación el mariscal de la Meilleraie [1].

El Rey significó su descontento ordenando al almirante Pimienta que sustanciara causas y procediera al castigo riguroso de los oficiales que hubieran faltado á sus deberes [2], principio de la investigación que alcanzó á los jefes: relevados de sus cargos y presos el mismo Pimienta, el Conde de Linares, el Marqués del Viso, que lo era ya de Santa Cruz por fallecimiento de su padre [3], el Marqués de Bayona y don Pablo de Contreras, almirante de la armada del Océano, sustituyéndoles en ínterin con títulos de gobernadores: en los navíos, D. Jerónimo Gómez de Sandoval; en las galeras de España, D. Luis Fernández de Córdoba, y Juanetín Doria en las de Nápoles.

Por remedio más eficaz contra el desquiciamiento de la armada determinó el Rey nombrar gobernador general de todas las fuerzas marítimas á D. Juan de Austria, su hijo natural, habido en una cómica, dándole latas instrucciones y grandes poderes [4]; y aunque la decisión pareció en remedo del eximio vencedor de Lepanto, produjo muy buena impresión en el ánimo abatido de los marinos, pensando que la presencia del Príncipe en los bajeles, por su mismo decoro, exigiría que se reforzasen los armamentos y se dieran con preferencia los recursos solicitados por los almirantes.

Casi al mismo tiempo se circulaba ordenanza exponiendo que, mostrados por la experiencia los daños que se siguen de la discordia entre los generales de las escuadras, habiendo de entenderse que D. Juan de Austria mandaría absolutamente en ambos mares, estando á su elección embarcar en las galeras ó en los bajeles, como mejor le pareciese, declaraba: que el

[1] *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 449, y t. XIX, pág. 87. Pietro Giannone da por averiguado, en su *Istoria civile del regno di Napoli*, que el príncipe Niccolo Ludovisio tenía 80 hombres de guarnición en Piombino, y que en Portolongone, lugar más importante que Orbitelo, no había provisiones.

[2] *Colección Sans de Barutell*, art. 3.°, números 981 y 983.

[3] Don Álvaro de Bazán, segundo Marqués de Santa Cruz, finó en 20 de Agosto de 1646, á los ochenta años de edad.

[4] Título é instrucciones llevan fecha 28 de Marzo de 1647.



puesto de capitán general del mar Océano y el de capitán general de las galeras de España se habían de reputar por cargos iguales. En los casos de juntarse las galeras y la armada del mar Océano, el capitán general de las galeras de España tendría el mando superior en el Mediterráneo, gozando de la misma prerrogativa en el Océano el capitán general de la armada de este mar. La graduación y precedencia de las escuadras de galeras sería, después de la de España, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Génova, estableciéndose entre las reglas las de alternativa de los almirantes generales, tenientes generales, maestres de campo, etc. [1].

Se eligieron por consejeros del Príncipe, en lo concerniente á galeras, á D. Melchor de Borja, alzada la pena á que fué sentenciado por no acudir al socorro de Rosas [2]; en lo relativo á bajeles, al almirante D. Sebastián de Echevarría, que había servido en los mares de Flandes y sufrido prisión en Holanda [3], y se procedió á la reorganización de las fuerzas con la posible actividad, sin desatender á lo de urgencia, que por entonces era el despacho de la escuadra de Masibradi en auxilio de Venecia, cumpliendo lo ofrecido [4], y al socorro de la Mámora, enviado por el Duque de Medinaceli, con oportunidad de hacer levantar el sitio puesto por los moros [5].

No pudo salir la armada de Cádiz tan temprano como el año anterior por el mayor esmero en aderezarla; hízolo el 6 de Mayo, inaugurando D. Juan de Austria su gobierno con la fuerza no pequeña que componían 32 bajeles de guerra, 8 de fuego con unos 8.000 hombres de mar y guerra, más 6 galeras de España, escolta de la Real, en que embarcó el Príncipe, adelantándose á pasar el Estrecho, donde hizo la primera presa de un navío francés de poco porte. En Cartagena

[1] Publicada en mis *Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 56.

[2] Condenósele en 20.000 ducados, privación de oficios y cargos, diez años de castillo y diez de destierro, según Novoa, lib. XIV, pág. 218; en 20.000 ducados y servicio de campaña por seis años en un presidio «por poco ánimo en la ejecución de lo que importaba», por las noticias del *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 253.

[3] *Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, núm. 134.

[4] Real cédula en la *Colección Navarrete*, t. X, núm. 35.

[5] Carta del Duque á S. M. La misma *Colección*, t. VII, núm. 30.



se le incorporaron tres galeras de Génova; en Tortosa y Vinaroz desembarcó la mayor parte de la infantería para operar en tierra, hasta que se levantó por los franceses el sitio de Lérida, en cuyo tiempo escaramuzaron las galeras por la costa.

Hubo nueva alteración de personal por fallecer de enfermedad en la capitana D. Jerónimo Gómez de Sandoval [1], al que sustituyó Pimienta, nombrado al mismo tiempo que don Martín Carlos de Mencos para la escuadra de Nápoles. De la de Masibradi llegaron ocho navíos regidos por su almirante Juan Miguel Balaque; se agregó asimismo el Marqués de Santa Cruz con una galera de Génova, quedando muy aumentada la armada y á punto de salir en busca de las de Francia y Portugal, que se decían unidas, cuando llegaron avisos seguidos de disturbios en Sicilia, y de más grave alteración en Nápoles.

Allá se decidió enderezar el rumbo, haciendo escala en las Baleares por comodidad de las galeras, que aun así no pudieron guardar la conserva de las naves al atravesar hasta Cerdeña, de modo que sin ellas llegó el Príncipe á la capital del reino, que en situación verdaderamente grave se encontraba. [2]

Por cuestión de impuesto ó gabela sobre la fruta, habíase producido en el mercado tumulto, que fué creciendo en pro-

[1] Acabó de mal de orina el 12 de Junio: llevaron su cuerpo en depósito á Valencia. Legó á D. Juan de Austria una carta de marear muy primorosa.

[2] Don Pedro de la Mota y Sarmiento, mayordomo, escribió con minuciosidad *Diario de lo sucedido en la navegación que hizo S. A. el Serenísimo Señor Don Juan con la armada real del mar Océano desde Cádiz, donde se embarcó, hasta que tomó posesión del gobierno y virreinato de Sicilia, en Mesina.* Hállase Ms. original en la Biblioteca Nacional con la signatura G. 3, y he tenido á la vista la copia sacada por Navarrete para su *Colección*, t. XLIII. De los disturbios de Nápoles se publicaron varias relaciones é historias particulares en el número la titulada *Tvmvtos de la civdad y regno de Nápoles en el año de* 1647, *por D. Pablo Antonio de Tarsia.* León de Francia, 1647, en 4.º Con presencia de otras y de las generales de Parrino y Giannone, así como de documentos manuscritos, compiló el duque de Rivas, don Angel Saavedra, la más moderna, *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias, hasta el restablecimiento del gobierno español.* Madrid, 1848, dos tomos en 8.º La *Colección de tratados* de Abreu y Bertodano contiene varios de interés para el estudio de las transacciones con los rebeldes.

porciones, por la odiosidad que el virrey, Duque de Arcos, se había granjeado. Vióse en la necesidad de encerrarse en los castillos con la guarnición española, dejando á la ciudad en poder del pueblo, que pronto tuvo refuerzos del campo y se acabó de desmandar, cometiendo toda especie de violencias.

Los encuentros con destacamentos aislados de tropa, que pudieron desarmar, acabaron de insolentar á los bullangueros, hasta el punto de intimar al Virrey la entrega de los castillos y de sitiarlos, sabida la negativa. Mas de 150.000 hombres [1] provistos de artillería y de armas que tomaron de los depósitos, se fortificaron en distintos cuarteles y puntos fuertes, haciendo del torreón del Carmen principal ciudadela y arsenal.

Habían transcurrido tres meses de hostilidad, alumbrando cada noche el incendio de alguna casa, y corriendo cada día la nueva de las muertes y atropellos cometidos, cuando don Juan de Austria se presentó con la armada. Algunos comisionados del pueblo le visitaron y ofrecieron sumisión favorablemente impresionados con su juventud y gallarda figura; otros, los más osados y comprometidos, contrarrestaron la inclinación de los primeros, esterilizando los medios conciliatorios puestos en juego; imponiendo su fuerza, anunciando el auxilio de la del rey de Francia, con el que se habían puesto en inteligencia, y agitando las malas pasiones con la perspectiva de la represión, y del castigo que caería sobre inocentes y culpables.

El Duque de Arcos instó al Príncipe á emplear el recurso de las tropas de su mando, que desembarcaron en los castillos, atacando por las calles á tiempo que navíos, galeras y baterías de las fortalezas rompían el fuego, como se hizo en los días 5 al 7 de Octubre. En los primeros momentos sobrecogió á los alzados el estruendo del cañoneo, mas no tardaron en advertir que el daño sufrido por las casas llegaba poco á las personas, y que el empuje de los soldados, pocos en número y á pecho

[1] Giannone.

descubierto, se quebraba en las barricadas y obstáculos de las calles, cayendo sobre ellos diluvio de proyectiles desde las techumbres.

Días de horrible lucha, de estrago y sangre fueron aquellos, en que disparó la armada 16.000 balas, sin conseguir el resultado que el Virrey se prometía. Lejos de ello, los tibios y los indecisos hicieron causa común con los que los excitaban; la sublevación pasó á ser rebelión declarada, proclamándose los jefes del pueblo en república independiente bajo la protección del rey de Francia.

El 14 de Noviembre acudió al llamamiento Enrique de Lorena, Duque de Guisa, llegando á Torre del Greco en falucas caboteras, con pocas personas de acompañamiento y menos dinero del que esperaban sus partidarios. Joven de más pretensiones que entendimiento, no acertó, por otro lado, á granjearse la estimación de la masa que le rodeaba, mezcla de menestrales y bandidos, ni siquiera á conseguir el beneplácito de su Rey natural, creyendo sencillo prescindir de tal influencia, y por la suya propia coronarse.

No se había perdido de vista en Francia, ciertamente, el movimiento de insurrección, en lo que podía servir y ayudar á los planes políticos, por lo que aliento y ofertas no faltaron á los emisarios de los rebeldes que solicitaban protección. En los primeros días del motín, ó sea el 1.º de Abril, partieron del canal de Piombino cinco navíos de guerra y dos de fuego con propósito de aprovechar las circunstancias, incendiando 13 navíos y 12 galeras que desarmados estaban en la dársena de Nápoles; intento prematuro; avistados los bajeles por los vigías, se apresuraron á embarcar nobles y caballeros napolitanos, ahuyentando á los franceses. Desde entonces se tomaron precauciones en la mar, siendo una el armamento completo de la almiranta, que quedó en el puerto en disposición de dar la vela. En la noche del 12 de Mayo, sin que jamás se haya sabido cómo, voló, iluminando el espacio, desapareciendo con ella 400 hombres y 300.000 ducados que por seguridad se habían puesto abordo.[1]

[1] Parrino-Giannone.

Posteriormente fueron barcos ligeros con armas y despachos. Juanetín Doria tuvo la suerte de apresar dos pataches con carga de más valor, con dinero, y á esto se limitó la gestión de la marina francesa antes que llegara D. Juan de Austria. Habiéndole seguido la escuadra de galeras de España y la de Génova, en que iba á prestar excelente servicio el anciano Duque de Tursi, á la par de su hijo Juanetín y de su nieto Carlos, Príncipe de Avela, el puerto, y aun la costa del golfo, estuvieron resguardados, teniendo en peligro la comunicación exterior de los rebeldes.

En los primeros días de Diciembre reinaron fuertes temporales que pusieron á prueba el aguante de los navíos en el fondeadero desabrigado que tenían: uno de los de fuego se estrelló contra el muelle, siendo raro el que no partió cables ó anclas. Las galeras, como buques de menos resistencia, buscaron refugio en Baia, y algunos de los menores pasaron á Castellamare, formando tres grupos separados, bien ajenos á la contingencia inmediata de aparición del enemigo.

Se avistó la armada francesa el 18, contando los vigías 39 navíos de guerra y cinco de fuego. Si en el momento hubiera atacado á la nuestra, desapercibida como estaba, la hubiera destruído. Toda la infantería con parte de la artillería estaba en tierra cubriendo las obras exteriores de los castillos; apenas había en los bajeles 100 hombres de mar como guardia indispensable. Empero el Duque de Richelieu, Almirante de la dicha armada, estaba encargado de poner en tierra 4.000 soldados que dieran calor á la rebelión, y para verificarlo fondeó en la punta de Posilipo, poniéndose en comunicación con los jefes populares, y como quiera que ellos, y acaso más el Duque de Guisa, se negaron á entregar á los recién llegados el torreón del Carmen, gastando el tiempo en conferencias y réplicas con que dieron á conocer la torpeza suspicaz de ambas partes, la tropa no desembarcó, y nuestra armada pudo juntarse, meter abordo los cañones y soldados y ponerse á la vela el día 21, en demanda de la de Francia, llevando 30 navíos de guerra, siete de fuego y 12 galeras. El tiempo revuelto y lluvioso no favoreció á las maniobras en-

derezadas á ganar barlovento; consiguióse en parte el siguiente día, alcanzando ocho navíos de la vanguardia á cortar la línea de los franceses, y cañonearlos durante tres horas en combate parcial, interrumpido por los chubascos.

Lo mismo en esta acción que en la escaramuza á que provocaron las galeras el día siguiente, mostró la armada francesa decisión de esquivar el encuentro serio, haciendo lo que los nuestros calificaban de *guerra galana*, y poniendo especial cuidado en no dejarse abordar. El cañoneo lejano en la misma forma se repitió los días 28 y 29, acabando por tomar el largo los franceses, y volver hacia la costas los nuestros. [1]

Entrado el año 1648 sin variación en la ciudad de Nápoles, donde de trinchera á trinchera había diario tiroteo, decidió D. Juan de Austria tomar el gobierno, embarcando al Duque de Arcos para España. Tras la medida, que satisfacía y alegraba al pueblo, reanudó los tratos, atrayéndose á la clase media, harta ya del desorden, por ser la que más lo pagaba.

En Marzo llegó D. Iñigo Vélez de Guevara, Conde de Oñate, nuevo Virrey, con recursos de que había gran necesidad; arribó también de España un galeón con 470 infantes, empezando á tomar los asuntos aspecto más agradable. Como ocurriera al Duque de Guisa embarcar en falucas de pescadores 5.000 de sus más decididos secuaces, con objeto de

[1] Conocido el espíritu de los historiadores franceses por referencias anteriores, y su teoría de que «toute bataille livrée sur mer était une bataille gagnée», no ha de sorprender que cataloguen triunfos alcanzados en el golfo de Nápoles. Mr. Guérin refiere que Mr. Paul, acudiendo desde Piombino en 15 de Abril de 1647, con seis naves, hizo en el muelle mismo de Nápoles presa de consideración (*de plusieurs bâtiments à l'ancre*), y puso en jaque á la armada española, haciendo proezas, pero tuvo que limitarse á perseguirla á cañonazos; y estando varias veces á punto de alcanzar victoria célebre, alguna circunstancia, ya el viento, ya la calma se la estorbó (*Histoire maritime*, t. III, pág. 55). Llegó posteriormente Mr. Armand de Vignerot Duplessis, Duque de Richelieu, con escuadra de 30 navíos de guerra, los consabidos de fuego y tres galeones portugueses. Llevaba instrucción de no intervenir decisivamente, y se limitó á incendiar cinco navíos en Castellamare, y á batir á la armada española, echando á fondo tres ó cuatro de sus navíos, matándole 400 hombres sin pérdida propia de más de 150. Una tempestad las apartó, volviéndose á Francia la suya por falta de víveres. Tales son las informaciones de Mrs. de Boismele, Martin, y Guérin.



apoderarse de la isla Nisita, dejándole marchar sin oposición, dieron á la vez brava acometida á las trincheras D. Juan y el Virrey por distintas partes, arrollando los obstáculos, ocupando los puntos más fuertes, llevando tras sí á una gran parte del pueblo que gritaba: «¡Viva la paz! ¡Viva el Rey de España!»

«Día glorioso, escribió un testigo [1]: lograron los soldados lo padecido en seis meses continuos de guerra, la más desacomodada que se ha visto en estos tiempos, pues les faltaron los bastimentos, los vestidos y zapatos, leña y municiones, embestidos de infinita multitud del pueblo por tierra y de toda la armada francesa por mar, sin perder nunca puesto ni dedo de tierra de lo ganado, habiendo muchos que hicieron posta en las trincheras de noche y de día todo este tiempo sin mudarlos.»

«No más de 3.000 hombres, dice otro escritor local [2], redujeron aquel pueblo innumerable.»

Los sufrimientos en la mar no fueron menores, habiendo tenido que atender la escuadra á la provisión de los leales, buscando víveres en Gaeta, en Génova y en Sicilia, cuidar del bloqueo, procurar faginas y otros materiales de defensa, y todo ello con poquísimos brazos, por dejar los más en las trincheras. Por esta causa, en ocasiones sucesivas, se alzó la chusma en tres galeras de las de Nápoles, despedazándolas en tierra para unirse con los rebeldes; tres navíos de los menores que cargaban trigo en Castellamare fueron incendiados al aproximarse la armada francesa, á fin de no caer en su poder, faltos de defensa como estaban.

Preso el Duque de Guisa, adelantando la pacificación en todo el reino en términos de poder despachar la armada para España y parte de la infantería á Milán, volvió á presentarse en el golfo la de Francia en el mes de Junio, con 36 navíos y 18 galeras, con objeto de reanimar las chispas de la sedición ocultas entre la ceniza. Intentó con mal éxito desembarco en

[1] Don Pedro de la Mota, en el diario citado.
[2] Giannone, *Istoria civile*.

Torre de la Anunciata; experimentó repetido desengaño en la isla Ischia. En segunda jornada por el mes de Agosto, en que figuraba el príncipe Tomás de Saboya, no tuvieron mejor suerte, aunque tomaron la isla Procita y saltaron en tierra del golfo de Salerno, donde se les unió un cuerpo de bandidos. Brevemente abandonaron los puertos, volviendo á su país con pérdida de alguna gente. La escuadra del mando de Pimienta, que regresó á fines de Agosto trayendo 24 navíos de guerra y 8 de fuego, no tuvo por entonces otro servicio que la conducción del príncipe D. Juan á Sicilia y asistencia á las fiestas con que tomó posesión del virreinato en Mesina el 27 de Septiembre.

APÉNDICES AL CAPITULO XIX.

NÚMERO 1.

Batalla de Orbitelo.

Hizo ruido en la corte la campaña de Toscana en 1646, no tanto por las peripecias del sitio y las de la batalla naval, como por la desavenencia entre los jefes de nuestras escuadras, que en poco estuvo cambiara en desdicha la fortuna. De ellas pudo el público imponerse, porque, á más de las relaciones generales que del suceso, como de los notables, se dieron á luz, se imprimieron los despachos oficiales del general Francisco Díaz Pimienta y del Marqués del Viso, distribuyéndose seguidamente narración anónima mucho más extensa, que puede suponerse escrita ó inspirada por el referido Marqués, toda vez que comprende su correspondencia con el Conde de Linares, con el almirante Pimienta, el Marqués de Torrecuso y Carlo de la Gatta, documentos que le proporcionan el mayor interés. Censura sin rebozo el proceder del General en-jefe y el del Almirante general, indicando que por ellos se hubiera perdido la plaza, y que sin duda se perdió la gloria de victoria decisiva en la batalla naval el 14 de Junio, de la que

ambos se apartaron sin dar órdenes, dejando á los capitanes sin saber qué puesto les tocaba ni lo que habían de hacer [1].

Parece que se publicó igualmente por entonces escrito del Marqués de Bayona, insertando las cartas que dirigió al Conde de Linares, instándole con repetición al socorro de Orbitelo y ofreciendo su persona por la práctica que en acciones de guerra terrestre tenía adquirida, así como las evasivas del General, cortésmente disimuladas, y sus elogios al consejero [2].

Á uno y otro papel contestó el Conde de Linares, sin dar su nombre, sincerándose de las inculpaciones y descargando la responsabilidad por la que se le hubiera exigido perdiendo la armada [3].

Don Jerónimo de Aznar, Maese de Campo general dentro de Orbitelo, dió á la estampa el mismo año relación circunstanciada de cuanto ocurrió en los setenta días del sitio, desde la apertura de las trincheras, batería, brechas, asaltos, salidas de los sitiados, ingenios con que apuraron la defensa, victoria final y elogio del Gobernador.

Otra más extensa compuso posteriormente el coronel D. Pedro de la Puente, instado de persona de significación, empezando por describir el lugar é historiar antecedentes. Puntualizó las operaciones, los intentos de socorro; el desembarco de soldados de la armada al mando de Pimienta, entre los que pelearon valerosamente y en primera fila, D. Antonio y don Lope de Noroña, hijos del Conde de Linares, y D. Nicolás Doria, que lo era del Duque de Tursi; el envío sucesivo de gente por mar y tierra, que hizo desde Nápoles el virrey Duque de Arcos hasta componer 5.000 infantes y 2.000 caballos; la retirada del príncipe Tomás, dejándose en el campo artillería, enfermos y heridos; la apreciación en 7.000 infantes y la mitad de los jinetes de las pérdidas de Francia; por fin, el estado en que quedó la plaza, contando 250 defensores.

Los historiadores coetáneos utilizaron estos papeles entre las fuentes de información que se proporcionaran, advirtiéndose en el tratado de Novoa que siguió fielmente al maese de campo Aznar, en cuanto dice de la plaza; relativamente á la armada es más amplia la disertación y conviene transcribirla [4].

«Afrontadas las armadas se estuvieron acañoneando hasta las cinco de la tarde de aquel día, porque entre los Generales de armada y galeras se despertó rigurosa y perjucial competencia, como suele acontecer, para destrucción de empresas, y en que España ha recibido ruinas sin encareci-

[1] Copia en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 26.
[2] Extracto en la misma *Colección* y tomo, núm. 36.
[3] No he visto el impreso: cítalo el *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 368.
[4] Del libro XIV, pág. 246.

miento y efectos peligrosos, sobre quién había de gobernar la facción. El Conde de Linares, de nación portugués, quería descollarse sobre todos [1]: decía que á él le tocaba como General de las galeras de España; el Marqués del Viso, que él lo era de Nápoles, en cuyo reino estaba, y que había de preceder y le pertenecía, y sospecho que seguía este parecer el Benavides (Marqués de Bayona), como pariente, y que lo era de las de Sicilia; el Pimienta decía que al hacer de general de aquella armada real, que no quería ni podía estar á orden de nadie, y embistiendo con la capitana francesa, le huyó, y con ella toda la armada, y queriéndola seguir, se halló desarbolado de un balazo, con que se embarazó y paró; mas después se supo que de otro de nuestra capitana mató al General francés. Las galeras, dicen, siguieron la derrota de la Margarita, puerto en la costa de Francia de aquel mar: el Linares, sin elegir mejor consejo y el que pedía el caso, se volvió con sus galeras á los puertos de Valencia; envió su hijo á Zaragoza á dar cuenta al Rey de su viaje y de su determinación, que no quiso oir, y obrando como mal servido, quitó las galeras al Linares y las dió á D. Luis Fernández de Córdoba, y aun los demás están amenazados de residencia y castigo, porque, en el mejor sentir de todos, si no hubieran entrado en discordia, emulación y competencia, pudieran haber tomado y deshecho aquella armada..... Sin embargo, fué la fuga de la armada enemiga de grande afrenta para Francia, y que no se hizo más (de grande gloria para España), prez y honra de Italia, fortuna al fin y desgracia de armadas, en que por algunos años hemos padecido; quisieran que le hubieran quemado, pues se llevaban navíos de fuego, ó preso toda la francesa y dado esta victoria al mundo. Culpaban al general Pimienta y á tonos los demás, y que si era la dificultad y el impedimento hallarse sin un árbol, que hubiera hecho capitana de otro bajel, seguido y concluído el fin prósperamente; mas donde se huye no se puede hacer nada; hagámosle ó sírvales esta defensa á los que han trabajado, que sin duda no les debió de faltar el valor y los deseos, particularmente en Cabos de tanta calidad.»

Otro escritor, que á la sazón estaba en Nápoles cuidando el hospital de la armada [2], y oyó sin duda á los heridos descripción de la batalla, la trasladó en estos términos:

«Al amanecer parecieron las armadas en dos hermosas medias lunas, con tan diversas empavesadas y estandartes, tan hinchadas de velas y tan

[1] Y le correspondía: lo declaró el Rey, algo tarde, en cédula dirigida al Marqués del Viso, de Zaragoza, á 15 de Julio de 1646, confirmando las Ordenanzas vigentes. *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 35.

[2] *Comentarios del desengañado, ó sea vida de Don Diego Duque de Estrada escrita por él mismo. Memorial Histórico*, t. XII, pág. 479.



esparcidas, que, formando un vistoso anfiteatro, enamoraron la vista, dieron ánimo á los corazones y se prometieron la victoria, haciendo más hermosa el alba que el mismo sol. A las seis de la mañana, á los 14 del mes, se hallaron tan cerca, que fué necesario pelear; pero en el primer encuentro conoció la armada francesa cuán inferiores fuerzas tenía para combatir, siéndole deshecho el orden de su media luna y perdiendo un bajel. Adelantándose después el general Pimienta, seguido de otros bajeles, desordenó todo el cuerno siniestro del enemigo. La capitana de nuestros galeones, llamada *San Jacobo* ó *Santiago*, la almiranta, llamada la *Trinidad*, *San Martín* y otras de la armada real parecían otros tantos Monjibelos, ó sea volcanes que con setenta Tifeos y Encelados gigantes vomitaban sus vulcáneas llamas y balas ardientes, descargando de los costados en un punto 800 balas de mosquetes, que, con los espantables truenos de la artillería, hicieron bramar el mar, temblar la tierra, huir los peces en sus cóncavos, quitando el humo la vista del cielo, y viéndose sólo en las ondas los flujos sanguíneos, los árboles de los bajeles rotos, las antenas despedazadas, las tablas hechas astillas, las vigas fracasadas, las velas rotas y el jarciamen deshecho. Entre los bajeles más maltratados lo fueron el galeón llamado el *León rojo* y el *Caballo marino*. Presagiaban los nuestros la victoria y resonaba la gloriosa muerte del general Duque de Fronsach (Armando de Maillé-Brezé) y de tantos capitanes, soldados y marineros; pero recibiendo nuestra capitana en el combate un cañonazo en el árbol de trinquete de la gavia maestra, que quitó el mastelero mayor, y observado por el enemigo, embistió luego con un bajel de fuego; pero socorrido por el Conde de Linares, General de las galeras de España, le sacó de la zufa remolcándole, y el bajel de fuego del enemigo se quemó á sí mismo, sin ningún efecto.....»

Las cartas de noticieros de la corte nos han conservado comentarios de corrillo que hacen al caso [1]:

«Lo que hay de cierto de nuestra armada, es que perdió las dos mejores ocasiones, que jamás tendrá, de pelear con los franceses. En justicia, lo que se hizo fué poco; echámosles una galera á pique; tomámosles otra y 80 barcones. Murió su general, y estó fué pasando dos veces por delante de nuestra armada, sin haber obrado cosa más considerable, habiendo podido destruir la de Francia. Deseará V. R. saber la causa: ésta ha sido discordia entre los Generales. El Conde de Linares, conforme á las órdenes que de S. M. tenía, quería pelear, y Pimienta decía haría lo que se le ordenase, que á todo estaba dispuesto. El Marqués del Viso, General de las galeras de Nápoles, y, por consiguiente, de la demás armada de aquel

[1] *Memorial Histórico*, t. XVII, pág. 367.

reino, decía tener orden del Virrey de Nápoles de sólo socorrer á Orbitelo. Con estas demandas y respuestas pasó la armada francesa delante de la nuestra, sin que nosotros hiciésemos nada, y se fué en salvo á sus puertos. El de Linares se enfadó y se vino; Pimienta se retiró á un puerto nuestro, y el del Viso se fué á Nápoles, aunque después volvió al socorro de Orbitelo. Hálo sentido grandemente S. M., y con todo eso no sé si se ha de hacer la demostración que conviene en caso tan grave, para escarmiento de otros. El hijo del de Linares fué á dar cuenta de todo á S. M.; unos dicen que no le dieron audiencia, otros que sí, mas que fué oído con poco gusto de S. M. Linares está en Vinaroz con su escuadra de galeras; el del Viso culpa á Linares, que no dió órdenes como debía, y á Pimienta que, diciéndole bornease su navío para embestir con el enemigo, no lo hizo, diciendo tenía poca gente; Linares culpa al del Viso, que no obedeció, y así anda todo.»

Que la demostración se hizo tan luego fueron llegando á la corte las informaciones indica la misma colección de cartas, diciendo una [1]:

«Al Conde de Linares traen preso; fué por él á la raya de Castilla un alcalde de casa y corte. Pimienta ha enviado á S. M. los requerimientos que por varias veces hizo al Conde de Linares de que pelease y le remolcase con sus galeras los navíos para tomar él el viento y arremeter al enemigo, y dicho Conde se cerró y no lo quiso hacer.»

Quizá la circunstancia de ser portugués empeoró su causa ante la opinión pronunciada contra él principalmente, suponiéndole instigado por móviles pequeños de personalidad [2], sin que le faltaran amigos y defensores, siendo de señalar entre las piezas de descargo la certificación de los oficiales reales de las galeras de España, haciendo constar que estuvo la gente con mermada ración por transcurrir tres meses sin recibir recursos de ninguna especie, y que prestó el Conde 12.000 reales de su bolsillo para comprar algún bastimento [3].

En el proceso se le hicieron diez y seis cargos graves, incluso el de la pérdida de Portolongone, por haberse venido á España con las galeras y despachado á los navíos, y habiendo sido absuelto en primera instancia, lo mismo que los otros Generales, apeló el fiscal pidiendo la revocación de la sentencia, y abrió nuevos procedimientos voluminosos, de que se conserva la esencia en libro impreso titulado [4]: *Memorial del pleito criminal que el se-*

[1] *Memorial Histórico*, t. XVIII, pág. 397.
[2] De ellos hice resumen en mi *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*. Madrid, 1881.
[3] *Colección Vargas Ponce*, leg. XXVI.
[4] Ejemplar en la Biblioteca Nacional, sala de Varios, Felipe IV, paquete núm. 48.—112 folios.

ñor D. Martín de Larreategui, del Consejo de Su Magestad, que por particular decreto suyo hace oficio de fiscal en él, trata en Junta contra el Conde de Linares, D. Miguel de Noroña, que sirvió el puesto de Capitán general de las galeras de España el año 1646. Y el Marqués de Santa Cruz y el Viso, D. Álvaro de Bazán, Capitán general de las galeras de Nápoles, y el Marqués de Bayona, D. Enrique de Benavides, Capitán general de las del reino de Sicilia, y el capitán general D. Pablo de Contreras, que sirvió el puesto de Almirante general de la armada real del mar Océano, sobre lo que obraron en la campaña del dicho año de 646, en virtud de las órdenes que tuvieron de S. M. para pelear con la armada de Francia en los mares de Italia en la acasión de la plaza de Orbitelo.

Á Pimienta se había formado otro proceso notado en la *Biblioteca Marítima*, de Navarrete, t. I, pág. 307, con el *Discurso militar y legal de don Cristóbal Moscoso, fiscal del Consejo de Indias, contra Francisco Pimienta, sobre haber desamparado las naos de la flota de que era Almirante.*

Veamos en parangón, que el caso lo merece, las apreciaciones de los escritores contrarios.

Mr. de Boismele [1], el más antiguo, da por averiguado que sus compatriotas tuvieron la mejor parte en la función: «Brézé, viendo la victoria asegurada, perseguía al enemigo con ardor heroico, cuando una bala de cañón le llevó la cabeza; y no fué esto lo peor: el Conde D'Ognon, Vicealmirante, no creyó conveniente continuar en el crucero y se retiró á los puertos de Provenza. Su marcha dejó á Orbitelo abierto por la mar; hubo que levantar el sitio.»

Mr. Jal, biógrafo de Du Quesne, igualmente informado, asegura que la victoria fué de los franceses, aunque el almirante Pimienta escribiera lo contrario.

Tal es también la opinión del acreditado historiador Mr. Henri Martín, no ya en esta ocasión, sino en todas. Era cosa sabida: «batalla con los españoles, batalla ganada» [2], en razón á que Dios no llamaba á esta nación fastuosa y frágil por semejante camino [3].

[1] *Histoire générale de la Marine*, t. II, pág. 412.

[2] «Toute bataille livrée sur mer était une bataille gagnée.» Mr. H. Martín. *Histoire de France*, 4.ª edic., t. XII.

[3] «Cette puissance fastueuse et fragile n'avait jamais reposé sur le seule base solide, sur le génie maritime, sur la science et l'amour de la mer, mais seulement sur le nombre et la force materielle des navires.» Tomo XI, pág. 494. ¿Qué dijera Mr. Martín, á tener noticia de un documento existente en nuestra Biblioteca Nacional (H. 61, fol. 41): *Carta escrita de Alassi á un caballero milanés sobre el primer tentativo de la armada francesa*, año de 1636 en que se contiene este juicio: «La Francia no ha nacido para la mar.»



Con estos antecedentes no había de ser Orbitelo excepción para los franceses: triunfaron como de costumbre [1].

Mr. León Guérin, historiador pericial, lo ha explicado dos veces [2], si no con el testimonio de documentos, como al presente se estila, con su apreciación personal, respetable sin duda, pero opuesta á cuantas relaciones existen en nuestros archivos.

«Brézé, dice [3], se presentó el 20 de Mayo de 1646 en la proximidad de Monte Argentaro; desembarcó alguna tropa en la provincia inferior de Siena, ocupada por los españoles; se apoderó rápidamente de Telamón, Salinas y Santo Stefano, y puso sitio á Orbitelo, ciudad situada sobre un lago y unida al continente por una lengua de tierra. Era ésta la única parte por donde podía expugnarse y la que los españoles defendían con perseverancia. Su resistencia dió tiempo al Virrey de Nápoles para enviar al socorro de la plaza escuadra mucho más fuerte que la de Francia, escuadra mandada por D. Antonio de Pimentel (*sic*), que apareció frente á Telamón el 14 de Junio. Brézé, sin preocuparse de su inferioridad numérica, aceptó la batalla. Hubo cañoneo, que duró tres horas, durante las que los españoles tuvieron buen cuidado de no ponerse al alcance de abordaje, conociendo la superioridad de sus adversarios en este género de lucha [4]. Sin embargo, la victoria de los franceses parecía asegurada, cuando el jefe de la armada recibió una bala de cañón en el vientre..... Una borrasca separó á las escuadras, obligando á una á retirarse á Nápoles, y á la otra á los puertos de Provenza. Una parte de la francesa volvió á la mar, si bien fué para reembarcar la infantería del príncipe Tomás, obligado por las enfermedades y por la llegada de un formidable ejército enemigo á levantar el sitio de Orbitelo el 18 de Julio de 1646. El Príncipe, á la cabeza de la caballería y el sable en la mano, se abrió camino á través de Toscana.»

El historiador de la marina francesa, Mr. Guérin, no peca, como se ve, ni de difuso ni de escrupuloso: en buen hora piense con sus compañeros en historia que los franceses triunfaron navalmente en Tarragona, en Barcelona y en Orbitelo, consintiéndonos repetir la frase del P. Mariana: «Así venzan siempre los enemigos de España.»

[1] «Comme de coutume, la victoire leur resta.»

[2] *Les marins illustres de la France*, París, 1845.—*Histoire maritime de France*, París, 1851.

[3] Tome troisième, pág. 49.

[4] Porque se entienda bien, repite en otro paraje que «les français à l'abordage valaient tous les peuples du monde».



NÚM. 2.

Instrucción que dió el Sr. D. Juan de Austria en el puerto de Tarragona, a 26 de Julio de 1647, para los cabos y gobernadores de la armada del mar Océano, de la orden que habían de observar en el viaje desde aquel puerto á los mares de Italia.

Don Juan de Austria, etc.—Advertidos los cabos y gobernadores de los navíos de la Armada del mar Océano, que mi persona se ha de embarcar en la capitana real de ella, en caso de batalla guardarán la orden siguiente:

Siendo tan incierta y sujeta á varios accidentes en la guerra la observancia de los lugares que se señalan á los navíos en la batalla, y tan difícil prevenirlos todos, se guardará por orden general que luego que se descubra la armada enemiga, quier se haya de buscar á popa ó á la bolina, se siga el bordo que hiciere la real con la buena orden y unión que encargo se navegue de continuo, sin distar unos navíos de otros más que lo necesario para marear á diferentes rumbos como los tiempos y ocasiones requieran, y manejar su artillería sin embarazarse los unos á los otros, que siempre halle la enemiga esta armada en la buena disposición y unión que conviene, y en esta forma harán fuerza de vela todos los navíos della por alcanzarla y abordar los que más anduvieren á los que primero alcanzaren, proporcionado (en cuanto los casos lo permitan) el porte y las fuerzas de nuestros navíos á los que abordaren, que es buscando los mayores á los mayores, reservando la capitana y almiranta de la armada enemiga para que nuestra capitana y almiranta las aborden, siguiendo á la capitana para abordar á la enemiga, los galeones *San Martín* y *San Marcos*, que siempre navegarán cerca de ella, y si en la caza pudieran adelantarse y abordarla primero lo harán, porque no se pierda ocasión, procurando ceñirse del árbol mayor para proa para dejar á la capitana el cuartel de popa para que pueda amarrarse á las mesas mayores, y no siendo posible se arrimará por fuera de los dos navíos para pasar con su gente á rendir la capitana enemiga; y para asegurar la de S. M. de navíos de fuego mientras estuviere abordada la seguirá la capitana de la armada de Dunquerque y su navío de fuego, que se quedará de barlovento á tiro de mosquete para impedir con la artillería y mosquetería que no se lleguen los navíos de fuego enemigos á quemarla, y en caso que sobrevengan navíos de guerra enemigos á abordar á la capitana, se interpondrá dándoles la carga y recibiéndolos sobre su costado.

A la almiranta real seguirán los galeones las *Maravillas* y *San Juan*

del donativo, gobernándose en alcanzar y aferrar la almiranta enemiga en la forma referida, y la almiranta de Dunquerque hará la misma guardia y oficio á la almiranta real que su capitana á la real.

Si la armada enemiga huyere á popa, se dará la caza con cuidado de ir saliendo á sus navíos por la proa si los viesen abrir las velas, porque al alcanzarlos no queden á barlovento.

Si sucediere batalla antes que á esta armada se agregue la de Nápoles y las galeras de Italia, convoyarán en la caza y en la contienda á las diez de España y Génova que hoy se hallan en ella tan inferiores en número á las que tiene la armada enemiga, metiéndolas en el centro de manera que los navíos resguarden los costados de las galeras, y que navegarán en dos hileras por la popa de la capitana y sus socorros, dejando calle á los cañones de crujía, los galeones *San Joseph*, *San Jerónimo*, *Testa de Oro* y *San Juan Evangelista*, cambiando al costado de afuera por donde se peleare, todas las medias culebrinas, sacres y medios cañones de á 16 que tuvieren; y el principal cuidado de los cabos de dichos galeones, será defender las de las galeras y navíos de enemigos mientras fuese tan inferior su número, sin embarazarse á abordar como á todos los otros se ordenará, si no fuera en caso de no hallarse las galeras de Francia en la batalla, porque en éste podrán las nuestras separarse de los navíos y pelear según las ocurrencias se ofrecieren concernientes á su facultad, para que se les dará la orden, y desembarazar los cuatro referidos para que puedan obrar como todos los otros en ofensa de la armada enemiga, empezándose á socorrer á los que necesitaren de socorro, como lo han de hacer todos los capitanes de los navíos de guerra hasta morir ó vencer al enemigo.

Tendrase particular cuidado en no dar cargas de artillería ni mosquetería á larga distancia, sino en la que se reconozca que ha de obrar buenos efectos, mayormente mientras se diere caza, que siendo preciso disparar la artillería de proa, dificulta, y alguna vez imposibilita el alcance, y para conseguirlo y abordar los navíos de la armada enemiga, así los de guerra como los de fuego, se ha de hacer cuanto cabe en la posibilidad, sirviendo todas las velas, mojándolas y quietando la gente adonde se hubiere reconocido que suele poner en andanza el navío, admitiendo que de la manera que han de ser premiados los que en valor y buena disposición (que es el fundamento de los buenos efectos) se señalaren, han de ser premiados de S. M., como yo lo suplicaré, y serán castigados con pena de muerte irremisible, los que faltando á sus obligaciones, faltaren al crédito de las armas de S. M., cuya antigua gloria en la mar espero que han de restaurar y adelantar tan valerosos caudillos, cabos y capitanes, como hoy tiene la armada.



A los siete navíos de fuego que se hallan en ella, convoyarán los de guerra siguientes:

La capitana real al *Príncipe de Orange*.

La almiranta real á la *Perla*.

Nuestra Señora de las Maravillas al *Tigre*.

San Juan del donativo á la *Caridad*.

San Martín á *San Antonio de Nápoles*.

San Marcos á *San Antonio de Dunquerque*.

La capitana de Dunquerque al *Consentimiento*.

Los capitanes de los navíos de fuego navegarán siempre junto á sus convoyes, que seguirán en la caza para que los defiendan y pongan en la disposición conveniente á su buen empleo, que hará cada uno cuando de su convoy se le ordenare, sin arrimarse á quemar navío que ellos quieran rendir por fuerza de armas; pero mientras no tuvieren otra contraria, se emplearán siempre que puedan; y porque nunca se hallen sin convoy los navíos de fuego, subcederá á los referidos, cuando (por haber abordado) no puedan convoyar, en la forma siguiente:

Al *Príncipe de Orange*, *San Salvador de Dunquerque*.

Al *Tigre* la almiranta de Dunquerque.

Al *San Antonio de Dunquerque* el *Sol de Jesús*.

A la *Perla* la urca *San Carlos*.

A la *Caridad*, *San Salvador de Menoya*.

Y si los navíos de guerra referidos no se hallaren cerca de los de fuego para convoyarlos, los convoyarán los que más cerca se hallaren, de manera que ni se dilate ni descomponga el orden de dar caza por bien de ajustar este convoy segundo en la forma referida.

Si la armada enemiga se descubriera sotavento de la nuestra, velejarán los navíos de fuego por la proa de sus convoyes cuanto más pudieren, y si pudieren alcanzar primero que los navíos de guerra, se abordarán y quemarán con los navíos que alcanzaren, pues en los navíos de guerra que los van siguiendo tendrá segura retirada su gente.

Si se descubriera la armada enemiga por barlovento de la nuestra y cargare sobre ella con navíos de fuego, seguirá la armada el rumbo de la real, y los navíos de fuego y sus convoyes harán frente á los del enemigo, los convoyes para desaparejar los navíos de fuego de árboles y velas con la artillería, metiendo balas enrramadas y palanquetas, y los de fuego para arrimarse, cuando vieren ocasión, á los de guerra enemigos que sotaventearen dellos y de sus convoyes, que para que lo hagan, arribará la real la distancia conveniente, y si por haberse desaparejado ó faltado alguna vela á algún navío de guerra nuestro, los capitanes de los de fuego

lo vieren en peligro de que le queme arrimándose alguno del enemigo, se abordará, cuando reconociere que lo puede ejecutar al navío de fuego que viere en tal disposición, y se quemará con él, y esto mismo harán los capitanes de los navíos de fuego siempre que se ofrezca caso que puedan salvar navío de fuego de S. M., quemando el suyo con otro navío de fuego enemigo.

Si la capitana real en el caso referido arribare de los navíos de fuego enemigos y de sus convoyes, para dar lugar á que cebados en emplear sus navíos de fuego se sotaventee la enemiga, de suerte que virando pueda ganarle el barlovento alguna parte de la nuestra, ó mezclarse de manera que se puedan abordar los navíos enemigos, arribarán con cuidado de no embarazarse los unos navíos con los otros, ni arribando ni rindiendo el bordo, pues saben cuán evidente é inevitable es el peligro de los navíos que se embarazaren, teniendo cercanos los de fuego enemigos; y en este caso (que Dios no permita), el navío de fuego más cercano, y su convoy, se pondrán á barlovento de los tales navíos embarazados, mientras se zafan, para que el enemigo no les pueda echar navíos de fuego sin que primero los desapareje el convoy ó queme el nuestro en paraje que, según el viento que corriere, no puedan caer ambos navíos de fuego sobre los dos embarazados, á que se tendrá mucha atención.

Si en el caso referido ó otros semejantes, las armadas se mezclaren al anochecer, la señal de conocer el farol de la almiranta será que la real encenderá cada ampolleta por breve rato el farol de la gavia, y la almiranta uno de correr, junto al principal, de manera que se distingan dos luces, y de noche no se dará la carga á navío que no sea conocido por enemigo con evidencia.

Y porque son muy perniciosas las primeras voces que en los navíos que se hallan de sotavento califican por de fuego á cualquier navío que arribe sobre ellos, aunque sea de guerra, tendrán muy particular atención los capitanes á castigar éstas y otras que inducen pavor, procurando que no haya rumor en sus navíos y que se reconozca la calidad de los del enemigo que se les acercaren, para abordar á los navíos de guerra y no retirarse dellos con pretexto de que son de fuego, movidos de las tales inciertas voces.

Llevarán todos los navíos sus chalupas esquifadas, para que ellas y los barcos luengos se opongan á la retirada que los navíos de fuego enemigos tuvieren de su gente, siempre que intenten emplearlos; pues mientras no tuvieren segura su retirada, y la vieren impedida con la diligencia referida, no ejecutarán el empleo, y podrán ser abordados sus convoyes de nuestros navíos de guerra.

Y porque son muy sabidas de todos los capitanes las señales con que la real significa de día y de noche sus faenas, se excusa repetirlas; y como quiera que es imposible prevenir todos los accidentes de la guerra, se deja al arbitrio y buena disposición de tan experimentados y valerosos soldados el remedio de los casos que fuera de los referidos aviniesen. En esta conformidad encargamos y mandamos á Francisco Díaz Pimienta, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de guerra del Rey nuestro señor y Gobernador general de la armada del mar Océano, dé las órdenes á su almirante y demás cabos y capitanes de todos los bajeles de esta armada para la ejecución y cumplimiento de esta mía, que ha de ir inserta en las que así diere y distribuyere. Dada en la real, en la playa de Tarragona á 26 de Julio de 1647.—Don Juan.—Por mandado de Su Alteza, Gregorio de Leguía.

Biblioteca Nacional, Ms. H. 80, fol. 279.



Medalla acuñada en Holanda en celebridad de la paz de Munster.

XX.

GALERAS CONTRA NAVÍOS.

1648-1652.

Tratado de paz con Holanda.—Embajada turca en Madrid.—Viaje de la reina doña María Ana.—Incidente al pasar ante Barcelona.—Se recuperan las plazas de Piombino y Portolongone.—Escuadras que concurrieron.—Sitio de Tortosa.—Combate y rinde el Duque de Alburquerque con cinco galeras á cuatro navíos franceses.—Don Juan de Austria, con 11 de aquéllas, aborda á otro navío, tomándolo con mucha pérdida de sangre.—Apresa otro bajo los cañones de Mataró.—Sitio de Barcelona.—Ensayo de bombardeo desde la mar.—Acción valerosa en San Feliú.—Aparición y retirada de escuadra francesa.—Barcelona capitula.—Muerte del general Pimienta.

«Unas eras son esclarecidas y otras obscuras: unas producen admirables varones en calidad y en consejo, y otras los crían malos y sin fortuna.» Es pensamiento de Novoa al comentar las alegrías con que en Munster de Westfalia, y en Madrid luego, se solemnizaban las firmas puestas el 1.° de Marzo de 1648 en el tratado con que daba fin la guerra llamada de treinta años; tratado por el que muchas cosas se concedieron á los holandeses, empezando por el reconocimiento de su independencia y soberanía; siguiendo por el de desmembración de las ciudades y plazas de que se habían hecho dueños; acabando por el de la posesión de los territorios que habían conquistado en las Indias y el derecho de comerciar en ellos, en las costas de Asia, de Africa y de América [1].

[1] En Madrid, á 12 de Abril de 1651, se ratificó nuevo tratado para explicación del artículo del anterior, tocante á navegación y comercio.

Con mucho menos se contentaban al ajustar las treguas de los doce años y cuando se trató de reanudarlas ó romperlas, y fueron las Indias y su comercio el obstáculo en que se estrellaron las mejores voluntades: no se quiso entonces ceder por pulgadas lo que ahora se soltaba por leguas. «Pero de esto se hacía gracia como de bienes perdidos; la miseria y calamidad de los tiempos hacía liberales á los descuidados, y esta paz, que muchos de los más viejos de nuestros ministros aborrecieron por su modo, ahora no había ninguno que no bajara la cerviz dándola por buena.»

Desventajosas y humillantes como eran algunas de las condiciones suscritas, ponían de manifiesto la impotencia de la nación que imperó en los Países Bajos; mas el empeño con que Francia había procurado impedir, ó entorpecer cuando menos, la cesación de hostilidades, daba testimonio de que algo se conseguía acabándolas; algo, que era la posibilidad de concentrar el vigor restante para contender con ella.

Y esto en momentos críticos, en que cualquiera novedad aparecía temerosa. Corrían aires de insurrección por todos lados al empezar el año 49. En Inglaterra, la revolución triunfante había decapitado al rey Carlos I y establecido la República; en Francia, puestos los Príncipes de la sangre con el Parlamento frente á la Reina Regente por odio á su ministro Mazarino, fomentaban la guerra de *la Fronde;* guerra intestina de ambiciones. Los holandeses mismos, intranquilos con la presencia de emigrados en su país, no se creían seguros de disturbios antes ni después del tratado de Munster, no dejando de tener opositores declarantes de que en los trece primeros años de la guerra nos habían hecho 545 presas, cuyo valor ascendía á 180 millones de libras esterlinas, y en los sucesivos la merma de las colonias de todos sabida.

Con estas circunstancias coincidió la venida á Madrid de una embajada turca que nadie se explicaba, si bien que no era de mal augurio se creía [1].

[1] Dió mucho que hablar esta misión misteriosa, cuyo objeto no pudo averiguar Novoa. «La poca autoridad y lucimiento de la persona (del Embajador) ha desconfiado mucho en el pueblo que sea de consideración, según lo que nos dicen y

Hallándose sin precisa ocupación las escuadras, se aplicaron á la conducción de D.ª María Ana de Austria, hija del emperador Fernando III, prometida que fué del príncipe Baltasar Carlos, desposada luego con el padre de éste y tío suyo carnal, Felipe IV, rey de las Españas, en virtud de capitulaciones matrimoniales otorgadas en 1648. Se negoció con Francia salvoconducto á fin de que no fuera molestada en la travesía, con cuya seguridad se reunieron en el puerto de Final con la galera real, suntuosamente aderezada, tres de la escuadra de España, cuatro de la de Nápoles, cuatro de la de Sicilia, dos de la de Cerdeña y cinco de la de Génova. Por decoro de la soberana acudió asimismo al puerto la escuadra del Mar Océano del mando de Pimienta con 20 navíos y 5.000 soldados de infantería, estando toda esta fuerza á las órdenes del Duque de Tursi, teniente general de la mar. A la honra de las salvas y recibimiento concurrieron también dos galeras del Duque de Florencia, en las que llegó su hermano, Juan Carlos de Médicis, y por segunda vez,

sabemos de aquel bárbaro; sin embargo, prorrumpió en novedades y mentiras, haciéndole rico, ya que traía presentes de joyas y leones.» (Lib. XX, pág. 629.) Presumo que al suceso alude una relación sospechosa que parecía, por los nombres y citas, impresa en Francia con este título: *Les presens inestimables envoyez par le grand Turc au Roy d'Espagne. Auec vne lettre sur le suiet de la paix faite entre et luy et l'Empereur. Ensemble ce qui s'est passé depuis le 24 juillet, tant à l'Armée Hollandoise qu'Espagnole au pays-bas. Iouste la copie imprimée à Coulogne en Allemagne.* Ocho fojas, 8.º, s. a. n. l. La carta se supone del sultán Solimán Ameth (*sic*), descendiente de la Casa de los Otomanos, etc., al más glorioso Príncipe de la cristiandad, defensor y protector de los nazarenos, al más poderoso y triunfante señor Felipe de Austria, adornado de todas las virtudes. La lista de presentes contiene:

1. Cuatro leones con cadenas de oro y cubiertas de tela de oro, bordadas las insignias del Señor.
2. Dos cuchillos de Damasco con adornos de oro.
3. Cuatro estuches, conteniendo cada uno cuatro cuchillos de damasco con empuñaduras de oro y piedras.
4. Cuatro cuernos de unicornio con círculos de oro, grabadas las armas de España.
5. Veinte tapices de seda y oro, representadas las victorias de Felipe II.
6. Un cáliz de cristal con pie de oro.
7. Un objeto de cristal con piedras preciosas.
8. Otros dos en que están grabadas las victorias de Carlos V contra los luteranos.
9. Diez caballos, al cuidado de seis criados turcos.

aunque por fórmula, usó el bastón de Capitán general de la mar [1].

La señal de levar se hizo el 23 de Agosto con tiempo excelente, que consintió avanzar mucho á la vela economizando escalas. El 28 se acercaron á Barcelona con objeto de embarcar refrescos, fiando en el salvoconducto convenido, no obstante el cual dispararon desde la torre de Llobregat, pasando una bala por encima, otra por la popa y la tercera por el trinquete, antes que á boga arrancada pudiera ponerse fuera de tiro [2].

Aparte el incidente, fué la travesía feliz y relativamente rápida, pues con corta detención en Tarragona y Alfaques, entraron las galeras en Denia el 4 de Septiembre y desembarcó la expedición [3].

[1] Explícalo Novoa con antecedentes de interés. Después que fué á Vinaroz el príncipe Juan Carlos y regresó á Florencia, abandonó la dignidad y la milicia, hízose clérigo y obtuvo el capelo de cardenal. Tomó á poco su hermano el partido de Francia, mas volvió al de España, y en esta ocasión verificó acto público de deferencia, usando su hermano del título que no le había sido retirado, porque el que se dió á D. Juan de Austria era de *Gobernador general*, esto es, el empleado en interinidades ó sustituciones. En los días de estancia en el Final depuso el Príncipe la púrpura cardenalicia y anduvo en el séquito de la Reina, y á bordo de la galera real, con preseas de soldado y el bastón, hasta el momento de zarpar.

[2] Parets consigna en su crónica (lib. II, cap. XXV) que, aproximadas las galeras al muelle y presentado por un mayordomo el pasaporte de la Reina de Francia, se le permitió comprar lo que quiso. La galera se incorporó con las otras y navegaron hacia Tarragona, pasando muy cerca de la torre de Llobregat. El capitán, poco cuerdo, disparó siete cañonazos, con que, asustada la Reina, hubieron de hacerse mar adentro. Sintiólo infinito la ciudad, y para sanearse con España y con Francia mandó prender al capitán, que huyó, pero dentro de dos meses se acomodó todo: sólo la torre experimentó el rigor, pues años después la derribaron para que no quedara memoria.

[3] De ella hice memoria más extensa, con nombres de las galeras y de sus jefes y capitanes, en el libro de *Viajes regios*. Cité las relaciones impresas en español é italiano, sirviéndome principalmente de la que con proporciones de tratado escribió D. Hierónimo de Mascareñas, obispo electo de Leyria, titulado *Viaje de la Serenisima Reyna Doña Maria Ana de Austria, segunda muger de Don Phelipe Quarto deste nombre, Rey Catholico de Hespaña, hasta la Real Corte de Madrid desde la Imperial de Viena*. En Madrid, por Diego Díez de la Carrera, 1650, en 4.° Posteriormente he visto otro opúsculo, falto de portada, en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, est. 16, gr. 5, núm. 99, impreso en 31 hojas en 4.° En la primera se lee *Viaje Real de la Reina Nuestra Señora*. Se recomienda por la descripción de la galera real, que utilizaré en otro capítulo.

En la relación de la entrada de la Reina en Madrid, que se supone escrita por

Formáronse los planes de campaña para 1650, distribuyendo naves y personas, de modo que ocho de las primeras marcharan en auxilio de Venecia contra los turcos; las de la guarda de la carrera de Indias al crucero ordinario, encargado al general D. Juan de Echeverri; tres fragatas de Dunquerque á San Sebastián, en observación, porque con motivo de las alteraciones en Francia hallábase apostada la armada de ésta en la entrada del Gironda. En las costas de Valencia, guardando las bocas del Ebro y el acceso á Tortosa, ciudad de que se habían apoderado los franceses en 1648, la escuadra de galeras de España con nuevo general por dejación de D. Melchor de Borja [1]. Las demás fuerzas se reconcentraron en Italia, donde iban á emplearse dirigidas por D. Juan de Austria, teniendo por teniente general al Conde de Oñate y de Villamediana, virrey de Nápoles.

En este puerto se habían aprestado 39 bajeles de guerra, 9 galeras, 120 tartanas ó polacras, 80 falucas para embarcar municiones de toda especie proporcionadas á 10.000 hombres de infantería y 900 jinetes. En el del Final habían de tomar las galeras de Génova otros 3.000 soldados de infantería, y en el de Palermo, las galeras de Sicilia y ocho na-

D. Pedro Calderón de la Barca, y asimismo en *El suceso ó novela de D. Juan de Peralta*, que dió á luz D. Marcos Jiménez de la Espada el año 1883, se describe una galera que se puso en la Puerta del Sol de Madrid por alegría de las fiestas.

[1] Teniendo en cuenta los méritos contraídos como consejero de D. Juan de Austria en las jornadas de Nápoles y Sicilia, se le dió por libre de los cargos y sentencia del sitio de Rosas, por cédula de 28 de Junio de 1648, restituyéndole en el cargo que tuvo de Capitán general de las galeras. En 1650 pidió licencia para retirarse del servicio por falta de salud y continuos achaques, y le fué concedida, recayendo nombramiento para sustituirle en D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque. (*Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, números 136 y 137.) El Duque, Grande de España, soldado voluntario desde 1638, General de caballería en Flandes, en Milán y en Cataluña, había alcanzado crédito rompiendo al enemigo en esta campaña, y aunque nunca las había hecho por mar, mereció preferencia entre los que solicitaban la capitanía general de las galeras. Su vida y servicios se hallan condensados en el opúsculo de D. Antonio Rodríguez Villa, *El Duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy, impugnación á un artículo del Duque de Aumale sobre esta batalla y noticia biográfica de aquel personaje*, y en mi *Informe en desagravio de tan ilustre prócer presentado á la Real Academia de la Historia en* 1884. Ambos trabajos se han publicado en las *Memorias* de la misma Academia, t. x.

víos á cargo del almirante D. Manuel de Bañuelos, el Estado mayor del Príncipe.

Destinábase tan considerable expedición á desalojar á los franceses de Toscana, y reunida que estuvo en Gaeta el 18 de Mayo, pasando á San Estéfano, se acometió al mismo tiempo la expugnación de Piombino, en el continente, y de Portolongone en la isla de Elba, desembarcando tropa y material y abriendo desde luego trincheras. La armada se situó en crucero sobre la costa de Provenza para impedir acción de la de Francia, dejando algunas naves que ayudaron á batir y asaltar los muros de Piombino. El bloqueo de ambas plazas se confió á las galeras, que hicieron buena guarda día y noche impidiendo socorros. Seis francesas que lo intentaron de frente se vieron obligadas á retroceder y á intentar el recurso de reforzar una con 300 hombres y arriesgarla de noche, pegándose á tierra; mas aun así fué descubierta y echada á pique, sacrificándose los valerosos tripulantes en obsequio de sus compatriotas; acción siempre digna de loor.

Piombino capituló el 19 de Junio, saliendo con los honores de la guerra 400 franceses y quedando otros 100 prisioneros. Portolongone resistió más; estaba bien guarnecida y aprovisionada, y mientras mantuvo esperanza de auxilio exterior puso en juego cuanto enseña el arte de la guerra: al fin se rindió igualmente, con buenas condiciones, el 31 de Julio; y aunque se restituyeron las plazas á su señor, el príncipe Ludovisio, sobrino de Su Santidad [1], quedaron de guarnición 2.000 hombres en una y 800 en la otra. El resto reembarcó, restituyéndose D. Juan de Austria á Palermo, donde fué recibido con honores triunfantes; el Conde de Oñate á Nápoles; las galeras de Sicilia, á llevar al Final su tropa; las de Nápoles y Génova á España, y á Cataluña la armada de navíos, conduciendo 4.000 infantes y 400 caballos [2].

[1] Giannone.

[2] Se publicaron relaciones sueltas detallando la jornada, pero mucho más lo hace el *Diario de lo sucedido á su Alteza el Sr. D. Juan de Austria en la navegación y conquista de las plazas de Pomblin y Longon*, escrito por su mayordomo D. Pedro



Casi al mismo tiempo que á las plazas dichas de Toscana, se apretaba á la de Tortosa sin tanto aparato naval, como que no pasaban de seis galeras, cinco de España y una de Cerdeña, las que tenía el Duque de Alburquerque en los Alfaques, puerto de primera importancia cuando llegó á cir-

de la Mota Sarmiento. Hállase original en la Biblioteca Nacional, signatura G. 3, juntamente con el de la jornada de Nápoles antes citado. La correspondencia del Príncipe, en que se incluye otra relación del suceso, apareció en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XIII, pág. 407, con membrete de *Documentos sobre hechos militares de D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV*. Al lado de estas piezas es poco el interés de lo contenido en el *Libro en que se trata de los virreyes del reino de Nápoles y de las cosas tocantes á su grandeza, compilado por José Raneo, año 1634, é ilustrado con notas por D. Eustaquio Fernández de Navarrete*, t. XXIII de la referida *Colección*. Mota menciona como presentes en la jornada estos bajeles:

ESCUADRA DEL MAR OCÉANO.

Capitana real.
Almiranta real.
Maravillas.
San Martín.
San Marcos.
San Juan del Donativo.
Testa de Oro.
San Juan Evangelista.
Sol de Jesús.
Regla.
Príncipe de Orange.

ESCUADRA DE MASIBRADI.

Concordia.
San Carlos.
Adán y Eva.
León Rojo.
Santa Cruz.
Santa Bárbara.

ESCUADRA DE DUNQUERQUE.

Capitana.
Vírgenes.
Buen Suceso.
Atocha.
San Salvador.
Natividad.

ESCUADRA DE NÁPOLES.

Capitana.
Almiranta.



cunvalarse la ciudad, por no quedar á los sitiados otra avenida que la mar, harto ancha para cerrarse con tan corta fuerza.

Conociéndola con exactitud el Duque de Mercœur, virrey de Cataluña [1] por parte de Francia, previno una flotilla de barcos ligeros cargados de víveres y municiones, y dió comisión de abrirles paso al Barón de Ligni, comandante de cuatro navíos de guerra. Mientras ellos deshacían á las galeras, obra al parecer sencilla, el convoy echaría en tierra los efectos por Cambriles, donde los esperaba gente apostada.

Supo el de Alburquerque la hora en que salía de Barcelona la escuadra enemiga, y calculando cuerdamente no poder resistir en el fondeadero á la acometida, mientras que en la mar acaso se le presentara circunstancia favorable, bien de calma, bien de desunión de los buques de vela, salió bogando sosegadamente el 23 de Noviembre, de manera que al amanecer se halló en el paraje amenazado, á tiempo que sobre él iban las naves de la escolta barloventeando por reinar el terral. Estaba, pues, en la situación más ventajosa que podía desear; á barlovento y en poco fondo, lo cual, reconocido por el jefe francés, fué razón para echarse afuera, tratando de atraer á mar alta á las galeras. Siguiéronle éstas, en efecto, haciendo uso de los cañones gruesos de crujía; el viento calmó; se separaron los navíos, y al más atrasado abordó el Duque con su capitana, consiguiendo rendirlo en media hora. Era buque de 16 cañones, el menor de la escuadra. Lo envió seguidamente á los Alfaques con una de las galeras, y con las cinco continuó la caza favorecido de la

Concepción.
San Ignacio.
Santa Inés.
San Felipe.

NAVÍOS DE FUEGO.

San Antonio de Nápoles.
San Antonio de Padua.
Estrella.
Santa Ana.

[1] José Luis de Vendôme.

suerte; aflojaba el viento cada vez más, allanándose la mar como en un lago. Cerraron todas con dos de los navíos, batiéndolos de enfilada hasta que se entregaron, y por término acometieron á la capitana, cañoneándola del mismo modo que á los otros, ofreciéndose el caso, rarísimo en episodios de la mar, de que se rindiera mediando capitulación escrita [1].

No hay que decir que las galeras quedaron destrozadas en pelea tan desigual: la capitana francesa montaba 30 piezas de artillería, dos de los navíos, á 20; el menor, 16, según se ha expuesto; y entre todos conducían, á más de la tripulación, 500 mosqueteros de socorro, cuatro cañones de campaña, dos morteros, 1.000 mosquetes, 800 espadas, cantidad de pólvora y de raciones, todo lo cual quedó en manos del vencedor por trofeo material incomparable con las consecuencias declaradas por el conducto más respetable, como sigue:

«El Rey—Duque de Alburquerque, primo, gentilhombre de mi cámara, Capitán general de mis galeras de España—he querido deciros que esta facción ha correspondido á lo que esperé de vos cuando os elegí para este cargo; pues si bien en otras ocasiones habéis dado muestras de vuestro valor (propio y heredado con vuestra sangre), en ésta habéis obrado como valeroso general y con todo el acuerdo que pudo producir largas experiencias de las cosas de la mar para conseguir la victoria que tuvisteis, exponiéndoos con tan pocas galeras á pelear y rendir estos navíos, cuyas fuerzas son tan

[1] Por la rareza del caso la copio. «*Capitulación hecha en la mar, á la vista de Tarragona, entre el Duque de Alburquerque, Capitán general de las galeras de España, y el señor de Ligni, mariscal de batalla de Su Majestad Cristianísima, gobernador de cuatro bajeles.* Primeramente concede Su Excelencia al señor Barón de Ligni y á la gente, oficiales y soldados, marineros y artilleros, capitán de bajel, las vidas, y que salgan con espadas; y los que fueron de la guardia del señor Duque de Mercurio (*Mercœur*), sus armas de fuego y lo que puedan sacar encima; y el señor Barón de Ligni sacará los cofres, y su cirujano uno, y tendrán en la plaza de Tarragona los oficiales la ciudad por cárcel, dando su palabra por escrito, y los soldados donde fuere servido el señor Duque de Alburquerque; y saldrán de la dicha plaza el día que Tortosa fuese rendida ó socorrida, y llevados á la ciudad de Barcelona, camino derecho, con convoy. Fecha en la mar, á vista de Tarragona, á 24 de Noviembre de 1650.—El Duque de Alburquerque.—Ligni.»

Biblioteca de S. M. el Rey, Ms., t. F. 77, fol. 58.

desiguales á las de las galeras como ventajosas, y más cuando sabíais venían reforzadas de infantería, con que entrastes en conocido riesgo de la vida, consiguiendo en quitar tan considerable socorro al ejército del enemigo su retirada, como subcedió; y asegurarse rendir la plaza de Tortosa (que es de tanta consecuencia), porque os doy muy particulares gracias, quedando enterado del gran amor y singular fineza con que me servís, que tendré siempre en memoria para honraros y haceros merced, como lo merecen vuestros señalados y particulares servicios y éste tan singular.....[1]»

Merecida era la significación real, por no ser el hecho de aquellos en que la fortuna sola decide ayudada del arrojo, sino de los que se consiguen sobreponiéndose el cálculo y acertando la habilidad á nivelar las fuerzas, contando, por supuesto, con el valor y la disciplina. No hubo, por tanto, discrepancia en el juicio: el ministro D. Luis Méndez de Haro lo expresaba, en carta confidencial, escribiendo: «Señor mío: Haber tomado con seis galeras cuatro navíos, no tengo noticia de que se haya visto otra vez. Alégrome con V. E. de todo corazón de un suceso tan feliz y de tanta reputación [2].»

[1] Original en el archivo de la Casa de Alburquerque, publicada por el Sr. Rodríguez Villa. *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. X, pág. 351.

[2] Original en el archivo de la Casa de Alburquerque, publicada por el Sr. Rodríguez Villa. *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. X, pág. 351.

En mi informe á la Academia, inserto en el mismo tomo de *Memorias*, hay otros varios documentos, por los que se conoce la impresión producida por el combate y por la rendición de Tortosa tres días después, el 27 de Noviembre. Apréciase principalmente por los *Elogios al Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, marqués de Cuéllar, conde de Ledesma, marqués de Cadereyta, conde de Huelma, señor de las villas de Mombeltrán y la Codosera, gentilhombre de cámara de S. M. y su capitán general de las galeras de España. En la feliz ocasión de haber rendido con cinco dellas y una de Cerdeña cuatro bajeles de Francia, que introducían el socorro de Tortosa. Escribiólos el capitán de corazas D. Diego de Ledesma, dirigidos á la protección del Excmo. Sr. D. Fadrique Enríquez, del Consejo y Junta de Guerra de España y Cámara de Indias.*—Impreso s. a. n. l. en ocho hojas, 4.°, Biblioteca Nacional, Varios. Después de la dedicatoria en prosa, empieza:

«Vuele la Fama con tonante pompa,
Discurriendo del orbe la distancia;
Vuele segura, y, atrevida, rompa
De las francesas armas la arrogancia;
Porque, siendo inmortal su sacra trompa,



El Duque de Alburquerque. Capitán general de las galeras de España.

El efecto moral de la victoria excedió á la importancia efectiva por el decaimiento que trabajaba á las autoridades catalanas, no siendo secundadas, como esperaban, por Francia; el disgusto consecuente del pueblo, y la peste que, con terrible estrago, se extendía de la ciudad de Barcelona á las provincias. De Portugal tampoco esperaban ya el auxilio que se les había ofrecido, sabiendo que, por haberlo dado al príncipe palatino Roberto, se enemistó con Inglaterra, y una escuadra de esta nación atacó sobre Cascaes á la flota que llegaba del Brasil, echó á pique la gran nao de la India, incendió á lo almiranta y apresó otras siete, que condujo á Cádiz con 1.200 prisioneros [1].

Todas estas circunstancias estimularon á mayor actividad de la que hasta entonces había tenido la guerra de aquella región, haciendo preparativos para la campaña de 1651, que iba á encomendarse á la dirección de D. Juan de Austria, haciéndole venir de Sicilia. De allá trajo seis galeras de Nápoles, á cargo de D. Álvaro de Melo, por ausencia temporal de su general Joanetín Doria; cinco de Sicilia, que continuaba gobernando el Marqués de Bayona, y cuatro navíos transportes con 40.000 fanegas de trigo, saliendo de Palermo el 28 de Mayo, y tocando en Trapana, Caller, Mallorca é Ibiza. [2]

Publique siempre la enemiga Francia
Que al Duque de Alburquerque generoso.
Lo soldado le sobra y lo animoso.»

Contrariamente á las apreciaciones de los españoles, procuró mermar importancia al combate el cronista de los enemigos, Parets, sentando (lib. II, cap. XXXIII, página 373) no haberse portado bien los franceses. «Este suceso, dice, fué á los ojos del Duque (de Mercœur), que cogía el cielo con las manos y pateaba de furor de ver que los dos mejores vasos últimos no habían querido pelear. Con esta presa tuvo el enemigo buen socorro y con qué poder asistir su ejército y proveer después á Tortosa.»

[1] Hubo dos combates en 1.° y 27 de Septiembre, según relación impresa en Sevilla, año de 1650, en que se expresa llevaron los ingleses 35 navíos: la capitana de 84 cañones, dos de ellos de calibre de á 50 libras, y la almiranta de 60 piezas. De la presa de la flota da testimonio D. Francisco da Fonseca Benevides, *Rainhas de Portugal.*

[2] *Diario de lo sucedido á Su Alteza el Sr. D. Juan de Austria en el sitio de Barcelona, y entrada de las armas de S. M. en dicha ciudad, con la navegación que hizo de Sicilia á España para este efecto.* Escrito por su mayordomo D. Pedro de la Mota



Ocurrió en las Baleares incidente en que, probablemente, influyó el hecho de armas realizado por el Duque de Alburquerque, y fué que, estando las galeras al abrigo de un fuerte viento de Levante, avisaron al Príncipe haberlo hecho en cala inmediata de Formentera un navío de guerra francés, acompañado de una saetía presa. Habiéndolo reconocido desde las alturas de la isla, consultó D. Juan con los generales, que se manifestaron inclinados á batirlo tan luego como el viento calmara, y pusiéronlo por obra apostándose tras una punta que el navío tenía que montar.

Llegado el momento, el 17 de Junio, el navío, de nombre *León Coronado*, con 36 cañones y 400 hombres de tripulación, viendo á las 11 galeras próximas, en disposición de batalla, desfondó la presa recogiendo su gente, y rompió el fuego de cañón con efecto terrible; así ellas procuraron que durara poco tiempo, bogando briosamente para llegar al costado, bajo las baterías, y aferrarse como lebreles por todos lados, por la proa preferentemente, pugnando hasta hacerse dueños de la cubierta. Pero ¡á qué costa! Noventa y nueve muertos y 227 heridos acreditaron la desventaja en abordajes semejantes de embarcaciones de remo, bajas y descubiertas, á las de vela de costados dominantes. En la de Francia murieron el comandante, cuatro caballeros de Malta, 200 marineros y soldados, ó sea la mitad de la tripulación, siendo menor la proporción de los heridos, que no pasaron de 70 [1].

La acción se decidió en hora y media, desde el principio, padeciendo mucho las galeras en el tiempo que tardaron en atracar; la del cuatralbo D. Fernando Carrillo quedó casi deshecha, y ninguna dejó de tener averías, haciendo necesario que volvieran á Ibiza á repararlas y desembarcar los dolientes.

Sarmiento. Ms. original unido á los otros dos diarios citados anteriormente. Es prolijo y conforme con el libro que dió á la estampa D. Francisco Fabro Bremundan, *Historia de los hechos del Sermo. señor Don Juan de Austria en el Principado de Cataluña*. Zaragoza, 1673, folio. Por la parte contraria están relatados en la *Crónica* de Parets.

[1] Por el *Diario de Mota*. Fabro Bremundan, conforme en la estimación de bajas de las galeras, disminuye las del navío á 103 muertos y 58 heridos.



Poco menos cara pagó D. Juan la captura de otro navío catalán, en ataque, honroso ciertamente, de reputación para las armas y de buen ejemplo para la gente, pero temerario.

Decidido el avance de tropas hacia Barcelona, como en la ciudad hicieran diligencias encaminadas á precaver las vicisitudes del sitio, disponían en Mataró flotilla de embarcaciones con escolta de navío fuerte cargado de trigo. El Príncipe, habiendo reunido con sus galeras las de la escuadra de España del Duque de Alburquerque y cruzado á vista del Llobregat, corrió la costa en busca del convoy, descubriéndolo en disposición muy fuerte. El navío, que era de 30 cañones, estaba acoderado bajo la protección de una torre artillada: en la playa misma, á popa y proa del navío, habían establecido baterías de cestones, con las que formaban línea las saetías y tartanas, varadas y guarnecidas de mosqueteros, y á la espalda infantería parapetada.

Las galeras del Sr. D. Juan, que eran 22, se distribuyeron, después de desembarcar 600 hombres en la playa, yendo 12 á responder de frente á las baterías y 10 al abordaje del navío, haciéndolo dos por el costado de fuera, dos por popa y seis por proa, con decisión que intimidó á los tripulantes de la nave, de modo que se descolgaron á la playa en el momento crítico, con lo cual el navío, nombrado *Nuestra Señora de la Estrella* (a) *el Capitán Ferret*, fué sacado á remolque frente al muelle de Barcelona, costando la baja de 60 hombres muertos y heridos [1].

Bastante se tardó en formalizar el sitio de la capital del Principado, allegando el Marqués de Mortara tropa y material con que ir ocupando puntos inmediatos; D. Juan de Austria no se presentó en el campo hasta el mes de Octubre á dar calor con su presencia á los cuerpos de fuerza insuficiente con que se iniciaba la empresa, fiándola á la buena voluntad, según el añejo sistema español. Aconteció, por

[1] Se publicó en Madrid relación especial del apresamiento, independientemente de las escritas por Mota y Bremundan. Parets refleja el despecho de los interesados al escribir en su *Crónica* (lib. II, cap. XXXIX, pág. 411): «¡Hazaña grande, 22 galeras contra un bajel indefenso!.....»



tanto, que estuvieran los soldados sin tener que comer en ocasiones, y á la larga, prolongándose las operaciones del asedio más de un año, que sufrieran las inclemencias del cielo, el azote de la peste, el fuego de las baterías de frente, el amago del ejército francés en el flanco ó la espalda, sin vestidos ni zapatos.

A la vez padecían en la mar los encargados del bloqueo del puerto, habiéndose agregado á las galeras unos cuantos navíos de la escuadra de Pimienta [1], los apresados al enemigo [2], más 12 barcos longos expresamente armados en Cádiz, como propios para cerrar el acceso al muelle, que los barceloneses tenían defendido con 80 cañones.

Visto que el fuego directo de bajeles hacía escaso efecto en las murallas de la ciudad, ensayaron el bombardeo instalando sobre lanchón planudo un trabuco ó mortero que al primer disparo desfondó la embarcación [3]; desistieron por ello de más pruebas, limitándose á mantener el cordón guardián que estrechaban de noche interpolando navíos, galeras y barcos largos con método que celaban los jefes, sin excepción del Príncipe, porque supieran todos la importancia del penoso servicio nocturno [4].

Conseguíase con él disminuir los recursos de alimentación de la ciudad sin limitarlos del todo, porque también ponían extremada atención en la entrada sistemática, teniendo almacenes y muchas embarcaciones menores en las calas de la costa, desde Mataró á San Feliú. En el momento en que se entablaban vientos de Levante fuerte, para los cuales tenían que buscar refugio las galeras en Tarragona ó Salou, salían

[1] En el mes de Septiembre se dieron órdenes al general Pimienta para fletar ocho navíos nacionales ó extranjeros y cerrar con ellos la comunicación marítima de Barcelona. *Colección Sans de Barutell*, art. 3.º, números 1.002 á 1.011.

[2] Anota el Diario de D. Pedro Mota que prestaron servicio el navío *León Coronado*, que se tomó sobre Formentera, el *Capitán Ferret*, de Mataró, un patache apresado en Porto Longone y la almiranta de Francia, rendida sobre las islas de Lipari por la nuestra, y la nao *Concepción*.

[3] Diario de Mota.

[4] Inserta en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. X, pág. 404, está la *Instrucción del Duque de Alburquerque para el bloqueo de Barcelona*, fecha á 22 de Junio de 1652.



en flotilla y embocaban el puerto. Si Levante no había, se arriesgaban en noches obscuras ó tempestuosas, navegando á vanguardia barcas armadas que escaramuzaban mientras las de carga seguían su camino. De este modo, ó por accidentes imprevistos, entraron en la noche del 22 de Enero de 1652 nada menos que 53 laúdes; en la del 2 de Mayo 36; en varias más á 10 y 20, siendo frecuente que alguna se escurriera aislada, aunque muchas caían en manos de los celadores.

No era por esto extremada la necesidad dentro; mayor la pasaron á veces los de fuera «á media ración, y algunos días sin ella» [1], por retraso de las embarcaciones en que solían venir intermitentemente, lo cual fué causa de que en los apuros se buscaran las del enemigo, como trataron de hacerlo en Blanes Pimienta y Joanetín Doria, llevando cuatro galeras, cinco barcos longos y otras tantas lanchas, fuerza que no bastó á vencer la defensa.

A mediados de Junio emprendió Su Alteza la operación doble con noticia de haber llegado á San Feliú 30 saetías francesas con socorro considerable, aprestando 14 galeras y algunos barcos longos, reforzados con 500 infantes del ejército y 40 caballos. Hallábase el puerto defendido por dos baterías rasantes de tierra, otra en el baluarte de la villa y otra en el torreón de la iglesia; y pareciendo arriesgado afrontarlas sin más ni más, se hizo desembarco de los caballos é infantes á una milla de distancia, formando dos escuadrones con orden de ataque á la villa y baterías dichas por la espalda, al tiempo mismo que la escuadra comenzara por el puerto, que fué al amanecer el 17, batiendo el príncipe D. Juan el castillo con cuatro galeras y forzando la boca, á todo bogar, el Duque de Alburquerque con cinco y el Marqués de Bayona con otras tantas. Dentro las recibieron con fuego nutrido de cañones, pedreros y mosquetes desde las embarcaciones y las murallas, que era lo de menos, así que los desembarcados se hicieron dueños de la fortificación y

[1] Fabro Bremundan.

de una eminencia próxima. El ataque simultáneo produjo la ocupación del arrabal con la marina, y captura de 29 saetías y tartanas cargadas; otras 60 embarcaciones se incendiaron por no perder tiempo en ponerlas á flote, así como 11 almacenes de provisiones, y con esto, reembarcada la tropa, volvió la escuadra á Barcelona remolcando las presas [1].

Contribuyeron al éxito el Duque de Tursi (el joven) y Joanetín Doria con otros generales, siendo extraordinario en todos alcanzarlo en la disposición en que estaban las galeras, pasados más de doce meses de trabajo incesante sin carena ni reemplazo, sin chusma, marineros, cabos ni velas [2].

Y aun no habían concluído: á 27 de Julio hubo aviso de avistarse la escuadra francesa tantas veces anunciada, trayendo ocho navíos gruesos de 46 á 30 cañones, cuatro de fuego y convoy de 24 tartanas, á que habían de agregarse las dispuestas en Cadaqués y Rosas, y las del país que ordinariamente hacían el tráfico. Don Juan de Austria, oído el consejo de generales, determinó dejar 10 galeras en la rada y salir con los navíos al encuentro del enemigo sin alejarse mucho, presumiendo traería por plan entretener á su fuerza con escaramuzas para que el convoy pasara. Dió vela el 2 de Agosto por la noche con la armada, muy superior en número y apariencia á la que encontró fondeada en Blanes en la amanecida siguiente. Monsieur de la Ferrière, su comandante, se hizo al punto á la mar y, reinando viento terral bonancible, mandó Su Alteza que las galeras le dieran remolque, y llegó á acercarse á una milla de distancia bogando todo el día. Poco después de anochecer saltó el viento al Norte recio, y lo ciñó nuestra armada en vuelta del Oeste, ordenando á las galeras arrimarse á tierra, excelente providencia si se mantuvieran unidas, porque al día siguiente se

[1] Da pormenores de la operación y daños causados una carta del Duque de Alburquerque inserta en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. x, pág. 406. Fabro Bremundan y Mota apuntan de nuestra parte 30 muertos y 150 heridos. Parets (lib. II, cap. XLIX) reconoce quedaron los ánimos en Barcelona «casi desmayados y pavoridos».

[2] Diario de Mota.



descubrieron las tartanas del convoy en dispersión, apartadas de sus navíos, y hubieran podido tomarse muchas. Separadas como estaban también las galeras, la de D. Fernando Carrillo, más próxima, rindió á tres de aquéllas, y otra galera á dos más; todas las otras escaparon, sin que se volviera á presentar oportunidad de captura.

Don Juan había calculado bien; el Comandante francés no tenía pensamiento de pelear, sino de atraer hacia afuera á los bajeles españoles, á cuyo fin maniobró varios días con tiempo bastante para persuadirse de que no lo lograría y tomar la resolución de volverse á Marsella, llamándose á engaño en el despacho que envió á su corte y dejando engañados ó desengañados á los catalanes, que no anduvieron cortos en acriminarle [1].

Perdidas de vista las velas volvió á establecerse el cordón del bloqueo, estrechándolo más que antes con el refuerzo de cuatro galeones llegados de Cádiz y de una gran nao de Guipúzcoa, aunque los primeros eran de poco servicio [2]. Por fortuna no eran ya de necesidad absoluta; los más obstinados en la defensa de Barcelona y prosecución de la guerra á todo trance perdieron bríos con la esperanza del socorro, abatiéndolos más cada día la sumisión de los pueblos de la costa desde Mataró á Palamós, á que contribuyeron las escuadras de galeras. La plaza capituló en 11 de Octubre, y el 13 veri-

[1] Parets (lib. II, cap. LI), sentado que la ciudad de Barcelona ofrecía á *la Farrixera* 50.000 libras de joya si introducía el socorro, dice no le podían perdonar haberles hecho sufrir el tormento de Tántalo, y se oían discursos dando por bellaca señal la de la retirada, de que habría tenido quien le ofreciese más sin riesgo de perder sus vasos, y de que «España, manirrota siempre y pródiga para lograr sus designios, le habría dado mayor cantidad». Bremundan recogió de otros papeles de Barcelona las calumnias para desmentirlas.

[2] No debe desperdiciarse el dato que suministran en punto á la miseria de los armamentos. Cuenta Bremundan que, habiendo solicitado Su Alteza el envío de los navíos, se desconsoló viéndolos llegar sin cables y faltos de bastimentos, y «no pudo dejar de representarlo á S. M. en un tiempo que la armada estaba tan falta de víveres, y en un paraje donde nadie podía ignorar que se carecía de almacenes de pertrechos». En cambio pareció muy bien el galeón nuevo *San José*, de la fábrica de Quincoces, de 1.200 toneladas de porte, armado con 60 piezas de artillería. Se eligió por capitana real, reemplazando á la antigua.



ficó su posesión y entrada el príncipe D. Juan, que al punto escribió al Rey:

«A los pies de V. M. me pongo segunda vez, suplicando se sirva de mostrar, con efectos de su grandeza, hallarse bien servido de los cabos que así en mar como en tierra lo han hecho en este sitio, padeciendo tan largos trabajos, riesgos y descomodidades.»

Uno de estos cabos, el general Pimienta, no gozó la satisfacción de sus compañeros presenciando la salida de la guarnición de franceses, esguízaros y catalanes que quisieron seguir al mariscal Lamotte; poco antes (el 1.° de Septiembre) sonó su última hora en la capitana; pero presente en la memoria de todos, tuvo recompensa en los elogios estampados en las historias [1] de la campaña, y resumidos en la de Bremundan así:

«La muerte del general Francisco Díaz Pimienta, de unos dolores que le sobrevinieron, fué impensada: nunca se creyó eran mortales, engaño de la robustez que desde los años menores hasta los que vivió había cultivado con los ejercicios más penosos de la navegación, llegando por la senda más ardua y dificultosa al puesto con que murió, de Capitán general de la armada del mar Océano, y á un colmo de gloria que igualaba, si no excedía, á lo sublime de aquella dignidad. Sujeto en quien admiró la edad presente y admirarán las venideras en el grado de perfección mayor, todas las prendas que la idea sepa desear en un soldado y general de mar. Y bien lo entendió así el Sr. D. Juan escribiendo al Rey «lo »mucho que había sentido aquella pérdida, por la falta que »juzgaba haría al servicio de la Majestad un hombre de tan»tas experiencias y capacidad».

[1] El Diario de la Mota dice fué «pérdida de este género la mayor que hizo la Monarquía».

XXI.

ESCUADRA DE DUNQUERQUE.

1625-1646.

Origen.—Organización.—Excelencia de las naves.—Movilidad.—Operaciones.—Considerable número de presas que hace.—Empeño de los enemigos en destruirla.—Cómo lo resiste.—Es llamada al Mediterráneo.—Mantiene su reputación.—Piérdense los puertos de Flandes.—Queda agregada á la escuadra del Océano.

DUNQUERQUE, en flamenco *Duinkerken*, que quiere decir Iglesia de las Dunas, es puerto situado en la parte más estrecha del Paso de Calés, entre éste y el de Ostende. El rey Felipe III lo designó, en 1604, para instalación del Almirantazgo de los Países Bajos, que prestó excelentes servicios mientras la tregua con las Provincias Unidas no vino á hacerlos innecesarios [1]; y recordándolos el Conde-Duque de Olivares, una de las primeras medidas que aconsejó á Felipe IV en el momento de romperse de nuevo las hostilidades, fué el restablecimiento de aquella institución, aumentando los privilegios de que había gozado á cambio de la obligación de mantener constantemente armada una escuadra de 24 navíos que se empleara contra los enemigos de la Corona [2].

Participaban estos bajeles de la disciplina, regularidad y

[1] Tomo III, cap. XIV.
[2] Tomo IV, cap. I.

orden observado en los de la armada real, pues por el mismo código se regían, y de todas las ventajas que proporciona la administración particular, más puntual y estrecha que la del Estado. La fábrica de los vasos era esmerada; los pertrechos, las armas y los víveres, de primera calidad; el personal elegido á satisfacción, de capitán á paje, ya que el Consejo directivo estaba facultado para admitirlo de cualquiera nacionalidad sin otra restricción que la de profesar la religión católica.

No apuraban al Almirantazgo las urgencias para el armamento; no le afligían las estrecheces del capital: á todas sus obligaciones presidían el orden, la previsión y la economía bien entendida, como á los presupuestos la idea de obtener el mayor beneficio.

En las tripulaciones, voluntariamente alistadas, la consideración, el buen trato, la seguridad de la paga á su tiempo, la participación proporcional en las presas, obtenida en el acto, sin los trámites de expedienteo que la eternizaban cuando entendían en ella oficiales reales; la confianza en la pericia y valer de los jefes, producían un bienestar solicitado por muchos más individuos de los que hacían falta.

Por tal reunión de circunstancias, digna de seria consideración, eran los bajeles del Almirantazgo, ó sea los de la escuadra de Dunquerque, como generalmente se designaban, no sólo superiores á los del Estado, sino también á cualquiera otros de su clase en las marinas militares, de forma que hubiera podido decirse de ellos lo que de las antiguas galeras catalanas; esto es, que eran aptos para afrontar á dos enemigos de su especie. Bien se advirtió desde la inauguración, en Junio de 1624, cuando seis de ellos pelearon con 17 holandeses en el canal de Inglaterra [1], acreditándolo adelante los testimonios de adversarios, y no se eche en saco roto la influencia ejercida por la forma de repartir las presas que estableció el primer almirante real D. Fermín de Anduesa y Lodosa [2].

[1] Capítulo I de este tomo.
[2] En 14 de Diciembre de 1625. Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

El público empezó á estimarlos por el ruido que desde el año mismo levantaron los holandeses lamentando el estrago hecho por tan pocas naves en su comercio [1]; por el combate en que mataron al renombrado almirante Piet Heyn; por el que sostuvieron tres navíos, sobre el cabo de San Vicente, contra 20 de turcos y argelinos que acechaban á las flotas [2]; por las nuevas recibidas cada día de su continua movilidad.

Más levantó su concepto el período de mando del Marqués de Fuentes [3], durante el que tuvieron en ejercicio 18 navíos y 12 fragatas de nueva construcción, que vinieron á servir de modelos en todas las armadas. No tenían de común más que el nombre con los buques de remo del Mediterráneo; estas fragatas dunquerquesas eran de 200 á 300 toneladas, armadas con 20 á 30 piezas: se diferenciaban de las naves en no tener castillos, sino corrida la cubierta alta, modificación con la que se consiguió mayor andar y ligereza en los movimientos.

Durante el año 1635 hicieron gran número de presas, entre ellas la capitana holandesa, nave de 60 cañones, que regresaba de la India Oriental; otra capitana de Francia [4]; de una flota de esta nación, de 64 navíos, tomaron 42 [5], siendo más sonada la expedición que hicieron contra las pesquerías, repitiendo las que solían emprender cada año en la estación oportuna.

Esta vez se hicieron á la vela el 14 de Agosto, llevando 14 navíos gruesos y seis fragatas de las dichas. El 17 encontraron una flotilla de 140 buzas pescadoras escoltada por navío de guerra de 26 piezas. A éste abordó desde luego la capi-

[1] Seis relaciones de combates y presas, hechos por ellos, se publicaron en 1625.

[2] *Memorial Histórico*, t. XIII, pág. 104.

[3] Don Júan Claros de Guzmán, marqués de Fuentes, hermano del Duque de Medina Sidonia, nombrado Almirante de la escuadra de Dunquerque en 1635. —*Colección Navarrete*, t. XI.—*Memorial Histórico*, t. XIII, pág. 124.

[4] «El rey de Francia hizo un famoso navío, de los mayores que se han echado á la mar; llevaba en la popa una figura grande de su rey con un escudo, y en él esculpido *Rochiliu* (*sic*). Con un temporal aportó á Holanda, y encontraron con él los de Dunquerque, y lleváronselo de camino, la gente y el navío.»—*Memorial Histórico*, t. XIII, pág. 313.

[5] *Memorial Histórico*, idem, pág. 235.

tana, rindiéndolo tras brava defensa, en que murieron 46 hombres, y en tanto iban las fragatas acorralando y destruyendo hasta 75 buzas, después de embarcar á la gente. El 20 avistaron otra flotilla igual, sólo que la escolta era de seis navíos, que huyeron: no consiguieron apresar más que 20 buzas. El 25 varió la escena; estando unidos 11 de nuestros navíos, y ocupados los otros en la obra destructora de las pesquerías, aparecieron por barlovento 22 bajeles de Holanda, con los que fué necesario pelear, y se hizo sin desventaja por ser excelentes los artilleros: el enemigo sufrió bastante en los cascos; su capitana y tres navíos más quedaron desarbolados, y todos pronunciaron la retirada. Al anochecer se descubrió otra escuadra de 18 buques que llegaba en refuerzo de la primera, ya tarde por fortuna de los nuestros. La obscuridad les permitió el cambio de rumbo, con la que entraron el día siguiente en su puerto con 778 prisioneros, habiéndose desembarazado de 200 más, viejos, muchachos y heridos, permitiéndoles marchar en navío neutral. El daño que hicieron en barcas y redes se estimó por los interesados en dos millones [1].

No siempre salían tan bien, siendo como son azarosos los lances de la guerra. El siguiente año venían hacia España tres navíos para llevar á Flandes soldados y dinero, que era comisión muy repetida, y habiendo encontrado en el canal dos holandeses, los atacaron briosamente. Al ruido de los cañonazos acudieron otros cinco, que los colocaron en peligrosa situación; siguieron, no obstante, la pelea todo el día, hasta que la almiranta se anegó, quedando prisionero el jefe, de nombre Jaques Collart [2]; otro de los navíos pudo refugiarse en puerto de Inglaterra; el tercero se rindió á fuerzas tan superiores, y aun se lo afearon sus compañeros [3].

1 *Relación del viaje que ha hecho la armada real que S. M. tiene en estos estados de Flandes, en este mes de Agosto de* 1635, *llevándola á su cargo el Sr. D. Juan Gavarelli, superintendente della, enviada al Marqués de Leganés.—Memorial Histórico,* t. XIII, página 271.—Novoa, lib. III, pág. 76.

2 Flamenco; servía en la escuadra desde su institución, con mucho crédito, y había alcanzado el grado de almirante.

3 *Memorial Histórico*, t. XIII, pág. 393.



Operación merecedora de mención fué también la de 1637, dedicada, como de ordinario, á entorpecer la pesca y estorbar el comercio de las Provincias Unidas. Prisionero Collart, gobernaba Miguel de Horna, navarro, la escuadra de seis navíos y dos fragatas, cuyos capitanes, Antonio de Anciondo, vizcaíno [1]; Marcos van Oben y Cornelis Meyne, flamencos; Antonio Díaz y Salvador Rodríguez, castellanos, dan á entender cuán poco se preocupaba la Junta de Almirantazgo de la naturaleza de los que la servían. Hiciéronse á la mar el 8 de Febrero, acercándose á Calés, desde donde les dispararon artillería gruesa, sin impedir que interceptaran un navío mercante, primera joya de la jornada. Cruzando seguidamente por el canal, avistaron sobre cabo Lizard, extremidad Sudoeste de Inglaterra, en el condado de Cornualles, una flota de 28 naos holandesas y 16 inglesas, escoltada por seis de guerra. Horna dió orden de atacarla, lo que se hizo sin contestar al fuego del enemigo hasta tocar los penoles.

Parecía la capitana holandesa un monte por lo alta: sobre ella descargó nuestro Almirante artillería y mosquetería sin perder tiro, de suerte que en poco tiempo la dejó tan malparada que tomó por avante para repararse. En esta disposición la abordó Antonio Díaz, echando gente dentro que fué rechazada y hubo de retirarse, aunque no sin llevar la bandera de popa.

Horna la embistió á su vez, metiendo el bauprés por la mesa de guarnición mayor, durando cerca de media hora el combate mano á mano, al cabo de cuyo tiempo se apartaron sin poderlo evitar, quedando á bordo del enemigo mucha gente española, que lo pasara mal si Marcos van Oben no aferrara por la otra banda.

[1] Murió en el combate de las Dunas, y es notable la forma en que lo expresa el título de capitán de galeones expedido á su hermano menor Martín: «atendiendo á ser hijo del veedor de la armada de Flandes, Vicente de Anciondo, que había servido cuarenta años; á que D. Antonio, también hijo, murió de un balazo que le llevó la cabeza, en el galeón *Santa Teresa*, peleando al lado de D. Lope de Hoces, después de haber hecho servicios muy particulares; á que otro hijo murió de un mosquetazo en el sitio de Salzes, y á que el mismo Martín ha servido en la armada de la guarda de Indias de soldado, alférez y capitán». 18 de Abril de 1640.



Anciondo, en el instante de abordar al Almirante, recibió en su bajel un balazo á flor de agua que le inutilizó al pronto; mas secundado por Cornelis Meyne, quedó rendido el enemigo.

Como los mercantes no dejaban de usar también de sus cañones, era tan espesa la humareda que no se distinguían unos de otros; con todo, sumergidos tres de los navíos de guerra, los dos que resistían aún se sometieron, y entonces el convoy se dispersó, tratando cada nave de escapar por donde pudiera, siendo las nuestras pocas para estorbárselo, sobre todo cuando llegó la noche.

Separados asimismo en la persecución, al amanecer el día siguiente se halló el capitán Anciondo, más de nueve millas á barlovento de la armada, entre otro convoy enemigo de 20 velas; pudo, no obstante, reunirse á Horna, y volvió con él al puerto, conduciendo las tres presas de guerra y 14 mercantes cargadas de municiones y bastimentos [1].

Las segundas eran las que proporcionaban beneficios al Almirantazgo y contento á su gente, tan activa en procurarlas que no pasaba día sin que alguna entrara, siendo muchos los que se contaban por mayor, sin que pudiera estorbarlo el almirante holandés Dorp, destinado por su Gobierno con una escuadra de 20 navíos para bloquear constantemente y no perder de vista la boca del puerto aborrecido.

Vino á ser éste pequeño para contener tantas embarcaciones como á él se llevaban, y sacada la carga y los pertrechos los vasos se abarataron de modo que ni aun para leña se vendían, por lo que los echaban á fondo los aprehensores ó los ponían á rescate en la mar á los mismos dueños. Sin salir del año corriente interceptaron completa la flota que iba á Amsterdam desde Venecia; de la de las Indias, compuesta de 40 naves, tomaron 14; otras ocho que conducían un presente para el Rey de Francia; dos veces más volvieron á destruir

[1] *Carta que escribió el capitán D. Antonio de Anciondo al secretario D. Martín de Ibarra, en Bruselas á 2 de Marzo de* 1637.—*Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 122. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, números 13 y 22.—Dirección de Hidrografía, *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 61.



las flotillas de pesca del arenque, creciendo exorbitantemente las cifras de los prisioneros [1]. Para estimarlas por partes, reseñar el resultado de los cruceros, hacer cómputo del valor de lo destruído y apresado, contar los combates y las proezas, habría que escribir una historia particular, y no carecería de interés ni de importancia, aunque algo monótona la hiciera aparecer la repetición de tantas acciones semejantes, y la igualdad en el acometer de los almirantes y capitanes.

Collart pudo desquitarse de la prisión sufrida en muchos encuentros favorables á nuestras armas. Uno por demás notable tuvo de seis navíos contra otros seis, de los que dos echó á fondo, y los otro cuatro entró presos en Pasajes, haciéndose acreedor á significación pública [2].

Con objeto de dar facilidad y ensanche á las felices operaciones de la escuadra se emprendió la obra importante de hacerla otro puerto en Gravelinga, poniendo á trabajar más de 4.000 operarios con diligencia que trataron de estorbar los enemigos, por la cuenta que les tenía. Por tierra salieron de Calés 14.000 franceses, infantería y caballería; por mar acudió el Príncipe de Orange con la armada, atacando simultáneamente, sin más resultado por una parte que por la otra, derrotado el ejército por las tropas que juntó el Marqués de Fuentes. Continuaron, por tanto, las excavaciones y dragado

[1] Novoa, lib. v, páginas 266, 278, 302, 304 y 311.—*Memorial Histórico*, t. XIV, páginas 22, 122, 148, 240 y 280. Relaciones impresas.

[2] En carta de la corte de 16 de Marzo de 1637, decían: «Lo que hay que avisar es que los navíos de Dunquerque han tomado en cosa de tres meses 35 de holandeses, y la última presa que tuvieron fueron 14; los 12 de mercaderes, que traían vino y otros bastimentos á Holanda, y dos de guerra, que venían para seguridad de los mercantiles. La Capitana de guerra echaron á fondo. El almirante Jaques Collart está aquí; hanle hecho merced de hábito de Santiago y dádole otras cosas con que él está muy contento, y no menos de haber visto al Príncipe y besádole la mano. El cual, cuando se la besaba, le dijo en francés: «¿Sois vos el capitán Co»llart?» Y respondiendo que sí, le replicó el Príncipe: «Huélgome de conoceros.» En otra carta de 10 de Agosto, se lee: «Murió en la Coruña el almirante de Dunquerque, Jaques Collart, de tabardillo; ha sido gran pérdida, porque era uno de los mejores sóldados que el Rey tenía por mar, y á quien los holandeses más temían. Estaba para partir á Flandes con gente y dineros.»—*Memorial Histórico*, t. XIV, páginas 59 y 167.

para abrir canal de entrada, con 20 pies de agua en baja mar, levantar fortalezas en la boca y defensas correspondientes por la parte de tierra, avanzando con rapidez que consintió la entrada de los primeros bajeles en el mes de Octubre [1].

Idéntico fracaso experimentaron nuestros adversarios en el plan más derecho de apoderarse de Dunquerque el año sucesivo, porque, habiendo desbaratado á la armada de Holanda un furioso temporal, retiraron los franceses el ejército [2], yendo á poner sitio á Saint-Omer, que era tanto como amagar á la primera plaza por la espalda, y allí fueron derrotados por el príncipe Tomás de Saboya y el Conde Picolomini, con pérdida de 9.000 hombres muertos, heridos y prisioneros, subiendo á 7.000 los últimos [3].

Continuaron, por tanto, en los cruceros los navíos y fragatas, haciendo para los holandeses peligrosa la navegación de sus flotas [4].

El año 1639, en que ocurrió el fallecimiento del Marqués de Fuentes, se recordó en elogio de su gobierno que en los treinta meses que lo ejercitó, sólo un bajel de guerra se había perdido, por varar en la costa de Holanda combatiendo, al paso que los de la escuadra capturaron 800 presas [5], é hízose de paso memoria de hazañas del almirante Miguel de Horna, que tanto contribuyó al brillo de nuestras armas, consiguiendo para las naves de Dunquerque la calificación de «reinas del mar»[6]. Él por sí, ó junta su escuadra con la de D. Lope de Hoces, causó estragos en la costa de Francia;

[1] De 1637. Novoa, lib. v, páginas 277, 281 y 291.—*Memorial Histórico*, t. XIV, páginas 144 y 217.

[2] *Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 454.

[3] *Carta de D. Miguel de Salamanca, secretario de Estado de S. A. el Cardenal Infante para el Duque de Villahermosa, Consejero de Estado de S. M.*—*Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 454.

[4] *Relación de las presas que se han hecho con los galeones y fragatas de la armada de S. M. y de otros particulares que han salido á la mar desde el principio del año* 1638, *enviada en* 20 *de Abril por el secretario del Almirantazgo Juan Biquinoti.*—*Memorial Histórico*, t. XIV, pág. 425.

[5] Relación impresa en Madrid por Diego Díaz. Otra en Valencia por Iusepe Gasch.—*Memorial Histórico*, t. XV, pág. 384.

[6] *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 124.



trajo y llevó soldados á Flandes. Estando en la Coruña cuando llegó á bloquear el puerto y á quemar la armada el Arzobispo de Burdeos, salió con las fragatas á escaramuzar entre la escuadra francesa uno y otro día. Con cinco navíos sostuvo en el canal de la Mancha porfiado combate contra 17 holandeses, abordando á la capitana enemiga, con la cual encalló en la costa y la incendió [1]. Iba en la capitana de Oquendo en la jornada á Inglaterra, habiendo recibido orden del Rey para hacer oficio de práctico y de consejero, y á él se debió la salvación de las naves refugiadas en Mardick, que le costaron un ojo de la cara en el sentido literal de la frase; pero aún acompañó á Oquendo de vuelta de Flandes á Coruña, y hasta morir sirvió con más honra que provecho [2].

En la jefatura superior de la Armada sucedió al Marqués de Fuentes el de Velada, D. Antonio Sancho Dávila, que se envanecía sin jactancia de haber tomado á los holandeses en poco tiempo 73 bajeles, á cuenta del daño que nos causaron en la batalla de las Dunas [3].

Horna entró en la Coruña, herido, las últimas siete presas que hizo en la isla de Re [4]; le sustituyó Iudocus Peeters *(Jospiter)*, á tiempo en que las necesidades del servicio y la escasez de naves obligaban al Gobierno á llamar á la escuadra de Dunquerque al Mediterráneo, en refuerzo de la que

[1] En 1639. Novoa, lib. VII, pág. 53. Según carta de 22 de Marzo inserta en el *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 203, entre muertos y heridos de nuestra parte hubo 600, y de los holandeses 1.700.

[2] Valentísimo cántabro le nombra Novoa; el Dr. Camino noticia en la *Historia* manuscrita que era natural de Pamplona y vecino de San Sebastián, y lo corrobora el expediente de pruebas para el hábito en la orden de Santiago despachado en Madrid en 20 de Marzo de 1640, que existe en el Archivo histórico nacional. Consta en él ser nacido en Pamplona; sus padres, Miguel de Orna (sin h), natural de Sotos Cuevas, en la montaña de Burgos, y de María Ruiz de Galdiano, natural de Espronceda, en Navarra. Por Real cédula, fecha á 22 de Marzo de 1642, incluída en la *Colección Sans de Barutell*, art. 2.°, núm. 128, se hizo merced á D.ª Catalina de Santa Marina, viuda del almirante Miguel de Orna, de 500 ducados de renta cada año *por via de limosna*, en consideración á los buenos y agradables servicios de su marido, y á la pobreza y necesidad en que la dejó, con dos hijas.

[3] *Noticia de los servicios que ha hecho el Marqués de Velada*. Manuscrito. Academia de la Historia, *Colección Salazar*, c. 32.

[4] Año 1640. *Memorial Histórico*, t. XV, pág. 463.



mandaba el Duque de Ciudad Real; y aunque una parte permaneció en su puesto, interceptó en los años de 1642 á 44 dos flotas, y el valor de 61 de los navíos grandes se estimó en cuatro millones de ducados [1]; las partidas del *Debe* en los libros de caja de las Compañías holandesas disminuyeron considerablemente. La escuadra de Dunquerque iba siempre á vanguardia de la del Océano; se distinguió en todos los combates; mantuvo en alza la reputación, haciéndose notar los artilleros, objeto especial de encomio de los generales en la Coruña, en la Mámora y en Nápoles; fuera del canal de la Mancha estas naves no estaban en su centro y desmerecían, sujetas á la intermitencia de las pagas del Gobierno y privadas del aliciente de las presas.

En 1644 se apoderaron los franceses de Gravelinga, puerto que tanto trabajo y gasto había costado hacer y fortificar [2]; el año siguiente ocuparon á Mardick, situado 10 kilómetros al O. de Dunquerque, en cierto modo sucursal y complemento suyo. Lo recobraron nuestros soldados por sorpresa, pero lo volvieron á perder por descuido [3]. Por último, sitiado Dunquerque, se rindió en 1646, y no quedó á España abrigo ninguno en la Mancha hasta que la plaza fué recuperada en 1652, falta que más se hubiera notado sin la paz convenida con Holanda.

La escuadra de Dunquerque fué en lo sucesivo una de tantas entre las que componían la armada española, despojada de su carácter peculiar.

[1] *Memorial Histórico*, t. XVI, páginas 276 y 464; t. XVII, páginas 61, 185, 196, 346, 383, 472 y 478; t. XIX, pág. 254.
[2] Novoa, lib. XII, pág. 169.
[3] *Memorial Histórico*, t. XVIII, páginas 140, 215, 231 y 414.



El Almirante Adrián Pulido.

Retrato de Velázquez.

XXII.

ISLAS FILIPINAS.

1621-1664.

Tendencias al abandono del archipiélago.—Argumentos de sus defensores.—Embarazo de las Molucas.—Hostilidad incesante de los holandeses.—Ocurrencias en Macao y Siam.—Ocupación del Puerto de los Españoles en la isla Formosa. —Piratas moros.—Establecimiento del presidio de Zamboanga.—Campañas en Mindanao y en Joló.—Combate naval en Punta de Flechas.—Organización de la marina insular.—Piérdese el establecimiento de Formosa.—Escuadras holandesas.—Valientes encuentros con ellas.—Atacan á Cavite.—Son derrotadas.— Favorecen á los moros y les compran los cautivos cristianos.—Juicio de su proceder.—Actitud provocativa de los chinos.—Se abandonan las Molucas.

En las primeras Cortes convocadas por el rey Felipe IV después de su advenimiento, presentó el secretario del despacho de Marina, Martín de Aróstegui, una Memoria fecha en Madrid á 21 de Mayo de 1621, que entre otras cosas decía:

«Cada año se gastan en las Filipinas más de trescientos mil ducados en sustentar la guerra con los moros y los herejes septentrionales; y aunque Su Majestad no saca provecho de aquellas partes y ha tenido pareceres de abandonar aquellas islas, solamente porque no se pierda la mucha cristiandad que hay en ellas y el fruto que se ha hecho en la fe por medio de los obreros que ha enviado, no lo ha querido hacer, sino enviar socorros con mucho gasto suyo [1].»

[1] *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XV, pág. 391.

En punto á los socorros habría mucho que razonar; porque si bien se enviaban anualmente con una ó dos naves, desde Nueva España, soldados y dinero de la Consignación, en tantas partes habían de fraccionarse que, lejos de servir al progreso y ensanche de los pobladores, de milagro se sustentaban, combatiéndoles tantos enemigos[1] y debilitándoles la opinión persistente en algunos consejeros, contraria á la ocupación, sin que bastara á convencerles el argumento de codicia de los herejes aludidos; el empeño, la constancia y el gasto no menor con que ingleses y holandeses pretendían apoderarse de esas islas despreciadas, repetido mil veces el que parecía concluyente á la conciencia, pues que los católicos monarcas Felipe II y Felipe III lo habían planteado al decidir la conservación, «aunque para ello contribuyese, no sólo la Nueva España, sino la España antigua con sus rentas, porque no se entendiese que por faltarles oro y plata se les negaba la predicación y se excusaba el enviarles ministros de ellas, y porque debía practicarse el axioma cristiano de que los reyes tienen unos estados porque los han menester y otros porque los han menester á ellos[2]».

Con esa consignación anual de Nueva España; con los soldados, pocos y discutidos, tenía que atender el Gobernador de Filipinas al entretenimiento de las Molucas, carga la más pesada entre las obligaciones. A su vez enviaba allí socorro anual con que hacer frente á la gestión invasora de los holandeses, que le daba respiro ahora, porque, habiendo hecho ellos horrible degüello de ingleses en Amboina (1622), se encendió la lucha entre los colonos de ambas naciones, entreteniéndolos suficientemente. Por otro lado volvíanles la espalda los indígenas, convencidos de que los que creyeron comerciantes pacíficos y aliados de provecho, eran tiranos insufribles, menos tolerantes, mucho menos tratables que

[1] Memorial presentado al Conde de Olivares, el 4 de Noviembre de 1624, por el Procurador de las islas Martín Castaño.—*Colección Navarrete*, t. XVIII, núm. 84.

[2] *Memorial informatorio al Rey nuestro Señor por la ciudad de Manila, presentado por D. Juan Grau y Monfalcón, su procurador general en la corte.* Impreso en folio. Año 1637.

los españoles, pues que ni aun la venta de las especias les consentían, declaradas monopolio suyo. Uniéronse, pues, de nuevo con los antiguos conocidos, suscribiendo tratados de paz y concordia, y el Gobernador español pudo recuperar lo perdido, reedificar los pueblos y defenderlos con nuevas fortificaciones en Terrenate y Tidore [1].

En otras partes donde la mar consentía á nuestros enemigos valerse de sus elementos superiores, era distinto. Las costas del Japón y de China estaban dominadas por sus naves, que anularon los intentos hechos por nuestra parte para reanudar relaciones con el primer Imperio é intervenir en favor de los cristianos perseguidos cruelmente. En el segundo quisieron apoderarse de la ciudad portuguesa de Macao (1622), por quitar estorbos y ser únicos comerciantes, si bien por esta vez no echaron bien las cuentas y sufrieron derrota de consideración, perdiendo 500 hombres, ocho banderas y un navío. De Manila se envió á la plaza socorro de dos compañías y 12 cañones [2], y nos costó la expedición sinsabores, porque al regreso naufragó un navío en la costa de Siam; y como con dos que quedaban á los españoles abordaran y rindieran á un patache holandés que estaba surto, el Rey los hizo atacar por su flota y sucumbieron al número, muriendo el jefe D. Fernando de Silva (1624). La aventura hizo necesario el envío de embajada, á la que el Rey entregó prisioneros y efectos [3].

De Macao vinieron los holandeses á la bahía de Manila á tiempo en que, por muerte de D. Alonso Fajardo, gobernaba en ínterin el Presidente de la Audiencia: una escaramuza ó breve combate en Playa Honda, lugar destinado al parecer por el hado para el encuentro de las naves rivales, bastó para que las de Holanda se largaran, visto no estar indefenso lo que buscaban. Dirigiéronse á la isla Formosa, que cuadraba á su plan de influencia en Oriente una vez apoderados

[1] *Estado de las islas Filipinas en* 1626. Manuscrito.—*Colección Navarrete*, t. VI, número 5.

[2] Céspedes. *Historia de Felipe IV.*

[3] *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 5.

de un puerto en la banda occidental, desde el que se proponían cerrar el acceso de los europeos á China con la dominación del Canal, que sólo tiene 18 leguas de anchura, estrechado como está por la isleta de Pescadores, de que también se hicieron dueños.

Otro D. Fernando de Silva enviado por capitán general desde Nueva España apreció en el momento el perjuicio enorme que causaba al comercio de las islas aquella novedad y el peligro de tener al enemigo tan á la mano en puerto fortificado; y habiéndolo hecho reconocer secretamente, así como el litoral de la isla, pensó anular la instalación haciendo otra á barlovento en mejores condiciones.

Con este objeto despachó desde Cagayán, á 5 de Mayo de 1626, una flotilla de doce champanes, escoltada por dos galeras á cargo del sargento mayor Antonio Carreño de Valdés, que llegó el 11 del mismo mes á la extremidad Norte de la Formosa. Halló en 25° de latitud buen puerto con 18 brazas de agua, una isla en la entrada, que proporcionaba abrigo y facilidad á la defensa; pueblo de naturales, de 1.500 casas, agua y madera abundantes, docilidad y agrado en la gente, y no tuvo tropiezo en la toma de posesión, del que recibió nombre de *Puerto de los Españoles*, en la ensenada de Santiago.

En seguida se enviaron operarios y materiales desde Manila, procediendo á la población y fortificación, y bastantes familias se trasladaron desde Luzón para gozar de los beneficios de pobladores, y de los que muy pronto dieron las naves de China, Siam y Camboja, atraídas por la cercanía, con gran satisfacción de D. Fernando de Silva, creyendo haber acertado [1].

Don Juan Niño de Tavora, nombrado por el Rey gobernador efectivo, llegó á las islas en Junio de este año con re-

[1] Carta de D. Fernando de Silva, gobernador de las islas Filipinas, escrita al Rey en 30 de Julio de 1626, dando cuenta de la jornada y acompañando planos de la isla y del «Puerto de los Españoles», trazados por el piloto Pedro de Vera. Carta y planos publiqué el año 1882 en el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, tomo XII, pág. 142.

fuerzo de 600 soldados; siguió la política de su antecesor, teniendo en respeto á los holandeses, y enviando á Singapoore, Siam y Camboja armadilla de dos naos y un patache con don Juan de Alcaraso, que contrabalanceara la influencia de aquéllos, pidiendo reparos por la muerte de D. Fernando de Silva [1]. De resultas fué á Manila embajada del rey Prachao-Prasat-thong, y se restablecieron las relaciones amistosas.

El archipiélago disfrutara de tranquilidad excepcional [2] sin la hostilidad de los moros, plaga de que no se ve libre todavía en nuestros días el archipiélago. Aquellos osados mahometanos, cazadores de hombres, hacían incesantes incursiones, causando estragos en los pueblos de indios, llevándose la gente, incendiando las habitaciones, asomándose á la bahía misma de Manila, sin que el castigo recibido siempre que les daban alcance embarcaciones españolas los escarmentara, ni tampoco las expediciones que á Joló y Mindanao dirigió Tavora, destruyendo madrigueras que brevemente reponían con brazos de los esclavos y auxilio de los holandeses, que los proveían de pólvora y armas [3].

Un presidio establecido en Zamboanga, extremo occidental de Mindanao (1633), los exasperó, viendo amenazada desde allí su independencia, y para mantenerla concertaron alianza formal entre sí y con los holandeses, menudeando desde entonces las correrías, de forma que el gobernador, D. Sebastián Hurtado de Corcuera, hubo de dedicar toda su atención y recursos á tamaño mal, dirigiendo expedición de 760 españoles, con crecido número de indios auxiliares á Mindanao, hasta derruir los fuertes de Lamitán y someter al cachil Corralat, jefe peligroso por sus dotes de político y guerrero (1637), operaciones con las que coincidió la sorpresa y toma de su armada, cuando volvía cargada de cautivos y despojos de las islas Calamianes.

[1] *Historia general de Filipinas*, por D. José Montero Vidal. Madrid, 1887-1895; tres tomos 4.°

[2] *Relación de lo sucedido en las islas Filipinas y otras partes circunvecinas desde Julio de* 1630 *hasta el de* 1632. Ms.—*Colección de Jesuitas*, t. CXIV, núm. 401.

[3] De esta lucha perdurable han tratado especialmente, según cita anterior, don Emilio Bernáldez y D. Vicente Barrantes, el segundo en 1878.

La acción instruye de cuánto sirve al jefe el conocimiento de los usos y aun de las preocupaciones del enemigo á quien ha de combatir. Ocho meses de campaña había hecho el datto Tagal, uno de los predilectos capitanes de Corralat, dando golpes atrevidos y desapareciendo al punto, sin que los cruceros tropezaran con él, lo cual no es difícil con el laberinto de islas por donde andaba, con embarcaciones de remo ligerísimas y propias para entrar en esteros cubiertos de arbolado.

El capitán Nicolás González, que le andaba á los alcances, informado de una superstición de los mindanaos, por la cual saliendo con victoria en las empresas habían de pasar precisamente, al retorno, por Punta de Flechas, á fin de que cada guerrero disparara y dejara clavado en el terreno arcilloso de aquélla un proyectil, se ocultó con sus embarcaciones tras la Punta misma, esperando con paciencia á que las caracoas piratas fueran á la ceremonia, y, en efecto, llegaron un día en són de fiesta, tan descuidados, que ninguno pudo escapar aunque lo intentaran furiosamente. Gonzalez tenía cinco bajeles, con 100 infantes españoles y 150 indios visayas; ellos seis grandes caracoas, con mucha más gente. Murió Tagal con casi todos los 300 suyos; rescatáronse 120 cautivos [1].

Un Memorial informatorio ya citado, precioso documento en que se retrata el estado del archipiélago el año en que vamos, contiene la primera noticia de la armada insular, de su organización, maestranza, almacenes y fábricas. La fuerza permanente era de seis galeras, de las que dos estaban destinadas en Manila, dos en Formosa y dos en Terrenate; 18 champanes ó embarcaciones del país, para todo servicio. Se construía cada año un galeón que, puesto á la vela, costaba 20.000 pesos, sin la mano de obra. La consignación por personal, compuesto de 832 españoles y 2.200 indios, por material y mantenimiento, montaba 283.184 pesos [2]. En las Molu-

[1] *Relación de la pelea y victoria de los españoles contra la armada de Mindanao en su misma costa y en el cabo que llaman Punta de Flechas, dia* 21 *de Diciembre de* 1636. Ms.—*Colección Navarrete*, t. XII.

—*Sucesos de Filipinas.*—La misma *Colección*, t. VII, núm. 6.

[2] Apéndice á este capítulo.



cas había siete compañías de infantería con 570 soldados españoles, y dos de indios pampangos con 200. El presupuesto de estas islas era de 97.128 pesos.

La organización naval, teniendo las islas á cubierto de sorpresas cual las de los holandeses á principios de siglo, consentía el rápido armamento de embarcaciones en caso necesario, como se vió el año 1638, en que el gobernador Hurtado de Corcuera fué con 80 á la conquista de Joló, y reunió los elementos necesarios para rendir los fuertes, tras un cerco que duró tres meses y medio, y para destruir á las escuadrillas de piratas [1].

Ocurrieron por entonces dos encuentros con holandeses: uno de las galeras de Manila, que en calma cañonearon con ventaja á dos navíos, haciéndoles bastante daño; otro de la armadilla de socorro del Maluco, compuesta de dos naos, un patache y una galera con champanes, transportes de víveres que conducían el general D. Jerónimo Enríquez y el almirante D. Pedro Almonte. Los enemigos, queriendo interceptarla, quedaron descalabrados [2].

Hasta aquí marchaba todo bastante bien: el contraste se anunció con temerosa sublevación de los chinos ó sangleyes de Manila en el invierno de 1639; y como fuera preciso reconcentrar los soldados, disminuyendo ó abandonando los presidios de Joló y Mindanao, volvieron los moros á hacer de las suyas. En Macao produjo tumulto y muertes de españoles la nueva del alzamiento de Portugal; en Formosa, todas estas circunstancias influyeron en la pérdida del establecimiento.

Los holandeses, que no dejaban de pensar en aquel padrastro, hicieron primera acometida en Septiembre de 1641, siendo rechazados con mucha pérdida, y la repitieron en Agosto del año siguiente con mayor fuerza: cinco navíos de guerra, cuatro transportes, embarcaciones menores apropiadas al desembarco de 500 soldados europeos, y un cuerpo

[1] *Sucesos de Filipinas*. Relación ms.—*Colección Navarrete*, t. VII, núm. 7.
[2] Relación en la *Colección de Jesuitas*, t. LV, núm. 15.

numeroso de malayos. En el puerto, donde reinaba la confianza española pasados casi veinte años en calma, se previnieron, situando dos piezas de artillería en un cubo ó torreón de fábrica que dominaba la entrada, y otras dos en una altura dominante, que dirigió el capitán Valentín de Arechaga con mucho acierto, de modo que el enemigo desistió del ataque de frente y aun de la entrada por la boca chica, que está al Oriente, fondeando lejos, fuera del alcance del cañón, para hacer desembarco.

Nuestro Gobernador no se determinó á dividir la poca gente que tenía, desamparando el fuerte; envió á la playa doce soldados españoles, ocho pampangos y treinta formosinos flecheros, y con ser tan pocos hicieron daño de consideración, porque, llegándose las lanchas atestadas, no desperdiciaban tiro, sin tener de su parte más que tres heridos; pero no evitaron, como se comprende, el propósito del invasor. Puesto en la playa, encaminó 300 hombres á una altura dominante, situó en ella dos cañones de á 18, dos de á 8 y un mortero; abrió trincheras y batió cinco días el fuerte, de manera que el 24 de Agosto estaba la muralla por el suelo, con lo que los fuegos de la escuadra ayudaron á la batería de tierra.

En este estado dieron asalto los holandeses en cuatro columnas, sin necesidad de escalas, haciéndose dueños de la parte alta de la fuerza. Desde allí abocaron una pieza á la inferior, donde el Gobernador se había retirado, y antes de usarla brindaron capitulación, que fué aceptada, á condición de salir la guarnición con los honores de la guerra y de que tendría embarcación para trasladarse á Manila. Componíanla 40 soldados españoles y pocos más pampangos, pero ascendía á 400 personas, contadas las familias del pueblo.

Evacuado el fuerte, embarcaron los vencedores primero á los indios pampangos, y los vendieron por esclavos en Terrenate. ¡Buen modo de cumplir lo capitulado! A los españoles llevaron á su puerto y fortaleza de Taiwán, donde los tuvieron hasta el mes de Octubre. Repararon con aumento el fuerte conquistado; extirparon con duro procedimiento la

influencia española, mas no disfrutaron de la conquista mucho tiempo. El chino Kogsen, que de esportillero en Manila se encumbró por el camino de la piratería á general y almirante, los desalojó, haciéndose rey de la isla Formosa [1].

No más dicha tuvieron en el propósito de apresar las naos de Acapulco, para lo que anualmente ponían cuatro ó cinco naves en crucero sobre el estrecho de San Bernardino; los indios encontraron siempre medios de avisar del peligro y de guiar el tesoro por buen camino; lo mismo sucedió con el socorro de las Molucas, que sistemáticamente acechaban, sin conseguir nunca satisfacer su codicia.

Con el Sultán de Joló hicieron nuevo convenio, comprometiéndose á expulsar á los españoles de la isla siempre que les reconociera soberanía sobre los territorios en que los sustituyeran por conquista; y de conformidad, cañonearon por mar el fuerte principal, á tiempo que por tierra lo atacaban los moros. Resultó infructuosa la empresa, lo mismo que la repetición con siete navíos, con lo que su crédito cayó por tierra, persuadidos los mahometanos de que no podían competir con los que en su lenguaje habían menospreciado, ofreciendo barrerlos del archipiélago. El gobernador, D. Diego Fajardo, aprovechó hábilmente la disposición en que estaban para tratar de paz, concertándola en aquella isla y en la de Mindanao con condiciones ventajosas para ambas partes.

Dijérase que la Naturaleza se declaraba entonces enemiga nuestra, vistas las calamidades que sobrevinieron: sequías, epidemias, erupción de los volcanes, terremoto que desplomó la ciudad de Manila, enterrando en las ruinas á 500 personas (1645). Los holandeses llegaron con 18 bajeles á crecer los horrores, corriendo con cinco la costa de Ilocos y Pangasinán; destinando siete á la caza estéril de las naos de Acapulco, y seis á las del socorro de Molucas. Como éste se refugiara en Zamboanga, acometieron al presidio, haciendo desembarco de gente en la ensenada de la Caldera con ob-

[1] *Relación de la pérdida de la isla Hermosa.* Ms.—*Colección de Jesuitas*, t. CXX, número 23.

jeto de asaltarlo por la espalda, como hicieran á no atajar el paso el capitán Monforte con 30 mosqueteros españoles y dos compañías de indios emboscadas en disposición excelente. El adversario tuvo un desengaño más al reembarcar, con pérdida de 100 hombres.

¿Ocurriría siempre lo propio? Lejos de pensarlo, dispusieron para el año 1646 su escuadra, estimando definitiva la jornada que iban á acometer con 24 navíos de guerra y seis de fuego, fuerza tan superior á la que pudiera oponérseles que no la presentaron junta; dividiéronla como el año anterior para acabar más pronto la obra, sin destinar á la bahía de Manila más que cuatro bajeles grandes, en lo que no estuvieron acertados, desdeñando á enemigos que más de una vez habían probado á los almirantes de Holanda de lo que eran capaces. Decididamente es mala consejera la presunción.

Había en Cavite dos únicas naves capaces de presentar el costado á las holandesas: las de la carrera de Nueva España, *Encarnación* y *Rosario*, que rápidamente se armaron con 20 cañones y 300 hombres cada una, poniéndolas á cargo de don Lorenzo Ugalde de Orellana, uno de los buenos mílites de la marina insular. Puestas á la vela, salieron en demanda de las enemigas, y las batieron sobre Bolinao por tiempo de cuatro horas, al cabo de las cuales abandonaron el mar de batalla los holandeses asaz maltratados. Ugalde se mantuvo en crucero, y volvió á encontrarse con otra escuadra de siete bajeles; tuvo la fortuna de echar á fondo dos de fuego que le lanzaron á la altura de Marinduque, é hizo cara á los otros cinco de guerra, retirándose á Cavite sin ser perseguido, por lo que celebró, y no sin razón, como segunda victoria el combate desigual sostenido.

Reparadas que fueron las averías, volvieron á la mar aumentada la escuadra con tres galeones, una galera y cuatro embarcaciones menores; y rigiéndola el general D. Agustín de Cepeda, dos veces más atacó é hizo huir á los contrarios, lo que se tuvo por hazaña en razón á ser la Capitana holandesa bajel de 40 cañones, y dió origen á la institución en Manila

de fiesta religiosa, denominada la naval de las cinco victorias.[1]

Me complace copiar de literato extranjero[2] la narración de lo ocurrido el año siguiente, en que por falta seguida de dos consignaciones de Nueva España, no habiendo llegado naos, era grande la pobreza y el malestar de la colonia.

«El 10 de Junio de 1647 se oían en Manila ecos belicosos llevados por el viento desde la mar á la costa. Era el caso que había llegado á la isla del Corregidor una armada holandesa, cuya tripulación estaba tan segura de la victoria que batían los tambores y tocaban los trompetas para dar expresión pública de alegría por su feliz arribo á la bahía de Manila y del desprecio que el enemigo les inspiraba. No era ésta la primera imprudencia que cometían los holandeses. Once de sus naves anclaron junto á Bataán, mientras la Almiranta siguió su rumbo á Cavite, donde justamente enfrente del fuerte San Felipe enarboló la bandera y descargó todos sus cañones, abandonando después de este singular reto, que hubiera hecho gracia á Don Quijote, el puerto, y regresando á Bataán, donde volvió á reunirse con los otros navíos. Si los holandeses, en vez de representar aquella cómica escena, hubieran atacado á Cavite desde luego, entonces el mejor puerto de guerra de los españoles en Asia hubiera caído de seguro en su poder. Ante todo, ruego al lector no se imagine que Cavite fuera algún Tolón ó Kronstadt; la fuerza del arsenal de Cavite, situada en el extremo de un promontorio, consistía, aunque toda la población estaba amurallada, en el ya mencionado fuerte de San Felipe, pues sólo él podía oponer resistencia á un enemigo europeo. La guarnición de la plaza no pasaría seguramente de 300 soldados de línea, y en vista del completo descuido de los españoles, presumo que entonces no llegaba á la mitad de este número. La falta de una inteligente dirección militar y lo exhausto del

[1] Relaciones contemporáneas de Fr. Joseph Fayol y del Bachiller D. Joseph Millán, de Poblete.—Montero Vidal, *Historia general de Filipinas.*

[2] El profesor Fernando Blumentritt, *Filipinas. Ataques de los holandeses,* traducido del alemán por D. Enrique Ruppert. 1882.



tesoro habían dejado desprovista de pólvora y plomo á esta plaza, como también á Manila; además, las fortificaciones, deterioradas por el terrible terremoto del año 1645, no habían sido aún reparadas. Como se ve, encontrábase todo en deplorable abandono; hé aquí por qué sostengo mi opinión que los holandeses se habrían apoderado, por medio de un ataque inmediato, de la fortaleza marítima.

»Durante dos días permanecieron quietos los holandeses, invirtiendo un tiempo precioso en largas conferencias. Los españoles aprovecharon bien este corto plazo, pues día y noche trabajaron para reparar las fortificaciones y preparar las municiones. La energía incansable y los multiplicados esfuerzos de que dan prueba los españoles en días de peligro—aunque caigan, después de alcanzada la victoria, en su anterior indolencia,—esta energía incansable hizo, como digo, que la plaza de Cavite estuviese completamente preparada á las cuarenta y ocho horas. Al tercer día se presentaron los holandeses ante la fortaleza, defendida por el intrépido Andrés López de Azalduigui. El cañoneo duró desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche, haciendo los holandeses en este tiempo 2.000 disparos. Los españoles tenían escasas municiones, por lo cual contestaron con alguna flojedad; no obstante esto, y aunque el calibre de sus piezas de artillería era menor que el de los cañones holandeses, causaron, por lo acertado de sus disparos, grandes destrozos entre los enemigos. Ya empezaba la escasa guarnición á dar señales de cansancio, cuando fué reanimado su valor y esperanza á la vista de los cadáveres holandeses que por las olas eran llevados á la costa. Una bala de cañón hirió al Almirante holandés de tal manera, que murió inmediatamente, y su navío sufrió tanto, que los mismos holandeses le tuvieron que echar á pique. Á las siete de la noche se retiraron, y desistieron de hacer otra tentativa para apoderarse de Cavite.»

Trasladáronse á la parte septentrional de la bahía, atacando al convento de Abucay, que dicho se está no era ninguna ciudadela, ni supo defenderla el Alcalde mayor. Cercado por las tropas de desembarco, se entregó á discreción de los ho-

landeses, que á sangre fría acuchillaron á 400 indios prisioneros; bárbara venganza de la derrota. Queriendo repetirla fueron rechazados, sufriendo contratiempos uno tras otro. Situáronse otra vez en la isla del Corregidor, tratando de apoderarse de los champanes procedentes de China, y de sublevar por su medio á los sangleyes de Manila; enviaron emisarios á levantar los indios, como si el ejemplar de Abucay fuera el más á propósito para atraérselos; destacaron seis de sus naves para apresar ó destruir un galeón que se construía en Visayas, y también experimentaron allí duro tratamiento. Al cabo, pasados siete meses, volvieron á Batavia muy mermados de gente y de navíos, por efecto de la campaña que propiamente cabe llamar de fin de siglo. La paz de Munster, que evitó la repetición de sus ataques, no fué óbice para que incitaran la hostilidad de los joloanos y mindanaos por lo que aprovechaba á su comercio de esclavos, de armas y municiones [1].

Aparte la movilidad de las galeras y otras embarcaciones de remo para atajar las incursiones de los moros, no volvió á

[1] Paréceme interesante el juicio emitido por el Sr. Blumentritt en la obra citada, que he tenido y es de tener á la vista al estudiar los sucesos de Filipinas. Tratando de la dominación holandesa en las Malucas, dice:

«Bajo esta opresión gimieron los indios holandeses; pero los que eran católicos se vieron expuestos aún á otras vejaciones, puesto que los neerlandeses les obligaban á ingresar en la iglesia calvinista. Esto se pasa generalmente en silencio, y si alguna vez se habla de españoles y holandeses, entonces únicamente los primeros figuran como representantes del fanatismo é intolerancia religiosa, mientras figuran los segundos como tolerantes, siendo así que tanto los unos como los otros adolecían del mismo achaque, del achaque de su época. Para que no se crea que yo acuso á los holandeses bebiendo únicamente en fuentes españolas, que podrían ser, por consiguiente, parciales, quiero citar en aseveración de mi aserto á un escritor holandés, el célebre predicador calvinista Baldäus, de la Compañía holandesa de la India oriental, cuya excelente obra es una verdadera mina para todo investigador del estado de las cosas en el archipiélago índico.»

Copia varios párrafos de los que se desprende que los holandeses no eran ciertamente los apóstoles de la tolerancia, por los cuales se les quiere hacer pasar generalmente en Alemania. Por conclusión de la cita pongo todavía este párrafo:

«Si anteriormente á la paz de Westfalia los piratas de Joló y Mindanao se habían llevado prisioneros para hacerlos trabajar en las faenas de sus propios campos, ahora llevaron á los cristianos que habían capturado en las Filipinas también á los mercados de Batavia, donde encontraron en los holandeses buenos compradores para dichas mercancías. El precio de compra de los esclavos se pagaba en armas y municiones, para animar de este modo á los vendedores á nuevas piraterías.»

ocurrir en mucho tiempo acción naval de importancia en el archipiélago. El año 1662, en que se complicó la situación por amenazas é intimaciones del rey de Formosa, Kogsen, que soliviantaron á la población china, fué necesario reconcentrar las fuerzas, abandonando el presidio de Zamboanga y algunos otros puestos de menos importancia. Decidióse entonces la evacuación de las Molucas, islas que no cubrían el gasto de la guarnición ni compensaban el cuidado de atenderlas.[1] Con los soldados se fueron á Manila algunos centenares de indígenas católicos apegados á nuestras costumbres dejando á los holandeses en tranquila posesión de lo que tanta sangre y afanes nos había costado

---

APÉNDICE AL CAPITULO XXII.

Marina de las islas Filipinas. Año 1637.

Hay seis galeras de la guarda de las islas, y en ellas un general con 800 pesos; un teniente con 600; seis capitanes, que los dos asisten en Manila, los dos en isla Hermosa con cada 422 pesos y los dos en Terrenate con 699

[1] El P. Francisco Combes, de la Compañía de Jesús, historiador de las islas de Mindanao, Joló y adyacentes, escribió también *Relación de las islas Filipinas, dividida en tres partes, y un discurso político de las Molucas al Ilmo. Sr. D. Sabiniano Manrique de Lara, Gobernador y Capitán general de las islas Filipinas, año de* 1654. Consérvase manuscrita, en un tomo en folio, en la Biblioteca particular de S. M. el Rey. 2. M. 9. Muchas cartas y documentos de interés contiene la *Colección de Jesuitas* de la Academia de la Historia, que no están citadas en la bibliografía añadida por D. Pedro Barrantes como apéndice á sus *Guerras piráticas de Filipinas.* En el mismo caso están otros documentos de la *Colección Navarrete* y estos dos que deben conocer los investigadores.

Cartas del Capitán general D. Diego de Salcedo, noticiando el miserable estado en que se hallan las islas Filipinas al encargarse de su mando, año 1664.—Academia de la Historia, *Colección Salazar,* K. 40, núm. 110 y siguientes.

Discursos marítimos y alivio de fatigas entre dos marineros nombrados Juan Frosco y Pedro Bastardo, estando de guardia en el navío Santiago, surto en este puerto de Cavite. Dedícale un su aficionado al señor Maestre de Campo D. Diego de Salcedo, Gobernador y Capitán general de estas islas Filipinas, y Presidente de la Real Audiencia y Chancillería.—Manuscrito en el Museo Británico, Londres, Add. 17.625, núm. 4.



pesos y medio cada uno; un contador con 400; un capellán con 200. Cada galera tiene un caporal con 170; un patrón con 30; un cómitre con 250; un sotacómitre con 217 y medio; un alguacil con 230; un remolar con 230; tres marineros á 133. En todas hay 1.080 forzados que gastan á 27 pesos y dos reales, y tres pesos de vestido. Y cuestan estas seis galeras 45.026 pesos cada año. En el puerto de Cavite, isla Hermosa y Terrenate, hay 12 pilotos con 200 pesos cada uno, cuando no navegan, porque navegando tienen más; 10 contramaestres, de otros tantos bajeles que están sueltos, á 325; 10 guardianes á 225. Hay 520 marineros á 175 pesos, en que entran los que navegan á Nueva España, Terrenate, isla Hermosa y otras partes. Hay 200 grumetes á 60 pesos y medio; siete toneleros á 325; cuatro toneleros indios á 72 y medio; un buzo 350; 160 sangleyes que sirven de marineros en los champanes y trajinan los bastimentos y pertrechos, que los 24 son pilotos y ganan todos 7.504 pesos; 20 indios que sirven en el barco que está de centinela en la isla de Mariveles con 540 pesos; 130 lascares, naturales de la India, que son marineros y grumetes, con 9.754 pesos; un maestro de cordonería con 175 pesos; dos indios cordoneros á 78; 50 indios que trabajan en la jarcia á 24 y medio; seis carpinteros españoles á 325; 550 indios carpinteros de la rivera de Cavite, los seis que son cabezas á 97 pesos, los 120 oficiales y barrenadores á 61, y los demás á 49 pesos. Otros 50 sangleyes carpinteros y aserradores, ganan 4.220; siete calafates españoles á 325; cuatro calafates esclavos á 47 y medio; 14 sangleyes calafates ganan 1.165; un maestro de la herrería de Cavite con 425; otro de la fundición de Manila con 375; otro de la del Tercio con 350; 100 indios herreros de las tres herrerías, ganan 5.377 pesos; 30 sangleyes herreros, los 10 cabezas de fraguas ganan 2.280, según lo cual monta esta parte 180.731 pesos.

Las naos que vienen cada año á Nueva España traen un general ó cabo, que con cuatro raciones que se le dan, tiene de sueldo 4.325 pesos; un almirante con 2.900; y aunque por la Real cédula de la permisión de postrero de Diciembre de 604 se ordena que en estas naos haya veedor y contador, con 2.000 ducados cada uno, para que tomen la razón en sus libros de lo que se trujere y llevare, como en las relaciones últimas de gastos y salarios no se hallan los destos oficios, se duda que se provean, y así se omiten. Hay dos maestres á 400 pesos; cuatro pilotos á 700; dos contramaestres á 325; dos guardianes á 225; dos escribanos á 225; dos despenseros á 225; dos calafates á 325; dos alguaciles del agua á 225; dos cirujanos á 225; dos condestables á 325; 20 artilleros á 225, que deben de ser para otras tantas piezas conforme á la Real cédula de 604; seis cagayanes á 60; dos toneleros á 325. Y estos sueldos montan 20.535 pesos, porque marineros y grumetes son de los que quedan puestos. A la vuelta, cuando se lleva el

socorro ordinario, va un sargento mayor con 600 pesos; un ayudante con 612, y un alférez real con 865. Y por cédula Real de 14 de Diciembre de 630, está dispuesto que en Acapulco se les socorra con sólo cuatro meses y que ganen el sueldo al respecto del tiempo que sirvieren. Hay más en el puerto de Cavite, un patrón de rivera con 690 pesos. Hay un fabricador de naos y otro de galeras con 690 cada uno. Un apuntador y veedor de las obras reales de Cavite con 800. Un administrador de la fundición de artillería con 500; un fundidor con 450; un administrador de la pólvora con 500, y otro de la jarcia con 272. Cada año, uno con otro, se fabrica un galeón, que cuesta, puesto á la vela, sin la gente que en él trabaja, 20.000 pesos. De compras y aderezos de 18 champanes, 2.300 pesos. Y así monta este ramo, según las partidas referidas, 283.184 pesos.

Al factor de la Real Hacienda se entregan cada año hasta 50.000 pesos para gastos y compras de bastimentos, paga de carenas y aderezo de 10 galeones y seis galeras. De bizcocho y harina para los viajes, demás de las raciones, se gastarán 5.000 pesos. De hierro 1.250; de cera, algodón y otras cosas, 1.300; de balas y cuerda, 1.000; de salitre y hacer pólvora, 4.000. A los alcaldes mayores y personas que conducen géneros se remite cada año mucho dinero para la provisión de los almacenes reales, que se tasa en 86.000 pesos. De centinelas extraordinarias se gastan 2.000. Al tenedor de los almacenes de Manila se da 750. Al escribano 222. Al tenedor de los de Cavite 395. Al escribano 212. Al tenedor de Jambalo de la Pampanga 173. Al de los almacenes de isla Hermosa 300. Al contador della 500. A su oficial 200. Y monta este último ramo 153.302 pesos, y todo el gasto naval en que se ocupan 832 españoles y 2.200 indios, cuesta 283.184 pesos.

Memorial del Procurador D. Juan Grau y Monfalcón. Impreso.

APÉNDICE GENERAL.

NÚMERO I.

Documentos extractados.

1621.—Cédula real ordenando que en los galeones no se hagan camarotes ni gallineros, ni se lleven carneros, ni ganado de cerda, porque no pueden navegar con la limpieza que conviene.

Recopilación de leyes de Indias, t. XXVIII, ley 14.

Mayo 29, Madrid.—Relación de los navíos de la armada del mar Océano y las galeras de Spaña que han navegado en efectos del servicio de S. M. Presentada á las Cortes por el secretario Martín de Aróstegui.

Boletín de la Academia de la Historia, t. XV, pág. 392.

Junio 1.°, Madrid.—Ordenanzas para la reformación de las galeras de España y forma como han de andar armadas.

Colección Vargas Ponce, leg. 20.

Junio 6, Madrid.—Título de Teniente general de la mar á favor de don Álvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, é instrucciones para servir el cargo.

Colección Navarrete, t. III, núm. 60.

1622.—Instrucciones de D. Fadrique de Toledo á los navíos de la armada de su cargo para navegación y combate, en 55 artículos. Se imprimieron.

Dirección de Hidrografía. *Colección Navarrete*, t. XXXVIII.

Marzo 15.—Consultas teológicas acerca del decir misa en la mar.

Academia de la Historia, est. 12, gr. 15, núm. 7-4.



Junio 28, Sevilla.—Asiento con Francisco de Mandojama y Pedro de Barnachea para llevar infantería á Chile por el estrecho de San Vicente ó Magallanes.

Colección Navarrete, t. XIV, núm. 8.

Agosto 30, Madrid.—Instrucción al capitán Gonzalo de Nodal para el viaje con dos navíos y un patache llevando infantería al reino de Chile, debiendo de paso acabar el reconocimiento del estrecho de Maire y hacerlo de los puertos en la costa del mar del Sur.

Colección Navarrete, t. XIV, núm. 9.

Octubre 13, Cádiz.—Carta de Gonzalo de Nodal noticiando su salida conduciendo 400 hombres de infantería para el reino de Chile, á cargo de D. Íñigo de Ayala.

Colección Navarrete, t. XIV, núm. 10.

Asiento tomado con D. Nicolás Judici para fabricar ocho navíos y un patache en Cataluña, con condición que en el tiempo que dure la fábrica no haya otra en las Atarazanas de Barcelona.

Colección Sans de Barutell, art. 5.°, núm. 67.

1623.—Enero.—Asiento con Cristóbal de Martholosi para servir por seis años con escuadra de diez galeones.

Cítase en la *Colección Navarrete*, t. IX, núm. 17, expresando que por defunción de Martholosi continuó las obligaciones su partícipe Nicolás de Massibradi.

Marzo 2.—Relación sumaria de las armadas y galeras que se sustentaron los años de 621 y 22, y efectos que hicieron. Presentada á las Cortes por el secretario Martín de Aróstegui.

Boletín de la Academia de la Historia, t. XV, pág. 505.

Junio 28.—Real cédula concediendo nueva prórroga á los fabricadores de naos de Guipúzcoa, para exención de alcabalas en las ventas de navíos de 200 toneladas arriba.

Dirección de Hidrografía. *Colección Vargas Ponce*, leg. núm. 109.

Julio 20.—Reglamento para dotar de municiones y pertrechos cada pieza de artillería en los galeones y demás navíos.

Colección Vargas Ponce, leg. 20.

Diciembre 3.—Carta del Duque de Medina Sidonia avisando que en



navío pirata salido de Argel se alzaron 21 cautivos cristianos, y sorprendiendo á los moros, que eran 200, entregaron el bajel en Sanlúcar.

Colección Navarrete, t. XXXII.

Asiento tomado con la provincia de Guipúzcoa para servir con una armada de galeones por cinco años.

Colección Vargas Ponce.

1624.—Septiembre 24, Madrid.—Confirmación del título de Teniente general de la mar al Marqués de Santa Cruz, muerto el príncipe Filiberto de Saboya.

Colección Navarrete, t. III, núm. 62.

Diciembre 1.°, Cádiz.—Instrucciones para navegación y combate que dió D. Fadrique de Toledo al salir para la jornada del Brasil.

Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LV, pág. 125.

1625.—Febrero 8.—Asiento hecho por el capitán Francisco Díaz Pimienta para servir en la armada de las Indias con dos galeones que construyó en la Habana.

Colección Navarrete, t. XXIV, núm. 30.

Asiento tomado con D. Juan Pardo Osorio para fabricar en Galicia cuatro navíos, dándolos acabados en diez meses, por precio de 32 ducados tonelada, mitad plata y vellón.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Asiento hecho con Martín Arana para fabricar en Vizcaya seis navíos, entregándolos aparejados y listos á precio de 30 ducados tonelada, mitad plata y vellón.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Marzo 24.—Orden del Duque de Fernandina para contratar en Génova cómitres, sotacómitres, artilleros y timoneros para servicio de las galeras, hasta el número de 60 personas.

Colección Vargas Ponce, leg. 20.

Mayo 27, Madrid.—Título de Capitán general del mar Océano á favor de D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, conde de Niebla, hijo primogénito del Duque de Medina Sidonia, para después de los días de su padre.

Colección Navarrete, t. III, núm. 63 y 64.

Junio 15, Madrid.—Instrucciones aclaratorias á D. Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, para servir el cargo de Teniente general de la mar.

Colección Navarrete, t. III, núm. 65.

Agosto 20, Dunquerque.—Edicto mandando cumplir en las provincias obedientes de Flandes la Real cédula de institución del Almirantazgo.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Octubre 15, San Lorenzo.—Cédula real declarando perdidas y confiscadas las mercaderías que se hallaren en navíos de fábrica de Holanda, juntamente con tales navíos, con el fin de impedir que las adquieran sus súbditos.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Forma de repartir las presas de la armada de Flandes, aprobada por la infanta D.ª Isabel Clara Eugenia.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

1626.—Enero 22, Barbastro.—Cédula mandando reformar la galera real, su patrona y el tercio de la mar.

Colección Vargas Ponce, leg. 9, núm. 27.

Abril 22, Barcelona.—Real cédula prohibiendo todo trato y comercio con súbditos de la Gran Bretaña, y que no se admitan navíos, personas ni mercaderías que vengan de aquel reino ó se labren en él.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Mayo 4.—Razón del asiento hecho con Manuel Gómez de Acosta para proveer á la armada de municiones de boca.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Representación á S. M. sobre el orden que debía seguirse para que hubiera número suficiente de marineros.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 8.

Carta del Rey al P. Jorge Hemelman, provincial de la provincia de Andalucía, encargándole que en todos los colegios mandara celebrar fiesta al Santísimo Sacramento por haber llegado á España la flota que se creía perdida.

Academia de la Historia. *Colección de Jesuítas*, t. LXXXVII, núm. 7.

1627.—Marzo 30.—Ordenanzas del tribvnal del Consvlado desta civdad de los Reyes y Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile. Confirmadas por el rey D. Felipe IV en 30 de Marzo del año de 1627. Impresa, s. l. año 1630.

Otra edición en Lima, por Francisco Gómez Pastrana, 1635.

Noviembre 21, Coruña.—Instrucciones dadas por D. Fadrique de Toledo á la armada de su mando para la jornada de Francia.

Publicado por D. Jacinto de Aguilar y Prado en su *Compendio histórico*, Pamplona, 1629.

Real cédula de asiento con D. Antonio Sirley, conde de Leste, para disfrutar de las pesquerías y comercio de la costa occidental de Berbería y fortificar los puertos de Fadala y Mogador, á condición de sostener armados 50 navíos de guerra de porte de 20.000 toneladas.

Academia de la Historia. *Colección de Jesuítas*, est. 12, gr. 15, núm. 7-23.

Noviembre 22.—Noticia de la venida de los galeones menos la almiranta de Honduras, que se perdió. Llegó á Sanlúcar á 19. General Tomás de la Raspur.

Academia de la Historia. *Registro del Consejo de Indias*, fol. 22.

Relación de la pérdida de dos galeras que iban á socorrer la plaza de la Mámora, ocasionada por los moros que trabajaban al remo por haberlos castigado. MS.

Academia de la Historia. *Colección de Jesuítas*, t. CXXIX, núm. 50.

1628.—Febrero 14, El Pardo.—Cédula ordenando al Marqués de Villafranca, capitán general de las galeras de España, que en las ocasiones de tormenta se alije y eche á la mar primero la ropa de volumen de los pasajeros, siendo el daño por cuenta de ellos, y que á la postre, siendo forzoso, se echen los cajones del dinero.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Abril 12, Madrid.—Cédula proponiendo á la provincia de Guipúzcoa que sustente por asiento una escuadra destinada á estar en la mar nueve ó diez meses al año, ofreciendo darla consignación fija.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Real cédula para que no se fabriquen naos para Indias de más de 550 toneladas.

Colección Enríquez.

Asiento que, de mandado de Su Majestad, se tomó por el Sr. Marqués de Leganés, presidente de Flandes y general de la artillería de España, con el capitán Simón Estacio Silveyra, sobre sacar del fondo del agua artillería, oro, plata, cobre y otras cosas. Impreso en dos hojas, folio.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 13.

1629.—Abril 18, Madrid.—Orden al Marqués de Villafranca para poner en libertad á todos los holandeses que andaban al remo en las galeras, en virtud de concierto hecho en Flandes.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Junio 16, Rosendael.—Testimonio del cumplimiento por parte de Holanda del convenio de trueque general de prisioneros.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

General de la Armada, Martín de Vallecilla. Se mandó que con los dos galeones fueran otros 14 de la armada del Océano, y su gasto se reparta por avería, á 5 por 100 de los derechos ordinarios.

A 7 de Abril llegó Raspur con la armada. Era ya del Consejo de Guerra y Almirante general de la Carrera.

Fué D. Fadrique de Toledo Osorio con parte de la armada del Océano, y á su orden todas las de Indias.

En seguimiento fué D. Fernando Ruiz Contreras con 12 galeones para traer la plata.

Avisóse á D. Fadrique el intento de los holandeses de la armada del General Lonch, que era tomar la bahía y dar sobre las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, y fortificarse en Jamaica.

Registro del Consejo de Indias, fol. 19 vto.

1630.—Septiembre 5, Madrid.—Real cédula á Tomás de Ibio Calderón, del Consejo de Hacienda, mandando hacer liquidación de lo que se debía á los marineros de Cantabria de cuarenta años á esta parte, muertos y despedidos, á fin de ir dándoles satisfacción según piden en memorial.

Colección Vargas Ponce, leg. 4, núm. 70.

Noviembre 15, Madrid.—Tratado de paz, confederación y comercio entre el rey D. Felipe IV y Carlos I, rey de la Gran Bretaña.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Memorial del capitán Diego López de Guitián Sotomayor, ofreciendo hacer seis galeones cada año en Indias.—Impreso en cuatro hojas, folio.

Colección Vargas Ponce, leg. 4, núm. 74.

Llegó Tomás de La Raspur por Diciembre, y vino por entre Caycos y Mayaguana, por el aviso que tuvo que sobre el cabo de Antón estaba el enemigo aguardándole con 80 velas. Y aunque se perdieron algunos bajeles, al fin salió con los más.

Registro del Consejo de Indias, fol. 19 vto.

Trujo la plata en ocho galeones y tres pataches el general Martín de Vallecilla en compañía de D. Fadrique.

Llegó Tomás de La Raspur á mediados ó fin de Diciembre.

S. M. propuso al comercio que se acrecentasen los galeones hasta 20, añadiendo 6 por 100 más de avería: los 10 fuesen con la flota de Tierra firme; los 10 con la de Nueva España; los primeros á 15 de Abril; los segundos á 15 de Mayo, y que éstos acompañasen la flota hasta pasar los cabos de San Antón y Catoche, y esperen allí á los que han de venir desde 15 de Julio hasta fin dél, y la acompañen hasta la Habana, donde se apresten de lo necesario hasta que lleguen los de Tierra Firme, que será hasta 15 de Agosto, y luego salgan juntos con las dos flotas. Y aunque parece corto tiempo para salir las dos desde Abril á Mayo, se puede facilitar y aun excusarse la flota de Tierra Firme con llevar en cada galeón de los diez 300 toneladas de carga.

Registro del Consejo de Indias, fol. 22.

Los holandeses fueron á poblar la isla Fonseca, que está E.O. con la Dominica, ciento diez leguas al E. de ella, y el Rey de Inglaterra dió título della al conde de Mongonmeri, y el que fué á esto con título de gobernador llamado Jorge Enellin, no pudiendo hallar la dicha isla, se fué á la de Barbudos, donde halló 1.700 ingleses poblados, sin fortificación alguna, sino con una estacada y solos dos pedreros de hierro. Allí estaba un gobernador con título del Conde Carlii, escocés, y por el dicho Rey tenía título de aquella isla. Y los que esto declararon, dijeron que en las Nieves había población de ingleses de hasta 700. Y que había un año que también tenían ocupada la isla San Andrés, que está N. S. con Puertovelo, y que otra llamada Tabago, en Tierra Firme, junto á la Trinidad, estaba poblada de holandeses.—Cédula de 29 de Agosto.

Registro del Consejo de Indias, fol. 220 vto.



El Rey de Siam cogió dos navíos nuestros, y por ello el Gobernador de Filipinas envió á sus costas dos galeones, que hicieron bastante castigo, y luego le envió embajada pidiendo la satisfacción de los dos navíos, y que no dándola se proseguiría. El Rey era muerto, y el hijo se allanó á darla.

Registro del Consejo de Indias, fol. 302.

1631.—Junio 10.—Instrucciones de D. Tomás de Larraspuru, capitán general de la armada de la guarda de las Indias, para navegación y combate de la misma.

Colección Vargas Ponce, leg. 1, núm. 89.

Septiembre 25, Madrid.—Asiento sexto de negros con Melchor Gómez Ángel y Cristóbal Méndez de Sosa, por ocho años, obligándose á introducir en las Indias Occidentales 2.500 esclavos cada año y pagar 95.000 ducados anuales.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Noviembre 11, Madrid.—Asiento con Nicolás de Masibradi para servir con escuadra de diez galeones y dos pataches, que tengan 4.740 toneladas, por seis años.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 17.

El asiento no pudo hacer el despacho, y casi se dió por fallido y quebrado, y el Consulado salió y se obligó á despachar la armada deste año con ciertas condiciones que se le concedieron. Salieron los galeones y flotas á 20 de Junio. Fué por general Tomás de la Raspur.

Registro del Consejo de Indias, fol. 22 vto.

1632.—Asiento hecho con Martín Ladrón de Guevara para proveer á la escuadra de galeras de bastimentos, pertrechos, municiones y todas las demás cosas que fueren menester.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 20.

Asiento con la provincia de Guipúzcoa para armamento de una escuadra con que asegurar la costa.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Discursos políticos y cesáreos á la Majestad Católica de D. Felipe IV, en que se da forma y cuenta de las conveniencias y aumento de los reales

tesoros de S. M., etc., por Andrés Martínez de Amileta.—Impreso en la ciudad de los Reyes del Perú, año 1632, en folio.

Junio.—Capítulos relativos al buen tratamiento que el Capitán general de las galeras ha de hacer á los soldados que sirvan en ellas.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Diciembre 7, México.—Asiento y capitulación de compañía hecha entre el capitán Francisco de Ortega y otros armadores, para viaje al descubrimiento y demarcación de las Californias con la fragata *Madre Luisa*.

Colección Navarrete, t. XIX, núm. 26.

Resolvióse que este año no fuese flota á Tierra Firme, ni naos á Honduras.

Por detención del general Raspur no se pudo despachar armada, y se aplicaron para ir por la flota diez galeones, que se aprestaban para el Brasil en Cádiz, añadiendo otros cuatro. Fué por general D. Antonio de Oquendo.

Cuando se vino D. Fadrique de las Indias, dejó en ellas al Maestre de Campo Antonio de Oteiza, con ocho galeones y un patache, para que viniese de refuerzo con los de la plata.

El gasto de los ocho galeones de Otavia fué de 1.964.000 reales, sin otras partidas menores.

Registro del Consejo de Indias, fol. 22 vto.

1633.—Enero 24, El Pardo.—Ordenanza de S. M. que ha de guardar la escuadra de navíos de alto bordo destinada para limpiar de enemigos las costas de Cantabria, Galicia y Asturias, en las presas que hiciere de navíos de turcos, moros y rebeldes de las islas de Holanda y Zelanda, con declaración de los privilegios y preeminencias que han de gozar los que sirvieren en ella ó armaren para este efecto.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Octubre 19.—Ordenanzas para el arqueo de las naves.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Este año, como el pasado, se encargó el Consulado del apresto de la armada. General Tomás de la Raspur, y de Nueva España, D. Carlos de Ibarra, el cual se excusó, y fué á la armada por Almirante general, porque parece que murió entonces Raspur.



Fué luego el Marqués de Cadereta, y por almirante D. Carlos de Ibarra; partió á 13 de Mayo y llevó ocho galeones de refuerzo.

Llegó D. Antonio de Oquendo por Abril.

Registro del Consejo de Indias, fol. 22 vto.

1634.—Asiento con D. Martín Carlos de Mencos, en nombre del Marqués del Val, para la fábrica de ocho navíos, á 17 ducados por tonelada, siendo de cuenta de la Hacienda la artillería, municiones y pertrechos.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Asiento con D. Francisco Quincoces para la fábrica de 13 navíos, en tres años, á 30 ducados tonelada.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Asiento con D. Juan Bravo de Hoyos para fabricar seis navíos con las mismas condiciones ajustadas con D. Martín Carlos de Mencos.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 78.

Asiento tomado con Martholosi para fabricar en Vizcaya 16 galeones, uno de ellos para Almiranta.

Memorial Histórico Español, t. XIII, pág. 104.

1835.—Mayo 19.—Real cédula concediendo á los pilotos de la carrera de las Indias las mismas preeminencias que gozaban los artilleros.

Colección Navarrete, t. XXIV, núm. 36.

Agosto 6.—Real cédula mandando construir en Barcelona barcos luengos con toda urgencia, y que vayan desde Cádiz dos de los más fuertes y mejores para que sirvan de modelo.

Colección Navarrete, t. XXXII.

Octubre 2, Madrid.—Cédula real prohibiendo todos los navíos fabricados en Francia y todo lo que se embarcara en ellos, en la misma forma que lo estaban los navíos y mercaderías de la fábrica de Holanda, Zelanda y demás provincias rebeldes.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Diciembre 1.°, México.—Mandamiento del Virrey de Nueva España, Marqués de Cadereyta, concediendo licencia al capitán Esteban Carbonell



para viaje al puerto y bahía de San Bernabé, del cabo de San Lucas de la California, y para descubrir más puertos y tierra á más altura.

Colección Navarrete, t. XIX, núm. 37.

Llegó el General D. Antonio de Oquendo con los galeones y flota de Tierra Firme, y con un temporal la almiranta abrió un agua y otros galeones quedaron malparados, con lo que tuvo que arribar á Cartagena. Volviendo á salir, el galeón *La Anunciada* descubrió tan grande agua que fué forzoso desampararla, sin poder sacar más que la gente y dos barras de plata de las pocas que traía. Los demás bajeles llegaron á salvamento á 10 de Junio.

Registro del Consejo de Indias, fol. 221 vto.

Los galeones de D. Carlos de Ibarra llegaron á San Lucar á 18 de Diciembre, y por no hallar en la Habana la flota de N. España, le dejó tres galeones de refuerzo para escolta.

Registro del Consejo de Indias, fol. 222.

Escribióse á D. Juan Niño que procurase echar al holandés de la isla Hermosa, á instancia del Consejo de Portugal, á 26 de Abril, y lo mismo á D. Sebastián Hurtado de Corcuera.

Registro del Consejo de Indias, fol. 294 vto.

Real cédula ordenando fabricar un galeón de 600 toneladas en Gibraltar.

Colección Vargas Ponce.

Asiento con D. Martín de Arana para la fábrica de nueve navíos.

Colección Vargas Ponce. leg. 3, núm. 78.

Encargo de compra de naos artilladas en Flandes por no poderse aumentar las fábricas en España.

Colección Vargas Ponce.

1636.—Julio 21.—Orden de pelear comunicada por el general D. Carlos de Ibarra á la flota de galeones de su mando.

Colección Vargas Ponce, leg. 1.º, núm. 97.

Ordenanzas del Consejo real de las Indias, nuevamente recopiladas y por el rey Felipe Quarto para su govierno establecidas. Año 1636.



Setiembre 23. México.—Mandamiento del Virrey de Nueva España, marqués de Cadereyta, concediendo licencia á D. Alonso Botello y Serrano y D. Pedro Porter y Casanate para hacer el descubrimiento y demarcación de las Californias á más altura de lo reconocido, sin proseguir al descubrimiento del estrecho por donde se entendía se comunicaba la mar del Sur con la del Norte, porque esto lo tenía reservado S. M. á sí.

Colección Navarrete, t. XIX, núm. 33.

Noviembre 11, México.—Mandamiento del Virrey de Nueva España, marqués de Cadereyta, revocando todas las licencias dadas hasta la fecha para el descubrimiento de la California y mandando se recogiesen, haciéndolo saber á Esteban Carbonel, Francisco de Vergara, D. Alonso Botello y Serrano y D. Pedro Porter y Casanate, con pena de la vida y de perdimiento de bienes si hicieren el viaje.

Colección Navarrete, t. XIX, núm. 38.

Llegó la armada de D. Carlos de Ibarra con la flota de Nueva España, general D. Luis Fernández de Córdoba, á 7 de Noviembre.

Registro del Consejo de Indias, fol. 223.

1637.—Asiento con el Marqués de Valparaíso para construir en Pasajes ocho galeones.

Colección Vargas Ponce.

Orden de batalla que dió D. Carlos de Ibarra para su armada.

Colección Vargas Ponce, leg. 1.°, núm. 103.

Relación de las fiestas celebradas en Cádiz con motivo del embarque de la imagen de Nuestra Señora en la capitana de galeones. *Ms.*

Academia de la Historia, *Colección de Jesuítas*, t. CXLVI, núm. 22.

1638.—Febrero 14.—Asiento con D. Francisco de Quincoces, secretario de S. M., para la fábrica de 12 galeones de á 800 toneladas en los astilleros de Cuatro Villas por precio de 30 ducados por tonelada.

Veitia, *Norte de la Contratación*, lib. II, cap. XV.

Abril 10, Madrid.—Asiento por cinco años con Martín Ladrón de Guevara y Diego de Cardoso, del apresto, sustento y despacho de 13 galeones que fabricaron también por asiento el Marqués de Valparaíso y D. Mar-



tín de Arana en los astilleros de la provincia de Guipúzcoa y señorío de Vizcaya.—Impreso.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 23.

Agosto 15, Madrid.—Título de Capitán general de la mar al príncipe Juan Carlos de Médicis é instrucción para el ejercicio de este cargo.

Colección Vargas Ponce, leg. 14, núm. 65.

Acuerdos y consultas de la Junta del Avería y Junta de guerra de Indias sobre aprestos y despachos de las armadas y seguridad de las flotas, su policía y gobierno, fábrica de bajeles, etc. Año de 1609 al de 1638.

Colección Navarrete, t. XXIV, núm. 49.

Noticias de la flota de Nueva España y de la Armada del Duque de Maqueda que iba en seguimiento de la francesa hacia las islas Terceras. —*Ms.*

Academia de la Historia, *Colección de Jesuítas*, t. CXIX, núm. 263.

1639.—Marzo 26.—Decreto real ordenando represalia en los bajeles, ropas y demás hacienda de súbditos del Duque de Saboya.

Colección Sans de Barutell, art. 3.º, núm. 935.

Diciembre 15.—Incidencias del asiento tomado con Martín de Urnieta, de San Sebastián, para construir seis galeones de á 850 toneladas cada uno.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

1641.—Enero 6.—Capitulaciones de paz entre la Corona de España y los indios araucanos del reino de Chile, después de cuarenta y tres años de su levantamiento general.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Instrucciones que para navegación y combate dió el general D. Francisco Díaz Pimienta yendo á la jornada de la isla de Santa Catalina.

Colección Vargas Ponce, leg. 21.

Noviembre 18.—Manifiesto de Honorato II, príncipe de Mónaco, declarando los motivos que le habían obligado á dejar el partido y protección de España y ponerse debajo de la de Francia, y últimamente á echar



de aquella plaza el presidio español y admitir en ella guarnición francesa. —Respuesta de España.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

1642.—Abril 7.—Ordenanzas nuevas de la cofradía de Santa Catalina de los Mareantes, de San Sebastián, aprobadas por S. M.

Colección Vargas Ponce, leg. 4, núm. 84.

Julio 26.—Manifiesto del príncipe Tomás de Saboya, en que expone las razones que ha tenido para separarse del partido de S. M. Católica y unirse, en compañía de su hermano el Príncipe-Cardenal de Saboya, al partido de Francia.—Respuesta al mismo.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Septiembre 10, Tarragona.—Instrucción dada por el príncipe Juan Carlos, capitán general de la mar, para la navegación de las galeras.

Colección Vargas Ponce, leg. 9, núm. 34.

Exposición de Diego Méndez de Londíguez y Londíguez á S. M., proponiendo los medios para sustentar 80 galeras con 200 naves en diferentes escuadras.—Impreso.

Colección Navarrete, t. IX, núm. 29.

1643.—Agosto 15, Zaragoza.—Cédula real erigiendo una Junta de Contrabando en la ciudad de Sevilla con la misma jurisdicción que tenía la del Almirantazgo, y otorgando las apelaciones para ante la Junta del Almirantazgo de la corte.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Memorial de los servicios hechos por la ciudad de Sevilla á la Corona, y pérdidas que ha tenido su comercio. Impreso en doce hojas, folio.

1644.—Enero 10.—Relaciones de la gente de mar y remo existente en las nueve galeras de España que se hallaban en el Puerto de Santa María, estado general de la infantería, sus sueldos de un mes y otras noticias.

Colección Vargas Ponce, leg. 9, núm. 35.

Marzo 19,—Título de Capitán general del mar Océano, costas de Andalucía y gente de á pie y de á caballo de las ciudades y villas de ella, expedido á favor de D. Antonio de la Cerda, duque de Medinaceli.

Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 73.



Marzo 24.—Cédula concediendo prórroga de diez años á la exención de alcabala en la primera venta de naos que hagan los constructores de ellas.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núm. 82.

Marzo 31, Zaragoza.—Título de Capitán general del mar Océano y de todas las armadas de navíos de alto bordo, dado á D. Antonio de la Cerda, duque de Medinaceli.

Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 73.

Octubre 12.—Cédula á D. Alonso de Idiáquez para abrir viveros y aumentar los plantíos de roble en la provincia de Guipúzcoa.

Colección Vargas Ponce, leg. 11, núm. 4.

Noviembre 12, Madrid.—Título de Gobernador de las galeras de España ínterin llega de Nápoles D. Melchor de Borja, nombrado Capitán general, á favor del Marqués de Montealegre, cuatralbo que ha sido de las galeras de Nápoles.

Colección Vargas Ponce, leg. de Almirantes, letra M.

1645.—Mayo 20, Zaragoza.—Real cédula prohibiendo en absoluto el comercio con el reino de Portugal, sus conquistas é India oriental.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Junio 13, Zaragoza.—Real título de Capitán general de las galeras de España á favor del Conde de Linares.

Colección Vargas Ponce, leg. de Almirantes, letra L.

Junio 24, Zaragoza.—Título de Veedor general de todas las galeras y armada á favor del Conde de Biraven, é instrucciones para el ejercicio de este cargo.

Colección Vargas Ponce, leg. de Almirantes, letra B.

Noticia del viaje y llegada de los galeones de Nueva España con la flota de perlas y plata para Su Majestad y particulares, por valor todo de 793.223 pesos.—*Ms.*

Academia de la Historia, *Colección de Jesuítas*, t. CXX, núm. 4.

1646.—Marzo 31.—Real cédula significando á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas vuelvan á poner en vigor las fábricas de



naos como anteriormente estaban, y formen escuadra con la denominación de Cantabria, ofreciendo arbitrios para ello.

Colección Vargas Ponce, leg. 3, núms. 84 y 85.

Agosto 19, Zaragoza.—Real título de Gobernador de las galeras de España á D. Luis Fernández de Córdoba por haber concedido licencia para curarse al Conde de Linares, entendiéndose ha de servir el cargo interino, como lo ha hecho el año anterior el Marqués de Montealegre.

Colección Vargas Ponce, leg. 21.

Diciembre 19.—Relación de las armas y municiones que son menester para el armamento y servicio de 12 galeras de España.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

1647.—Febrero 18.—Cédula declarando la forma y precedencia que han de guardar el General de las galeras de España y el de la armada del Océano.

Colección Vargas Ponce, leg. 26.

Marzo 28, Madrid.—Real título de Gobernador general de todas las fuerzas marítimas en favor de D. Juan de Austria.

Colección Navarrete, t. XI, núm. 7 bis.

Marzo 28, Madrid.—Instrucción dada á D. Juan de Austria para ejercer el cargo de Gobernador general de todas las armas marítimas y distribuir las presas.—En 56 artículos.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Abril 17, Madrid.—Instrucciones á D. Juan de Austria para el viaje á los mares de Italia con las armadas del mar Océano, parte de la de Flandes y las galeras de España.

Colección Navarrete, t. XLIII.

Julio 26, Madrid.—Real orden dando reglas para hacer levas de marineros en la provincia de Guipúzcoa para las armadas reales.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Ordenanzas reales para la Casa de Contratación de Sevilla y para otras cosas de Indias, y de la navegación y contratación de ellas. Impreso en Sevilla por Francisco de Lira.—Año 1647.

Lleva por apéndice recopilación desde 1552.



1648.—Informe de los Oficiales reales de las galeras acerca de las obras emprendidas por la ciudad de Jerez para romper el río Guadalete, quitarle el agua y echarla por el Caño de Puerto Real al Salado, y barquear por allí á Cádiz.—Año 1648.

Colección Vargas Ponce, leg. 8, núm. 15.

1649.—Marzo 8.—Ordenanzas para la institución de la Compañía del Brasil.—Impreso en Lisboa por Antonio Álvarez en 1649.

Colección Navarrete, t. III, núm. 69.

Enero 30.—Título de Veedor general de las galeras y armada de S. M. á favor de D. Luis de Oyanguren.

Colección Vargas Ponce, leg. 15, núm. 81.

Junio 6.—Título para que asista á D. Juan de Austria, como teniente general, D. Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate y de Villamediana, virrey y capitán general del reino de Nápoles.

Colección Vargas Ponce, leg. 15, núm. 80.

1650.—Enero 31, Madrid.—Pragmática reiterando la prohibición de comercio con los reinos de Francia y Portugal.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.

Abril 3.—Título de Capitán general de las galeras de España expedido al Duque de Alburquerque, con relación de sus servicios.

Publicado en mi informe á la Academia de la Historia en desagravio de tan ilustrado prócer. Memoria de la misma, t. X, pág. 388.

Abril 10, Madrid.—Instrucciones de S. M. al Duque de Alburquerque para desempeñar el cargo de Capitán general de las galeras de España.

Colección Vargas Ponce, leg. 9, núm. 47.

Abril 12, Madrid.—Ordenanzas para la distribución de la Real hacienda en las galeras.—En 55 artículos.

Colección Vargas Ponce, leg. 9, núm. 48.

Abril 30, Estenay.—Tratado de alianza entre el rey D. Felipe IV, la Duquesa de Longueville y el Mariscal de Turena, por el que se obligan á hacer la guerra á Francia hasta lograr una paz general y la libertad de los Príncipes de Condé y Conti.



Mayo 8.—Instrucciones dadas por el general D. Juan de Echeverri á la armada de la guardia de la carrera de las Indias.—Impresas.

Colección Vargas Ponce, leg. 1, núm. 119.

Noviembre 24.—Capitulación hecha en la mar, á la vista de Tarragona, entre D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, capitán general de las galeras de España, y el Sr. de Ligny, mariscal de batalla de S. M. Cristianísima, gobernador de cuatro bajeles que traían socorro para el ejército de Francia que ocupaba á Cataluña.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Noticia de la guarnición y tripulación que, según ordenanza, debía tener un galeón de 800 toneladas, sus raciones, su coste, etc.

Colección Vargas Ponce, leg. 1, núm. 116.

Instrucción al Superintendente de montes Toribio Pérez para fomento de los de Cantabria.

Índice de la *Colección de D. Antonio Enríquez.*

1651.—Noviembre 6.—Tratado entre el rey Felipe IV con los Príncipes de Conde y Conti y sus aliados, ofreciendo socorros para hacer la guerra contra Francia.

Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados.*

Reglas de la ilustre Cofradía de San Nicolás y San Telmo, patronos de los mareantes de la villa de Portugalete.—Ms. Archivo del Ayuntamiento de la villa.

1652.—Junio 22.—Instrucción dada por el Duque de Alburquerque para el bloqueo de Barcelona.

Memorias de la Academia de la Historia, t. x, pág. 404.

Ordenanzas del Consulado de la Universidad de los Mercaderes de esta Nueva España. Aprobadas en 2 de Octubre de 1597.—Impresas en México por la V. de B. Calderón, año 1652, folio.

Orden de batalla dado por D. Luis Fernández de Córdoba para la escuadra de su mando.

Colección de Jesuítas, t. CLXXXVII, núm. 27.

Diciembre 2.—Nombramiento real de Comisario de plantíos del Prin-



cipado de Cataluña en favor de D. Pablo Aneny, para el cuidado y ejecución de la pragmática.

Colección Sans de Barutell, art. 2 o, núm 147.

NUM. 2.

Relación extractada de naufragios.

1622.—Á la salida de Sanlúcar se perdieron dos galeones, capitana y *San Francisco de Padua*, de la armada de D. Tomás de Larraspuru; la gente pasó á los otros.

Con huracán que alcanzó en el canal de Bahama á la armada de galeones y flota de Tierra Firme, naufragaron siete naves de guerra y cuatro mercantes. Se ahogaron más de 1.000 personas, contando el almirante don Pedro Pasquier.

Item dos galeones de la flota del Marqués de Cadereyta.

1623.—La almiranta y el galeón *Espíritu Santo*, de la flota de D. Antonio de Oquendo, se sumergieron al desembocar el canal de Bahama. Perecieron 150 personas.

Se perdió la almiranta de Vizcaya al entrar en Puerto Rico, salvándose tripulación y efectos.

Un navío de D. Fernando de Silva en la costa de Siam; no hubo pérdida de vidas.

1624.—Naufragó en isla de Mayo (Cabo Verde) el galeón *Concepción*, de la escuadra de Portugal, en la jornada del Brasil. Se ahogaron 140 hombres.

Item en la isla de Santa Elena una nao de la India, salvándose la gente.

1625.—De la armada de D. Fadrique de Toledo, á la vuelta de la jornada del Brasil, se perdieron:

La urca *Puerto Cristiano*, en Pernambuco, salvándose gente y artillería.

Galeón *San Nicolás*, en la Línea, por hacer mucha agua. Se abandonó, trasbordando la tripulación.

Almiranta de la escuadra de Portugal, en la isla de Fayal, con salvamento de la gente.

Patache *San Jorge* zozobró en el golfo, á vista de otra nao, pereciendo todo lo que llevaba.

Siete naos de la flota regida por D. Juan de la Cueva se perdieron sobre cabo Catoche (Yucatán).

Las galeras *San Martín* y *Santiago*, el 5 de Mayo, en la barra de la Mámora.

1627.—Cinco galeones de la escuadra de Portugal, mandada por D. Manuel de Meneses, y dos naos de la India que escoltaban, se perdieron en San Juan de Luz (Francia). Perecieron más de 2.000 hombres.

Sobre la misma costa y la de España naufragaron 14 zabras de la escuadrilla de D. Alonso de Idiáquez, con muerte de 500 personas.

El galeón *Santiago* y un patache de la armada de D. Fadrique de Toledo se perdieron dentro de la bahía de Morbihan. Salvóse gente y efectos.

1628.—La fragata *Larga*, de la flota de Nueva España, se perdió al salir de Veracruz.

Dos galeras de la escuadra de España, tratando de socorrer á la plaza de la Mámora, dieron en la costa y quedaron cautivos de los moros de Salé los que se salvaron.

1629.—Un patache de la armada de D. Tomás Larraspuru.

1630.—Pérdida de la almiranta de siete naos que iban de Cádiz á Lisboa.

Dos galeones que llevaban refuerzos á la Florida, á cargo de D. Antonio de Oteíza, en el canal de Bahama. Se salvó la gente.

1631.—Naufragio de la almiranta del mar del Sur en el bajo de Garachine, en viaje del Callao á Panamá.

La capitana del general Miguel de Chazarreta, de la flota de Nueva España, se hundió poco después de la salida de Veracruz. Se ahogaron 300 personas.

Una nao en que iba al gobierno de Santiago de Cuba el almirante Juan de Acevedo, zozobró con toda la gente.

Dos galeones de la armada de D. Antonio de Oquendo zozobraron en viaje desde el Brasil á España.

La nao *Magdalena* se fué á pique en Cavite, ahogándose 14 personas.

1632.—La nao *Vigía* se perdió en la isla de Juan Fernández, salvándose la gente.

Veintitrés galeras de la escuadra de Nápoles se fueron á pique sobre las amarras, con tormenta. (Relación impresa.)

Una nao de D. Juan de Echeverri en Costa Firme.

1633.—En la bahía de Cádiz se perdieron 11 naos de la flota del Marqués de Cadereyta, á punto de salir á viaje.

1634.—Se perdieron la almiranta y dos naos más de la flota del Marqués de Cadereyta en los bajos de Matacumbe.

Item en el Mariel (Cuba) la nave en que iba de España el maestre de Campo D. Francisco Riaño y Gamboa, el 5 de Octubre.

1635.—Se perdieron dos naves de la escuadra de Masibradi en la costa de Galicia.

Item nueve galeras y dos naves de la armada del Marqués de Santa Cruz, sobre la costa de Provenza, con temporal ocurrido el 21 de Mayo.

1637.—La fragata *Nuestra Señora de la Encina*, capitán Francisco Alzaibar, al que se formó causa.

El champán capitana de España, en Filipinas, el 29 de Noviembre; se ahogaron dos hombres.

1639.—Una carabela se perdió en la costa de Berbería yendo á la Mámora con víveres.

Tres galeones de la armada del Duque de Maqueda en Almería.

La urca *Viga* y el patache *Galgo*, de la flota de D. Jerónimo Gómez de Sandoval, en la isla Bermuda.

Un champán que conducía á isla Formosa el situado desde Manila zozobró en la mar.

Dos galeones de Acapulco naufragaron en la costa de Cagayán, pereciendo 150 personas.

1640.—Cinco naves de la armada del Duque de Nájera en la playa de Almería.

Una ídem de la flota de D. Juan de Campos.

1641.—Por huracán reinante en el mes de Septiembre naufragó la almiranta de la flota de Nueva España en el bajo de los Abrojos; cinco naos más embarrancaron ó zozobraron en la costa de la Florida, y otras dos en la isla de Cuba. Pereció mucha gente.

La nao *Nuestra Señora de Ayuda*, de 230 toneladas, se perdió en los arrecifes de la isla de Santa Catalina.

1642.—La capitana de la flota de Nueva España se perdió al entrar pcr la barra de Sanlúcar. Salvóse la gente y parte de la plata.

1646.—Naufragó una nao de Cuba que con la flota hacía viaje á España.

Item la galera *Santa Bárbara* en la costa de Toscana. Se ahogaron 46 forzados.

El galeón *San Luis*, á cargo del general Fernando López Perona, en la costa de Cagayán. Se salvó la gente y efectos.

1647.—El navío *San Nicolás* se hizo pedazos en la rada de Arica por resultas del terremoto ocurrido en las costas de Perú y Chile el 13 de Mayo.

Naufragó el galeón *Santiago* en la sonda de Campeche, salvándose 276 personas en una isla de Arena. Construyeron embarcación y llegaron al Continente.

Un navío de fuego se estrelló con temporal sobre el muelle de Nápoles.

Se perdió también el galeón *San Juan el Grande* en las peñas de Castel del Oro, salvándose la gente.

La capitana y un patache de la armada de D. Pedro de Ursúa, en la entrada de la Habana.

1648.—La galera *Santo Domingo* se perdió sobre Málaga.

1650.—Zozobró el navío *Santo Tomás de Villanueva* en viaje de la Concepción de Chile al Callao.

En el bajo del Alacrán se perdió una fragata, ahogándose ocho hombres y pasando grandes trabajos los demás de la tripulación.

1651.—Embarrancó en la costa de Valdivia el navío *San José*.

1652.—Junto al castillo de Blaye, en el río Gironda, se perdió el galeoncete *San Antonio de Nápoles*, quedando prisionera la tripulación.

NÚM. 3.

Relaciones impresas.

1621.—Famosa presa que cuatro galeras de Nápoles hicieron junto al canal de Constantinopla en el mes de Junio, tomando dos galeras, un na-



vío y cinco caramuzales de Turcos, con mucha hacienda. Refiérese la reñida batalla y heroicos hechos de D. Pedro de Cisneros, cabo de las dichas galeras, y del capitán D. Fernando de Barrionuevo y otros valerosos soldados. Dase cuenta del sitio de la Inclusa por el Marqués de Espínola. Y vitoria de tres Naos Vizcaínas contra Moros que andaban en la Costa de Galicia. Y rica presa de las Galeras de Barcelona de vn Nauio de Cosarios. Y de vna importante plaza que, junto á la Rochela, ha tomado el Rey de Francia. Y famosa caualgada del Gobernador de Orán contra Alarbes y reñida batalla que con ellos tuuo, y rica presa que hizo. Y otra presa que una Galera de Malta hizo de vn Caramuzal de Turcos..... Recopilado de diuersas cartas embiadas á Caualleros desta Corte por Francisco Donato, Archero de su Majestad. (Viñeta.) Impreso con licencia en Sevilla, por la Biuda de Clemente Hidalgo. Año de 1621. Dos hojas en folio.

Relación verdadera de la vitoria que tuuo D. Fadrique de Toledo Ossorio, Capitan General de la Armada y del exercito del mar Océano, contra treynta y vn nauíos de Olandeses, en el Estrecho de Gibraltar, en diez de Agosto, año de 1621, día de San Lorenzo. Impresa con licencia del señor D. Gonzalo Pérez Valenzuela, del Consejo de su Majestad. En Madrid, por Bernardino de Guzmán, y por su original en Valladolid, en casa de Gerónimo Morillo. Año de 1621. Dos hojas en folio.

Vitoria que el Armada Real de que es general D. Fadrique de Toledo tuvo en el Estrecho con nueve Naos de su Escuadra contra 26 de olandeses, que venían de Levante. Dáse cuenta de todo el discurso de la batalla de las naos que nuestra armada echó á fondo al enemigo, y de la presa que truxo á Cádiz. Impreso con licencia en Sevilla, por Francisco de Lira. Año de 1621. En folio.

Copia de la gran victoria que tuvo D. Fadrique de Toledo..... Impreso en Madrid, por la viuda de Fernando Correa. Año de 1621. Dos hojas en folio.

Segunda parte de la victoria que tuvo D. Fadrique de Toledo con 31 naos de olandeses. Impreso en Madrid, por la viuda de Fernando Correa. Año de 1621. Dos hojas en folio.

Victoria que el Armada de Inglaterra alcanzó con solos diez Galeones de diez y siete naos de Turcos á vista de Tarifa, tres días después de la que alcanzó nuestra Armada en el Estrecho de Gibraltar. Y asimismo se

refiere el daño que la dicha Armada hizo en el puerto, ciudad y tierra de Argel. Refiérese asimismo un breve capítulo, en que se concluye lo que no se pudo contar de la victoria de D. Fadrique de Toledo; nombrándose las naos de Holanda y sus Dueños y tierras de donde eran, por sus nombres. Y asimismo se refieren algunos sucesos notables de Portugal, Alemania, Francia, Roma, Rábena y Holanda, así de guerras como de otros casos peregrinos. Impreso con licencia, despachada ante Pedro de Plata Marmolejo, escribano, en Sevilla, por María Pérez. Año de 1621. En folio.

Relación verdadera de todo lo que agora nuevamente ha pasado sobre el cerco que los moros de Africa pusieron con un poderoso exército sobre la fuerte plaza de Mámora, y el valeroso corazón con que los Españoles acudieron. Es obra muy digna de saberse. Compuesto por Alonso Carrillo, natural de Sevilla. (*Al fin.*) Con licencia, en Barcelona, en casa de Esteban Liberos. 1621.

Viaje y suceso de los carabelones y galeoncetes de la guarda de Cartagena de las Indias y su costa, y victoria contra los corsarios piratas en aquel mar. Impresa en Madrid, por la V. de Cosme Delgado. Dos hojas en folio.

1622.—Relación de cómo procedió D. Antonio de Atayde, Capitán general de la Armada de Portugal el año de 1621, en que se quemó una nave de la India, con memoriales de D. Antonio de Atayde, D. Francisco de Almeyda, almirante de la escuadra portuguesa, y D. Jerónimo de Atayde, hijo de D. Antonio. Catálogo de MM. SS. españoles del Museo Británico, tomo I, pág. 641.

Estando Atayde encargado de escoltar á la nave de la India, la atacaron 17 navíos piratas de Argel sobre la costa de Portugal, y defendiéndose, pereció abrasada. Traía gran riqueza.

Carta escrita por un Soldado de Orán á un Consejero de Su Majestad en Madrid, dando quenta de los sucesos de aquellas plazas, y en el estado que las tiene el Duque de Maqueda, Virrey y Capitán general de ellas. Impreso, s. l.

Carta primera, la qual contiene nuebas muy berdaderas que ha tenido en la Corte y otros Reinos, y dase cuenta de una grandiossa victoria que la armada catholica ha tenido contra el Gran Turco en Levante este año de 1622. (Escudo de armas.)

Veintidós bajeles de moros acometieron á uno inglés de mercancías en aguas de Génova, y llegando las galeras francesas, le libraron, y apresaron doce de aquellos bajeles.

Carta que envió á la ciudad de Cádiz el alférez D. Juan Hurtado, dando cuenta de la gran victoria que D. Pedro de Leyva, Capitán general de las galeras de España, ha tenido en el mar de Levante contra los turcos, llevando en su compañía á D. Diego Pimentel, general de las galeras de Sicilia, y el Marqués de Asiri, general de las de Florencia, y el capitán Esteban Chapa, con tres galeras del Duque de Tursi, y la capitana y patrona del Marqués de Santa Cruz, con otros grandes señores que iban en su compañía, y con orden del serenísimo príncipe Filiberto. Lisboa, por Gerardo de Vinha. Año de 1622. En folio.

Apresaron 42 caramuzales y una urca de la caravana de Alejandría.

Relación de las cossas de Mar sucedidas á las galeras y Armada naual del Rey de Francia en el Océano, cuio general es el Duque de Guisa, y Carta que el dicho General escriuió á Monseñor Cardenal de Sourdis, sobre la rrota de los Rocheleses, sucedido todo este año de 1622. (Escudo de armas de Francia.)

Las galeras de Marsella, unidas con los galeones del Océano, después de tener encuentro con los moros de Salé, batieron á la armada de los hugonotes en la isla de Re.

Relación de las cosas sucedidas en el cerco de la Rochela, y la orden que el christianissimo Rey de Francia dió para ello, desde el mes de Agosto deste año de 1622. (Escudo de armas de Francia.)

Relación del rencuentro que ha tenido D. Juan Faxardo de Guevara, del Consejo de Guerra de S. M., y Capitán General de la Armada Real de la guardia del Estrecho de Gibraltar, con ochenta Navios de Olanda, en 6 de Octubre de 1622, en el paraxe de Málaga. Con licencia, impreso en Lima, por Gerónimo de Contreras. Año de 1623.

Relación certíssima de la felicíssima Vitoria que ha tenido D. Gonzalo de Córdoua en 29 de Agosto deste año en los Estados de Flandes, contra herejes..... Con vn breue capítulo muy verdadero de lo que ha sucedido al presente en el Estrecho de Gibraltar. (Escudo de armas.) Impresa con licencia del Real Consejo, en Madrid, y por su original y con licencia del señor Licenciado Beas Bellon, Oidor de la Real Audiencia de Sevilla, por



Iuan Serrano de Vargas y Ureña, enfrente de donde solia viuir el Correo mayor. Año de 1622. Dos hojas en folio.

Relación de la vitoria que los Portugueses alcanzaron en la ciudad de Macan, en el reino de la China, contra los Olandeses. Año de 1622. Impreso.

Relacão summaria das nouas que vierão do Iapaõ, China, Cochinchina, India & Ettiopia este anno de 622, tiradas de algũas cartas de pessoas de credito. En Lisboa, con todas as licenças necessarias. Por Giraldo de Vinha. Anno de 1622. Dos hojas en folio.

Nuevas generales desde 22 de Octubre de 621 hasta 18 de Marzo de 622. Impreso en dos hojas en folio, sin pie de imprenta.
Da cuenta de correrías del corsario Sansón y de otros argelinos.

1623.—Relación de las vitorias que D. Diego de Arroyo y Daza, gobernador y Capitán general de la provincia de Cumaná, tuvo en la gran Salina de Araya á 30 de Noviembre del año pasado de 622 y á 13 de Enero deste año, contra ciento y quatro navíos de Olandeses. Con licencia. Impresa en Madrid, por la viuda de Alonso Martín, con aprobación del Consejo. Año de 1623. Dos hojas en folio.

Famosa victoria y grandiosa presa que algunas galeras de Nápoles, Florencia y Sicilia alcanzaron de un renegado morisco, natural de Osuna, General de ocho galeras del Turco, miércoles 4 de Octubre, día de San Francisco deste año de 1623. (Escudo de armas imperiales.) Con licencia, en Montilla, por Pedro Navarro. Año de 1623. Dos hojas en folio.

Relaciones embiadas por el Duque de Pastrana desde el Puerto de Cadaqués en 26 y en 28 de Abril deste año de 1623, del suceso que ha tenido en la presa de los Baxeles redondos de Turcos en el viaje de Roma. Con licencia y aprobación, en Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Año de 1623. Dos hojas en folio.
Salió el Duque de Barcelona con dos galeras de Génova mandadas por Galeazo Justiniani: en Palamós se le unieron otras dos de D. Francisco Mesia. El 26 dieron caza y cañonearon á un navío corsario de vela, rindiéndolo y haciendo prisioneros á 50 turcos y á un renegado mallorquín; pero al marinarlo estalló una mina que habían preparado y se voló, ahogándose tres soldados, y quedando heridos del fuego 30. Entraron las ga-

leras á curarlos en Cadaqués. Vueltas á la mar, persiguieron á otro corsario mayor que llevaba tres presas; tuvieron la fortuna de desarbolarle, y lo rindieron también, aunque reventó uno de los cañones de crujía. Tenía el navío 14 piezas, y lo tomaron con 90 turcos vivos y 78 muertos.

Relación de lo svcedido en el Golfo de Rossas á 26 de Abril deste año de 1623, en donde el Excelentísimo señor Duque de Pastrana rindió y venció un baxel de Altobordo de moros. S. a. n. l. Dos hojas en folio.

Segunda presa que el Excelentísimo señor Duque de Pastrana ha hecho de un baxel de alto bordo de mil salmas á 26 de Abril de este año de 1623. Impreso. Dos hojas en folio.

Verdadera relación en la qual se da cuenta de las trazas y arbitrios que tuvo el cosario Blanquillo, Morisco renegado, natural de la ciudad de Arcos, en el discurso del tiempo que fué cosario en las costas de España, llevando della muchos cautivos. Dase cuenta de las desgracias y enemigos que tuvo con deseo de averle á las manos, y cómo al fin vino á poder de Joan Mellado, Patrón del bergantín de Melilla, y la vitoria que tuvo juntamente con la justicia que se hizo dél y de sus compañeros. Impreso con licencia, en Málaga, año de 1623, y por su original en Jerez de la Frontera, por Fernando Rey. Dos hojas en folio.

Relación de la traza y modo con que los soldados de Tarifa, guiados por el capitán D. Lorenzo, y acompañados de Joan Gálvez, cogieron dos barcos de Moros en que venía por Arraez un Morisco renegado, natural de Osuna. Sucedió Miércoles 24 de Octubre, día de San Crispín y Crispiniano. (Viñeta.) Con licencia, impreso en Málaga, por Joan Rene. Año de 1623. Dos hojas en folio.

Sucesos de esta Corte desde 15 de Agosto hasta fin de Octubre. Impreso Madrid, sin pie de imprenta. Dos hojas en folio.

Da cuenta del embarco del Príncipe de Gales en Santander, y suntuoso festín de despedida á bordo.

Partida del Príncipe de Gales para Inglaterra. Dase cuenta del grandioso acompañamiento con que salió de Madrid, y de las grandiosas dádivas que hizo, así al Rey nuestro señor, como á la señora Infanta, damas, señores, etc. Y asimismo, lo que el Rey nuestro señor le dió al Príncipe. Impreso con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lira. Año de 1623. Dos hojas en folio.



Vitoria felicíssima que D. Blas Téllez de Meneses, Capitán General de Mazagán alcanzó Viernes quatro de Agosto, día de Santo Domingo, con solos quinientos soldados, de tres mil moros de á pie y de á cavallo, aquien acaudillaban cinco Alcaides y el Gobernador de la Xerquía..... (Escudo de armas.) Impreso en Granada, por Bartolomé de Lorenzana. Año de 1633. Dos hojas en folio.

Relación de lo svcedido en los Galeones y Flota de Tierra Firme. Impreso en cinco hojas en folio. S. a. n. l.

Da cuenta del naufragio del galeón *Nuestra Señora de Atocha*, almiranta, y del *Margarita*, con lista de las personas ahogadas, que fueron 391.

1624.—Famosa batalla y felicísima victoria que han alcanzado cuatro galeras de Malta, su general D. Juan Pacheco y Castro, de una escuadra de 12 galeras del Gran Turco, en este año de 1624. Copiada de una carta de un caballero maltés á un amigo suyo de esta ciudad de Sevilla. Con licencia, en Sevilla, por Juan de Escobar. Año de 1624. En folio.

Relación nueva y verdadera en que se avisan muchas cosas de Italia..... También se avisa de la victoria que han tenido las galeras de Nápoles contra navíos corsarios de turcos, notada por un caballero italiano natural de Milán, alférez que ha sido en Nápoles y que vino ahora de Roma. Impreso con licencia en Madrid, y por su original en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1624. En folio.

Verdadera relación de la gran vitoria que el Excelentísimo Duque de Fernandina á tenido sobre Arenas gordas, captivando muchos Moros en 4 navíos que les quitó y vno que llevaban de presa, con muerte de muchos dellos que dieron fin á sus días en la batalla, la qual duró desde las cinco de la mañana hasta las once del día. (Viñeta.) Año 1624. Impreso en Sevilla en la Imprenta de Iuan de Cabrera. Con licencia. En la calle de Martín Cerón, frontero del Correo Mayor. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Relación de la victoria obtenida por el Duque de Fernandina sobre Arenas Gordas contra cuatro navíos de turcos, moros y renegados. Impresa en Sevilla por Juan de Cabrera, año 1624. Dos hojas en folio.

Presa que el Señor Don Francisco de Guzmán y Zúñiga, Marqués de Ayamonte, hizo en 25 de Junio deste presente año de 1624 de dos baxeles

de Turcos, Moros y renegados que corrían aquella costa y hacían daño en la gente de mar del dicho lugar y comarcanos. Copiada de carta escrita á un Cavallero desta Ciudad. (Escudo de armas de la casa de Guzmán.) Con licencia. Impreso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año de 1624. Dos hojas en folio.

La presa fué de una saetía sobre la barra de Ayamonte, hecha con barcos y gente del Marqués.

Relación verdadera de la feliz vitoria que alcanzó el Duque de Maqueda contra los Moros de Beniaghu, á los 13 del mes de Octubre deste presente año, y cómo tomó una fragata en la playa de Mostagán. Impreso en Madrid, y agora en Barcelona, en casa de Sebastián y Iayme Matevad, 1624. Dos hojas.

Vitoria qve los monjes del monasterio de Nuestra Señora de Oya, de la orden del Císter, tuvieron contra cinco Navíos de Turcos, que daban caza á dos Naos Portuguesas y una Francesa. Dase cuenta de cómo le echaron á fondo la Capitana, ahogándose los que venían en ella, y de los captivos y presa. Escrita por Andrés de mendoza, asistente en la Corte. (Escudo de armas.) Con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Otra en Alcalá de Henares.

Entrada qve el exército de sv Magestad en Flandes hizo en Olanda, en la tierra de aquellos rebeldes, por orden de la Sereníssima señora Infanta, y prevenciones del Marqués de Espínola para dar sobre los enemigos. Dase cventa de la vitoria qve quatro Navíos de su Magestad tuvieron contra nueve de Olanda, y del miserable estado en que están aquellas provincias. (Escudo de armas.) Con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Los navíos salieron de Ostende en Enero, combatieron é hicieron una presa.

Relación de la vitoria que han tenido cuatro navíos de Su Magestad contra nueve de los rebeldes Olandeses. Con licencia, en Madrid, por Diego Flamenco. Año de 1624.

Refriega admirable que tuvieron cinco Navíos de Dunquerque contra 23 Naos de Guerra de Olandeses rebeldes. Traslado de una carta escrita en Flandes á un Religioso de la Compañía de Jesús desta Ciudad de Se-

villa. Año de 1624. (Viñeta.) En Sevilla, con licencia, por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Traslado de una carta en que declara todo lo que ha sucedido en los Estados de Flandes desde fin de Agosto hasta los 20 de Noviembre de este año de 1624. También se da aviso..... de los quatro Baxeles de Dunquerque, y cómo la gente de Mauricio intentó tomar el castillo de Amberes. En Sevilla, por Iuan Cabrera, por original, impreso en Madrid en la imprenta de Iuan Delgado. Año 1624. Dos hojas en folio.

Veríssima relación de los Aparatos y prevenciones de Guerra que en estas Costas de Andalucía ha hecho el Excelentísimo Señor D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Otauo Duque de Medina Sidonia, Catorcero Conde de Niebla, Marques de Cazaza, en Africa, Capitán General del Mar Océano y Costas de Andalucía, Caualllero de la insigne Orden del Toisón de Oro, del Consejo de Estado y Guerra de su Magestad y Gentilhombre de la Cámara. Impreso 8, a. n. l.

Relación de provisiones de Corte dirigida al Duque de Medina Sidonia por su criado Andrés de Mendoza. Impreso con licencia en Madrid, por Iuan González; 1624. Cuatro hojas en folio.

Menciona las presas hechas por las galeras.

Declaración de las prodigiosas señales del monstruoso pescado que se halló en un río de Polonia, en Alemania, cuyo retrato se embió á España este año de 1624. Por Iuan Bautista de Morales, su autor. Con licencia, en Sevilla, por Simón Faxardo. Dos hojas en folio y otra con grabado del pez fantástico.

Carta que escriuió vn señor desta Corte á vn sv amigo. Impresa en dos hojas en folio, s. a. n. l.

Da cuenta de la llegada de las flotas escoltadas por D. Fadrique de Toledo, pérdida del galeón *Espíritu Santo* y almiranta en la mar, combates con corsarios moros, crucero del general Vallecilla en el canal de la Mancha, toma de Bahía de Todos Santos, prevenciones para recuperarla, muerte del príncipe Filiberto.

Memorial de lo sucedido en la ciudad de México desde el día primero de Nouiembre del año 1623 hasta 15 de henero deste de 1624. (Escudo de armas reales.)

Alborotos y escándalos.

Relación de la grandiosa victoria que su Alteza el señor príncipe Filiberto de Austria, virrey de Sicilia, alcanzó en mar y tierra, tomando ocho galeras turcas con rica presa y con muerte y prisión de tres mil infantes y mil caballos turcos que venían á saquear la ciudad de Noto, junto á Cabo Pasaro, en la dicha isla de Sicilia, por venta de un renegado calabrés, vecino de Noto, y de un turco que se huyó después de haber estado trece años cautivo en la dicha ciudad. Refiérese el castigo que hizo en los traidores y el martirio que dieron en Constantinopla, por indicios, á un caballero aragonés cautivo, que envió el aviso de la traición á Su Alteza. Ganóse esta victoria sábado, al alba, día de Santa Úrsola y las once mil vírgenes, de 1623 años. (Escudo de armas.) Con licencia del señor licenciado Veas Bellon, oidor de esta Real Audiencia de Sevilla, lo imprimió Juan Serrano de Vargas y Ureña. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Verdadera relación de la gran batalla que D. Frey Luis de Cárdenas, General de las galeras de Malta, tuvo con dos navíos de guerra y trece caramuzales de Turcos que, cargados de ricas mercaderías, hivan á Constantinopla. Sucedió á 6 de Diciembre del año de 1623, á la entrada del canal de la dicha ciudad. Refiérese una graciosa burla que hizo al Gran Turco D. Frey Antonio de Quiñones, cavallero de León, por cuya causa llegó á punto de morir, y su bárbara convalecencia. Con licencia, en Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, en la Puerta de la Carne, al Convento de San Josef. Año de 1624. En folio.

Relación de la batalla que el valiente y esforzado caballero don Frey Luis de Cárdenas, del hábito de San Juan, General de las galeras de su religión, tuvo con dos navíos de turcos, los cuales rindió, peleando valerosamente. Año de 1624. Impreso.

Nueva y berdadera relación de como un Moro gran Cosario por la mar y General del Gran Turco, se ha buelto Cristiano, y cómo manifestó á la Iglesia toda su Armada, con muy grandes riquezas que havía robado á los Cristianos, y de las grandes fiestas que á su Cristianismo se hicieron en Malta y Génova, á 8 de Febrero de 1624. Con licencia, en Cádiz, por Juan de Borja. Año de 1624. En folio.

Reimpresa en Granada por Juan Muñoz.

Reimpresa en Baeza, sin nombre de impresor.

Verdadera relación de las famosas presas que por orden del Excelentísimo Sr. Duque de Alba, virrey de Nápoles, hizo el capitán Salmerón

con cuatro galeras en la Goleta, y junto á la Baja Calabria, en el mes de Febrero de 1624. Refiérese la prisión y castigo que se hizo en Nápoles al morisco Guadiano, zapatero, natural de Ciudad-Real, famoso corsario y capitán de tres galeotas, y otros moriscos españoles. Y asimismo se refiere el martirio que este perro dió al P. Fr. Buenaventura, capuchino, natural de Toledo, en la ciudad de Saler de Berbería, cerca de la Mámora. Es copia de una carta que de Nápoles envió á Madrid D. Antonio del Castillo, criado del Sr. Virrey, á su agente en la Corte. (Escudo de armas.) Con licencia lo imprimió en Sevilla Juan Serrano de Vargas y Ureña. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Mercedes qve el Rey N. S. hizo antes de salir de la Corte para esta ciudad de Sevilla..... Refiérese asimismo al destrozo que en Turquía, dentro del puerto de Biserta, hizo don Felipe de Eril con las galeras de Sicilia..... Con licencia lo imprimió en Sevilla Iuan Serrano de Vargas y Ureña. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Quemó cuatro bajeles grandes y tomó cinco.

(Armas de Sevilla.) Relación de la entrada y recibimiento Real de la Magestad de el Rey D. Philipe IIII de este nombre, nuestro señor, en la Ciudad de Sevilla, viernes primero de Marzo de 1624, día de el Angel de la Guarda. Por el Licenciado Franco. Con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Verdadera y feliz nveva de vna gran presa que han hecho las esquadras de Cicilia y Malta á los 28 de Junio, de sinco Nauíos, cuyo general era renegado de nación francesa. Barcelona, imprenta de Sebastián y Iaime Matevad. MDCXXIV. Dos hojas en folio.

Nveva, verdadera y regociiada para los christianos, trayda de Levante á los 25 de Iulio del año 1624, de vna famosísima presa que á los 13 de dicho mes an hecho 17 galeras de Sicilia y Nápoles y tres de Malteses, yendo en busca de las Galeras de Biserta y de Argel. Barcelona, imprenta de Sebastián y Iaime Matevad. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Presa que D. Diego Pimentel (que esté en el cielo), general de la escuadra de Nápoles, hizo á la vista de las islas de San Pedro con ocho galeras de su escuadra, cuatro de Florencia y tres del Papa. Dase cuenta de la muerte de este General y de quién era el corsario á que venció, el valor de la presa, muerte de los turcos y libertad de muchos cristianos. Con

licencia, impreso en Madrid por Juan Delgado, y por su original, en Sevilla por Diego Pérez. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Otra en Barcelona por Sebastián y Iaime Matevad.

Relación verdadera de la presa que D. Diego Pimentel hizo á la vista de las costas de Cerdeña. Barcelona, imprenta de Sebastián y Jaime Matevad. Año de 1624.

Relación de la victoria que el Marqués de Santa Cruz tuvo con quatro navíos de guerra de enemigos que hacían gran daño en las costas de Sicilia y Nápoles, con el cosario Sansón, por otro nombre llamado Alí Arráez, renegado, á cuyo cargo venían estos navíos, que eran de Jusuph Bey, rey de Túnez; s. a. n. l. Dos hojas.

Famosa y admirable relación de la gran victoria que el Excmo. señor Marqués de Santa Cruz ha tenido contra las galeras de Biserta y Argel, echándoles siete á fondo y tomándoles otras seis, después de haber hecho otra presa de cuatro galeones de Túnez con grandísima riqueza é iban á Alejandría. Año de 1622. (Escudo de armas.) Impreso en Sevilla, con licencia, en la imprenta de Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Segunda relación embiada de Levante á los 25 de Julio del año 1624, día del Glorioso Patrón de España, Santiago, en que se da cuenta de la felice vitoria que ha tenido D. Alvaro de Baçan, Marqués de Santa Cruz, Teniente General de las Galeras de Sicilia, de una famosísima presa que á los 13 del dicho Mes an hecho 17 galeras, es á saber, 8 de Sicilia, 6 de Nápoles y 3 de Malteses, hallándose en el Golfo de Venecia todas juntas, yendo en busca de las Galeras de Biserta y Argel, y las hallaron dentro de una cala llamada la Cala Dalmacia, á 60 millas pasado el dicho Golfo, las quales estauan citadas por las dichas de Sicilia de pocos días atrás. Contiene el suceso de la Batalla, el número de las Galeras presas y Turcos vivos, con otras cosas de valor y precio. Con licencia del ordinario, en Barcelona, en casa de Sebastián y Jayme Matevad. Año de 1624. Dos hojas en folio.

Segunda relación muy famosa de la gran victoria que las escuadras del Marqués de Santa Cruz y la de Nápoles y Malta han tenido (por haberse encontrado todas en el golfo de Venecia) con trece galeras turquescas, las seis de Biserta, cinco de Argel y dos de Rodas, y las rindieron y echaron á fondo tres y cogieron las demás. Entre las cuales cogieron la Capitana

de Barcelona que los turcos habian cogido los días pasados, y el número de personas á quien se dió libertad. Dase aviso del socorro que su Alteza el príncipe Filiberto, que está en gloria, envió para este efecto, que fueron otras cuatro de Génova, y como cautivaron en la presa una señora muy principal, parienta del Gran Turco, que fué á 13 de Julio, año 1624. Impresa en Sevilla, con licencia, en la imprenta de Juan de Cabrera. Año de 1624. Dos hojas en folio.

1625.—Casos notables svcedidos en las costas de la civdad de Lima, en las Indias, y cómo la armada olandesa procurava coger el Armadilla nuestra que baxa con la Plata de ordinario á Cartagena, y se pasó dexándolos burlados. Desde el mes de Iunio deste año passado de 1624. Dase cuenta de la confessión que hizo un soldado Griego que fué preso por los nuestros (que era del Armada Olandesa) de la gente que sacaron de la tierra, la que se avia muerto y la ración que se les dava, y otras cosas. Con licencia, en Sevilla, por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Otra con el mismo título, en Madrid, por Juan González. Año de 1625.

Insigne victoria que el Sr. Marqués de Guadalcázar, Virrey en el reyno del Pirú, ha alcanzado en los puertos de Lima y Callao contra una Armada poderosa de Olanda, despachada por orden del conde Mauricio..... Año de 1625. Impreso en Sevilla por Simón Faxardo. Dos hojas en folio.

Relación de la gran vitoria que tuvieron las galeras de Florencia en el canal de Constantinopla con las galeras que enviaba el Rey de Argel al Gran Turco con la garrama que había cobrado en los estados de Poniente, que eran dos millones y un presente de treinta cautivos cristianos y ocho doncellas calabresas, en 28 de Noviembre de 1624. Impreso con licencia en Madrid, en casa de Bernardino de Guzmán. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Carta enviada de Sevilla á vn caballero de Barcelona, dándole auiso como las Galeras de Florencia y Sicilia han alcanzado vitoria de quatro Galeones enemigos que venían de la parte de las Indias robando y matando á los christianos por aquellos mares, á los 10 de Nouiembre de 1624. Barcelona, por Sebastián y Iayme Matevat. Año de 1625. Dos hojas en 4.°

Famosa victoria y grandiosa batalla que las Galeras de Malta han tenido de una Esquadra del Gran Turco en que hivan diez Galeras y dos Galeotas. Sucedió día de la Concepción de la virgen santíssima Nuestra Señora



del año de 1624. Copióse de una carta que un cavallero Maltés embió á esta ciudad de Xerez de la Frontera á un amigo suyo (viñeta de la Virgen). Año de 1625. Con licencia, en Xerez de la Frontera, por Hernando Rey, y por su original, en Montilla, por Manuel Botello de Payva, en este presente año. Dos hojas en folio; al final armas reales.

Verdadera relación de las admirables vitorias que an sucedido así por mar como en tierra y en diferentes partes en favor de la Christiandad, el año pasado de 1624. (Escudo de armas.) Con licencia, impreso en Lima, por Geronymo de Contreras. Año de 1625.

Vitoria famosa que el Gobernador de la Mámora tuvo con el Morabito General de los Moros de Salé, y otras noticias. Año de 1625. Impreso en Sevilla por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Feliz y alegre nveva y mvy verdadera de vna vitoria qve han tenido las galeras de Malta en las costas de Berbería, de vn Castillo que se llama de Santa Maura. Sucedido á los diez de Iunio deste año de MDCXXV. Barcelona, Imprenta de Sebastián y Iayme Matevad. Dos hojas.

Relación de la pelea que hubo entre las cinco galeras de la Religión y seis de Biserta la mañana de los 26 de Junio de 1625. Impreso en Sevilla, con licencia, por Francisco de Lira. Año de 1625. En folio.

Perdió la Religión dos galeras cerca de Siracusa, combatiendo bizarramente. Murieron muchos caballeros.

Copia de una carta que vn cavallero soldado recibió en Madrid, en que sucintamente se auisan de algunos sucessos de las guerras de Italia, y en particular los que ha tenido el Excelentíssimo Señor Marqués de Santacruz, Teniente General de la mar. Impresa sin pie. Cuatro hojas en folio.

Retirada del Dvqve de Saboya á su corte de Tvrín..... También va el traslado de la Carta que el Rey nuestro señor embió al Serenissimo Iacome Lomelin, Dux de Genova, dándole la norabuena de su dichosa elección. (Escudo de armas.) Con licencia de el señor don Luys Ramirez de Arellano, Teniente Mayor de Sevilla. Impresso en Sevilla por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Noticia que el Marqués de Santa Cruz quedaba en el mar de Provenza, donde en la isla de *Heres* había combatido tres naves francesas, echado la una de ellas á fondo y quemado las otras dos.

Relación verdadera de las treguas y paces que el Príncipe de Orange y las islas rebeladas de Olanda y Gelanda tratan con la señora Infanta..... También se avisa de la vitoria que han tenido dos naos de Unquerque con otras dos de Olanda que yvan cargadas con doscientas piezas de artillería, mucha pólvora y jarcias, que ha sido presa de grande estima y consideración. También se avisa..... con otras nuevas que ha traído este último ordinario escrito todo de 22 á 27 Julio de 1625. Impreso con licencia en Sevilla, por Simón Faxardo; 1625. Dos hojas en folio.

Nueva y admirable batalla que han tenido quatro navíos de Dunquerque contra siete Naos de guerra, todas de rebeldes Olandeses, sucedida á los postreros de Agosto deste corriente año 1625. Barcelona. Imprenta de Sebastián y Iayme Matevad. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Verdadera relación de la victoria que han tenido unas Naos de Unquerque con una Armada de Olanda, cerca y á la vista de Cales, Puerto del Rey de Francia, este año de 1625. Va inserto con esto la memoria de los Príncipes y Señores que por mandado de S. M. van á recorrer las costas de España y prevenirlas de lo necesario, con otras cosas curiosas. Impreso con licencia en Madrid, por Diego Flamenco, y por su original, por Simón Faxardo. Año de 1625. Dos hojas en folio.

La famosa y deseada victoria que el armada de Unquerque y gente de la señora Infanta D.ª Isavel han tenido en los Estados de Flandes, mediante un grandísimo viento que nuestro Señor fué servido enviar en el mar, con que se perdieron muchos bajeles de enemigos, y los demás rendidos por los nuestros; 1625. Impreso en Sevilla por Juan de Cabrera. Año de 1625. Con licencia del señor Teniente mayor. Dos hojas en folio.

Refriega admirable que el Marqués de Villa Real, General de la Armada de la Corona de Portugal, tuvo con catorce Naos de Olandeses en el cabo de Gel, donde le desbarató las diez, y después D. Fadrique de Toledo los encontró y dió fin de los demás. Año de 1625. (Viñeta.) Con licencia en Sevilla, por Juan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Carta cierta y verdadera qve vino á un caballero desta civdad, desde la Ciudad de San Lúcar, haciéndole Relación que la confición que hizo un Maestre de vna Nao que cogió el Armada del Almirantazgo, en que declaró que el Brasil estava ya por el Rey nuestro Señor y cómo le quemaron sus Naos y pasaron á cuchillo ochocientos hombres que dentro avía.



(Viñeta de una nao.) Impresso en Sevilla por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Da cuenta de dos presas hechas por la escuadra del Almirantazgo.

Cartas segunda y tercera en que se da aviso de cómo la armada del Almirantazgo cogió una Nao que declaró que la India del Brasil estaua por el Rey nuestro Señor, y de otras cosas sucedidas este año de 1525. (Escudo de armas.)

Presa de dos naves holandesas que comunicaron la noticia. Ídem de la muerte del Rey de Inglaterra. Salida de Barcelona de una galera llevando á Génova 75.000 ducados para ayuda de la guerra. Llegada á este puerto del Marqués de Santa Cruz con 25 galeras y 3 000 hombres. Salida de 34 bajeles de Argel para las Terceras.

Descripción de la bahía de Todos los Santos y ciudad de San Salvador en el Brasil, en que se fortificaron los olandeses, ahora restaurada por don Fadrique de Toledo. Año de 1625. Una hoja suelta con lámina grabada en cobre, que representa el ataque, firmada *Alardo de Popma fecit Matriti. Año* 1625.

Relación de la carta qve embió á sv Magestad el Señor don Fadrique de Toledo, general de las Armadas y poderoso exército que fué al Brasil, y del felicíssimo sucesso que alcanzaron, día de los gloriosos Apóstoles S. Felipe y Santiago, que fué á primero de Mayo deste año de 1625. Dase cuenta á su Magestad de las capitulaciones que en su Real nombre trató con el enemigo, del modo que salieron de la Ciudad y del grande interés que su Magestad consiguió en su recuperación. Impreso, con licencia del Señor Teniente don Luis Ramírez, en Sevilla, por Simón Faxardo, en la calle de la Sierpe en la calleja de las Moças. Año de 1625. (Escudo de armas reales.) Dos hojas en folio.

Verdadera relación de la grandiosa vitoria que las Armadas de España an tenido en la entrada del Brasil, la qual queda por el Rey don Felipe Quarto, nuestro Señor, que Dios guarde; 1625. Dasse también aviso de la refriega de los Navíos sobre la Baía, y los días que duraron las batallas. (Escudo de armas.) Impresso con licencia, en Cádiz, por Iuan de Borja, este año de 1625. Dos hojas en folio.

Relación del sucesso del Armada y exército que fué al socorro del Brasil desde que entró en la bahía de Todos los Santos hasta que llegó á la

ciudad del Salvador, que poseían los rebeldes de Olanda. Impreso en Cádiz por Gaspar Vecino. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Relación de la jornada del Brasil, escrita á Ivan de Castro, Escribano Público de Cádiz, por Bartolomé Rodríguez de Burgos. Escribano mayor de la Armada. (Escudo de armas.) Impreso en Cádiz por Juan de Borja. Dos hojas en folio.

Relación del viaie y svcesso de la Armada qve por mandado de su Magestad partió al Brasil á echar de allí á los enemigos que lo ocupavan. Dase cuenta de las capitulaciones con que salió el enemigo y valía de los despojos. Hecha por D. Francisco de Avendaño y Vilela, que se halló en todo lo sucedido, así en la mar, como en la tierra. (Escudo de armas de Sevilla.) Impreso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año de 1625. Cuatro hojas en 4.°

Relacam do día em qve as Armadas de sva Magestade chegaraõ a Baya, &, do que se fez ate uinte dous de Abril em que se mandou a Pernambuco desde vinte nove de Março em que derão fumdo na dita Baya. Com todas as licenças necessarias. Por Pedro Craesbeeck, Impresor del Rey. Anno 1624. Dos hojas en folio.

Iornada dos vassalos da Coroa do Portvgal pera se recuperar a Cidade do Saluador, na Bahya de todos os Santos, tomada pollos Olandezes a oito de Mayo de 1624, &, recuperada ao primeiro de Mayo de 1625, Feita pollo Padre Bertolamev Guerreiro, da Companhia de Iesv. Em Lisboa. Anno de 1625. En 8.°, 74 folios.

Relación embiada á vn personage de esta civdad auisándole de algunos ordinarios de Italia y otras partes an venido á la Corte de su Magestad y de la muerte de Iacobo, Rey de Inglaterra, y Coronación de su hijo. Impresso en Madrid, con licencia, en casa de Diego Flamenco, y por su original en Sevilla, por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Avisa está detenido en Almería el Duque de Alcalá con cuatro galeras, por los muchos navíos de turcos que había sobre Cabo Gata, y que habían pasado el Estrecho 34 con rumbo á las Terceras.

Relación famosa en que se da aviso de la Infantería que el señor D. Fernando Ramírez Fariño, Asistente desta ciudad de Sevilla, y Capitán ge-

neral della y su tierra, mandó levantar para embiar de presidio y socorro á la ciudad de Cádiz por el mes de Marzo deste año de 1625. Sevilla, por Juan Cabrera, 1625. Dos hojas en folio.

Verdadera relación de la Armada qve se apresta en Inglaterra y la guarda que manda su Magestad se ponga en los Puertos de España, particularmente en Lisboa, Y de la grande peste que ay en la Ciudad de Londres. En este año de 1625. (Escudo.) Impreso en Sevilla con licencia del señor Teniente mayor don Luys Ramírez de Arellano, por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Otra en Barcelona, por Sebastián y Iayme Matevad.

Verísima relación en que se da cuenta del cerco que los Ingleses y Olandeses pusieron á la ciudad de Cádiz día de Todos los Santos, primero de Noviembre, este año de 1625. También se da cuenta de las batallas y escaramuzas que hubo, con otras cosas que sucedieron durante el tiempo que estuvo cercada. Compuesta por Simón Herrero, natural de la ciudad de Sevilla, que al presente se halló en la ciudad de Cádiz. (Escudo de armas.) En Cádiz, por Gaspar Vecino; 1625. Dos hojas en folio.

Vitoria famosa que las galeras del Dvque de Fernandina tvvieron iunto á Cartagena, cogiendo un Vergantín de once bancos, y sobre el paraje de Ceuta otro famoso Navío de Olandeses que venía cargado de mercaderías de la ciudad de Alexandría. (Escudo.) Impresso en Sevilla por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Fué el 26 de Agosto cuando apresaron el bergantín. El navío holandés era de 600 toneladas, y atacado en calma, se entregó.

Relación verdadera de las insignes victorias que las Naos del Almirantazgo Real han alcanzado desde el día que salieron de la Barra de S. Lúcar hasta oy, sacada de una carta que embió el cabo de las dichas Naos á los señores Jueces y Administradores de él. Impreso con licencia en Sevilla, por Pedro Gómez de Pastrana. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Copia de una carta que don Fernando de Legaspi envió desde Jerez de la Frontera á Madrid á don Francisco de Mendoza, contando la entrada de los Ingleses en Cádiz. Impreso en Madrid por Luis Sánchez. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Svcessos de Cádiz desde sábado primero de noviembre qve el Inglés

entró en la Baya, hasta sábado ocho del mismo que salió della. Dase cuenta de la confisión que hizo un Inglés que los nuestros captivaron, en que declara los intentos del enemigo. Socorros que acudieron á Cádiz, así de Sevilla como de otras partes, y sitios á que asistieron los capitanes. Impresa S. a. n. l. Dos hojas en folio.

Relación de la llegada, entrada y efetos de la armada de Inglaterra, de 106 Navíos con 4 Capitanas y 4 Almirantas en 3 Esquadras, vna de Inglaterra, Palatinado y Olanda, que venía Gobernando Monsiur Conde de Balencia, Capitán general de mar y tierra, persona exercitada en la guerra por aver asistido más de 24 años en Olanda ocupando plazas de Coronel y otros puestos; traya 2 Banderas en los dos topes, en el mayor, del Palatinado y en el trinquete de Inglaterra; venía por su Almirante General, y por General de una Esquadra el Conde de Esses, hijo del que tomó á Cádiz; truxo número de catorce mil infantes, sin la gente de mar, con bastimentos para vn año. Fecha por Baltasar Sánchez, que se halló en la ocasión. Impresso en Sevilla (s. a.). Dos hojas en folio.

Copia de Carta que Don Fernando Girón, Capitán General de la infantería de Cádiz, mandó al Duque de Medina Sidonia, y la orden que se le envió á Don Fadrique de Toledo. Impreso en Sevilla por Juan Cabrera. Dos hojas en folio.

Relación de lo svcedido en Cádiz con la venida de la Armada de Inglaterra. (Escudo de Armas.) Año de 1625. Impreo s. a. n. l. Seis hojas en folio.

Relación de la gran vitoria que ha tenido el Emperador de Alemania contra el Rey de Dinamarca..... Otra gran vitoria que ha tenido la Armada de Flandes en otra segunda pesquería de los arenques de Inglaterra y Olanda, en que les han quemado y echado á fondo más de 80 navíos con pérdida de toda la gente de aquella pesquería. También se avisa de la gran pérdida y destruyción de que la Armada de Inglaterra ha tenido en los puertos de la Coruña, en Galicia. Sucedido todo desde 4 de Noviembre de 1625. Impreso con licencia, en Sevilla, por Simón Faxardo. 1625. Dos hojas en folio.

Relación verdadera de la extraordinaria tormenta que ha tenido la Armada Olandesa y Inglesa que estavan sobre Dunquerque, de cómo los nuestros le tomaron y destruyeron toda su pesquería y otros varios sucesos. Lisboa, por Pedro Craesbeeck; 1625.



Decreto que el Rey don Felipe Quarto, nvestro Señor, hizo para que en todo su Reyno se hiciese Fiesta todos los años en 29 de Noviembre, en hacimiento de gracias por la venida de los galeones. I Iornada de su Majestad á Llerena, Lisboa y Aragón; 1625. (Escudo de armas reales.) Impreso en Sevilla, por Iuan de Cabrera. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Relación cierta y verdadera de la Vitoria y prósperos sucessos que en la India Oriental dicha del Brasil han conseguido los Portugueses contra Armadas de Olanda y Persia este año de 1624. Impresa en Madrid, y agora en Barcelona, por Esteuan Liberós. Año de 1625. Dos hojas en 4.°

Relación de la victoria que los Portugueses alcanzaron en la ciudad de Macao, en las Filipinas, contra los Olandeses, en 24 del mes de Junio de 1624. (Escudo de armas de Portugal.)

Relación cierta y verdadera de la feliz victoria y prósperos sucesos que en la India Oriental han conseguido los Portugueses contra Armadas muy poderosas de Olanda y Persia, estos años pasados de 1623 y 1624. Refiérense las Naos y Armadas que al enemigo se han desbaratado, la muchedumbre de gente que les han muerto, las fortalezas y lugares que les han ganado, y una Ciudad muy fuerte, con otras nuevas de grande alegría para los Católicos. Con licencia, en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1625.

Otra en Madrid, en casa de Bernardino de Guzmán. Año de 1625. Dos hojas en folio.

Relación de la batalla que Nuño Alvarez Botello, General de la Armada portuguesa del mar de la India, tuvo con las Armadas de Holanda é Inglaterra en el estrecho de Ormuz. Impreso en Madrid, por Bernardino de Guzmán. Dos hojas en folio.

1626.—Verdad de lo sucedido con ocasión de la venida de la Armada inglesa del enemigo sobre Cádiz, en 1.° de Noviembre de 1625. En Córdoba, por Salvador de Cea. Año de 1626. Doce hojas en folio.

Relación de los buenos sucessos que han tenido los Galeones de la plata, y voto que el Rey Don Felipe II hizo para que en todo su Reino se hiziesse fiesta todos los años en 29 de Noviembre, en hazimiento de gracias por la venida de los Galeones. Barcelona, por Sebastián y Iayme Matevat. MDCXXVI Dos hojas en 4.°



Relación, sin título ni pie de imprenta, fecha en Madrid á 15 de Abril, dando cuenta de la entrada de los ingleses en Cádiz, defensa de la plaza y destrucción de las pesquerías de los holandeses por la escuadra de Dunquerque. Dos hojas en folio.

Felicísima entrada del Rey nuestro Señor en la ciudad de Barcelona, y sumptuoso recibimiento y fiestas que la dicha ciudad ha hecho á su Real persona. Barcelona, en casa de Iaime Matevad. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Segundo aviso de lo sucedido en Barcelona desde la desseada entrada de su Majestad hasta 12 de Abril, en el cual tiempo han acontecido muchas cosas notables y dignas de ser sabidas..... Madrid, en casa de Bernardino de Guzmán. Dos hojas en folio.

Hízose para el Rey una hermosa góndola á la veneciana.

Verdadera relación en qve se da cventa cómo el legado de sv Santidad se vido con sv Majestad en nuestra Señora de Monserrate..... Y la grandiosa entrada y recebimiento que á su Majestad se hizo en Barcelona. Impreso en Sevilla, con licencia, por Iuan de Cabrera. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Relación verdadera (de las paces) entre España y Francia, y otros potentados y mercedes que hizo su Majestad en las Cortes de Monzón. Y también se declara en el estado en que están las guerras de Flandes y Alemania. (Escudo de armas.) Con licencia, impreso en Sevilla, por Iuan de Cabrera. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Noticia haber apresado la escuadra de Dunquerque siete navíos holandeses cargados de sal.

Pazes entre España, Francia y otros potentados, y mercedes que hizo su Majestad á las Cortes, en Balvastro, tierra de Aragón. Y otras cosas dignas de saberse. En este año de 1626. (Armas de Sevilla.) En Sevilla, con licencia del señor Teniente Mayor, por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Relación de los valerosos hechos que el General del Armada del Almirantazgo ha tenido desde el mes de Marzo hasta principio deste mes de Junio con diversas Naciones contrarias nuestras; y la famosa batalla que tuvo con el famoso Olandés General llamado Campana, año de 1626. (Vi-

ñeta.) En Sevilla, con licencia, por Juan de Cabrera, frontero del Correo mayor, junto á la Escuela de los Niños. Dos hojas en folio.

Veridísima relación en que se da cuenta en el estado en que están los católicos de Inglaterra por parte de los herejes, y con el celo que la Reina los favorece. Y la grandiosa presa que las naos de Unquerque hicieron, prendiendo al Duque de Buquingan y á otros muchos caballeros, los más principales de Londres, que habían salido á Olanda, y les quitaron todo cuanto llevaban. Año de 1626. Impreso en Sevilla, por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Pregón en qve sv Majestad manda que las mercaderías, de qvalqvier género que sean, no se puedan vender ni vendan á más subidos precios de como passaban y se vendían el año passado de 1624, so las penas en él declaradas. (Escudo de armas.) Impreso en Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Otro en Cádiz, por Gaspar Vecino. Dos hojas en folio.

Otro en Madrid, por Luis Sánchez. Dos hojas en folio.

Otro en Sevilla, por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Relación de la presa que las galeras del Gran Duque, iuntamente con Patrona de Sicilia y su Esquadra, han hecho de un navío de Corsarios, Turcos, Moros y Renegados, que rouaban la Costa de Cataluña, en 9 de Abril de 1626. Compuesto por Andrés Sánchez, soldado de las galeras. Barcelona, imprenta de Sebastián y Iayme Matevad. Año de 1626. Dos hojas.

Victoria cierta y verdadera que da cuenta de la presa que las galeras del Gran Duque de Florencia, juntamente con la patrona de Sicilia y su escuadra han hecho de un navío de corsarios, turcos y moros renegados que andaban robando en la costa de Cataluña en este mes de Abril pasado de 1626. Compuesto por Francisco Cardoso de Acuña, portugués, natural de la ciudad de Lisboa. Impresa con licencia, en Madrid, en casa de Bernardino de Guzmán, y agora en Sevilla, por Juan de Cabrera. Dos hojas en folio.

Relación en que se da cuenta de las grandiosas presas que los Navíos de Dunquerque (de los Estados que gobierna la serenísima Infanta D.ª Isabel de la Paz) trahen cada día á sus Puertos, y la feliz victoria que el Rey de Polonia ha tenido con los Tártaros, etc. Año de 1626. Por Juan de Ca-

brera, frontero del Correo mayor de Sevilla, junto á la Escuela de los Niños. Dos hojas en folio.

Rota que el Emperador de Alemania tuvo con el general del enemigo llamado Albestad, en Dinamarca, y presa que los navíos de Dunquerque hicieron á los Olandeses. Año de 1626. (Escudo de armas.) En Sevilla, con licencia, por Juan de Cabrera. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Copia de vn papel impresso en Olanda, hecho en Nouiembre pasado de 1625. Con facvltad de la Sacra Magestad del Emperador, impresso en la Imperial ciudad de Augusta este año de M.DC.XXVI. Seis hojas en folio.

Trata entre otras cosas de los despojos hechos por los holandeses en las Indias.

Relación embiada del Conde de Tilli, capitán general del Exército de la Cesárea Magestad....., de la victoria que alcanzó contra el rey de Dinamarca el 27 de Agosto de 1626. Dase también cuenta..... del estado y Armada de Inglaterra. (Escudo de armas.) En Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1628. Dos hojas en folio.

Vitoria segunda que tuvo el Conde de Tylli contra el ejército de Dinamarca..... y la entrada que los Olandeses procuraron hacer en Amberes con 600 barcos. (Escudo de armas.) En Sevilla, por Juan de Cabrera. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Victoria insigne que la Cesárea Magestad de el Emperador de Alemania ha tenido contra el Rey de Dinamarca á 25 de Agosto deste año de 1626..... También se avisa de otra victoria y gran pelea que las Naos de la Señora Infanta han tenido con unas Naos de Inglaterra..... (Escudo de armas.) En Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1626. Dos hojas en folio.

Relación verdadera del viaje y presa que han hecho las galeras de Malta. Año de 1626. Impreso.

Relación fidedigna de la memorable victoria que han alcanzado las galeras de Florencia de las de Biserta. Año de 1626. Impresa.

Relación de la presa de un baxel de Moros en las Almadrabas de Tarragona. Impreso en Barcelona por Sebastián y Iayme Matevañ. Año de 1626. En 4.°

Presa que las Galeras del Christianíssimo Rey de Francia han hecho de vn nauío de alto bordo y dos saetias de cossarios Moros de Argel, con la libertad de los cautivos christianos que auía en ellos, con la relación de otros succesos que los dichos Moros han tenido en la costa de España, por carta escrita de Marsella en primero deste presente mes de Noviembre deste año 1626. Barcelona. Imprenta de Sebastián y Iayme Mathevat. Año de 1626. Dos hojas.

Relación verdadera en que se da cuenta de la victoria que tuvo la Armada de su Magestad que trae á su cargo Nuño Álvarez Botello, General de ella, que es el Armada de Portugal, que anda en el mar de la India, contra las Armadas de Olanda y de Inglaterra en el estrecho de Ormuz, de que vino aviso en 20 de Febrero de 1626. Impreso en Madrid, por Bernardino de Guzmán. Dos hojas en folio.

Otra en Sevilla, por Simón Faxardo.

Otra en Lima.

Veríssima relación en que se da cuenta en el estado en que están las Guerras en las Filipinas y Reynos de el Japón contra los Olandeses, y los famosos hechos de D. Fernando de Silva, sargento mayor, con la gran victoria que tuvieron los españoles degollando quatrocientos olandeses. Año de 1626. Impresa, con licencia, en Sevilla, por Juan de Cabrera. Año de 1626. Dos hojas en folio.

1627.—Relación en qve se da cventa de las lastimosas razones que la sereníssima Reyna de Inglaterra embió..... Dase asimismo aviso de la victoria que alcanzó el Señor General del presidio de Larache contra una gran caterva de moros de Zale, y de aquellos aduares, viniendo por general dellos el gran Morabito. (Escudo de armas reales.) En Sevilla, con licencia de el Señor don Miguel Muñoz, Teniente mayor della. Año 1626. (Al fin.) Impreso en Sevilla, por Juan de Cabrera. Año de 1627. Dos hojas en folio.

Relación de la presa que las Galeras de Malta han hecho de tres baxeles de Moros en principio deste inuierno. Trátase de la vitoria qve el Rey de Persia ha alcanzado contra el Turco, etc. Barcelona, Imprenta de Sebastián y Iayme Matevad. Año de 1627. Dos hojas en folio.

1628.—Carta de Tomás de la Raspura General de los Galeones de Tierra firme, en que da Cuenta de la gran presa que hizo en la artillería, pólbora

y municiones del enemigo que estaba sobre la Mámora y de cómo le mató muchos Moros y obligó por fuerza á descercar aquella plaza..... Con licencia, en Sevilla, por Francisco de Lyra. Año de 1628. Dos hojas en folio.

Relación fidedigna de la memorable vitoria que han alcanzado las Galeras de Florencia contra las de Viserta: sucedida á los seys de Otubre deste año 1628. (Escudo de armas.) Con licencia, en Madrid, por Iuan González. Año M.DC.XXVIII. Dos hojas en folio.

Tomaron la capitana de Biserta, que resultó ser la patrona de Malta que ellos habían apresado poco antes.

Verdadera relación de la presa de la Rochela por el Christianíssimo Rey de Francia Ludovico décimotercio. Con las cosas notables que en el sitio le sucedieron con las Armadas de Inglaterra en 31 de Octubre de 1638 años. Sin indicación de imprenta.

Relación verdadera de la reducción de la ciudad de la Rochela á la obediencia del vitorioso Rey Christianíssimo de Francia Luis Décimotercio deste nombre. Con licencia, en Madrid, por Iuan Delgado. Año de 1628. Cuatro hojas en folio.

Relación verdadera del viaje y presa que han hecho las Galeras de Malta. Embiada al señor don Raphael Ortiz, reciuidor desta sagrada Religión. Año de 1628. (Sin indicación de imprenta.)

1629.—Relación de la presa que han hecho seis galeras de España de un bajel de alto bordo en la bahía de Barcelona, y suntuoso entierro que se hizo á los que murieron en la pelea. Año de 1629. Impresa.

Relación de la presa que hicieron las galeras de Nápoles y Génova, que estaban aguardando á la Señora Reina de Hungría en la costa de Cartagena, de dos navíos de alto bordo. Impreso.

Relación verdadera de una presa que ha hecho de un navío en la villa de San Felíu de Guixoles, en el principado de Cataluña, en el cual mataron algunos turcos, juntamente con un embajador que había ido desde el reino de Argel á la ciudad de Marsella, los cuales quedan presos en la dicha ciudad. Año de 1629. En Madrid, por Bernardino de Guzmán. Año de 1629. Dos hojas en 4.°

Relación de la presa que hizo el Excmo. señor don Melchor Centellas de Borja, del Consejo de guerra de su Magestad y su Capitán general de las Galeras de Nápoles, en las costas de Berbería. Año de 1629.

Verdadera relación de la victoria que Don Jorge de Mendoza Panaña, Gobernador y Capitán General de la ciudad de Ceuta, caballero del hábito de Christo, alcanzó contra el Cacis Cid Mahamet Iaex en 7 de junio de este año de 1629. (Sin indicación de imprenta.)

Vitoria qve tres caravelas portugvesas tvvieron contra los Olandeses qve estavan edificando una fuerza en la isla de Santiago de Caboverde. Dase cuenta de cómo los degollaron á todos, y del artillería, pólvora, municiones que les tomaron y de cómo entraron triunfando en Lisboa, arrastrando las banderas del enemigo. Asimismo se da cuenta de la gran presa que hizo el general Ribera, tomándole á los Olandeses las naos que venían de Alexandría con más de dos millones de florines. (Viñeta de dos naos.) Con licencia del señor don Alonso de Bolaños. Impreso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año de 1629. Dos hojas en folio.

Relación de la vitoria que ha alcanzado don Fadrique de Toledo, General de la Armada del Católico Rey de España, nuestro señor, de ochenta y siete Vaxeles de Olandeses en la isla de San Cristóval, cerca de la Avana, con otras nuevas dignas de ser sabidas. Su fecha de 2 de Diciembre de 1629. Con licencia del Ordinario. En Barcelona, por Esteban Liberós, en la calle de S. Domingo. Año de 1629. Dos hojas en 4.°

Relación en qve se da aviso de como los Olandeses que escaparon de la Rota de los Portugueses de Macau, fueron á la Provincia de Toquín á pedirles puerto para tener comercio con ellos, y no se lo quisieron conceder. Y como yendo á pedir lo mismo á otra Provincia los mandaron quemar, y se executó en algunos que de su armada cogieron. Año de 1629. Con licencia. En Sevilla, por Iuan de Cabrera. Dos hojas en folio.

1630.—Feliz victoria que ha tenido Don Fadrique de Toledo, General de la Real Armada de su Magestad, de quarenta naos Olandesas, las seis que encontró en la altura de las Islas de las Canarias, y las treinta y quatro que estavan dando carena y aprestándose para salir á guardar la Flota. Dase cuenta de cómo le ganó á todas, y cómo le ganó una fortaleza que tenían hecha en tierra, y despojos que le tomó, y degollación que nuestra gente hizo en la suya. Con licencia del Señor Assistente, impresa



en Sevilla por Francisco de Lyra, en este presente año de 1630. Dos hojas en folio.

Otra en Valladolid por Juan Lasso de las Peñas; 1630.

Relación embiada por Don Fadrique de Toledo, Marqués de Villanueva de Valdecoiza (*sic*), Capitán general de la Armada, al Excmo. Sr. Marqués de Cerralvo, Virrey de la Nueva España, avisando de lo sucedido á la Armada desde que salió de España hasta que entró en Cartagena. Impresa en México, año de 1629, y con licencia del Sr. Don Alonso de Bolaños, en Sevilla, por Francisco de Lira. Año de 1630. Cuatro hojas en 4.°

Relazam da grande vitoria que os Portugueses alcansaram contra el Rey do Achem no cerco de Malaca, donde lhe destruirão todo seu exercito, e lhe tomarão toda sua Armada. Com todas as licenzas necesarias, em Lisboa, por Pedro Craesbeeck, impresor del Rey. Anno 1630. En folio.

Relación verdadera, acompañamiento, recámara y riquezas de la Serenísima Reyna de Ungría, Títulos, Grandes, criados y demás gente que vienen en su servicio, oficios y mercedes que se les ha hecho antes de partir. Riquezas y joyas que el Rey ntro. Sr. le ha dado á ella, como también el Emperador y Emperatriz, sus cuñados. Escrita en Madrid por Pedro de Robles, criado del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Barcelona, por Esteban Liberós. Año de 1630. Dos hojas en 4.°

El majestuoso recibimiento y famosas fiestas que en la insigne ciudad de Barcelona se han hecho á la Magestad de la Serma. Reyna de Ungría, D.ª María de Austria. En Barcelona. Año de 1630. Cuatro hojas en 4.°

(Escudo de armas reales.) Argomento dell' apparato poetico per lo receuimento della Serma. Maria d'Avstria, Regina d'Vngaria e di Boemia nella casa professa di Napoli della Compagnia di Giesv. In Napoli, nella Stamparia Regia di Egidio Longo. MDCXXX. En 4.° Cuatro fojas.

1631.—Relación del viaje de la Señora reina de Ungría y alegrísimo recebimiento que la Cesárea Magestad del señor Emperador de Alemania y Rey de Ungría, su esposo, le hicieron en primero de Marzo de 1631. Refiérense las grandiosas fiestas que los príncipes y señores de aquel reino hicieron á su alegre entrada. Con licencia, en Sevilla, por Ramón Fajardo. Dos fojas en folio.

Relación verdadera de todo lo sucedido en el viaje de la señora Reyna de Ungría, recibimiento, fiestas y desposorios. Enviada por un Padre de la Compañía de Jesús á una señora de la Corte. Escrita por Ignacio de Rojas. Impresa en Barcelona. Año de 1631. Cuatro hojas en 4.°

Otra en Sevilla, por Simón Faxardo. Dos hojas en folio.

Relación de las capitulaciones de la paz hecha entre el Rey nuestro Señor y el serenísimo Rey de la Gran Bretaña, las cuales se concluyeron por los diputados que en ella se dice, en Madrid á 15 de Noviembre de 1630, traducidas de Latín en Castellano. Madrid, por Juan González. Año de 1631.

Relazam de varios sucessos acontecidos no Maranhan e Gran Pará, asim de paz como de guerra, contra o rebelde Olandes, Ingreses e Franceses e outros Nazões. Em Lisboa, por Matías Rodríguez, 1631. Dos hojas en folio.

1632.—Relación de la Jornada que la Armada de su Magestad, cuyo capitán general es don Antonio de Oquendo, hizo al Brasil para socorrer las plazas de aquella provincia, y batalla que entre ella y la de los Estados de Olanda se dieron en doce de Setiembre deste presente año de 1631. En Madrid, por Francisco de Ocampo, 1632. Dos hojas en folio.

Otra en Sevilla, por Francisco de Lyra. Dos hojas en folio.

Verdadera relación de las famosas fiestas de máscaras y torneos qve en presencia de su Magestad y de los serenísimos Príncipes, sus hermanos, se han hecho en la insigne Ciudad de Barcelona, honrando su Magestad y Altezas con sus mismas personas las dichas fiestas. Dase cuenta como su Magestad dió posesión al Serenísimo Infante Don Carlos, de General de la Mar, estando embarcados en las galeras de España, el miércoles doce días del mes de Mayo deste año de 1632. Impresa, con licencia, en Barcelona, por Esteban Liberós, y por su original, en Madrid, por la viuda de Luis Sánchez. Año 1632. Dos hojas en folio.

Copiosa relación del grandioso recibimiento y famosas fiestas que la ciudad de Barcelona hizo al Rey nuestro señor, y á los serenísimos Infantes D. Carlos y D. Fernando de Austria. Refiérense las Reales ceremonias con que su Magestad dió el bastón de General al Infante don Carlos y la Superintendencia de aquel Principado al Infante Cardenal, y fiestas de estafermos, etc. Recopilado de diversas relaciones que como testigos de vista

dieron los Capellanes de las tres galeras de España que entraron en esta ciudad lunes primero de Enero deste mes, por Iuan Serrano de Vargas, natural de la ciudad de Salamanca. (Escudo de armas reales.) Impresa con licencia en Málaga, por Juan Serrano de Vargas. Año de 1632. Dos hojas en folio.

Relación verdadera y nueva de la presa y victoria que han tenido tres galeras de España, á la vista de los Alfaques, con quatro navíos de Turcos Cosarios..... Año de 1632. Impreso con licencia, en Madrid, en casa de Fernando de Ocampo. Año de 1632. Dos hojas en folio.

Relación verdadera de la gran vitoria que el señor Don Antonio de Zúñiga y de la Cueva, Marqués de Flores de Ávila, del Consejo de Guerra de su Magestad, su Governador y Capitán general de Orán, Reynos de Tremezén y Túnez, tuvo con los Moros Venarajes, distantes de Orán veynte y quatro leguas, á los 7 de octubre de 1632. Dase juntamente cuenta de la muerte del Rey de Suecia y buen estado de las cosas de Alemania. Con licencia, en Madrid, por Francisco de Ocampo, y por su original, en Sevilla, por Francisco de Lyra. Dos hojas en folio.

Relaçam breve e muy verdadera do grande e maravillosa victoria que Deos Nosso Senhor foy servido dar a os moradores da Ilha do Corvo contra dez poderosas naos de Turcos que a ella foram pera rrobar et cativar; 1632. Em Lisboa, por Matheus Pinheiro.

Verdadera relación de la famosa victoria y buen suceso que tuvo el Capitán Benito Arias Montano (sobrino del famoso sabio de su nombre) con el enemigo Olandés en la isla de las Tortugas, que está junto á la costa de Tierra Firme, treinta y seis leguas del puerto de la Guaira..... Año de 1631. Impreso con licencia, en Xerez, por Hernando Rey. Año de 1632. Dos hojas en folio.

Relación verdadera y nueva de la victoria que han tenido las Naos de la Señora Infanta de Flandes que están en Unquerque con tres Naos de Olanda cargadas de ricas mercaderías, que han importado más de 800 mil ducados. Y de la destruición que hicieron en las Pesquerías de los Olandeses, con otras cosas curiosas dignas de saberse. Sucedido todo, año de 1632. Impreso con licencia de los señores del Consejo en Madrid, por la viuda de Luis Sánchez, este año de 1633, y por su original, en Sevilla, por Simón Faxardo.

Real cédula dada en Madrid á 2 de Agosto de 1632, encargando al gobernador del arzobispado de Sevilla hacer honras y sufragios por el Infante D. Carlos. Impresa en una hoja en folio.

Relación verdadera de todo lo sucedido en los estados de Flandes este presente año de 1632, hasta el 25 de Iunio de el dicho año. Dase también cuenta de la grandiosa vitoria que los nuestros alcanzaron del enemigo sobre la ciudad de Mastrique. (Escudo de armas reales.) Impresso con licencia, en Málaga, por Iuan Serrano de Vargas. Dos hojas en folio.

Verdadera relación, donde se da cventa de vna grande vitoria que alcanzaron los Portugueses contra el Rey de Achen en el Serco de Malaca, donde le destruyeron todo su exercito y le tomaron toda su Armada..... Con licencia, impreso en Alcalá, por la viuda de Iuan Gracián. Año de 1632. Dos hojas en folio.

1633. Relación verdadera de la famosa vitoria que ha tenido el Marqués de Cadereytia, Capitán general de los galeones en la isla de San Martín, contra el enemigo Olandés que estaba apoderado della. Dase cuenta cómo echaron al enemigo de la dicha Isla, tomándoles la artillería, armas y bastimentos que dentro tenían, día de la Visitación de Nuestra Señora, á 2 de Julio pasado deste año de 1633. (Escudo de armas reales.) Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Dos hojas en folio.

Otra edición por el mismo Juan Gómez de Blas.

Otra en Sevilla, por Pedro Gómez de Pastrana. Dos hojas en folio.

Relación de dos grandes vitorias que ha tenido el Excelentísimo señor D. Antonio de Zúñiga y de la Cueua, Marqués de Flores Dáuila, del Consejo de Guerra de su Majestad, su Gobernador y Capitán general de Orán y Mazalquiuir. La una en 16 de Diciembre de 1632 de Amadux Benegeh, Cauallero de los Vlet Egeh. Y la otra en 28 del mismo, de unos Moros de guerra junto al río Guadicer, diez y seis leguas de Orán y dos de Tremecén, que estaban debajo del amparo de los moros de la dicha ciudad y de los Turcos de su guarnición. Impresa con licencia, en Madrid. Año de MDCXXXIII. Dos hojas en folio.

Aviso que se ha enviado de la ciudad de Manila del estado que tiene la religión católica en las Filipinas, Japón y la Gran China, remitido por el P. Fr. Juan García, religioso de la orden de Santo Domingo. Dase cuenta cómo el Rey nuestro Señor ha tomado en la Gran China una isla llamada

Hermosa, con una gran fortaleza que hay en ella. Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1633. Dos hojas en folio.

Colección de Jesuítas, t. CXXXII, núm. 43.

1634.—Relación verdadera de las insignes victorias que la escuadra de las seis galeras de la religión de San Juan de Malta ha alcanzado desde 1.° de Mayo deste presente año de 1634 hasta último de Julio del mismo año, contra turcos y corsarios de Trípol y otras partes de Berbería. (Viñeta.) Impresa en Valladolid, por la viuda de Córdoba. Dos hojas en folio.

Otra sin año ni lugar.

1635.—Relación de lo sucedido en España, Italia, Francia, Flandes, Alemania y en otras partes, desde Abril del año pasado de 34, hasta Abril deste presente año de 1635. Impreso en diez hojas, sin pie de imprenta.

Real decreto mandando embargar los bienes y haciendas de súbditos franceses en estos reinos, por haberse hecho otro tanto en Francia con los bienes de españoles, y ordenado la prohibición de comercio sin causa alguna. Dado en Madrid á 23 de Junio de 1635. Impreso s. a. n. l. Dos hojas en folio.

Otro decreto mandando publicar y observar el anterior, dado en Madrid á 25 de Junio de 1635. Impreso s. a. n. l. Dos hojas en folio.

Verdadera relación de lo svcedido en Flandes, y felice vitoria qve el Serenísimo Infante Cardenal don Fernando de Austria ha tenido con Franceses y Olandeses..... este año de 1635. (Escudo de armas reales.) Con licencia, en Sevilla, por Andrés Grande. Dos hojas en folio.

Copia de avisos embiados de Flandes al Excmo. Sr. Marqués de Balparaíso, Virrey y Capitán general del Reino de Navarra de los encuentros que han tenido los exercitos del Emperador de Alemania..... y Navíos que han rendido y echado á pique hasta 2 de Setiembre de 1635. Impreso en Sevilla, por Juan Gómez Blas. Cuatro hojas en folio.

Otra en Madrid, por la viuda de Iuan González. Cuatro hojas en folio.

Segvnda relación verdadera de todo lo que ha sucedido en los Estados de Flandes al Serenísimo Infante Cardenal, contra Olandeses y Franceses, y de todo lo que ha sucedido en Alemania, imbiada al excellentissimo señor Marqués de Balparaíso, Virrey y Capitán general del Reyno de Na-

varra y sus fronteras, hasta 2 de Septiembre deste año de 1635. Impresso con licencia, en Valladolid, por la viuda de Cordoua, año de 1635. (Escudo de armas.) Dos hojas en folio.

Noticia la destrucción de las pesquerías hecha por nuestra armada, que peleó con 22 navíos holandeses y trajo 900 prisioneros.

Verdadera y feliz nveva de la famosa presa que han hecho onze galeras de la Esquadra del Duque de Florencia y de las de Malta. Contiene la batería que tuvieron con las seys de Biserta, y cómo las rindieron á los 24 de Setiembre deste año de 1635. Valencia, por Siluestre Esparza. Año de 1635. Dos hojas en folio.

1636.—Copia de una carta embiada de Malta á un caballero de esta ciudad de Barcelona. Contiene la grandiosa presa que han hecho cinco galeras Maltesas á los 13 de Agosto de este año de 1636, de dos galeras de Turcos y un Escaramuzal. Impresa, con licencia, en Madrid, por Juan Sánchez. Año de 1636. Dos hojas en 4.°

La disposición y forma que han tenido las Armas de su Majestad Católica para entrar por la provincia de Guipúzcoa en la de Labort, en Francia, los lugares que ocupan en ella, y el Manifiesto que su Majestad mandó intimar á los franceses. (Escudo de armas.) Con licencia, en Madrid, en la Imprenta del Reino. Año de 1636. Seis hojas en folio.

Carta que D. Miguel de Zabaleta, Vicario de la villa de Rentería, escribió á un correspondiente suyo sobre la entrada de las Armas de su Majestad en Francia, conducidas por la provincia de Guipúzcoa y Reyno de Navarra. Impresa en Madrid. Cuatro hojas en folio.

Relación verdadera de la grandiosa victoria que ha tenido el Marqués de Villafranca, General de las galeras de España, con 30 galeras, guardando las islas de Santa Margarita y San Honorato, contra 80 navíos y 10 galeras de la Armada Francesa. Lunes 28 de Septiembre deste año de 1836. Cuatro hojas en 4.°

Svcessos y vitorias de las católicas armas de España y del imperio en Francia y otras provincias, desde 22 de Junio deste año hasta 20 de Agosto del mismo de 1636. (Escudo de armas reales.) Con licencia y prohibición. En Madrid, en la Imprenta del Reyno. Año de 1636. Trece hojas en folio.

Relación de lo más particular svcedido en España, Italia, Francia, Flandes, Alemania y en otras partes, desde Abril del año pasado de 635, hasta fin de Febrero de 636. Impresa en seis hojas en folio, sin pie de imprenta.

Relación verdadera del suceso de la toma de Andaya, Oruña, San Juan de Luz y el puerto y fuerte de Zocoa, en Francia, por la gente del reino de Navarra y provincia de Guipúzcoa, por el Marqués de Valparaíso, Virrey y Capitán general. (Escudo de armas reales.) Impreso en Valladolid, por Gregorio de Uedoya.

Otra en Pamplona, por Martín de Labayen. Dos hojas en folio.

Relación verdadera de la vitoria qve ha tenido el Marqvés de Valparaíso, Virrey y Capitán general del Reyno de Navarra y Capitán general del Exercito y provincia de Guipúzcoa, de la toma de las villas y fortalezas de Andaya, Oruña, Ciburu, San Juan de Luz y el puerto y fuerza de Zocoa, en Francia, hecha por la gente del Reyno de Navarra y provincia de Guipúzcoa, el mes de Octubre pasado de este año de 1636. (Escudo de armas reales.) Impressa con licencia, en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1636. Dos hojas en 4.°

Verdadera y feliz nueva que ha traydo el Bergantín del Patrón Simón Benual, de Cartagena, lunes á los treynta y vno de Enero deste año 1636 (que entró en el muelle), de la gloriosa vitoria que han tenido cinco galeras de la escuadra de España, siendo General dellas el Excmo. Sr. Marqués de Villafranca, Duque de Fernandina, de vn navío ó patacho tomado en el Canal de Iuissa, Martes á 22 del dicho. La batería que tuuieron. El número de Turcos vivos y muertos. La caza que dieron á una pollaca su compañera, con lo demás sucedido en el discurso. (Viñeta: una galera.) Con licencia, en Barcelona, por Gabriel Nogués. Año de 1636. Cuatro hojas en 4.° Al final, grabado de un navío.

1637.—Relación de las cosas más particvlares sucedidas en España, Italia, Francia, Flandes, Alemania y otras partes desde Febrero de 1636 hasta fin de Marzo de 1637. Impreso s. a. n. l. Seis hojas en folio.

Sumario y compendio de lo sucedido en España, Italia, Flandes, Borgoña y Alemania, desde Febrero de 1636 hasta 14 de Marzo de 1637. Impreso s. a. n. l. Ocho hojas en folio.

Relación de la feliz vitoria que a tenido el marqués de Fuentes en el



canal de Inglaterra con un ejército de franceses, con muerte de cuatro mil de ellos y los muchos despojos que se ganaron..... Impreso en Sevilla por Simón Fajardo. Año de 1637.

Noticia de la presa de once bajeles holandeses con muerte de 400 hombres, y toma de 50 cajones de plata, en el río Albis.

Relación de los bvenos svccesos qve han tenido las armas de España y Alemania, contra las de Francia, Suecia, Olanda y otros aliados, este presente año de 1637. (Escudo de armas reales.) Con licencia, impressa en Sevilla, por Juan Gómez de Blas, este año de 1637. Dos hojas en 4.°

Noticia del naufragio de una gruesa armada de Holanda en que se perdieron 25 naves.

Relación muy verdadera de dos presas y derrotas que en diferentes Aduares de la Berbería, en los confines de Orán, tuuo el Señor Marqués de Floresdáuila.....

En Madrid, por Iuan Sánchez de Frexeneda, s. a. Cuatro hojas en folio.

Relación de la feliz vitoria que han tenido veinte y cuatro galeras, doce de Nápoles, General don Melchior de Borja; ocho de Génova, General Joanetín de Oria, y cuatro de Sicilia, General el Marqués del Viso, contra diez navíos de Olandeses que venían de Levante, y después de dos días de pelea echaron á pique uno y tomaron nueve cargados de muchas riquezas, á primero de Mayo de 1637. Impreso en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1637. Dos hojas en 4.°

Relación de avisos que han traído á esta Corte correos de Alemania y otras partes, en que se da cuenta de la sangrienta batalla que se dieron en Champania los dos ejércitos de España y Francia en que quedó por nuestro el campo. Y de las famosas presas que han tomado en diferentes partes del mar don Antonio de Oquendo y los galeones de Dunquerque, de bajeles franceses cargados de municiones, bastimentos y mercaderías, etc. Impreso en Madrid por Pedro Tazo, y por su original en Sevilla por Simón Fajardo. Año de 1637. En 4.°

Relación verdadera de la entrada que hizo en Cerdeña, en la ciudad de Oristan, la Armada francesa, y de cómo los echaron de ella con mucha pérdida de su gente, y entre ellos gente de valor y muchos cautivos que quedaron, y nueve barcas con una pieza de bronce en cada una, retirándose los demás franceses con mucha deshonra de su tierra. Dase cuenta de



dos sucesos extraños que sucedieron en la ciudad. Con licencia, en Sevilla, por Nicolás Rodríguez. Año de 1637. Dos hojas en 4.º

Relación desde 30 de Julio de 1636 hasta 25 de Enero de 1637, de lo que han obrado las galeras de el Rey nuestro Señor, de España, en ella y en Italia. Con licencia, en Barcelona, en la imprenta de Lorenzo Deu. Año de 1637. Cuatro hojas.

Relación de la vitoria que han tenido las naos de Dunquerque con doce navíos de Olanda y la gran presa de más de doscientos caballos, municiones y aparatos de guerra que les cogieron, que todo lo pasaban los Olandeses á Francia..... Impreso en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1637. Dos hojas en 4.º

Relación verdadera de los buenos sucesos y vitorias que ha tenido en la costa de la Rochela D. Lope de Hoces y Córdova, de los Consejos de Guerra y Indias, y Capitán general de la Armada que su Magestad mandó prevenir en la Coruña. Con licencia, impresa en Sevilla, por Pedro Gómez de Pastrana. Año de 1637. Dos hojas en 4.º

Sucesos felices que por mar y tierra ha dado Nuestro Señor á las Armas españolas en las islas Filipinas contra el Mindanao, y en las de Terrenate contra los Olandeses por fin del año 1636 y principio de 1637. Con licencia, en Manila, por Tomás Pimpín. Año de 1637. Ocho hojas en 4.º

Carta del P. Marcelo Francisco Mastrili al P. Juan de Salazar, provincial de la Compañía de Jesús en las islas Filipinas, dando cuenta de la conquista de Mindanao. Impresa en cinco folios.

Relación de los sucesos de la guerra de este año de 1637 hasta 28 de Julio. Impresa en Alemania, en folio. *Memorial Histórico Español*, t. XIV, página 174.
Noticia de la campaña de los enemigos por tierra y mar para impedir las obras del puerto de Gravelingas.

Relación de los particulares servicios que ha hecho á vuestra Magestad don Diego López de Escobar, Gobernador y Capitán general de la isla de la Trinidad y de las provincias del Dorado..... en el año 1636. Impreso en Madrid, por la viuda de Juan Gonzálex. Año de 1637. Cinco hojas en folio.

Carta de Alonso de Uribarri, veedor de la escuadra de Dunquerque, al

P. Paulo de Amesa, haciendo relación de la victoria que ganaron las naos de Dunquerque del mando del almirante Miguel de Orna. Impresa en Sevilla, por Simón Fajardo. Año de 1637.

1638.—Relación de las presas que se han hecho con los galeones y fragatas de la Armada de su Magestad y las de particulares que han salido á la mar por orden del Excelentíssimo señor Marqués de Fuentes, Capitán general della, desde principio deste año de 1638, que se embió la última relación de las presas hechas, hasta este día. Con licencia. En Madrid, por Iuan Sánchez. En 4.º, dos hojas.

Relación ajustada con las que han venido á esta corte de diversas partes de fuera de estos reinos, de lo sucedido en ellos, y de lo sucedido en esta Corte desde 28 de Febrero del año pasado de 637 hasta el 12 de Febrero deste año de 1638. Ocho hojas en folio sin pie de imprenta.

Efetos de las armas españolas del Rey Católico nuestro Señor, en Flandes, contra los exércitos de Francia y Olanda en la campaña deste año de 1638. (Escudo de armas.) Con licencia y prohibición, en Madrid. En la Imprenta del Reyno. Año de 1638. Diez hojas en folio.

Relación verdadera de las grandes vitorias que han tenido las galeras de Malta contra el Turco, y asimismo se da cuenta de las grandes presas que les tomaron. Impresa con licencia, en Sevilla, por Nicolás Rodríguez. Año de 1638.

Relación de las gloriosas victorias que en mar y tierra an tenido las Armas de nuestro invictíssimo Rey y Monarca Felipe IIII el Grande, en las islas Filipinas, contra los Moros Mahometanos de la gran Isla de Mindanao y su Rey Cachil Corralat, debaxo de la conduta de Don Sebastián Hurtado de Corcuera, cavallero de la Orden de Alcántara y del Consejo de Guerra de su Magestad, Gobernador y Capitán General de aquellas Islas. Sacada de varias relaciones que este año de 1638 vinieron de Manila. Autor el P. Diego de Bobadilla. Impreso en México por Pedro de Quiñones. Año de 1638. 42 hojas en 4.º

Relación de la vitoria y presa que ha tenido la Armada de Venecia de diez y seys Galeras de Túnez y Argel en el puerto de Vallona, al golfo de Venecia. Impreso en Valencia, por Sylvestre Esparsa. Año de 1638. En cuatro hojas.

Relación verdadera de la presa que las galeras de Venecia han alcanzado de las de Túnez y Argel ahora nuevamente. Con licencia, en Madrid, por Juan Sánchez. Año de 1638. En 4.º; dos hojas.

Relación del viage que hicieron la escuadra de seis galeras de Malta en los mares de Levante corriendo al archipiélago y costas de la Natolia, y á la buelta las de Calabria y reino de Nápoles. Año de 1638. Con licencia, en Madrid, en la imprenta de el Reyno. Año de 1638.

Relación dada por el licenciado Fernando de Céspedes, del salvamento de la flota española. Año de 1638. Impresa en México por Francisco Salvago. Diez hojas folio.

Suceso que han tenido las galeras de España y Sicilia con las de Francia, enviada por D. Luis Ponce de León, hermano del Duque de Arcos. Año de 1638. Impreso en Cádiz.

Relación verdadera de la gran tormenta y pérdida de naves, mercaderías y personas que ha habido en Holanda en 3 y 4 de Noviembre de este presente año de 1638. Escrita por un personaje de Amberes á un grande de estos Reinos. Impreso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año de 1638. En 4.º

Relación de la refriega que tubo con 14 navíos de Turcos, á la vista de Tarifa y Tánger, el capitán D. Luis del Campo, Teniente General de la Artillería de la Armada Real que yba á Levante á cargo del general Roque Centeno con su navío solo, llamado *Sansón*. Con licencia, en Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Año de 1638. En folio.

Le atacaron en el Estrecho, cañoneándole largo espacio y abordándole luego la capitana y la almiranta, pero les hizo tal fuego, que se zafaron y fueron todos. Quedó el *Sansón* descalabrado, con dos muertos y 20 heridos. Disparó 177 cañonazos. Súpose que la almiranta turca se fué á pique.

Relación verdadera de las felices victorias que han tenido los galeones de Dunquerque y otras fragatas en diferentes salidas que han hecho á la mar por orden del señor Marqués de Fuentes, General de las Armadas del Norte, contra Franceses y Olandeses, desde los primeros de Julio del año pasado hasta 14 de Marzo de 1638. Con licencia, impreso en Sevilla por Juan Gómez de Blas. Año de 1638.

Relación de la Gran isla de Mindanao y de la Conquista de ella por los españoles. Impresa en México. Año de 1638. En 4.°

Traslado de una carta embiada á esta Corte de la villa de Setúbar, de Don Josef de Acuña, caballero del Ábito de Christo, á un Amigo suyo, dándole quenta de una gran batalla y feliz victoria que han tenido los caballeros Portugueses en Melilla, Ceuta, Mazagán y Tánger, Costa de África, á los 7 días del Mes de octubre deste presente año de 1638. Con licencia, en Madrid, por Diego Díaz. Año de 1638.

Relación verdadera de la feliz victoria obtenida por el Gobernador de Tánger, contra veinticinco baxeles de turcos que iban en socorro de Fuenterrabía por mandado del Rey de Francia. Año de 1638. Impresa en Sevilla por Juan Gómez de Blas. Dos hojas.

Relación verdadera de la gran vitoria que han alcanzado en el Brasil la gente de la Baía de Todos Santos contra los Olandeses. Dase cuenta cómo les mataron dos mil hombres y de la gran presa que les tomaron, haciéndoles embarcar y dejar el puerto, quitándoles todo el bagage que llevaban. Sevilla, por Nicolás Rodríguez. Año de 1638. Dos hojas en 4.°

Relación de la vitoria que alcanzaron las Armas católicas en la baía de Todos Santos contra olandeses que fueron á sitiar aquella plaza en 1638, siendo gobernador del Brasil Pedro de Silva. Impreso en Madrid por Francisco Martínez. Año de 1638. Seis hojas en folio.

Otra en Valencia, por Iuan Bautista Marzal. Cuatro hojas en 4.°

Carta que el general D. Luis del Villar y Manuel escribió á D. Luis Ponce de León....., como testigo de vista que ha sido el dicho general, y tanta parte en esta gran victoria; en la batalla naval fué el que con su navío hizo rostro al enemigo, peleando tan valerosamente, que murió toda su gente, quedando sólo en él su persona y otros cinco; uno de ellos, su sobrino D. Pedro de Aguilar y Zayas, de edad de quince años, y luego se agregaron al ejército del Almirante de Castilla, donde pelearon valerosamente los dichos general y su sobrino, por cuyo valor, luego que S. M. tuvo nuevas de la victoria, le hizo merced de un hábito..... Écija, por Luis Estupiñan. Año de 1638. En 4.°

Carta escrita desde Navarra y puerto de San Sebastián á Zaragoza, dando aviso de lo que ha sucedido de nuevo acerca del ejército francés



que está en Fuenterrabía. Barcelona, por Sebastián y Jaime Matevad. Año de 1638. En 4.°

Relación de los socorros que han acudido y entrado en la villa de Fuente Rabía, assi de Vizcaya como de Castilla, Portugal y Armada de don Antonio de Oquendo, Y vitoria que el príncipe Tomás tuvo de diez mil franceses que estaban prevenidos para socorro del olandés que intentó cercar á Amberes. Impreso en Sevilla por Francisco de Lyra. Año de 1638. Dos hojas. En 4.°

Relación y carta que escrivió el Padre Fr. Francisco de Tarazona, lector de Artes en el Convento de los Capuchinos de Pamplona, al Padre Guardián de los Capuchinos de Zaragoza. Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Año de 1638. Cuatro hojas en folio.

Otra en Madrid, por la viuda de Juan González. Cuatro hojas en folio.

Otra en Zaragoza, y aora en Logroño, por Pedro de Mongastan. Dos hojas en folio.

Segunda relación de 14 de Setiembre deste presente año, escrita por el Padre Christóval Escudero, de la Compañía de Jesús, al señor Arzobispo de Burgos. En que da cuenta de la feliz vitoria que nuestro Señor ha sido servido dar al señor Almirante de Castilla, general del Exército de España, contra el Rey de Francia, en la villa de Fuente Rabía. Es obra hecha de la mano de Dios; milagro grande que obró con nosotros. Impreso en Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Año de 1638. Dos hojas en folio.

Otra en Sevilla, por Nicolás Rodríguez. Dos hojas en 4.°

Tercera relación y muy copiosa del socorro de Fuente Rabía: diéronle los Excelentísimos Almirante de Castilla y el Marqués de los Vélez, Virrey de Navarra, Generales de ambas Coronas, en esta facción, víspera de nuestra Señora de Setiembre deste presente año de 1638. Escrivióla Alonso Martín de Aguilera, uno de los que se hallaron en el escuadrón volante gobernado por el Marqués de Torrecuso, Maestre de Campo general de los Tercios de Navarra. Madrid, por Diego Díaz. Año de 1638. Dos hojas en 4.°

Otra en Logroño, por Matías Mares. Dos hojas en 4.°

Otra en Logroño, sin nombre de impresor. Cuatro hojas en folio.

Relación y segundo sucesso sacado del original impreso en Madrid, en que da razón de todas las cosas que han sucedido desde el principio de la



venida de los Franceses en Fuenterrabía y sus villas, y el desastrado fin dellos, echándolos fuera del Reyno los Excelentísimos señores el Marqués de los Vélez y Almirante de Castilla, ambos generales del Exército que su Magestad ha embiado á Navarra, quedando en favor dellos la artillería y municiones de guerra, oro y plata y lo demás del bagaje. Barcelona, 1638. Dos hojas en 4.º

Relación verdadera de la insigne y feliz vitoria que los invictos españoles han tenido contra los exércitos del Rey de Francia y su General Príncipe de Condé, sobre el porfiado y bien defendido sitio de la inexpugnable villa de Fuenterrabía, en la Provincia de Guipúzcoa..... Granada, por Andrés Santiago Palomino. Año de 1638. Dos hojas en 4.º

Relación y traslado bien y felizmente sacado de vna carta embiada á esta Corte, y tiene por argumento: La sombra de Mos de la Forza se aparece á Gustavo Horn, preso en Viena, y le cuenta el lastimoso sucesso que tuvieron las armas de Francia en Fuente Rabía. Con licencia, en Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Año de 1638. Dos hojas en folio.

Relación diaria del memorable cerco y feliz vitoria de la muy noble y muy leal ciudad de Fuenterrabía. Al Excelentísimo Señor D. Gaspar de Guzmán, Conde Olivares..... General de las guardas y cavallería de España y Alcaide perpetuo de Fuenterrabía. Impreso en Burgos, por Juan Matías. Año de 1638. Cuarenta y tres hojas en 4.º

Carta del Padre Christóval Escudero, de la Compañía de Iesvs, de 13 de Septiembre deste presente año. En que da más cumplidamente cuenta de la felíz victoria que nuestro Señor ha sido servido dar al Excelentísimo señor Almirante de Castilla, General del Exército de España contra el Rey de Francia, en la villa de Fuenterrabía. S. a. n. l. Dos hojas en folio.

Relación y carta nueva, y copia de muchas, de la verdad de lo sucedido en la batalla que tuvo nuestro exército con el de Francia, escritas de Fuenterrabía y Madrid á muchas personas desta ciudad; contiene todo lo que puso desde el principio hasta el fin, de una y otra parte de entrambos exércitos. Valladolid, por Gregorio Bedoya. Año de 1638. Dos hojas en folio.

Relación verdadera de las grandes mercedes que la Católica Magestad

de Felipe IV el Grande, ha hecho al gobernador y á los demás caballeros y hijos-dalgos, y á toda la demás gente de Fuenterrabía..... Impresa en Écija, por Juan Malpartida de las Alas, librero é impresor. Año de 1638. En 4.°

Relación verdadera de lo que ha pasado en la destrucción y combate de 14 galeones de España y tres fragatas y diversos bajeles dentro del puerto de Guetaria, por la armada naval del Rey de Francia, con los nombres y discreción del valor y coraje de los capitanes. Inviado por mi señor el Arzobispo de Burdeos, gobernador de la dicha Armada por S. M., á su Vicario general á Burdeos. Por Bartolomé Balchet, impresor y librero. Año de 1638.

Sitio de Fuenterrabía.

Otras relaciones de escaso interés náutico.
Logroño, por Matías Mares, en 4.°
Sevilla, Nicolás Rodríguez, en 4.°
S. a. n. l., folio.
Sevilla, Juan Gómez de Blas, en 4.°
Zaragoza, Hospital real, en 4.°
Logroño, Pedro de Mon Gastón, en 4.°
Barcelona, Jaume Romeu, en 4.°

Relación verdadera de la refriega que tuvieron nuestros Galeones de la plata en el Cabo de San Antón con 14 navíos de Holanda, de que era general *Pie de Palo*, y de la victoria que de ellos alcanzaron, sucedido en el mes de Agosto de 1638. Impreso en Madrid por Diego Díaz de la Carrera. Dos hojas en 4.°
Otra en Sevilla por Francisco Lyra, en 4.°

Muerte de *Pie de Palo*. Segunda relación muy copiosa de una carta que envió el Duque de Medina á la Contratación de Sevilla. Dase cuenta de la batalla que han tenido los galeones con 40 navíos holandeses, siendo general de ellos *Pie de Palo*. Asimismo se da cuenta de su muerte con la pérdida de siete navíos en el Cabo de San Antón. Impreso en Madrid por Antonio Duplastre. Año 1638. Dos hojas en 4.°

Relación del licenciado D. Fernando de Cepeda, que incluye otra de don Carlos Ibarra al Marqués de Cadereyta, virrey de Nueva España, acerca

del suceso de la Armada, año 1638, con las fiestas que se hicieron por la fuga de los enemigos y salvamento de la flota. Mexico, 1638. 10 hojas en folio.

Reimpresa en Madrid por Diego Díaz. Año de 1639. En 4.°

Sumario y compendio de lo sucedido en España, Italia, Flandes, Francia y otras partes. Desde Febrero de 637 hasta el de 638. Seis hojas folio, sin pie de imprenta.

Relación verdadera del viaje de los galeones y de las dos batallas que tuvieron sobre Pan de Cabañas con los olandeses, en este año de 1638. Impreso en Sevilla por Nicolás Rodríguez. En 4.°

Relación que el señor Carlos de Ibarra, vizconde de Centenera, Capitán general de la Armada de la Guardia de la Carrera de Indias envió de mar en fuera á estas provincias, al Excelentísimo señor Marqués de Cadereyta, del suceso de sus batallas y cómo venía á ellas. Impreso en México por Francisco Salvago. Año de 1638. Dos hojas en folio.

Juicio militar de la batalla de D. Carlos de Ibarra, General de galeones, con 17 navíos de Olanda, en 31 de Agosto de 1638, por Juan Rodríguez León. Impreso en México por Bernardo Calderón. En 4.°

Relación verdadera de la refriega que tuvieron nuestros galeones de la plata en el Cabo de San Antón con 14 navíos de Olanda de que era general *Pie de Palo*, y de la vitoria que dellos alcanzaron, sucedido en el mes de Agosto passado deste presente año de 1638. Impresa en Madrid por Diego Díaz de la Carrera. Año de 1638. Dos hojas en 4.°

Efetos de las armas españolas del Rey Católico nuestro Señor, en Flandes, contra los exércitos de Francia y Olanda, deste año de 1638. (Escudo de armas reales.) Con licencia y prohibición. En Madrid. En la Imprenta del Reyno. Año de 1638. Diez hojas en folio.

Prodigioso volcán de fuego que exhala en medio del mar Océano, enfrente de la Isla de San Miguel, una de las Terceras, y nueua Isla que ha formado. Tuvo principio en 3 de Iulio deste presente año de 1638. En Madrid. En la Imprenta de Francisco Martínez. Año de 1638. Una hoja folio.

Memorial del Dr. Lourenzo de Mendoza, prelado de Río de Ianeiro, refiriendo los sucesos del Brasil. Impresso em Madrid em Febreiro de 1638. En folio, seis hojas.

Tratado del estado de las islas Philipinas y de sus conveniencias, por el almirante D. Gerónimo de Bañuelos y Carrillo, dirigido al Excmo. Sr. Don García de Haro y Abellaneda, Conde de Castrillo, Presidente del Consejo de Indias. En México, en la imprenta de Bernardo Calderón. Año de MDCXXXVIII. Diez y ocho hojas en 4.°

1639.—Relación que embió á S. M. el Marqués de Cadereyta, Virrey de la Nueva España, en que da cuenta del feliz suceso que ha tenido esta Monarquía en la detención de la Flota, por el gran peligro que tenía de los enemigos en el camino, y cómo la Armada de los Galeones del general D. Carlos de Ibarra la defendió con su acostumbrado valor y de sus famosos capitanes y valientes soldados. Con licencia, en Madrid, por Diego Díaz. Seis hojas en folio.

Copia de una carta que escribió el Padre Fr. Juan de Lainez, predicador y comisario provincial de la provincia de Lima, al Rmo. Padre Fray Josef de Cisneros, Padre de la Santa provincia de la Concepción y Comisario de todas las del Perú, en que le da cuenta del viaje de los galeones, batalla con *Pie de Palo* y otros sucesos hasta que llegaron á España. Habla el autor de esta carta como testigo de vista, porque se halló en el Almiranta en que venía embarcado. Con licencia la imprimió en Málaga Juan Serrano de Vargas y Ureña. Año de 1639.

Svcessos felices qve por mar y tierra ha dado N. S. á las armas españolas en las Islas Filipinas contra el Mindanao, y en las de Terrenate contra los olandeses, por fin del año de 1636 y principio del de 1637. Con licencia en Madrid por Diego Díaz de la Carrera. Año de 1639. Dos hojas folio.

Continuación de los felices sucesos que Nuestro Señor ha dado á las armas españolas en Filipinas. Con licencia en Madrid por Catalina del Barrio. Año 1639. En folio.

Breve y ajustada relación de lo sucedido en España, Flandes, Alemania, Italia, Francia y otras partes de Europa, desde fin de Febrero de 1637 hasta todo el mes de Diciembre de 1638. En Madrid, por la viuda de Iuan González. Año de 1639. Cuatro hojas folio.

Da cuenta de una tempestad en 3 y 4 de Noviembre con la que se perdieron en Texel 35 navíos holandeses y se ahogaron 600 hombres; otros 40 navíos dieron al través en varias partes. Los galeones de Dun-

querque hicieron presas considerables. Los venecianos derrotaron las galeras de Argel y Biserta que habían hecho daños en Calabria.

Sucesos felicísimos que han tenido las armas católicas por todo el año de 1638 en todas partes, hasta el Marzo de 1639. Imp. en fol., sin pie de imprenta.

Relación de las presas que los Vaxeles y Fragatas de la Real Armada de Dunquerque y Navíos de Particulares hicieron en las Costas de Francia, Inglaterra y otras partes, desde 1.° de Mayo hasta último de Diciembre del año pasado de 1638, siendo su General y de aquella Mar el Excelentísimo Sr. D. Juan Clarós de Guzmán, Marqués de Fuentes, según que por testimonio del Grafiel del Almirantazgo de aquellos Estados le envió al Rey nuestro señor, con correo que salió de Dunquerque á los 13 de Enero de este año de 1639. Las presas de Vaxeles, urcas, etc., son en número de 118, de todas medidas..... Con licencia, en Madrid, por Diego Díaz. Año de 1639. Dos hojas en folio.

Otra en Valencia por Iusepe Gasch.

Relación verdadera de los grandes encuentros y refriegas que dos galeras de España y otros baxeles han tenido con cinco navíos de Francia que andaban robando españoles por las costas de España, desde la ciudad de Almería hasta la de Málaga, los cuales llevaban á vender á los puertos de Berbería. Este presente año de 1639. Con licencia. Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas.

Relación en que se declara lo que la ciudad de Fuenterrabía avisa á Su Majestad del prodigio y milagro que ha sucedido con la devotísima imagen de nuestra Señora de Guadalupe, cuya Hermita está en una montañuela frontera de la ciudad; donde los franceses tenían puesto el sitio y donde Mons de la Force leía su mala secta á los demás. Barcelona, por Jaime Romeu. Año de 1639. Dos hojas en 4.°

Verdadera relación y carta nueva de un traslado que envió á esta corte un mercader de la ciudad de Lisboa, llamado Guillermo Ambruno, á un caballero residente en esta corte, dándole cuenta de una grande victoria y batalla que han tenido nueve urcas flamencas contra 16 velas enemigas. Con licencia, en Madrid, por Antonio Duplastre. Año de 1639.

Eran las urcas mercantes, los enemigos 11 franceses y cinco argelinos; las primeras echaron á fondo cinco y rindieron uno.



Relación verdadera de la entrada que hizo la Armada del Francés en compañía de la del Olandés, en la embocadura del puerto del Real Presidio y Ciudad de la Coruña, el jueves 21 de Junio de 1639, y lo sucedido al tiempo que estuvo en él. Y el socorro que quitaron los vecinos de Fuenterrabía al Francés, que llevaba de socorro á Bayona de bastimentos, municiones y otras cosas. Escrita por D. Juan de Santaus y Tapia, entretenido en la Real Artillería y Ingeniero de Su Majestad en el Presidio de la Coruña. Impreso en Barcelona. Cuatro hojas en 4.°

Otra en Madrid por Juan Sánchez. En folio.

Relación verdadera de la gran victoria que tuvo D. Antonio de Oquendo contra 40 navíos olandeses en la Canal de Inglaterra. Año de 1639. Impreso en Sevilla por Juan Gómez de Blas. En 4.°

Otra en Sevilla por Nicolás Rodríguez. Año de 1639.

Relación de lo que hasta ahora se ha sabido de la vida y martirio del milagroso P. Marcelo Francisco Mastrili, de la Compañía de Jesús, martirizado en la ciudad de Nangasaqui á 17 de Octubre de 1637..... Manila, en el Colegio de la misma Compañía, por Tomás Pimpin, impresor. Año de 1639. En 4.°, 76 páginas.

1640.—Sumario y compendio de lo sucedido en la monarquía de España y otras partes del mundo desde Marzo de 1639 hasta Marzo de 1640. En folio, sin pie de imprenta.

Relación de la pérdida de la urca la *Viga* y el patache el *Galgo* que viniendo navegando con la Armada Real de la guarda de la Carrera de las Indias el año 1639, General el Sr. D. Gerónimo Gómez de Sandoval, Caballero de la orden de Santiago y del Consejo de Guerra de Su Majestad. Escribíala Juan de Ribera, Escribano mayor de la misma Armada..... Con licencia en Cádiz, por Fernando Rey. Año de 1640.

Viaje por mar y tierra del Sr. D. Diego Pacheco, Duque de Escalona, Marqués de Villena, y aplausos con que fué recibido en la Nueva España el año 1640. Impreso en México en el Colegio de la Compañía de Jesús. En 4.°

Otro escrito por Christóval Gutiérrez de Medina, impreso en México por Juan Ruiz. En 4.°

Traslado de una carta enviada del Brasil dando cuenta de las grandes

victorias que han tenido las armas de Su Majestad, gobernadas por don Jorge Mascareñas, en que se da cuenta de los fuertes que los nuestros tomaron y los navíos que les quemaron. En Madrid, por Catalina de Barrio y Angulo. Año de 1640. Dos hojas en folio.

Relación muy verdadera de los felices sucesos que ha tenido el señor D. Fernando Mascareñas, General de la Armada de Portugal. Dase cuenta de la batalla que tuvieron contra 36 navíos de Olanda que iban á socorrer la plaza de Pernambuco, adonde murió en ella el General de Olanda. Barcelona, por Sebastián y Iayme Matevad. Año de 1640. Dos hojas en 4.°

Relación verdadera de los encuentros, sucesos y prevenciones de las armas cathólicas, imperiales y francesas; presa del Almirante D. Antonio Oquendo. Diversas nuevas de paz y guerra, etc., de mar y tierra. Impreso en Barcelona por Jaime Romeu. Año de 1640. Seis hojas en 4.°

Relación verdadera de la famosa empresa que han hecho en Berbería las galeras de Malta desde 28 de Agosto deste año de 1640, en que se declara la gran batalla que tuvieron en el puerto Farina con seis navíos de alto bordo, cómo los rindieron y traxeron á Malta. Declárase los turcos que cautivaron y los christianos que dieron libertad y muerte de Estamurat, Rey de Túnez. Impresa en Madrid por Juan Sánchez. Año de 1640. Dos hojas en folio.

Relación de la batalla que tuvieron los galeones de la Real Armada de la guardia de las Indias y su general D. Gerónimo Gómez de Sandoval, Almirante general del Mar Océano y Capitán general de la dicha Armada, con la prevenida Armada de Francia, mandada por el Marqués de Brece. Año de 1640. Impreso en tres folios.

Relación del levantamiento de los sangleyes en las islas Filipinas, su castigo y pacificación este año de 1640, por D. Sebastián Hurtado de Corcuera, su Capitán general. Impresa en México por Francisco Robledo. Año de 1640. Treinta y dos hojas en 4.°

1641.—Relación verdadera de los sucesos y encuentros que ha tenido la Real Armada de la flota de las Indias con los Olandeees, año 1641, viniendo por Generales D. Gerónimo de Sandoval y D. Juan de Vega Bazán. Impreso en Madrid por Juan Sánchez. Año de 1641. Dos hojas en folio.

Copia de una carta que escribió un caballero de Cádiz á otro amigo suyo, en que le da cuenta del feliz succeso que tuvieron cinco navíos de Dunquerque contra 46 de Portugal y Francia. Sucedido en 11 y 12 de Septiembre de este año de 1641. Impreso con licencia en Cádiz por Fernando Rey. Dos hojas en folio.

Relacio verdadera de tots los successos de la Armada de mar y terra del Christianiss, Rey de França, Señor nostre, desde 29 Abril fins á 14 de Maig 1641. Per Ioan de la Torre. Ab licencia en Barcelona en casa de Iaume Mathevat. 1641. Cuatro hojas en 4.°

Relacio verdadera dels bons successos de la Armada del Rey Christianissim Lluys XIII, que Deu guarde, en los mars de Cathaluña, y dels que van succehint en lo exercit de terra en lo camp, ab lo estat en que esta la ciutat de Tarragona, y una carta que trobaren ab un vaxell del Virrey de Mallorca, que anava al Conde Duch. Ab llicencia. En Barcelona, en la estampa de Iaume Romeu, devant S. Iaume. Any de 1641. Cuatro hojas en 4.°

Relación del día del socorro de Tarragona, por el señor Marqués de Villafranca. Impresa en Zaragoza, Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. Año de 1641.

Relación del descubrimiento del río de las Amazonas, por otro nombre del Marañón, hecho por la Religión de nuestro Padre San Francisco, por medio de los Religiosos de la Provincia de San Francisco de Quito. Para informe de la Católica Magestad del Rey Nuestro Señor y su Real Consejo de las Indias.—S. a. n. l. Quince hojas en 4.°
Citada por el Sr. Jiménez de la Espada como pieza rarísima.

Sumario de lo sucedido en la Europa el año de 1640 hasta Abril de 1641.—Impreso, s. a. n. l. Ocho hojas en folio.

Relación certíssima hecha por los Religiosos descalzos del Conuento de San Francisco de Filipinas para embiar á los RR. PP. y Superiores de la Religión. La qual contiene en sustancia todo lo sucedido en aquellas partes y en el Iapón, desde el mes de Iunio de seiscientos y quarenta hasta veinte y seis de Iulio de seiscientos y quarenta y uno. Prodigios notables. Martirios gloriosos. Descubrimientos de Nueuas Prouincias fértiles y abundantes. Y asimismo avisos del Gobernador de Terrenate, y otras co-

sas. Traslado por su mismo original en la Ciudad de los Ángeles.—Dos hojas en folio.

1642.—Carta de los sucesos que ha tenido Cerdeña con los holandeses por los fines del año pasado de 641. Dase cuenta de la prisión del general Amburqui, holandés, y de cuatro bajeles cargados de diversas mercaderías que iban para el reino de Francia.—Con licencia. En Madrid, por Catalina de Barrio y Angulo. Año de 1642. Una hoja en folio.

Relación de la interpresa y saqueo de la villa de Carte, en África, por Don Álvaro de Bazán, Marqués del Viso, General de la escuadra de las galeras de Sicilia, Gobernador y Capitán general de Orán y Mazalquivir, 20 de Febrero de 1642.—Impreso en Madrid, por Juan Sánchez. Dos hojas.

Relación del suceso que tuvo Francisco Díez Pimienta, General de la Real Armada de las Indias en la isla de Santa Catalina. Dase cuenta de cómo la tomó á los enemigos que la poseían, echándolos della, y de la estimación de los despojos y número de prisioneros.—Impreso en Sevilla, por Francisco Lyra. Año de 1642. En 4.°
Otra en Madrid, por Juan Sánchez.—Tres hojas en 4.°

Relación de todo lo sucedido en estas provincias de la Nueva España, desde la formación de la Armada Real de Barlovento, despacho de flota y sucesso della, hasta la salida deste primer aviso del año 1642.—Impresa en México. Dos hojas en folio.
Otra sin pie de imprenta.

1643.—Relación del levantamiento de los sangleyes de Manila, y de las victorias de D. Sebastián Hurtado de Corcuera en 1641 y 42.—Impreso en Manila. Año de 1643. En folio.

Breve y cierta relación de la pérdida de isla Hermosa, del poder y pujanza del enemigo olandés en la India y de sus designios.—Impreso en Manila, por Fr. Juan de los Ángeles.—Diez hojas en folio.

General Relación de las nuevas de Filipinas venidas en este año de 1643. De Manila. De la India. De Camboja. Del Iapón. De China. De Macao. De Terrenate. Y de Ambueno.—Impreso en México, por la Viuda de Bernardo Calderón. Año de 1643. Dos hojas en folio.

Relación del levantamiento de los Sangleyes, y de las victorias de Don Sebastián Hurtado de Corcuera en 1641 y 1642.—Impreso en Manila. Año 1643. En folio.

1644.—Relación enviada de Malta á Fray don Juan de Zúñiga y Contreras, caballero del hábito de San Juan, Comendador de las encomiendas de Ciudad-Rodrigo, Benavente y Rubiales, y Recibidor general de la Religión en esta Corte, de la sangrienta pelea de un galeón y de otro navío de turcos que hicieron las galeras de Malta en las cruceras de Rodas á 28 de Septiembre de 1645.—Impresa con licencia en Madrid, por Diego Díaz. Dos hojas en folio.

Relación de servicios del General D. Pedro de Almonte y Verastegui en las islas Filipinas.—Impreso, s. l. *Colección de Jesuitas*, t. CLVI, número 10.

1645.—Relación de la sangrienta pelea y presa de un galeón y de otro navío de turcos que hicieron las galeras de Malta. Año de 1644.—Impreso en Madrid, por Diego Díaz. Año 1645. Dos hojas en folio.

1646.—Medios políticos para el remedio vnico y vniversal de España, por Iacinto de Alcázar Arriaza, que los pone á los pies de la Magestad Católica del Rey Don Felipe Quarto el Grande nuestro Señor, Monarca el mayor del Orbe y Emperador de dos Mundos, por mano del Reyno iunto en Cortes. (Escudo de armas.)—En Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Año de 1646. Veintiuna hojas en folio.

Descripción de los presidios de Orbitelo, su jurisdicción y confines, y la relación del sitio que pusieron Franceses sobre aquella Plaza el año 1646. Por el Coronel Pedro de la Puente. Año de MDCLII.—Impreso en 29 hojas en 4.º

Relación de lo sucedido á las Cathólicas Armas del Rey Nuestro Señor por mar y tierra, sobre el sitio que las de Francia tenían puesto á Orbitelo, plaza de mucha consecuencia en la provincia de Italia. Colegida de dos copias de Cartas escritas á Su Magestad, la una del General Francisco Díaz Pimienta, y la otra del Marqués del Viso, General de las galeras de Nápoles.—Con licencia. Impresa en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1646. En 4.º

Diaria relación de lo que ha sucedido en el sitio de Orbitelo, puesto por

el Príncipe Tomás, General de las Armas de Francia, desde 9 de Mayo hasta 18 de Julio de este año de 1646. Compuesta por Gerónimo de Aznar, Teniente de Maese de Campo General en la dicha plaza de Orbitelo. —Impresa en Sevilla, con Real licencia, por Juan Gómez de Blas el mismo año de 1646.

Sucesos de la Armada de S. M. en Italia con los socorros de Puerto Hércules y Orbitelo.—Impreso, s. a. n. l.

Sucesos de la Armada de S. M. en Italia con los socorros en Puerto Hércules y Orbitelo; reducidos á la verdad por las adiciones que se siguen al Diario que hizo un testigo de vista desapasionado por sólo á lo que se debe á la justicia de las personas que en ellos se hallaron.—Impreso, s. a. n. l. 42 hojas en folio.

Relación de lo sucedido en el sitio de Orbitelo.—Publicada en el *Memorial histórico*, t. XVIII, pág. 388.

Relación verdadera de la feliz vitoria que por mar y tierra tuvieron las armas de su Majestad (Q. D. G.), contra el exército y armada Francesa en el sitio de Orbitelo en Italia; y la gran defensa que hizo Carlos de la Gata, Gobernador de dicha plaza.—Valladolid, por Gregorio Bedoya. Año de 1646. Dos hojas en folio.

Relación de los sucesos que las Armas de su Majestad han tenido en las costas de Italia contra la armada Francesa. Y assi mesmo cómo le obligaron á leuantar el cerco de Orbitelo.—Valencia, imprenta de Iusepe Gasch. Año de 1646. Dos hojas.

Verdadera relación de lo sucedido en el sitio y libertad de la Plaza de Orbitelo por menudo, según lo que sucedió en todos los días por tierra, desde que el Príncipe Tomás puso el sitio, hasta que le hicieron retirar.—Con licencia, en Valencia, por Silvestre Esparsa. Año de 1646. Cuatro hojas en 4.°

Gaceta del sitio y socorro de Orbitelo.—Impresa en Madrid, por Diego Díaz. Año de 1646. Cuatro hojas 4.°

Breve relación de los socorros de gente, dinero, víveres y municiones con que el Excelentísimo señor Dvque de Arcos ha asistido á los Presi-

dios del Reyno y de la Toscana, á los Ministros de Roma y al Estado de Milán para la defensa de Italia. (Escudo de armas.)—En Valencia, por Iusepe Gasch. Cuatro hojas en 4.°

1647.—Relación del apresto y viaje de los bajeles que dispuso el Excelentísimo Señor Don Antonio Juan Luis de la Cerda, Duque de Medina y de Alcalá, Capitán general del mar Océano, costas y ejércitos de Andalucía, para el socorro de la plaza del Sor. San Miguel de Ultramar, que se llamaba la Mámora. Y asimismo de los progresos que ha tenido el dicho socorro que gobernó el Capitán y Sargento mayor D. Juan de Duero y Ayala, cabo nombrado por su Excelencia desde el día que se hizo á la vela hasta el de su introducción y rompimiento de las armas del morabito Mahamet Bembucar.—Año de 1647.

Relación de varios sucesos de mar y tierra en las islas Filipinas en estos últimos años hasta el temblor y ruina del día de San Andrés de 645, y las peleas y victorias navales contra el Olandés en 646. Por el P. Presentado Fr. Joseph Fayol, de la orden de Ntra. Señora de la Merced.—En Manila. Año de 1647. Doce hojas en folio.

Segunda relación. Escríbese lo sucedido en el puerto de Cavite, provincia de Pampanga y otras partes de la bahía de Manila con el hereje Olandés en Junio y Julio deste presente año, por el mismo autor, el P. Presentado Fr. Joseph Fayol, de la orden de Ntra. Señora de la Merced.—Manila. Año de 1647. En folio.

1648.—Verdadera y cierta relación del feliz suceso que su Majestad el Rey nuestro Señor ha tenido en apaciguar las inquietudes del Reyno de Nápoles. Y la prisión del Duque de Guisa en 8 de Abril deste año de 1648. (Escudo de armas.)—Con licencia, en Valencia, en casa de los herederos de Crisóstomo Garriz. Año de 1648. Dos hojas en 4.°

Copia de Carta del Sereníssimo Señor Don Juan de Austria para el Señor Don Luis de Haro, su fecha en Nápoles á 6 de Abril de 1648.—Impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Dos hojas en 4.°

Segvnda relación mvy copiosa de todo lo qve ha svcedido en la reducción del Reyno de Nápoles hasta Domingo 31 de Abril de este año de 1648.—Con licencia, en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1648. En 4.°

Relación del feliz suceso que tuvo el señor don Juan de Austria en la ciudad de Nápoles.—Con licencia del Ordinario. En Valladolid, por Gregorio Vedoya, Familiar y Impresor de la Inquisición. Año de 1648. Dos hojas en folio.

Relación del feliz sucesso que en 6 de Abril tuvo el Serenissimo señor, el señor Don Juan de Austria en la Reducción de la Ciudad y Reino de Nápoles. En Çaragoça, en el Hospital Real. Año de 1648. Ocho hojas en 4.°

Relación de lo sucedido en Nápoles hasta los 11 de Abril de 1648 en la reducción de los ánimos inquietos de aquella ciudad á la total obediencia de su Majestad, sacada de las cartas que han venido á personas bien avisadas.—Zaragoza, 1648. Dos hojas en folio.

Nápoles consolada en su alboroto y sosiego, gobernándola la Alteza Serenissima de Don Juan de Austria, plenipotenciario de su Majestad Católica y triunfador felicíssimo de aquel reino.—Zaragoza, 1648. Diez y nueve hojas en 4.°

1649.—Relación de la gran victoria que tuvo la Armada de la república de Venecia contra la del Turco.—Impresa en Madrid, por Domingo García y Morrás. Año de 1649. Dos hojas en folio.

Relación de la espantosa peste que asoló á Sevilla, año 1649, escrita por Francisco Rvesta, Piloto mayor de la Casa de la Contratación.
Citada por Ortiz de Zúñiga.

1650.—Relación sucinta de la restauración que el Serenísimo señor Don Juan de Austria ha echo de la Plaza de Portolongon en Italia, en el Reyno de Nápoles: el número de los prisioneros, etc. Asimismo se declaran los sucesos de la guerra de Francia, Inglaterra y Portugal. Año de 1650.—Con licencia, impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. En 4.°—*Colección Navarrete*, t. XXIX, núm. 24.

Relación de la gran vitoria que han tenido las galeras de España, siendo General de ellas el Excelentísimo señor Duque de Alburquerque.—Con licencia, en Sevilla, por Nicolás Rodríguez de Abrego. Año de 1650.
Otra en Madrid, por Diego Díaz. Dos hojas.

Relación de la vitoria que la Armada de Inglaterra, que está sobre Cas-

caes, ha tenido con los Navíos de la Flota de Portugal que venía del Brasil. Declárase el número de vaxeles que quemaron, los que echaron á pique y los que prendieron, y el excesivo valor de la presa, á 8 de Septiembre de 1650.—Con licencia, impreso en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1650. En 4.°

Relación enviada de Roma de 3 de Junio de este año de 1650, donde se declaran los sucesos de las armadas de S. M. que gobierna el Sermo. Señor Don Juan de Austria y el Conde de Oñate, Virrey de Nápoles, el número de Navíos y Galeras de que se componen, etc. Y asimismo se da aviso de los sucesos de Venecia y Turquía y el ostentoso recibimiento que hicieron en Constantinopla al embajador que el Rey nuestro Señor embió al Gran Turco.—Con licencia, impresa en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1650. En 4.°

Carta del Excmo. Sr. Duque de Alburquerque, Capitán general de las galeras de España, escrita al Excmo. Sr. D. Fr. Pedro de Urbina, arzobispo de Valencia, Virrey y Capitán general de este reino. En que se da cuenta de la vitoria que Dios le ha dado en la costa de Cataluña contra cuatro navíos de guerra que venían á socorrer de gente, armas, municiones y víveres al ejército de Francia para el socorro de la plaza de Tortosa.—Impreso con licencia, en Valencia, por Silvestre Sparsa. Año de 1650. Dos hojas en folio.—Reproducida en mi informe á la Academia de la Historia, *Memorias* de la misma, t. x pág. 396.

Relación de la gran vitoria que han tenido las galeras de España, siendo general de ellas el Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.—Impresa en Sevilla, por Nicolás Rodríguez de Abrego. Año de 1650. Dos hojas en 4.°

Otra en Madrid, por Diego Díaz. Año de 1650. Dos hojas en 4.°

Otra en Madrid, por el mismo. Año de 1650. Dos hojas en folio.

Reproducida en mi informe á la Academia de la Historia, *Memorias* de la misma, t. x, pág. 393.

1651.—Relación verdadera del feliz suceso que ha tenido Su Alteza el Serenísimo Señor don Juan de Austria en el paraje de la Fermentera, enviado por el Arzobispo de Valencia D. Fr. Pedro de Urbina al Excelentísimo Señor Conde de Lemos, Virrey y Capitán General del Reino de Aragón en 22 de Junio de 1651.—Impreso en Sevilla, por Nicolás Rodríguez. Año de 1651. Tres hojas en 4.°

Relación nueva de los buenos sucesos que han tenido las Armas de Su Magestad sobre el sitio de Barcelona, desde 11 de Noviembre hasta 22 del dicho mes. Refiérese la toma de la villa de San Boy y de Castel de Felis y de Castillo de Bárbaro, y las presas que por mar y tierra se han hecho á los sitiados.—Impreso en Sevilla por Juan Gómez. Año de 1651.

Verdadera relación y copia de carta enviada á esta Corte, que declara la feliz vitoria y suceso que ha tenido Su Alteza del señor D. Juan de Austria en el puerto de Matarón (*sic*) contra un bajel llamado *el Capitán Pedro Ferrete*, que llevaba socorro á Barcelona.—Impresa con licencia en Madrid, por Julián Paredes. Año de 1651. Reproducida en mi informe á la Academia de la Historia. *Memorias* de la misma, t. x, pág. 402.

Sucesos verdaderos de las reales armas del Rey nuestro señor en el Principado de Cataluña, gobernadas por el Excmo. Sr. D. Francisco de Orozco, Marqués de Mortara, Virrey y Capitán general de aquel principado y Capitán general del Exército en el año 1650.—En Zaragoza, en el Hospital real. Año de 1651. En 4.°, 69 páginas.

Escrito por D. Miguel de Luna: trata de la batalla naval ganada por el Duque de Alburquerque.

Relación diaria de todo lo que ha sucedido desde que salió de Zaragoza el Señor Marqués de Mortara hasta que el Ejército de Su Majestad rindió á Molín de Rech, y asimismo se da cuenta de lo que ha obrado la Armada del Señor Don Juan de Austria desde que tomó el navío llamado *el León Coronado*, que fué á 22 de Junio, hasta Agosto deste Año de 1611.—Impreso en Madrid, por Diego Díaz. Año de 1651. Dos hojas en folio.

Relación de lo sucedido en la villa de Bilbao y otras partes, Viernes ocho de Setiembre deste año 1651, día del nacimiento glorioso de Nuestra Señora, con los recios temporales de las aguas.—Dos hojas en 4.°

Relación de las grandes pérdidas de Naos y Galeones que han tenido los Portugueses en la India Oriental y los cruelísimos huracanes que han sucedido en Goa y los alborotos de los vecinos de aquella ciudad. Sucedido todo desde el año de 1648 hasta los fines de 1649.—Impreso en México, año 1650, y con licencia en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1651. En 4.°

Relación del viaje y sucesos de la flota mandada por el general D. Pedro de Ursúa y Arizmendi.—Impresa en folio.

Svma del estado del imperio de la China y Christiandad dél, por las noticias que dan los Padres de la Compañía de Iesvs que residen en aquel Reyno, hasta el año de 1649.—Impresa en Madrid, por Pablo de Val. Año de M. Dc. LI. Dos hojas folio.

1652.—Relación del sitio y toma de Barcelona por las Armas del Rey nuestro Señor al mando de don Juan José de Austria en 1652, escrita por Diego de Carballido y Losada.—Impresa en 4.°

Relación de lo que ha ocurrido en el sitio de Barcelona por mar y tierra, desde 30 de Abril hasta 19 de Junio deste año de 1652.—Impresa en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Dos hojas en 4.°

Sucesos del sitio de Barcelona, Al Excmo. señor D. Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alva de Aliste y de Villaflor, Virrey y Capitán general de la Nueva España, etc. D. Diego de Carballido y Losada, Señor de la casa de Carballido, Correo mayor del reino de Galicia.—Impreso, s. a. n. l. 30 hojas 4.°

Relación de la planta del sitio de Barcelona, toma de las villas de Siurana y Arveca y todo lo demás sucedido por mar y tierra desde 22 de Noviembre hasta la Pascua de Navidad del año pasado de 1651.....—En Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1652. Dos hojas en 4.°

Relación puntual y verdadera en que se cuenta el suceso que se ha tenido en la empresa de San Feliú, gobernada y ejecutada por el Serenísimo Señor D. Juan, asistido del Duque de Alburquerque, Capitán general de las galeras de España, y del Marqués de Bayona, de la escuadra de Sicilia, lunes á 17 de Junio deste año de 1652.—Con licencia en Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Dos hojas folio.

Otra en Valencia por Claudio Macé.

Reproducida en las *Memorias de la Academia de la Historia*, t. x, página 410.

Relación de la entrada que el Serenísimo Señor Don Juan de Austria hizo en la ciudad de Barcelona, tomando posesión della y sus fortalezas en nombre de Su Magestad, el domingo 13 de Octubre deste año de 1652, después de haberse rendido los catalanes á la voluntad de Su Magestad, y concedídoles Su Alteza un perdón general. Refiérense los pactos y capitulaciones que se hicieron con Mons. de la Mota, y la marcha que tomaron

sus Franceses y Esguízaros.—Con licencia en Sevilla, por Juan Gómez de Blas. Año de 1652. Dos hojas en folio.

Representación hecha al Rey por la villa de Sitges, en el Principado de Cataluña, suplicando que en atención á lo ventajoso que era á la Corona real de Castilla por su puerto, y de las opresiones que habían padecido sus naturales, en prueba de la inobediencia al real mandato de S. M. que cometió el Cabildo de Barcelona, Barón de dicha villa, la reuniese á la Corona real.—Impresa, s. a. n. l.

Relación verdadera de las gloriosas proezas y vitorias que an hecho las invencibles galeras de Malta desde 20 de Junio asta 20 de Julio deste año 1652, inviada de Roma de D. Joan López de Murillas y Texada, Secretario del Emmo. Señor Cardenal Tribucio al Comendador Frey D. Jaime Pertusa.—Impresa, s. a. n. l.

NÚM. 4.

Relaciones impresas, en verso.

1625.—Relación verdadera de los sucesos de la Armada inglesa que al presente está sobre Cádiz, y cómo se han apoderado de la Torre del Puntal, y batalla que tuvieron con don Pedro Girón y don Lorenzo de Cabrera, Castellano de la fortaleza de Cádiz, y felice suceso que han tenido estos caballeros. Compuesta por el Licdo. Juan de la Vega. Barcelona, por Sebastián y Jayme Matevad. MDCXXV.

4-2 hojas. Dos romances.

1626.—Discurso de lo sucedido en este año 1626 en galeones y flota de Nueva España, así desde que se juntaron en la ciudad de la Habana como desde que salieron de ella, día de Nuestra Señora de Agosto. Dase cuenta de las facciones que tuvieron con el enemigo, que descubrieron antes de entrar en la Canal de Bahama, y de las rigurosas tormentas que se vieron sobre la Bermuda, la pérdida de la Almiranta y otros navíos, muerte de D. Bernardino de Lugo y otras cosas: también se verá la dichosa salida de D. Fadrique y lo que sucedió cuando vió la Armada.—Con licencia en Sevilla, por Simón Faxardo. Año de 1626. En verso. Dos hojas en 4.°



1630.—Relación verdadera de la Real embarcación de la Serenísima Sra. doña María de Austria, reina de Ungría, que fué miércoles á los 12 de Iunio, á las siete horas de la tarde deste presente año de 1630, en la muy ilustre é insigne y siempre fidelísima y leal ciudad de Barcelona.—Barcelona, por Esteban Liberos. Año de 1630. *Romance*. Cuatro hojas en 4.°

1637.—Cinco romances famosos. El primero del Cossario Barbaroja. El segundo de Arnaute Mami. El quarto y quinto del Almirante Don Galcerán. Recopilados por Juan de Escobar.—Impreso en Madrid, por los herederos de la viuda de Pedro Madrigal. Año de 1637.

Relación verdadera de la insigne vitoria qve su Alteza el Sereníssimo Señor Infante Cardenal tuuo á 21, 22 de Junio de 1638 contra los Estados rebeldes de Olanda. Repartida en cinco romances. Dase cuenta de la reñida batalla que con ellos tuuo, del número de soldados que traían, y de los muertos, heridos y presos, y de los nauíos, barcos grandes y piezas de artillería, vanderas, estandartes, bastimentos y pertrechos de guerra que se ganaron. En Valencia, por Silvestre Esparsa. Año de 1638. Cuatro hojas con lámina grabada en madera.

1638.—Cerco de Fuente Rabía, Invasión del Exército y Armada Francesa, Expedición del Exército español, Quema de nuestra Armada, Combate de la plaza, Victoria de los nuestros y ricos despoxos que dejaron los enemigos.—Relación en verso escrita por Juan Pérez de Valderas. Impresa, s. a. Dos hojas en 4.°

Romance á la vitoria quel exército de España, siendo sus Generales los Excelentíssimos señores Almirante de Castilla y Marqués de los Vélez, tuvo en el sitio que tenía puesto el exército Francés en Fuenterrabía.—(Escudo particular.) Con licencia. Barcelona, en la Emprenta de Iayme Romeu. Año de 1638. Cuatro hojas en 4.°

La Fama.

Divúlguelo mi voz, suene mi acento,
Llegue su nombre al sol, ocupe el viento.

Elogios por el suceso de Fuenterrabía.—Impresa en dos hojas fol., s. a. n. l.

1640.—Viaje por mar y tierra del Sr. D. Diego Pacheco, Duque de Escalona, escrito en verso por Fr. Matías Bocanegra. México, 1640. En 4.°

1651.—Elogios al Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, etc. En la feliz ocasión de haber rendido cuatro bajeles de Francia que introducían el socorro de Tortosa.—Escribiólos el Capitán de Corazas D. Diego de Ledesma. Imp., s. a. n. l. Ocho hojas en 4.° En verso.

1652.—Relación verdadera de la recuperación de la fuerte plaza de Dunquerque en la provincia de Flandes, destrozo de la Armada de Francia por la de Inglaterra y sangrienta batalla naval de Ingleses y Olandeses, sucedido todo desde 16 de Septiembre hasta 8 de Octubre deste año de 1652.—Con licencia en Madrid, por Julián de Paredes.

El viaje de Cerdeña hecho por el Excmo. Sr. D. Pedro de Leyva de la Cerda, Capitán General de las galeras de aquel reino, siendo Teniente general de las de España, convoyando en ellas al Excmo. Sr. Marqués de los Vélez, pasando á ser Virrey de dicho reino de Cerdeña y volviendo á conducir á Barcelona al Excmo. Sr. Duque de San Germán, Virrey y Capitán General del Principado de Cataluña.—Por D. Manuel Freire de Andrade, Caballero de la Orden de Cristo. Impreso en 12 hojas en 4.°, s. a. n. l. Treinta y ocho octavas.

ÍNDICE

DE PERSONAS NOMBRADAS EN ESTE TOMO.

ÍNDICE GENERAL.

I.

ADVENIMIENTO DE FELIPE IV.

1621-1625.

II.

TURCOS, MOROS Y MORISCOS.

1621-1625.

III.

LAS FLOTAS.

1622-1624.

X.

CAMBIOS DE TIEMPOS.

1632-1635.

APÉNDICE AL CAPÍTULO X.

XI.

EN EL MEDITERRÁNEO.

1635-1638.

XII.

GUETARIA Y FUENTERRABÍA.

1636-1638.

Páginas.

XIII.

COMBATES DE CABAÑAS.

1638-1639.

XIV.

BATALLA DE LAS DUNAS.

1639.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XIV.

NÚM. 1.



NÚM. 2.

NÚM. 3.

NÚM. 4.

NÚM. 5.

NÚM. 6.

NÚM. 7.

NÚM. 8.

NÚM. 9.

NÚM. 10.

XV.

SUBLEVACIÓN DE PORTUGAL.

1640-1641.

Páginas.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XV.

XVI.

BLOQUEO DE TARRAGONA.

1640-1641.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVI.

XVII.

BATALLAS EN LA MAR.

1642-1643.

APÉNDICES AL CAPÍTULO XVII.

NÚM. 1.

NÚM. 2.

NÚM. 3.

NÚM. 4.

XVIII.

OCURRENCIAS DE ULTRAMAR.

1632-1648.

XIX.

BATALLA DE ORBITELO.

1644-1648.

APÉNDICES AL CAPÍTULO XIX.

NÚM. 1.

NÚM. 2.

XX.

GALERAS CONTRA NAVÍOS.

1648-1652.

XXI.

ESCUADRA DE DUNQUERQUE.

1625-1646.

XXII.

ISLAS FILIPINAS.

1621-1664.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XXII.

APÉNDICE GENERAL.

NÚM. 1.

NÚM. 2.

NÚM. 3.

NÚM. 4.